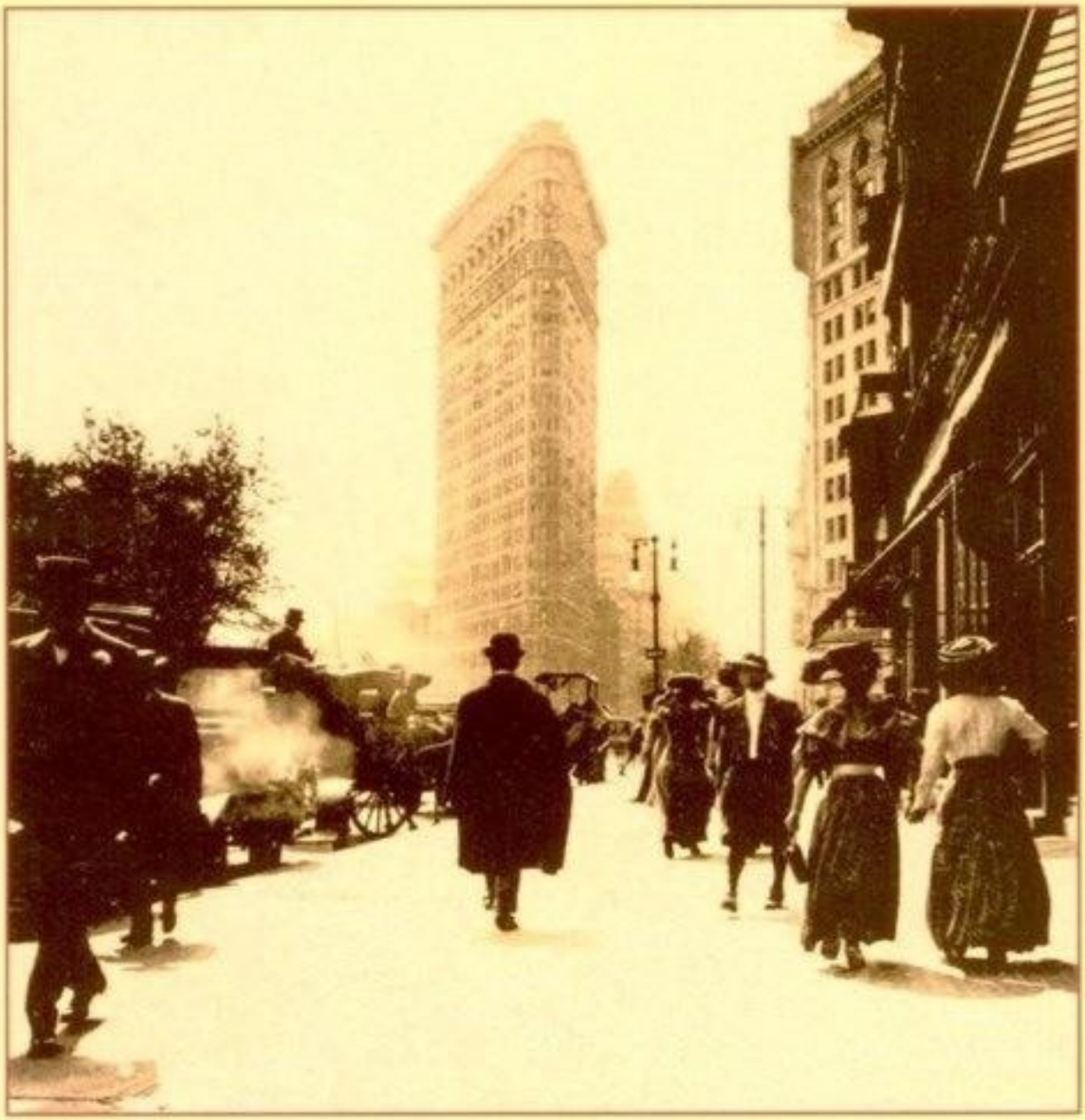
JED RUBENFELD

La interpretación del asesinato



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Lectulandia

Nueva York, primera década del siglo XX, una época fascinante y turbulenta en una gran ciudad que está entrando de lleno en la modernidad. Se levantan los primeros rascacielos, aumenta la población con oleadas de inmigrantes que cambian la fisonomía de los antiguos barrios, y también se triplica el índice de delincuencia. Y no sólo los pequeños delitos, porque en estos años se sucede entre la alta sociedad de Nueva York una serie de asesinatos y de escándalos sexuales. Pero la modernidad de Nueva York no son sólo escándalos, rascacielos y automóviles, sino también el interés que despiertan las ideas que están cambiando el mundo. El 29 de agosto de 1909, invitado por la Universidad de Clark, llega Sigmund Freud acompañado de sus discípulos Ferenczy y Jung, y esa misma noche, en un lujoso apartamento del novísimo edificio Balmoral, encuentran el cadáver de una joven. Estaba atada, y había sido azotada y estrangulada con una elegantísima corbata de seda blanca en lo que quizá fuera un juego sexual que rebasó todo límite. O tal vez la obra de un sádico asesino en serie. Porque al día siguiente, otra rica heredera, Nora Acton, una rebelde para los cánones de la época, consigue escapar a un ataque del que parece ser el mismo asesino. La hermosa Nora tiene las claves para descubrir al asesino, pero ha perdido la voz y sufre de amnesia. La familia pedirá al doctor Stratham Younger, un joven seguidor de Freud, pero también experto en Shakespeare, que psicoanalice a Nora para que pueda recordar lo que sucedió. y es el propio Freud quien supervisa las sesiones.
Pero no son el oscuro móvil de los crímenes ni la identidad del asesino los únicos enigmas que tienen en vilo al lector en esta espléndida novela. ¿Qué le sucedió a Freud en Nueva York, a qué ataques y conspiraciones tuvo que enfrentarse, que nunca más volvió a los Estados Unidos y llegó a decir que sus habitantes eran unos salvajes?

«Una novela policíaca histórica y shakespeariana sustentada en una sólida investigación, y también una seductora, muy ingeniosa intriga psicoanalítica» (Janet Maslin, The New York Times).

«Una novela con personajes densos, complejos, una colorida y fiel recreación de la época, una escritura elegante salpimentada con sutiles referencias a Hamlet. Jed Rubenfeld mezcla con habilidad realidad y ficción, y en su trepidante, sinuosa trama, hay lugar incluso para divertidas interpretaciones del mundo según Sigmund Freud» (Allison Block, Booklist).

«Una aguda exploración de lo que quizá le sucedió a Sigmund Freud en su

única visita a los Estados Unidos. Rubenfeld muestra un gran talento para el suspense psicológico, y usa puntos de vista cambiantes para construir una trama de una tensión implacable» (Laurel Bliss, Library Journal).

«Una novela inteligente e inusual, que combina con notable habilidad la dureza de los hechos y la seducción de la ficción» (Jessica Mann, Literary Review).

«La alta y la baja sociedad americanas, la construcción del puente de Manhattan, cadáveres que desaparecen, la ruptura entre Freud y Jung, las luchas de poder en el ayuntamiento de Nueva York, masoquismo, flagelación, asesinatos y, sobre todo, la evocación de una ciudad y un movimiento revolucionario en el momento mismo de su gran expansión. Y un escritor de una inteligencia que entusiasma» (Joanna Hines, The Guardian).

Jed Rubenfeld estudió en Princeton y se graduó en Derecho en Harvard en 1986. Actualmente es profesor en la Universidad de Yale y uno de los principales expertos en Derecho Constitucional de los Estados Unidos. Su tesis en la Universidad de Princeton versaba sobre Sigmund Freud, y estudió a Shakespeare en la Juilliard School. Jed Rubenfeld, que ha sido definido como «el escritor de temas jurídicos más elegante de su generación», es el autor de Freedom and Time, Revolution by Judiciary y The Structure of American Constitutional Law. Su primera novela, La interpretación del asesinato, ha tenido críticas excepcionales, una gran cantidad de lectores y ha sido traducida, o está en proceso de traducción, en treinta y cinco países. También ha obtenido el 2007 British Book Award for Best Read of the Year, tras su paso por el influyente programa televisivo «Richard and July», y ha permanecido varios meses en el puesto número uno de la lista de libros más vendidos del London Times.

Lectulandia

Jed Rubenfeld

La interpretación del asesinato

ePUB v1.2
Akakiy Akakiyevich 19.08.2012

más libros en lectulandia.com

Título de la edición original:
The Interpretation or Murder
Henry Holt and Company
Nueva York,2006

Traducción de Jesús Zulaika.

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración: foto FPG / Getty Images

Primera edición: septiembre 2007

Para Amy,
sólo, siempre,
y para
Sophia y Louisa

En 1909, Sigmund Freud, acompañado por su entonces discípulo Carl Jung, hizo su única visita a los Estados Unidos, para dar una serie de conferencias sobre psicoanálisis en la Universidad de Clark, Worcester, Massachusetts. El titulo de doctor honoris causa que le otorgó la Universidad de Clark era el primer reconocimiento público que Freud recibía por su trabajo. A pesar del gran éxito de esta visita, Freud siempre hablaría en años posteriores como si algún hecho traumático le hubiera acontecido en los Estados Unidos. Llamaba a los norteamericanos «salvajes». Culpó a Norteamérica de ciertos males físicos que lo habían mortificado muchos años antes de 1909. Los biógrafos de Freud le han dado muchas vueltas a este enigma, y han especulado sobre si algún hecho desconocido le sucedió en los Estados Unidos que pudiera explicar esta reacción de otro modo inexplicable.

Primera parte

I

No hay misterio en la felicidad.

Los hombres infelices son todos parecidos. Alguna herida de hace mucho tiempo, algún deseo denegado, algún golpe al orgullo, algún incipiente destello de amor sofocado por el desdén —o, peor aún, por la indiferencia—, se aferra a ellos, o ellos a lo que les hizo daño, y así viven cada día en un sudario de ayeres. El hombre feliz no mira hacia atrás. Vive en el presente.

Y ahí está el problema. El presente nunca puede darnos una cosa: sentido. Los caminos de la felicidad y del sentido no son los mismos. Para encontrar la felicidad, un hombre sólo necesita vivir en el instante; sólo necesita vivir para el instante. Pero si quiere sentido —el sentido de sus sueños, de sus secretos, de su vida—, deberá rehabitar el pasado, por oscuro que fuere, y vivir para el futuro, por incierto que sea. Así, la naturaleza pone a bailar delante de nuestros ojos la felicidad y el sentido, y se limita a urgirnos a que elijamos una de las dos cosas.

En cuanto a mí, siempre he elegido el sentido. Lo cual, supongo, explicaría cómo di en esperar aquel domingo por la tarde del 29 de agosto de 1909, entre la turba sofocante del puerto de Hoboken, la llegada del barco George Washington, de la Norddeutsche Lloyd, que había zarpado de Bremen y que traía hasta nuestras costas al hombre que yo más deseaba conocer en el mundo.

A las siete de la tarde aún no se divisaba el transatlántico. Abraham Brill, mi amigo y colega médico, esperaba en el puerto por la misma razón que yo. Apenas podía contener su impaciencia; no podía estarse quieto y fumaba un cigarrillo tras otro. El calor era infernal, y el aire espeso y cargado de la pestilencia del pescado. Una bruma antinatural se alzaba desde el agua, como si el mar estuviera humeando. Las sirenas resonaban con intensa gravedad mar adentro, sin que se vislumbrase buque alguno desde el que partían. Ni siquiera podían verse las gaviotas plañideras: sólo se oía su algarabía. Tuve el ridículo presentimiento de que el George Washington había encallado en medio de la niebla, y que sus dos mil quinientos pasajeros europeos se habían ahogado en las profundidades del pie de la Estatua de la Libertad. Llegó el crepúsculo, pero la temperatura no cedió un ápice. Seguimos esperando.

De pronto surgió un enorme buque blanco, no como un punto en el horizonte sino ciclópeo, emergiendo de la niebla ante nuestros ojos en su dimensión plena. El muelle entero, con una exclamación ahogada colectiva, retrocedió ante la aparición. Pero el hechizo se rompió con los gritos de los trabajadores portuarios, el lanzamiento y sujeción de amarras y el tráfago y bullicio que siguieron de inmediato. En cuestión de minutos, un centenar de estibadores estaban descargando el transatlántico.

Brill, diciéndome a gritos que lo siguiera, se abrió paso a empujones pasarela arriba. Sus ruegos para que nos dejaran subir a bordo resultaron infructuosos. No se

permitía subir ni bajar del barco. Habría de pasar otra hora antes de que Brill me tirara de la manga y señalase con un gesto hacia tres pasajeros que en aquel mismo momento estaban bajando del puente. El primero de ellos era un caballero distinguido, inmaculadamente acicalado, de pelo y barba grises, y de quien supe al instante que era el psiquiatra vienés Sigmund Freud.

A principios del siglo XX un paroxismo arquitectónico sacudió la ciudad de Nueva York. Las torres gigantescas llamadas rascacielos brotaron hacia lo alto una tras otra, más altas que cualquiera de las cosas construidas por la mano del hombre hasta la fecha. En una inauguración de 1908, en Liberty Street, los peces gordos aplaudieron cuando el alcalde McClellan proclamó al Singer Building, una estructura de ladrillo rojo y piedra azulada de cuarenta y siete plantas, el edificio más alto del mundo. Dieciocho meses más tarde, el alcalde tuvo que repetir la ceremonia para aclamar los cincuenta pisos de la torre Metropolitan Life de la calle Veinticuatro. Pero incluso entonces no hacían sino preparar el terreno para las cincuenta y ocho plantas en zigurat del pasmoso edificio del señor Woolworth en Manhattan.

En cada manzana aparecían enormes esqueletos de vigas de acero donde el día anterior no había sino parcelas vacías. El fragor rechinante de las excavadoras a vapor no cesaba nunca. La única comparación posible era la transformación del París de medio siglo atrás, obra de Haussmann; pero en Nueva York no existía una visión unitaria entre bastidores, un plan unificador, una autoridad normativa. Capital y especulación lo manejaban todo, liberando energías fabulosas inequívocamente individualistas y norteamericanas.

La masculinidad de todo el proceso no admitía duda alguna. Sobre el plano, la implacable cuadrícula de Manhattan, con sus dos centenares de calles numeradas a este y oeste y su docena de avenidas de norte a sur, confería a la ciudad un cuño de orden rectilíneo abstracto. Por encima de él, en la inmensidad de las estructuras de los rascacielos, con sus remates ornamentales de pavo real, todo era ambición, especulación, competición, dominación, incluso concupiscencia: de altura, de tamaño y siempre de dinero.

El Balmoral, en el Boulevard —los neoyorquinos de entonces llamaban el Boulevard al tramo de Broadway Avenue que va desde la calle Cincuenta y nueve a la calle Ciento cincuenta y cinco—, era uno de los grandes y nuevos edificios. Su existencia misma era una apuesta. En 1909, los muy ricos aún vivían en mansiones, no en apartamentos. Tenían apartamentos para breves estancias de temporada en la ciudad, pero no alcanzaban a comprender cómo alguien podía vivir realmente en uno de ellos. El Balmoral era una apuesta: se podía cambiar la mentalidad de los ricos si las viviendas eran lo bastante opulentas.

El Balmoral tenía diecisiete plantas; era mucho más alto y majestuoso que

cualquier otro edificio de apartamentos, que cualquier edificio residencial levantado hasta el momento. Sus cuatro alas ocupaban toda una manzana urbana. Su vestíbulo, donde unas focas retozaban en una fuente romana, fulguraba con los mármoles de Carrara. En cada apartamento centelleaban las arañas de cristal de Murano. La vivienda más pequeña tenía ocho habitaciones; la más grande, catorce dormitorios, siete cuartos de baño, un señorial salón de baile de seis metros de altura, y un servicio completo de mayordomía y limpieza. La renta era apabullante: 495 dólares mensuales.

El propietario del Balmoral, el señor George Banwell, se hallaba en la envidiable situación de no poder perder dinero en su arriesgada empresa. Los inversores le habían adelantado seis millones de dólares para su construcción, de los cuales él no se había quedado ni un centavo, sino que los había traspasado escrupulosa e íntegramente a la cuenta de la empresa constructora, la American Steel and Fabrication Company. El propietario de esta compañía, sin embargo, era asimismo el señor George Banwell, y la construcción costó 4,2 millones de dólares. El 1 de enero de 1909, seis meses antes de la inauguración del Balmoral, el señor Banwell anunció que se habían ya alquilado todos los apartamentos menos dos, lo cual era una pura invención; pero se le creyó, y al cabo de tres semanas la mentira se hizo verdad. El señor Banwell había llegado a convertirse en un virtuoso en la gran verdad de que la propia verdad, como los edificios, podía construirse.

El exterior del Balmoral se adscribía a la escuela de las Bellas Artes en el ápice del barroquismo. Coronando la azotea se alzaba un cuarteto de arcos de hormigón de cuatro metros de altura, acristalados de arriba abajo, uno en cada esquina del cuadrilátero. Dado que estos vastos ventanales en arco daban a los cuatro dormitorios principales del ático del edificio, cualquiera que se hubiera apostado en los puntos apropiados de aquella azotea habría podido disfrutar de unas vistas interiores comprometidas de verdad. La noche del domingo 29 de agosto de 1909, lo que se veía a través del ventanal del Ala de Alabastro habría dejado a cualquiera de una pieza. Una esbelta mujer joven, de exquisitas proporciones, estaba de pie en el dormitorio, iluminado por una docena de titilantes velas, apenas vestida, con las muñecas atadas por encima de la cabeza y la garganta ceñida por otra atadura, una corbata masculina de seda blanca, que una fuerte mano iba apretando más y más, hasta la máxima tirantez, hasta empezar a ahogar a la mujer.

El cuerpo de la joven brillaba todo él en el calor insufrible de agosto. Sus largas piernas estaban desnudas, como sus brazos. Y sus hombros airosos casi desnudos. Su conciencia iba apagándose. Intentó hablar. Había una pregunta que debía hacer. La tenía en los labios; pero la perdió.

Y luego volvió a tenerla:

—Mi nombre —susurró—. ¿Cómo me llamo?

El doctor Freud, me tranquilizó comprobar, no tenía en absoluto aspecto de demente. Su semblante irradiaba autoridad; tenía una cabeza bien formada, y la barba en punta, pulcra, profesional. Medía entre un metro setenta y un metro setenta y cinco, y, aunque algo rollizo, se conservaba bastante recio y en forma para tener cincuenta y tres años. Llevaba un traje de excelente paño, con leontina y fular al estilo europeo. En conjunto, su aspecto era sobremanera saludable para un hombre que acababa de desembarcar después de una travesía marítima de una semana.

Sus ojos eran otra cuestión. Brill me había advertido sobre ellos. Mientras bajaba por la pasarela, los ojos de Freud tenían un aire aterrador, como si su dueño estuviera al borde de un estallido de ira. Acaso la calumnia que desde hacía tanto tiempo soportaba en Europa le había dejado el ceño fruncido a perpetuidad. O quizá no estaba contento de estar en Norteamérica. Seis meses atrás, cuando el señor Hall —presidente de la Universidad de Clark, y mi patrón— invitó por primera vez a Freud a visitar los Estados Unidos, nos dejó en la estacada. No supimos bien por qué. El señor Hall insistió, explicándole que la Universidad de Clark deseaba concederle el máximo honor académico, y hacer de él la figura central de las celebraciones de nuestro vigésimo aniversario, e invitarle a dar una serie de conferencias sobre psicoanálisis: las primeras que habría de pronunciar a este lado del Atlántico. Al final Freud aceptó. ¿Se arrepentía ahora de su decisión?

Todas estas especulaciones, vería muy pronto, carecían de fundamento. Al poner el pie en tierra firme, Freud encendió un cigarro —su primer acto en suelo norteamericano—, y en cuanto lo hizo su ceño se esfumó, y una sonrisa le iluminó el semblante, y toda su supuesta cólera desapareció como por ensalmo. Inhaló profundamente el humo del cigarro y miró a su alrededor, haciéndose cargo de las dimensiones del puerto y del caos que reinaba en él con una expresión divertida.

Brill saludó efusivamente a Freud. Se conocían de Europa. Brill incluso había estado en casa de Freud en Viena. Me había contado aquella velada —la encantadora casa vienesa llena de antigüedades, sus adorables y adorados hijos, las horas de conversación electrizante— tantas veces que me la sabía casi de memoria.

Surgió de la nada un enjambre de periodistas; se arremolinaron en torno a Freud, y le gritaron sus preguntas, la mayoría en alemán. Él respondió con buen humor, pero parecía perplejo ante el hecho de que una entrevista pudiera llevarse a cabo de forma tan poco ortodoxa. Al final Brill ahuyentó a los chicos de la prensa, y me hizo dar un paso hacia delante.

—Permítame —le dijo Brill a Freud— que le presente al doctor Stratham Younger, recién licenciado en la Universidad de Harvard, que actualmente da clases en Clark y que ha recibido el encargo de Hall de cuidar de usted durante su estancia de una semana en Nueva York. Younger es sin discusión el psicoanalista

norteamericano con más talento del momento. Por supuesto, también es el único psicoanalista norteamericano.

—¿Cómo? —le dijo Freud a Brill—. ¿Usted no se considera psicoanalista, Abraham?

—No me considero norteamericano —le respondió Brill—. Soy uno de esos «norteamericanos con guión» [1] de Roosevelt, para los que según él no hay lugar en este país.

Freud se dirigió a mí:

—Siempre siento un gran deleite —dijo en un inglés excelente— al conocer a un nuevo miembro de nuestro pequeño movimiento, pero sobre todo aquí en Norteamérica, donde tengo puestas tantas esperanzas.

Me rogó que le agradeciera en su nombre al presidente Hall el honor que la Universidad de Clark había hecho a su persona.

—El honor es nuestro —le contesté yo—, pero me temo que mal puede calificárseme a mí de psicoanalista.

—No sea necio —dijo Brill—. Por supuesto que lo es.

Luego me presentó a los dos compañeros de viaje de Freud.

—Younger, le presento al eminente Sándor Ferenczi, de Budapest, cuyo nombre, en toda Europa, puede considerarse sinónimo de enfermedad mental. Y aquí tiene al aún más eminente Carl Jung, de Zurich, cuya *Dementia* llegará a conocerse un día en todo el mundo civilizado.

—Encantadísimo —dijo Ferenczi con un fuerte acento húngaro—. Muy encantado. Pero por favor ignore a Brill; todo el mundo lo hace, se lo aseguro.

Ferenczi era un tipo afable, de pelo rubio rojizo, que frisaba los cuarenta y llevaba un luminoso traje blanco. Se veía claramente que él y Brill eran íntimos amigos. El contraste físico entre ambos era harto singular. Brill era uno de los hombres más bajos que yo conocía, con los ojos muy juntos y la cabeza grande y plana por la coronilla. Ferenczi, por su parte, no era alto, pero tenía brazos largos, dedos largos, orejas largas, y unas grandes entradas que contribuían también a alargarle la cara.

Me gustó Ferenczi de inmediato, pero jamás había estrechado una mano que no ofreciera alguna resistencia; y ésta me ofreció menos, de hecho, que una pieza de carne de la carnicería. Resultaba embarazoso: dejó escapar un gritito y retiró los dedos como si se los hubiera estrujado. Me deshice en disculpas, pero él insistió en que se sentía muy feliz de «empezar a conocer sin tardanza las barreras norteamericanas», comentario ante el que no pude hacer otra cosa que asentir cortésmente con la cabeza.

Jung, que tendría unos treinta y cinco años, me produjo una impresión muy diferente. Medía más de un metro ochenta, y no sonreía. De ojos azules, pelo oscuro

y nariz aguileña, tenía un pequeño bigote delgado como una línea, y una frente muy ancha; pensé que debía de resultar muy atractivo para las mujeres, aunque carecía de la soltura de Freud. Su mano era firme y fría como el acero. Tieso como una vara, bien podría haber sido un teniente de la Guardia Suiza, si exceptuábamos sus pequeños anteojos redondos de erudito. El afecto que tan a las claras mostró Brill por Freud y Ferenczi no se dejó entrever en absoluto cuando llegó el momento de darle la mano a Jung.

—¿Cómo ha ido la travesía, caballeros? —preguntó Brill. No podíamos ir a ninguna parte; teníamos que esperar los baúles de nuestros invitados—. ¿Demasiado agotadora?

—Estupenda —dijo Freud—. No va a creerme: uno de los camareros del barco estaba leyendo mi Psicopatologia de la vida cotidiana.

—¡No! —replicó Brill—. Seguro que fue Ferenczi quien le dio la idea…

—¿Que le di yo la idea? —exclamó al punto Ferenczi—. Yo no hice tal cosa…

Freud hizo caso omiso del comentario de Brill.

—Puede que haya sido el momento más gratificante de mi vida profesional, lo cual quizá no dice mucho en favor de mi vida profesional. El reconocimiento nos está llegando, amigos míos. El reconocimiento llega lento, pero seguro…

—¿Les ha llevado mucho la travesía, señor? —pregunté como un idiota.

—Una semana —respondió Freud—. Y la hemos pasado de la forma más productiva posible: nos hemos psicoanalizado los sueños unos a otros.

—Santo cielo —dijo Brill—. Me habría gustado estar con ustedes. ¿Cuáles fueron los resultados, por el amor de Dios?

—Bueno, en fin… —dijo Ferenczi—. El psicoanálisis es algo muy parecido a estar desnudo en público. En cuanto superas la humillación inicial, es bastante refrescante.

—Eso es lo que les digo a todos mis pacientes —dijo Brill—. Sobre todo a las mujeres. ¿Y qué me dice de usted, Jung? ¿La humillación también le pareció refrescante?

Jung, unos treinta centímetros más alto que Brill, bajó los ojos para mirarle como quien mira una muestra de laboratorio.

—No es en absoluto exacto —respondió— decir que nos hayamos psicoanalizado unos a otros.

—Muy cierto —ratificó Ferenczi—. Fue Freud el que nos psicoanalizó a nosotros dos, mientras Jung y yo nos medíamos con las espadas de la interpretación.

—¿Qué? —exclamó Brill—. ¿Quiere decir que ninguno se atrevió a psicoanalizar al Maestro?

—No se nos permitió a ninguno de los dos —dijo Jung, sin la menor inflexión de afecto.

—Sí, sí —dijo Freud con una sonrisa sagaz—. Pero todos me psicoanalizáis de arriba abajo en cuanto os doy la espalda. ¿No es cierto, Abraham?

—Por supuesto que lo hacemos —dijo Brill—, porque somos unos buenos hijos, y conocemos bien nuestro deber edípico.

En el apartamento desde el que se dominaba la ciudad, una serie de instrumentos descansaban sobre el lecho detrás de la mujer maniatada. De izquierda a derecha había una fusta de cuero negro de unos sesenta centímetros de longitud; tres bisturís ordenados de menor a mayor tamaño; y un pequeño vial medio lleno de un líquido claro. El agresor se quedó un instante pensativo y al cabo se decidió por uno de aquellos instrumentos.

Al ver la sombra de la cuchilla del hombre parpadear en la pared del fondo, la mujer sacudió la cabeza. De nuevo trató de gritar, pero la corbata que le atenazaba el cuello redujo su ruego a un susurro amortiguado.

Una voz baja le llegó desde detrás:

—¿Quieres que espere?

Ella asintió con la cabeza.

—No puedo. —Las muñecas de la víctima, cruzadas y suspendidas sobre su cabeza, eran tan delicadas, los dedos tan delgados y airosos, las largas piernas tan recatadas…— No puedo esperar.

La joven hizo una mueca de dolor, pues el más suave de los golpes le había herido el muslo desnudo. Un tajo de la cuchilla, que fue dejando una viva estela escarlata a lo largo de la piel. Gritó, con el espinazo curvado en un arco idéntico al de los enormes ventanales, y el pelo negro como el azabache le caía en cascada por la espalda. Un segundo tajo, en el otro muslo, y la joven gritó otra vez, con un tono más agudo.

—No. —La voz le amonestó con calma—. No grites. La joven no pudo sino sacudir la cabeza, sin comprender.

—Tienes que emitir un sonido diferente.

La joven volvió a sacudir la cabeza. Quería hablar, pero no podía.

—Sí, debes hacerlo. Sé que puedes. Te he dicho cómo. ¿No lo recuerdas? —La cuchilla volvía a descansar sobre la cama. En la pared del fondo, a la luz temblorosa de la vela, la joven vio cómo la sombra de la fusta de cuero se alzaba en el aire—. Deseas todo esto. Tiene que sonar como que deseas esto. Tienes que emitir ese tipo de sonido. —Suave, pero implacablemente, la seda que atenazaba el cuello de la joven fue tensándose más y más—. Hazlo.

Ella trató de hacer lo que se le ordenaba, gimiendo levemente: era el gemido de una mujer, un gemido suplicante, un gemido que jamás había emitido antes.

—Muy bien. Así.

Sujetando con una mano el extremo de la corbata blanca y con la otra el mando de la fusta de cuero, el agresor descargó la fusta sobre la espalda de la joven, que dejó escapar aquel sonido otra vez. Recibió otro latigazo, más fuerte. El vivo escozor hizo que la joven lanzara un grito; pero rectificó al instante y volvió a emitir el sonido que le había ordenado su agresor.

—Mejor.

El siguiente latigazo no le alcanzó la espalda sino un poco más abajo. La joven abrió la boca, pero en ese preciso instante la corbata le apretó aún más el cuello, y sintió que se ahogaba. El ahogo, a su vez, hizo que su gemido tuviera un timbre más auténtico, más quebrado, efecto que claramente complació a quien la estaba torturando. Un nuevo latigazo, y otro, y otro, más ruidoso y más rápido, castigó las partes más blandas del cuerpo de la víctima, y le desgarró la ropa, y dejó en su piel blanca marcas ardientes. A cada latigazo, pese al dolor lacerante, la joven gemía como el hombre le había dicho que lo hiciera, y los gemidos le salían cada vez con más fuerza y rapidez.

La lluvia de golpes cesó. La joven se habría derrumbado hacía rato, pero la cuerda del techo que le ataba las muñecas la mantenía de pie, derecha. Su cuerpo estaba lleno de laceraciones. La sangre manaba de una o dos partes. Por un momento todo se oscureció para ella; luego volvió la vacilante luz. Y la recorrió un escalofrío.

Sus ojos se abrieron. Sus labios se movieron.

—Dime mi nombre —trató de susurrar, pero no la oyó nadie.

El torturador estudió el cuello adorable de la joven, y aflojó el nudo que lo ceñía. Durante un instante la joven pudo respirar con libertad, con la cabeza aún echada hacia atrás, con el pelo negro cayéndole en cascada hasta la cintura. Luego la seda volvió a tensarse alrededor del cuello.

La joven no podía ya ver con nitidez. Sintió una mano sobre la boca; cómo unos dedos le recorrían con suavidad los labios. Luego esos mismos dedos tensaron aún más la corbata de seda blanca, de forma que hasta la pugna por respirar cesó al fin. La luz de la vela dejó de lucir para ella. Y esta vez no retornó.

—¿Hay un tren debajo del río? —preguntó Sándor Ferenczi con incredulidad.

No sólo existía tal tren, le aseguramos Brill y yo, sino que íbamos a montar en él. Además del nuevo túnel que atravesaba el río Hudson, el metro de Hoboken podía alardear de otra innovación: un servicio integral de equipaje. Cualquier viajero recién llegado a los Estados Unidos no tenía más que rotular su equipaje con el nombre del hotel de Manhattan donde iba a alojarse. Los mozos de la estación cargaban los baúles en el vagón del equipaje, y los maleteros del otro extremo hacían el resto. Aprovechando este servicio, pasamos al andén, que daba al río. Con la puesta de sol, la niebla se disipó, y dejó a la vista la línea dentada de los edificios recortados contra

el cielo de Manhattan, tachonado de luces eléctricas. Nuestros invitados se quedaron con la mirada fija en aquella vista, maravillados ante la vasta extensión urbana coronada de chapiteles y agujas que hendían las nubes.

—Es el centro del mundo —dijo Brill.

—Yo anoche soñé con Roma —dijo Freud.

Esperamos en vilo —yo, al menos— a que prosiguiera.

Freud dio una honda chupada a su cigarro.

—Iba caminando, solo —dijo—. Acababa de anochecer, como ahora. Llegué a un escaparate en el que había un joyero expuesto. Eso, por supuesto, significa una mujer. Miré a mi alrededor. Con gran embarazo caí en la cuenta de que me encontraba en un barrio donde no había más que burdeles.

Se entabló un debate sobre si las enseñanzas de Freud auspiciaban un desafío a la moral sexual convencional. Jung mantenía que sí; en efecto, sostenía que cualquiera que no alcanzara a captar tal inferencia no había entendido en absoluto a Freud. El punto cardinal del psicoanálisis, afirmó, era que las prohibiciones sociales eran ignaras e insanas. Sólo la cobardía haría posible que el hombre se sometiera a la moral civilizada una vez que hubiera entendido los descubrimientos de Freud.

Pero Ferenczi mostró enérgicamente su desacuerdo. El psicoanálisis exigía que el hombre tomara conciencia de sus deseos sexuales, no que sucumbiera a ellos.

—Cuando escuchamos el sueño de un paciente —dijo Brill— lo interpretamos. No le decimos que haga realidad esos deseos que está expresando de forma inconsciente. Yo no, al menos. ¿Y usted, Jung?

Me percaté de que Brill y Ferenczi dirigían miradas furtivas a Freud a medida que iban expresando sus ideas, en busca, supuse, de aprobación. Pero no Jung. Tenía, o fingía tener, la absoluta certeza de que no se equivocaba. En cuanto a Freud, no intervenía ni a favor ni en contra de ninguna de las posiciones, y parecía muy complacido de ver cómo se desarrollaba la controversia.

—Hay sueños que no necesitan interpretación —dijo Jung—. Requieren acción. Piensen en el sueño de anoche del profesor Freud: un sueño de prostitutas. El significado no admite duda alguna: libido inhibida, estimulada por nuestra llegada inminente al nuevo mundo. No tiene sentido hablar de ese sueño. —Jung, en este punto, se volvió hacia Freud—. ¿Por qué no actuar al respecto? Estamos en Norteamérica: podemos hacer lo que nos plazca.

Freud, por vez primera, terció en el debate.

—Soy un hombre casado, Jung.

—También yo —replicó Jung.

Freud alzó una ceja en señal de asentimiento, pero no dijo nada más. Informé al grupo de que era hora de tomar el tren. Freud echó una última mirada por encima de la barandilla. Un fuerte viento nos daba en plena cara. Y mientras los cuatro

mirábamos las luces de Manhattan, sonrió.

—Si supieran lo que les traemos…

II

En 1909 había empezado a proliferar en Nueva York un pequeño artilugio que aceleraba la comunicación y cambiaría para siempre la naturaleza de la interacción humana: el teléfono. A las ocho de la mañana del lunes 30 de agosto, el director del Balmoral levantó el auricular de nácar de su base de latón e hizo una llamada discreta y apresurada al propietario del edificio.

El señor George Banwell contestó dieciséis pisos más arriba de la cabeza del director, en la salita del teléfono del ático del Ala Travertine que el señor Banwell se había reservado para sí en el edificio, y fue informado de que la señorita Riverford, del Ala de Alabastro, estaba muerta en su dormitorio; asesinada, y acaso objeto de algo peor. La había encontrado su doncella.

Banwell no respondió de inmediato. La línea quedó en silencio durante tanto tiempo que el director dijo:

—¿Sigue ahí, señor?

Banwell dijo, como con grava en la voz:

—Que todo el mundo se ponga en marcha. Cierre las puertas. Que nadie entre. Y dígale a su gente que se mantenga callada si valora en algo su empleo.

Luego llamó a un viejo amigo, el alcalde de Nueva York. Al final de la conversación, Banwell dijo:

—No puedo permitirme que la policía entre en el Balmoral. Compréndelo, McClellan. Nadie de uniforme. Yo mismo se lo diré a su familia. Fui al colegio con Riverford. Sí, su padre; pobre diablo…

—Señora Neville —llamó el alcalde a su secretaria en cuanto colgó el teléfono—. Localice a Hugel. Inmediatamente.

Charles Hugel era el *coroner*[2] de la ciudad de Nueva York. Su labor era ocuparse de los cuerpos en los casos de presunto homicidio. La señorita Neville informó al alcalde de que el señor Hugel llevaba esperando en la antecámara del alcalde toda la mañana.

McClellan cerró los ojos y asintió con la cabeza, pero dijo:

—Excelente. Hágale pasar.

Antes de que la puerta se hubiera cerrado por completo a su espalda, el *coroner* Hugel ya estaba lanzando una indignada diatriba contra la morgue de la ciudad. El alcalde, que había oído esa letanía de quejas con anterioridad, le cortó en seco. Le puso al corriente de la situación en el Balmoral y le ordenó que se dirigiera allí de inmediato en un vehículo sin identificación. Los residentes del edificio no debían percatarse de la presencia policial. Un detective le seguiría en breve.

—¿He de ir yo? —dijo el *coroner*—. Podría encargarse uno de mis hombres. O'Hanlon.

—No —dijo el alcalde—. Quiero que vaya usted. George Banwell es un viejo amigo mío. Y.

necesito un hombre con experiencia; un hombre con cuya discreción pueda contar. Usted es uno de los pocos que me quedan.

El *coroner* soltó un gruñido, pero al final cedió.

—Pongo dos condiciones. Primera, que se haga saber inmediatamente a quien esté a cargo del edificio que no debe tocarse nada bajo ningún concepto. Nada. No puede pedírseme que resuelva un asesinato si las pruebas se pisotean o alteran de alguna forma antes de que yo llegue.

—De una sensatez palmaria —dijo el alcalde—. ¿Y la otra?

—Que se me otorgue el mando total en la investigación, incluida la elección del detective.

—Hecho —dijo el alcalde—. Puede usted contar con el hombre de mayor experiencia del cuerpo.

—Eso es exactamente lo que no quiero —replicó el *coroner*—. Será gratificante que por una vez el detective no se atribuya el éxito después de que yo haya resuelto el caso. Hay un tipo nuevo… Un tal Littlemore. Lo quiero a él.

—¿Littlemore? Excelente —dijo el alcalde, dirigiendo su atención hacia el montón de papeles de su vasto escritorio—. Bingham solía decir que es uno de los jóvenes más brillantes que tenemos.

—¿Brillante? Es un perfecto idiota.

El alcalde dio un respingo.

—Si eso es lo que piensa, Hugel, ¿por qué lo elige a él?

—Porque no se le puede comprar. No todavía, al menos.

Cuando el *coroner* Hugel llegó al Balmoral, le dijeron que esperara al señor Banwell. Hugel odiaba que le hicieran esperar. Tenía cincuenta y nueve años, y los últimos treinta los había dedicado al servicio municipal, y gran parte de ellos sin salir de los pocos saludables confines de las morgues de la ciudad, lo cual había dado a su semblante una pátina grisácea. Llevaba gruesas gafas y un bigote desmesurado entre las mejillas descarnadas. Era completamente calvo, si se exceptuaba la especie de penacho hirsuto de detrás de cada oreja. Hugel era un hombre muy excitable. Incluso calmado, una hinchazón en las sienes le daba el aspecto de padecer una incipiente apoplejía.

En 1909, el puesto de *coroner* de la ciudad de Nueva York era un empleo peculiar, una irregularidad en la cadena de mando. En parte examinador médico, en parte investigador forense, en parte fiscal, el*coroner* estaba a las órdenes directas del

alcalde. No respondía ante nadie de los cuerpos policiales, ni siquiera ante el jefe de policía; pero tampoco respondía ante él ningún funcionario policial, ni siquiera el agente de ronda de rango más bajo en el escalafón. Hugel no sentiría sino desprecio por el departamento de policía, al que consideraba, no sin cierta razón, inepto y totalmente corrupto. No había estado de acuerdo con cómo había llevado el alcalde el asunto del retiro del inspector jefe Byrnes, quien a todas luces se había hecho rico con los sobornos. No había estado de acuerdo con el nombramiento del nuevo jefe de policía, que al parecer no sentía el menor aprecio por el arte de llevar una investigación como es debido. De hecho, no estaba de acuerdo con ninguna decisión del departamento de la que tuviera noticia, a menos que la hubiera tomado él mismo. Pero sabía hacer su trabajo. Aunque técnicamente hablando no era médico, había cursado tres años completos de la carrera de medicina, y podía realizar una autopsia de modo más competente que los licenciados en medicina que tenía como ayudantes.

Al cabo de quince exasperantes minutos, apareció el señor Banwell. Aunque no era mucho más alto que Hugel, parecía sacarle la cabeza.

—¿Usted es…?

—El *coroner* de la ciudad de Nueva York —dijo Hugel, aparentando condescendencia—. Sólo yo puedo tocar el cadáver. Cualquier alteración de las pruebas será perseguida como obstrucción a la justicia. ¿Me he explicado con claridad?

George Banwell era —y lo sabía de sobra— más alto, mejor parecido, más elegante en el vestir, y mucho, mucho más rico que el *coroner*.

—Tonterías —dijo—. Sígame. Y baje el tono de voz mientras esté dentro de mi edificio.

Banwell le precedió hasta el ático del Ala de Alabastro. El *coroner* Hugel, haciendo rechinar los dientes, le siguió. En el ascensor no se pronunció ni una palabra. Hugel, mirando con fijeza y determinación el suelo, estudió los pantalones de raya diplomática y planchado perfecto, los relucientes zapatos de cordón, que sin duda costaban más que el conjunto de traje, chaleco, corbata, sombrero y zapatos del *coroner*. Un criado, de guardia ante el apartamento de la señorita Riverford, les abrió la puerta. En silencio, Banwell condujo a Hugel, al director y al criado por un largo pasillo hasta el dormitorio de la joven muerta.

El cuerpo casi desnudo yacía en el suelo, ya lívido, con los ojos cerrados y el pelo exuberante y oscuro esparcido sobre la alfombra oriental de intrincado dibujo. La joven seguía siendo exquisitamente hermosa, con brazos y piernas aún esbeltas y airosas. Pero alrededor del cuello tenía una sombría marca roja. En su cuerpo podían verse asimismo las huellas de unos latigazos, y seguía maniatada por las muñecas, y los brazos echados hacia atrás, por encima de la cabeza. El *coroner* caminó con brío hacia el cadáver y puso los pulgares en las muñecas inertes, donde debería haber

estado el pulso.

—¿Cómo ha sido…, cómo ha muerto? —preguntó Banwell con su voz pedregosa, con los brazos cruzados.

—¿No lo sabe usted? —le respondió el *coroner*.

—¿Se lo preguntaría si lo supiera?

Hugel miró debajo de la cama. Se puso de pie y contempló el cuerpo desde diferentes ángulos.

—Yo diría que ha sido estrangulada. Muy lentamente, hasta la muerte.

—¿Ha sido…? —Banwell no terminó la frase.

—Posiblemente —dijo el *coroner*—. No lo sabré con certeza hasta que la haya examinado.

Con un trozo de tiza roja, Hugel trazó un círculo de poco más de dos metros en torno al cadáver de la joven, y decretó que nadie entrara dentro de él. Luego examinó el dormitorio. Todo estaba en perfecto orden; hasta la cara ropa de cama estaba cuidadosamente metida y alisada. El *coroner* abrió los armarios, la cómoda, los joyeros de la joven. Nada parecía fuera de su sitio. Vestidos con lentejuelas colgaban del armario ropero. En los cajones había lencería de encaje doblada con esmero. En el interior de un estuche de terciopelo azul medianoche, encima de la cómoda, había una diadema de brillantes, con pendientes y collar a juego.

Hugel preguntó quién había estado en el dormitorio antes que ellos. El director le contestó que la doncella que había descubierto el cadáver. Desde entonces el apartamento había estado cerrado con llave, y no había entrado en él nadie. El *coroner* mandó llamar a la doncella, que al principio se negó a traspasar el umbral del dormitorio. Era una bonita chica italiana de diecinueve años, con una falda larga y un delantal blanco también largo.

—Joven dama —dijo Hugel—. ¿Tocó usted alguna cosa de este dormitorio?

La chica negó con la cabeza.

Pese al cuerpo que yacía en el suelo, y a la mirada de su patrón fija en ella, la doncella se mantuvo derecha y sostuvo la mirada de su interrogador.

—No, señor —dijo.

—¿Metió usted algo o sacó usted algo de este dormitorio?

—No soy una ladrona —dijo la chica.

—¿Movió algún mueble o ropa de sitio?

—No.

—Muy bien —dijo el *coroner* Hugel—. Puede irse.

—Acabe con esto cuanto antes —dijo el señor Banwell.

Hugel alzó los ojos hacia el propietario del Balmoral. Sacó una pluma y un papel y preguntó:

—¿Nombre?

—¿De quién? —dijo Banwell, con un gruñido que hizo encogerse al director—. ¿Mi nombre?

—El nombre de la joven muerta.

—Elizabeth Riverford —respondió Banwell.

—¿Edad? —preguntó el *coroner* Hugel.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Tengo entendido que tiene usted amistad con la familia.

—Conozco a su padre —dijo Banwell—. Es de Chicago. Banquero.

—Ya veo. ¿No tendrá su dirección, por casualidad? —preguntó el *coroner*.

—Por supuesto que tengo su dirección.

Los dos hombres se miraron fijamente.

—¿Sería tan amable —le preguntó Hugel— de facilitarme esa dirección?

—Se la daré a McClellan —dijo Banwell. Hugel volvió a hacer rechinar los molares.

—Yo estoy al frente de esta investigación, no el alcalde.

—Veremos durante cuánto tiempo sigue usted al frente de esta investigación —le respondió Banwell, que ordenó al *coroner* por segunda vez que acabara con el asunto. La familia Riverford, explicó Banwell, quería que el cuerpo de la joven fuera enviado a casa, algo que él pensaba hacer inmediatamente.

El *coroner* dijo que de ninguna manera iba a permitirlo: en casos de homicidio, el cuerpo de la víctima debía por ley ponerse bajo custodia para la realización de la autopsia.

—No este cuerpo —le respondió Banwell. Luego le dijo al *coroner* que llamara al alcalde si necesitaba alguna aclaración sobre sus órdenes.

Hugel respondió que no acataría ninguna orden salvo la de un juez. Si alguien trataba de detenerle cuando procediese a llevar el cuerpo de la señorita Riverford al centro de la ciudad para realizarle la autopsia, él mismo se encargaría de que ese alguien fuera procesado para que recayera sobre sus espaldas todo el peso de la ley. Al ver que tal advertencia no obtuvo el eco deseado en el señor Banwell, el *coroner* añadió que conocía a un periodista del *Herald* a quien el asesinato y la obstrucción a la justicia le parecían de gran interés periodístico. Banwell cedió a regañadientes.

El *coroner* había traído consigo su vieja y voluminosa cámara de cajón. Y se puso a utilizada, reemplazando la placa expuesta tras cada nueva y humosa explosión del flash. Banwell le advirtió que si las fotografías iban a parar al *Herald*, podía tener la certeza de que jamás volvería a encontrar un empleo ni en Nueva York ni en ninguna otra parte. Hugel no respondió; en aquel momento un extraño gemido empezó a llenar el aire del dormitorio; era como el callado son de un violín llevado a su nota más alta. No parecía proceder de ninguna fuente concreta; llegaba a un tiempo de todas partes y de ninguna. Fue ganando en intensidad, hasta convertirse casi en un

fuerte lamento. La doncella gritó. Y cuando dejó de gritar, el sonido había cesado por completo.

El señor Banwell rompió el silencio:

—¿Qué diablos ha sido eso? —le preguntó al director.

—No lo sé, señor —contestó el director—. No es la primera vez. Quizá alguna de las instalaciones que van por las paredes.

—Bien, averígüelo —dijo Banwell.

Cuando el *coroner* terminó de sacar las fotografías, anunció que se marchaba y que se llevaría consigo el cadáver de la joven. No tenía intención de interrogar al servicio ni a los residentes del Balmoral —no era su trabajo hacerla—, ni de esperar a que llegara el detective Littlemore. Con aquel calor, explicó, la descomposición se extendería con rapidez si el cuerpo no era refrigerado de inmediato. Con la ayuda de dos ascensoristas, trasladó el cuerpo de la joven al sótano en un montacargas, y de allí a un callejón contiguo, donde el chófer del *coroner* le estaba aguardando.

Cuando, dos horas después, llegó el detective Jimmy Littlemore —y no de uniforme—, se llevó un buen chasco. A los recaderos del alcalde les había llevado algún tiempo encontrar a Littlemore. El detective estaba en el sótano de la nueva jefatura de policía, aún en construcción en Centre Street, haciendo prácticas de tiro. Las órdenes de Littlemore eran llevar a cabo una concienzuda inspección del escenario del crimen. No sólo no encontró ningún escenario del crimen, sino tampoco a persona asesinada alguna. El señor Banwell no quiso hablar con él. Y el personal del Balmoral resultó asimismo sorprendentemente lacónico al respecto.

Y había una persona a quien el detective Littlemore no tuvo siquiera oportunidad de entrevistar: la doncella que había encontrado el cadáver. Después de la partida del *coroner* Hugel y antes de la llegada del detective Littlemore, el director del edificio había llamado a la joven a su despacho y le había tendido un sobre con la paga de un mes, menos un día, por supuesto, dado que estaban a 30 de agosto y no a 31. El director informó a la chica de que estaba despedida.

—Lo siento, Beny —le dijo—. Lo siento de verdad.

Antes de que se levantara ninguno de mis invitados, examiné los periódicos de la mañana del lunes en la suntuosa rotonda del Hotel Manhattan, donde la Universidad de Clark nos había alojado a Freud, Jung, Ferenczi y a mí mismo durante la semana. (Brill vivía en Nueva York y no necesitaba alojamiento.) Ninguno de los diarios ofrecía información alguna sobre Freud y sus próximas conferencias en la Universidad de Clark. Tan sólo el *New Yorker Staats Zeitung* dedicaba un par de líneas a anunciar la llegada de un tal «doctor Freund de Viena».

Nunca quise ser médico. Era el deseo de mi padre, y sus deseos eran órdenes para nosotros. Cuando tenía dieciocho años y vivía con mis padres en Boston, un día le

informé de que iba a ser el especialista en Shakespeare más insigne de los Estados Unidos. Podría ser el especialista en Shakespeare más insigne o más torpe del país, me respondió él, pero tendría que encontrar el modo de costearme yo mismo mis estudios en Harvard.

Su amenaza no hizo el menor efecto en mí. Me tenía sin cuidado toda la tradición harvardiana de la familia, y me encantaría, le hice saber, estudiar en cualquier otra universidad. Fue la última conversación que tuve con él en toda mi vida.

Irónicamente, habría de obedecer la orden de mi padre después de que ya no tuviera ningún dinero que pudiera escatimarme. La quiebra de la banca Coronel Winslow en noviembre de 1903 no fue nada comparada con el pánico neoyorquino de cuatro años después, pero sí lo bastante para mi padre. Lo perdió todo, incluido el dinero de mi madre. Su cara envejeció diez años en una sola noche; en un abrir y cerrar de ojos le aparecieron hondas arrugas en la frente. Mi madre dijo que debíamos compadecerle, pero a mí no me daba ni un ápice de lástima. En su entierro —al que evitó asistir una enorme cantidad de ciudadanos del compasivo Boston— supe por primera vez que, de seguir mis estudios universitarios, me pasaría a medicina. No sabría decir si mi decisión la dictó algún aspecto práctico que acababa de descubrir u otra razón de índole distinta.

Era a mí, según estaban las cosas, a quien había que compadecer, y fue la Universidad de Harvard la que tuvo piedad de mí. Después del funeral de mi padre, notifiqué a la universidad que al acabar el curso dejaría los estudios, pues los doscientos dólares de la matrícula ya estaban definitivamente fuera de mi alcance. El presidente Eliot, sin embargo, me hizo el gran favor de dispensarme del pago de esa suma. Probablemente concluyó que los intereses a largo plazo de Harvard serían mejor servidos no dando la patada al tercer Stratham Younger que pisaba el Yard, [3] sino condonando a aquel huérfano el pago de la matrícula en previsión de posibles futuras recompensas. Fuera cual fuere su motivación, quedaré eternamente agradecido a Harvard por haberme permitido seguir en sus aulas.

Sólo en Harvard habría podido asistir a las famosas clases de neurología del profesor Putnam. Yo ya era para entonces un estudiante de medicina que había ganado una beca, pero no era mucho más que un aspirante a médico muy poco brillante. Una mañana de primavera, en una por lo demás árida disertación sobre las enfermedades nerviosas, Putnam se refirió a la «teoría sexual» de Sigmund Freud como la única aportación interesante en el tema de las neurosis histéricas y obsesivas. Después de la clase, le pedí bibliografía. Putnam me remitió a Havelock Ellis, que aceptaba los dos descubrimientos más radicales de Freud: la existencia de lo que Freud llamaba el «inconsciente» y la etiología sexual de la neurosis. Putnam me presentó también a Morton Prince, que a la sazón empezaba a publicar su revista sobre psicología patológica. El doctor Prince manejaba una extensa colección de

publicaciones extranjeras. Resultó que había conocido a mi padre; y al poco me contrató como corrector de pruebas. A través de él tuve acceso a prácticamente todo lo que Freud había publicado hasta el momento, desde *La interpretación de los sueños* a la pionera *Tres ensayos*. Mi alemán era bueno, y pronto me vi consumiendo la obra de Freud con una avidez que no había experimentado en años. La erudición de Freud resultaba impresionante. Sus escritos eran como filigranas. Sus ideas, en caso de ser correctas, habrían de cambiar el mundo.

Pero cuando me entregué definitivamente, sin embargo, fue al tener conocimiento de la solución propuesta por Freud para el *Hamlet* de Shakespeare. Freud lo trataba como de pasada; era apenas una digresión de doscientas palabras en mitad de su tratado sobre los sueños. Y hela ahí: una respuesta absolutamente nueva al más famoso enigma de la literatura occidental.

El *Hamlet* de Shakespeare ha sido representado miles y miles de veces, más que ninguna otra obra en cualquier lengua. Es la obra sobre la cual más se ha escrito de toda la literatura universal. (No cuento la Biblia, por supuesto.) Pero hay un vado extraño en el corazón de este drama: toda la acción se basa en la incapacidad para actuar de su protagonista. La obra consiste en una serie de evasivas y excusas utilizadas por Hamlet para justificar la postergación de su venganza contra el asesino de su padre (su tío Claudio, ahora casado con la madre de Hamlet y rey de Dinamarca), subrayada por angustiados soliloquios en los que se vilipendia a sí mismo por su parálisis; el más famoso de los cuales, cómo no, es aquel que comienza por *Ser o no ser*. Sólo después de que sus dilaciones y errores hayan traído la ruina —el suicidio de Ofelia; el asesinato de su madre, que bebe un veneno que Claudio ha preparado para Hamlet; y su propio fin a causa de la herida de la espada envenenada de Laertes—, Hamlet, en la escena final, da muerte a su tío tríplemente merecedor de ella.

¿Por qué no actúa Hamlet? No por falta de oportunidad, ciertamente: Shakespeare le brinda a Hamlet las mejores ocasiones imaginables para matar a Claudio. Hamlet incluso lo reconoce *(Ahora podría hacerlo*), pero se echa atrás. ¿Qué lo detiene? Y ¿por qué estos titubeos inexplicables —esta aparente debilidad, esta casi cobardía— llevan tres siglos fascinando a los auditorios de todo el mundo? Las mentes literarias más grandes de nuestra era, Goethe y Coleridge, trataron sin éxito de sacar la espada de esta roca, y centenares de mentes menos dotadas se han estrellado también contra este enigma.

No me gustaba la respuesta edípica de Freud. De hecho, me disgustaba profundamente. No quería creer en ella, al igual que no quería creer en el complejo de Edipo en sí. Necesitaba refutar las escandalosas teorías de Freud; necesitaba encontrar dónde estaba el fallo, pero no lo lograba. Con la espalda contra un árbol, me sentaba día tras día en el Yard, durante horas enteras, estudiando minuciosamente

a Freud y Shakespeare. El diagnóstico de Freud sobre *Hamlet* llegó a antojárseme cada vez más irresistible, no sólo porque ofrecía la primera solución total al enigma de la obra, sino porque explicaba por qué nadie más había sido capaz de resolverlo, y al mismo tiempo dejaba clara la razón por la que la tragedia del príncipe de Dinamarca poseía tal garra universal e hipnótica. Teníamos, pues, un científico que aplicaba sus descubrimientos a Shakespeare. y veíamos cómo la medicina se ponía en contacto con el alma. Cuando leí esas dos páginas de *La interpretación de los sueños* del doctor Freud, mi suerte futura estaba echada. Si no podía refutar la psicología de Freud, dedicaría mi vida a ella.

Al *coroner* Charles Hugel no le había gustado lo más mínimo el extraño ruido que salía de las paredes del dormitorio de la señorita Riverford; era como el gemido de un espíritu emparedado que anhelase volver a la vida. El *coroner* no podía quitarse aquel sonido de la cabeza. Además, algo faltaba en aquel dormitorio; estaba seguro de ello, pero no sabía qué. Cuando volvió a su despacho en el centro, Hugel llamó para que le enviaran un mensajero y mandó a éste calle arriba en busca del detective Littlemore.

Pero otra de las cosas que no le gustaban a Hugel era la ubicación de su despacho. El *coroner* no había sido invitado a mudarse a la luminosa y flamante nueva sede de la policía o a la primera comisaría de policía que se construía en el Old Slip neoyorquino, edificios ambos dotados de teléfonos. Los jueces habían conseguido no hacía mucho su Partenón. Pero él, no sólo examinador médico jefe de la ciudad sino asimismo funcionario con atribuciones judiciales, y mucho más necesitado de equipamiento moderno, había sido abandonado en el destartalado edificio Van den Heuvel, con su enlucido desconchado y su moho y, lo peor de todo, sus techos con manchas de humedad. Aborrecía la visión de aquellas manchas, de bordes irregulares de una tonalidad amarilla parduzca. Y las aborrecía especialmente aquel día: las veía más grandes, y se preguntaba si el techo no se agrietaría del todo y se desplomaría sobre su cabeza. Por supuesto, un *coroner* debía estar junto a un depósito de cadáveres; lo comprendía perfectamente. Pero lo que no entendía en absoluto era por qué no se había construido un depósito nuevo y moderno en la nueva jefatura de policía.

Littlemore entró con parsimonia en el despacho del *coroner*. Tenía veinticinco años. Ni alto ni bajo, Jimmy Littlemore no era mal parecido, pero tampoco era guapo. Su pelo cortado casi al rape no era ni moreno ni rubio; de tener que definirlo, se diría que era más bien rojizo. Tenía una cara inconfundiblemente norteamericana, franca y amistosa, en la que, aparte de unas cuantas pecas, no había nada particularmente memorable. Si te lo cruzabas en la calle, no era nada probable que te acordaras luego de su persona. Podrías, sin embargo, recordar su sonrisa fácil o la pajarita roja que solía lucir bajo el canotier que coronaba su cabeza.

El *coroner* ordenó a Littlemore que le dijera lo que había averiguado sobre el caso Riverford, poniendo gran empeño en sonar enérgico e imperioso. Sólo en los asuntos más excepcionales se ponía al *coroner* directamente al mando de una investigación. Y quería, por tanto, hacer saber a Littlemore que se derivarían muy graves consecuencias si el detective no obtenía resultados.

El tono autoritario no logró su objetivo de impresionar al detective. Aunque Littlemore nunca había trabajado en un caso con el *coroner*, sin duda sabía por el nuevo jefe de policía que su mote era «el necrófago», por el entusiasmo con que realizaba las autopsias, y porque no tenía ningún poder real en el departamento. Pero Littlemore, que era un tipo de natural excelente, no se mostraba irrespetuoso con el*coroner*.

—¿Que qué sé del caso Riverford? —le respondió—. Bueno, pues nada de nada, señor Hugel. Sólo que el asesino tiene más de cincuenta años, mide como uno ochenta, no está casado, le resulta muy familiar la visión de la sangre, vive más abajo de Canal Street y ha estado en el puerto en algún momento de los dos días pasados.

—¿Y cómo sabe todo eso?

—Estoy bromeando, señor Hugel. No sé una mierda del asesino. Ni siquiera sé por qué se molestan en mandarme allí. Usted no recogió ninguna huella, ¿verdad, señor?

—¿Huellas dactilares? —preguntó el *coroner&mdash*;. No, claro que no. Los tribunales nunca admitirían huellas dactilares como prueba.

—Bueno, cuando llegué era demasiado tarde. Lo habían limpiado todo. Se habían llevado todas las cosas de la chica.

Hugel estaba indignado. Lo que habían hecho era alterar las pruebas.

—Pero algo habrá usted averiguado sobre la joven Riverford —dijo.

—Bueno, era una chica muy reservada. Se lo guardaba todo para sí misma.

—¿Eso es todo?

—Era nueva en el edificio —dijo Littlemore—. Sólo llevaba uno o dos meses.

—Lo abrieron en junio, Littlemore. *Todo el mundo* lleva uno o dos meses.

—Oh.

—¿La vio alguien ayer? —preguntó el *coroner*.

—Llegó a eso de las ocho de la tarde. Sola. Y tampoco recibió a nadie. Subió a su apartamento y ya no salió, que los empleados sepan.

—¿Tenía visitantes asiduos?

—No. Nadie recuerda que haya recibido a nadie en ningún momento.

—¿Por qué vivía sola en Nueva York? ¿A su edad y en un apartamento tan grande?

—Eso querría yo saber —dijo Littlemore—. Pero en el Balmoral no querían decirme nada de nada. Ninguno de los empleados. Pero lo que he dicho del puerto era

cierto, señor Hugel. Encontré un poco de arcilla en el suelo del dormitorio de la señorita Riverford. Y bastante fresca. Creo que era del puerto.

—¿Arcilla? ¿De qué color? —preguntó Hugel.

—Roja. Como esponjosa.

—No era arcilla, Littlemore —dijo el *coroner*, poniendo los ojos en blanco—. Era mi tiza.

El detective frunció el ceño.

—Me preguntaba por qué habría un círculo entero de esa tiza.

—¡Para que nadie se acercara al cadáver, so memo!

—Estaba bromeando, señor Hugel. No era su tiza. Vi su tiza. La arcilla estaba junto a la chimenea. Una pizca nada más. Tuve que usar la lupa para verla. Me la llevé a casa para compararla con mis muestras; tengo una colección completa. Y es muy parecida a la arcilla roja que hay en todos los muelles del puerto.

Hugel se quedó pensativo. Trataba de decidir si sentirse impresionado o no.

—¿La arcilla del puerto es única? ¿No podría ser de otra parte? ¿De Central Park, por ejemplo?

—De Central Park no —dijo el detective—. Es arcilla de río, señor Hugel. Cieno. Y no hay ríos en Central Park.

—¿Y qué me dice del valle del Hudson?

—Podría ser.

—O de Fort Tryon, en la zona alta, donde Billings acaba de remover toda esa tierra…

—¿Cree que allí hay cieno?

—Le felicito, Littlemore, por su sobresaliente labor de investigación.

—Gracias, señor Hugel.

—¿Le interesaría tal vez oír una descripción del asesino?

—Cómo no. Por supuesto.

—Es de mediana edad. Adinerado, y diestro. Tiene el pelo entrecano, y antes lo tuvo castaño oscuro. Altura: de uno ochenta a uno ochenta y cinco. Y yo creo que conocía a su víctima… Que la conocía bien.

Littlemore parecía asombrado.

—¿Como…?

—Ahí tengo tres cabellos que encontré en el cuerpo de la joven. —El *coroner* señaló un pequeño rectángulo de doble cristal que había encima de su escritorio, junto al microscopio. Aplastados entre los dos cristales había tres cabellos.

—Son oscuros, pero veteados de gris, lo que apunta a un hombre de edad mediana. En el cuello de la joven había unas hebras de seda blanca, probablemente de la corbata masculina con la que fue estrangulada. La seda era de la mejor calidad. Luego nuestro hombre tiene dinero. De su desteridad no cabe la menor duda: las

heridas todas van de derecha a izquierda.

—¿Desteridad?

—El hecho de que nuestro hombre fuera diestro, c4] detective Littlemore.

—¿Y cómo sabe que la conocía?

—No lo sé. Lo sospecho. Respóndame a lo siguiente: ¿en qué postura estaba la señorita Riverford cuando la azotó el asesino?

—No he visto el cadáver —se quejó el detective—. Ni siquiera sé la causa de la muerte.

—Estrangulamiento por ligadura, confirmado por la fractura del hueso hioides que he observado al abrirle la cavidad torácica. Una bonita rotura, si se me permite decirlo, como el hueso de la suerte de un pollo limpiamente partido. Un adorable pecho femenino, la verdad: las costillas perfectas, los pulmones y el corazón, una vez sacados, la viva estampa de unos tejidos sanos necrosados por la asfixia. Ha sido un placer tenerlo en las manos. Pero al grano: la señorita Riverford estaba de pie cuando la azotaron. Lo sabemos por la sencilla razón de que la sangre se deslizó hacia abajo en línea recta desde las laceraciones. Las manos sin duda las tenía atadas por encima de la cabeza con una cuerda bastante gruesa, que seguramente habían colgado de un elemento del techo. Vi hebras de cuerda en él. ¿Y usted? ¿No? Bien, vuelva y búsquelas. La pregunta es la siguiente: ¿por qué un hombre que dispone de una cuerda tan recia iba a utilizar una delicada tela de seda para estrangular a su víctima? Deducción, señor Littlemore: porque no quería usar una cosa tan tosca alrededor del cuello de la joven. ¿Y eso por qué? Hipótesis, señor Littlemore: porque albergaba ciertos sentimientos por ella. Ahora bien, en lo relativo a la altura del sujeto, volvemos al terreno de las certezas. La señorita Riverford medía un metro sesenta y cinco; a juzgar por sus heridas, los latigazos tuvo que infligírselos alguien que le llevara de quince a veinte centímetros. Luego el asesino tiene que medir entre uno ochenta y uno ochenta y cinco.

—A menos que estuviera subido a algo —dijo Littlemore.

—¿Qué?

—A un taburete o algo.

—¿A un taburete? —repitió el *coroner*.

—Es posible —dijo Littlemore.

—Un hombre no se sube a un taburete para azotar a una mujer, detective.

—¿Por qué no?

—Porque es ridículo. Se caería.

—No si tenía algo a lo que sujetarse —dijo el detective—. Una lámpara, por ejemplo, o un colgador de sombreros.

—¿Un colgador de sombreros? —repitió Hugel—. ¿Y por qué habría de hacer algo semejante, detective?

—Para hacemos creer que es más alto.

—¿Cuántos casos de homicidio ha investigado usted? —preguntó el *coroner*.

—Éste es el primero —dijo Littlemore con indisimulado entusiasmo— que investigo como detective.

Hugel asintió con la cabeza.

—Habrá hablado con la doncella al menos, espero.

—¿La doncella?

—Sí, la doncella. La doncella de la señorita Riverford. ¿Le preguntó usted si había notado algo especial?

—Pienso que…

—No quiero que piense —le cortó el *coroner—*. Quiero que *detecte*. Quiero que vuelva al Balmoral y hable otra vez con esa doncella. Fue la primera persona que estuvo en aquel dormitorio. Pídale que le cuente exactamente lo que vio al entrar. Entérese de los detalles, ¿me oye?

En la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cincuenta y tres, en una habitación en la que ninguna mujer había entrado nunca, ni siquiera para quitar el polvo o sacudir las cortinas, un mayordomo llenaba tres copas de cristal tallado de un decantador centelleante. Los cuencos de las copas, profusamente grabados, eran tan hondos que podían contener una botella entera de burdeos. El mayordomo sirvió un centímetro de vino tinto en cada uno.

Y ofreció la copas al Triunvirato.

Los tres hombres estaban sentados en sillones hondos de cuero, dispuestos en torno a una chimenea central. La pieza era una biblioteca que contenía más de tres mil setecientos libros, la mayoría de los cuales estaban escritos en griego, latín o alemán. A un lado de la chimenea apagada había un busto de Aristóteles sobre un pedestal de mármol de color verde jade. Al otro, un busto de un hindú antiguo. Sobre la repisa de la chimenea había un cornisamento en el que podía verse una gran serpiente desplegada en una curva de seno y contra un fondo de llamas. Al pie, se leía la palabra CHARAKA grabada en letras mayúsculas.

El humo de las pipas de los hombres acariciaba el techo alto, muy por encima de sus cabezas. El hombre que ocupaba el centro de los tres hizo un movimiento apenas perceptible con la mano derecha, en la que llevaba un gran y extraño anillo de plata. De poco menos de sesenta años, era de complexión delgada y nervuda y tenía un rostro distinguido y enjuto, ojos oscuros, cejas negras bajo el pelo plateado y manos de pianista.

En respuesta a su gesto, el mayordomo encendió un manojo de papeles de periódico que había en la chimenea, que al poco comenzó a arder y a crepitar con fluctuantes llamas naranjas.

—Asegúrate de conservar las cenizas —le dijo el señor a su sirviente.

Asintiendo con la cabeza, el mayordomo se retiró en silencio, y cerró la puerta a su espalda.

—Sólo hay un medio para combatir el fuego —prosiguió el hombre de las manos de pianista. Levantó la copa—. Caballeros…

Cuando los otros dos hombres alzaron sus copas de cristal, alguien que les hubiera estado observando habría reparado en que ambos llevaban un anillo plateado similar al del primer hombre en la mano derecha. Uno de aquellos caballeros era corpulento y rubicundo, y llevaba patillas de boca de hacha. Terminó de pronunciar el brindis que el primer hombre había iniciado:

—Con el fuego.

Y apuró la copa de vino.

El tercer hombre era muy delgado, y tenía ojos penetrantes y una incipiente calva. No dijo ni una palabra; se limitó a beber el vino de su copa, un Chateau Lafite de 1870.

—¿Conoce al barón? —preguntó el hombre primero, volviéndose hacia el hombre casi calvo—. Supongo que es usted pariente de él.

—¿A Rothschild? —respondió el hombre casi calvo en tono blando—. Nunca me lo han presentado. Nuestro parentesco viene por la rama inglesa de la familia.

III

Como primer lugar que visitaría Freud en los Estados Unidos Brill fue a elegir, precisamente, Coney Island. Fuimos a pie a la estación Grand Central, a apenas una manzana del hotel. El cielo estaba despejado, y el sol caldeaba ya las calles atascadas por el tráfico de los lunes por la mañana. Los automóviles aceleraban con impaciencia para orillar a los furgones de reparto tirados por caballos. Era imposible conversar en medio de aquella algarabía. Enfrente del hotel, en la calle Cuarenta y dos, habían levantado un andamio gigantesco para la construcción de un nuevo edificio, y los martillos neumáticos expandían un ruido ensordecedor en torno.

De pronto, dentro de la terminal, se hizo un silencio. Freud y Ferenczi se detuvieron, estupefactos. Estábamos en un fabuloso túnel de cristal y acero de doscientos metros de longitud por treinta de altura, con gigantescas arañas de gasóleo a todo lo largo del techo curvado. Era una hazaña de la ingeniería que superaba con mucho la de la torre parisiense del señor Eiffel. El único que no parecía impresionado era Jung. Me pregunté si estaría bien; parecía un poco pálido y distraído. Freud estaba anonadado, lo mismo que me había quedado yo al enterarme de que iban a echar la estación entera abajo, pero había sido construida para las viejas locomotoras de vapor, y la época del vapor pertenecía ya al pasado.

Cuando bajábamos por las escaleras hacia los andenes de los trenes de cercanías, el ánimo de Freud se volvió sombrío.

—Está aterrorizado de la red de trenes subterráneos de ustedes —me susurró al oído Ferenczi—. Una pizca de neurosis sin analizar. Me lo dijo anoche.

El humor de Freud, probablemente, no mejoró mucho cuando nuestro tren se detuvo con violencia en medio de un túnel entre dos estaciones, y las luces parpadearon y se apagaron, sumiéndonos en una oscuridad de boca de lobo.

—Edificios en el cielo, trenes bajo tierra —dijo Freud, en tono irritado—. Ustedes los norteamericanos actúan como Virgilio: si no pueden hacer que los cielos bajen a la tierra, subirán el infierno hasta la superficie.

—¿No es lo que dice el epígrafe [5] de su libro? —le preguntó Ferenczi.

—Sí, pero no tendría que ser también mi epitafio —le respondió Freud.

—¡Caballeros! —exclamó Brill si previo aviso—. Aún no han oído ustedes el análisis de la mano paralizada de nuestro Younger aquí presente.

—¿Una historia clínica? —dijo Ferenczi con entusiasmo—. Tenemos que oírla. Sin falta.

—No, no —dije yo—. Era incompleta.

—Tonterías —me reconvino Brill—. Es uno de los psicoanálisis más perfectos que he oído en la vida. Confirma cada punto de la teoría psicoanalítica.

Al no ver ninguna salida, me avine a contar mi pequeño éxito mientras

esperábamos en la opresiva negrura a que el tren volviera a la vida.

Me licencié en Harvard en 1908, no sólo en medicina sino también en psicología. Mis profesores, impresionados por mi laboriosidad, hablaron de mí a G. Stanley Hall, el primer hombre que recibía la licenciatura de psicología en Harvard, fundador de la Asociación Norteamericana de Psicología y hoy presidente de la Universidad de Clark, en Worcester. Cuando me ofreció un puesto de profesor adjunto de psicología, con la posibilidad de comenzar a ejercer mi disciplina —y salir de Boston—, acepté enseguida.

Un mes después tuve mi primer paciente psicoanalítico, a quien llamaré aquí Priscilla. Tenía dieciséis años, y la llevó a mi consulta su angustiada madre. Hall era el responsable de la decisión de la familia de confiarla a mi cuidado. No puedo decir más sin riesgo de revelar la identidad de la chica.

Priscilla era baja y corpulenta, pero tenía una cara muy agradable y un carácter resignado. Llevaba un año padeciendo accesos de aguda falta de aliento, dolores de cabeza ocasionales e incapacitantes y parálisis total de la mano izquierda, lo cual le resultaba embarazoso y frustrante. La histeria explicaría perfectamente la parálisis, que afectaba a la totalidad de la mano, incluida la muñeca. Como Freud había señalado, las parálisis de este tipo no se ajustan a ninguna genuina disfunción de inervación, y por tanto no pueden deberse a ninguna anomalía fisiológica real. Por ejemplo, un daño neurológico real puede inmovilizar por completo ciertos dedos, pero no la muñeca. O puede hacer que se pierda la capacidad de emplear el pulgar, pero sin afectar lo más mínimo a los otros dedos. Pero cuando una parálisis se apodera de toda una parte del cuerpo, de todas las reticulaciones neurales diferenciadas, no es la fisiología sino la psicología la que debe consultarse, ya que este tipo de accesos se corresponden únicamente con una idea, con una imagen mental; en el caso de Priscilla, la imagen de su mano izquierda.

El médico de la chica, como es lógico, no había encontrado ninguna base orgánica para lo que ésta decía que le pasaba. Ni el quirólogo, llegado expresamente de Nueva York. Su prescripción había sido el descanso y el completo abandono de todo empeño que implicara actividad, lo cual, sin el menor género de dudas, había exacerbado su trastorno. Su familia incluso había pedido ayuda a un osteópata, que como es lógico no había conseguido ningún resultado.

Después de descartar todas las posibles afecciones neurológicas y ortopédicas —parálisis, enfermedad de Kienbock, etcétera—, decidí acudir al psicoanálisis. Al principio no hice ningún progreso. La razón: la presencia de la madre. Ninguna indirecta fue capaz de convencer a aquella señora de que dejara a médico y paciente en la intimidad que requiere el psicoanálisis. Tras la tercera visita, informé a la madre de que no iba a poder ayudar a Priscilla, ni, por otra parte, la aceptaría en el futuro

como paciente, si ella —su madre— no se ausentaba de mi despacho. Al principio, ni siquiera así logré que Priscilla hablara. Siguiendo los avances terapéuticos más recientes del profesor Freud, la hacía tenderse con los ojos cerrados. Le indiqué que pensara en la mano paralizada y dijera lo primero que se le viniera a la cabeza en asociación con ese síntoma, para dar salida a cualquier pensamiento que le pasara por la cabeza, con independencia de su naturaleza, aunque le pareciera que no venía al caso, y por inapropiado o incluso descortés que fuera. Priscilla, invariablemente, respondía tan sólo con la repetición de la descripción más superficial de la aparición de su dolencia.

El día crucial, según su relato siempre idéntico, había sido el lo de agosto de 1907. Recordaba la fecha exacta porque fue el día después del entierro de su adorada hermana mayor, Mary, que vivía en Boston con su marido, Bradley. Aquel verano Mary había muerto de gripe y había dejado a Bradley con dos hijos muy pequeños a quienes cuidar. El día del entierro, Priscilla recibió el encargo de su madre de escribir las cartas de agradecimiento a los numerosos amigos y parientes que habían expresado sus condolencias. Aquella noche empezó a sentir fuertes dolores en la mano izquierda, la mano con la que escribía. No vio nada extraño en ello, porque había escrito montones de cartas y porque llevaba varios años sintiendo dolores ocasionales en esa mano. Aquella noche, sin embargo, despertó sintiendo que no podía respirar. Cuando la disnea pasó, trató de volver a dormir, pero no pudo. A la mañana siguiente sintió el primero de los dolores de cabeza que habrían de atormentarla durante todo el año siguiente. Y, peor aún, vio que tenía totalmente paralizada la mano izquierda. Y así había seguido desde entonces, pendiéndole de la muñeca como un apéndice inerte.

Me contó este y otros hechos similares una y otra vez. Terminado su relato, se hacía un largo silencio. Poco importaba lo mucho que le insistiera en que tenía que haber algo más que querría contarme, que era imposible que no hubiera nada más en su cabeza: ella siempre respondía que no se le ocurría nada más que decirme.

Tentado estuve de hipnotizarla. Era a todas luces una criatura sugestionable. Pero Freud había rechazado inequívocamente la hipnosis. Antes, en el período temprano, cuando aún trabajaba con Breuer, había sido una técnica muy valorada y utilizada, pero Freud había descubierto que la hipnosis ni era duradera en sus efectos ni generaba una memoria fiable. Decidí, sin embargo, que podía intentar sin riesgo la técnica que Freud había empleado después de abandonar la hipnosis. Y ello me puso al fin en el buen camino.

Le dije a Priscilla que iba a ponerle la mano en la frente. Le aseguré que había unos recuerdos que pugnaban por salir de su interior, unos recuerdos de vital importancia en todo lo que me había contado hasta entonces, y sin los cuales no sería posible entender nada. Añadí que ella conocía muy bien estos recuerdos, por mucho

que no supiera que los conocía. Y que aflorarían en el momento mismo en que yo le pusiera la mano en la frente.

Hice lo que le había dicho que iba a hacer con cierta inquietud, porque había puesto mi autoridad en entredicho. Si nada se obtenía de aquello, me encontraría en peor posición que antes de intentarlo. Pero lo cierto es que los recuerdos afloraron, tal como había sugerido Freud en sus escritos, en el momento mismo en que Priscilla sintió la presión de mi mano en su frente.

—Oh, doctor Younger —exclamó al punto—. ¡Lo he visto!

—¿Qué?

—La mano de Mary.

—¿La mano de Mary?

—En el ataúd. Fue horrible. Nos hicieron mirar su cadáver.

—Continúa —dije.

Priscilla no dijo nada.

—¿Había algo raro en la mano de Mary? —le pregunté.

—Oh, no, doctor. Estaba perfecta. Siempre tuvo unas manos perfectas. Sabía tocar el piano maravillosamente; no como yo. —Priscilla batallaba contra una emoción que no supe descifrar. El color de sus mejillas y su frente me alarmó. Estaban de una tonalidad casi escarlata—. Seguía estando tan bella como siempre. Hasta el ataúd era precioso, todo de terciopelo y madera blanca. Parecía la Bella Durmiente. Pero yo sabía que no estaba dormida.

—¿Y qué le pasaba a la mano de Mary?

—¿A su mano?

—Sí, a su mano, Priscilla.

—Por favor, no me haga decirlo —dijo ella—. Me da demasiada vergüenza.

—No tienes que avergonzarte de nada. No somos responsables de nuestros sentimientos; y por tanto ningún sentimiento ha de causamos vergüenza.

—¿De verdad, doctor Younger?

—De verdad.

—Pero estuvo tan mal por mi parte…

—¿Era la mano izquierda de Mary, no es eso? —aventuré.

Ella asintió con la cabeza como si confesara un crimen.

—Cuéntame lo de su mano izquierda, Priscilla.

—El anillo —susurró, con la más tenue de las voces.

—Sí —dije—. El anillo.

Ese *sí* era una mentira. Esperaba que hiciera pensar a Priscilla que yo ya lo sabía todo, cuando en realidad no entendí nada de nada. Este engaño era el único aspecto de mi actuación que yo lamentaba. Pero, de una u otra forma, me había visto perpetrando tal falacia en todos y cada uno de los psicoanálisis que había llevado a

cabo en mi vida.

Priscilla siguió hablando:

—Era el anillo de oro que le había regalado Brad. y pensé: «Qué despilfarro. Qué despilfarro enterrarlo con ella».

—No hay por qué avergonzarse de eso. El sentido práctico es una virtud, no un vicio —le aseguré, con mi habitual agudeza.

—No lo entiende —dijo ella—. Lo quería para mí.

—Sí.

—Lo quería *llevar* yo, doctor —dijo casi gritando—. Quería que Brad se casara *conmigo*. ¿No habría cuidado maravillosamente de aquellos pobres niñitos? ¿No podría haberle hecho feliz? —Se ocultó la cabeza entre las manos y se echó a llorar —. Estaba contenta de que Mary hubiera muerto, doctor Younger.*Contenta*. Porque ahora él era libre para tenerme a mí.

—Priscilla —dije—. No puedo verte la cara.

—Perdone.

—Quiero decir que no puedo verte la cara porque te la estás tapando con la mano izquierda.

Lanzó un gritito ahogado. Era verdad: estaba utilizando la mano izquierda para secarse las lágrimas. El síntoma histérico había desaparecido en el momento mismo en que había recuperado la memoria cuya represión lo causaba. Ha pasado ya un año, y la parálisis no ha vuelto, ni la disnea, ni los dolores de cabeza.

La reconstrucción de la historia era de una sencillez palmaria. Priscilla había estado enamorada de Bradley desde que éste había empezado a cortejar a su hermana. Priscilla tenía entonces trece años. No escandalizará a nadie, espero, que afirme que el amor de una chiquilla de trece años puede incluir el deseo sexual, aun en el caso de que tal deseo no sea cabalmente consciente. Priscilla jamás había reconocido esos deseos, o su resultado: los celos que sentía de su hermana, que irremediablemente llevaban a la mente de la chiquilla al pavoroso y oportunista pensamiento de que, si Mary moría, el camino quedaría expedito para ella. Priscilla reprimía todos estos sentimientos, e incluso los escondía de su propia conciencia. Y tal represión era sin duda la fuente original de los dolores ocasionales que sentía en la mano izquierda, que probablemente comenzaron el día mismo de la boda, cuando Priscilla vio por primera vez el anillo de oro en la mano de su hermana. Dos años después, la visión del anillo en la mano de Mary en el ataúd despertó esos sentimientos, hasta entonces soterrados, que a punto estuvieron de aflorar —quizá, por un instante, llegaron a aflorar— a la conciencia de Priscilla. Pero ahora, además de estos sentimientos prohibidos de deseo y celos, existía también la absolutamente inaceptable satisfacción que sintió por la temprana muerte de su hermana. El resultado fue una nueva exigencia de represión, infinitamente más fuerte que la primera.

El papel que jugaron las cartas de agradecimiento a amigos y familiares por sus condolencias es más complejo. Uno puede imaginar lo que Priscilla debió de sufrir ante la visión de su mano izquierda desnuda, desprovista de anillo de boda, visión una y mil veces asociada al hecho de estar expresando dolor por el fallecimiento de su hermana. Muy probablemente fue una contradicción que Priscilla no pudo soportar. Al mismo tiempo, la laboriosa escritura pudo quizá proporcionar un apuntalamiento fisiológico para lo que siguió. En cualquier caso, la mano izquierda se le antojaba ofensiva, pues le recordaba a un tiempo el hecho de no estar casada y sus inaceptables deseos.

Tres objetivos, pues, se hicieron primordiales. El primero: no debía disponer de tal mano; debía librarse de una mano que no llevaba anillo nupcial en el lugar donde deben ir los anillos nupciales. El segundo: tenía que castigarse por su deseo de reemplazar a su hermana y ser la esposa de Bradley. El tercero: debía hacer que la consumación de ese deseo resultara imposible. Cada uno de estos tres objetivos se cumplió a través de sus síntomas histéricos; la economía con que la mente inconsciente lleva a cabo esta tarea es admirable. Simbólicamente hablando, Priscilla se libró de la mano ofensiva, y a un tiempo daba cumplimiento a su deseo y se castigaba por sentirlo. Al convertirse en una inválida, se aseguraba también de que ya no podría hacerse cargo del cuidado de los niños de Bradley, ni, por otra parte, como lo expresó ella misma con delicadeza, «hacerle feliz».

El tratamiento de Priscilla, de principio a fin, no llevó más de dos semanas. Después de asegurarle que sus deseos eran absolutamente naturales y que escapaban a su control, no sólo dejó de tener aquellos síntomas sino que se convirtió en un chica razonablemente radiante. La nueva corrió por Worcester como si el Salvador hubiera devuelto la vista a uno de los ciegos de Isaías. La historia que la gente contaba era la siguiente: Priscilla había enfermado de amor, y yo la había curado. Mi imposición de una mano en su frente era algo investido de toda suerte de poderes cuasi místicos. Ello hizo que mi reputación y el éxito de mi consulta subieran como la espuma, pero también tuvo unas cuantas consecuencias menos benignas. Apareció en mi consultorio toda una marea humana de treinta o cuarenta aspirantes a pacientes psicoanalíticos, todos ellos con quejas de síntomas inquietantemente similares a los de Priscilla, y todos ellos a la espera de un diagnóstico de «amor no correspondido» y una cura por imposición de una de mis manos.

Cuando terminé mi relato, el tren entraba en la estación de City Hall. Tuvimos que cambiarnos para tomar otro ramal en Park Row, donde un tren elevado nos llevaría hasta Coney Island. Ninguno de nosotros comentó nada sobre el caso de Priscilla, y empecé a pensar que había hecho el ridículo. Me salvó Brill. Le dijo a Freud que yo merecía saber lo que el Maestro pensaba de mi análisis.

Freud se volvió hacia mí con, apenas me atrevía a creerlo, un centelleo en los ojos. Dijo que, aparte de unos cuantos detalles menores, mi análisis era inmejorable. Lo calificó de brillante, y me pidió permiso para citarlo en ulteriores trabajos suyos. Brill me dio unas palmaditas en la espalda; Ferenczi, sonriendo, me estrechó la mano. Y éste no fue el momento más gratificante de mi vida profesional: fue el momento más gratificante de *toda* mi vida.

Nunca había reparado en lo espléndida que era la estación de City Hall, con sus arañas de cristal y sus murales con incrustaciones y sus arcos abovedados. Todos lo comentamos, con excepción de Jung, que de pronto anunció que no venía con nosotros. Jung no había hecho comentarios sobre mi historia clínica ni durante ni después de mi relato. Y ahora nos decía que necesitaba irse a la cama.

—¿A la cama? —le preguntó Brill—. Anoche se fue a la cama a las nueve…

Mientras el resto de nosotros se había retirado bien pasada la medianoche, después de cenar juntos en el hotel, Jung se había encerrado en su habitación nada más llegar y no había bajado a cenar con nosotros. Freud le preguntó a Jung si se encontraba bien. Jung le respondió que era su cabeza otra vez, y Freud me pidió que lo acompañara al hotel. Pero Jung no aceptó que lo ayudáramos, e insistió en que podía desandar fácilmente nuestros pasos. Así pues, Jung tomó el tren en dirección norte, mientras nosotros seguíamos viaje sin él.

Cuando el detective Jimmy Littlemore volvió al Balmoral el lunes por la tarde, acababa de entrar uno de los porteros, Clifford, que había trabajado el día anterior en el turno de noche. Littlemore le preguntó si conocía a la difunta señorita Riverford.

Al parecer Clifford no había recibido la orden de mantener cerrado el pico.

—Sí, claro. La recuerdo muy bien —dijo—. Guapísima.

—¿Habló con ella? —le preguntó Littlemore.

—No hablaba mucho. Conmigo, al menos…

—¿Se acuerda de alguna cosa en particular sobre ella?

—Le abría la puerta algunas mañanas —dijo Clifford.

—¿Hay algo de especial en eso?

—Termino el turno a las seis de la mañana. Las únicas chicas que uno ve a esas horas son chicas trabajadoras, y la señorita Riverford no tenía el menor aspecto de chica trabajadora, si sabe a lo que me refiero. Así que esos días salía a…, no sé, quizá a las cinco o cinco y media…

—¿Adónde iba? —preguntó Littlemore.

—No tengo ni idea.

—¿Y qué me dice de anoche? ¿Notó algo o vio a alguien fuera de lo normal?

—¿A qué se refiere con fuera de lo normal? —preguntó Clifford.

—Algo diferente, alguien a quien no hubiera visto nunca.

—Hubo un tipo… —dijo Clifford—. Se fue a eso de la medianoche. Con una prisa tremenda. ¿Viste a aquel tipo, Mac? No tenía una pinta muy normal, si le interesa lo que yo pienso.

El portero volvió a mirarme cuando Mac negó con la cabeza.

—¿Un pitillo? —dijo Littlemore dirigiéndole un gesto a Clifford, que aceptó y se guardó el cigarrillo, pues no les estaba permitido fumar en el trabajo—. ¿Por qué no tenía una pinta normal?

—No sé, porque no. De extranjero, quizá.

Clifford no fue capaz de articular su recelo de un modo más específico, pero afirmó rotundamente que el hombre en cuestión no vivía en el edificio. Littlemore tomó nota de su descripción: alto, delgado, de frente alta y pelo negro, bien vestido, de treinta cinco años o quizá algo más, con gafas y un maletín negro… El hombre subió a un coche de alquiler en la acera del Balmoral, y se dirigió hacia el centro. Littlemore siguió interrogando a los porteros durante otros diez minutos —ninguno recordaba al hombre de pelo negro entrando en el edificio, pero podía haber subido con un residente sin que nadie lo hubiera advertido—, y luego les preguntó dónde podía encontrar a las doncellas del Balmoral. Los porteros señalaron unas escaleras que descendían.

En el sótano, Littlemore se encontró en una estancia muy caldeada de techo bajo, llena tuberías vistas en las paredes. Había un grupo de doncellas doblando ropa de cama. Todas ellas conocían a la doncella de la señorita Riverford: Betty Longobardi. Pero le confiaron, en susurros, que no la encontraría en el edificio. Se había ido. Betty se había marchado del Balmoral muy temprano, sin despedirse de nadie. Y no sabían por qué. Betty era una persona de mucho carácter, pero también un cielo de chica. No aguantaba ninguna impertinencia, ni siquiera al director de noche. Puede que hubiera tenido otra trifulca con él la noche pasada. Una de las doncellas sabía dónde vivía Betty. Con tal información asegurada, Littlemore se volvió para irse. Y fue entonces cuando vio al chino.

Con una camiseta blanca y unos pantalones cortos oscuros, el hombre había aparecido en el sótano con una cesta de mimbre rebosante de sábanas recién lavadas. Depositó el contenido en la mesa donde descansaba el resto de la ropa blanca, y se iba ya cuando algo llamó la atención de Littlemore. El detective se quedó mirándole las gruesas pantorrillas y las sandalias. No es que fueran particularmente interesantes; ni tampoco sus andares, que se limitaban a deslizar un pie detrás del otro. El resultado, sin embargo, era fascinante. El hombre iba dejando en el suelo, a su espalda, dos estelas mojadas, y tales estelas aparecían salpicadas por una oscura y brillante arcilla roja.

—¡Eh…, usted! —gritó el detective.

El hombre se quedó inmóvil, con los hombros encorvados y dando la espalda al

detective. Pero al instante siguiente echó a correr y desapareció tras una esquina con el cesto a cuestas. El detective salió tras él, dobló la esquina justo a tiempo para ver cómo el hombre empujaba unas puertas batientes al fondo del largo pasillo. Littlemore corrió por el pasillo, pasó las puertas batientes y se encontró en la lavandería estridente y cavernosa del Balmoral, donde los empleados trabajaban en tablas de lavar y de planchar, planchas de vapor y lavadoras de mano. Había negros y blancos, italianos e irlandeses, rostros de todo tipo, pero no chinos. Una cesta de mimbre vacía yacía de lado junto a una tabla de planchar, y se balanceaba suavemente como si acabaran de dejarla. El suelo estaba todo mojado, lo cual impedía ver cualquier posible rastro de pisadas. Littlemore levantó la punta del sombrero y sacudió la cabeza.

Gramercy Park, al pie de Lexington Avenue, era el único parque privado de Manhattan. Sólo los propietarios de las casas de enfrente de la delicada verja de hierro forjado tenían derecho a entrar en él. Cada casa disponía de una llave de la puerta del parque, que daba acceso a un pequeño paraíso de flores y verdor.

Para la chica que salía de una de aquellas casas a primera hora del atardecer del lunes 30 de agosto, aquella llave siempre había sido un objeto mágico, dorado y negro, delicado pero irrompible. Cuando era niña, la vieja señora Biggs, su sirvienta, solía dejarle llevar la llave en su diminuto bolso blanco mientras cruzaban la calle hacia la verja. Era demasiado pequeña para hacerla girar en la cerradura, pero la señora Biggs guiaba su mano y la ayudaba a hacerlo. Cuando la puerta cedía, era como si el mundo mismo se estuviera abriendo ante ella.

El parque se había ido haciendo más y más pequeño a medida que ella crecía. Ahora ella, con diecisiete años, podía hacer girar la llave sin ayuda alguna, por supuesto, y aquel día, a la caída de la tarde, lo hizo para entrar e ir andando despacio hasta su banco, aquel donde siempre se sentaba. Llevaba un montón de libros de texto y su ejemplar personal de *La casa de la alegría*. Seguía amando su banco, aun cuando el parque había llegado a ser de algún modo, al hacerse ella mayor, más un apéndice de la casa de sus padres que un lugar para refugiarse de ella. Su madre y su padre estaban fuera. Se habían retirado al campo hacía cinco semanas, y la habían dejado al cuidado de la señora Biggs y de su marido. Y a ella le había encantado que la dejaran sola.

El día era ya opresivamente caluroso, pero el banco estaba a la sombra fresca de un castaño y de un sauce. Los libros descansaban en el banco, sin abrir, a su lado. Dos días después sería septiembre, un mes que llevaba anhelando lo que se le antojaba ya una eternidad. El siguiente fin de semana cumpliría dieciocho años. Y tres semanas después se matricularía en el Barnard College. Era una de esas chicas que, pese a su ferviente deseo de vivir una vida diferente, había ido difiriendo el hecho de hacerse mujer todo lo posible: cuando tenía trece, catorce y quince años aún

se aferraba a sus muñecos de peluche mientras sus compañeras de colegio hablaban ya de medias, barras de labios e invitaciones sociales. A los dieciséis años, los muñecos de peluche habían sido al fin relegados a los estantes más altos de un armario. A los diecisiete, era ágil, de ojos azules y sobrecogedoramente hermosa. Llevaba el pelo rubio y largo recogido detrás con una cinta.

Cuando las campanas de la iglesia de Calvary dieron las seis, vio cómo el señor y la señora Biggs bajaban apresuradamente la escalera principal de la casa: les quedaba poco tiempo para hacer las compras antes de que cerraran las tiendas. Hicieron una seña con la mano a la chica, que les devolvió el saludo. Minutos después, secándose las lágrimas, echó a andar despacio hacia la casa, apretándose los libros de texto contra el pecho, mirando la hierba y los tréboles y el vuelo de las abejas. Si se hubiera vuelto hacia la izquierda habría visto, al fondo del parque, a un hombre que la miraba desde el otro lado de la verja de hierro forjado.

Hacía tiempo que este hombre venía observándola. Llevaba un maletín negro en la mano derecha y vestía de negro, con demasiada ropa, de hecho, para el calor que hacía. No quitaba los ojos de la chica ni un momento mientras ésta cruzaba la calle y subía las escaleras hacia la puerta de su casa, una bonita casona de piedra caliza con dos pequeños leones de piedra que montaban una vana guardia a ambos lados de la entrada. Vio cómo la chica abría la puerta sin necesidad de utilizar la llave.

El hombre había visto asimismo cómo los viejos sirvientes salían de la casa. Miró a derecha e izquierda, y por encima del hombro, y echó a andar hacia la casa. Rápidamente se acercó a ella, subió las escaleras, tanteó el pomo de la puerta y comprobó que no la habían cerrado con llave.

Media hora después, el silencio de la noche de verano de Gramercy Park se vio rasgado por un grito, el grito de una jovencita. Surcó el aire de un extremo al otro de la calle, y quedó suspendido en él mucho más tiempo del que hubieran autorizado a imaginar las leyes de la física. Poco después, el hombre salió atropelladamente por la puerta de atrás de la casa de la chica. Un pequeño objeto no más grande que una moneda salió despedido de sus manos al dar él un traspié en los escalones. El objeto golpeó en la losa de pizarra y se alzó al aire en un rebote increíblemente alto. El hombre a punto estuvo de caer al suelo, pero recuperó el equilibrio, pasó como un rayo por delante del cobertizo del jardín y salió al callejón trasero.

El señor y la señora Biggs oyeron el grito. Volvían de la compra, cargados de bolsas de comestibles y de flores. Horrorizados, entraron a trompicones en la casa y subieron las escaleras tan raudamente como se lo permitieron las piernas. En el segundo piso, la puerta del dormitorio principal estaba abierta, cuando no debería estarlo. Y la encontraron dentro. A la señora Biggs se le cayeron las bolsas de las manos. Medio kilo de harina se esparció por el suelo en torno a sus viejos zapatos negros, levantando una pequeña polvareda blanca, y una cebolla amarilla rodó hasta

los pies desnudos de la chica.

Estaba en medio del dormitorio de sus padres, vestida tan sólo con una combinación y otras prendas de ropa interior que no debían contemplar los ojos de la servidumbre. Tenía las piernas desnudas. Y los largos y delgados brazos alzados por encima de la cabeza, con las muñecas atadas por una gruesa cuerda, que a su vez se hallaba sujeta al gancho del que pendía una pequeña araña; los dedos de la chica casi tocaban sus prismas de cristal. La combinación estaba toda rasgada, como si la hubieran desgarrado los golpes de un látigo o una vara. Una larga corbata o fular masculino blanco apretaba con fuerza el cuello de la chica y pasaba entre los labios.

No estaba, sin embargo, muerta. Sus ojos, como enloquecidos, miraban fijamente, sin ver. Miraban a aquellos viejos sirvientes, tan familiares, no con alivio sino con una especie de terror, como si fueran asesinos o demonios. Todo su cuerpo tiritaba, pese al calor. Trató de gritar de nuevo, pero ningún sonido salió de su garganta; era como si hubiera gastado ya toda su voz.

La señora Biggs recuperó la presencia de ánimo y ordenó a su marido que saliera de la habitación y fuera en busca de la policía. Luego, con suma cautela, fue hasta la chica y trató de calmarla, y procedió a soltarle la tela que le ceñía mandíbulas y garganta. Cuando le liberó la boca, la chica empezó a hacer todos los movimientos que normalmente acompañan al habla, pero seguía sin poder articular sonido alguno: ni una palabra, ni un suspiro. Cuando llegaron los policías, se quedaron consternados al ver que la chica no podía hablar. Y aún les aguardaba una mayor consternación. Le dieron papel y lápiz, y le pidieron que escribiera lo que había sucedido. *No puedo*, escribió la chica. ¿Por qué no?, le preguntaron los policías. Y ella respondió: *No puedo acordarme*.

IV

Eran casi las siete de la tarde del lunes cuando Freud, Ferenczi y yo volvimos al hotel. Brill se había ido a casa, cansado y feliz. Creo que Coney Island es el lugar preferido de Brill de toda Norteamérica. Una vez me dijo que cuando llegó a este país con quince años, solo y sin un centavo, solía pasarse días enteros en el paseo marítimo entarimado, y a veces noches enteras debajo de él. Sea como fuere, para mí no era nada obvio que lo primero que gustase Freud de Norteamérica hubiera de incluir forzosamente el espectáculo de la Incubadora de Bebés Prematuros Vivos o de la Alegre Trixie, la dama de trescientos kilos de peso, anunciada con la arrobada frase publicitaria: ¡SANTO CIELO! ¡QUÉ GORDA! ¡QUÉ INCREÍBLEMENTE GORDA!

Pero Freud parecía encantado, y lo comparó con el Prater de Viena, «sólo que a escala gigantesca», apostilló el Maestro. Brill incluso lo persuadió para que alquilara un traje de baño y se uniera a nosotros en la enorme piscina de agua salada del Steeplechase Park. Freud demostró ser un nadador más poderoso que Brill o Ferenczi, pero por la tarde tuvo un acceso de molestias prostáticas. Nos sentamos, por tanto, en un café del paseo entablado, y allí, en medio del estridente clamor de las montañas rusas y el martilleo más regular de las olas, tuvimos una conversación que jamás podré olvidar.

Brill había estado ridiculizando el tratamiento que prescriben los médicos norteamericanos a las mujeres histéricas: curas de masajes, curas de vibraciones, curas de agua…

—Mitad curanderismo y mitad industria sexual —dijo.

Describió a continuación una enorme máquina vibradora recientemente adquirida (por cuatrocientos dólares) por un colega conocido suyo, nada menos que profesor en la Universidad de Columbia—. ¿Saben lo que estos médicos están haciendo realmente? Ninguno lo admite, pero están haciendo que sus pacientes femeninas lleguen al clímax.

—Parece sorprenderle —dijo Freud—. Avicena aplicaba el mismo tratamiento en Persia hace novecientos años.

—¿Y se hizo rico con ello? —preguntó Brill, con un timbre de resentimiento—. Miles de dólares al mes, algunos de ellos. Pero lo peor de todo es su hipocresía. Una vez le dije a este colega, que resulta que es mi superior en el trabajo, que si su tratamiento funcionaba no era sino una prueba de lo acertado del psicoanálisis, ya que establecía el nexo entre la sexualidad y la histeria. Tendrían que haberle visto la cara. Me respondió que no había nada de sexual en su tratamiento, nada en absoluto. Se limitaba a dejar que sus pacientes descargaran el exceso de estimulación nerviosa. Y si yo pensaba algo diferente, no era más que una prueba del efecto corruptor de las

teorías de Freud. Tuve suerte de que encima no me despidiera.

Freud sonrió y no dijo nada. No tenía ninguna de las aristas amargas de Brill, ni su actitud defensiva. No se puede culpar a los ignorantes. Además de la inherente dificultad que entrañaba desvelar la verdad sobre la histeria, existían fuertes represiones, acumuladas durante milenios, que no podíamos esperar vencer en un día.

—Y es lo mismo con todas las dolencias —dijo Freud—. Sólo cuando entendemos su causa podemos decir que entendemos la enfermedad, y sólo entonces podemos tratarla. De momento ellos ignoran la causa, y por tanto siguen en la prehistoria, sangrando a sus pacientes y llamándolo medicina.

Fue entonces cuando la conversación tomó un rumbo memorable. Freud preguntó si nos gustaría oír uno de sus casos recientes, el de una paciente obsesionada con las ratas. Dijimos que sí, naturalmente.

Jamás había visto a un hombre hablar como lo hizo Freud. Nos contó el caso con tal soltura, erudición e inteligencia que nos tuvo embelesados más de tres horas seguidas. Brill, Ferenczi y yo de cuando en cuando le interrumpíamos, cuestionábamos sus deducciones con objeciones o preguntas. Freud nos respondía incluso antes de que hubiéramos terminado de exponer o formular por completo la objeción o la pregunta. En aquellas tres horas me sentí más vivo que en cualquier otro momento de mi vida. En medio de aquellos niños gritones y de aquellas gentes en busca de emociones de Coney Island, nosotros cuatro, sentía, estábamos rastreando el límite del conocimiento que el hombre tiene de sí mismo, abriendo sendas en un reino aún no hollado, creando horizontes nuevos que el mundo seguiría un día no lejano. Todo aquello que el hombre creía conocer de sí mismo —sus sueños, su conciencia, sus más secretos deseos— cambiaría para siempre.

De vuelta en el hotel, Freud y Ferenczi se prepararon para ir a cenar a casa de Brill. Por desgracia, yo tenía otro compromiso. Jung había quedado en ir con ellos, pero no lo encontrábamos por ninguna parte. Freud me pidió que llamara a su puerta, pero nadie contestó. Esperaron hasta las ocho, y se fueron sin él a casa de Brill. Yo me puse el traje de etiqueta a toda prisa, irritado. La perspectiva de un baile me habría irritado de todas formas, pero perderme una cena con Freud era exasperante hasta extremos inimaginables.

La sociedad neoyorquina de la Edad Dorada era en gran medida creación de dos mujeres riquísimas, la señora de William B. Astor y la señora de William K. Vanderbilt, y del titánico enfrentamiento entre ambas en la década de 1880.

La señora Astor, de soltera Schermerhorn, era de alta alcurnia. La señora Vanderbilt, de soltera Smith, en cambio, no se distinguía por su cuna. Los Astor podían remontarse en su linaje y su riqueza hasta la aristocracia holandesa del Nueva York del siglo XVIII. No hay que olvidar, sin embargo, que el término *aristocracia* se

utiliza aquí en sentido un tanto lato, pues los comerciantes de pieles holandeses del Nuevo Mundo no habían sido exactamente príncipes en el Viejo. Quizá las damas y los caballeros europeos no habían leído a Tocqueville, pero la diferencia entre los Estados Unidos y Europa en la que todos coincidían era que los Estados Unidos, para su desdicha, carecía de aristocracia. Con todo, a finales del siglo XIX, los fabulosamente ricos Astor eran recibidos en la corte de Saint James y pronto se respondería a sus reivindicaciones aristocráticas con títulos nobiliarios ingleses, infinitamente superiores a los holandeses, de haber existido alguno en su árbol genealógico.

Por el contrario, los Vanderbilt no eran nadie. Cornelius «Comodoro» Vanderbilt era simplemente el hombre más rico de Norteamérica, el hombre más rico del mundo, sin duda. Poseer un millón de dólares le hacía ya a uno muy rico a mediados del siglo XIX. Cuando murió, en 1877, Cornelius Vanderbilt poseía una fortuna de cien millones de dólares, que su hijo doblaría en la década siguiente. Pero el «Comodoro» seguía siendo un vulgar magnate del ferrocarril y los barcos de vapor que debía su fortuna a la industria, y la señora Astor no se dignaba tratar con él ni con ninguno de sus parientes.

Concretamente, la señora Astor jamás ponía el pie en la casa de la joven señora de William K. Vanderbilt, esposa del nieto del Comodoro. Ni siquiera le dejaba su tarjeta. Con ello dejaba bien sentado que los Vanderbilt no iban a ser recibidos en las mejores casas de Manhattan. La señora Astor hizo saber que en todo Nueva York no había más que cuatrocientas personas —hombres y mujeres— dignas de entrar en el salón de baile de una mansión; daba la casualidad de que tal número era la cantidad de invitados que cabía en el salón de baile de la señora Astor. Y los Vanderbilt no estaban entre ellas.

La señora Vanderbilt no era vengativa, pero sí inteligente e indomable. No ahorraría ni un centavo para romper la prohibición de la señora Astor. Su primera medida, lograda no sin la decisiva ayuda de la generosidad de su marido, fue hacerse con una invitación al Baile del Patriarca, todo un evento en el calendario neoyorquino de las grandes celebraciones sociales, a la que asistían los más influyentes ciudadanos de Nueva York.

Su segundo paso fue conseguir que su marido construyese una nueva casa. Estaría situada en la esquina de la Quinta Avenida con la calle Cincuenta y dos, y sería una mansión como nadie habría visto jamás en Nueva York. Diseñada por Richard Morris Hunt —no sólo el arquitecto norteamericano más famoso de la época, sino un invitado asiduo y bienvenido de los Astor—, la mansión del número óó0 de la Quinta Avenida terminó siendo un edificio de piedra caliza blanca y estilo *château* francés del valle del Loira. Al fondo de su vestíbulo de piedra, de veinte metros de largo y techo abovedado de doble altura, había una escalera de piedra de Caen

maravillosamente labrada. Entre sus treinta y siete habitaciones había un altísimo comedor iluminado por grandes vitrales, y un gigantesco gimnasio que ocupaba el tercer y el cuarto piso para sus hijos, y un salón de baile capaz de dar cabida a ochocientos invitados. Por toda la casa había Rembrandts, Gainsboroughs, Reynolds, tapices Gobelin y muebles que un día pertenecieron a María Antonieta.

En las últimas fases de su construcción, el señor Vanderbilt anunció una fiesta de inauguración en la que llegado el día se gastaría doscientos cincuenta mil dólares. El uso más inteligente de su riqueza, con mucho, estribaba en asegurarse de antemano la asistencia de unos cuantos notables pero venales invitados no sujetos a las normas de la señora Astor, incluidas varias damas inglesas, algunos barones teutónicos, un pequeño grupo de condes italianos y un ex presidente de los Estados Unidos. Dejando caer aquí y allá pistas sobre estos compromisos anticipados, y sobre pasatiempos suntuosos e inéditos que iban a amenizar la fiesta, la señora Vanderbilt envió un total de mil doscientas invitaciones. Su baile anunciado se convirtió en la comidilla de la ciudad.

Resultó que una de las personas ansiosas por asistir a la esperada fiesta era Carrie Astor, la hija favorita de la señora Astor, que durante todo el verano había estado formando con sus amigas una Pandilla de las Estrellas para el baile de la señora Vanderbilt. Pero de esas mil doscientas invitaciones ninguna había sido enviada a Carrie Astor. Todas las amigas de Carrie habían recibido la suya —y planeaban ya con entusiasmo los vestidos que lucirían con el sello de la Pandilla—; todas, salvo la llorosa Carrie. Para cualquiera que quisiera oído, la señora Vanderbilt expresaba su conmiseración por el trance en que se encontraba la pobre chica, pero ¿cómo *podía* invitar a Carrie, preguntaba la futura anfitriona a sus interlocutores, si jamás había sido presentada a su madre?

Y aconteció que una tarde de invierno de 1883 la señora de William Backhouse Astor montó en su carruaje y recorrió las calles e hizo que su lacayo de librea azul presentase su tarjeta grabada en el óó0 de la Quinta Avenida. Ello dio a la señora Vanderbilt una oportunidad sin precedentes para desairar a la gran Caroline Astor, una oportunidad que habría sido irresistible para una mujer con menor visión de futuro que la señora Vanderbilt. Pero ésta respondió de inmediato enviando a la residencia de los Astor una invitación para el baile. Al final, pues, Carrie asistiría acompañada de su madre —que luciría un corpiño de brillantes valorado en doscientos mil dólares— y de los Cuatrocientos asiduos de la señora Astor.

A finales de siglo y comienzos del siguiente, la sociedad neoyorquina se había transformado de bastión de los Knickerbockers [6] en una amalgama tornadiza de poder, dinero y celebridad. Cualquiera que tuviera cien millones de dólares podía entrar a formar parte de ella. Caballeros de la alta sociedad se mezclaban con coristas. Damas de alta cuna dejaban a sus maridos. Ni la señora Vanderbilt era ya la señora

Vanderbilt: había obtenido un sonado divorcio en 1895 para convertirse en la señora de Oliver H. P. Belmont. Incluso una hija de la señora Astor, Charlotte, madre de cuatro niños, se había fugado a Inglaterra con su amante. Tres hijos y un nieto del multimillonario Jay Gould se casaron con actrices. James Roosevelt Roosevelt se casó con una prostituta. Hasta alguien que había cometido un asesinato podía convertirse en todo un personaje, siempre que fuera de buena familia. Harry Thaw, heredero de una modesta fortuna minera de Pittsburgh, jamás se habría hecho famoso en Nueva York si no hubiera dado muerte al célebre arquitecto Stanford White en la azotea del Madison Square Garden en 190ó. A pesar de que Thaw disparó en plena cara a White, estando éste sentado y a la vista de un centenar de comensales, el jurado lo absolvió —por motivos de locura— dos años más tarde. Ciertos observadores dijeron que ningún jurado norteamericano condenaría a un hombre por matar a un bribón que se había llevado a la cama a su mujer, aunque, para ser justos con White, su romance con la joven dama en cuestión había tenido lugar cuando ésta era una corista de dieciséis años y aún no se había convertido en la respetable señora de Harry Thaw. Otros opinaban que los miembros de aquel jurado se habían sentido especialmente reacios a declarar culpable al acusado, habida cuenta de la suma demasiado elevada que habían recibido del abogado de Thaw a fin de que se sintieran realmente libres para, en conciencia, rechazar su alegato final.

En verano, los ricos de Manhattan se retiraban a sus palacios de mármol de Newport y Saratoga, donde los yates, los caballos y las partidas de cartas eran sus principales ocupaciones. En aquellos días, las familias más ilustres aún podían demostrar por qué eran las primeras del país. El joven Harold Vanderbilt, que creció en el óó0 de la Quinta Avenida, defendería con éxito tres veces la Copa de América contra los británicos. E inventó asimismo el bridge Contrato.

A medida que se acercaba septiembre de 1909, se acercaba también la nueva temporada social. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la «cosecha» de debutantes de aquel año iba a ser una de las más ricas de los últimos tiempos. La señorita Josephine Crosby, señalaba el *Times*, era una joven muy guapa, dotada de una bella voz argentina. La curvilínea señorita Mildred Carter había regresado con su padre de Londres, donde había bailado con el rey. La heredera señorita Hyde figuraba también en la lista de las debutantes, al igual que la señorita Chapin y la señorita Rutherford, a quien se había visto recientemente como dama de honor de su prima, de soltera señorita White, en el enlace matrimonial de ésta con el conde Sheer— Thoss.

El evento inaugural de la temporada social fue un baile de caridad, ofrecido por la señora de Stuyvesant Fish la noche del lunes 30 de agosto, a fin de recaudar fondos para el nuevo Hospital Infantil Gratuito de la ciudad. Se había puesto de moda dar fiestas en los grandes hoteles de Nueva York. El baile de la señora Fish se celebró en el Waldorf-Astoria.

El gran hotel de la Quinta Avenida con la calle Treinta y cuatro se alzaba en el punto mismo en el que la señora Astor había vivido un cuarto de siglo atrás, cuando la derrotó la señora Vanderbilt. Comparada con la reluciente mansión de los Vanderbilt, el viejo y elegante caserón de ladrillo de los Astor se había vuelto repentinamente pequeño y anodino. La señora Astor, por tanto, lo hizo derribar sin ceremonia y se construyó un *château* francés que doblaba en tamaño al de la señora Vanderbilt —aunque no de estilo del Loira sino del más señorial del Segundo Imperio —, a treinta manzanas al norte, con un salón de baile capaz de albergar a mil doscientos invitados. En el terreno que la señora Astor había desocupado, su hijo erigió el hotel más grande del mundo y más lujoso de la ciudad de Nueva York.

Los invitados entraban en el Waldorf-Astoria a través de un ancho pasillo de cien metros de largo que daba a la calle Treinta y cuatro, conocido como Corredor del Pavo Real. Cuando se celebraba un baile de campanillas, porteros con medias azules recibían a los carruajes, y el Corredor del Pavo Real se hallaba flanqueado por centenares y centenares de mirones, gentes del pueblo que querían contemplar el desfile de los ricos y poderosos en su mayestático camino hacia el interior. El Jardín de Palmeras era el restaurante vasto y dorado y con cúpula del Waldorf, cuyas paredes de cristal aseguraban la visibilidad ininterrumpida con el mundo exterior, y cuyos espejos de grandes dimensiones aseguraban que las damas y caballeros del mundo interior pudieran ver más de sí mismos que lo que podían verles los seres del exterior. Para dar cabida a sus invitados, la señora de Stuyvesant Fish había alquilado no sólo el Jardín de Palmeras sino también el Salón Imperial, el espacio al aire libre del Salón del Mirto y la totalidad de la orquesta y compañía de la Metropolitan Opera.

Y fue este tipo de música el que recibió a Stratham Younger cuando entró en el Corredor del Pavo Real, con el brazo enlazado de su prima la señorita Belva Dula, media hora después de que sus invitados europeos hubieran partido del hotel para su cena con los Brill.

Mi madre era una Schermerhorn. Su hermana se casó con un Fish. Estos dos señoriales hechos genealógicos motivaban mi invitación a cuanto baile aristocrático se celebraba en Manhattan.

La circunstancia de vivir en Worcester, Massachusetts, me proporcionaba una excusa suficiente para librarme de la mayoría de estos festejos. Pero debía hacer una excepción con las fiestas que daba mi estrafalaria tía Mamie —la señora de Stuyvesant Fish—, quien, aunque no era realmente tía mía, había insistido en que la llamara así desde mi más tierna infancia, cuando solía pasar los veranos en su casa de Newport. Después de la muerte de mi padre, fue la tía Mamie la que cuidó de que a mi madre no le faltara de nada y no tuviera que dejar la casa de Back Bay, donde

había vivido durante toda su vida de casada. Por consiguiente, yo nunca podía negarme cuando la tía Mamie me pedía que asistiera a una de sus fiestas de gala. Y, además de esta obligación, estaba también la prima Belva, a la que había accedido a acompañar en su entrada solemne por el Corredor del Pavo Real.

—¿Qué es eso que suena? —me preguntó Belva, refiriéndose a la música, mientras avanzábamos por el interminable pasillo entre los incontables mirones apostados a ambos lados.

—Es *Aída*, de Verdi —le respondí—. Y nosotros somos los animales que van marchando.

Señaló a una oronda mujer custodiada por su marido que iba no muchos metros por delante de nosotros.

—Oh, mira, Arthur Scott Burden y señora. Nunca había visto a la señora Burden con un turbante carmesí tan enorme. Quizá tengamos que pensar en elefantes.

—Belva…

—Y ahí están los Condé Nast. El sombrero estilo Directorio de Francia que lleva ella es bastante más apropiado, ¿no crees? Sus gardenias también las apruebo, pero me convencen mucho menos esas plumas de avestruz. Puede que incite a la gente a enterrar la cabeza en la arena cuando la ven pasar.

—Calla, Belva.

—¿Te das cuenta de que debe de haber unas mil personas mirándonos ahora mismo? —Belva disfrutaba a ojos vistas de tal atención—. Apuesto a que no tenéis nada de esto en Boston.

—Estamos tristemente a la zaga, en Boston —dije.

—La de la perfecta masa de joyas en el pelo es la baronesa Von Haefton, que me excluyó de la fiesta que el invierno pasado dio al marqués de Charette. Ésos son John Jacob Astor y su mujer… Dicen que a él se le ve por todas partes con Maddie Forge, que tiene apenas diecisiete años. Y he ahí a nuestros anfitriones, los Stuyvesant Fishes…

—Fish.

—¿Perdón?

—El plural de Stuyvesant Fish —le expliqué— es Stuyvesant Fish. Se dice «los Fish», no «los Fishes».

Insólito el pretender siquiera corregir a Belva en un punto de la etiqueta de Nueva York.

—Ni se me ocurriría creer eso —replicó ella—. Pero la señora Fish casi parece plural ella sola esta noche.

—Ni una palabra en contra de mi tía, Belva.

La prima Belva tenía más o menos mi edad, y la conocía desde la infancia. Pero la pobre criatura, desgarbada y escuálida, se había presentado en sociedad hacía ya

casi diez años, y hasta la fecha no había picado nadie. A los veintisiete años estaba, me temo, bastante desesperada, y el mundo la catalogaba ya de solterona.

—Al menos —añadí—, la tía Mamie no ha traído al perro.

La tía Mamie había dado una vez un baile en Newport para su nuevo caniche francés, que, con un collar tachonado de brillantes, hizo su entrada brincando y haciendo cabriolas sobre una alfombra roja.

—Pero mira: si se ha traído al perro —dijo Belva, complacida—. Y sigue con ese collar de brillantes.

Belva apuntaba con el dedo a Marion Fish, la hija menor de la tía Mamie, a cuya deslumbrante presentación en sociedad Belva no había sido invitada.

—Ya está, prima. Ya vuelves a ser libre.

Habíamos llegado al final del largo corredor, y me liberé de Belva, o más bien la tía Mamie me premió apartándome de ella y endosándome la compañía de la señorita Hyde, a la que, si exceptuábamos el hecho de que era tremendamente rica, adornaban muy pocas prendas. Bailé con varias debutantes más, incluida la señorita Eleanor Sears, alta y con cuerpo de bailarina de ballet, que fue muy amable conmigo, aunque me vi obligado a esquivar todo el tiempo su tocado en forma de sombrero mexicano. Y, por supuesto, también bailé una pieza con la pobre Belva.

Después del obligado cóctel de ostras, nos fue ofrecido —según rezaba la carta orlada en oro— un*buffet russe*, cordero de monte asado con puré de castañas y espárragos, sorbete de champán, tortuga de Maryland y pato rojo con ensalada de naranja. Ésta era tan sólo una de las dos cenas de las que disfrutaríamos a lo largo de la velada; la segunda nos sería servida después de medianoche. Y acto seguido de la segunda cena, a eso de la una y media, el cotillón, con los bailes formales: probablemente una danza de espejos, si conocía algo a la tía Mamie.

La verdad es que no me importaba asistir de cuando en cuando a alguna fiesta en Nueva York. Había dejado de hacer vida social en Boston, donde no podía escapar a los susurros y miradas de soslayo a causa de las circunstancias de la muerte de mi padre. La diferencia entre las sociedades de Boston y Nueva York era la siguiente: la meta, en Boston, era no hacer nada que no se hubiera hecho siempre; en Nueva York, por el contrario, era superar todo lo que hubiera podido hacerse alguna vez en el pasado. Pero el puro espectáculo de una fiesta neoyorquina —y se suponía que uno forrnaba parte de ese espectáculo— era algo a lo que mi sangre bostoniana jamás podría llegar a acostumbrarse por completo. Las debutantes, en particular, siendo como eran más opulentas que sus hermanas de Boston, y muchísimo más guapas, eran, para mi gusto, demasiado vistosas y chispeantes. Llevaban toda una miríada de perlas y brillantes —en los corpiños, en el cuello, bailándoles en las orejas, pegadas a los hombros, embutidas en el pelo, y aunque sabía que aquellas joyas eran sin duda genuinas, no podía sustraerme a las sensación de que no estaba viendo sino bisutería.

—Muy bien, Stratham —exclamó la tía Mamie—. Oh, ¿por qué tendrás que ser primo de mi Marion? Te habría casado con ella ya hace años. Ahora escúchame. La señorita Crosby está preguntando a todo el mundo quién eres. Cumple dieciséis este año, y es la segunda jovencita más bonita de Nueva York. Y tú sigues siendo el hombre más guapo…, quiero decir el hombre soltero más guapo. Tienes que bailar con ella.

—Ya he bailado con ella —le respondí—. Y tengo para mí que pretende casarse con el señor De Menocal.

—Pero yo no quiero que se case con De Menocal —dijo la tía Mamie—. Quiero que el señor De Menocal se case con Elsie, la nieta de Franz y Ellie Sigel. Pero se ha escapado a Washington. Tenía entendido que la gente se escapaba *de* Washington. ¿En qué estaría pensando esa chiquilla? Para eso también podría haberse fugado al Congo. ¿Le has dicho hola ya a Stuyvie?

Stuyvie era, por supuesto, su marido Stuyvesant. Como aún no había tenido ocasión de saludar al tío Fish, la tía Mamie me precedió por el salón en dirección a él. Stuyvesant estaba charlando en *petit comité*con dos hombres. Junto al tío Fish reconocí a Louis J. de G. Milhau, a quien había conocido de estudiante en Harvard. El otro hombre, de unos cuarenta y cinco años, me resultaba familiar, pero no acertaba a identificarle. Tenía el pelo oscuro muy corto, ojos inteligentes y cierto aire de autoridad. Y no llevaba barba. La tía Mamie resolvió mi problema cuando añadió para su coleto:

—El alcalde. Voy a presentártelo.

El alcalde McClellan, comprobamos, estaba a punto de marcharse. La tía Mamie lanzó un gritito de protesta, objetando que se perdería a Caruso. Ella detestaba la ópera, pero sabía que el resto del mundo la consideraba la cima del gusto artístico. McClellan se disculpó, agradeciéndole cordialmente su contribución caritativa a favor de la ciudad de Nueva York, y juró que jamás se iría de una fiesta como aquélla si no fuera por un asunto de la mayor gravedad que requería de inmediato su atención. La tía Mamie protestó aún más enérgicamente, esta vez por el empleo de la expresión «asunto de la mayor gravedad» en su presencia. No quería oír ni una palabra acerca de ningún asunto grave, explicó, y se alejó de nosotros envuelta en una nube de chiffon.

Para mi sorpresa, Milhau le dijo entonces al alcalde:

—Younger es médico. ¿Por qué no le habla del asunto?

—Dios —exclamó el tío Fish—. Es cierto. Un médico de Harvard. Younger conocerá al hombre idóneo para esta labor. Cuénteselo, McClellan.

El alcalde me estudió, y tomó una especie de decisión interna, pero antes me preguntó:

—¿Conoce a Acton, Younger?

—¿A Lord Acton?

—No, a Harcourt Acton, de Gramercy Park. Se trata de su hija.

La señorita Acton al parecer había sido víctima de una agresión brutal aquella misma noche, unas horas antes, en la casa familiar, mientras sus padres estaban ausentes, fuera de la ciudad. No se había detenido al criminal; nadie había llegado siquiera a verle. El alcalde McClellan, que conocía a la familia, estaba ansioso por que la señorita Acton le proporcionara una descripción del agresor, pero la joven no podía hablar ni recordar lo que le había sucedido. El alcalde se disponía a volver a la jefatura de policía en aquel mismo momento; la joven seguía allí, atendida por el médico de la familia, que se había confesado perplejo ante su estado. No podía encontrar daños físicos capaces de producir tales síntomas.

—La chica es histérica —dije—. Está padeciendo criptoamnesia.

—¿Criptoamnesia? —repitió Milhau.

—Pérdida de memoria causada por la represión de un episodio traumático. El término fue acuñado por el doctor Freud, de Viena. La dolencia es esencialmente histérica, y puede darse también con afonía: pérdida del habla.

—Dios… —dijo otra vez el tío Fish—. ¿Pérdida del habla, has dicho? ¡Eso es!

—El doctor Freud —continué— tiene un libro sobre la disfunción del habla. —La monografía de Freud sobre las afasias se leyó en Norteamérica mucho antes de que fueran conocidos sus escritos de psicología—. Probablemente sea la máxima autoridad del mundo en este campo, y ha mostrado de forma específica la vinculación de las afasias con el trauma histérico, con el sexual, sobre todo.

—Lástima que su doctor Freud esté en Viena —dijo el alcalde.

V

Toqué repetidas veces a la puerta de la casa de Brill hasta que salió Rose, su esposa. Me moría por decirles que no sólo había conseguido la primera consulta norteamericana de Freud, sino que un coche automóvil y un chófer esperaban fuera para llevarle a ver a quien había enviado en su busca: el alcalde de Nueva York en persona. La escena en la que yo había irrumpido, sin embargo, estaba tan llena de cordialidad y buen ánimo que no me vi con fuerzas de desbaratarla de inmediato.

Brill tenía su residencia en el quinto piso de una casa de apartamentos de seis plantas de Central Park West. Era un apartamento minúsculo, de tan sólo tres habitaciones, todas ellas más pequeñas que mi cuarto del Hotel Manhattan. Pero daba directamente a Central Park, y podría decirse que cada centímetro de él estaba atestado de libros. Flotaba en el aire un hogareño olor a cebollas cocinadas.

Estaban Brill, Ferenczi y Freud, y también Jung, todos arremolinados en torno a un pequeña mesa de comedor que había en medio de la pieza principal, que hacía las veces de cocina, comedor y salón. Brill me gritó que tenía que sentarme y comer algo del asado que había hecho Rose, y me sirvieron vino antes de que pudiera siquiera responder. Brill y Ferenczi estaban a mitad de una historia sobre el hecho de ser psicoanalizado por Freud, y Brill hacía el papel del Maestro. Todo el mundo reía con ganas, incluso Jung, cuyos ojos, caí en la cuenta, no se apartaban ni un momento de la mujer de Brill.

—Pero vamos, amigos míos —dijo Freud—. Eso no contesta a la pregunta: ¿por qué Norteamérica?

—La pregunta, Younger —me aclaró Brill amablemente—, es la siguiente. El psicoanálisis está excomulgado en toda Europa. Y sin embargo aquí, en la puritana Norteamérica, Freud va a recibir su primer doctorado *honoris causa*, y se le va a pedir que dé unas clases en una universidad de prestigio. ¿Cómo se explica eso?

—Jung dice —añadió Ferenczi— que es porque ustedes los norteamericanos no entienden las teorías sexuales de Freud. En cuanto lo hagan, dice, soltarán el psicoanálisis como una patata caliente.

—No lo creo —dije—. Creo que se extenderá como un reguero de pólvora.

—¿Por qué? —preguntó Jung.

—Precisamente por nuestro puritanismo —le respondí—. Pero hay algo que…

—Es justo lo contrario —dijo Ferenczi—. Una sociedad puritana tendría que prohibirnos.

—Les *prohibirá*, claro —dijo Jung, entre risotadas—, en cuanto se dé cuenta de lo que decimos.

—¿Los norteamericanos puritanos? —terció Brill—. Más puritano es el demonio.

—Silencio…, todos —dijo Rose Brill, una mujer de pelo oscuro, con ojos

decididos y poco frívolos—. Dejen que el doctor Younger exponga su opinión al respecto.

—No, un momento —dijo Freud—. Antes hay algo que Younger quería decirnos desde que ha llegado. ¿De qué se trata, mi joven amigo?

Bajamos los cuatro tramos de escaleras tan rápido como pudimos. Cuanto más oía Freud del asunto, más intrigado se sentía, y cuando supo la implicación personal del alcalde, sintió tanta excitación que se prestó a desplazarse hasta el centro, sin reparar lo más mínimo en la hora.

El automóvil era de cuatro plazas, por lo que quedaba un asiento libre, y Freud decidió que nos acompañara Ferenczi. Freud había invitado primero a Jung, que pareció extrañamente poco interesado y declinó la invitación. Ni siquiera bajó a la calle a despedimos.

Instantes antes de que el coche iniciara la marcha, Brill dijo:

—No me gusta que dejen aquí a Jung. Déjenme que vaya a buscarle; pueden hacerle un hueco e ir un poco apretados hasta dejarlo en el hotel.

—Abraham —dijo Freud con sorprendente severidad—, le he dicho ya repetidas veces cuál es mi opinión sobre este particular. Debe vencer su hostilidad hacia Jung. Él es más importante que todos nosotros juntos.

—No es eso, por el amor de Dios… —protestó Brill—. Acabo de darle de cenar a ese hombre en mi propia casa, ¿o no? Es de… su… *estado*… de lo que estoy hablando.

—¿De qué estado? —preguntó Freud.

—No está bien. Está enfebrecido. Demasiado excitado. Caliente en este instante, frío al instante siguiente. Seguro que lo han notado también ustedes. A veces dice cosas que no tienen ningún sentido.

—Ha estado bebiendo su vino.

—No es *eso*. Es otra cosa —dijo Brill—. Jung nunca prueba el alcohol.

—Es la influencia de Bleuler —señaló Freud—. Lo he curado de ello. Usted no tendrá nada en contra de que Jung beba, ¿eh Abraham?

—No, ciertamente. Cualquier cosa es mejor que Jung sobrio. Tengámoslo ebrio todo el tiempo. Pero hay algo… inquietante en él. Desde el momento en que llegó. ¿No le han oído preguntar por qué mi suelo era tan blando, mi suelo de madera?

—Está imaginando cosas —dijo Freud—. Y detrás de la imaginación siempre hay un deseo. Jung no está habituado al alcohol, eso es todo. Asegúrese de que vuelva sano y salvo al hotel.

—Muy bien. —Brill nos deseó buena suerte. Y, cuando nos alejábamos, nos gritó —: Pero también puede haber un deseo que no quieren ni imaginar.

En el automóvil descubierto que traqueteaba a lo largo de Broadway Avenue, Ferenczi me preguntó si era normal en los Estados Unidos comer una mezcla de manzanas, frutos secos, apio y mayonesa. Rose Brill, era obvio, había servido a sus invitados una ensalada Waldorf.

Freud se había quedado en silencio. Parecía rumiar algo. Me pregunté si los comentarios de Brill lo habrían preocupado en algún sentido. Yo mismo había empezado a pensar que algo le pasaba a Jung. También me preguntaba a qué se referiría Freud cuando dijo que Jung era más importante que todos nosotros juntos.

—Brill es un paranoico —dijo Ferenczi con brusquedad, dirigiéndose a Freud—. No pasa nada.

—El paranoico nunca está equivocado por completo —replicó Freud—. ¿Se han fijado en el lapsus de Jung de hace un rato?

—¿Qué lapsus? —dijo Ferenczi.

—Su *lapsus linguae* —respondió Freud—. Dijo: Norteamérica «les prohibirá…» No «nos prohibirá» sino «les prohibirá *a ustedes*».

Freud volvió a sumirse en el silencio. Seguimos Broadway abajo en dirección a Union Square; luego tomamos la Cuarta Avenida hacia Bowery Road, a través del Lower East Side. Cuando pasamos por delante de los puestos cerrados del mercado de Hester Street, tuvimos que aminorar la marcha. Aunque eran casi las once, los judíos atestaban las calles, con sus largas barbas y sus peculiares ropajes, negros de la cabeza a los pies. Quizá hacía demasiado calor para dormir en las casas de vecinos abarrotadas y sin aire en las que vivían tantos emigrantes de la urbe. Los judíos caminaban del brazo o agrupados en pequeños círculos, con mucha gesticulación y discutiendo a voz en cuello. Su alemán bajo y mestizo, que los hebreos llaman *yiddish*, se oía por todas partes.

—Así que éste es el Nuevo Mundo… —Observó Freud desde el asiento delantero, en tono en absoluto favorable—. ¿Por qué diablos tenían que venir tan lejos, para limitarse a recrear lo que dejaban detrás?

Aventuré una pregunta:

—¿Es usted religioso, doctor Freud?

Desafortunada, era evidente. Al principio pensé que no me había oído. Ferenczi respondió por él:

—Depende del sentido que se le quiera dar a *religioso*. Si, por ejemplo, *religioso* significa creer que Dios es una gigantesca ilusión inspirada con un complejo de Edipo colectivo, Freud es muy religioso.

Por primera vez Freud fijó en mí la mirada terriblemente penetrante que le había visto en el muelle, a su llegada.

—Le detallaré el proceso de su pensamiento para llegar a preguntarme eso —dijo —. Yo preguntaba por qué los judíos han venido aquí a Norteamérica. Y a usted le ha

venido a la cabeza *vinieron en busca de libertad religiosa*, pero usted ha vuelto a pensarlo, porque la respuesta le ha parecido demasiado obvia. Así que ha inferido que si yo, judío, no puedo ver que vinieron en busca de libertad religiosa, tiene que se porque la religión no es muy importante para mí; o tan poco importante que no he sido capaz de ver lo importante que es para ellos. De ahí su pregunta. ¿Me equivoco?

—En absoluto —dije.

—No se preocupe —dijo Ferenczi—. Lo hace con todo el mundo.

—Muy bien. Usted me ha hecho una pregunta directa —dijo Freud—. Voy a darle una respuesta directa. Soy el más radical de los no creyentes. Toda neurosis es una religión para quien la padece, y la religión es la neurosis universal de la humanidad. De eso no hay ninguna duda: las características que atribuimos a Dios reflejan los miedos y deseos que sentimos en los primeros estadios de nuestra vida, y luego en nuestra primera infancia. Cualquiera que no vea esto no puede haber comprendido el abecé de la psicología humana. Si lo que busca usted es religión, no siga mis enseñanzas.

—Freud, está usted siendo injusto —dijo Ferenczi—. Younger no ha dicho que lo que busca fuera religión.

—El muchacho siente interés por mis ideas; convendrá, entonces, que sepa lo que éstas entrañan. —Freud me estudió detenidamente. Y, de pronto, su severidad se esfumó, y me dirigió una mirada casi paternal—. Y como pudiera darse que yo también me interesase por las suyas, le devuelvo la pregunta: ¿es usted religioso, Younger?

Para mi vergüenza, no supe qué responder.

—Mi padre lo era —dije.

—Está respondiendo a una pregunta —terció Ferenczi distinta a la que Freud le ha formulado.

—Pero yo le entiendo —dijo Freud—. Quiere decir: Como su padre creía, él se siente inclinado a dudar.

—Es verdad —dije.

—Pero también se pregunta —añadió Freud— si una duda que se funda en eso es una buena duda. Lo cual le inclina a creer.

Me lo quedé mirando fijamente. Y fue Ferenczi quien hizo mi pregunta:

—¿Cómo puede saber eso?

—Se desprende —dijo Freud— de lo que nos contó usted anoche: que estudiar medicina fue un deseo de su padre, no de usted. Y, además —añadió, dando una chupada satisfecha a su cigarro—, yo sentía lo mismo cuando era más joven.

Con su gran fachada de mármol, sus frontones griegos y su fantástica cúpula, y la suave iluminación de las farolas de la calle, la nueva sede de la jefatura de policía del

240 de Centre Street parecía más un palacio que un edificio municipal. Pasamos a través de un par de enormes puertas de roble, y nos encontramos con un hombre uniformado detrás de un mostrador semicircular y elevado que le llegaba hasta el pecho. Las luces eléctricas proyectaban un fulgor amarillo a su alrededor. Utilizó el teléfono de manivela y al poco nos recibió el alcalde McClellan, en compañía de un caballero de más edad, con abultada panza y aire conturbado, el señor Higginson, que resultó ser el médico de la familia Acton.

Estrechándonos la mano de uno en uno, el alcalde McClellan se disculpó profusamente ante Freud por estarle causando esas molestias a horas tan intempestivas.

—Younger me dice que usted también es un experto en la Roma antigua. Le regalaré mi libro sobre Venecia. Pero debo llevarles arriba. La señorita Acton se halla en un estado francamente lamentable.

Subimos por unas escaleras de mármol precedidos por el alcalde. El doctor Higginson habló y habló sobre las medidas que había tomado, ninguna de las cuales parecía perniciosa, así que en este terreno habíamos tenido suerte. Entramos en un gran despacho de estilo clásico, con butacas de cuero y gran cantidad de elementos de latón, y un imponente escritorio. Detrás de él, y empequeñecida por sus enormes dimensiones, se sentaba una joven arropada por una manta ligera, y custodiada a cada lado por sendos policías.

El alcalde McClellan tenía razón: su estado era lamentable. Había llorado mucho; tenía la cara horriblemente roja e hinchada por la congestión del llanto. El largo pelo rubio se veía suelto y enmarañado. Miró hacia nosotros con los ojos más grandes y amedrentados que yo hubiera visto nunca, llenos de miedo y de desconfianza.

—Lo hemos intentado de todas formas —dijo McClellan—. Nos cuenta, por escrito, todo lo que pasó antes y después. Pero en lo referente a…, bueno, al incidente mismo, no recuerda nada.

Al lado de la joven había unas cuantas hojas de papel y una pluma.

El alcalde nos presentó a la joven, que se llamaba Nora. Y explicó que éramos unos médicos especiales que, esperaba, podrían ayudarla a recuperar la voz y la memoria. Le hablaba como si se tratara de una niña de unos siete años, confundiendo quizá sus dificultades para hablar con una dificultad para el entendimiento, aunque cualquiera habría sabido al instante, por sus ojos, que no sufría ninguna merma de esa naturaleza. Como era previsible, la entrada en escena de otros tres hombres desconocidos tuvo el efecto de abrumar a la joven. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se contuvo. E incluso nos escribió una nota en la que se disculpaba de su amnesia, como si ella tuviera la culpa.

— Adelante, por favor, caballeros —dijo McClellan.

Freud quería empezar por descartar cualquier posible base fisiológica de los

síntomas.

—Señorita Acton —dijo—, me gustaría asegurarme de que no ha sufrido ningún daño en la cabeza. ¿Me permite? —La chica accedió con un gesto. Y, tras un cuidadoso reconocimiento, Freud concluyó—: No existe lesión craneal de ningún tipo.

—Una laringe dañada podría causar afasia —observé, refiriéndome a su pérdida del habla.

Freud asintió con la cabeza, y me indicó con un gesto que examinara a la joven.

Al acercarme a la señorita Acton, me sentí inexplicablemente nervioso. No lograba identificar el origen de mi ansiedad. Era como si tuviera miedo de parecer inexperto a ojos de Freud, por mucho que hubiera llevado a cabo exploraciones infinitamente más complicadas que aquélla —ante mis profesores de Harvard, por ejemplo— sin ningún desasosiego parecido. Le expliqué a la señorita Acton que era importante determinar si su imposibilidad de hablar la causaba alguna lesión física. Le pregunté si le importaba cogerme una mano y ponérsela en el cuello de forma que pudiera aliviar su malestar en esa zona. Le tendí la mano, con dos dedos extendidos. Reacia, se la llevó hacia la garganta, pero acabó poniéndosela en la clavícula. Le pedí que levantara la cabeza. Me hizo caso, y cuando le fui subiendo los dedos por la garganta, hacia la zona de la laringe, pude apreciar, pese a sus heridas, las suaves y perfectas líneas de cuello y barbilla, dignas de haber sido esculpidas en mármol por Bernini. Cuando presioné en determinados puntos, ella entrecerró los ojos, pero no se apartó.

—No hay señales de lesión de laringe —dije.

Ahora la señorita Acton parecía aún más recelosa que cuando entramos en el despacho. No se lo reprochaba. Puede resultar más inquietante descubrir que no es ninguna causa física la que ha hecho que pierdas el habla. Además, no tenía con ella a su familia y se veía rodeada por hombres a quienes no conocía de nada. Parecía sopesarnos, uno a uno.

—Querida —le dijo Freud—. Está ansiosa porque ha perdido el habla y la memoria. Pero no tiene motivos. La amnesia después de un incidente semejante no es nada fuera de lo normal; yo he visto muchas veces esta pérdida del habla. Cuando no hay lesión física permanente, y usted no tiene ninguna, siempre he logrado remediar ambos estados. Bien: voy a hacerle unas cuantas preguntas, pero ninguna sobre lo que le ha sucedido hoy. Sólo quiero que me diga cómo se siente en este momento. ¿Le apetece beber algo?

La joven asintió con gratitud. McClellan hizo un gesto a uno de los agentes de policía, que salió del despacho y volvió al poco con una taza de té. Entretanto, Freud había entablado conversación con la joven —él hablaba, ella escribía—, pero sólo sobre temas generales, como, por ejemplo, sobre cómo iba a empezar el primer año

en Barnard el mes próximo. Al final, la joven escribió que sentía mucho no poder contestar a las preguntas de los policías, y que quería irse a casa.

Freud hizo saber que quería hablar con nosotros sin que la joven pudiera oírnos. Ello ocasionó un solemne desplazamiento de los presentes —Freud, el alcalde McClellan, Ferenczi, el doctor Higginson y yo mismo— hacia el extremo opuesto del espacioso despacho, donde Freud preguntó, en voz muy baja:

—¿Ha sido violada?

—No, gracias a Dios —susurró McClellan.

—Pero sus heridas —dijo Higginson— se concentran llamativamente alrededor de sus… partes íntimas. —Se aclaró la garganta—. Aparte de en la espalda, parece que ha sido azotada repetidas veces en las nalgas y… en la pelvis. Además, le han hecho un corte en cada uno de los muslos con un cuchillo muy afilado o una navaja de afeitar.

—¿Qué clase de monstruo es capaz de hacer eso? —preguntó McClellan.

—La pregunta es cómo no sucede con más frecuencia —respondió Freud con voz calma—. Satisfacer un instinto salvaje es incomparablemente más placentero que satisfacer uno civilizado. En cualquier caso, lo mejor que podemos hacer hoy es no hacer nada. No tengo la certeza de que su amnesia sea histérica. Una asfixia grave podría producir el mismo efecto. Por otra parte, también es obvio que padece de un profundo sentimiento de autorreproche.

—¿Autorreproche? —preguntó McClellan.

—Culpa —dijo Ferenczi—. La chica está sufriendo no sólo por la agresión en sí, sino también por la culpa que siente asociada a ella.

—¿Por qué diablos tendría que sentirse culpable? —preguntó el alcalde.

—Hay muchas razones posibles —dijo Freud—. Pero un ingrediente de autorreproche siempre se da en casos de agresión sexual en jóvenes. Ella nos ha pedido disculpas ya dos veces por la pérdida de memoria. La pérdida de voz es lo que más me intriga.

—¿Ha sido sodomizada, acaso? —preguntó Ferenczi en un susurro—. *Per os?* [7].

—Dios misericordioso —exclamó McClellan, también en un susurro—. ¿Es eso posible?

—Sí, es posible —dijo Freud—. Pero no probable. Si la causa de su síntoma fuera una penetración oral su incapacidad para utilizar la boca se extendería también a la admisión de cualquier cosa dentro de ella. Pero, como han podido ver, ha tomado su té sin dificultad alguna. Lo cierto es que por eso le he preguntado antes si tenía sed.

Reflexionamos sobre eso último durante unos segundos. McClellan volvió a hablar, ya no en susurros.

—Doctor Freud, disculpe mi ignorancia, pero ¿su memoria de lo que le ha pasado

subsiste, o ha sido…, por así decir, borrada por completo?

—Suponiendo que sea una amnesia histérica, la memoria subsiste —respondió Freud—. Es la causa de lo que le pasa.

—¿La memoria es la causa de la amnesia? —preguntó McClellan.

—La memoria de la agresión, junto con recuerdos más profundos reavivados por ella, no puede aceptarse. Y por tanto se reprime, lo que da lugar a la amnesia.

—¿Recuerdos más profundos? —repitió el alcalde—. Me temo que no le sigo.

—Una agresión del tipo de la padecida por esta joven —dijo Freud—, por brutal y terrible que sea, a su edad no debería ser suficiente para causarle la amnesia. La víctima recuerda, siempre que en los demás aspectos esté sana. Pero cuando la víctima ha vivido ya en el pasado otro episodio de esta naturaleza, y tan traumático que la memoria debe de haberlo reprimido y borrado por completo de la conciencia, la nueva agresión puede producirle amnesia, porque no es posible recordarlo sin desenterrar también recuerdos de la agresión antigua, algo que la conciencia no permitiría.

—Santo Dios —dijo el alcalde.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó el doctor Higginson.

—¿Puede curarla? —quiso saber el alcalde—. Ella es la única capaz de darnos una descripción de su agresor.

—¿La hipnosis? —sugirió Ferenczi.

—No la recomiendo en absoluto —dijo Freud—. No la ayudaría en nada, y los recuerdos que hace aflorar la hipnosis no son fiables.

—¿Y qué me dice de…, de ese *psicoanálisis*, como lo llaman ustedes? —preguntó el alcalde.

—Podríamos empezar mañana mismo —respondió Freud—. Pero debo advertirles: el psicoanálisis es un tratamiento intensivo. Tendremos que ver a la paciente todos los días, y como mínimo durante una hora.

—No veo ninguna dificultad en ello —declaró McClellan—. La cuestión es qué hacer con la señorita Acton esta noche. —Los padres de la joven pasaban el verano en su casa de campo de Berkshire, y no era posible ponerse en contacto con ellos. El doctor Higginson sugirió llamar a algunos amigos de la familia, pero el alcalde dijo que no le parecía conveniente—. Acton no querría que se supiera ni una palabra del asunto. La gente podría creer que su hija había sufrido algún daño permanente.

La señorita Acton oyó casi con certeza esto último. Vi que nos escribía una nota. Fui hasta ella y me la entregó. *Quiero ir a casa*, decía. *Ahora mismo*.

Nada más leerla, McClellan le dijo a la joven que no podía permitirlo. Se sabía de criminales, le advirtió, que volvían a la escena del crimen. El agresor podía estar espiando la casa incluso en ese mismo momento. Temeroso de que pudiera identificarle, tal vez pensaba que su única esperanza de escapar a la justicia era dar

muerte a su víctima. Volver a Gramercy Park estaba por tanto descartado por completo, al menos hasta que su padre regresara a la ciudad y pudiera garantizar su seguridad. Al oír esto, la expresión de la señorita Acton cambió de nuevo, e hizo un gesto con las manos que expresaba una emoción que no pude identificar.

—Ya lo tengo —anunció el alcalde McClellan.

La señorita Acton, explicó, se alojaría en el Hotel Manhattan, donde nos hospedábamos nosotros. Él mismo pagaría sus habitaciones. La acompañaría la señora Biggs, la vieja ama de llaves, que se cuidaría de traer vestuario y otros enseres necesarios de Gramercy Park. La señorita Acton permanecería en el hotel hasta que sus padres volvieran del campo. Esta solución no era sólo la más segura sino la más conveniente para el fin que se perseguía: comenzar el tratamiento.

—Hay otra dificultad —dijo Freud—. El psicoanálisis requiere que quien lo conduce dedique cierto tiempo a él de forma continuada. Es obvio que yo no puedo dedicar tal tiempo, y tampoco mi colega Ferenczi, aquí presente. ¿Qué dice usted, Younger? ¿Se encargaría usted del caso?

Freud vio mi vacilación; comprendió que deseaba tratar el asunto con él en privado, y me llevó hacia un lado.

—Debería ser Brill —dije—. No yo.

Freud me miró fijamente, con la mirada que podía taladrar la piedra. Y me respondió con voz suave:

—No tengo la menor duda de sus facultades, muchacho. Su historia clínica lo prueba sobradamente. Quiero que se encargue de la señorita Acton.

Era a un tiempo una orden que no podía desobedecer y una expresión de confianza cuyo efecto en mí no puedo describir. Acepté.

—Bien —dijo en voz alta—. Es toda suya. Yo supervisaré el trabajo mientras siga en los Estados Unidos, pero será usted, doctor Younger, quien lleve a cabo el psicoanálisis. Siempre, por supuesto —añadió, volviéndose hacia la señorita Acton —, que nuestra paciente se muestre tan dispuesta a la experiencia como nosotros.

Segunda parte

VI

Las mejillas hundidas del *coroner* Hugel, advirtió el detective Littlemore el martes por la mañana, parecían más huecas que nunca. Las bolsas de los ojos tenían a su vez otras bolsas, y los círculos oscuros otros círculos. Littlemore estaba seguro de que sus descubrimientos levantarían el ánimo del*coroner*.

—Muy bien, señor Hugel —dijo el detective—. Volví al Balmoral. Y espere a oír lo que voy a contarle.

—¿Habló con la doncella? —preguntó Hugel inmediatamente.

—Ya no trabaja allí —respondió el detective—. Fue despedida.

—¡Lo sabía! —exclamó el *coroner*—. ¿Consiguió su dirección?

—Oh, no me costó gran cosa dar con ella. Pero escuche esto: volví al dormitorio de la señorita Riverford a echar una ojeada a esa cosa del techo… Ya sabe, esa especie de pomo al que según dijo usted la habían atado. Pues tenía razón. Había hebras de cuerda en él.

—Estupendo. Las guardó, ¿no? —dijo Hugel.

—Las tengo. Y el pomo también —dijo Littlemore, y al punto apareció en el semblante del *coroner* una desagradable expresión de aprensión. El detective prosiguió—: No me pareció sujeto con demasiada fuerza, así que me subí a la cama, le di un buen tirón y lo arranqué del techo.

—No le pareció que estuviera sujeto con demasiada fuerza —repitió el *coroner*—, así que le dio un buen tirón y lo arrancó. Excelente trabajo, detective.

—Gracias, señor Hugel.

—Quizá la próxima vez destroce todo el dormitorio. ¿Ha roto alguna otra prueba?

—No —respondió Littlemore—. No entiendo cómo pudo desprenderse tan fácilmente. ¿Cómo pudo sostener el peso de la chica?

—Bueno, está claro que lo hizo.

—Pero hay más, señor Hugel. Algo muy gordo. Dos cosas. —Littlemore describió al desconocido que abandonó el Balmoral hacia la medianoche del domingo con un maletín negro—. ¿Qué le parece, señor Hugel? Podría ser él, ¿no?

—¿Están seguros de que no era un residente?

—Completamente. No lo habían visto nunca.

—Con un maletín, dice usted… —dijo Hugel—. ¿En qué mano? —Clifford no lo sabía.

—¿Se lo preguntó?

—Por supuesto que sí —dijo Littlemore—. Tenía que cerciorarme de la desteridad del tipo.

Hugel gruñó con desdén.

—En fin, tampoco es nuestro hombre, de todas formas.

—¿Por qué no?

—Porque nuestro hombre tiene el pelo gris, y vive en el edificio —dijo el *coroner*, animándose—. Sabemos que la se ñorita Riverford no recibía visitas regulares. Sabemos que no recibió ninguna visita del exterior el domingo por la noche. ¿Cómo pudo el asesino entrar en su apartamento, entonces? La puerta no fue forzada. Sólo existe una explicación: llamaron a la puerta, y ella abrió. Ahora bien, ¿una chica que vive sola, abriría la puerta a cualquiera? ¿De noche? ¿A un desconocido? Lo dudo mucho. Pero sí le abriría a un vecino, a alguien que viviera en el edificio; a alguien al que estuviera esperando, y al que quizá había abierto su puerta otras veces.

—¡El tipo de la lavandería! —dijo Littlemore. El *coroner* se quedó mirándole.

—Ésa es la otra cosa, señor Hugel. Escuche con atención. Estoy en el sótano del Balmoral cuando veo a un chino que deja huellas de pisadas con arcilla. Arcilla roja. Cogí una muestra. La misma arcilla que vi en el dormitorio de la señorita Riverford, estoy seguro. Puede que él sea el asesino.

—Un chino —dijo el *coroner*.

—Traté de detenerle, pero escapó. Un empleado de la lavandería. Quizá el tipo entregaba la ropa limpia en el apartamento de la señorita Riverford el domingo por la noche. Así que ella le abre la puerta, y él la mata. Luego él se vuelve a la lavandería, y no se ha enterado nadie.

—Littlemore —dijo el *coroner*, inhalando profundamente el aire—. El asesino no fue el chino de la lavandería. El asesino es un hombre rico. Sabemos ese dato.

—No, señor Hugel. Usted supuso que era rico porque la estranguló con una cara corbata blanca de seda. Pero si trabajas en una lavandería lavas continuamente corbatas blancas de seda. Puede que el chino cogiera una de esas corbatas y matara a la señorita Riverford con ella.

—¿Y el móvil? —preguntó el *coroner*.

—No lo sé. Puede que le guste matar chicas, como aquel tipo de Chicago. Oiga, la señorita Riverford es de Chicago. ¿No cree que…?

—No, detective. No lo creo. Ni creo que su chino tenga nada que ver con el asesinato de la señorita Riverford.

—Pero la arcilla…

—Olvídese de la arcilla.

—Pero ese chino echó a correr cuando…

—¡Basta de chinos! ¿Me oye, Littlemore? No hay ningún chino en este asunto. El asesino mide como mínimo un metro ochenta. Y es blanco. Los pelos que encontré en el cuerpo de la joven son caucásicos. La doncella: la doncella es la clave. ¿Qué le dijo la doncella?

Bajé a desayunar unos quince minutos antes de la hora en que debía llamar a la señorita Acton. Freud estaba sentándose en ese momento. Brill y Ferenczi estaban ya en la mesa. Brill, con tres platos vacíos ante él, daba cuenta de un cuarto. Le había dicho el día anterior que la Universidad de Clark corría con los gastos de sus desayunos. Y recuperaba, por así decir, el tiempo perdido.

—Estamos en Norteamérica —le dijo a Freud—. Se empieza con avena tostada con nata y azúcar, y luego pierna de cordero caliente con patatas fritas, un cesto de galletas con levadura y mantequilla fresca, y por último tortitas de trigo sarraceno con sirope de arce de Vermont. Me siento en la gloria.

—Yo no —respondió Freud. Al parecer tenía algún problema digestivo. Nuestra comida, explicó, era demasiado pesada para él.

—Para mí también —se quejó Ferenczi, que sólo tomaba una taza de té. Y añadió, con tristeza—: Creo que fue la ensalada con mayonesa.

—¿Dónde está Jung? —preguntó Freud.

—No tengo ni idea —respondió Brill—. Pero sé adónde fue el domingo por la noche.

—¿El domingo por la noche? El domingo por la noche se fue a la cama —dijo Freud.

—Oh, no. No se fue a la cama —replicó Brill, en lo que a todas luces quería ser un tono tentador—. Y sé con quién estuvo. Miren, se lo enseñaré. Miren esto.

De debajo del asiento Brill sacó un grueso fajo de hojas de papel, quizá unas trescientas, sujeto con gomas elásticas. En la hoja de encima se leía: *Ensayos escogidos sobre la histeria y otras psiconeurosis*,de Sigmund Freud; traducción y prólogo de A. A. Brill.

—Su primer libro en inglés —dijo Brill, tendiéndole el fajo a Freud con un orgullo radiante que nunca le había visto antes—. Será una sensación, ya verá.

—Me da usted una enorme alegría, Abraham —dijo Freud, devolviéndole el original—. De verdad. Pero nos estaba usted contando algo de Jung.

La cara de Brill se oscureció. Se levantó de la silla, alzó la barbilla y declaró con altivez:

—Así es como trata usted la obra de mi vida durante los últimos doce meses. Algunos sueños no necesitan interpretación: necesitan acción. Adiós.

Acto seguido volvió a sentarse.

—Lo siento. No sé lo que me ha pasado —dijo—. Por un momento pensé que era Jung. —La interpretación de Jung que acababa de brindarles (realmente notable) hizo desternillarse a Ferenczi, pero dejó impasible a Freud. Aclarándose la garganta, Brill atrajo nuestra atención hacia el nombre de su editor, Smith Ely Jelliffe, que aparecía en la portada del original—. Jelliffe dirige el *Journal of Nervous Disease* —dijo Brill —. Es médico, rico como Creso, muy bien relacionado, y, gracias a mí, otro converso

a la causa. Dios, voy a hacer de esta Gomorra un paraíso del psicoanálisis. Ya verán. En fin, nuestro amigo Jung tenía una cita secreta con Jelliffe el domingo por la noche.

Resultó que Jelliffe, cuando Brill recibió el original de sus manos aquella mañana, había mencionado que el domingo por la noche había invitado a Jung a cenar en su apartamento. Jung no nos había dicho nada de aquella cita.

—Al parecer el principal tema de conversación fue la ubicación de los mejores burdeles de Manhattan, pero escuchen esto —continuó Brill—. Jelliffe ha pedido a Jung que dé una serie de conferencias sobre psicoanálisis la semana que viene en la Universidad de Fordham, de los jesuitas.

—¡Pero eso es estupendo! —exclamó Freud.

—¿Lo es? —preguntó Brill—. ¿Por qué Jung y no usted?

—Abraham, yo estaré dando conferencias todos los días en Massachusetts a partir del martes que viene. No podría dar conferencias en Nueva York al mismo tiempo.

—Pero ¿a qué viene ese secreto? ¿Por qué ocultar su entrevista con Jelliffe?

Ninguno de nosotros tenía respuesta a esta pregunta.

A Freud, sin embargo, no parecía preocuparle, y comentó que sin duda tenía que haber una buena razón para esa reticencia de Jung.

Durante todo este tiempo yo había tenido en la mano el grueso original de Brill. Había leído las dos primeras páginas, y al pasar a la siguiente me sorprendió encontrarme con una página casi completamente en blanco, apenas cinco líneas impresas: centradas, en cursiva, con letras de molde. Eran, me pareció, unos versos bíblicos.

—¿Qué es esto? —pregunté, mostrándoles la página.

Ferenczi cogió la página de mi mano y la leyó en voz alta:

QUITAOS EL PREPUCIO DEL CORAZÓN
VARONES DE JERUSALÉN:
NO SEA QUE MI IRA SE DISPARE COMO FUEGO
Y SE INFLAME Y NO HAYA QUIEN LA EXTINGA,
POR LA MALDAD DE VUESTRAS OBRAS.

— Jeremías, ¿no? —dijo Ferenczi, mostrando un conocimiento de las Escrituras considerablemente superior al mío—. ¿Qué hace Jeremías en este libro sobre la histeria?

Más extraño aún, a pie de página —Ferenczi había puesto el original en el centro de la mesa— se veía el sello de una cara estampada en tinta: una especie de demacrado sabio oriental, con turbante, larga nariz, barba aún más larga y ojos muy abiertos e hipnóticos.

—¿Un hindú? —preguntó Ferenczi.

—Un árabe —sugerí.

Pero lo más extraño de todo era que la página siguiente era casi igual: una hoja sin otra escritura que el pasaje bíblico en el centro, aunque sin ningún rostro con turbante y ojos muy abiertos. Fui pasando las hojas de principio a fin. Todas eran iguales: en blanco a excepción del pasaje bíblico y sin el rostro del sabio oriental.

—¿Es una broma, Brill? —preguntó Freud.

Pero, a juzgar por la expresión de la cara de Brill, no lo era.

El detective Littlemore estaba dolido y decepcionado por el rechazo de sus descubrimientos por parte del *coroner*, pero permitió que Hugel cambiara de tema y volviera a la doncella de la señorita Riverford, que también le había proporcionado cierta información interesante.

—Está realmente mal, señor Hugel. Me gustaría poder hacer algo por ella —dijo el detective. Y algo había hecho, en realidad: al ver que Betty era reacia a hablar con él al principio, la había llevado a una heladería. Cuando le dijo que sabía que la habían despedido, ella de desahogó diciendo cuán injustos habían sido con ella. ¿Por qué la habían despedido? No había hecho nada. Algunas de las otras chicas robaban cosas en los apartamentos, ¿por qué no las despedían a ellas? ¿Qué iba a hacer ella ahora? Resultó que el padre de Betty había muerto el año anterior. Y durante los dos últimos meses Betty había tenido que mantener a toda su familia —madre y tres hermanos pequeños— con su sueldo del Balmoral.

—¿Qué es lo que le contó, detective? —preguntó el *coroner*, mordiéndose los labios.

—Betty dice que no le gustaba ir al apartamento de la señorita Riverford. Dice que estaba encantado. Dice que está segura de que oyó el llanto de un bebé en dos ocasiones. Pero que allí no había ningún bebé. El apartamento solía estar vado. Dice que la señorita Riverford era muy extraña. Apareció allí un día, hará unas cuatro semanas. No recibía a nadie; no había movimiento alguno. El apartamento estaba ya amueblado antes de que ella llegara. Era una persona muy callada, muy reservada. Jamás se permitía el menor desorden. Se hacía siempre la cama y tenía sus cosas como es debido; uno de sus armarios estaba siempre cerrado con llave. Una vez quiso regalarle a Betty unos pendientes. Betty le preguntó si eran buenos —si eran brillantes de verdad—, y cuando ella le dijo que sí Betty no quiso aceptarlos. Pero casi nunca veía a la señorita Riverford. Cuando le tocó el turno de noche durante un tiempo la vio un par de veces. Pero los días normales, cuando llegaba Betty a las siete ella ya se había marchado del apartamento. Uno de los porteros me dijo que la señorita Riverford salió del edificio un par de veces antes de las seis de la mañana. ¿Qué significa eso, señor Hugel?

—Significa —respondió el *coroner*— que va a enviar usted un hombre a

Chicago.

—¿A hablar con la familia?

—Exacto. ¿Qué le dijo la doncella sobre el dormitorio cuando descubrió el cadáver?

—El caso es que Betty no recuerda muy bien esa parte. Lo único que es capaz de recordar es la cara de la señorita Riverford.

—¿Vio algo cerca del cuerpo de la joven muerta o directamente encima de ella?

—Se lo pregunté, señor Hugel. Pero no se acuerda.

—¿De nada?

—De lo único que se acuerda es de los ojos de la señorita Riverford, abiertos y de mirada fija.

—Pequeña idiota blandengue.

—No diría eso si hablara con ella —dijo Littlemore, desconcertado—. De todas formas, ¿por qué se imagina que algo cambió en el dormitorio?

—¿Cómo?

—Dice que algo había cambiado en el dormitorio en el tiempo transcurrido desde que Betty entró por primera vez hasta que llegó usted. Pero yo pensaba que habían cerrado la puerta con llave y puesto a aquel mayordomo de guardia en el pasillo para que nadie entrara hasta su llegada.

—También yo lo pensaba —dijo el *coroner*, recorriendo la breve distancia libre de su atestado despacho—. Eso nos dijeron.

—Entonces ¿por qué piensa que alguien entró en el Cuarto?

—¿Por qué? —repitió Hugel, frunciendo el ceño—. ¿Quiere saber por qué? Muy bien, Littlemore. Sígame.

El *coroner* salió del despacho. El detective lo siguió: bajaron tres tramos de las viejas escaleras y atravesaron un laberinto de pasillos de paredes desconchadas y llegaron al depósito de cadáveres. El*coroner* abrió la puerta abovedada con una llave. Cuando se abrió por completo, Littlemore sintió en la cara la ráfaga de aire viciado, gélido, y luego vio las hileras de cadáveres en sus tableros de madera, algunos de ellos desnudos y extendidos y expuestos a la vista, otros cubiertos con sábanas. No pudo evitar mirar sus partes pudendas, que le repugnaron.

—Nadie más que yo —dijo el *coroner*— habría reparado en esta pista. Nadie. —Avanzó a grandes zancadas hacia el fondo de la cámara, donde un cuerpo descansaba en el anaquel más alejado. Una sábana blanca lo cubría, y en ella se leía *Riverford, E.: 29-08-09*—. Ahora mírela con atención, detective, y dígame exactamente lo que ve.

El *coroner* retiró la sábana con un movimiento de floreo. Littlemore se quedó boquiabierto ante el cuerpo que había debajo. El propio Hugel se volvió para mirarlo. El asombro del detective lo motivaba lo siguiente: bajo la sábana no yacía el cuerpo

de Elizabeth Riverford sino el de un anciano de dientes negros y piel fláccida.

Subía en el ascensor a la planta de la señorita Acton, y entonces recordé que antes debía pasar por la mía para coger papel y plumas. El extraño pasaje bíblico de su manuscrito había afectado profundamente a Brill. Parecía incluso asustado. Dijo que iba a buscar enseguida a Jelliffe, su editor, para pedirle una explicación. Yo, por mi parte, pensaba que quizá nos ocultara algo.

Había confiado en que Freud pudiera estar presente en mis primeras sesiones con la señorita Acton. Pero él me dio instrucciones para que las llevara a cabo solo y que luego le informara al respecto. Su presencia, me explicó, entorpecería la transferencia.

La transferencia es un fenómeno psicoanalítico. Freud la descubrió por casualidad, y para gran sorpresa suya. Sus pacientes, uno tras otro, reaccionaban ante el psicoanálisis venerándole, o, de cuando en cuando, odiándole. Al principio trató de hacer caso omiso de tales sentimientos, y de considerarlos indeseadas e incontrolables intrusiones en la relación terapéutica. Con el paso del tiempo, sin embargo, descubrió cuán cruciales resultaban para el trastorno y la cura del paciente. El paciente revivía, dentro de la consulta del psicoanalista, los mismos conflictos generadores de los síntomas, y*transfería* al médico los deseos reprimidos que alentaban en el corazón de su dolencia. Y ello no era fortuito: la histeria, había descubierto Freud, consistía en la transferencia que un individuo hace a otras personas, o incluso objetos, de una serie de deseos y emociones soterradas gestadas en la infancia y nunca liberadas. Diseccionando este fenómeno con el paciente —sacando a la luz y llevando hasta sus últimas consecuencias dicha transferencia—, el psicoanálisis hacía consciente lo inconsciente y eliminaba la causa del mal.

Así, la transferencia se convertía en uno de los mayores descubrimientos de Freud. ¿Llegaría yo algún día a tener una idea de importancia comparable? Diez años atrás creí que la había tenido. El 31 de diciembre de 1899 se la anuncié con entusiasmo a mi padre, tras irrumpir en su estudio apenas horas antes de que llegaran los invitados al banquete de Nochevieja que daba siempre mi madre. Mi padre se sorprendió mucho, e irritó también, supongo, por haber interrumpido su trabajo. Aunque por supuesto no dijo nada. Le dije que había hecho un descubrimiento susceptible de entrañar una enorme trascendencia, y le pedía permiso para exponérselo. Mi padre ladeó la cabeza.

—Adelante —dijo.

Desde los albores de la edad moderna, expliqué, se daba un hecho innegable en el campo de los más altos logros revolucionarios del genio humano, tanto en el arte como en la ciencia. Todos ellos habían tenido lugar en los cambios de siglo, y, aún más concretamente, en la primera década del nuevo.

En pintura, poesía, escultura, ciencias naturales, teatro, literatura, música, física… —en todas y cada una de estas disciplinas— ¿qué hombre o qué obra, por encima de las demás, podía atribuirse con justicia al aliento genial que cambia el curso de la historia? En pintura, los entendidos apuntan unánimemente a la Capilla de Scrvegni, donde Giotto introduce la figuración tridimensional en el mundo moderno. Es autor de esos célebres frescos pintados entre 1303 y 1305. En poesía, la palma se la lleva sin duda el *Infierno*de Dante, la primera gran obra escrita en italiano, comenzado poco después de su expatriación de Florencia en 1302. En escultura no cabe mayor cima que el *David* que Miguel Ángel esculpió de un solo bloque de mármol el 1501. Ese mismo año se operó la revolución crucial en la ciencia moderna, pues fue entonces cual un tal Nicolás de Torún viajó a Padua, oficialmente para estudiar medicina pero secretamente para seguir sus observaciones astronómicas, en las que había vislumbrado una verdad prohibida. Hoy lo conocemos como Copérnico. En literatura, habremos de coronar al gran precursor de la novela, *El Quijote*, que arremetió contra los molinos de viento en 1ó04. En música, nadie disputará el carácter de genio sinfónico innovador a Beethoven: compuso su Primera sinfonía en 1800, la desafiante Heroica en 1803, la Quinta en 1807.

Y eso es lo que le revelé a mi padre. Era bastante infantil, lo sé, pero tenía diecisiete años. Pensaba que era algo grande estar vivo justo en el cambio de siglo, y predije que iba a tener lugar una gran oleada de obras e ideas innovadoras en los próximos años. ¡Y lo que daría uno por seguir vivo cien años después, en el comienzo del milenio siguiente!

—Te veo ciertamente… entusiasta —fue la respuesta flemática de mi padre. La única respuesta. Había cometido el error de mostrarme entusiasmado. *Entusiasta*, para mi padre, era la palabra con mayor carga de desprecio de su vocabulario.

Pero mi entusiasmo obtuvo su premio. En 1905, un desconocido agente de patentes suizo y de extracción germano-judía formuló una teoría que él llamó «de la relatividad». En el curso de los doce meses siguientes mis profesores de Harvard decían ya que aquel tal Einstein había cambiado para siempre nuestras ideas del espacio y del tiempo. En el arte, lo admito, no había nada especial que reseñar. En 1903, una multitud armó un gran revuelo en Saint Botolph's en torno a los nenúfares de un francés, pero luego se supo que eran obra de un artista que estaba simplemente perdiendo la vista. Pero en el campo del conocimiento del hombre de sí mismo, mis predicciones volvieron a cumplirse cabalmente. Sigmund Freud publicó *La interpretación de los sueños* en 1900. Mi padre se habría mofado de lo que digo, pero yo estoy convencido de que también Freud habrá de cambiar para siempre nuestro pensamiento. Después de Freud, ya nunca nos miraríamos de la misma forma a nosotros mismos.

Mi madre siempre nos estaba «protegiendo» de mi padre. Cosa que a mí me

resultaba irritante. No lo necesitaba. Mi hermano mayor sí, pero la protección que le brindaba mi madre era bastante poco efectiva. Qué gran ventaja es ser segundón: pude verlo todo. No es que fuera el preferido ni nada parecido, pero cuando mi padre llegó a ocuparse de mí yo ya había aprendido a ser impenetrable, y no podía hacerme demasiado daño. Tenía un talón de Aquiles, sin embargo. Y él acabó descubriéndolo: Shakespeare.

Mi padre nunca dijo en voz alta que mi fascinación por Shakespeare fuera excesiva, pero dejó bien clara su opinión: había algo malsano en el hecho de que yo prestara más atención a la ficción, en especial a *Hamlet*, que a la realidad misma, y también algo de arrogancia. Sólo en una ocasión articuló verbalmente este sentimiento. Una vez, teniendo yo trece años y pensando que no había nadie en casa, declamé *¿Qué es Hécuba para él, o él para Hécuba, para que llore por ella?* Posiblemente rasgué con demasiada fuerza el aire en *sanguinario, lascivo, villano.* Probablemente estuve demasiado estridente en *¡Oh, venganza!*, o en *¡Ah, qué vergüenza!* Mi padre, invisible para mí, lo presenció todo. Cuando terminé, se aclaró la garganta y me preguntó qué significaba *Hamlet* para mí, o yo para *Hamlet,* para que llorase por él…

Huelga decir que no había llorado. Nunca he llorado por nada, en mi memoria consciente. Lo que quería mi padre, si no únicamente abochornarme, era decirme que mi devoción por *Hamlet* no era nada en la vastedad de las cosas: nada en el mundo. Quería hacerme comprender pronto esta verdad. Y lo consiguió; y, lo que es más, yo sabía que tenía razón.

Pero aquel conocimiento no empañaba en absoluto mi devoción por Shakespeare. Habrá podido advertirse que he dejado al poeta de Stratford-on-Avon fuera de mi lista de genios que han cambiado el mundo. También lo dejé fuera cuando en 1899 le expuse a mi padre, mi descubrimiento. Tal omisión era estratégica. Quería ver si mi padre mordía el anzuelo. Le habría venido de perlas para utilizar a mi «amado Shakespeare», como él solía llamarlo, en mi contra. Era demasiado sutil para citarme a Dickens o a Tolstói: habría comprendido al instante que yo los consideraría gigantes clásicos de mitad de siglo, maestros de las formas existentes más que inventores de otras nuevas. Pero sabía muy bien que yo jamás podría haberle negado el título de genio revolucionario a Shakespeare, que en aquel punto podía haber sido esgrimido como una instantánea y devastadora refutación de mi teoría.

Quizá mi padre se olió la trampa. Quizá conocía la biografía del poeta mejor de lo que yo imaginaba. Sea como fuere, no lo preguntó, y yo no pude decirle que Shakespeare escribió *Hamlet* en 1ó00.

Ni tuve ocasión de recordarle que yo no era el único que sentía auténtica pasión por Shakespeare. La gente estuvo dispuesta un día a morir por *Hamlet*. Mi padre no lo sabía; lo cierto es que ya no quedaba casi quien lo recordara, pero en una ocasión

hubo una revuelta a propósito de *Hamlet* aquí en la inculta Norteamérica. Apenas sesenta años atrás, el conocido actor norteamericano Edwin Forrest hizo una gira por Inglaterra, donde vio al célebre William Macready, el aristocrático actor dramático británico, interpretar el papel del príncipe de Dinamarca. Forrest expresó abiertamente su desagrado. Según Forrest, que era un hombre musculoso criado en un medio pobre y democrático, el *Hamlet* de Macready se pavoneaba por el escenario con pasitos amanerados y absolutamente absurdos que degradaban al noble príncipe.

Así que se declaró una agresiva pugna entre estas dos celebridades internacionales. Forrest fue desterrado de los escenarios ingleses, y el mismo trato recibió Macready en su gira por los Estados Unidos. Los espectadores le lanzaron huevos de dudosa frescura, zapatos viejos, monedas de cobre, e incluso sillas. La culminación de la pendencia tuvo lugar enfrente de la vieja Astor Place Opera House de Manhattan, el 7 de mayo de 1849, cuando quince mil personas beligerantes se congregaron para desbaratar una actuación de Macready. El inexperto alcalde de Nueva York, que acababa de tomar posesión de su cargo apenas una semana antes, llamó a la guardia nacional, que en un momento dado recibió la orden de disparar contra la multitud. Y aquella noche murieron veinte o treinta personas.

Y para nada, habría dicho mi padre: por *Hamlet*. Pero así sucede siempre. Los hombres se preocupan más por aquello que al menos es real. La medicina, en mi caso, significaba realidad. Nada de lo que hice antes de entrar en la facultad de medicina parecía ya real; no era más que un juego. Por eso los padres tienen que morir: para hacer que el mundo se convierta en real para sus hijos.

Y lo mismo sucede con la transferencia: el paciente establece con su analista un vínculo de naturaleza intensamente emocional. Una paciente femenina llorará por él, se ofrecerá a él; estará dispuesta a morir por él. Pero todo es una ficción, una quimera. En realidad, sus sentimientos no tienen nada que ver con su médico, en cuya persona ella proyecta un afecto turbulento y violento que debería ir dirigido a otros destinatarios. El error más grande que un psicoanalista puede cometer es confundir con la realidad estos sentimientos artificiales, con independencia de que a él puedan resultarle seductores u odiosos. Con este y otros pensamientos me iba armando de valor mientras avanzaba por el pasillo en dirección a la habitación de la señorita Acton.

VII

La vieja ama de llaves me hizo pasar a la suite de la señorita Acton, y dijo en alta voz:

—¡Está aquí el joven doctor!

La señorita Acton estaba arrellanada en un sofá con una pierna debajo de ella, leyendo lo que parecía ser un libro de texto de matemáticas. Alzó la mirada pero no me saludó, reacción muy comprensible, dado que no podía hablar. Una araña colgaba del techo, con las lágrimas de cristal levemente trémulas, quizá por efecto de los trenes que surcaban con ruido las vías subterráneas, muy por debajo de nosotros.

La joven se había puesto un sencillo vestido blanco con ribetes azules. No llevaba joyas. Alrededor del cuello, justo encima de las delicadas clavículas, lucía un pañuelo del color del cielo. Como el calor del verano era intenso, sólo había una explicación para el pañuelo: los cardenales eran visibles, y ella quería ocultarlos.

Su aspecto era tan diferente del de la noche pasada que me costó reconocerla. El pelo, que la noche anterior era una auténtica maraña, lo llevaba liso y brillante, y recogido en una larga trenza. La noche anterior la había visto tiritando, y ahora era una joven llena de gracia, con la barbilla bien derecha sobre el esbelto cuello. Sólo los labios estaban ligeramente hinchados a causa de los golpes recibidos.

De mi maletín negro saque varios cuadernos, y un variado surtido de plumas y tintas. No eran para mí sino para la señorita Acton, que los necesitaría para comunicarse conmigo a través de la escritura. Siguiendo el consejo de Freud, jamás tomaba notas durante la sesión psicoanalítica; luego transcribía de memoria la conversación.

—Buenos días, señorita Acton —dije—. Son para usted.

—Gracias —dijo—. ¿Cuál debo usar?

—Cualquiera es… —empecé, antes de tomar conciencia del hecho obvio—. Pero si puede hablar…

—Señora Biggs —dijo—. ¿Le traerá una taza de té al doctor?

Decliné la invitación. Al fastidio de ser cogido por sorpresa se añadía ahora el darme cuenta de que era un facultativo capaz de molestarme con un paciente por haber experimentado una mejoría sin mi ayuda.

—¿También ha recuperado la memoria? —le pregunté.

—No. Pero su amigo, el doctor mayor, dijo que me volvería de forma natural, ¿no es eso?

—El doctor Freud dijo que seguramente *la voz* le volvería de forma espontánea, señorita. No la memoria.

Era extraño que yo hubiera dicho aquello, dado que no estaba en absoluto seguro de que la cosa fuera como yo decía.

—Odio a Shakespeare —replicó ella.

Siguió con los ojos fijos en mí, pero yo supe lo que le había movido a hacer aquel comentario inconsecuente. Mi ejemplar de *Hamlet* sobresalía del montón de cuadernos que le acababa de ofrecer. Cogí el libro y lo metí en mi maletín. Estuve tentado de preguntarle por qué odiaba a Shakespeare, pero lo pensé mejor y no lo hice.

—¿Empezamos su tratamiento, señorita Acton?

Suspirando como una paciente que ha visto ya a demasiados médicos, se volvió y miró por la ventana, dándome la espalda. Era evidente que pensaba que iba a utilizar el estetoscopio con ella, o quizá a examinarle las heridas. Le informé de que lo único que íbamos a hacer era hablar.

Cruzó una mirada escéptica con la señora Biggs.

—¿Qué clase de tratamiento es éste, doctor? —preguntó.

—Se llama psicoanálisis. Es muy sencillo. He de pedir a la señora que nos deje solos. Y usted, si fuera tan amable de echarse, señorita Acton. Voy a hacerle unas preguntas. Lo único que tiene que hacer es decir lo primero que le venga a la cabeza como respuesta. Por favor, no se preocupe si lo que se le ocurre le parece que no viene a cuento o no responde a la pregunta o es incluso descortés. Limítese a decir lo primero que le viene a la cabeza, sea lo que fuere.

Me miró, parpadeando.

—Está bromeando.

—No, en absoluto.

Me llevó varios minutos vencer sus vacilaciones. Y luego varios minutos más salir airoso de la declaración de su sirviente de que jamás había oído hablar de cosa semejante. Pero al final la señora Biggs accedió a retirarse, y la señorita Acton a tenderse en el sofá. La joven se ajustó el pañuelo, se estiró la falda del vestido y adoptó una expresión de lógica incomodidad. Le pregunté si le molestaban las heridas en la espalda, y me respondió que no. Me senté en una silla, en un ángulo desde el que ella no podía verme. Y empecé:

—¿Puede decirme lo que ha soñado la noche pasada?

—¿Cómo dice?

—Estoy seguro de que me ha oído, señorita Acton.

—No veo qué pueden tener que ver mis sueños con esto.

—Nuestros sueños —le expliqué— se componen de fragmentos de las experiencias de los días previos. Cualquier sueño que pueda recordar nos ayudará a conseguir que recupere la memoria.

—¿Y qué pasa si no quiero? —preguntó.

—¿Ha tenido algún sueño que preferiría no contarme?

—No he dicho eso —dijo ella—. ¿Qué pasa si no quiero recordar? Todos ustedes

dan por supuesto que quiero recordar.

—Yo doy por supuesto que *no* quiere recordar. Si quisiera recordar, recordaría.

—¿Qué quiere decir?

Se incorporó y me miró con indisimulada hostilidad. Como norma, la gente que acabo de conocer no suele odiarme. Este caso parecía ser la excepción.

—¿Piensa que estoy fingiendo?

—No, fingiendo no, señorita Acton. A veces no queremos recordar cosas que nos han pasado porque son demasiado dolorosas. Por tanto las ocultamos en lo más profundo de nosotros mismos; sobre todo cosas de la infancia.

—No soy una niña.

—Lo sé —dije—. Quiero decir que quizá tenga recuerdos de hace años que mantiene apartados de la conciencia.

—¿A qué se refiere? Fui agredida ayer, no hace años.

—Sí, y por eso le he preguntado por sus sueños de anoche.

Me miró con recelo, pero a base de suavidad y delicadeza conseguí que volviera a tenderse en el sofá. Estaba mirando el techo, y dijo:

—¿Suele pedir a otros pacientes femeninos que le cuenten sus sueños, doctor?

—Sí.

—Debe de ser divertido, ¿no? —comentó—. Pero ¿y si sus sueños son muy anodinos? ¿Se inventan otros más interesantes?

—Por favor, no se preocupe por eso.

—¿Por qué?

—Por que sus sueños puedan ser anodinos —respondí.

—Anoche no soñé nada. Seguro que adora usted a Ofelia.

—¿Disculpe?

—Por su docilidad. Todas las mujeres de Shakespeare son idiotas, pero Ofelia es la peor.

Esto me dejó desconcertado. Supongo que siempre he adorado a Ofelia. De hecho, todo lo que sé de las mujeres creo que lo he aprendido en Shakespeare. Era obvio que la señorita Acton estaba cambiando de tema, y en el psicoanálisis, cuando a uno le hacen un quiebro de este tipo siempre puede ser útil seguirle la corriente al paciente en tales evasiones, puesto que a menudo vuelve a llevamos al meollo del asunto.

—¿Cuál es su objeción contra Ofelia? —le pregunté.

—Se mata porque su padre ha muerto… Su estúpido, su inútil padre. ¿Se mataría usted si se muriera su padre?

—Mi padre ya murió.

La joven se llevó la mano a la boca.

—Perdóneme.

—Y me maté —añadí—. No sé qué le parece tan raro en ello.

La joven sonrió.

—Cuando piensa en lo que le sucedió ayer, ¿qué le viene a la cabeza, señorita Acton?

—Nada —dijo—. Creo que eso es lo que significa tener amnesia.

La resistencia de la joven no me sorprendió. El consejo que me había dado Freud era que no me diera por vencido fácilmente. En la amnesia histérica, algún episodio hondamente prohibido y largamente olvidado del pasado del paciente vuelve a la vida por algún hecho reciente, y presiona su conciencia, la cual, a su vez, pugna con todas sus fuerzas por mantener soterrado el recuerdo intolerable.

El psicoanálisis se pone de parte de la memoria en su lucha contra las fuerzas de la represión, y ello suscita una inmediata y a veces muy intensa hostilidad.

—No es posible que no haya nada en la mente de uno —dije—. ¿Qué hay en la suya en este momento?

—¿Ahora mismo?

—Sí. No piense. Sólo dígalo.

—De acuerdo. Su padre no murió. Se suicidó.

Hubo un instante de silencio.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Clara Banwell me lo dijo.

—¿Quién?

—La esposa de George Banwell —dijo ella—. ¿Conoce al señor Banwell?

—No.

—Es amigo de mi padre. Clara me llevó al concurso hípico el año pasado. Y le vimos allí. ¿No estuvo usted anoche en el baile de la señora Fish?

Reconocí que sí.

—Se está preguntando si mi familia fue invitada —dijo—. Pero le da miedo preguntármelo, por si no lo fue.

—No, señorita Acton. Me estaba preguntando cómo conocía la señora Banwell las circunstancias de la muerte de mi padre.

—¿Le resulta violento que lo sepa la gente?

—¿Intenta que las cosas me resulten violentas?

— Clara dice que a todas las chicas les parece fascinante… Que tenga usted un padre que se haya suicidado. Piensan que ello le da una sensibilidad especial. La respuesta es que sí fuimos invitados, pero que no iríamos a una fiesta de las suyas ni en un millón de años.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Son horribles.

—¿Por qué?

—Porque son tan… aburridas.

—¿Son horriblemente aburridas?

—¿Sabe lo que tienen que hacer las debutantes, doctor? Primero, ir de visita con su madre a todas las casas de sus amistades… Quizá a un centenar de casas. Dudo que pueda usted imaginar lo espantoso que es eso. En casa, invariablemente, las mujeres comentan lo «crecida» que estás, y con ello se refieren a algo… bastante asqueroso. Cuando llega el gran día, te exhiben como a un animal que habla y al que se le «abre la veda» para que pueda empezar a conversar. Entonces te fuerzan a soportar un cotillón en el que todo hombre cree que tiene derecho a cortejarte, sea quien sea, tenga la edad que tenga, le huela como le huela el aliento. Pero yo aún no he tenido que bailar con ninguno de ellos. Empiezo la universidad este mes; y jamás me presentarán en sociedad.

Preferí no responder a su disquisición, que en conjunto parecía bastante convincente. En lugar de ello, dije:

—Dígame qué sucede cuando intenta recordar.

—¿Qué quiere decir con «qué sucede»?

—Quiero que me diga el pensamiento o imagen o sentimiento que le viene espontáneamente cuando trata de recordar lo que le sucedió ayer.

Aspiró profundamente.

—En el sitio donde debería estar la memoria, hay una oscuridad. No sé describirlo de otra manera.

—¿Está usted ahí, en esa oscuridad?

—¿Si estoy ahí? —Su voz se hizo más callada—. Creo que sí.

—¿Hay algo más ahí?

—Una presencia. —Se estremeció—. Un hombre.

—¿Qué es lo que le sugiere ese hombre?

—No sé. Hace que el corazón me lata más deprisa.

—¿Como si tuviera que tener miedo de algo?

Tragó saliva.

—¿Miedo de algo? Déjeme pensar. He sido agredida en mi propia casa. Al hombre que me agredió no lo han cogido todavía. Ni siquiera saben quién es. Creen que puede estar vigilando mi casa, con intención de matarme si vuelvo. ¿Y su sagaz pregunta es si tengo que tener miedo de algo?

Debería haberme mostrado más comprensivo, pero decidí emplear la única flecha que tenía.

—No es la primera vez que pierde la voz, ¿verdad, señorita Acton?

Frunció el ceño. Me fijé, quién sabe por qué, en el delicado contorno oblicuo de su barbilla y su perfil.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La señora Biggs se lo dijo a la policía ayer.

—Eso fue hace tres años —dijo ella, ruborizándose un poco—. No tiene ninguna relación con nada.

—No tiene de qué avergonzarse, señorita Acton —dije.

—¿No *tengo* de qué avergonzarme?

Puso el énfasis en esta primera persona, pero no supe descifrar por qué.

—No somos responsables de nuestros sentimientos —le respondí—. Por lo tanto ningún sentimiento debe avergonzarnos.

—Es la observación más poco perspicaz que he oído en mi vida.

— ¿Ah, sí? —dije yo—. ¿Qué me dice de cuando le he preguntado si tenía algo que temer?

—Por supuesto que los sentimientos pueden causar vergüenza a la gente. Sucede continuamente.

—¿Siente usted vergüenza de lo que sucedió cuando perdió la voz por primera vez?

—No tiene ni idea de lo que pasó —dijo ella. Aunque su voz no lo dejaba traslucir, de pronto me pareció frágil.

—Por eso lo pregunto.

—Bien, pues no voy a contárselo —respondió ella, y se levantó del sofá—. Esto no es medicina, ¿verdad? Es…, es *husmear* en las cosas. —Alzó la voz—: ¿Señora Biggs? ¿Señora Biggs, está usted ahí? —La puerta se abrió al instante, y la señora Biggs entró en el cuarto. Debía de haber estado en el pasillo todo el tiempo, sin duda con la oreja pegada al agujero de la cerradura—. Doctor Younger —dijo la señorita Acton dirigiéndose a mí—, voy a salir a comprar unas cosas, ya que nadie parece saber cuánto tiempo me voy a quedar en este hotel. Estoy segura de que sabrá encontrar el camino hasta su habitación.

El alcalde hizo esperar una hora en la antesala al *coroner* Hugel. Éste, ya impaciente en circunstancias normales, parecía ahora enfurecido.

—Esto es obstrucción en primer grado —dijo con cajas destempladas cuando por fin se le hizo pasar al despacho del alcalde McClellan—. Exijo una investigación.

George Brinton McClellan, Jr., hijo del famoso general de la guerra civil, era el alcalde más intelectualmente capaz y abierto de mente de cuantos ha tenido la ciudad de Nueva York. En 1909 sólo a un puñado de norteamericanos se les reconocía la condición de autoridades en historia italiana, y McClellan era uno de ellos. A los cuarenta y cinc años, había sido director de periódico, abogado, autor, congresista, profesor de historia europea en la Universidad de Princeton, miembro honorario de la Sociedad Norteamericana de Arquitectos, y alcalde de la ciudad más grande de la nación. Cuando en 1908 los concejales de Nueva York aprobaron una medida que

prohibía a las mujeres fumar en público, él votó en contra.

Su posición en la alcaldía, sin embargo, era bastante frágil. Iba a haber elecciones en menos de nueve semanas, y aunque todavía no se había designado a los candidatos, McClellan aún no había recibido ninguna oferta de nominación por parte de ningún partido o sindicato importante. Tal vez había cometido dos errores políticos potencialmente fatales. El primero, haber derrotado por escaso margen en 1905 a William Randolph Hearst, que desde entonces había llenado los periódicos con informaciones sensacionalistas sobre la impúdica corrupción de McClellan. El segundo, haber roto con Tammany Hall, que lo odiaba por su incorruptibilidad. Tammany Hall estaba al frente del Partido Demócrata en Nueva York, y los demócratas gobernaban la ciudad. Era un arreglo de recompensa de servicios: con los años del liderazgo de Tammany había logrado liberar al ayuntamiento de una deuda de al menos quinientos millones de dólares. McClellan, al principio, había sido un candidato de Tammany, pero en cuanto ganó las elecciones se negó a hacer los nombramientos que se le exigía y que no eran sino descarados pagos políticos. Despidió a los funcionarios más notoriamente corruptos, y llevó ante los tribunales a muchos otros. Confiaba en arrebatarle a Tammany el control del partido, pero aún no lo había conseguido.

Sobre el escritorio de nogal del alcalde, además de un ejemplar de cada uno de los quince periódicos más importantes de Nueva York, podía verse una serie de planos de proyectos, que mostraban un puente suspendido en el aire sostenido por dos torres gigantescas aunque maravillosamente delgadas. Había tranvías circulando por el nivel superior, y en los seis carriles del inferior tráfico de caballos, automóviles y trenes.

—¿Sabe, Hugel? —dijo el alcalde—. Es usted la quinta persona que exige hoy una investigación sobre este o aquel asunto.

—¿Adónde se han llevado el cuerpo? —replicó Hugel—. ¿Se ha levantado y ha salido por su propio pie del depósito de cadáveres?

—Mire esto —dijo el alcalde, dirigiendo la mirada hacia los planos que tenía encima de la mesa—. Éste es el Puente de Manhattan. Ha costado treinta millones de dólares. Se abrirá este año, aunque sea la última cosa que haga como alcalde. El arco de la parte de Nueva York es una réplica perfecta del portal de Saint Denis de París, sólo que el doble de grande. De aquí a un siglo, este puente…

—Alcalde McClellan, la joven Riverford…

—Sé lo de la joven Riverford —dijo McClellan con súbita autoridad. Miró a Hugel a la cara—: ¿Qué se supone que tengo que decirle a Banwell? ¿Qué va a decirle Banwell a la desconsolada familia? Respóndame a eso. Por supuesto que debería abrirse una investigación; usted debería haberla llevado a cabo hace ya tiempo.

—¿Yo? —preguntó el *coroner*—. ¿Hace ya tiempo?

—¿Cuántos cuerpos hemos perdido en los últimos seis meses, Hugel? ¿Incluidos los dos que desaparecieron después del arreglo de la gotera? ¿Veinte? Sabe tan bien como yo adónde van a parar.

—¿No estará sugiriendo que yo…?

—Por supuesto que no —dijo el alcalde—. Pero alguien de su personal está vendiendo nuestros cadáveres a las facultades de medicina. Me dicen que se pagan a cinco dólares por cabeza.

—¿Se me puede culpar a mí? —respondió Hugel—. Con las condiciones en las que tengo que trabajar… Sin protección, sin vigilancia, los cadáveres amontonándose casi sin sitio donde ponerlos, a veces pudriéndose antes de que podamos deshacernos de ellos… Todos los meses tengo que informar de las humillantes condiciones de la morgue. Pero usted me sigue dejando en esa conejera.

—Siento mucho el estado en que está el depósito de cadáveres —dijo McClellan —. Nadie se las podría haber arreglado ni la mitad de bien que usted con esos recursos. Pero ha hecho un poco la vista gorda ante el robo de cadáveres, y ahora yo estoy a punto de pagarlo. Va usted a interrogar a cada uno de los miembros de su personal. Va a contactar con todas las facultades de medicina de la ciudad. Quiero que ese cuerpo aparezca.

—Ese cuerpo no está en ninguna facultad de medicina —discrepó el *coroner*—. Le había hecho ya la autopsia. Por el amor de Dios, le tuve que abrir los pulmones para confirmar la asfixia.

—¿Y qué?

—Ninguna facultad de medicina querría un cadáver al que se le ha hecho la autopsia. Quieren los cuerpos intactos.

—Los ladrones se equivocaron, entonces.

—No, no hubo ninguna equivocación —dijo el *coroner* con vehemencia—. El hombre que la asesinó se llevó también su cadáver.

—Contrólese, Hugel —dijo el alcalde—. Está desvariando.

—Me controlo perfectamente.

—No entiendo qué quiere decirme. ¿Que el asesino de la señorita Riverford entró en la morgue anoche y se fue con el cuerpo de su víctima?

—Exactamente —dijo Hugel.

—¿Por qué?

—Porque hay pruebas en la joven, en su cuerpo; pruebas que él no quiere que tengamos.

—¿Qué pruebas?

Las mandíbulas del *coroner* trabajaban con tanta fuerza que sus sienes habían adquirido una tonalidad ciruela.

—Las pruebas son…, es… Aún no estoy seguro. ¡Por eso debemos recuperar ese cuerpo!

—Hugel —dijo el alcalde—. Usted tiene cerraduras en el depósito, ¿no es cierto?

—Muy cierto.

—Perfecto. ¿Han encontrado rota la cerradura esta mañana? ¿Había alguna señal de robo con fuerza?

—No —admitió Hugel a regañadientes—. Pero cualquiera con una buena llave maestra…

—Señor *coroner* —dijo McClellan—. Va a hacer lo siguiente: comunique a su gente de inmediato que habrá una recompensa de quince dólares para quien «encuentre» el cuerpo de la señorita Riverford en una de las facultades de medicina. Veinticinco si la encuentran hoy mismo. Eso nos la devolverá. Ahora, si me disculpa… Estoy muy ocupado. Buenos días. —Cuando Hugel se volvía de mal grado para irse, el alcalde, de pronto, levantó la vista del escritorio y dijo—: Un momento. Espere un momento. ¿Ha dicho que la joven fue asfixiada?

—Sí —dijo el *coroner*—. ¿Por qué?

—¿Cómo?

—Por ligadura.

—¿La estrangularon? —preguntó el alcalde McClellan.

—Sí. ¿Por qué?

El alcalde hizo caso omiso de la pregunta del *coroner* por segunda vez.

—¿Tenía alguna herida más en el cuerpo?

—Estaba todo en mi informe —respondió Hugel, dolido: el descubrimiento de que el alcalde ni siquiera había leído su informe suponía un nuevo agravio—. La joven fue azotada con un látigo o algo parecido. Tenía marcas en las nalgas, en la espalda, en el pecho. Además, le dieron dos cortes con una hoja extremadamente afilada, en la intersección de los dermatomas S2 y L2.

—¿Dónde? En cristiano, Hugel.

—En la parte alta e interior de ambos muslos.

—Por Dios santo —exclamó el alcalde.

Bajé para tomar un tardío desayuno mientras trataba de ver lo que había sacado en limpio de mi entrevista con la señorita Acton. Jung estaba a la mesa, leyendo un periódico norteamericano. Me senté con él. Los demás se habían ido al Metropolitan Museum. Jung se había quedado porque, me explicó, aquella mañana iba a visitar al doctor Onuf, que trabajaba como neuropsiquiatra en Ellis Island.

Era la primera vez que me quedaba a solas con Jung. Parecía estar en una de sus fases animadas y comunicativas. Había dormido toda la tarde del día anterior, me dijo, y el largo sueño le había hecho mucho bien. En efecto, la palidez que me había

preocupado el día anterior había mejorado visiblemente. Su opinión de los Estados Unidos, aseguró, también estaba mejorando.

—A los norteamericanos no les falta más que literatura —dijo—. No toda la cultura.

Jung dijo esto, creo, como un cumplido. Sin embargo, quise demostrarle que los norteamericanos no eran del todo analfabetos, y le conté la historia de la revuelta shakespeariana en el Astor Place.

—Así que sus compatriotas querían un Hamlet norteamericano, con más nervio —dijo Jung pensativamente, sacudiendo la cabeza—. Su historia confirma mi opinión. Un Hamlet masculino es una contradicción en los términos. Como mi bisabuelo solía decir, Hamlet representa el lado femenino del hombre: el alma intelectual, el alma interna, lo bastante sensible como para ver el mundo espiritual pero no lo bastante fuerte como para llevar el peso que él impone. El reto consiste en hacer ambas cosas: oír las voces del otro mundo pero vivir en éste: ser un hombre de acción.

Me desconcertaban las voces a las que hacía referencia Jung —¿el inconsciente, quizá?—, pero me deleitaba descubrir que tenía una opinión sobre Hamlet.

—Está usted describiendo a Hamlet exactamente como lo hizo Goethe —dije—. Ésa era su explicación de la incapacidad para actuar de Hamlet.

—Creo que he dicho que era la opinión de mi bisabuelo —replicó Jung, sorbiendo su café.

Me llevó un momento pensar en esto.

—¿Goethe era su bisabuelo?

—Freud estima a Goethe por encima de todos los poetas —fue la respuesta de Jung—. Jones, en contraposición, lo llama *ditirambista*. ¿Se imagina? Sólo un inglés… No puedo entender lo que Freud ve en él. —El Jones a quien se refería Jung era probablemente Ernest Jones, seguidor británico de Freud, que ahora vivía en Canadá y esperaba reunirse con nosotros al día siguiente. Deduje que Jung quería eludir mi pregunta, pero entonces añadió—: Sí, soy el tercer Carl Gustav Jung: el primero, mi abuelo, era hijo de Goethe. Es de todos conocido. Las acusaciones de asesinato fueron, por supuesto, ridículas.

—No sabía que Goethe hubiera sido acusado de asesinato.

—Goethe no, en absoluto —respondió Jung, en tono indignado—. Mi abuelo. Es obvio que me parezco a él en todos los aspectos. Lo detuvieron por asesinato, pero fue un pretexto. Escribió una novela sobre un asesinato, sin embargo, *El sospechoso*. Bastante buena, por cierto. Sobre un hombre inocente acusado de asesinato. Fue antes de que Von Humboldt lo tomara bajo su protección. ¿Sabe, Younger?, casi desearía que su universidad no hubiera dispensado los mismos honores a Freud y a mí. Él es muy sensible a ese tipo de cosas.

No supe muy bien cómo responder a aquel brusco giro de Jung en la conversación. Clark no estaba dispensando iguales honores a Freud y a Jung. Como todo el mundo sabía, Freud era el eje de la celebración de Clark, el conferenciante principal —iba a dar cinco conferencias completas—, mientras que Jung era sustituto de última hora de un participante que no había podido asistir. Pero Jung no esperó a que respondiera.

—Tengo entendido que usted le preguntó ayer a Freud si era creyente. Una pregunta muy sagaz, Younger. —Otra novedad: hasta entonces Jung no había mostrado ninguna reacción favorable ante nada de lo que yo había dicho sobre cualquier tema—. Sin duda le dijo que no. Es un genio, pero su capacidad de percepción lo ha puesto también en peligro. Alguien que se pasa la vida entera examinando lo patológico, lo atrofiado, lo bajo, puede perder de vista lo puro, lo elevado, el espíritu. Yo, sin ir más lejos, no creo que el alma sea esencialmente carnal. ¿Y usted?

—No estoy seguro, doctor Jung —dije.

—Pero no le atrae la idea. Para usted no es inherentemente atractiva. Para ellos, sí.

Le pregunté a quiénes se estaba refiriendo ahora.

—A todos ellos —respondió Jung—. A Brill, a Ferenczi, a Adler, a Abraham, a Stekel… A todo el grupo. Freud se rodea de este…, de este tipo de personas. Todos ellos quieren rebajar todo aquello que es elevado, reducirlo todo a genitales y excrementos. El alma no es reductible al cuerpo. Ni siquiera Einstein, que es de esa índole, cree que Dios pueda eliminarse.

—¿Albert Einstein?

—Es un invitado asiduo a mi mesa —dijo Jung—. Pero también tiene esa inclinación a reducir. Reduciría el universo entero a leyes matemáticas. Se trata de un claro rasgo característico de la mente judía. Los judíos varones, quiero decir. La mujer judía es sencillamente agresiva. La mujer de Brill es típica de la raza. Inteligente, no exenta de atractivo, pero muy, muy agresiva.

—Creo que Rose no es judía, doctor Jung —dije.

—¿Rose Brill? —Jung se echó a reír—. Una mujer con ese apellido no puede ser más que de una religión.

No respondí. Era obvio que Jung olvidaba que el apellido de Rose no siempre había sido Brill.

—El ario —siguió Jung— es místico por naturaleza. No trata de rebajar nada al nivel humano. Aquí en los Estados Unidos hay una tendencia similar a la reducción, pero diferente. Aquí todo se hace para los niños. Todo se hace muy sencillo para que lo comprendan los niños: las señales, los anuncios, todo. Hasta los andares de las gentes son andares infantiles: andan balanceando los brazos. Sospecho que es el

resultado de su mezcla con los negros. La negra es una raza bondadosa y muy religiosa, pero tan simple… Y ejerce una influencia enorme sobre ustedes. De hecho, he observado que los sureños hablan con acento negro. Eso también explicaría el matriarcado de su país. La mujer es sin duda la figura dominante de Norteamérica. Ustedes los varones norteamericanos son ovejas, y sus mujeres desempeñan el papel de lobos voraces.

No me gustaba el color de la cara de Jung. Al principio lo había juzgado una mejora: ahora me parecía demasiado congestionado. El modo discursivo de su mente me preocupaba también, por varias y diversas razones. Su conversación era deshilvanada, su lógica deficiente, sus insinuaciones inquietantes. Y, por encima de todo esto, me daba la sensación de que Jung se consideraba increíblemente bien informado sobre Norteamérica —alguien que apenas llevaba dos días en el país—, sobre todo en el terreno de las mujeres norteamericanas. Cambié de tema, y le informé de que acababa de terminar mi primera sesión con la señorita Acton.

La voz de Jung se volvió fría.

—¿Qué?

—Está alojada en unas habitaciones de este hotel.

—¿Está usted psicoanalizando a la chica…? ¿Aquí, en el hotel?

—Sí, doctor Jung.

—Ya, entiendo.

Me deseó suerte, no muy convencido, y se levantó para irse. Le pedí que le presentase mis respetos al doctor Onuf. Por un instante me miró como si le hubiera hablado en sánscrito. Y al cabo dijo que lo haría con mucho gusto.

VIII

En la orilla oriental del río Hudson, unos noventa kilómetros al norte de la ciudad de Nueva York, se alza un edificio victoriano de ladrillo rojo construido a finales del siglo XIX, de seis alas, ventanas pequeñas y una torrecilla central: el Matteawan State Hospital, una institución penitenciaria para enfermos mentales.

En Matteawan las medidas de seguridad eran más bien exiguas. Los quinientos cincuenta internos no eran criminales, después de todo. No eran más que enfermos mentales que habían cometido hechos delictivos. A muchos ni siquiera se les había acusado de delito alguno, y quienes sí habían sido juzgados habían sido declarados no culpables.

El conocimiento médico de la insania, en 1909, no era una ciencia muy desarrollada. En Matteawan, a un diez por ciento de los internos se les había diagnosticado locura debida exclusivamente a la masturbación. La mayoría de los demás, se afirmaba, la había heredado. Pero quedaba un número considerable de pacientes sobre los que los médicos del hospital se veían forzados a precisar qué les había vuelto locos, o incluso decidir si realmente lo estaban.

Los violentos y los dementes extremos eran confinados en celdas atestadas de paredes acolchadas y ventanas con barrotes. A los demás apenas se les vigilaba. No se les medicaba en absoluto, ni se les trataba con «charlas de terapia». La idea médica rectora era la higiene mental. De ahí que el tratamiento consistiera en un toque de diana temprano, seguido de un trabajo ligero pero continuado (sobre todo el cultivo y cuidado de plantas en el terreno de cerca de quinientas hectáreas que rodeaba el hospital), los servicios religiosos los domingos, una puntual e insípida cena en el refectorio a las cinco, las damas u otra sana diversión cualquiera a continuación, y la retirada temprana a la cama.

El paciente de la habitación 3121 pasaba los días de forma diferente. Este paciente también tenía las habitaciones 3122, 3123 y 3124. No dormía en un catre, como el resto de los internos, sino en una cama de matrimonio. y se acostaba tarde. Como no era lector de libros, recibía por correo los diarios y semanarios de Nueva York, que leía mientras comía huevos escalfados y los demás internos eran conducidos en masa hacia sus ocupaciones matutinas en la granja. Se reunía con sus abogados varias veces por semana. Y, lo mejor de todo, un chef de Delmonico's llegaba en tren desde Nueva York los viernes por la tarde para prepararle la cena, que él tomaba en su comedor privado. El champán y los licores los compartía con liberalidad con la pequeña camarilla de guardias de Matteawan, con quienes al anochecer también jugaba al póquer. Cuando perdía al póquer, solía romper cosas: botellas, ventanas, y a veces hasta una silla. Así que los guardias procuraban que no perdiera mucho. Las escasas monedas que sacrificaban en las cartas eran más que

compensadas por los pagos que él les hacía para asegurarse la exención de las normas del hospital. Y cuando le llevaban chicas para su esparcimiento se embolsaban lo que para ellos era una auténtica fortuna.

Lo cual, sin embargo, no era tan fácil. El problema no era meter a las chicas. El paciente de la habitación 3121 tenía gustos muy definidos. Le gustaban las chicas guapas y jovencitas. Sólo estos requisitos ya hacían arduo el trabajo de los guardias. Era peor cuando, después de haber encontrado a una chica satisfactoria, ésta no duraba más que un par de visitas, pese a la pródiga remuneración que recibía. Al cabo de doce meses, los guardias casi habían agotado sus fuentes de suministro.

Los dos caballeros que salían de la habitación 3121 a la una de la madrugada del martes último día de agosto de 1909 habían reflexionado mucho sobre esta dificultad, y la habían resuelto, al menos en lo que a ellos concernía. No eran guardias. Uno era un hombre corpulento que exhibía una abierta expresión de suficiencia bajo el bombín. El otro era un elegante caballero de más edad con un reloj de leontina en el bolsillo del chaleco, rostro enjuto y manos de pianista.

El relato que le hizo el alcalde McClellan de los hechos de la residencia de los Acton dejó al *coroner*farfullando de indignación.

—¿Qué le pasa, Hugel? —le preguntó el alcalde.

—No se me informó. ¿Por qué no se me informó?

—Porque usted es el *coroner —dijo* McClellan—. Y no había ningún muerto.

—Pero los crímenes son prácticamente idénticos —gritó Hugel.

—No lo sabía —dijo el alcalde.

—¡Si hubiera leído mi informe, lo habría sabido!

—¡Por el amor de Dios, cálmese, Hugel! —McClellan ordenó al *coroner* que tomara asiento. Después de repasar con detenimiento los detalles de ambos crímenes, Hugel declaró que no había la menor duda: el asesino de Elizabeth Riverford y el agresor de Nora Acton eran la misma persona.— Santo Dios —dijo el alcalde con voz suave—. ¿Tendré que sacar un bando de aviso?

Hugel rió con desdén.

—¿Diciendo que un asesino de jóvenes de la alta sociedad ronda nuestras calles?

McClellan se quedó perplejo ante el tono del *coroner*.

—Bueno, pues sí. Supongo. O algo parecido.

—Los hombres no atacan a las jovencitas arbitrariamente —declaró Hugel—. Los crímenes tienen móviles. Scotland Yard no atrapó a Jack el Destripador porque jamás encontraron el nexo entre las víctimas. Nunca lo buscaron. En cuanto decidieron que estaba viéndoselas con un loco, el caso estaba perdido.

—Santo Dios, Hugel, ¿no estará sugiriendo que el Destripador está aquí?

—No, no —replicó el *coroner*, alzando las manos con exasperación—. Estoy

diciendo que las dos agresiones no se han debido al azar. Existe un nexo entre ellas. Cuando encontremos el nexo, tendremos a nuestro hombre. No necesita sacar un bando; lo que necesita es proteger a esa chica. Él quería mataría, y ahora es la única persona que puede identificarle ante un tribunal. No lo olvide: él no sabe que la chica ha perdido la memoria. Y va a tratar por todos los medios de terminar lo que ha empezado.

—Gracias a Dios que he hecho que se aloje en un hotel —dijo el alcalde McClellan.

—¿Sabe alguien más dónde está?

—Los médicos, por supuesto.

—¿Se lo ha dicho a alguno de los amigos de la familia? —preguntó Huge…

—No, claro que no —dijo McClellan.

—Muy bien. De momento está a salvo, entonces. ¿Ha conseguido recordar algo hoy?

—No lo sé —dijo McClellan en tono grave—. No he podido contactar con el doctor Younger.

El alcalde reflexionó sobre sus opciones. Desearía haber podido llamar al viejo general Bingham, el jefe de policía de toda la vida, pero le había forzado a jubilarse el mes anterior. Bingham se había negado a reformar la policía, pero él era incorruptible y habría sabido qué hacer. También desearía que Baker, el nuevo jefe de policía, no hubiera demostrado ya ser tan inepto. El único tema de conversación de Baker era el béisbol y el montón de dinero que se podía hacer en él. Hugel, reflexionó el alcalde, era uno de los hombres con más experiencia de que podía disponer. No: en homicidios era *el que más* experiencia tenía. Si él pensaba que no hacía falta un bando de advertencia, probablemente tenía razón. Los periódicos aprovecharían al máximo tal bando, y sembrarían toda la histeria posible entre sus lectores, y pondrían en ridículo al alcalde en cuanto supieran, porque llegarían a saberlo, que se había perdido el cuerpo de la primera víctima. Además, McClellan había asegurado a Banwell que la policía trataba de resolver el caso sin publicidad alguna. George Banwell era uno de los pocos amigos que le quedaban al alcalde. Así que McClellan decidió seguir el consejo de Hugel.

—Muy bien —dijo McClellan—. De momento, nada de bandos de advertencia. Más vale que tenga usted razón, señor Hugel. Encuéntreme al hombre. Vaya inmediatamente a casa de los Acton. Y supervise la investigación allí. Y, por favor, dígale a Littlemore que quiero verle ahora mismo.

Hugel protestó. Mientras se limpiaba las gafas, recordó al alcalde que no entraba en las obligaciones del *coroner* andar pateando la ciudad como un detective de a pie. McClellan se tragó la irritación. Le aseguró al *coroner* que un caso tan delicado e importante no podía confiársele más que a él, ya que la sagacidad de su mirada era

famosa en todos los cuerpos policiales. Hugel, parpadeando de un modo que parecía expresar un total acuerdo con tales afirmaciones, accedió a ir a casa de los Acton.

En cuanto Hugel dejó su despacho, McClellan llamó a su secretaria.

—Llame a George Banwell —le dijo.

La secretaria le informó de que el señor Banwell había estado llamando durante toda la mañana.

—¿Qué quería? —preguntó el alcalde.

—Ha estado bastante rudo, señor alcalde —respondió ella.

—Está bien, señora Neville. ¿Qué quería?

La señora Neville leyó en sus notas de taquigrafía.

—Saber quién diablos mató a la Riverford; por qué tardaba tanto en terminar la autopsia el condenado*coroner*; y dónde estaba su dinero.

El alcalde suspiró profundamente.

—Quién, por qué, dónde. Sólo le falta cuándo.

McClellan miró su reloj. El *cuándo* se le estaba quedando corto a él también. Dentro de dos semanas, como máximo, debían hacerse públicos los nombres de los candidatos a la alcaldía. Él ya no podía esperar de ningún modo que Tammany lo designara candidato. Lo único que podía hacer era presentarse como independiente, o postularse como candidato de coalición, pero para ese tipo de campaña se necesitaba dinero. Y también buena prensa, no noticias de una especie de orgía de agresiones a jóvenes de la alta sociedad sin resolver.

—Llame a Banwell —le dijo a la señora Neville—. Dígale que se reúna conmigo dentro de una hora y media en el Hotel Manhattan. No pondrá ninguna objeción; de todas formas, hay un asunto cerca de allí del que le gustaría ocuparse. Y consígame a Littlemore.

Media hora después, el detective asomó la cabeza en el despacho del alcalde.

—¿Quería verme, señor alcalde?

—Señor Littlemore —dijo el alcalde—, ¿sabe que se ha producido otra agresión?

—Sí, señor. Me ha informado de ello el señor Hugel.

—Estupendo. Este caso es para mí de especial importancia, detective. Conozco a Acton, y George Banwell es un viejo amigo mío. Quiero que se me mantenga al corriente del desarrollo del asunto. Y quiero la máxima discreción. Vaya ahora mismo al Hotel Manhattan. Encuentre al doctor Younger y averigüe si se ha producido algún progreso. En caso de haber alguna nueva información, llámeme aquí inmediatamente. Y, detective, no se haga usted notar. No debe trascender ni una palabra de que se aloja en el hotel una testigo potencial. La vida de la chica puede depender de ello. ¿Comprende?

—Sí, señor alcalde —respondió Littlemore—. ¿Le informo a usted, señor, o al capitán Carey de homicidios?

—Informe al señor Hugel —dijo el alcalde—. Y a mí. Necesito que se resuelva este caso, Littlemore. A cualquier precio. ¿Tiene usted la descripción del asesino que nos ha dado el *coroner*?

—Sí, señor. —Littlemore vaciló—. Una pregunta, señor. ¿Y si la descripción del asesino es errónea?

—¿Tiene alguna razón para pensar que pueda serlo?

—Creo… —dijo Littlemore—. Creo que hay un chino que pudiera estar implicado.

—¿Un chino? —repitió el alcalde—. ¿Se lo ha dicho al señor Hugel?

—No está de acuerdo, señor.

—Entiendo. Bien, le aconsejo que confíe en el señor Hugel. Sé que es… muy susceptible en algunos aspectos, pero deben tener en cuenta lo duro que es para un hombre honrado hacer este trabajo en un relativo anonimato, mientras otros granujas consiguen riqueza y renombre. Por eso la corrupción es tan perniciosa. Quiebra la voluntad de los hombres honrados. Hugel es enormemente capaz. Y tiene muy buena opinión de usted, detective. Me pidió muy especialmente que le asignara el caso.

—¿De veras, señor?

—Sí. Ahora váyase, señor Littlemore.

Salía del hotel cuando me topé con la joven y su ama de llaves, la señora Biggs. Iban de compras. Un coche se acercaba en ese momento a recogerlas. La calzada, surcada de tierra y barro seco, estaba impracticable, por lo que ayudé a la señorita Acton a subir al carruaje. Al hacerlo reparé con incomodidad en que mis manos casi abarcaban por entero su fino talle. Traté también de ayudar a la señora Biggs, pero la buena mujer declinó rotundamente mi ofrecimiento.

Le dije a la señorita Acton que estaba deseando volver a verla al día siguiente por la mañana. Ella me preguntó a qué me refería. Me refería, le expliqué, a su siguiente sesión de psicoanálisis. Mi mano seguía descansando en la puerta abierta del coche. Ella tiró de ella y la cerró, apartándome.

—No sé qué les pasa a todos ustedes —dijo—. No quiero ninguna sesión más. Lo recordaré todo yo misma, sin ayuda de nadie. Así que déjeme en paz.

El coche partió. Me resulta difícil describir mis sentimientos al ver cómo se alejaba traqueteando calle abajo. Decepción no sería un término adecuado. Deseé que mi cuerpo demasiado compacto se partiera en trozos y se dispersara por el barro de la calzada. Se debería haber encargado Brill de aquella paciente. Un buen profesional médico, un médico de medicina general de la ciudad lo habría hecho mejor, tan desastrosamente mal había imitado yo a un verdadero psicoanalista.

Había fracasado antes de empezar. La joven había rechazado la terapia, y yo había sido incapaz de convencerla de que no lo hiciera. No: yo era el causante de tal

rechazo, al presionarla demasiado antes de haber echado los cimientos. Lo cierto es que no me había preparado para enfrentarme al hecho de que pudiera hablar. Había olvidado la observación de Freud de que podía recuperar el habla de la noche a la mañana. Su voz debería haber supuesto un gran impulso para el tratamiento, el mejor de los desarrollos posibles de su trastorno. Pero yo lo había desbaratado todo. Imaginaba que era un médico paciente e infinitamente acomodaticio. Y sin embargo había reaccionado ante su resistencia a la defensiva, como un novato que no hace más que cometer errores. ¿Qué le diría a Freud?

Al entrar en el Hotel Manhattan, el detective Littlemore pasó por delante de un joven caballero que ayudaba a subir a un coche de alquiler a una joven dama. Para Littlemore, aquellas dos figuras representaban un mundo al que él no tenía acceso. Ambos eran gratos a los ojos, e iban ataviados con el tipo de ropajes que sólo los elegidos de la fortuna podían permitirse. El joven era alto, de pelo oscuro y acusados pómulos, y la joven era el ser más angelical que Littlemore había visto nunca sobre la tierra. El caballero poseía un modo de moverse, una dúctil gracilidad al alzar a la joven dama hasta el interior del carruaje, que Littlemore sabía que no poseía ni poseería nunca.

Nada de esto molestaba en absoluto, sin embargo, al detective Littlemore. No sentía ninguna animadversión contra el joven caballero, y le gustaba mucho más Betty la doncella que aquella angelical joven dama que acababa de montar en un carruaje. Pero decidió que aprendería a moverse como el joven caballero. Era algo que podía medir e imitar con éxito. Se imaginó a sí mismo levantando a Betty hasta el asiento de un carruaje, de forma idéntica a como lo había hecho el caballero, si es que alguna vez llegaba a llamar a uno, o, aún mucho menos probable, a montar en él con Betty.

—Usted es el doctor Younger, ¿no es cierto? —preguntó al joven el detective. No obtuvo respuesta—. ¿Está usted bien, amigo?

—¿Disculpe? —respondió el joven.

—Usted es Younger, ¿no?

—Sí, por desdicha.

—Soy el detective Littlemore. Me envía el alcalde. ¿La del carruaje era la señorita Acton?

El detective pudo ver claramente que su interlocutor no le estaba escuchando.

—Le ruego que me disculpe —dijo Younger—. ¿Quién ha dicho que es?

Littlemore se identificó de nuevo. Explicó que el agresor de la señorita Acton había dado muerte a otra joven, la noche del domingo anterior, y que la policía aún no tenía ningún testigo.

—¿Ha recordado ya algo la señorita Acton, doctor?

Younger negó con la cabeza.

—La señorita Acton ha recuperado la voz, pero sigue sin recordar el incidente.

—Todo este asunto me parece un poco raro —dijo el detective—. ¿La gente pierde la memoria muy a menudo?

—No —respondió Younger—. Pero es algo que sucede, sobre todo después de agresiones como la padecida por la señorita Acton.

—Oiga, están volviendo…

En efecto: el carruaje de la señorita Acton había doblado la esquina de la manzana y se acercaba hacia el hotel. Al llegar frente a él, la señorita Acton le explicó al doctor Younger que la señora Biggs había olvidado dejar la llave en recepción.

—Déjemela a mí —dijo Younger, extendiendo la mano—. La dejaré yo por ustedes.

—Gracias, pero puedo hacerlo yo misma —replicó la señorita Acton, saltando fuera del coche sin ayuda y pasando rauda junto a Younger sin lanzar ni una mirada en su dirección. Younger no dejó traslucir ninguna emoción, pero Littlemore sabía reconocer un rechazo femenino en cuanto lo veía, y se sintió solidario con el doctor Younger. Luego le vino a la cabeza otro pensamiento.

—Dígame, doctor —dijo—. ¿Permite que la señorita Acton se pasee por ahí de esta manera…? Sola, me refiero.

—Tengo poco que decir al respecto, detective. Nada, mejor dicho. Pero no, creo que hasta el momento ha estado casi todo el tiempo con su criada o con algún policía. ¿Por qué? ¿Corre algún peligro?

—No debería correrlo —dijo Littlemore.

El señor Hugel le había dicho que el asesino no sabía dónde estaba la señorita Acton. Aun así, el detective se sentía inquieto. En aquel caso había mucho de absurdo: una chica muerta de la que nadie sabía nada, gente que perdía la memoria, chinos que salían corriendo, cuerpos que desaparecían del depósito…

—Pero no vendrá mal que eche una ojeada —añadió.

Littlemore volvió a entrar en el hotel, con Younger a su lado. Encendió un cigarrillo mientras contemplaban cómo la menuda señorita Acton cruzaba el vestíbulo circular, con columnas. Un hombre que quisiera dejar la llave de su habitación en recepción la habría dejado encima del mostrador y se habría ido, pero la señorita Acton aguardó con paciencia a que la atendieran. El vestíbulo estaba atestado de viajeros, familias, hombres de negocios. La mitad de los hombres que había en él, cayó en la cuenta el detective, podían haberse ajustado a la descripción del asesino aventurada por el *coroner* Hugel.

Uno de ellos, sin embargo, llamó la atención de Littlemore. Esperaba frente a uno de los ascensores, y era alto, de pelo negro, con gafas, y llevaba un periódico en la

mano. Littlemore no tenía un buen ángulo de su cara, pero había algo vagamente extranjero en el corte de su traje. y fue precisamente el periódico lo que atrajo la atención del detective. Lo llevaba en una posición ligeramente más alta de lo normal. ¿Trataba de taparse la cara? La señorita Acton había dejado ya la llave en recepción, y desandaba el camino hacia la calle. El hombre lanzó una rápida mirada en dirección a ella —¿o en dirección al propio Littlemore?—, y volvió a ocultar la cabeza tras el periódico. Se abrió uno de los ascensores, y el hombre entró en él, solo.

Al cruzarse con el doctor Younger y el detective Littlemore camino de la puerta, la señorita Acton no dio muestra alguna de reconocerlos. Sin embargo, el doctor la siguió hasta la calle para cerciorarse de que volvía a montar en el coche.

Littlemore quedó atrás. No pasaba nada, se dijo a sí mismo. Casi todo varón presente en el vestíbulo se había vuelto para mirarla al verla cruzar sola el vestíbulo de suelo de mármol. Littlemore, no obstante, mantuvo los ojos fijos en la flecha de encima del ascensor en el que había entrado el hombre del periódico. La flecha iba moviéndose despacio, y se agitaba al aproximarse a cada planta. Pero Littlemore no alcanzó a ver dónde se detenía definitivamente. Porque aún seguía moviéndose cuando un desgarrado grito le llegó desde la calle.

El grito no era humano. Era el agudo relincho de dolor de un caballo. El animal tiraba de un coche que acababa de salir de un terreno en obras de la calle Cuarenta y dos, donde se alzaba el esqueleto de acero de un edificio comercial en construcción de nueve plantas. El hombre que conducía el coche iba soberbiamente vestido, con un sombrero de copa y una fina fusta encima de las rodillas. Era el señor George Banwell.

En 1909 el caballo aún competía con el automóvil en cada una de las avenidas más importantes de la ciudad de Nueva York. De hecho era una batalla ya perdida. Los trémulos y vociferantes automóviles eran más rápidos y ágiles que los coches de caballos; y, más importante aún, los automóviles habían puesto fin a la contaminación, término que a la sazón designaba la bosta de caballo, que para el mediodía ensuciaba el aire hasta el punto de hacerlo casi irrespirable en las principales vías urbanas. Aunque a George Banwell le gustaban sus automóviles tanto como a cualquier caballero, en el fondo era un jinete. Había crecido entre caballos y no estaba dispuesto a renunciar a ellos. De hecho insistía en conducir su propio coche, y obligaba a su cochero a ir sentado, incómodo, a su lado.

Banwell había pasado casi toda la mañana en las obras de Canal Street, donde estaba supervisando un proyecto de mucha mayor envergadura. A las once y media había subido hasta el centro, a la calle Cuarenta y dos, entre la Quinta Avenida y Madison Avenue, a menos de media manzana del Hotel Manhattan. Después de una rápida inspección del trabajo de sus hombres en la obra, Banwell se dirigía ahora al

hotel a reunirse con el alcalde. Pero instantes después de sentarse en el pescante había dado un violento y brusco tirón a las riendas, de modo que el bocado del freno se había clavado demasiado en la boca del animal —una yegua—, que se había parado en seco y había lanzado un relincha de dolor. Tal relincho no había hecho la menor mella en Banwell. No parecía siquiera haberlo oído. Estaba como paralizado, con la mirada fija en un punto situado a menos de una manzana del carruaje, pero apretaba aún más el bocado contra la mandíbula de la yegua, para consternación y espanto de su cochero.

La yegua agitó la cabeza de lado a lado, tratando en vano de liberarse del bocado hiriente. Al final la criatura se alzó sobre las patas traseras y lanzó el relincho angustiado, aterrador que habían oído Littlemore y todos los viandantes de un extremo al otro de la calle. La yegua volvió a posar las patas delanteras en tierra, pero instantes después se alzó de nuevo sobre las patas traseras, esta vez con mayor violencia, y el carruaje entero empezó a ladearse. Banwell y su cochero saltaron de él como marineros de una nave peligrosamente escorada. El carruaje se desplomó hacia un costado con enorme estrépito, arrastrando con él a la yegua.

El cochero fue el primero en levantarse. Trató de ayudar a su patrón, pero Banwell lo apartó con furia mientras se sacudía la tierra de rodillas y codos. Una multitud se arremolinaba a su alrededor, y los automóviles hacían sonar el claxon con impaciencia. Banwell parecía haber salido de su trance. No era hombre que tolerara que un caballo lo derribara; el hecho de haber tenido que saltar atropelladamente de su carruaje le resultaba inconcebible. Sus ojos despedían llamas: contra los automovilistas, contra los mirones y, sobre todo, contra la yegua postrada, que pugnaba en vano por levantarse.

—Mi pistola —dijo Banwell a su cochero—. Deme mi pistola.

—No puede mataría, señor —le rogó el cochero, que, acuclillado junto a la yegua, le liberaba los cascos de la maraña de cuerdas que los atenazaban—. No tiene nada roto. Sólo está enredada. Ya está. Lista… —El cochero le hablaba al animal, mientras lo ayudaba a ponerse sobre las patas—. No ha sido culpa tuya…

La intención del cochero era sin duda buena, pero no podía haber elegido palabras más desdichadas.

—¿Que no ha sido culpa suya? —dijo Banwell—. Se encabrita y se levanta de manos como un penco resabiado, ¿y no es culpa suya? —Cogió el freno e hizo que el animal torciera el cuello, y le miró a los ojos—. Ya entiendo —le dijo al cochero, en tono aún frío—. Nunca le ha enseñado a mantener la cabeza baja… Bien, lo haré yo.

Banwell tiró de la brida hasta soltada del carruaje, cogió las riendas y con un ágil movimiento montó a la yegua a pelo. La hizo volver a las obras de donde habían salido minutos antes, y allí dio unas cuantas vueltas hasta detenerse ante el garfio de la gigantesca grúa que se alzaba hacia el cielo en medio del solar. Cogió el garfio con

ambas manos, lo pasó bajo el ronzal y luego lo sujetó con firmeza a los correajes que rodeaban el vientre del animal. Desmontó de un brinco, y una vez en el suelo le gritó al gruista:

—¡Eh, tú, súbela!

El operario, atónito, tardó en reaccionar. Al final accionó los mandos de la enorme máquina. Su largo cable se tensó; el garfio se afianzó en los correajes, bajo la silla. La yegua se agitó y piafó ante la desagradable sensación de verse casi en vilo. Y durante unos instantes no sucedió más.

—¡Levántala, pendejo! —le gritó Banwell al gruista—. ¡Levántala o vuelve a casa a decirle a tu mujer que te has quedado sin empleo!

El hombre manipuló de nuevo con las palancas. La yegua se despegó del suelo con un fuerte bamboleo. En el momento en que sus cascos dejaron la tierra se apoderó de ella un pánico perplejo. Relinchó, se agitó, se retorció vana y violentamente en el aire, suspendida tan sólo por el grueso garfio del cable.

—¡Suéltela! —gritó una voz femenina, sobrecogida y airada. Era la señorita Acton. Había presenciado la escena, y corrido por la calle Cuarenta y dos hasta el solar. Ahora estaba allí plantada, en primera línea de una legión de mirones. Younger estaba a su lado, y Littlemore varias filas más atrás. La joven volvió a gritar—: ¡Bájela! ¡Que alguien le haga parar!

—Arriba —ordenó Banwell. Al oír el grito de la joven, se dio la vuelta y la miró directamente. Luego volvió a fijar la atención en la yegua suspendida, y dijo—: Más alto.

El gruista hizo lo que le ordenaba su patrón, y levantó más y más al animal: seis, diez, quince metros… Los filósofos dicen que no se puede saber si los animales experimentan emociones comparables a las humanas, pero nadie que haya visto la expresión de terror en los ojos de un caballo es capaz de ponerlo en duda.

Como todos los ojos humanos estaban fijos en aquella criatura que se agitaba indefensa en el aire, nadie pudo percatarse de la agitación incipiente de una viga de acero que descansaba en lo alto del andamiaje, tres plantas más arriba. Esta viga estaba sujeta por una soga, que a su vez se hallaba sujeta al garfio de la grúa. Hasta entonces la soga se había mantenido floja, y la viga había descansado inocuamente sobre un andamio. Pero al subir más y más el garfio, la soga acabó tensándose, y en un momento dado, sin aviso previo, la viga de acero se deslizó hasta el borde del andamio y cayó y quedó colgando libremente en el aire. Al estar sujeta al cable de la grúa, el vaivén la llevó naturalmente en dirección al garfio, aunque a un nivel cercano al suelo, es decir, en dirección a George Banwell.

Banwell no vio cómo la viga mortífera se balanceaba en el aire y ganaba velocidad hacia él, y giraba sobre sí misma, y en un vuelo preciso e inexorable se dirigía. hacia su abdomen como una gigantesca lanza. De haberle alcanzado, lo habría

matado. Pero pasó a medio metro escaso de su cuerpo. Un golpe de suerte prodigioso y no atípico en George Banwell, pero con el resultado de que la viga siguió surcando el aire en dirección a la multitud, algunos de cuyos miembros gritaron llenos de pavor y un puñado de ellos se puso a salvo tirándose al suelo.

Pero hubo uno de los presentes que debería haberse apartado para salvar la vida: la señorita Acton, ya que la viga de cuatro metros de largo se dirigía directamente hacia ella. La señorita Acton, sin embargo, ni gritó ni se movió. Bien porque la viga que se le venía encima la tuviera como hechizada o bien porque le resultara casi imposible decidirse hacia dónde se apartaba, la señorita Acton siguió allí quieta, aterrorizada y a punto de perder la vida.

Younger agarró a la joven por la larga trenza rubia y tiró de ella con fuerza —de forma poco caballerosa, hay que decir— hacia sus brazos. La viga pasó silbando a pocos centÍmetros de ellos, tan pocos que ambos pudieron sentir la ola del aire desplazado, y siguió hacia lo alto a su espalda.

—¡Oh! —dijo la señorita Acton.

—Lo siento —dijo Younger, con ella entre sus brazos. Y volvió a tirar de su trenza, aunque ahora en dirección contraria.

—¡Oh! —volvió a exclamar la señorita Acton, ahora con más énfasis, al ver cómo la viga, en su viaje de vuelta, pasaba de nuevo a escasos centímetros de ellos, casi rozándole la nuca.

Banwell contempló el paso de la viga con indiferencia. Pero con suma irritación vio cómo al final volvía a ascender en dirección al andamiaje, de donde procedía, y se estrellaba contra él y hacía que se viniera abajo —como un castillo de palillos— toda la estructura. Hombres, herramientas y tablones volaron en todas direcciones. Cuando el polvo se asentó sólo la yegua seguía haciendo ruido, relinchando mientras giraba en lo alto. Banwell hizo una seña al gruista para que bajara al animal, y, con una rabia fría, impartió órdenes a sus hombres para que despejaran los escombros y adecentaran el desaguisado.

—Lléveme a mi habitación, por favor —le dijo la señorita Acton a Younger.

La multitud siguió pululando por las inmediaciones durante largo rato, quedándose admirada ante los destrozos y volviendo a vivir el trance recién pasado. El cochero volvió a hacerse cargo de la yegua, y el detective Littlemore, que había reconocido al señor Banwell, se acercó a él.

—¿Qué tal está el pobre animal? —le preguntó—. ¿Qué es? ¿Percherón?

—Medio percherón —respondió el cochero, intentando por todos los medios calmar al animal, que seguía aterrorizado—. Lo que llaman «crema».

—Es una belleza, de eso no hay duda.

—Sí que lo es —dijo el cochero, acariciándole el hocico.

—Oiga, me pregunto qué le habrá hecho encabritarse de ese modo. Algo que ha visto, seguramente.

—Algo que *él* ha visto, más bien.

—¿A qué se refiere?

—No ha sido ella —rezongó el cochero—. Ha sido él. Intentaba frenarla. No puedes frenar al caballo de un carruaje. —Le habló a la yegua—. Te ha intentado parar apretándote el bocado, eso es lo que ha hecho. Porque estaba asustado.

—¿Asustado? ¿De qué?

—¿Por qué no se lo pregunta a él? No es hombre que se asuste fácilmente, no señor. Pero estaba asustado como si hubiera visto al mismo diablo.

—No me diga… —dijo Littlemore, antes de echar a andar en dirección al hotel.

En aquel mismo momento, en la última planta del Hotel Manhattan, Carl Jung estaba en la terraza presenciando la escena que se desarrollaba abajo. Había visto los insólitos hechos que habían tenido lugar en el solar en construcción. Pero lo que había visto, lejos de infundirle temor, lo había colmado de una profunda euforia, de un tipo que tan sólo había sentido una o dos veces en toda su vida. Entró en la habitación, y se sentó en el suelo como flotando, con la espalda contra la cama, viendo caras que sólo él podía ver y oyendo voces que sólo él podía oír.

IX

Cuando volvimos a las habitaciones de la señorita Acton, la señora Biggs estaba frenética. Primero ordenó a la joven que se tendiera en el lecho, y luego que se incorporara, y luego que caminara por la habitación para que «le volviera un poco el color». La señorita Acton no prestó atención a ninguna de estas órdenes. Fue directamente a la pequeña cocina de la suite y se puso a preparar una tetera. La señora Biggs alzó los brazos en señal de protesta, y declaró que era *ella* la que debía preparar el té. La anciana señora no se calló hasta que la señorita Acton la hizo sentarse y le besó las manos.

La joven Acton tenía una capacidad asombrosa bien para recobrar la presencia de ánimo después de unos hechos tan abrumadores, o bien para fingir una compostura que en realidad no tenía. Terminó de preparar el té y le tendió una humeante taza a la señora Biggs.

—Habría muerto, señorita Nora —dijo la anciana sirviente—. Habría muerto si no es por el joven doctor.

La señorita Acton puso una mano sobre la mano de la mujer, y la urgió a tomarse el té. Cuando la señora Biggs siguió su exhortación, la joven le dijo que nos dejara solos porque tenía que hablar en privado conmigo. Después de un buen rato de importunar con sus protestas, la señora Briggs se fue del cuarto a regañadientes.

Cuando estuvimos solos, la señorita Acton me dio las gracias.

—¿Por qué ha hecho que se vaya su sirvienta? —le pregunté.

—No he «hecho que se vaya» —replicó la joven—. Usted quería saber las circunstancias en las que perdí la voz hace tres años. Y quiero contárselo.

La tetera empezó a temblarle en las manos. Trató de servirlo, pero no atinó y vertió un poco de té fuera de la taza. Dejó la tetera y se enlazó los dedos.

—Esa pobre yegua… ¿Cómo ha podido hacer una cosa semejante?

—Usted no tiene la culpa de nada, señorita Acton.

—Pero ¿qué está diciendo? —Me miró con expresión furibunda—. ¿Por qué habría de sentirme yo culpable?

—No, por nada. Pero me ha parecido como si se culpase de algún modo…

La señorita Acton fue hasta la ventana. Separó las cortinas, y vi la amplia terraza detrás de las puertaventanas, y una panorámica de la ciudad.

—¿Sabe quién es ese hombre?

—No.

—Es George Banwell, el marido de Clara. Es amigo de mi padre.

La respiración de la señorita Acton se hizo inestable. —Fue en su casa de verano, junto al lago. Me hizo una proposición…

—Por favor, échese en el sofá, señorita Acton.

—¿Por qué?

—Forma parte del tratamiento.

— Ah, muy bien.

Cuando se echó en el sofá, retorné lo que habíamos empezado.

—¿El señor Banwell le hizo una proposición de matrimonio… cuando usted tenía catorce años?

—Dieciséis, doctor Younger, y no me propuso matrimonio.

—¿Qué le propuso?

—Tener…, tener… —se interrumpió y calló.

—¿Tener relaciones sexuales?

Siempre es delicado referirse a la actividad sexual cuando los pacientes son femeninos y jóvenes, porque uno no está seguro de lo poco o mucho que saben de biología. Pero es aún peor permitir que un exceso de delicadeza acabe reforzando el pernicioso sentido de vergüenza que una joven podría asociar a una experiencia de esa naturaleza.

—Sí —respondió—. Estábamos en su casa de campo; habíamos ido toda la familia. Él y yo dábamos un paseo por el sendero que rodea el pequeño lago. Me dijo que había comprado otra casita de las cercanías, donde los dos podríamos ir, con una gran cama, una cama muy bonita en la que los dos podríamos estar solos, sin que nadie se enterase.

—¿Qué hizo usted?

—Le di una bofetada en la cara y me fui corriendo —dijo la señorita Acton—. Se lo conté a mi padre, pero no se puso de mi parte.

—¿No la creyó? —pregunté.

—Actuó como si yo fuera la que hubiera hecho algo malo. Yo insistí en que se encarase con el señor Banwell para averiguarlo. Una semana después, me dijo que lo había hecho. Y que el señor Banwell lo había negado todo; y, según mi padre, con gran indignación. Estoy segura de que con una cara muy parecida a la que acaba usted de ver en él. Lo único que admitió es haberme mencionado su nueva casita de las cercanías. Y mantenía que yo había deducido perversamente lo demás, y que lo había hecho por… por el tipo de libros que leía. Mi padre decidió creerle a él.

—¿Al señor Banwell?

—A mi padre.

—Señorita Acton, usted perdió la voz hace tres años. Pero me está contando un incidente que ocurrió el año pasado.

—Hace tres años… me besó.

—¿Su padre?

—No, qué asco… —dijo la señorita—. El señor Banwell.

—¿Tenía catorce años entonces? —le pregunté.

—¿Las matemáticas eran difíciles para usted en el colegio, señor Younger?

—Continúe, señorita Acton.

—Era el Día de la Independencia —siguió ella—. Mis padres habían conocido a los Banwell hacía apenas unos meses, pero mi padre y el señor Banwell eran ya íntimos. Las cuadrillas del señor Banwell nos estaban reformando la casa. Acabábamos de pasar tres días en su casa de campo, mientras nos terminaban las obras. Clara era tan adorable conmigo. Es la más fuerte, la más inteligente de las mujeres que he conocido en mi vida. Y la más bella, doctor Younger. ¿Ha visto usted alguna vez la Salomé de Lina Cavalieri?

—No —respondí.

La señorita Cavalieri, célebre por su belleza, había actuado en la Opera House de Manhattan el invierno anterior, pero yo no había podido trasladarme de Worcester a Nueva York para verla.

—Clara se parece mucho a ella. Y de joven también había pisado las tablas. El señor Gibson le hizo una foto en aquel tiempo. Bueno, pues el señor Banwell estaba construyendo uno de esos enormes edificios suyos en el centro. El Hanover, creo. Y estábamos planeando subir a la azotea de ese edificio para ver los fuegos artificiales. Pero mi madre se puso enferma (siempre se está poniendo enferma), así que no vino con nosotros. No me acuerdo por qué, pero mi padre tampoco pudo venir en el último momento. Creo que también se puso enfermo. Había no sé qué fiebre aquel verano. De todas formas, el señor Banwell se ofreció para subir conmigo a la azotea, porque yo venía repitiendo desde hacía tiempo que deseaba ver los fuegos artificiales desde aquella altura.

—¿Solos los dos?

—Sí. Me llevó en su coche de caballos. Era de noche.

Hizo que los caballos trotaran a buena velocidad por Broadway. Recuerdo el viento caliente en la cara. Subimos juntos en el ascensor. Yo estaba muy nerviosa; era la primera que subía en un ascensor. Me moría de ganas de ver los fuegos, pero cuando sonaron los primeros estallidos me asusté terriblemente. Puede que incluso gritara. De lo siguiente que me acuerdo es de que el señor Banwell me tenía entre sus brazos. Aún siento cómo me apretaba los…, la parte superior del cuerpo contra su pecho. Luego me pegó la boca a los labios…

La señorita Acton hizo una mueca, un gesto como si sintiera necesidad de escupir.

—¿Y después? —pregunté.

—Me aparté bruscamente de él, pero no había adónde ir. No sabía cómo escapar de aquella azotea. Él me hizo un gesto para que me calmara, para que me callara. Me dijo que sería nuestro secreto, y luego dijo que íbamos a ver los fuegos artificiales y nada más. Y es lo que hicimos.

—¿Se lo contó a alguien?

—No; y fue entonces cuando perdí la voz: aquella misma noche. Todo el mundo pensaba que había cogido la fiebre. Y quizá la cogí. La voz me volvió a la mañana siguiente lo mismo que esta vez. Pero no se lo conté a nadie hasta hoy. No voy a consentir quedarme sola con el señor Banwell nunca más.

Siguió un largo silencio. La joven había llegado al final de los recuerdos que habían ido haciéndose conscientes.

—Piense en ayer, señorita Acton. ¿Se acuerda de algo?

—No —dijo ella con voz queda—. Lo siento.

Le pedí permiso para contarle al doctor Freud lo que me había contado. Y aceptó. Luego le informé de que seguiríamos hablando al día siguiente.

Pareció sorprendida.

—¿Hablar de qué, doctor? Ya se lo he contado todo.

—Puede que se acuerde de algo más.

—¿Por qué dice eso?

—Porque aún sigue padeciendo de amnesia. Cuando hayamos desvelado todo lo relacionado con ese incidente, creo que le volverá la memoria.

—¿Cree que le estoy ocultando algo?

—No es ocultación, señorita Acton. 0, mejor, se trata de algo que está usted ocultándose a sí misma.

—No sé de qué me está hablando —replicó la joven. Cuando me encontraba a un paso de la puerta, me detuvo con su voz suave y clara—. ¿Doctor Younger?

—¿Señorita Acton?

En sus ojos azules había lágrimas. Mantenía alta la barbilla.

—Me besó… Me hizo… una proposición en aquel paseo junto al lago.

Hasta entonces no había caído en la cuenta de la ansiedad que sentía ante la posibilidad de que yo —al igual que su padre— tampoco la creyera. Había algo inefablemente enternecedor en la forma en que decía «me hizo una proposición» en lugar de «me hizo proposiciones». [8]

— Señorita Acton —dije—, creo cada palabra que ha salido de su boca.

Se echó a llorar. La dejé, después de desearle buenas tardes a la señora Biggs al cruzarme con ella en el recibidor.

En un reservado del salón del Hotel Manhaccan, George Banwell estaba sentado con el alcalde McClellan. El alcalde comentó que Banwell parecía recién salido de una pelea a puñetazos. Banwell se encogió de hombros.

—Un pequeño problema con una potranca —dijo.

El alcalde sacó un sobre del bolsillo de la americana y se lo tendió a Banwell.

—Aquí tiene su cheque. Le sugiero que vaya al banco esta misma tarde. Es mucho dinero. Y es el último. No habrá más, pase lo que pase. ¿Entiende lo que

quiero decir?

Banwell asintió con la cabeza.

—Si hay costes adicionales, correré con ellos yo mismo.

El alcalde, entonces, le explicó que el asesino de la señorita Riverford había vuelto a actuar. ¿Conocía Banwell a Harcourc Acton?

—Por supuesto que conozco a Acton —dijo Banwell—. Él y su esposa están en este momento en mi casa de campo. Se reunieron con Clara ayer.

—Así que por eso no nos hemos podido poner en contacto con ellos —dijo McClellan.

—¿Qué pasa con Acton? —preguntó Banwell.

—La segunda víctima es su hija.

—¿Nora? ¿Nora Acton? Acabo de verla en la calle; no hace ni una hora.

—Sí, gracias a Dios que ha sobrevivido —dijo el alcalde.

—¿Qué pasó? —preguntó Banwell—. ¿Le ha dicho quién lo hizo?

—No. Perdió la voz y no puede recordar nada. No sabe quién la atacó, y nosotros tampoco. Unos especialistas están examinándola ahora. Está aquí, de hecho. La he alojado en el Manhattan hasta que vuelva Acton.

—Dios… —dijo Banwell, asimilando lo que acababa de oír—. Una chica muy guapa…

—Sí, lo es —convino el alcalde.

—¿La violaron?

—No, a Dios gracias.

—A Dios gracias.

Encontré a los demás en las salas de la antigüedad romana y griega del Metropolitan Museum. Mientras Freud se hallaba enfrascado en una conversación con el guía —los conocimientos de Freud eran asombrosos—, yo me quedé rezagado con Brill. Se sentía mejor en relación con su manuscrito. Su editor Jelliffe, al principio, se había quedado tan perplejo como nosotros, pero luego se acordó de que había prestado su prensa a un pastor la semana anterior, un pastor que publicaba folletos bíblicos de carácter edificante. Ambos trabajos debían de haberse mezclado de algún modo.

—¿Sabía que Goethe era bisabuelo de Jung? —le pregunté.

—Bobadas —dijo Brill, que había vivido un año en Zurich trabajando con Jung —. Leyendas de autoglorificación de la familia. ¿Llegó a lo de Von Humboldt?

—Sí, lo mencionó —dije.

—Se supone que a un hombre tendría que bastarle casarse con una mujer muy rica sin tener que inventarse ninguna alcurnia.

—A menos que ésa sea precisamente la razón por la que se lo inventa —dije.

Brill lanzó un gruñido evasivo. Luego, con una extraña ligereza, se apartó hacia atrás un mechón y dejó al descubierto una fea marca que tenía en la frente.

—¿Ve esto? Me lo hizo Rose la noche pasada, cuando se marcharon todos ustedes. Me tiró una sartén a la cabeza.

—Dios santo —dije—. ¿Por qué?

—Por Jung.

—¿Por Jung?

—Le conté a Rose lo que le comenté a Freud sobre Jung —dijo Brill—. Y se puso hecha una furia. Dijo que estaba celoso de Jung, que Freud lo valoraba mucho y que yo era un estúpido, porque Freud vería las causas de mi envidia y eso le haría tener una opinión peor de mí. Yo le respondí que con razón me sentía celoso de Jung, habida cuenta de la forma en la que ella le había estado mirando durante toda la velada. Si lo pienso ahora, esto último no era muy justo, la verdad, porque era Jung el que se había pasado toda la noche mirándola a ella. ¿Sabe que ella tiene la misma titulación médica que yo? Pero no consigue un empleo de médico, y yo no puedo mantenerla con los cuatro pacientes que tengo.

—¿Le tiró una sartén a la cabeza?

—Oh, no me mire con esa especie de ojo clínico. Las mujeres tiran cosas. Todas lo hacen tarde o temprano. Ya lo comprobará usted mismo. Todas excepto Emma, la mujer de Jung. Emma no hace más que ofrecerle su fortuna a Carl, dar a luz a sus hijos y sonreírle cuando él la engaña. Agasajan la mesa a sus amantes cuando él las lleva a casa a cenar. Ese hombre es un brujo. No, no, si vuelvo a oír una palabra sobre Goethe y Von Humboldt, creo que mato a Jung.

Antes de que nos fuéramos del museo casi se produjo una crisis. Freud necesitó de pronto un urinario, como lo había necesitado en Coney Island, y el guía nos condujo hasta el sótano. En el trayecto, Freud comentó:

—No me lo diga. Tendré que recorrer interminables pasillos, y al final habrá un palacio de mármol.

Tenía razón en ambos puntos. Y llegamos a ese palacio justo a tiempo.

El *coroner* Hugel no volvió a su despacho hasta el martes por la noche. Había pasado la tarde en la casa de los Acton, en Gramercy Park. Sabía lo que escribiría en el informe: que las pruebas materiales —pelos, hilos de seda, hebras de cuerda— probaban inequívocamente que el asesino de Elizabeth Riverford y el agresor de Nora Acton eran la misma persona. Pero el *coroner* se maldecía a sí mismo por lo que *no*había encontrado. Había registrado a fondo el dormitorio. Había inspeccionado palmo a palmo, e incluso recorrido a gatas, el jardín trasero. Como sabía que sucedería, había encontrado ramas rotas, flores pisoteadas y muchas otras señales de huida, pero no la prueba que buscaba, la prueba definitiva que desenmascararía al

agresor.

Al llegar a su despacho estaba exhausto. Pese a la orden del alcalde, Hugel no había comunicado al personal de su departamento que el alcalde ofrecía una recompensa a quien encontrara el cuerpo de Elizabeth Riverford. Pero no se le podía culpar por ello, se dijo Hugel a sí mismo. El propio alcalde le había ordenado que fuera directamente a la casa de los Acton en lugar de volver al depósito de cadáveres.

En el vestíbulo se encontró con el detective Littlemore, que le estaba esperando. Littlemore le informó de que uno de los muchachos del departamento, Gidow, iba en un tren camino de Chicago, adonde llegaría al día siguiente por la noche. Con su acostumbrado espíritu alegre, Littlemore le contó también el extraño episodio del señor Banwell y la yegua de su carruaje. Hugel le escuchó atentamente, y luego exclamó:

—¡Banwell! Debió de ver a la joven Acton a la entrada del hotel. ¡Y eso es lo que lo asustó!

—A la señorita Acton no la calificaría yo de terrorífica, señor Hugel —dijo Littlemore.

—¡No sea necio! —le respondió el *coroner*—. Por supuesto que no. ¡Él pensaba que estaba muerta!

—¿Por qué iba él a pensar que estaba muerta?

—Piense un poco, detective.

—Si Banwell es nuestro hombre, señor Hugel, sabe que la chica está viva.

—¿Cómo?

—Usted está diciendo que Banwell es nuestro hombre, ¿no es eso? Pero el agresor de la señorita Acton, sea quien sea, sabe que está viva. Por lo tanto, si Banwell es nuestro hombre, no pensaba que estaba viva.

—¿Qué? Tonterías. Pudo creer que la había matado. O… o tenía miedo de que lo reconociese. En cualquiera de los dos casos, cuando la vio le entró el pánico.

—¿Por qué piensa que fue él?

—Littlemore, el señor Banwell mide más de un metro ochenta. Es de mediana edad. Es rico. Tenía el pelo oscuro, pero ahora está canoso. Es diestro. Estaba viviendo en el mismo edificio que la primera víctima, y le ha entrado el pánico al ver a la segunda.

—¿Cómo lo sabe?

—Por usted. Usted me ha contado que el cochero dice que su patrón estaba muy asustado. ¿Qué otra explicación puede haber?

—No, me refería a ¿cómo sabe que Banwell es diestro?

—Porque lo conocí ayer, detective. Y porque hago uso de mis ojos.

—Vaya, qué grande es usted, señor Hugel. ¿Qué soy yo, diestro o zurdo?

El detective se escondió las manos en la espalda.

—¡Déjese de tonterías, Littlemore!

—No sé, señor Hugel. Tendría que haberle visto después de que pasara todo. Estaba frío como un témpano: dando órdenes, haciendo que lo limpiaran todo…

—Bobadas. Un buen actor, además de asesino. Tenemos a nuestro hombre, detective.

—No es que lo tengamos exactamente.

—Tienen razón —dijo el *coroner*, pensativo—. Seguimos sin una prueba concluyente. Necesitamos algo más.

X

Al salir del Metropolitan Museum, tomamos un carruaje que nos llevó a través del parque hacia el nuevo campus de la Universidad de Columbia, poseedora de una soberbia biblioteca. No había estado allí desde 1897, cuando tenía quince años y mi madre nos arrastró a todos a la inauguración del edificio Schermerhorn. Brill, por fortuna, no conocía mi vinculación marginal con ese clan, porque de otro modo se lo habría mencionado a Freud.

Visitamos la clínica psiquiátrica, donde Brill tenía un despacho. Después, Freud anunció que quería oír cómo había sido mi sesión con la señorita Acton. Así pues, mientras Brill y Ferenczi quedaban un poco rezagados, debatiendo sobre técnica terapéutica, Freud y yo caminamos por Riverside Drive, cuyo ancho paseo ofrecía una hermosa atalaya desde donde contemplar los Palisades, los acantilados agrestes y cortados de Nueva Jersey, en la orilla del río Hudson.

No omití nada: le relaté a Freud tanto mi primera sesión con la señorita Acton, que acabó en fracaso, como la segunda, que acabó en sus revelaciones relativas al amigo de su padre, el señor Banwell. Él me interrogó exhaustivamente, deseoso de cada detalle, con independencia de lo que pudiera parecer, e insistió en que no debía recrear sus palabras sino citarlas de forma literal. Cuando terminé, Freud apago su cigarro en a acera y me preguntó si pensaba que el episodio de la azotea de hacía tres años había sido la causa de que la señorita Acton perdiera la voz aquella noche.

—Eso parece —le respondí—. Lo que le había sucedido estaba relacionado con la boca, y con la orden de que no contara nada. Aquella chiquilla sentía que se le había hecho algo que no podía expresarse con palabras; por lo tanto, se incapacitó a sí misma para hablar.

—Muy bien. De modo que aquel beso vergonzoso en la azotea volvió histérica a la chiquilla de catorce años, ¿no? —dijo Freud para calibrar mi reacción.

Comprendí: quería decir lo contrario de lo que estaba diciendo. El episodio de la azotea, a ojos de Freud, no podía ser la causa de la histeria de la señorita Acton. Aquel episodio no le había acontecido en la niñez, ni era edípico. Sólo los traumas de la niñez conducen a la neurosis, aunque por lo general sea un incidente posterior el que despierta el recuerdo del conflicto largamente reprimido, dando lugar a los síntomas histéricos.

—Doctor Freud —pregunté—. ¿No es posible que en este caso sea el trauma adolescente el causante de la histeria?

—Es posible, amigo mío, con una salvedad: el comportamiento de aquella chiquilla en la azotea era ya enteramente histérico. —Freud sacó otro cigarro del bolsillo, pero lo pensó mejor y volvió a guardárselo—. Déjeme brindarle una definición de la mujer histérica: una mujer en quien una ocasión de placer sexual

desencadena sentimientos que de antiguo no han sido en absoluto placenteros.

—Sólo tenía catorce año…

—¿Y cuántos años tenía Julieta en su noche de bodas?

—Trece —admití.

—Un hombre robusto, en plena madurez (de quien sólo sabemos que es fuerte, alto, triunfador, bien formado), besa a una chiquilla en los labios —dijo Freud—. El hombre está excitado sexualmente, como es natural. Creo que es lícito suponer que Nora sintió física y directamente esta excitación. Cuando dice que aún puede sentir cómo Banwell la aprieta contra él, no me cabe duda de cuál es la parte del cuerpo del hombre cuyo contacto siente. Todo esto, en una chica sana de catorce años, sin duda habría producido una estimulación genital placentera. En lugar de ello, a Nora la invade esa sensación de displacer que se localiza en un punto muy concreto de la garganta: es decir, el asco. En otras palabras: estaba ya histérica mucho antes de ese beso.

—Pero las proposiciones de Banwell, ¿no podrían haberle… desagradado de verdad?

—Lo dudo mucho. Pero usted no está de acuerdo conmigo, Younger.

Era cierto: estaba en rotundo desacuerdo, pero había intentado que él no lo notara.

Freud continuó:

—Usted imagina al señor Banwell frotándose contra una víctima inocente que se resiste. Pero quizá fue esa chiquilla la que lo sedujo a él, un hombre atractivo, el mejor amigo de su padre. Esa conquista le habría agradado mucho a una chica de su edad; y seguramente habría despertado los celos de su padre.

—Ella lo rechazó —dije.

—¿Lo hizo? —preguntó Freud—. Después del beso, ella guardó el secreto, incluso después de recuperar la voz. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Cuadra más eso con el miedo a que el episodio se repita…, o con el deseo de que se repita?

Vi la lógica de Freud, pero, a mi juicio, la explicación inocente del comportamiento de la chica aún no se había refutado.

—Se negó a quedarse sola con él a partir de entonces —rebatí.

—Todo lo contrario —replicó Freud—. Dos años después, paseó con él a solas por la orilla del lago. Paraje romántico donde los haya.

—Pero volvió a rechazarle.

—Lo abofeteó —dijo Freud—. Eso no es necesariamente un rechazo. Una chica, lo mismo que un paciente psicoanalítico, necesita decir no antes de decir sí.

—Se lo contó a su padre para que hiciera algo.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente —dije, un poco demasiado deprisa. Luego reflexioné—. La verdad es que no lo sé. No se lo pregunté.

—Puede que estuviese esperando a que el señor Banwell lo intentase de nuevo, y, al ver que no lo hacía, se lo contó a su padre por despecho. —No dije nada, pero Freud vio que yo no estaba convencido del todo. Añadió—: Aquí, amigo mío, no debe olvidar que su postura no es totalmente desinteresada.

—No le entiendo, señor —dije.

—Sí, sí me entiende.

Pensé unos instantes.

—¿Quiere decir que yo *deseo* que a la señorita Acton se le antojaran indeseables las proposiciones del señor Banwell?

—Está defendiendo el honor de Nora.

Yo era consciente de que seguía llamándola «señorita Acton», mientras que Freud la llamaba por su nombre de pila. Y era también consciente de que me había ruborizado.

—Y lo hago porque estoy enamorado de ella —dije. Freud no dijo nada—. Debe usted hacerse cargo de su psicoanálisis, doctor Freud. O Brill. Tendría que haberse encargado Brill desde el principio.

—Tonterías. Es toda suya, Younger. Lo está haciendo muy bien. Pero lo que tiene que hacer es no tomarse tan en serio esos sentimientos. Son inevitables en el psicoanálisis. Son parte del tratamiento. Nora seguramente está sucumbiendo al influjo de la transferencia, lo mismo que usted está sucumbiendo a la contratransferencia. Usted debe tratar estos sentimientos como datos; debe hacer uso de ellos. Son ficticios. No son más reales que los sentimientos de un actor en escena. Un buen Hamlet sentirá encono contra su tío, pero jamás supondrá erróneamente que está de veras furioso contra el colega que interpreta ese papel. Sucede lo mismo con el psicoanálisis.

Por unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Y al final le pregunté:

—¿Ha tenido usted… sentimientos hacia alguna paciente, doctor Freud?

—Ha habido veces —respondió Freud— en las que he sucumbido ante tales sentimientos; y ello me sirvió para recordarme que no estaba más allá de los deseos. Sí, ha habido cosas de las que he escapado por los pelos. Pero no debe olvidar que yo llegué al psicoanálisis cuando ya era mucho más mayor que usted, lo cual me lo hizo todo más fácil. Además, yo estoy casado. Al conocimiento de que tales sentimientos son facticios, se sumaba en mi caso una obligación moral que no podía quebrantar.

Podrá parecer ridículo, pero en lo único que pensé una vez que Freud hubo terminado este parlamento fue en lo siguiente: ¿en qué medida *facticio* es sinónimo de *ficticio*?

Freud prosiguió:

—Bien. De momento la tarea más importante es descubrir el trauma preexistente que causó la reacción histérica de Nora en la azotea. Dígame una cosa: ¿por qué no le dijo Nora a la policía dónde estaban sus padres?

Yo me había preguntado lo mismo con anterioridad. La señorita Acton me había dicho que sus padres estaban en la casa de campo de George Banwell, pero por alguna razón aún no había mencionado tal hecho a la policía, que había estado enviando mensaje tras mensaje a la residencia de verano de los Acton, donde obviamente no había nadie. A mí, sin embargo, tal reticencia no me resultaba demasiado misteriosa. Siempre he envidiado a las personas capaces de recibir consuelo genuino de sus padres en momentos de crisis; debe de ser un consuelo sin igual. Pero nunca fue mi caso.

—Quizá —le respondí a Freud— no quería tener a sus padres cerca después de la agresión.

—Quizá —dijo él—. Yo le oculté a mi padre mis peores dudas sobre mí mismo durante toda su vida. Como usted. —Freud hizo esta última observación como si fuera un hecho notorio, pese a que yo no le había dicho nunca ni una palabra al respecto—. Pero siempre hay un ingrediente neurótico en tal ocultación. Empiece por ese punto con Nora mañana, Younger. Ése es mi consejo. Hay algo en esa casa de campo. Sin duda estará relacionado con el deseo inconsciente que siente por su padre. Me pregunto… —Dejó de caminar y cerró los ojos. Transcurrió un largo rato. Luego abrió los ojos, y dijo—: Ya lo tengo.

—¿Qué? —pregunté.

—Bueno, tengo una sospecha, Younger. Pero no voy a decirle cuál es. No quiero sembrar ideas en su cabeza…, o en la de ella. Averigüe si tiene recuerdos relacionados con esa casa de campo, recuerdos anteriores al episodio de la azotea. Recuerde que ha de ser opaco con ella. Ha de ser como un espejo: no mostrarle nada más que lo que ella le muestra a usted. Quizá vio algo que no debía ver. Quizá no quiere contárselo. Apriétele las tuercas.

A última hora de la tarde del martes, el Triunvirato estaba reunido en la biblioteca. Tenían mucho que discutir. Uno de los tres caballeros dio la vuelta con sus finas y largas manos a un informe que hacía poco había recibido y compartido con los otros. El informe incluía, entre otras cosas, una serie de cartas.

—Éstas —dijo— no las vamos a quemar.

—Os lo dije: son unos degenerados; todos ellos —dijo el caballero corpulento y rubicundo, con patillas de boca de hacha, que se sentaba a su lado—. Tenemos que acabar con ellos. Uno por uno.

—Oh, sí, lo haremos —dijo el primero—. Vamos a hacerlo. Pero antes vamos a utilizarlos.

Se hizo un breve silencio. El tercer miembro, el hombre casi calvo, habló al fin:

—¿Qué hay de las pruebas?

—No habrá más pruebas —replicó el primero— que las que queramos dejar.

El detective Jimmy Littlemore salió del metro en la calle Setenta y dos con Broadway, la estación más cercana al Balmoral. El señor Hugel podía jurar y perjurar que su hombre era Banwell, pero Littlemore no había renunciado a sus propias pistas.

La tarde anterior, cuando desapareció el chino, Littlemore no había sido capaz de averiguar nada de él. Los demás empleados de la lavandería lo conocían como Chong, pero era todo lo que sabían de su persona. Un auxiliar le había dicho que volviera durante el turno de día y preguntara por Mayhew, el contable.

Littlemore encontró a Mayhew anotando números en la oficina del fondo. El detective le preguntó por el chino que trabajaba en la lavandería.

—Ahora mismo estaba escribiendo su nombre —dijo Mayhew sin levantar la mirada.

—¿Porque no ha venido hoy a trabajar? —preguntó Littlemore.

—¿Cómo lo sabe?

—He acertado —dijo el detective. Mayhew tenía la información que buscaba.

El nombre completo del chino era Chong Sing. Su dirección, el 782 de la Octava Avenida, en el centro. Littlemore preguntó si el señor Chong había hecho entregas de ropa limpia en el Ala de Alabastro, y, más concretamente, a la señorita Riverford. A Mayhew pareció hacerle gracia lo que oía.

—No hablará en serio, ¿verdad? —dijo.

—¿Por qué?

—Ese hombre es chino.

—¿Y?

—Éste es un edificio de primera clase, detective. Normalmente ni siquiera empleamos chinos. A Chong no le estaba permitido salir del sótano. Ya tenía demasiada suerte por tener un empleo aquí.

—Apuesto a que estaba terriblemente agradecido —dijo Littlemore—. ¿Por qué le dio el empleo?

Mayhew se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. El señor Banwell nos pidió que le buscáramos un hueco, y eso es lo que hicimos. Está claro que no sabía muy bien la suerte que tenía.

La siguiente tarea de Littlemore era encontrar al cochero de alquiler que recogió al hombre de pelo negro el domingo por la noche. Los porteros le dijeron al detective que buscara en las caballerizas de Amsterdam Avenue, donde todos los cocheros enganchaban los caballos. Pero añadieron que no se molestase en ir hasta tarde. Los cocheros de noche no llegaban hasta las nueve y media o diez.

El tiempo libre de que disponía le vino de perlas. Le dio la oportunidad de echar otra ojeada al apartamento de la señorita Riverford, y luego de pasarse por la casa de Betty. La chica estaba de mucho mejor ánimo que la vez anterior. Después de acceder a ir con él a un cinematógrafo, Betty le presentó a su madre y dio un abrazo de despedida a cada uno de sus dos hermanos pequeños, que se habían quedado boquiabiertos cuando el detective les enseñó su pistola, y que disfrutaron de lo lindo jugando con la placa y las esposas. Betty, resultó, tenía un nuevo trabajo. Se había pasado mañanas y mañanas presentándose en los grandes hoteles, con la esperanza vana de conseguir un empleo de doncella con experiencia. Pero en una fábrica de camisas cercana a Washington Square tuvo una entrevista con el dueño, un tal señor Harris, que la empleó al instante. Empezaría al día siguiente.

El horario del nuevo trabajo de Betty no era tan bueno: de siete de la mañana a ocho de la noche. Y el salario, explicó, tampoco era para echar cohetes.

—Al menos me pagan por prenda hecha —dijo—. El señor Harris dice que algunas chicas se sacan dos dólares al día.

Hacia las nueve y media, Littlemore fue a las caballerizas de Amsterdam Avenue, cerca de la calle Cien. En el curso de las dos horas siguientes pasaron por allí como una docena de cocheros para dejar o coger los caballos. Littlemore habló con todos y cada uno de ellos, pero su pesquisa no dio en el blanco. Cuando todas las cuadras estuvieron vacías, el mozo le dijo que esperase a un cochero que solía llegar a última hora. En efecto, poco después de las doce apareció un coche tirado por un viejo jamelgo. Entró a paso lento, conducido por un cochero decrépito. Al principio el anciano no quería responder al detective, pero cuando Littlemore empezó a lanzar un cuarto de dólar al aire pareció recobrar el habla. Sí, había recogido a un hombre de pelo negro dos noches atrás. ¿Recordaba adónde lo llevó? Sí, lo recordaba: al Hotel Manhattan.

Littlemore se quedó sin habla, pero al viejo cochero aún le quedaba algo por contar.

—¿Y sabe lo que hace cuando llegamos? Se monta en otro coche, en uno de esos aparatos nuevos de gasolina, rojo y verde, allí mismo, delante de mis narices. Quitarme el dinero del bolsillo para meterlo en el de otro, así lo llamo yo a eso…

Freud cortó en seco nuestra conversación, y declaró con brusquedad que tenía que volver al hotel inmediatamente. Entendí lo que estaba pasando, y, por fortuna, encontramos enseguida un coche de alquiler.

En cuanto pusimos el pie en el hotel, Jung empezó a acosarnos. Debía de haber esperado a Freud con impaciencia, porque se plantó ante él con inexplicable ardor, impidiéndonos el paso e insistiendo en hablar con él de inmediato. El momento era el menos propicio que uno pudiera imaginar. Freud acababa de informarme, con visible embarazo de lo urgente que era su necesidad.

—Santo cielo, Jung —dijo Freud—. Déjeme pasar. Tengo que ir a mi habitación.

—¿Por qué? ¿Vuelve a tener ese problema otra vez?

—Baje la voz —dijo Freud—. Sí. Ahora déjeme pasar. Tengo mucha urgencia.

—Lo sabía. Ah, su enuresis… —dijo Jung, empleando el término médico para la incontinencia urinaria—. Es psicogénico.

—Jung, es… —empezó Freud.

—Es una neurosis. ¡Puedo ayudarle!

—Es… —Freud volvió a interrumpirse a media frase. Su voz cambió por completo. Habló sin inflexiones, en voz muy baja, mirando directamente a Jung—. Demasiado tarde.

Se hizo un silencio sobremanera violento. Freud siguió hablando:

—No mire hacia abajo, ninguno de los dos. Jung, dese la vuelta y camine justo delante de mí. Younger, usted a mi izquierda. No, a mi *izquierda*. Vayan directamente hacia el ascensor. ¡Ya!

De esta guisa, iniciamos una envarada procesión hacia los ascensores. Uno de los empleados se quedó mirándonos fijamente; resultaba irritante, pero no parecía sospechar nada. Para mi sorpresa, Jung no dejó de hablar.

—Su sueño del conde Thun… es la clave de todo. ¿Me dejará que lo analice?

—No me encuentro en situación de negarme —respondió Freud.

El sueño del conde Thun, un antiguo primer ministro austriaco, era conocido para cualquiera que hubiera leído sus trabajos. Al llegar al ascensor, traté de marcharme. Jung me detuvo, lo cual me sorprendió. Dijo que me necesitaba. Dejamos que se fuera un ascensor. Para el siguiente sólo estábamos nosotros. Una vez dentro, Jung prosiguió:

—El conde Thun representaba a mi persona. Thun era Jung. No podía estar más claro. Los dos nombres tienen cuatro letras. Los dos comparten *un*, cuyo significado es obvio.[9] Su familia era originaria de Alemania, pero se vio obligada a emigrar; lo mismo que la mía. Él es de más alta cuna que usted; yo también. Él es la imagen de la arrogancia; a mí me tachan de arrogante. En su sueño, doctor Freud, él es su enemigo pero también miembro de su círculo íntimo; es alguien a quien usted dirige, pero alguien que lo amenaza…, y alguien ario. Decididamente ario. La conclusión es inevitable: estaba soñando *conmigo*,pero tenía que distorsionarlo, porque no quería reconocer que me considera una amenaza.

—Carl —dijo Freud despacio—. Soñé con el conde Thun en 1898. Hace más de una década. Usted y yo no nos conocimos hasta 1907.

Las puertas se abrieron. El pasillo estaba vacío. Freud salió a paso ligero; le seguimos de cerca. No tenía ni idea de lo que podría estar pensando Jung, o cuál sería su respuesta. Y fue la siguiente:

—¡Ya lo sabía! Pero soñamos no sólo lo que ha pasado sino también lo que va a

pasar. ¡Vamos, Younger —exclamó, con los ojos anormalmente brillantes—, confirme lo que digo!

—¿Yo?

— Sí, por supuesto, usted. Usted estaba allí. Usted lo vio todo. —De pronto, Jung pareció cambiar de idea y volvió a dirigirse a Freud—. No se preocupe. Su enuresis significa ambición. Es un modo de atraer la atención hacia Usted como acaba de hacer ahora mismo, en el vestíbulo. Aparece cuando siente que tiene un enemigo, una circunstancia adversa, un *un* que ha de vencer. Yo no soy ese *un*. De ahí que su problema haya vuelto a aparecer.

Llegamos a la habitación de Freud. Éste se buscó la llave en el bolsillo, tarea incómoda donde las haya en aquel trance. Y la llave se le cayó al suelo. Nadie se movió. Al final Freud se agachó para recogerla. Cuando se enderezó de nuevo, le dijo a Jung:

—Dudo mucho que yo posea el don de José de la profecía, pero puedo decirle lo siguiente: usted es mi heredero. Heredará el psicoanálisis cuando yo muera, y se convertirá en su líder antes incluso de eso. Procuraré que así sea. *Estoy* procurando que así sea. Todo esto se lo he dicho ya antes. Y se lo he dicho a los demás. Y ahora vuelvo a decirlo. No hay nadie más, Carl. No tenga dudas al respecto.

—¡Entonces cuénteme el resto del sueño del conde Thun! —dijo Jung casi con un grito—. Siempre ha dicho que hay una parte de ese sueño que no quiere revelar. Soy su heredero, así que cuéntemelo. Confirmará mi análisis. Estoy seguro de ello. ¿Cómo es eso que falta?

Freud sacudió la cabeza. Creo que estaba sonriendo, arrepentimiento, quizá.

—Amigo mío —le dijo a Jung—, hay ciertas cosas que ni siquiera yo puedo revelar. No volvería a tener ninguna autoridad. Ahora déjenme, los dos. Me reuniré con ustedes en el comedor, dentro de media hora.

Jung se volvió sin decir ni una palabra y se alejó por el pasillo.

El puente de Manhattan, casi terminado en el verano de 1909, era el último de los tres grandes puentes suspendidos sobre el East River que unían la isla de Manhattan con lo que hasta 1898 había sido la ciudad de Brooklyn. Estos puentes —los de Brooklyn, Williamsburg y Manhattan—, cuando acabaron de construirse, fueron los puentes más largos de un solo tramo del mundo, y el *Scientific American* los proclamó la mayor hazaña de la ingeniería jamás vista por el hombre. Junto con la invención del cable de acero trenzado, los hizo posible una innovación tecnológica particularmente ingeniosa: el cajón neumático.

El problema que solucionó este cajón fue el siguiente: el ingente peso que habrían de soportar las torres de estos puentes necesarias para sustentar los cables de suspensión, exigía que éstas tuvieran unos cimientos asentados subacuáticos,

construidos a más de treinta metros de profundidad. Estos cimientos no podían asentarse directamente sobre el lecho blando del río: había de horadarse capa tras capa de cieno, pizarra, piedras lisas, a veces volarlas con dinamita, hasta dar con un lecho firme de roca. Tal excavación subacuática se consideraba en todo el mundo algo imposible hasta que entró en escena la innovadora idea del cajón neumático.

El cajón neumático era en esencia un enorme cajón de madera. El cajón del Puente de Manhattan, en el lado de la ciudad de Nueva York, tenía una superficie de mil seiscientos metros cuadrados. Sus paredes estaban hechas de innúmeras tablas de pino amarillo, adosadas unas a otras hasta alcanzar un grosor de casi siete metros, y calafateadas con un millón de barriles de estopa, brea caliente y barniz. El metro de la base del cajón se hallaba reforzado, por dentro y por fuera, con lata gruesa. El cajón, todo él, pesaba más de veintisiete millones de kilogramos.

El cajón neumático tenía techo, pero no suelo de fabricación humana. Su suelo era el mismo lecho de roca del río. Se trataba, en suma, de la campana de inmersión más grande jamás fabricada por el hombre.

En 1907 se sumergió en el lecho del río. El agua llenó enseguida sus compartimentos internos. En tierra, se pusieron en funcionamiento enormes motores de vapor que, trabajando día y noche, bombeaban aire al interior de la gran caja a través de tuberías de hierro. El aire así insuflado, al alcanzar una enorme presión, iba expulsando el agua a través de orificios practicados en las paredes de la gran caja. El hueco de un elevador-montacargas comunicaba el cajón con el muelle. Los operarios tomaban este elevador para bajar al fondo del cajón neumático, donde podían respirar el aire bombeado. Allí tenían acceso directo al lecho del río, y por tanto podían realizar los trabajos de construcción subacuáticos que hasta entonces se consideraban irrealizables: martillar la roca, extraer el cieno, dinamitar las grandes piedras, echar el hormigón. Los desechos se expulsaban a través de unos compartimentos ingeniosamente concebidos llamados ventanas, si bien no podía verse a través de ellos.

Un peligro invisible acechaba, sin embargo, a todos aquellos que descendían al cajón. Los hombres que salieron a la superficie después de una jornada de trabajo en el primer cajón neumático —el empleado en el puente de Brooklyn— empezaron a sentir de inmediato una extraña ligereza de cabeza. A esto pronto le siguió una rigidez de las articulaciones, y luego una parálisis de codos y rodillas, y luego un dolor insoportable en todo el cuerpo. Los médicos, a esta misteriosa dolencia, la llamaron «enfermedad del cajón neumático». Los operarios, por su parte, la bautizaron como «el mal del buzo», en referencia a la postura contraída que adoptaba involuntariamente quien la padecía. Miles de trabajadores vieron arruinada su salud por esta causa, centenares sufrieron parálisis, y muchos murieron antes de que se descubriera que lentificando la ascensión a la superficie —obligando a los operarios a

pasar un tiempo en alturas intermedias del hueco del elevador— se prevenía el mal de los buzos que les estaba minando.

En 1909 la ciencia de la descompresión había avanzado de forma impresionante. Se confeccionaron tablas que prescribían el tiempo necesario para que en un hombre pudiera darse la descompresión, y ello dependía del tiempo que había pasado abajo en el cajón. Según tales tablas, el hombre que se preparaba para descender al cajón instantes antes de la medianoche del 31 de agosto de 1909 sabía que podía pasar quince minutos allí abajo antes de precisar luego un tiempo de descompresión. No tenía miedo al descenso a las profundidades. Lo había hecho muchas veces. Aquella vez, sin embargo, sería diferente en un aspecto concreto. Iba a estar solo.

Había conducido su automóvil casi hasta la misma orilla del río, zigzagueando entre maquinaria, cachivaches viejos, tinglados ladeados de chapa ondulada, bobinas de cable de acero de quince metros y montones de piedras rotas. El solar estaba vacío. Las primeras cuadrillas no llegarían hasta tres horas después. A la luz de la luna, la torre del puente, prácticamente terminada, arrojaba una sombra sobre el automóvil que lo hacía casi invisible desde la calle. Los motores de vapor seguían rugiendo, bombeando aire en el cajón anclado a unos treinta y cinco metros de profundidad y haciendo inaudible cualquier otro ruido cercano.

Del asiento trasero del coche el hombre sacó un gran baúl negro, que llevó primero hasta el muelle y luego hasta la boca del hueco del elevador del cajón. Un hombre cualquiera no hubiera sido capaz de realizar tal tarea, pero aquel hombre era fuerte, alto y atlético. Sabía cómo auparse un baúl a la espalda. Pero la estampa era por completo incongruente, puesto que el hombre iba de frac.

Abrió con una llave el elevador y entró en él, arrastrando el baúl con él. Dos chorros de una llama azul iluminaban el interior. A medida que el elevador descendía, el fragor de los motores de vapor se fue haciendo más distante. La oscuridad refrescaba por momentos. Había un fuerte y húmedo olor a tierra y a sal. El hombre sintió la presión en el oído interno. Salvó sin dificultad la cámara estanca, abrió la trampilla del cajón, dejó caer el baúl por una rampa —al hacerlo resonó con monstruoso estruendo y puso el pie en el entablado de abajo.

La iluminación del cajón también era de lámparas de gas de llama azul. Quemaban oxígeno puro, y proporcionaban luz suficiente para trabajar, sin emitir olor ni humo. En su vacilante fulgor, fluctuaban sombras felinas sobre suelo y vigas. El hombre miró su reloj, y fue directamente hacia uno de los compartimentos llamados «ventanas», abrió la trampilla interna y, con un gruñido, empujó el baúl hasta introducirlo en él. Volvió a cerrar la ventana, y tiró de dos cadenas que colgaban del techo. La primera abrió la trampilla externa de la ventana, y la segunda hizo que el compartimento de la ventana girara sobre sí mismo y arrojara su contenido —el pesado baúl negro— al río. Con una serie de cadenas diferentes cerró la trampilla

externa y activó una bomba de aire que expulsó del compartimento el agua del río, y dejó la ventana preparada para el siguiente usuario.

Todo listo. Miró el reloj: desde que había entrado en el cajón habían pasado cinco minutos. Entonces oyó el crujido de una tabla de madera.

Entre los muchos ruidos que uno puede oír dentro de casa, en plena noche, algunos son reconocibles al instante. Está, por ejemplo, el inconfundible correteo de un pequeño animal. O el fuerte golpe de una puerta al cerrarse por el viento. O el sonido de un humano adulto desplazando su peso o dando un paso en un suelo de madera. Y éste era el ruido que el hombre oyó en aquel momento.

Se dio la vuelta y gritó:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, señor —respondió una voz, falsamente distante en el aire comprimido.

—¿Quién es «yo»? —dijo el hombre del frac.

—Malley, señor.

De entre las sombras de unas vigas cruzadas salió un hombre pelirrojo, bajo, de barba descuidada y llena de lodo, sonriendo.

—¿Seamus Malley?

—El mismo y único —respondió Malley—. No irá a despedirme, ¿eh, señor?

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —replicó el hombre alto—. ¿Quién más está con usted?

—Nadie. Es que me tienen trabajando doce horas el martes, señor, y luego el turno de mañana el miércoles.

—¿Y se pasa la noche aquí?

—¿Y para qué voy a subir, me pregunto, si cuando estoy ya arriba no me queda tiempo más que para volver a bajar al tajo?

Malley era uno de los operarios más populares de todas las cuadrillas, conocido por su bonita voz de tenor, que gustaba ejercitar en las cámaras resonantes del cajón, y por su al parecer inagotable capacidad de consumir bebidas alcohólicas de toda clase. Este último talento le había causado problemas en casa dos días atrás, ya que, al ser domingo, Malley no debería haber ingerido ni una sola gota. Su mujer, muy enfadada, le había dicho que no se le ocurriera aparecer por casa hasta el domingo siguiente, y absolutamente sobrio. Tal había sido la orden que había llevado a Malley a hacerse la cama en el cajón.

—Así que me dije a mí mismo: Malley, pasa la noche aquí abajo, y aquí no ha pasado nada.

—Y me has estado espiando todo el tiempo, ¿no es cierto, Seamus? —preguntó el hombre del frac.

—Nada de eso, señor. He estado durmiendo todo el tiempo —dijo Malley, que tiritaba como quien acaba de dormir en un sitio frío y húmedo.

El hombre del frac dudó mucho que fuera cierto lo que el operario le estaba diciendo, aunque era verdad. Pero, verdad o mentira, daba igual, porque en cualquier caso le había visto.

—No seré yo, Seamus —dijo—, quien le despida por algo semejante. ¿No sabe que mi madre, a quien Dios tenga en su gloria, era irlandesa?

—No lo sabía, señor.

—¿No me trajo de la mano hace treinta años a ver cómo desembarcaba Parnell [10] ahí arriba, prácticamente encima de nuestras cabezas?

—Es usted un hombre con suerte, señor —respondió Malley.

—Le diré lo que necesita, Seamus: tres cuartos de buen whisky irlandés que le haga compañía aquí abajo. Y da la casualidad de que tengo una botella en el coche. ¿Por qué no viene conmigo y la coge, siempre, claro, que antes me deje tomar un trago con usted? Luego vuelve y se pone cómodo.

—Es usted demasiado bueno, señor. Demasiado bueno —dijo Malley.

—Oh, déjese de parloteos y venga conmigo. —Precedió a Malley por la rampa, hasta el elevador, y una vez dentro tiró de la palanca para iniciar el ascenso—. Tendré que cobrarle por la botella, ¿sabe? Es justo.

—Bueno, pagaré lo que sea por ella —replicó Malley—. Señor, vamos a pasarnos de largo el primer tramo. Tiene que parar.

—Nada de eso, Seamus —dijo el hombre del frac—. Va a bajar usted en menos de cinco minutos. Cuando se va a bajar tan pronto no hay necesidad de hacer esas paradas.

—¿Seguro, señor?

—Seguro. Viene en las tablas. —El hombre del frac sacó del bolsillo del chaleco una copia de las tablas de descompresión, y lo agitó ante los ojos de Malley. Y lo que decía era cierto: un hombre que estaba en el cajón podía subir y bajar rápidamente sin peligro alguno, siempre que no pasara más de unos minutos en la superficie—. Bien: ¿listo para contener la respiración?

—¿La respiración? —preguntó Malley.

El hombre del traje de etiqueta bajó el freno del elevador, y la cabina se paró con un sacudida.

—¿Qué está pensando? —exclamó—. Estamos subiendo directamente, ya le he dicho. Tiene que contener la respiración desde aquí hasta el exterior. ¿$e quiere morir del mal del buzo? —Estaban a un tercio de la longitud del hueco entre el cajón y la superficie, a unos veinte metros de profundidad— ¿Cuánto tiempo lleva abajo, quince horas?

—Casi veinte, señor.

—Veinte horas, Seamus… Se quedaría paralizado; y eso si seguía vivo. Le diré cómo se hace. Usted coge aire en los pulmones, como yo, y no lo suelta pase lo que

pase. No lo suelte, repito. Sentirá un poco de presión, pero no lo suelte, pase lo que pase. ¿Preparado?

Malley asintió con la cabeza. Los dos hombres aspiraron profundamente y contuvieron la respiración. Luego el hombre del frac puso de nuevo en marcha el elevador. A medida que ascendían, Malley iba sintiendo más y más opresión en el pecho. El hombre del frac no sentía presión alguna, porque no contenía la respiración sino que fingía hacerla. Lo que en realidad hacía era ir expulsando el aire poco a poco, imperceptiblemente, mientras subían. El estruendo de los motores de vapor ahogaba el tenue sonido del aire que iba dejando escapar de sus pulmones.

A Malley empezó a dolerle el pecho. Para mostrar su malestar, y su dificultad de seguir manteniendo el aire en los pulmones, se señaló el pecho y la boca con un gesto. El hombre del traje de etiqueta sacudió la cabeza y movió en el aire el dedo índice, para indicar lo importante que era que Malley no espirara en absoluto. Le hizo una seña para que se acercara, y cuando lo tuvo a su lado le tapó boca y nariz con su mano grande. Alzó la cejas para dar a entender que le preguntaba si se sentía mejor de aquel modo. Malley asintió con la cabeza, entre muecas. Su cara se puso más roja, los ojos empezaron a salírsele de las órbitas, y en el momento en que el elevador llegaba a la superficie tosió involuntariamente en la mano del hombre del frac. Y la mano se tiñó de sangre.

El pulmón humano es asombrosamente poco elástico. No puede estirarse. A veinte metros bajo el nivel del suelo, profundidad a la que Malley aspiró por última vez el aire y lo retuvo en los pulmones, la presión ambiental es de aproximadamente tres atmósferas, lo que significa que aspiró el triple de la cantidad normal de aire. Al ascender el elevador, el aire se expandió, y sus pulmones se hincharon muy por encima de su capacidad, como globos inflados en exceso. Los alvéolos de los pulmones de Malley —minúsculos sacos que contienen el aire— pronto empezaron a reventar uno tras otro, en cadena. El aire liberado invadió la cavidad de la pleura —el espacio entre el pecho y los pulmones—, ocasionando lo que se denomina un neumotórax, que inutilizó por completo uno de sus pulmones.

—Seamus, Seamus, ¿no ha echado el aire, verdad? Habían llegado a la superficie, pero el hombre del frac no hizo ademán de abrir la puerta del elevador.

—No, le juro que no —dijo con voz ahogada—. Madre del Señor, ¿qué me está pasando?

—Que ha perdido un pulmón, nada más que eso —replicó el hombre alto—. Eso no le matará.

—Necesito… —Malley cayó de rodillas— echarme…

—¿Echarse? No, no… Tenemos que mantenerlo en pie, ¿me oye? —El hombre alto agarró a Malley por debajo de los hombros y lo levantó hasta dejarlo en pie, apoyado contra la pared del elevador—. Así está mejor.

Como la mayoría de los gases atrapados en un líquido, las burbujas de aire de la sangre de una persona tienden a ascender todo lo posible, de forma que el hecho de mantener a Malley de pie y erguido hacía que las burbujas que aún quedaban en sus pulmones se abrieran paso a través de sus capilares pleurales reventados, y siguieran su camino hacia el corazón, y de allí a las arterias coronarias y carótidas.

—Gracias —susurró Malley—. ¿Voy a ponerme bien?

—Lo sabremos enseguida —dijo el hombre del frac.

Malley se agarró la cabeza, que le empezaba a dar vueltas. Las venas de las mejillas se le ponían azules.

—¿Qué me está pasando? —preguntó Malley.

—Bueno, yo diría que tiene un ataque de apoplejía, Seamus.

—¿Voy a morir?

—Seré sincero, Seamus: si lo bajara ahora mismo al cajón, rápidamente, quizá podría salvarle. —Era cierto. La recompresión era el único medio de salvar a aquel hombre, que moría por efecto de la descompresión—. Pero ¿sabe qué? —El hombre del frac hizo una despaciosa pausa para limpiarse la sangre de la mano con un pañuelo limpio, y prosiguió—: Mi madre no era irlandesa.

La boca de Malley se abrió para hablar. Y sus ojos miraron al hombre que lo había matado. Luego su cabeza cayó hacia atrás, la mirada se vidrió, y Seamus Malley ya no se movió más. El hombre del frac abrió tranquilamente la puerta del elevador. No había nadie en el muelle. Se dirigió a su automóvil, cogió una botella de whisky del asiento trasero, volvió al elevador y puso la botella al lado del cuerpo caído. El cadáver del desventurado Malley sería descubierto unas horas después, y llorado como una víctima más del cajón y del mal del buzo. Era un buen hombre, coincidirían sus amigos, pero un auténtico necio por haber pasado noches enteras allá abajo, un lugar no apto para los hombres ni las bestias. ¿Por qué, se preguntaban algunos, había intentado salir a la superficie en mitad de la noche? ¿Y cómo había olvidado detenerse en las paradas de descompresión intermedias? Estaría aterrorizado, además de borracho. En el muelle, nadie repararía en la arcilla roja de las huellas dejadas por el asesino. Todos los hombres del cajón dejaban el mismo rastro de pisadas, Y las de los elegantes zapatos del hombre del frac pronto fueron borradas por los millares de pesadas botas de los trabajadores que diariamente recorrían el muelle.

Tercera parte

XI

El miércoles me desperté a las seis de la mañana. No había soñado con Nora Acton, que yo supiera, al menos; pero, en cuanto abrí los ojos en la caja blanca con boiserie de mi habitación del hotel, me puse a pensar en ella. ¿Podía el deseo sexual por la persona de su padre estar detrás de los síntomas de la señorita Acton? Ésa era, lisa y llanamente, la idea de Freud. Yo no quería creer que estuviera en lo cierto; el pensamiento me resultaba repulsivo.

Nunca me gustó Edipo. No me gustaba la obra; no me gustaba el hombre; no me gustaba la teoría epónima de Freud. Era la parte del psicoanálisis que nunca acepté. Que tenemos una vida mental subconsciente; que reprimimos constantemente nuestros deseos sexuales prohibidos y las agresividades que suscitan; que estos deseos reprimidos se manifiestan en nuestros sueños, nuestros *lapsus linguae*,en nuestras neurosis… En todo esto sí creía. Pero que los hombres quieren sexo con su madre, y las chicas con su padre…, eso me negaba a aceptarlo. Freud diría, por supuesto, que mi escepticismo era una «resistencia». Diría que me negaba a que la de Edipo fuera una teoría acertada. Y no había duda de que tenía razón. Pero la resistencia, fuera lo que fuere, sin duda no probaba lo acertado de la teoría que no se acepta.

Y ésa era la razón por la que yo seguía acudiendo a *Hamlet* y a la solución irresistible aunque exasperante que Freud proponía de su enigma. En dos frases, Freud había demolido la idea largamente aceptada de que Hamlet era, como lo había considerado Goethe, el bisabuelo de Jung, el esteta demasiado intelectual, constitucionalmente incapaz de una acción resuelta. Como señala Freud, Hamlet realiza acciones decididas repetidas veces. Mata a Polonia. Planea y ejecuta su obra-dentro-de-la-obra, engañando a Claudio para que revele su culpa. Envía a la muerte a Rosencrantz y Guildenstern. Al parecer sólo hay una cosa que es incapaz de hacer: vengarse del villano que mató a su padre y se llevó al lecho a su madre.

Y la razón, la verdadera razón, nos dice Freud, es muy sencilla: Hamlet ve en los actos de su tío sus propios deseos secretos, sus deseos edípicos.

Claudio no ha hecho más que llevar a la práctica lo que Hamlet habría querido hacer. «Así el odio que debía llevarle a la venganza», escribe Freud, «es suplantado en él por autorreproches, por escrúpulos de conciencia». Que Hamlet padece su propio reproche es innegable. Una y otra vez se castiga, excesiva, casi irracionalmente. Incluso piensa en el suicidio. O al menos es como se ha interpretado siempre el monólogo *Ser o no ser*. Hamlet se pregunta si se da muerte a sí mismo. ¿Por qué? ¿Por qué Hamlet se siente culpable y tiene ideas suicidas cuando piensa en vengar a su padre? Nadie en trescientos años había logrado explicar el soliloquio más célebre de toda la dramaturgia. Hasta Freud.

Según Freud, Hamlet sabe —inconscientemente— que también él quería matar a su padre, y que también él quería reemplazar a su padre en el lecho de su madre. Que era lo que Claudio había hecho. Claudio es, por tanto, la encarnación de los deseos secretos de Hamlet. Es el espejo de Hamlet. Los pensamientos de Hamlet van directamente de la venganza a la culpa y el suicidio porque se ve a sí mismo en su tío. Matar a Claudio será a un tiempo una recreación de sus deseos edípicos y una suerte de autoinmolación. Por eso se siente paralizado Hamlet. Por eso no puede decidirse a actuar. Es un histérico; padece la insufrible culpa de unos deseos edípicos que no ha logrado reprimir del todo.

Y sin embargo, razonaba yo, tenía que existir otra explicación. *Ser o no ser* tenía que encerrar otro sentido. Imaginaba que si fuera capaz de resolver ese soliloquio podría vindicar mi objeción a la totalidad de la teoría de Edipo. Pero nunca he logrado hacerlo.

En el desayuno encontré a Brill y a Ferenczi en la misma mesa que habían ocupado el día anterior. Brill atacaba valientemente un bistec con huevos. Ferenczi no estaba tan en forma: insistió en que no iba a probar bocado en todo el día. Ambos parecían un poco forzados en su conversación conmigo; creo que interrumpí una charla privada.

—Los camareros —decía Ferenczi— son todos negros. ¿Es eso normal en los Estados Unidos?

—Sólo en los mejores establecimientos —respondió Brill—. Los neoyorquinos se opusieron a la emancipación, no lo olvide, hasta que se dieron cuenta de lo que significaba: podrían tener a los negros como criados, y además les costarían menos.

—Nueva York no se opuso a la emancipación de los negros —intervine yo.

—¿Una revuelta no es oposición? —preguntó Brill.

Ferenczi dijo:

—No le haga caso, Younger. De veras.

—Sí, no me haga caso —respondió Brill—. Nadie me lo hace. Debemos, por el contrario, hacer caso a Jung, porque es más importante que el resto de nosotros juntos.

Vi que Jung había sido el tema de conversación antes de mi llegada. Pregunté si podían aclararme un poco la naturaleza de la relación de Jung con Freud. Y lo hicieron.

Recientemente, en el curso de los dos últimos años, Freud había atraído a un nuevo grupo de seguidores suizos. Y el más prominente entre ellos era Jung. El grupo de Zurich estaba molesto con los discípulos originales de Viena de Freud, cuyos celos se habían intensificado cuando éste nombró a Jung redactor jefe del *Anuario psicoanalítico*, la primera publicación periódica del mundo dedicada por entero a la nueva psicología. Desde tal puesto, Jung tenía un gran poder decisorio en relación

con los méritos de los trabajos de los demás. Los vieneses objetaban que Jung no había profesado genuinamente la «etiología sexual» de ciertos trastornos: el descubrimiento cardinal de Freud de que los deseos sexuales reprimidos se hallan detrás de la histeria y de otras enfermedades mentales. Creían que el nombramiento de Jung como redactor jefe mostraba un claro favoritismo de Freud. En esto, me dijo Brill, los vieneses tenían más razón de lo que sospechaban. Freud no sólo favorecía a Jung sino que lo había designado ya «príncipe heredero»: el hombre que, después de él, tomaría las riendas del movimiento.

No mencioné que yo mismo había oído a Freud decirle eso a Jung la noche anterior, y no lo hice sobre todo porque tendría que haber contado el «percance» de Freud. En lugar de ello, observé que Jung parecía sobremanera sensible a la opinión que Freud pudiera tener de él.

—Oh, todos los somos —respondió Ferenczi—. Pero no hay duda de que Freud y Jung tienen una relación muy paterno-filial. Yo mismo pude verlo en el barco. Y de ahí que Jung sea enormemente sensible a cualquier admonición que venga de Freud. Lo enfurece. Sobre, todo cuando, se trata de la transferencia. Jung tiene…, ¿cómo lo llamaría?, una filosofía diferente en lo relativo a la transferencia.

—¿Sí? ¿Y la ha publicado? —pregunté.

Ferenczi intercambió una mirada con Brill.

—No exactamente. Hablo de cómo enfoca su trato con los pacientes. Con sus pacientes… femeninas. Usted me entiende.

Empezaba a entender.

Brill suspiró.

—Se acuesta con ellas. Lo sabe todo el mundo.

—Yo nunca lo he hecho —dijo Ferenczi—. Pero aún no he tenido que enfrentarme a muchas tentaciones. Así que, lamentablemente, felicitarme por ello sería prematuro.

—¿Lo sabe el doctor Freud?

Quien suspiró esta vez fue Ferenczi.

—Una paciente de Jung escribió a Freud, tremendamente disgustada, contándoselo todo. Freud me enseñó cartas en el barco. Incluso hay una carta de Jung a la madre de la chica… Una carta muy curiosa. Freud me consultó pidiéndome consejo. —Ferenczi estaba claramente orgulloso de ello— Le dije que no debía tomar la carta como una prueba concluyente. Yo, por supuesto, estaba ya al corriente de todo el asunto. Todo el mundo lo estaba. Era una chica preciosa…, judía, estudiante. Dicen que Jung no la trató bien.

—Oh, no —dijo Brill, mirando hacia la entrada de la sala del desayuno. Freud no venía solo; lo acompañaba un hombre a quien yo había conocido en New Haven, en el congreso psicoanalítico de unos meses atrás. Era Ernest Jones, uno de sus

seguidores británicos.

Jones había viajado a Nueva York para unirse al grupo durante aquella semana. Vendría, pues, con nosotros a Clark el sábado. De unos cuarenta años, Jones era igual de bajo que Brill, aunque un poco más robusto. De cara extremadamente blanca, pelo oscuro y muy brillante, apenas tenía barbilla y su sonrisa de labios finos más parecía de autocomplacencia que de afabilidad. Tenía la costumbre peculiar de mirar hacia otra parte mientras hablaba con una persona. Freud, que bromeaba con él mientras se acercaba a nuestra mesa, estaba encantado de verle. Ni Ferenczi ni Brill parecían compartir tal deleite.

—Sándor Ferenczi —dijo Jones—. Qué sorpresa, viejo amigo. Pero ustedes no estaban invitados, ¿me equivoco? Por Hall, me refiero. Para dar una conferencia en Clark…

—No —respondió Ferenczi—. Pero…

—Y Abraham Brill —prosiguió Jones, paseando la mirada por la sala como en busca de otras personas conocidas—. ¿Cómo le va? ¿Sigue con sus tres pacientes?

—Cuatro —dijo Brill.

—Bien, considérese un hombre afortunado —replicó Jones—. A mí en Toronto los pacientes me desbordan la sala de espera y no tengo ni un minuto para ponerme a escribir. No, todo lo que tengo en cartera es el artículo para *Neurology*, un pequeño trabajo para *lnsanity* y la conferencia que di en New Haven y que ahora Prince quiere publicar. Y ¿qué me dice de usted, Brill? ¿Tiene algo en mente?

Los comentarios de Jones habían hecho que el ambiente se alejara mucho de la cordialidad. Brill adoptó una expresión de desencanto fingido.

—Sólo el libro de Freud sobre la histeria, me temo —dijo.

En los labios de Jones hubo un amago de movimiento, pero no salió ninguna palabra de ellos.

—Sí, sólo mi traducción de Freud —siguió Brill—. Mi alemán estaba mucho más oxidado de lo que imaginaba, pero he logrado llevarlo a cabo.

El semblante de Jones se llenó de alivio.

—Freud no necesita traductor al alemán, so imbécil —dijo, riendo con ruido—. Freud escribe en alemán. Necesita un traductor al *inglés*.

— *Yo soy* su traductor al inglés —dijo Brill.

Jones pareció quedarse estupefacto. Le dijo a Freud:

—¿No…, no estará…, está usted dejando que Brillle traduzca al inglés? —Y, dirigiéndose a Brill—. Pero ¿está su inglés a la altura de la empresa, viejo amigo? Usted es un emigrante, después de todo.

—Ernest —dijo Freud—, está exteriorizando sus celos.

—¿Yo celoso de Brill? —replicó Jones—. ¿Cómo voy a estar yo celoso de Brill?

En ese momento, un botones con una bandeja de plata en la mano pronunció en

voz alta el nombre de Brill. En la bandeja había un sobre. Brill, dándose aires, obsequió al botones con diez centavos de propina.

—Siempre he deseado recibir un telegrama en un hotel —dijo con voz alegre—. Ayer por poco me envío uno a mí mismo, sólo para comprobar qué se siente.

Pero cuando Brill abrió el sobre y sacó el mensaje, se le demudó el semblante. Ferenczi se lo cogió de la mano y nos lo mostró a todos nosotros. El telegrama decía:

ENTONCES EL SEÑOR HIZO LLOVER AZUFRE Y FUEGO SOBRE SODOMA Y GOMORRA STOPY HE AQUÍ QUE EL HUMO SUBÍA DE LA TIERRA COMO EL HUMO DE UN HORNO STOP PERO A SU ESPALDA SU MUJER MIRÓ HACIA ATRÁS Y SE CONVIRTIÓ EN UNA ESTATUA DE SAL STOP DETÉNGASE ANTES DE QUE SEA. DEMASIADO TARDE.

— ¡Otra vez! —susurró Brill.

—Me parece a mí —terció Jones— que no hay razón para que se le cambie la cara como si hubiera visto un fantasma. Está claro que es obra de algún fanático religioso. Norteamérica está llena de ellos.

—¿Y cómo sabían que estaba aquí? —respondió Brill, en absoluto tranquilo.

El alcalde George McClellan vivía en el Row, en una de las señoriales casas de estilo Nueva Grecia que flanqueaban el lado norte de Washington Square, justo a un lado de la Quinta Avenida. Al salir de su casa el miércoles por la mañana, temprano, McClellan se sobresaltó al ver al *coroner* Hugel acercándose apresuradamente hacia él, desde el parque del otro lado de la calle. Los dos caballeros se encontraron entre las columnas de la entrada principal de la casa del alcalde.

—Hugel —dijo McClellan—. ¿Qué está usted haciendo aquí? Santo Dios, señor mío, tiene usted aspecto de no haber dormido en varios días.

—Tenía que asegurarme de que daba con usted —exclamó el *coroner*, sin resuello —. Lo hizo Banwell.

—¿Qué?

—George Banwell mató a la joven Riverford —dijo Hugel.

—No sea ridículo —le contestó el alcalde—. Conozco a Banwell desde hace veinte años.

—Desde que entré en el apartamento de la joven —dijo Hugel—, Banwell no hizo más que tratar de obstruir la investigación. Me amenazó con hacer que me apartaran del caso, y trató de impedir la autopsia.

—La mayoría de los hombres, Hugel, no disfrutaría en absoluto al ver el cadáver abierto de una hija.

Si el alcalde intentaba apelar a la sensibilidad de Hugel, erró el blanco.

—Se ajusta punto por punto a la descripción del asesino. Vivía en el edificio; era amigo de la familia: la joven le habría abierto la puerta sin ningún temor; pudo limpiar a conciencia el apartamento antes de la llegada de Littlemore.

—Ya lo había examinado usted antes —argumentó el alcalde.

—En absoluto —dijo Hugel—. Yo sólo inspeccioné el dormitorio. Littlemore tenía que encargarse del resto del apartamento.

—¿Sabía Banwell que iba a ir Littlemore? ¿Se lo dijo usted?

—No —gruñó el *coroner*—. Pero ¿cómo explica usted su terror de ayer al ver a la señorita Acton en la calle?

Le relató al alcalde los acontecimientos del día anterior, que a su vez le había relatado Littlemore.

—Banwell trató de huir porque pensó que la joven lo identificaría como su agresor.

—Tonterías —respondió el alcalde—. Se reunió conmigo minutos después en el Hotel Manhattan. ¿Es usted consciente de que los Banwell y los Acton son íntimos amigos? Harcourt y Mildred Acton están ahora en la casita de campo de los Banwell.

—¿Quiere decir que Banwell conoce a los Acton? —preguntó Hugel—. ¡Bien, pues eso lo prueba todo! Es el único que conocía a las dos víctimas.

El alcalde miró con desapasionamiento al *coroner*.

—¿Qué es eso de su chaqueta, Hugel? Parece huevo.

— *Es* huevo. —Hugel se limpió la solapa con un pañuelo amarillento—. Esos gamberros del otro extremo de su parque me lo han tirado encima. Debemos detener inmediatamente a Banwell.

El alcalde sacudió la cabeza. El lado sur de Washington Square no era lo que se dice muy refinado, y McClellan no había sido capaz de liberar la esquina suroeste del parque de una banda de golfillos para quienes la proximidad de la casa del alcalde parecía haber actuado como acicate adicional para sus diabluras. McClellan pasó por delante del *coroner* Hugel en dirección al carruaje que le esperaba.

—Me sorprende usted, Hugel. Todo meras especulaciones…

—No será ninguna especulación cuando tenga el próximo asesinato entre manos.

—George Banwell no mató a la señorita Riverford —dijo el alcalde.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo *sé* —respondió McClellan en tono terminante—. No le toleraré ni una palabra más sobre esa ridícula calumnia. Ahora váyase a casa. No está usted capacitado para ocupar su puesto en esas condiciones. Descanse un poco. Es una orden.

El edificio que Littlemore encontró en el 782 de la Octava Avenida —donde se

suponía que Chong Sing vivía en el apartamento 4C— era una casa de vecindad de cinco plantas; sucia, mugrienta, con fragantes patas de cerdo asadas y cuerpos chorreantes de patos en las ventanas del segundo piso, donde había un restaurante chino. Debajo del restaurante, en la planta baja, había una cochambrosa tienda de bicicletas, cuyo propietario era blanco. Todos los demás vecinos del inmueble y las gentes de los alrededores —las ancianas que salían y entraban atropelladamente por la puerta principal, el hombre que fumaba una larga pipa en las escaleras de entrada, los rostros que asomaban por las ventanas de los pisos superiores— eran chinos.

Cuando el detective empezó a subir el tercer tramo de escaleras a oscuras, un hombrecillo con una larga túnica surgió de las sombras y le cerró el paso. El hombrecillo tenía una barba rala, una cola que le colgaba de la espalda y los dientes del color de la herrumbre. Littlemore se detuvo.

—Se equivoca —dijo el chino, sin más preámbulos—. El restaurante es ahí abajo, en la segunda planta.

—No busco el restaurante —respondió Littlemore—. Busco al señor Chong Sing. Vive en el cuarto piso. ¿Lo conoce?

—No. —El chino seguía cerrándole el paso a Littlemo re—. No hay ningún Chong Sing ahí arriba.

—¿Quiere decir que ha salido, o que no vive aquí?

—No hay ningún Chong Sing ahí arriba —repitió el hombrecillo chino. Empujó con las puntas de los dedos el pecho del detective, y dijo—: Váyase.

Littlemore apartó al hombrecillo hacia un lado y siguió subiendo por las angostas escaleras, que crujían bajo sus pies. El aire estaba colmado de un olor a grasa de carne. Mientras recorría el humoso pasillo de la cuarta planta —sin ventanas y oscura, a pesar de ser una mañana clara—, Littlemore vio ojos que le espiaban desde puertas apenas entreabiertas. En el apartamento 4C nadie contestó. Littlemore creyó oír cómo alguien escapaba a toda prisa por una escalera trasera. Al principio, el aroma a carne asada había estimulado el apetito del detective; ahora, en los pisos superiores sin aire, mezclado con las volutas del humo del opio, le producía náuseas.

Cuando el alcalde llegó al ayuntamiento, la señora Neville le informó de que el señor Banwell estaba al teléfono.

McClellan le dijo que le pasara la llamada.

—George —dijo George Banwell—. Soy George.

—Yo también —dijo George McClellan, poniendo el broche a un intercambio que ambos habían iniciado veinte años atrás, cuando eran miembros novatos del Manhattan Club.

—Quería decirte que anoche conseguí hablar con Acton —dijo Banwell—. Le puse al tanto de las terribles nuevas. Está en la carretera en este momento. Llegará al

hotel hacia mediodía. Me he citado con él allí.

—Excelente —dijo McClellan—. Allí os veré, entonces.

—¿Ha recordado algo Nora?

—No —dijo el alcalde—. Pero el *coroner* tiene un sospechoso. Tú.

—¿Yo? —exclamó Banwell—. Esa pequeña rata no me gustó desde que le puse la vista encima.

—Al parecer el sentimiento es mutuo.

—¿Qué le has dicho tú?

—Le he dicho que tú no lo hiciste —dijo el alcalde.

—¿Qué pasa con el cuerpo de Elizabeth? —preguntó Banwell—. Riverford me manda telegramas preguntándomelo cada cinco minutos.

—Lo han robado, George —dijo el alcalde.

—¿Qué?

—Ya sabes los problemas que tengo con el depósito de cadáveres. Espero recuperarlo pronto. ¿Puedes entretenerme un día más a Riverford?

—¿Entretenerlo? —repitió Banwell—. Su hija ha sido asesinada.

—¿Puedes intentarlo? —dijo McClellan.

—Diablos, George… —dijo Banwell—. Veré lo que puedo hacer. A propósito, ¿quiénes son eso*s especialistas* que están viendo a Nora?

—¿No te lo conté? —respondió el alcalde—. Son terapeutas. Parece ser que pueden curar la amnesia sólo charlando. Algo fascinante, la verdad. Hacen que el paciente les diga todo tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Banwell.

—Todo tipo de cosas —respondió el alcalde.

El *coroner* Hugel, obedeciendo las órdenes del alcalde, volvió a su casa, los dos últimos pisos de una pequeña casa de madera de Warren Street. Nada más llegar se acostó en su cama llena de bultos, aunque no logró conciliar el sueño. La luz era muy viva, y los gritos de los camioneros demasiado estentóreos, incluso con una almohada sobre la cabeza.

La casa en la que Hugel vivía estaba a un extremo de Market District, en el bajo Manhattan. Cuando alquiló el apartamento, la zona era un agradable barrio residencial. Pero en 1909 ya había sido tomado por almacenes de frutas y verduras y talleres de manufacturas. Hugel no se había mudado. El salario de*coroner* no le habría permitido costearse un apartamento de dos pisos en otra parte más en boga de Nueva York.

Hugel odiaba sus habitaciones. Los techos exhibían las mismas manchas horribles de bordes parduzcos que tenía que soportar en su despacho. Hugel maldijo con amargura, en voz baja. Era el*coroner* de la ciudad de Nueva York. ¿Por qué tenía que

vivir en una morada tan indigna? ¿Por qué tenía que tener su traje aquel aire tan raído en comparación con la impecable y bien cortada chaqueta del alcalde McClellan?

La prueba contra Banwell era más que suficiente para su detención. ¿Por qué no lo veía el alcalde? Deseaba detener a Banwell él mismo. Hugel volvió a repasar todo el asunto. Tenía que haber algo más. Tenía que haber alguna forma de hacer que encajaran todas las piezas. Si el asesino de Elizabeth Riverford había robado su cuerpo de la morgue porque en él había alguna prueba que lo incriminaba, ¿cuál podría ser ésta? De súbito tuvo una inspiración: había olvidado las fotografías que él mismo había tomado en el apartamento de la víctima. ¿No podrían aquellas fotografías proporcionarle la pista que andaba buscando?

Hugel se levantó de la cama y se vistió deprisa. Las revelaría él mismo. A pesar de que raras veces lo utilizaba, tenía su propio cuarto oscuro en un cubículo contiguo a la morgue. No, sería más seguro si Louis Riviere, jefe del departamento fotográfico de la policía, se encargaba del trabajo.

A las nueve estaba llamando a la habitación de la señorita Acton. No respondió nadie. Se me ocurrió preguntar en recepción, y había un mensaje para mí en el que la señorita Acton me informaba de que volvería a su habitación a las once. A partir de esa hora podría pasar a verla si lo deseaba.

Todo ello un inmenso error, psicoanalíticamente hablando. En primer lugar, no era en absoluto «pasar a verla». Y en segundo lugar no era el paciente sino el médico quien debía fijar la hora de las sesiones.

Sea como fuere, a las once estaba llamando a la habitación de la señorita Acton. Estaba cómodamente instalada en el sofá, en idéntica postura a la del día anterior por la mañana, tomando el té, enmarcada en un par de puertaventanas abiertas a la terraza. Sin levantar los ojos, la señorita Acton me dijo que me sentara. Esto también me irritó. El marco de una sesión psicoanalítica debería haber sido una pieza de la consulta del psiquiatra —la mía, en este caso—, y tendría que haber sido yo el autor de la escenografía.

Y entonces alzó la mirada, y me quedé desconcertado. Estaba trémula, llena de agitación.

—¿A quién se lo ha dicho? —me preguntó, no en tono acusatorio sino ansioso—. ¿Lo que… me hizo el señor Banwell?

—Sólo al doctor Freud. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Buscó la mirada de la señora Biggs, que sacó un trozo de papel, lo dobló en dos y me lo tendió. En la nota se leía, escrito con pluma estilográfica: *Mantén la boca cerrada*.

—Un chico de la calle —dijo la señorita Acton con voz quejumbrosa—. Me lo metió en la mano y salió corriendo. ¿Cree usted que quien me agredió fue el señor

Banwell?

—¿Y usted qué cree?

—No lo sé. No sé… ¿Por qué no logro recordar? ¿No puede usted hacerme recordar? —me suplicó—. ¿Y si está ahí fuera, vigilándome? Por favor, doctor, ¿no puede ayudarme?

Nunca había visto así a la señorita Acton. Era la primera vez que me pedía ayuda de cualquier tipo. Era también la primera vez, desde que se alojaba en el hotel, que parecía realmente asustada.

—Lo intentaré —le respondí.

La señora Biggs, esta vez, sabía perfectamente que debía dejamos solos. En cuanto se hubo ido hice que la señorita Acton se tendiera en el sofá, aunque era obvio que no le agradaba hacerlo. Estaba tan agitada que apenas podía quedarse quieta.

—Señorita Acton —dije—. Intente pensar en tres años atrás, antes del incidente de la azotea. Estaba con su familia, en la casa de campo de los Banwell.

—¿Por qué me pregunta por eso? —estalló la señorita Acton—. Lo que quiero recordar es lo que me pasó hace dos días, no hace tres años.

—¿No quiere recordar lo que sucedió hace tres años?

—No he querido decir eso.

—Es lo que ha dicho —dije yo—. El doctor Freud cree que usted pudo ver algo entonces… Algo que ha olvidado…, algo que le impide recordar ahora.

—No he olvidado nada —replicó ella.

—Entonces vio algo.

La joven guardó silencio.

—No tiene que avergonzarse de nada, señorita Acton.

—¡Deje de decir eso! —saltó ella, con una furia del todo inesperada—. ¿De qué voy a tener yo que avergonzarme?

—No lo sé.

—Váyase —dijo.

—Señorita Acton…

—Váyase. No me gusta usted. Usted no es inteligente.

No me moví.

—¿Qué vio? —Al ver que no me contestaba, y que se quedaba mirando fija y decididamente en otra dirección, me levanté y, arriesgándome, dije—: Lo siento, señorita Acton. No puedo ayudarla. Me gustaría, pero no puedo.

Aspiró el aire profundamente.

—Vi a mi padre con Clara Banwell.

—¿Puede contarme con detalle lo que vio?

—Oh, de acuerdo…

Me senté.

—Hay una gran biblioteca en la planta baja —dijo—. Muchas veces no podía dormir, y entonces me iba a la biblioteca. Allí podía leer a la luz de la luna, sin tener que encender ni una vela. Una noche, la puerta de la biblioteca estaba entreabierta. Supe que había alguien dentro. Miré por la abertura, y vi a mi padre sentado en la silla del señor Banwell, de cara a mí, en la butaca en la que me sentaba yo siempre. Lo veía a la luz de la luna, pero la cabeza la tenía echada hacia atrás, de un modo desagradable. Clara estaba ante él, de rodillas. Llevaba el vestido abierto. Caído hasta más abajo de la cintura. Con la espalda completamente desnuda. Era una espalda preciosa, doctor; toda blanca, perfecta, de esa piel pura y blanca que uno ve en…, en…, y con forma de reloj de arena, o de violonchelo. Estaba…, no sé cómo describirlo. Haciendo un movimiento ondulante… Su cabeza subía y bajaba a un ritmo lento. No podía verle las manos. Creo que las tenía enfrente de ella. Una o dos veces se echó el pelo hacia atrás, sobre los hombros, pero siguió subiendo y bajando la cabeza. Era una visión hipnotizadora. En aquel tiempo no entendí, por supuesto, lo que estaba presenciando. Pero sus movimientos me parecían bellos, como una dulce ola que lamiera una orilla. Pero sabía muy bien que estaban haciendo algo malo.

—Siga.

—Entonces mi padre empezó a hacer un ruido áspero, repulsivo. Me pregunté cómo Clara podía soportar aquel sonido. Pero no sólo lo soportaba. Parecía contribuir a que su movimiento ondulante se hiciera más resuelto y más rápido. Mi padre se agarraba con fuerza a los brazos de la butaca. Ella movía la cabeza más y más rápido. Estoy segura de que me sentía fascinada, pero no quise mirar más. Subí de puntillas a la primera planta y me metí en mi cuarto.

—¿Y luego?

—No hay más. Eso fue todo.

Nos miramos.

—Espero que al menos su curiosidad se haya visto satisfecha, doctor Younger, porque no creo que mi amnesia se haya curado.

Traté de pensar en el episodio que la señorita Acton me acababa de contar desde el punto de vista psicoanalítico. Tenía la forma de un trauma, pero había una dificultad. La señorita Acton no parecía haber quedado traumatizada al respecto.

—¿Experimentó usted algún problema físico después de aquello? —le pregunté —. ¿Pérdida de voz o algo semejante?

—No.

—¿Alguna parálisis en alguna parte del cuerpo? ¿Un resfriado?

—No.

—¿Se enteró su padre de que les había visto?

—Es demasiado estúpido.

Reflexioné sobre esto.

—Cuando piensa en su amnesia, en este mismo momento, ¿qué le viene a la mente de inmediato?

—Nada —dijo ella.

—No es posible que en la mente de uno no haya nada.

—¡Ya me dijo eso la vez pasada! —exclamó con enfado la señorita Acton, y se quedó callada. Me miró fijamente con sus ojos azules—. Sin embargo hay una cosa —dijo luego— que sí me ha hecho pensar que quizá podría ayudarme, pero no tiene nada que ver con sus preguntas.

—¿Qué cosa?

Dejó de mirarme.

—No sé si debo decírsela.

—¿Por qué?

—No importa por qué. Fue en la comisaría de policía.

—Le examiné el cuello…

Habló con voz queda, con la cabeza apartada.

—Sí. Cuando por primera vez me tocó la garganta, durante un segundo creí ver algo…, una imagen, un recuerdo… No sé qué.

Lo que me estaba contando era algo inesperado, pero no ilógico. Freud mismo había descubierto que un tacto físico puede liberar recuerdos reprimidos. Y yo había empleado esa misma técnica con Priscilla. Posiblemente la amnesia de la señorita Acton también era susceptible de ser tratada de ese modo.

—¿Quiere que intentemos algo similar ahora? —le pregunté.

—Me asusté.

—Lo más seguro es que vuelva a asustarse.

Asintió con la cabeza. Fui hasta ella y tendí la palma. Ella empezó a quitarse el pañuelo. Le dije que no necesitaba hacerlo; que iba a tocarle la frente, no el cuello. Pareció sorprendida. Le expliqué que la palpación de la frente era uno de los métodos empleados por el doctor Freud para que el paciente recupere la memoria. Despacio, le puse la mano en la frente. No hubo reacción. Le pregunté si le venía a la cabeza algún pensamiento.

—Sólo que su mano está muy fría, doctor Younger.

—Lo siento, señorita Acton, pero creo que debemos seguir hablando. Lo de la mano en la frente no ha dado resultado.

Volví a sentarme. Ella parecía casi enfadada.

—¿Puede decirme una cosa? —proseguí—. Me ha contado que la espalda de la señora Banwell… era blanca; su espalda desnuda. Tan blanca como algo que usted había visto antes. Pero no dijo qué.

—Y a usted le gustaría saberlo.

—Por eso lo he preguntado.

—Váyase —dijo, incorporándose.

—¿Cómo dice?

—¡Fuera! —gritó ella, lanzándome el bol de azucarillos.

Luego se levantó y me tiró también taza y platillo. Aunque éstos con mayor violencia, después de haberlos alzado con la mano por encima de la cabeza. Por fortuna, los dos objetos salieron en direcciones opuestas: el platillo hacia mi izquierda, la taza hacia mi derecha, muy alta; al estrellarse contra la pared se rompió en varios pedazos. Y por último cogió la tetera.

—No haga eso —dije.

—Le odio —dijo ella.

Me levanté también.

—No me odia, señorita Acton. Odia a su padre por haberle entregado a usted al señor Banwell… a cambio de su esposa.

Si pensaba que la reacción de la joven iba a ser echarse a llorar sobre el sofá, me equivocaba de parte a parte. Saltó como un gato montés, blandiendo la tetera en dirección a mi cabeza. Me alcanzó en el hombro izquierdo. Con inusitada fuerza. Para ser una joven tan menuda tenía una fuerza impresionante. La tapa de la tetera voló por la habitación. El agua caliente me salpicó todo el brazo. Sentí una intensa quemazón, de hecho; me hirió el agua casi hirviendo, no el golpe de la tetera. Pero no me moví, ni mostré ninguna reacción. Ello, sospecho, la azuzó aún más. Volvió a blandir la tetera contra mí, esta vez contra mi cabeza. Yo era mucho más alto que ella, de forma que no tuve más que echarme un poco hacia atrás. La tetera no dio en el blanco, y yo le agarré el brazo a la señorita Acton. Su fuerza la hizo girar sobre sí misma, y me dio la espalda. Le sujeté los brazos con fuerza contra la cintura, y la atraje hacia mí.

—Suélteme —dijo—. Suélteme o me pongo a gritar.

—¿Y luego? ¿Le dirá a todo el mundo que la he atacado?

—Voy a contar hasta tres —me replicó con fiereza—. Suélteme o grito con toda mis fuerzas. Una, dos…

Le agarré la garganta, deteniéndole en la boca las palabras. No debí hacerlo, pero la sangre se me había subido a la cabeza. Ahogué toda posibilidad de que gritara, pero produje un efecto secundario inesperado. Toda la tensión de su cuerpo se esfumó en un instante. Dejó caer la tetera. Sus ojos se abrieron al máximo, desorientados, y sus iris de zafiro se dispararon en una y otra dirección. No sé qué era más extraño: su ataque contra mi persona o esta súbita transformación. La solté al instante.

—Lo vi —susurró.

—¿Puede recordarlo? —pregunté.

—Lo vi —repitió ella—. Ahora se ha ido. Creo que estaba atada. No podía moverme. Oh, ¿por qué no puedo recordar? —Se dio la vuelta para encararme—.

Hágalo de nuevo.

—¿Qué?

—Lo que acaba de hacer. Y recordaré. Seguro que sí.

Despacio, sin apartar ni un instante sus ojos de los míos, se desanudó el pañuelo, dejando al descubierto el cuello aún magullado. Me apretó la mano derecha con sus delicados dedos y se la llevó hacia el cuello, tal como había hecho la primera vez que la vi. Toqué su piel suave, debajo de la barbilla, con cuidado para no rozarle la magulladura.

—¿Ve algo? —pregunté.

—No —susurró ella—. Tiene que hacer lo que hizo antes.

No respondí. No sabía si se refería a lo que había hecho en la comisaría de policía o lo que acababa de hacer.

—Estrangúleme —dijo.

No hice nada.

—Por favor —dijo—. Estrangúleme.

Puse el índice y el pulgar en el lugar del cuello donde estaban las marcas rojas. Se mordió el labio; tuvo que hacerse daño. Una vez cubierta su magulladura, no quedaba señal alguna de la agresión: tan sólo su cuello exquisitamente torneado. Le apreté la garganta. Sus ojos se cerraron de inmediato.

—Más fuerte —dijo con voz callada.

Con la mano izquierda, le sujeté la parte baja de la espalda. Con la derecha, le apreté el cuello. Su espalda se arqueó, su cabeza cayó hacia atrás. Me asió con fuerza la mano, pero no trató de apartada.

—¿Ve algo? —le pregunté.

Negó levemente con la cabeza, con los ojos aún cerrados. La atraje hacia mí con mayor firmeza, y le apreté más el cuello. El aliento se le detenía en la garganta, y al final cesó por completo. Los labios, de color bermellón, se abrieron.

No me resulta fácil confesar las reacciones absolutamente impropias que todo aquello estaba despertando en mí. Jamás había visto una boca tan perfecta. Los labios, ligeramente hinchados, temblaban. Su piel era como la nata más pura. Su pelo largo centelleaba corno agua que al caer se volviera de oro por el sol. La atraje aún más hacia mí. Una de sus manos descansaba sobre mi pecho. No sé cuándo ni cómo había llegado allí. De pronto fui consciente de que sus ojos azules me estaban mirando. ¿Cuándo los había abierto? Trataba de articular una palabra; hasta entonces no me había dado cuenta. La palabra era *pare*. Solté su garganta, en la creencia de que iba a atraer desesperadamente aire a sus pulmones. Pero no lo hizo. En lugar de ello dijo, tan tenuemente que apenas pude oída:

—Béseme.

He de admitir que no sé qué habría hecho ante tal invitación, pero aconteció que

en ese preciso instante se oyó un fuerte golpe en la puerta, seguido del ruido de una llave que giraba con brusco frenesí en la cerradura. Solté al instante a la señorita Acton, y ella recogió la tetera del suelo y la colocó sobre la mesa. Y ambos miramos hacia la puerta.

—*Ya recuerdo* —me susurró con urgencia, mientras giraba el pomo—. *Sé quién fue*.

XII

Aquel mismo día 1 de septiembre, a mediodía, Smith Ely Jelliffe —editor, médico psiquiatra y catedrático de enfermedades mentales en la Universidad de Fordham— invitó a comer a Carl Jung en un club de la calle Cincuenta y tres que daba al parque. Freud no había sido invitado. Ni Ferenczi, ni Brill, ni Younger. Su exclusión no molestó en absoluto a Jung. Era otra señal, se dijo, de la cada día mayor talla que estaba alcanzando internacionalmente. Un hombre menos magnánimo habría alardeado de ello, restregándoselo por las narices a sus compañeros. Pero él, Jung, se tomó con mucha seriedad su deber de caridad, y les ocultó su cita.

Era doloroso, sin embargo, tener que ocultar tantas cosas. Todo había empezado el primer día en Bremen. No es que Jung hubiera mentido exactamente, por supuesto. Eso, se decía a sí mismo, nunca lo haría. Pero no era culpa suya: eran los demás los que le inducían al fingimiento.

Por ejemplo, Freud y Ferenczi habían sacado pasajes de camarote de segunda clase en el *George Washington*. ¿Podía reprochársele a él algo? Para no avergonzar a sus compañeros, se había visto obligado a decir que, cuando él compró su pasaje ya no quedaban más que camarotes de primera. Luego estaba lo del sueño de su primera noche a bordo. El mensaje resultaba obvio —él, el soñante, estaba superando a Freud en agudeza y reputación—, de modo que, por delicadeza para con el orgullo puntilloso de Freud, había afirmado que los huesos que descubría en el sueño pertenecían a su esposa, y no a Freud. De hecho, había añadido inteligentemente que los huesos no eran sólo de su esposa, sino también de la hermana de su esposa: quería ver cómo reaccionaba Freud ante esto, dados los secretos vergonzosos íntimos del propio Freud. No habían sido más que trivialidades, es cierto, pero habían sentado los cimientos para los mayores y más graves fingimientos que habrían de resultarle necesarios desde su llegada a los Estados Unidos.

El almuerzo en el club de Jelliffe fue de lo más grato. En la mesa oval había nueve o diez comensales varones. Mezclado con la conversación sobre temas científicos especializados y con el excelente burdeos, se dio una considerable dosis de humor procaz, que Jung siempre agradecía. El movimiento sufragista femenino se llevó el grueso de los dardos. Uno de los hombres preguntó si alguno de los presentes había conocido a alguna sufragista a quien pudiera imaginar acostándose con alguien. La respuesta unánime fue «no». Alguien debería notificar a esas damas, dijo otro caballero, que aun en el caso de que consiguieran el derecho al voto ello no significaba que alguien fuera a acostarse con ellas. Todos coincidieron en que la mejor cura para cualquier mujer de las que pedían el derecho al voto era una buena y saludable monta. Tal tratamiento, sin embargo, resultaba tan poco apetecible que era más que preferible darles el voto.

Jung estaba en su elemento. Por una vez no tenía necesidad de fingirse menos rico de lo que era en realidad. No tenía necesidad de negar su linaje. Después de la comida, los comensales pasaron a un salón de fumadores, donde la conversación continuó aderezada con coñac. El grupo se fue diezmando hasta que, además de Jung, sólo quedaron Jelliffe y tres caballeros de más edad. Uno de ellos hizo ahora una seña apenas perceptible, y Jelliffe se levantó al instante para marcharse. Jung se levantó también, suponiendo que la partida de Jelliffe implicaba asimismo la suya propia. Pero Jelliffe le informó de que aquellos tres caballeros querían conversar un rato con él a solas, y que un carruaje le estaría esperando fuera cuando la charla hubiera terminado.

En realidad Jelliffe no era socio de aquel club. Se moría por serlo, sin embargo. Los socios con autoridad en aquel club y su censo de miembros eran precisamente aquellos tres caballeros que se quedaban con él, que eran además quienes habían pedido a Jelliffe que invitara a Jung a aquella comida.

—Siéntese, por favor, doctor Jung —dijo el hombre que había hecho la seña para que Jelliffe se marchara, indicándole un cómodo sillón con una de sus elegantes manos.

Jung trató de recordar el nombre del caballero en cuestión, pero le habían presentado a tantos y estaba tan poco acostumbrado al vino en el almuerzo que no lograba recordarlo.

—Dana —dijo, solícito, el caballero, cuyas oscuras cejas hacían resaltar su cabello plateado—. Charles Dana. Acabo de hablar de usted con mi buen amigo Ochs, del *Times*. Quiere contar algo sobre usted.

—¿Contar algo? —repitió Jung—. No entiendo.

—En relación con las conferencias que va a dar en Fordham la semana que viene. Quiere hacerle una entrevista. Una breve biografía, dos páginas completas del *Times*. Se hará usted famoso. Yo no he sabido decirle si aceptaría o no. Y le he dicho que se lo preguntaría.

—¿Por qué? —respondió Jung—. Yo…, yo no…

—Sólo hay un obstáculo —añadió Dana—. Ochs tiene miedo de que usted sea freudiano. No quiere que su periódico pueda asociarse con…, con un… Bueno, ya sabe lo que se dice de Freud.

—Que es un degenerado obsesionado por el sexo —dijo el hombre corpulento que se sentaba a su derecha, alisándose las patillas de boca de hacha.

—¿Freud cree de verdad en lo que escribe? —preguntó el tercer hombre, un caballero casi calvo—. ¿Lo de que toda chica a la que trata en su consulta intenta seducirle? ¿O lo que dice sobre las heces…? ¡Por el amor de Dios, heces…! ¿O sobre hombres exigentes que quieren sexo por el ano?

—¿Y de jovencitos que quieren penetrar a *sus* propias madres? —abundó el

hombre corpulento, con expresión de absoluta repugnancia.

—¿Y Dios? —preguntó Dana, retacando el tabaco de su pipa—. Tiene que ser muy duro para usted, Jung.

Jung no sabía exactamente a qué se refería. Siguió en silencio.

—Le conozco, Jung —dijo Dana—. Sé lo que es. Es suizo. Cristiano. Un hombre de ciencia, como nosotros. Un hombre apasionado. Que actúa en función de *sus* deseos. Un hombre que necesita más de una mujer para desarrollarse. No hay por qué ocultar tales cosas entre nosotros. Esos hombres que no actúan, que dejan que *sus* deseos se enconen como llagas, cuyos padres eran buhoneros y que siempre se han sentido inferiores a nosotros…, sólo ellos podrían idear tales fantasías viles y bestiales, que envían a Dios y al hombre a las cloacas… Tiene que ser duro para usted que lo asocien con eso…

A Jung se le hacía más y más difícil asimilar aquel flujo de palabras. El alcohol debía de habérsele subido a la cabeza. Aquel caballero parecía conocerle, pero ¿cómo era eso posible?

—A veces lo es —respondió Jung con lentitud.

—No soy en absoluto antisemita. Puede preguntárselo a Sachs, aquí presente. —Señaló al hombre casi calvo sentado a su izquierda—. Muy al contrario, admiro a los judíos. Su secreto es la pureza racial, un principio que han comprendido mucho mejor que nosotros. Es lo que ha hecho de ellos la gran raza que son. —El hombre al que se había referido como Sachs no hizo ni dijo nada, y el hombre corpulento se limitó a fruncir los labios carnosos. Y Dana continuó—: Pero el pasado domingo, cuando miré a nuestro ensangrentado Salvador e imaginé a ese judío vienés diciendo que nuestra pasión por Él es sexual, se me hizo difícil rezar. Muy difícil. Y he de suponer que usted ha debido enfrentarse a similares dificultades. ¿O es que a los discípulos de Freud se les exige abandonar la iglesia?

—Yo voy a la iglesia —fue la torpe respuesta que Jung logró articular.

—Yo, la verdad —dijo Dana—, no puedo decir que entienda este furor por la psicoterapia. Los enmanuelistas, el Nuevo Pensamiento, el mesmerismo, el doctor Quackenbos…

—Quackenbos… —carraspeó desaprobadoramente el hombre de las patillas.

—El eddyismo —prosiguió Dana—, el psicoanálisis… Todos son cultos, a mi entender. Pero la mitad de las mujeres de Norteamérica andan por ahí pidiéndolo a gritos, y será mejor que no beban del pozo equivocado. Beberán del suyo, créame, doctor Jung, en cuanto lean lo que dirá de usted el *Times*. Bien, resumiendo: podemos convertirle en el psiquiatra más famoso de Norteamérica. Pero Ochs no escribirá sobre usted si usted no deja bien claro, inequívocamente claro, en sus conferencias en Fordham que no es partidario de las obscenidades freudianas. Buenas tardes, doctor Jung.

El golpeteo en la puerta de la habitación de la señorita Acton continuó mientras el pomo giraba a derecha e izquierda. Al final la puerta se abrió, e irrumpieron en la habitación cinco personas. Reconocí a tres de ellas: el alcalde McClellan, el detective Littlemore y George Banwell. Las otras dos eran un caballero y una dama de más que evidente condición acaudalada.

Casi en la cincuentena, el hombre tenía la tez clara, aunque bronceada y un tanto descarnada, la barbilla puntiaguda, y unas entradas muy pronunciadas; llevaba además una venda de gasa blanca que le cubría la mayor parte del ojo izquierdo. Enseguida se hizo patente que se trataba del padre de la señorita Acton, aunque los largos miembros que tan graciosamente adornaban la anatomía de su hija parecían amanerados y decadentes en él, y los rasgos tan delicadamente femeninos de ella no sugerían sino falta de seguridad en sí mismo en él. La mujer, que supuse era la madre de la señorita Acton, medía no más de un metro cincuenta. De contorno mucho más ancho que su marido, llevaba gran cantidad de joyas y un profuso maquillaje, y zapatos de tacón peligrosamente alto, sin duda destinados a añadir unos cuantos centímetros a su estatura. Tal vez había sido atractiva en un tiempo. Fue ella la que habló en primer lugar:

—¡Nora, pobre muchacha! ¡Qué mala suerte! He estado angustiada desde que nos han contado esa cosa monstruosa que te ha pasado. Hemos viajado horas y horas por carretera. Harcourt, ¿es que vas a quedarte ahí quieto sin hacer nada?

El padre de Nora se disculpó ante su robusta esposa, extendió el brazo hacia ella y la condujo hasta una silla, en la que ella se dejó caer con un sonoro grito de extenuación. El alcalde me presentó al señor Acton y a su esposa Mildred. Resultó que el grupo acababa de llegar al vestíbulo del hotel cuando alguien llamó a recepción para quejarse de unos ruidos que se estaban produciendo en la habitación de la señorita Acton. Les aseguré que nosotros estábamos perfectamente, y mientras lo hacía deseaba con todas mis fuerzas que la taza de té no estuviera hecha pedazos al pie de la pared del fondo del cuarto. Ellos daban la espalda al desaguisado, empero, y creo que no habían llegado a verlo.

—Todo irá bien ahora, Nora —dijo el señor Acton—. El alcalde me asegura que nada de esto ha salido en la prensa, a Dios gracias.

—¿Por qué tuve que hacerte caso? —le dijo a su hija Mildred Acton—. Ya dije que jamás tendríamos que haberte dejado sola en Nueva York. ¿No lo dije, Harcourt? ¿Has visto lo que ha pasado? Creí que iba a morirme cuando me lo contaron. ¡Biggs! ¿Dónde está Biggs? Te hará las maletas enseguida. Tenemos que salir de aquí cuanto antes, Nora. Inmediatamente. Creo que el violador está aquí en el hotel. Tengo una gran intuición para estas cosas. En cuanto he entrado en esta habitación he sentido sus ojos en mi persona.

—¿En tu persona, querida mía? —preguntó Acton.

No puedo decir que viera en la señorita Acton el cálido afecto o el sentido de protección que uno esperaría ver en una joven que recibe a sus padres tras una larga y azarosa separación. Ni la culpaba por ello, dado el tenor de los comentarios que sus progenitores le habían hecho hasta el momento. Lo extraño era que la señorita Acton no hubiera dicho nada todavía. Había empezado a hacerlo varias veces, pero ninguno de sus esfuerzos había llegado a plasmarse en palabra alguna. Una violenta afluencia de sangre le afloraba ahora a las mejillas. Entonces caí en la cuenta: la joven había vuelto a perder el habla. O eso pensé hasta que la señorita Acton dijo, con voz queda y serena:

—No me han violado, mamá.

—Calla, Nora —intervino su padre—. Esa palabra no se dice.

—¡Tú no puedes saberlo, pobrecita! —exclamó su madre—. No tienes memoria de la agresión. Nunca llegarás a saberlo.

Éste era el momento en el que, si alguna vez iba a hacerlo, la señorita Acton debía decir que había recuperado la memoria. Pero no lo hizo. En lugar de ello, dijo:

—Me quedaré aquí en el hotel para seguir con mi tratamiento. No quiero ir a casa.

—¿La has oído, Harcourt? —dijo la madre, lastimera.

—En casa no me sentiría a salvo —dijo la señorita Acton—. El hombre que me atacó podría estar vigilándola por si aparezco. Señor McClellan, usted mismo me dijo eso el domingo.

—La chica tiene razón —dijo el alcalde McClellan—. Estará mucho más segura en el hotel. El asesino no sabe que está aquí.

Yo sabía que esto no era cierto, por la nota que la señorita Acton había recibido en la calle. Y ella, obviamente, lo sabía también. De hecho, vi que al oír las palabras del alcalde cerraba con fuerza la mano derecha, de la que no pudo evitar que sobresaliera una esquina de la nota. No dijo nada, no obstante. Se limitó a desplazar la mirada de McClellan a sus padres, como si aquél hubiera dejado bien claro cuál era su postura al respecto. Me daba la impresión de que lo que estaba haciendo era tratar de evitar la mirada escrutadora del señor Banwell.

Banwell había estado observando a Nora con una expresión peculiar en el semblante. Físicamente, dominaba a todos los presentes. Si se me exceptuaba a mí, era el más alto de la habitación, y mucho más fornido. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás con algún tipo de ungüento, y las canas de las sienes le daban un aspecto muy atractivo. Tenía la mirada fija en Nora. Podrá sonar absurdo, y cualquier otro observador sin duda lo negaría de plano, pero lo que mejor describiría su expresión al mirarla, a mi juicio, sería decir que parecía sentir unos enormes deseos de ejercer violencia sobre la señorita Acton. Ahora estaba hablando, pero en su voz no podía percibirse el menor rastro de ese sentimiento.

—Lo que sin duda hay que hacer es sacar a Nora de la ciudad —dijo, con lo que sonaba a bronca pero sincera preocupación por su seguridad—. ¿Por qué no a mi casa de campo? Clara puede llevarla.

—Prefiero quedarme aquí —dijo Nora, con la mirada baja.

—¿De veras? —insistió Banwell—. Tu madre piensa que el asesino está en el hotel. ¿Cómo puedes estar segura de que no te está vigilando incluso en este mismo instante?

La cara de la señorita Acton enrojeció de nuevo cuando el señor Banwell se dirigió a ella. Todo su cuerpo, me pareció ver, se tensaba por el miedo.

Anuncié que me marchaba. La señorita Acton levantó la mirada hacia mí, llena de ansiedad. Añadí, como si se hubiera olvidado algo:

—Oh, señorita Acton, su receta…, ya sabe, para el sedante que le mencioné. Aquí la tiene. —Saqué del bolsillo un talonario de recetas, escribí rápidamente unas palabras y se las tendí. Había escrito: *¿Fue Banwell?*

Leyó el mensaje. Asintió con la cabeza, leve pero rotundamente.

—¿Por qué no me la da a mí? —dijo Banwell, entrecerrando los ojos al mirarme —. Mi ayudante, que espera abajo, puede ir inmediatamente a la farmacia.

—Muy bien —respondí yo. Alargué una mano hasta la mano de la señorita Acton y le cogí las dos notas: la receta con mis palabras y la nota anónima que le habían dado en la calle. Y le tendí esta última a Banwell.

Banwell la leyó. Yo casi estaba convencido de que iba a estrujada entre su dedos y a quedarse mirándome con aire amenazante, traicionándose como el villano de una novela romántica. Pero lo que hizo fue exclamar:

—¿Qué diablos es esto… *Mantén la boca cerrada*? Será mejor que nos dé una explicación, joven.

—Es una advertencia que esta mañana le han dado en la calle a la señorita Acton —dije—. Como usted bien sabe, señor Banwell, porque la escribió usted mismo. — Se hizo un silencio estupefacto—. Señor alcalde, señor Littlemore: este hombre es el criminal que están buscando. La señorita Acton recordó la agresión justo unos minutos antes de que ustedes entraran en el cuarto. Les conmino a que lo detengan de inmediato.

—¿Cómo se atreve usted…? —empezó a decir Banwell.

—¿Quién es este…, esta persona? —preguntó Mildred Acton, refiriéndose a mí, como es lógico—. ¿De dónde ha salido?

—Doctor Younger —dijo el alcalde McClellan—, no se hace usted cargo de la gravedad de una falsa acusación. Retírela ahora mismo. Si quien le ha dicho eso es la señorita Acton, la memoria le está jugando una mala pasada.

—Señor alcalde… —empezó el detective Littlemore.

—Ahora no, Littlemore —dijo con voz calma el alcalde—. Doctor, retire su

acusación, pídale disculpas al señor Banwell y díganos lo que le ha contado la señorita Acton.

—Pero señor… —dijo el detective Littlemore.

—¡Littlemore! —aulló el alcalde, con tal furia que hizo que el detective reculara un par de pasos—. ¿Es que no me ha oído?

—Alcalde McClellan —intervine yo—. No entiendo. Acabo de decirle que la señorita Acton recuerda la agresión. Su propio detective quiere decir algo que al parecer confirma lo que he dicho. La señorita Acton ha identificado definitivamente a su agresor: el señor Banwell.

—No tenemos más que su palabra, doctor…, si es que lo es —dijo Banwell. Miró con dureza a la señorita Acton; me pareció ver que pugnaba denodadamente por reprimir una emoción interna muy fuerte—. Nora, sabes perfectamente que yo no te he hecho nada. Díselo a estas personas, Nora.

—Nora —dijo la madre—. Dile a este joven que tiene una impresión equivocada.

—¿Nora, querida? —dijo el padre.

—Dilo, Nora —dijo Banwell.

—No voy a decirlo —respondió la joven. Pero fue todo lo que dijo.

—Señor alcalde —dije—. No puede permitir que la señorita Acton sea contrainterrogada por el hombre que la agredió… Un hombre que ha asesinado ya a otra joven.

—Younger, estoy seguro de que su intención es buena —respondió el alcalde—, pero está usted equivocado. George Banwell y yo estuvimos juntos el domingo por la noche, cuando fue asesinada Elizabeth Riverford. Estuvo conmigo ¿me oye?, *conmigo*, toda la velada y toda la noche, hasta la mañana del lunes. A más de cuatrocientos kilómetros de distancia. Es materialmente imposible que pudiera asesinar a nadie.

En la biblioteca, cuando Jung se hubo marchado, grandes bocanadas de humo en espiral ascendieron despacio hacia el techo. Un criado retiró las copas, cambió los ceniceros y se alejó en silencio.

—¿Lo tenemos? —preguntó el hombre casi calvo, al que antes se habían referido como Sachs.

—Sin duda —respondió Dana—. Es incluso más débil de lo que había imaginado. Y tenemos más que suficiente contra él para destruirlo, llegado el caso. ¿Tiene Ochs tus comentarios, Allen?

—Oh, sí —respondió el caballero corpulento de labios gruesos y patillas de boca de hacha—. Los publicará el mismo día en que entreviste al suizo.

—¿Y qué hay de lo de Matteawan? —preguntó Sachs.

—Déjamelo a mí —dijo Dana—. Lo que falta es impedir sus otros medios de

difusión. Lo cual ya estará hecho mañana mismo.

Aun después de oír la exculpación de Banwell por parte del alcalde McClellan, no podía aceptar su inocencia. Subjetivamente, quiero decir. Desde el punto de vista objetivo no tenía ninguna base para la incredulidad o la protesta.

Nora se negaba a volver a casa. Su padre le suplicó que lo hiciera. Su madre estaba indignada ante «la testarudez» de su hija. El alcalde zanjó la cuestión. Una vez vista la nota de advertencia, dijo, estaba claro que el hotel ya no era un lugar seguro. Pero la casa de los Acton podía protegerse mediante vigilancia policial. Ciertamente podría conseguirse que fuera más segura que un gran hotel con multitud de entradas. Apostarían agentes en el exterior de la casa, enfrente y detrás, día y noche. Además, le recordó el alcalde a la señorita Acton, ella era aún menor de edad: tenía que plegarse a la voluntad de su padre, aun en contra de la suya propia.

Pensé que la señorita Acton iba a estallar de algún modo, pero lo que hizo fue ceder, con la condición de que le permitieran seguir el tratamiento conmigo a la mañana siguiente.

—Máxime —añadió— cuando ahora sé que no puedo fiarme de la memoria que he recuperado.

Lo dijo con aparente sinceridad, pero era imposible saber si de verdad dudaba de la fidelidad de su memoria o si, por el contrario, estaba censurando a quienes se negaban a darle crédito. Después de eso, no me miró más, ni una sola vez. El descenso en el ascensor resultó insufrible, pero la señorita Acton se comportó con una dignidad de la que carecía su madre, que parecía considerar como una afrenta personal todo lo que iba surgiendo a cada paso. Se me fijó una cita para que fuera a la casa de Gramercy Park a la mañana siguiente temprano, y los Acton partieron en un automóvil hacia el centro de la urbe. Lo mismo hizo el alcalde McClellan. Banwell me dirigió una última mirada, en absoluto benévola, y montó en un coche de caballos. El detective Littlemore y yo nos quedamos solos en la acera.

Se volvió hacia mí.

—¿Le ha dicho que fue Banwell?

—Sí —dije.

—Y la cree, ¿no?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo Littlemore—. Pongamos que una chica pierde la memoria. Que se le queda vacía. Y que en un momento dado la memoria le vuelve. ¿Puedes fiarte de esa memoria que ha recuperado? ¿Puedes poner la mano en el fuego por ella?

—No —le respondí—. Podría ser falsa. Podría ser una fantasía. Podría tomar por memoria una fantasía.

—¿Pero usted la cree?

—Sí.

—¿Qué me está diciendo entonces, doctor?

—No sé lo que le estoy diciendo —dije—. ¿Puedo preguntarle algo, detective? ¿Qué quería decirle al alcalde en la habitación de la señorita Acton?

—Quería recordarle que el *coroner* Hugel, que está a cargo del caso, también creía que Banwell era el asesino.

—¿Creía, dice? —le pregunté—. ¿Quiere decir que ya no lo cree?

—Bueno, ahora ya no podrá pensarlo más, después de lo que acaba de decir el alcalde —dijo Littlemore.

—¿No podría Banwell ser el agresor de la señorita Acton aunque no fuera el asesino de la otra joven?

—No —respondió el detective Littlemore—. Tenemos pruebas. Fue el mismo tipo en los dos casos.

Volví a entrar en el hotel, inseguro de mí mismo, de mi paciente, de mi situación. ¿Era concebible que McClellan estuviera encubriendo a Banwell? ¿Estaría Nora a salvo en su casa? El conserje dijo en alto mi nombre. Había una carta para mí; la acababan de dejar. Era de G. Stanley Hall, presidente de la Universidad de Clark. La carta era larga. y profundamente inquietante.

El detective Littlemore, frente a la entrada del Hotel Manhattan, echó a andar por la acera en dirección a la parada de taxis.

Por el viejo cochero de la noche anterior sabía que el hombre del pelo negro —el que había salido del Balmoral a medianoche del domingo— había montado en un taxi rojo y verde de motor de gasolina enfrente del Hotel Manhattan. Aquella información era de gran valor para el detective. Apenas una década atrás, todos los taxis de Manhattan eran de tracción animal. En 1900 había un centenar de vehículos automóviles pululando por la ciudad, pero su motor era eléctrico. De una pesadez plúmbea a causa de sus baterías de casi cuatrocientos kilos, los taxis eléctricos eran muy populares pero lentos y pesados. Los pasajeros, de cuando en cuando, se veían obligados a bajarse para empujar en una pendiente particularmente empinada. En 1907, la New York Taxicab Company lanzó la primera flota de automóviles de alquiler de gasolina, equipados con taxímetros para que los clientes pudieran ver a cuánto iba ascendiendo la carrera. Estos taxis tuvieron un éxito instantáneo: es decir, un éxito entre las clases altas, pues sólo ellas podían permitirse la tarifa de cincuenta centavos por milla. No obstante pronto llegaron a superar en número a todos los demás coches de alquiler, eléctricos y de caballos de la ciudad. Los taxis de gasolina de Nueva York se reconocían al instante, por su inconfundible combinación de colores rojo y verde.

Varios de esos vehículos estaban aparcados en la parada de taxis del Hotel Manhattan. Los chóferes le dijeron a Littlemore que lo intentara en el garaje Allen de la calle Cincuenta y siete, entre las Avenidas Once y Doce, donde los taxis de Nueva York tenían su cuartel general y donde no le costaría mucho averiguar quién había estado trabajando en el turno de noche del domingo. Littlemore tuvo suerte. Dos horas después, tenía respuestas. Un chófer llamado Luria había recogido a un hombre de pelo negro en la entrada del Hotel Manhattan después de la medianoche del domingo. Luria lo recordaba bien, porque el hombre no salía del hotel sino que acababa de apearse de un coche de caballos. Littlemore averiguó también adónde había llevado al hombre del pelo negro aquella noche, y en cuanto lo supo se dirigió a esa dirección, que era una casa particular. Y ahí se le acabó la suerte.

La casa estaba en la calle Cuarenta, justo a un lado de Broadway. Era un edificio de dos plantas, con una llamativa aldaba y cortinas rojas en las ventanas. Littlemore tuvo que llamar cinco o seis veces antes de que una atractiva joven acudiera a abrir la puerta. La joven, pese a la hora que era, iba muy ligera de ropa. Cuando Littlemore le explicó que era un detective de la policía, ella puso los ojos en blanco y le dijo que esperara.

Al poco le hizo pasar a un salón con gruesas alfombras orientales, una deslumbrante serie de espejos en las paredes y muebles cubiertos por retazos de velvetón color púrpura. De las cortinas se desprendía un fuerte olor a tabaco y alcohol. Un bebé lloraba arriba. Cinco minutos después, otra mujer, mayor que la anterior y obesa, bajó por las escaleras de moqueta roja con una bata granate y un sombrero de enormes proporciones en la cabeza.

—Tiene usted mucho valor —dijo la mujer, que se presentó como Susan Merrill, señora Susan Merrill. De una caja fuerte oculta detrás de un espejo sacó otra caja fuerte más pequeña de hierro grabado, que abrió con una llave. Contó cincuenta dólares, y dijo:

—Aquí lo tiene. Ahora váyase. Ya voy con retraso.

—No quiero su dinero, señora —dijo Littlemore.

—Oh, no me diga. Me da usted asco; todos ustedes. Greta, vuelve aquí. —La chica ligera de ropa entró en el salón, bostezando. Aunque eran las tres y media, había estado durmiendo hasta que Littlemore llamó a la puerta—. Greta, el detective no quiere nuestro dinero. Llévatelo al cuarto verde. Que sea rápido, señor.

—Tampoco estoy aquí para eso, señora —dijo Littlemore—. Sólo quiero hacerle una pregunta. Un tipo vino aquí el domingo por la noche, muy tarde. Estoy tratando de encontrarlo.

La señora Merrill miró al detective, recelosa.

—Oh, ahora quiere a mis clientes, ¿eh? ¿Qué es lo que va a hacer, exprimirles también?

—Parece que conoce a unos policías malos —dijo Littlemore.

—¿Los hay de otra clase?

—Mataron a una chica el domingo —respondió Littlemore—. El tipo que lo hizo, la azotó. La ató, y le dio un montón de tajos. Luego la estranguló. Quiero a ese tipo. Esto es todo.

La mujer se arropó los hombros con la bata granate. Metió el dinero en la pequeña caja fuerte y la cerró.

—¿Era una puta de la calle?

—No —dijo Littlemore—. Era una chica rica. Muy rica. Vivía en un edificio muy elegante de la parte alta.

—Bien, es una pena. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—El tipo vino aquí —dijo Littlemore—. Creemos que puede ser el asesino.

—¿Tiene usted idea, detective, de la cantidad de hombres que pasan por aquí el domingo por la noche?

—Ese tipo venía solo. Es alto, de pelo negro, diestro, con un maletín, o bolsa o lo que sea de color negro.

—Greta, ¿te acuerdas de alguien así?

—Déjame pensar —dijo la somnolienta Greta—. No. De nadie.

—Bien, ¿qué más quiere de mí? —dijo la señora Merrill—. Ya ha oído a Greta.

—Pero el tipo vino aquí, señora. El taxista lo dejó justo enfrente de su puerta.

—¿Lo dejó ahí fuera? Eso no quiere decir que entrara. Ésta no es la única casa de la manzana.

Littlemore asintió con la cabeza, despacio. Greta estaba demasiado apática, para su gusto, y la señora Merrill demasiado deseosa de que se fuera.

XIII

Me había pedido que la besase.

Iba andando por la calle Cuarenta y dos, pero con los ojos de la mente aún veía los labios abiertos de Nora Acton. Aún sentía su suave garganta bajo mis manos. Aún la oía susurrarme «béseme».

La carta del presidente Hall, con sus inquietantes nuevas, seguía en el bolsillo de mi chaleco. En rigor no debería haber tenido en la cabeza más que un solo pensamiento: cómo vérmelas no sólo con el fracaso potencial de la conferencia de la semana siguiente en Clark sino con la posible ruina de la reputación de Freud, al menos en los Estados Unidos. Y, sin embargo, no podía pensar en otra cosa, ver otra cosa que la boca y los ojos cerrados de la señorita Acton.

No me engañaba. Sabía cuáles eran sus sentimientos hacia mí; era algo que ya había visto antes, demasiadas veces. Una de mis pacientes de Worcester, una chica llamada Rachel, solía insistir en desnudarse de cintura para arriba en todas las sesiones psicoanalíticas. Cada vez esgrimía un motivo diferente: unos latidos irregulares, la sensación de tener rota una costilla, un dolor punzante en la parte baja de la espalda… y Rachel no era más que una entre muchas. En todos estos casos no había tenido que resistir la tentación, porque no la había habido. Por el contrario, el hecho de que en mis pacientes psicoanalíticos se dieran tales maquinaciones de seducción se me antojaba algo macabro.

Si mis pacientes hubieran sido más atractivas, dudo que su comportamiento me hubiera inspirado los mismos sentimientos de rechazo. No soy persona de particular virtud. Pero esas mujeres no eran atractivas. La mayoría de ellas tenían edad suficiente para ser mi madre. Su deseo me producía repugnancia. Rachel era diferente. No carecía de atractivo: piernas largas, ojos oscuros —demasiado juntos, sin duda— y un tipo que podría calificarse de bueno, o de mejor que bueno. Pero era una neurótica agresiva, lo cual no me tentaba en absoluto.

Solía imaginar a otras chicas mucho más bonitas como pacientes. Solía imaginar lances inenarrables —pero no imposibles— en mi consulta. Así pues, siempre que alguna nueva paciente llamaba a mi puerta, me sorprendía enseguida valorando sus encantos. Por consiguiente, empecé a repugnarme a mí mismo, hasta el punto de preguntarme si debía seguir por la senda psicoanalítica. No había tenido ninguna paciente en todo el verano, y al fin había aparecido la señorita Acton.

Y me había pedido que la besase. No había modo de ocultarme a mí mismo lo que deseaba hacer con ella. Jamás había experimentado un deseo tan violento de dominar, de poseer. Dudaba mucho que me hallara inmerso en la batalla de la contratransferencia. Si he de ser sincero, sentía el mismo deseo prácticamente desde el instante mismo en que puse los ojos en la señorita Acton. Pero con ella la cosa era

completamente diferente. La joven no sólo se estaba recuperando del trauma de una agresión física. Además estaba experimentando una transferencia de inusitada virulencia.

No había dado sino muestras de desagrado hacia mi persona hasta el momento en que sintió que le afloraban los recuerdos reprimidos, liberados por obra de la presión física que yo le estaba aplicando en la garganta. En ese momento, a sus ojos, me convertí en una figura magistral. Antes de ello, desagrado hubiera sido una palabra demasiado suave para describir lo que sentía por mi persona. Odio habría sido más exacto; lo había dicho, incluso. Y desde el momento en que recordó, quería entregarse a mí, o eso pensaba, al menos. Porque estaba claro como el agua, por mucho que me doliera admitido, que ese amor que ahora sentía, si podía llamarse así, no era más que un artificio, una ficción creada por la intensidad de la relación psicoanalítica.

Aunque no podía recordar haber cruzado la Quinta o la Sexta o la Séptima Avenida, me encontré de pronto en mitad de Times Square. Subí a la azotea-jardín del Hammerstein's Victoria, donde tenía que reunirme con Freud y los demás para el almuerzo. La azotea-jardín era un teatro por derecho propio, con un escenario elevado, butacas, palcos, y un techo de quince metros de altura. El espectáculo, una función de funambulismo, no había terminado. La artista de la cuerda floja era una chica francesa con gorrito, vestido azul celeste y mallas azules. Cada vez que abría el parasol para recuperar el equilibrio, las damas de tiros largos que presenciaban el espectáculo gritaban al unísono. Nunca he entendido por qué los espectadores reaccionan de este modo: sin duda la persona que está sobre la cuerda floja no hace más que fingir que está en peligro.

No lograba dar con mis compañeros. Era muy tarde; debían de haberse marchado. Así que volví al edificio de Brill en Central Park West, donde sabía que acabarían recalando. Llamé a la puerta, pero nadie respondió. Crucé la calle y me senté en un banco, completamente solo, con Central Park a mi espalda. Saqué del maletín la carta de Hall. Después de releerla media docena de veces, volví a meterla y saqué otras cosas para leer, no creo necesario decir qué cosas.

— ¿Las tiene? —le preguntó el *coroner* Hugel a Louis Riviere, jefe del departamento fotográfico ubicado en el sótano de la jefatura de policía.

—Estoy dándoles el fijador —dijo en voz alta Riviere, de pie ante una cubeta de revelado del cuarto oscuro.

—Pero si te dejé las placas a las siete de la mañana… —protestó Hugel—. Seguro que están listas.

—Tranquilo, por favor —dijo Riviere, encendiendo una luz—. Entra. Puedes miradas.

Hugel entró en el cuarto oscuro y examinó con detenimiento y gran nerviosismo las fotografías. Fue pasándolas rápidamente, una por una, apartando las que no le interesaban. Al final se detuvo, y se quedó mirando un primer plano del cuello de la joven, en el que podía verse una pequeña y acusada marca circular.

—¿Qué es esto, esta marca en la garganta de la chica? —preguntó.

—Una magulladura, ¿no? —dijo Riviere.

—Ninguna magulladura puede ser un círculo tan perfecto —respondió el *coroner*, quitándose las gafas y llevándose la fotografía a unos centímetros de los ojos. La fotografía mostraba un pequeño redondel granulado y oscuro en el cuello casi blanco de la víctima.

—Louis, ¿dónde tienes la lupa?

Riviere sacó un objeto que parecía un vasito invertido. El *coroner* se lo quitó de las manos, lo colocó sobre la fotografía del círculo oscuro, y miró a través de él.

—¡Lo tengo! —gritó Hugel—. ¡Lo tengo!

Del exterior del cuarto oscuro les llegó la voz del detective Littlemore.

—¿A qué refiere, señor Hugel?

—Littlemore —dijo el *coroner*—, está usted aquí. Excelente.

—Me pidió que viniera, señor Hugel.

—Sí, y ahora verá por qué —dijo el *coroner*, haciéndole un gesto para que mirara a través de la lupa de Riviere.

El detective hizo lo que le pedía. Las líneas granuladas del interior del círculo negro, aumentadas, daban lugar a unas formas mucho más definidas.

—Diga —dijo Littlemore—. ¿No son letras?

—Sí, lo son —replicó el *coroner*, triunfante—. Dos letras.

—Pero son algo extrañas, ¿no? —comentó el detective—. No están bien. La segunda podría ser una J. La primera…, no sé.

—No están bien porque están al revés, señor Littlemore —dijo el *coroner*—. Louis, explícale al detective por qué están al revés.

Riviere miró las letras a través de la lupa.

—Sí, las veo; son dos letras, entrelazadas. Si están en sentido invertido, la de la derecha, que el señor Littlemore dice que es una J, no es una J sino una G.

—Exacto —dijo el *coroner*—. Y la de la derecha en realidad es la de la izquierda, y viceversa.

—Pero ¿por qué —preguntó Riviere— están escritas al revés?

—Porque es la señal que dejó en el cuello de la joven el alfiler de corbata del asesino. —Hugel hizo una pausa para dar dramatismo a sus revelaciones—. Recuerden que el asesino utilizó una corbata de seda para estrangular a la señorita Riverford. Fue lo suficientemente inteligente como para no dejar la corbata, pero cometió un error. La corbata, al cometerse el crimen, llevaba prendido el alfiler, un

alfiler con las iniciales en relieve del asesino. Dio la casualidad que el alfiler estuvo en contacto con la suave y sensible piel de la garganta de la joven. A causa de la fuerte prolongada presión sobre el cuello de la víctima, las iniciales dejaron en él una marca similar a la que dejaría en un dedo cualquier muesca en la cara interior de un anillo muy prieto. Esta marca, caballeros, nos brinda las iniciales del nombre del asesino con tanta claridad como si nos hubiera dejado una tarjeta de visita, sólo que vistas como en un espejo. La letra de la derecha es una G al revés, porque la G es la primera letra del nombre del hombre que mató a Elizabeth Riverford. La de la izquierda es una B al revés, porque ese hombre es George Banwell. Ahora ya sabemos por qué tuvo que robar su cuerpo del depósito de cadáveres. Vio la marca del alfiler con las iniciales y supo que tarde o temprano yo acabaría descifrándolas. Lo que no supo prever fue que el robo del cuerpo no serviría para nada, ¡porque aquí están estas fotografías!

—Señor Hugel… —dijo el detective Littlemore.

El *coroner* dejó escapar un suspiro.

—¿Tengo que explicarlo otra vez, detective?

—Banwell no lo hizo, señor Hugel —dijo Littlemore—. Tiene una coartada.

—Imposible —dijo Hugel—. Su apartamento está en la misma planta del mismísimo edificio. El asesinato tuvo lugar entre la medianoche y las dos de la madrugada del domingo. Banwell pudo volver de cualquier compromiso que hubiera tenido antes de esa hora.

—Tiene una coartada —repitió Littlemore—. ¡Y menuda coartada…! Estuvo con el alcalde McClellan toda la noche del domingo, y no se despidieron hasta la mañana del lunes. Y estuvieron fuera de la ciudad.

—¿Qué? —dijo el *coroner*.

—Y hay otro fallo en su teoría —intervino Riviere—. Usted no está tan familiarizado con las fotografías como yo. ¿Éstas las sacó usted mismo?

—Sí —respondió el *coroner*, frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—Son ferrotipos. Técnica ya obsoleta. Tiene suerte de que aún me quedara algo de sulfato de hierro. La imagen que aquí vemos difiere de la realidad. La izquierda es la derecha, y la derecha es la izquierda.

—¿Qué? —repitió el *coroner*.

—Una imagen del revés. Así que si la marca del cuello de la chica es el revés de las verdaderas iniciales, la fotografía es el revés del revés.

—¿Un doble revés? —preguntó Littlemore.

—Un doble negativo —dijo Riviere—. Y un doble negativo es un positivo. Lo que significa que esta foto muestra las iniciales en el orden correcto y no al revés.

—No puede ser —exclamó Hugel, más dolido que incrédulo, como si Littlemore y Riviere estuvieran tratando de robarle algo.

—Pero lo es, no hay duda —dijo Riviere.

—Así que es una J —dijo el detective Littlemore—. El tipo se llama Johnson o algo así. ¿Cuál es la primera inicial?

Riviere volvió a mirar a través de la lupa.

—No tiene ningún aspecto de ser una letra. Pero, de serlo, podría ser una E. O quizá no: quizá una C.

—Charles Johnson —dijo Littlemore.

El *coroner* seguía quieto en el mismo sitio, repitiendo:

—No puede ser.

Al final un taxi paró frente al edificio de Brill, y los cuatro hombres —Freud, Brill, Ferenczi y Jones— se apearon de él. Resultó que habían ido al cine después del almuerzo, una película de policías y ladrones llena de locas persecuciones. Ferenczi no paraba de hablar de ella. De hecho, según contaba Brill, había saltado hacia un lado de la butaca cuando creyó que se le venía encima una locomotora: era la primera película que veía en su vida.

Freud me preguntó si quería que nos quedáramos una hora en el parque para que le informara sobre la señorita Acton. Dije que nada me gustaría más, pero que había surgido algo que convenía tratar antes: el correo me había traído malas noticias.

—Usted no es el único que ha tenido malas noticias, entonces —dijo Brill—. Jones ha recibido un telegrama esta mañana de Boston. De Morton Prince: lo detuvieron ayer.

—¿Al doctor Prince? —dije, anonadado.

—Lo acusan de obscenidad —continuó Brill—. Y la obscenidad en cuestión es la siguiente: dos artículos que estaba a punto de publicar en los que describía curaciones de la histeria a través del psicoanálisis.

—Yo no me preocuparía por Prince —dijo Jones—. Fue alcalde de Boston, ya saben. Saldrá bien parado de ésta.

Morton Prince no fue jamás alcalde de Boston, lo fue su padre, pero Jones lo afirmó con tal seguridad que no quise avergonzarlo. En lugar de ello, pregunté:

—¿Cómo pudo saber la policía lo que Prince tenía intención de publicar?

—Es exactamente lo que me he estado preguntando —dijo Ferenczi.

—Yo nunca me he fiado de Sidis —añadió Brill refiriéndose a un médico del consejo editorial de la revista de Prince.

—Pero no debemos olvidar que hablamos de Boston. Allí detienen a un sándwich de pechuga de pollo si no va convenientemente aderezado.[11] Detuvieron a aquella chica australiana, ya saben, Kellerman, la nadadora, porque el traje de baño no le tapaba las rodillas.

—Me temo que mis noticias son aún peores, caballeros —dije—, y atañen al

doctor Freud directamente. Las conferencias de la semana que viene están en la cuerda floja. El doctor Freud ha sido directamente atacado; me refiero a que han arremetido contra su nombre. En Worcester. No saben cuánto lamento tener que ser el portador de estas malas noticias.

Seguí resumiendo como pude la carta del presidente Hall, sin entrar en las sórdidas acusaciones contra Freud. Un representante de una familia enormemente rica de Nueva York se reunió con Hall ayer, ofreciendo una donación a la Universidad de Clark que Hall describe como «de lo más atractiva». La familia en cuestión está dispuesta a financiar un hospital de cincuenta camas para enfermos mentales y nerviosos; correría con los gastos de un nuevo edificio dotado del más moderno equipamiento médico, y con los del personal y las enfermeras, y los salarios serían lo bastante tentadores para atraer a los mejores neurólogos de Nueva York y de Boston.

—Eso ascendería a medio millón de dólares —dijo Brill.

—A mucho más —respondí yo—. Nos convertiría de golpe en la institución psiquiátrica líder de la nación. Superaríamos a la McLean.

—¿Qué familia es? —preguntó Brill.

—Hall no lo dice —respondí yo.

—Pero ¿está permitido hacer eso? —preguntó Ferenczi—. Una familia particular pagando a una universidad pública…

—Lo llaman filantropía —respondió Brill—. Por eso son tan ricas las universidades norteamericanas. Y por eso pronto superarán a las mejores universidades europeas.

—Majaderías —saltó Jones—. Jamás.

—Siga, Younger —dijo Freud—. No hay nada malo en todo lo que nos ha dicho hasta ahora.

—La familia ha estipulado dos condiciones —proseguí—. Un miembro de la familia al parecer es un conocido médico con ideas propias sobre psicología. La primera condición es que el psicoanálisis no pueda practicarse en el nuevo hospital, ni enseñarse en ninguno de los planes de estudios que se imparten en Clark. Y la segunda, que las conferencias que el doctor Freud debía dar la semana que viene sean canceladas. De otro modo, la donación irá a otro hospital… de Nueva York.

Se alzaron exclamaciones de consternación y rechazo.

Sólo Freud mantuvo una actitud estoica.

—¿Qué dice Hall que va a hacer? —preguntó.

—Me temo que eso no es todo —dije—. Ni lo peor. Al presidente Hall se le ha entregado un dossier sobre el doctor Freud.

—Continúe, por favor —me reprendió Brill—. Deje de jugar al escondite.

Expliqué que este dossier pretendía aportar pruebas documentales de la conducta licenciosa —criminal, en suma, de Freud. Al presidente Hall se le ha dicho que

pronto se informará de la conducta gravemente impropia de Freud en la prensa neoyorquina. La familia tiene la convicción deque, cuando Hall lea tales informaciones, hará que la presentación de Freud en Clark se cancele definitivamente por el bien de la universidad.

—El presidente Hall no me ha enviado todo el dossier —dije—, pero la carta resume las acusaciones. ¿Puedo darle la carta, doctor Freud? El presidente Hall me pide muy especialmente que le comunique que cree que tiene Usted el derecho de ser informado de todo lo que se dice en su contra.

—Muy caballeroso por su parte —dijo Brill.

No sé por qué —quizá porque era yo el receptor de la carta—, pero me sentía responsable del inminente desastre. Era como si yo, personalmente, hubiera invitado a Freud a Clark, con el solo propósito de destruirle. No sólo me sentía preocupado por Freud. Tenía motivos egoístas para no querer ver la ruina de aquel hombre, sobre cuya autoridad había apuntalado yo muchas de mis creencias, y tantas cosas de mi vida. Ninguno de nosotros era un santo, pero yo había llegado a creer hacía ya bastantes años que Freud era diferente de todos nosotros. Imaginaba que, a diferencia de mí, por ejemplo, había logrado a través de la introspección psicológica acceder a un plano que lo ponía a resguardo de las tentaciones más bajas. Esperaba con todas mis fuerzas que las acusaciones de la carta de Hall fueran falsas, aunque se diera en ellas ese grado de detalle que lleva en su seno el timbre de la verdad.

—No hay ninguna necesidad de que lea esa carta en privado —dijo Freud—. Diga lo que se dice contra mí. No tengo secretos para ninguno de los presentes.

Empecé por el más leve de los cargos.

—Se afirma que no está casado con la mujer con la que vive, aunque usted la haga aparecer ante el mundo como su esposa.

—Pero ése no es Freud —saltó Brill—. Es Jones.

—¿Qué dice usted? —replicó Jones, indignado.

—Oh, vamos, Jones —dijo Brill—. Todos sabemos que no está casado con Loe.

—Que Freud no está casado… —dijo Jones, mirando por encima de su hombro izquierdo—. Qué absurdo…

—¿Qué más? —preguntó Freud.

—Que fue usted expulsado de un reputado hospital —continué, incómodo— porque no hacía más que hablar sobre fantasías sexuales con chiquillas de doce y trece años, que estaban en el centro por dolencias puramente físicas, no nerviosas.

—¡Pero si ése sigue siendo Jones! —volvió a exclamar Brill.

Jones parecía súbita y profundamente interesado en la arquitectura del edificio de Brill.

—Que ha sido procesado por el marido de una de sus pacientes, y que otro llegó a dispararle —dije.

—¡Otra vez Jones! —volvió a exclamar Brill.

—Que en la actualidad está teniendo una aventura —continué— con la quinceañera que le lleva la casa.

Brill miró a Freud, y luego a mí y a Ferenczi y a Jones, que ahora miraba hacia el cielo, al parecer observando los patrones migratorios de las aves de Manhattan.

—¿Ernest? —dijo Brill—. ¿No será usted? Díganos que no es usted.

Jones emitió una serie de musicales aclaraciones de garganta, pero ninguna respuesta a la pregunta.

—Es usted asqueroso —le dijo Brill—. Asqueroso de verdad.

—¿Eso es todo, Younger? —preguntó Freud.

—No, señor —respondí. La acusación final era la peor de todas—. Hay una cosa más, que en la actualidad tiene usted otra aventura sexual, con una paciente suya: una joven rusa de diecinueve años que estudia medicina. Se dice que la aventura ha llegado a ser tan notoria que la madre de la joven le ha escrito rogándole que no arruine la vida de su hija. El dossier añade que adjunta la carta que usted escribió a la madre de esta joven a modo de respuesta. En su carta, o, más exactamente, en la que se afirma que es su carta, usted le pide dinero a cambio de… no seguir con la relación sexual con su hija.

Cuando terminé, nadie dijo nada durante un largo rato. Al final Ferenczi no pudo aguantar más:

—¡Pero si ése es Jung, por el amor de Dios!

—¡Sándor! —le reconvino Freud, cortante.

—¿Escribió eso Jung? —preguntó Brill—. ¿A la madre de una paciente?

Ferenczi se llevó la mano a la boca.

—Oh —dijo—. Pero, doctor Freud, no puede permitir que piensen que es usted… Van a contárselo a los periódicos. Puedo imaginar ya los titulares.

Y yo también: FREUD, EXCULPADO DE TODAS LAS ACUSACIONES.

—Así pues —caviló Brill, sombrío—, nos atacan en Boston, en Worcester y en Nueva York al mismo tiempo. No puede ser una coincidencia.

—¿Cuál es el ataque de Nueva York? —preguntó Ferenczi.

—Lo de Jeremías y Sodoma y Gomorra —contestó Brill con irritación—. Esos dos mensajes no han sido los únicos que he recibido. Ha habido muchos más.

Todos mostramos nuestra sorpresa, y le pedimos a Brill que nos lo explicara con detalle.

—Empezó justo después de que me pusiera a traducir el libro de Freud sobre la histeria —dijo—. Cómo han podido saber que lo estaba haciendo es un absoluto misterio para mí. Pero la misma semana en que empecé, recibí la primera misiva, y no ha hecho más que empeorar desde entonces. Me llegan cuando menos lo espero. Me están amenazando, estoy seguro. Siempre es algún pasaje bíblico de tenor

homicida; y siempre sobre los judíos y la lascivia y el fuego. Me hace pensar en los pogromos.

Nadie obstruyó esta vez el paso a Littlemore cuando subió las escaleras en el 782 de la Octava Avenida. Eran las cuatro de la tarde, hora de la preparación de la cena en el restaurante, del que surgían gritos en cantonés salpicados por el chisporroteo sibilante de los trozos de pollo zambullidos en el aceite hirviendo. A Littlemore, que no había comido desde la mañana, no le habría importado regalarse con un buen plato de *chop suey* de pollo. Sintió ojos fijos en él en cada descansillo, pero no vio a nadie. Oyó que alguien corría por un pasillo, arriba, y un susurrante sonido de voces. En el apartamento 4C, su llamada produjo el mismo efecto de la vez anterior: no contestó nadie, pero oyó pasos apresurados que bajaban por la escalera trasera.

Littlemore miró el reloj. Encendió un cigarrillo para combatir los olores que anegaban el pasillo, y se aprestó a esperar, no demasiado, porque esperaba llegar a casa de Betty a tiempo para invitarla a cenar. Minutos después, el agente John Reardon subía por las escaleras tirando de un sumiso y amedrentado chino.

—Tal como me había dicho, detective —dijo el agente Reardon—. Salía por la puerta trasera como si le estuvieran ardiendo los pantalones.

Littlemore examinó al desdichado Chong Sing.

—No quiere hablar conmigo, ¿verdad, señor Chong? —dijo—. Supongo que tendremos que echar un vistazo a su casa. Abra la puerta.

Chong Sing era mucho más bajo que ambos policías. Era fornido, de nariz aplastada y ancha y piel cuarteada.

Hizo un gesto de impotencia, tratando de dar a entender que no hablaba inglés.

—Ábrela —ordenó el detective Littlemore, golpeando la puerta cerrada.

El chino sacó una llave y abrió la puerta. Su apartamento de una pieza era todo un modelo de orden y limpieza. No había ni una mota de polvo, ni una taza fuera de su sitio. Dos catres bajos, cubiertos por una telas míseras, al parecer hacían las veces de camas, sofás y mesas. Las paredes estaban desnudas. Varias varillas de incienso ardían en un rincón, y daban un efluvio acre al aire caliente y quieto.

—Todo bien limpio para nosotros —dijo Littlemore, examinando lo que veía—. Muy considerado de su parte. Pero se le ha escapado un detalle. —Con un gesto de la barbilla, Littlemore señaló el techo. Tanto Chong Sing como el agente Reardon alzaron la vista hacia el techo. En el techo bajo se veía una espesa mancha negruzca de casi un metro de largo sobre cada catre.

—¿Qué es eso? —preguntó el agente.

—Manchas de humo —dijo Littlemore—. Opio, Jack. ¿No ves algo raro en esa ventana?

Reardon miró hacia la única ventana de la pieza, una pequeña ventana de una sola

hoja. Estaba cerrada.

—No. ¿Qué le pasa? —preguntó el agente Reardon.

—Está cerrada —respondió Littlemore—. Estamos casi a cuarenta grados y la ventana está cerrada… Mire lo que hay fuera.

Reardon abrió la ventana y se asomó a un estrecho conducto de ventilación. Y volvió con un montón de objetos que encontró sobre un saliente, un poco más abajo: una lámpara de aceite cubierta por cristal, media docena de largas pipas, cazoletas y una aguja. Chong Sing parecía sumido en una honda confusión; sacudía la cabeza, miraba a Littlemore y luego al agente Reardon y luego otra vez a Littlemore.

—Usted tiene aquí un fumadero de opio, ¿no, señor Chong? —dijo el detective—. ¿Subió alguna vez al apartamento de la señorita Riverford en el Balmoral?

—¿Eh? —dijo Chong Sing, encogiéndose de hombros con impotencia.

—¿Cómo se manchó de arcilla roja los zapatos? —volvió a la carga el detective.

—¿Eh?

—Jack —dijo Littlemore—, llévese al señor Chong al calabozo de la Cuarenta y siete. Dígale al capitán que es un traficante de opio.

Cuando el agente Reardon agarró a Chong por el brazo, éste habló al fin:

—Esperen. Se lo contaré. Yo sólo vivo aquí durante el día. No sé nada del opio. Nunca he visto opio aquí dentro.

—Seguro que no —dijo Littlemore—. Lléveselo de aquí, Jack.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Chong—. Les diré quién vende opio, ¿de acuerdo?

—Lléveselo de aquí, Jack —dijo el detective Littlemore. A la vista de las esposas de Reardon, Chong exclamó:—¡Espere! Les diré algo más. Les enseñaré algo. Síganme por el pasillo. Les enseñaré lo que están buscando.

La voz de Chong había cambiado: ahora parecía asustada de verdad. Littlemore le hizo una seña a Reardon para que dejara que el chino les precediera por el oscuro y estrecho corredor. Seguía llegando el estrépito del restaurante, dos tramos de escaleras más abajo, y al avanzar por el pasillo detrás de Chong y pasar por delante del hueco de la escalera, Littlemore empezó a oír los acordes disonantes de la música de cuerda china. El olor de la carne se hizo más y más penetrante. Las puertas de las casas estaban abiertas para que sus moradores pudieran observar a placer lo que acontecía en el exterior. Todas las puertas salvo una. La única puerta cerrada era la del apartamento del fondo del pasillo. Chong se detuvo.

—Ahí dentro —dijo—. Ahí dentro.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Littlemore.

—Mi primo —dijo Chong—. Leon. Vivía aquí antes. Ahora no hay nadie.

La puerta estaba cerrada. Littlemore llamó, pero no obtuvo respuesta. Pero en el momento en que se acercó lo suficiente para golpear con los nudillos supo que el

insoportable olor a carne no venía del restaurante precisamente. Sacó del bolsillo dos finas varillas de metal. Littlemore era un experto en abrir puertas cerradas con llave. Y abrió ésta en un periquete.

La habitación, aunque de tamaño idéntico a la de Chong Sing, contrastaba vivamente con ella. Estaba llena de adornos rojos y chillones. Por todas partes había jarrones grandes y pequeños, la mayoría con relieves de dragones y demonios. En el alféizar de la ventana había una caja lacada de colorete, con un espejo de cara redondo apoyado verticalmente detrás, y encima de un tocador una estatuilla de la Virgen con el Niño. Casi todo centímetro cuadrado de pared estaba cubierto por fotografías enmarcadas, y en todas ellas se veía a un chino de acusadas diferencias físicas con Chong Sing. El hombre de las fotografías era alto y extremadamente guapo, con nariz aguileña y tez suave y sin tacha. Llevaba una chaqueta norteamericana, camisa y corbata. Casi todas las fotografías mostraban a este hombre chino con jóvenes mujeres, mujeres jóvenes y diferentes.

Lo que más llamaba la atención, sin embargo, era un objeto imponente plantado en medio de la habitación: un enorme baúl cerrado. Era del tipo de baúl utilizado por los viajeros acomodados, con costados de cuero y herrajes de latón. Y de las dimensiones siguientes: sesenta centímetros de alto, sesenta de ancho y un metro de largo. Varias vueltas de una sólida cuerda lo mantenían bien atado e impedían que Littlemore pudiera levantar la tapa.

El aire era fétido. Littlemore apenas podía respirar. Una música china les llegaba de la habitación de justo encima de sus cabezas. Al detective le resultaba difícil pensar. Por imposible que parezca, el baúl parecía mecerse en el aire espeso. Littlemore abrió su navaja. El agente Reardon también llevaba una navaja. Juntos, sin decir una palabra, se acercaron al baúl y empezaron a cortar las macizas cuerdas. Un gran grupo de chinos, muchos protegiéndose la boca con pañuelos, les observaban desde el umbral.

—Guarda tu navaja, Jack —dijo Littlemore—. Encárgate de vigilar a Chong.

El detective seguía con las cuerdas. Cuando hubo cortado la última atadura, la tapa se abrió de pronto hacia arriba. Reardon se echó hacia atrás, tambaleante, bien por la sorpresa, bien por la explosión de gas pestilente que salió en oleadas del interior del baúl. Littlemore se tapó la boca con la manga, pero siguió donde estaba sin moverse. Dentro del baúl había tres cosas: un sombrero de mujer coronado por un ave disecada, un grueso manojo de cartas y sobres atados con un cordel, y el cuerpo doblado y apretado de una joven, en avanzado estado de descomposición, en ropa interior y con un colgante de plata en el pecho y una corbata de seda blanca ceñida con fuerza alrededor del cuello.

El agente Reardon ya no vigilaba en absoluto a Chong Sing. En lugar de eso, se hallaba al borde del desvanecimiento. Al percatarse de ello, Chong fue reculando

despacio por entre el susurrante grupo de chinos y se escabulló por el pasillo.

Subimos pesadamente y en silencio los cuatro tramos de escaleras hacia el apartamento de Brill, todos preguntándonos, supongo, cómo reaccionar ante las dificultades surgidas en Worcester. Disponíamos de varias horas antes de la cena a la que Smith Jelliffe, el editor de Brill, nos había invitado. En el descansillo del quinto piso, Ferenczi hizo un comentario sobre el peculiar olor ambiental a hojas o papel quemado.

—¿Estarán quemando a un muerto en la cocina? —aventuró, servicial.

Brill abrió la puerta de su casa. Lo que vimos dentro fue inesperado de verdad.

En el interior del apartamento de Brill estaba nevando, o lo parecía. Un fino polvo flotaba por la pieza, formando remolinos en la corriente de aire creada por nuestra entrada; el suelo estaba cubierto de aquella sustancia; todos los libros de Brill, todas las mesas, los alféizares, la sillas…, todo lo cubría aquella especie de polvo. El olor a fuego anegaba el apartamento. Rose Brill, de pie en medio de la habitación, blanquecina de pies a cabeza, con una escoba y un recogedor, barría como podía aquella especie de escarcha.

—Acabo de llegar —exclamó con desmayo—. Cerrad la puerta, por el amor de Dios. ¿Qué es esto?

Me agaché y cogí un poco con la mano.

—Ceniza —dije.

—¿Dejó algo cocinándose? —le preguntó Ferenczi.

—No —respondió ella, quitándose de los ojos el polvo blanco.

—Alguien lo habrá traído —dijo Brill. Se paseaba por la pieza como en trance, con las manos extendidas delante de él, cogiendo ceniza y apartándola hacia todos lados. De pronto se volvió hacia Rose:

—Mírenla. Mírenla…

—¿Qué pasa? —preguntó Ferenczi.

—¡Es una estatua de sal!

Cuando el capitán Post llegó con refuerzos de la comisaría de la calle Cuarenta y siete oeste, ordenó —por encima de las objeciones del detective Littlemore— la detención de media docena de chinos del 782 de la Octava Avenida, incluido el director del restaurante y dos clientes que tuvieron la mala fortuna de subir al piso de arriba a ver qué era todo aquel alboroto. El cuerpo fue retirado y enviado al depósito de cadáveres, y se dio comienzo a una doble caza del hombre.

El primer pensamiento de Littlemore fue que había encontrado el cuerpo desaparecido de Elizabeth Riverford, pero la descomposición estaba demasiado

avanzada. No era médico forense, pero dudaba de que el cadáver de la señorita Riverford, asesinada el domingo por la noche, se hubiera descompuesto tanto hasta el miércoles. El señor Hugel, se dijo Littlemore, lo sabría con toda seguridad.

Entretanto, el detective examinaba las cartas que había encontrado en el baúl. Eran cartas de amor, más de treinta. Todas empezaban por *Mi queridísimo Leon*; todas las firmaba *Elsie*. Los vecinos diferían en cuanto al nombre del morador del apartamento. Algunos lo llamaban Leon Ling. Otros, William Leon. Dirigía un restaurante de Chinatown, pero nadie lo había visto desde hacía un mes. Hablaba un inglés excelente y vestía trajes de corte norteamericano.

Littlemore examinó las fotografías de las paredes. Los ocupantes del edificio le confirmaron que el hombre que salía en ellas era Leon, pero no sabían, o no querían decir, quiénes eran las mujeres que aparecían a su lado. Littlemore reparó en que todas ellas eran blancas. Y luego reparó en algo más.

Descolgó una de las fotografías. En ella se veía a Leon de pie, sonriente, entre dos jóvenes muy atractivas. Al principio el detective pensó que se estaba equivocando. Cuando se convenció de que no, se metió la fotografía en el bolsillo del chaleco, concertó una cita para el día siguiente con el capitán Post y se fue del edificio.

El aire de última hora de la tarde seguía siendo bochornoso, pero comparado con el apartamento del que acababa de salir era como el mismísimo paraíso terrenal. Cuando llegó a casa de Betty eran ya las nueve y media. Betty no estaba en casa. Su madre trató por todos los medios de hacerle comprender a Littlemore dónde estaba su hija, pero la mujer le hablaba en italiano, y además muy rápido, así que Littlemore no pudo captar nada de nada. Al final, uno de los hermanitos de Betty salió a la puerta y tradujo lo que decía su madre: Betty estaba en la cárcel.

Todo lo que sabía la señora Longobardi —una amable chica judía había venido a su casa a contárselo— era que había habido un problema en la fábrica donde Betty había empezado a trabajar esa misma mañana. Y se habían llevado a Betty, entre otras chicas.

—¿Llevado? —preguntó Littlemore—. ¿Adónde?

La madre no lo sabía.

Littlemore corrió a la estación de metro de la calle Cincuenta y nueve. Viajó de pie todo el trayecto hasta el centro: estaba demasiado inquieto para sentarse. En la jefatura de policía le dijeron que los huelguistas se habían despachado a gusto en una gran fábrica de ropa de Greenwich Village, donde los piquetes habían empezado a romper los cristales de las ventanas y la policía había detenido a dos docenas de los más alborotadores a fin de sanear un poco las calles. Ahora estaban todos en la cárcel. Los hombres en las Tumbas [12] y las mujeres en Jefferson Market.

XIV

En la década de 1870, se alzó una caprichosa profusión de alto gótico victoriano en el solar triangular de la esquina de la calle Diez con la Sexta Avenida, que contrastaba de forma poderosa y discordante con el barrio proletario y de reputación dudosa que lo circundaba. El nuevo y polícromo juzgado era toda una urdimbre de tejados de empinada pendiente, con gabletes y pináculos que se alzaban en cualquier altura y emplazamiento. Su atalaya se hallaba coronada por una torrecilla de cincuenta metros de altura. En un edificio anexo se alzaba una prisión de cinco plantas y del mismo estilo, y anexo a la prisión había otro gran edificio que albergaba un mercado. La gente lo conocía como Jefferson Market; la idea era que una institución de la ley y el orden no tenía por qué estar aislada de las demás de la vida diaria.

Durante el día, los casos criminales de gran trascendencia se dirimían en el juzgado de Jefferson Market. Horas después, el mismo tribunal se convertía en el Tribunal Nocturno de la ciudad, donde se juzgaban casos de vicio y costumbres. En consecuencia, la cárcel de Jefferson Market la ocupaban normalmente prostitutas a la espera de fallo y castigo. Fue allí, en aquella cárcel, donde Littlemore encontró a una exhausta aunque ilesa Betty el miércoles por la noche.

Estaba en una celda grande y atestada de la tercera planta. Separada del pasillo por unos barrotes. Las ventanas daban a la calle Diez. Había unas veinticinco o treinta mujeres encerradas, de pie en pequeños grupos o sentadas en largos y estrechos bancos adosados a las paredes.

La celda se dividía en dos partes, que correspondían a dos clases de detenidas. Unas quince jóvenes, vestidas como Betty con traje de faena: sencillas y oscuras faldas de un único tono, y hasta los tobillos, por supuesto, y blusas blancas de manga larga. Estas mujeres eran las obreras de la fábrica de camisas donde Betty llevaba empleada menos de una jornada. Entre ellas había algunas muy jóvenes, incluso alguna chiquilla de trece años.

Sus otras compañeras de celda eran como una docena de mujeres, de edades diversas y más llenas de colorido en atuendo y afeites. La mayoría se sentía notoriamente a sus anchas, en un entorno más que familiar. Una, sin embargo, era más vocinglera que las demás: se quejaba a los guardias y quería saber cómo podían tener en un calabozo a una mujer en sus circunstancias. Littlemore la reconoció al instante: la señora Susan Merrill. Era la única que tenía una silla, una deferencia de las demás para con ella. Sobre los hombros llevaba un chal color burdeos, y en los brazos un bebé que dormía plácidamente pese al fragor de la celda.

La placa del detective Littlemore le abrió las puertas de los calabozos, pero no le permitió sacar a Betty. Estuvieron a un par de palmos el uno del otro, separados por

barrotes de hierro que iban del suelo al techo, charlando en voz baja.

—Tu primer día de trabajo, Betty —le dijo Littlemore— ¿y te pones en huelga?

No había ido a la huelga. Cuando Betty llegó a la fábrica aquella mañana, fue directamente a la planta novena y se incorporó al grupo de un centenar de chicas que cosían. Pero el caso es que había unos cincuenta taburetes vacíos frente a otras tantas máquinas de coser ociosas. Lo que había sucedido era lo siguiente: el día anterior, unas ciento cincuenta costureras habían sido despedidas por «ser partidarias de los sindicatos». Aquella noche, en respuesta, el Sindicato de Trabajadoras de la Confección convocó una huelga contra la fábrica de Betty. En el curso de la mañana siguiente, un pequeño grupo de trabajadores y sindicalistas se fue congregando en la calle de la fábrica, gritando hacia las obreras de las plantas superiores.

—Nos llamaban esquiroles —le explicó Betty—. Ahora entiendo por qué me contrataron tan rápido: estábamos reemplazando a las sindicalistas despedidas. No he sido una esquirol, ¿verdad, Jimmy? ¿Verdad que no?

—Supongo que no —dijo Littlemore—. Pero ¿por qué han ido a la huelga, de todas formas?

—Oh, no vas a creértelo. Lo primero de todo es el calor que hace: es como un horno. Luego te cobran por todo: por las taquillas, por las máquinas de coser, por las agujas, por los taburetes… Así que no cobras ni la mitad del salario que te prometen. Jimmy, una chica que la semana pasada trabajó setenta y dos horas, cobró tres dólares, ¿qué te parece? ¡Tres dólares! Es…, es…, ¿a cuánto sale la hora?

—Cuatro centavos la hora —dijo Littlemore—. Horrible.

—Y eso no es lo peor. Cierran todas las puertas para que las chicas no paren de trabajar ni un momento; no te dejan ni ir al cuarto de baño.

—Santo Dios, Betty, tendrías que haberte marchado. No tendrías que haberte unido a ningún piquete ni haberte puesto a romper cristales y demás.

Betty estaba mitad indignada, mitad confusa.

—No estuve en ningún piquete, Jimmy.

—Bueno, ¿y por qué te han detenido, entonces?

—Porque me fui. Los jefes nos dijeron que iríamos a la cárcel si nos marchábamos, pero no les creí. Y nadie se puso a romper cristales. Los policías no paraban de dar palos a la gente.

—Ésos no eran policías.

—Oh, sí, sí que lo eran.

—Oh, Dios —dijo Littlemore—. Tengo que sacarte de aquí.

Le hizo una seña a uno de los guardias y le explicó que Betty era su chica y que no había ido a la huelga en absoluto, que estaba en el calabozo por error. Al oír las palabras «mi chica», Betty miró hacia el suelo y sonrió con embarazo.

El guardia, compadre de Littlemore, le respondió con pesar que tenía las manos

atadas.

—No soy yo, Jimmy —dijo—. Tienes que hablar con Becker.

—¿Con Beck? —preguntó Littlemore, mientras se le iluminaban los ojos—. ¿Está aquí Beck?

El guardia condujo a Littlemore por un pasillo hasta una salita donde cinco hombres bebían, fumaban y jugaban a un ruidoso juego de cartas bajo una bombilla eléctrica de luz vacilante. Uno de ellos era el sargento Charles Becker, un hombre robusto como una boca de incendios, de cabeza pequeña y redonda y poderosa voz de barítono. Becker, que llevaba quince años en el cuerpo, trabajaba en el distrito policial más depravado de Manhattan, conocido como el Tenderloin, donde los casinos y burdeles, incluido el de Susan Merrill, se mezclaban con los más chabacanos teatros de vodevil y los «palacios» de la langosta. La presencia de Becker en aquellos calabozos era un golpe de buena suerte para el detective Littlemore, que se había pasado seis meses como policía de ronda de la brigada de Becker.

—Hola. Becker —saludó Littlemore.

—¡Littlemouse! [13] —bramó Becker. que repartía las cartas—. Chicos. Os presento a mi hermanito, que es detective en el centro. Jimmy. éste es Gyp, y éstos Whitey, Lefty y Dago. Te acuerdas de Dago. ¿no?

—Dago… —dijo Littlemore.

—Hace dos o tres años —contó Becker a sus compadres, refiriéndose a Littlemore—. este colega me resolvió un caso de atraco en un santiamén. Y me entregó al atracador, que aún está pagando por lo que hizo. Los malos siempre pagan, chicos. ¿Qué estás haciendo aquí, Jimmy, echando una ojeada?

Becker escuchó lo que Littlemore tenía que decirle, sin quitar los ojos de la mesa de póquer. Con el bramido de un hombre que saborea su gran despliegue de magnanimidad, ordenó a los guardias que soltaran a la chica del detective. Littlemore le dio las más sentidas gracias a Becker y volvió corriendo a la celda, donde se hizo cargo de Betty. Camino de la calle. Littlemore asomó la cabeza en la sala de la partida de póquer y volvió a darle las gracias a Becker.

—Oye, Becker —añadió luego—: ¿Me harías otro favor?

—Tú dirás, hermanito —dijo Becker.

—Hay una señora ahí dentro, con un bebé. ¿Alguna posibilidad de soltarla también a ella?

Becker aplastó la colilla de un cigarrillo. Su voz siguió siendo normal, pero la actitud jocosa de sus compadres cesó de inmediato.

—¿Una señora? —preguntó Becker.

Littlemore supo enseguida que algo se había torcido, pero no sabía qué.

—Se refiere a Susie, jefe —dijo Gyp, cuyo verdadero nombre era Horowitz.

—¿Susie? Susie Merrill no está en mi calabozo, ¿o sí, Whitey? —dijo Becker.

—Está ahí dentro, jefe —respondió Whitey, cuyo nom bre verdadero era Seidenschner.

—¿Tienes algo con Susie. Jimmy?

—No, Beck —dijo Littlemore—. Es que he pensado que hombre, que estando con ese bebé y demás…

—Ajá —dijo Becker.

—Olvida lo que he dicho. Beck —dijo Littlemore—. Me refería a que si…

Becker gritó a los guardias que soltaran a Susie inmediatamente. Acompañó la orden con una sarta de imprecaciones selectas que expresaban su indignación por el hecho de que un bebé estuviera en su calabozo y gritando a voz en cuello que si volvían a entrar «otros bebés» allí en el futuro se los trajeran de inmediato a su presencia. Este último comentario desató un torrente de carcajadas entre los compadres de la timba. Littlemore decidió que lo mejor era esfumarse sin tardanza. Dio las gracias por tercera vez a Becker —ahora éste no le contestó— y condujo a Betty hasta la calle.

La calle Diez estaba casi desierta. Una brisa soplaba desde el oeste. En la escalinata de la entrada de la cárcel, bajo las sombras del colosal edificio victoriano, Betty se detuvo:

—¿Sabes quién es esa mujer? —le preguntó a Littlemore— ¿La del bebé?

—Me hago una idea.

—Pero Jimmy, es…, es una madama.

—Lo sé —dijo Littlemore, sonriendo—. He estado en su casa.

Betty le dio una bofetada en un lado de la boca.

—Huy —dijo Littlemore—. Sólo fui a hacerle algunas preguntas sobre el asesinato de Riverford.

—Oh, Jimmy, ¿y por qué no lo has dicho antes? —dijo Betty. Se llevó las manos a la cara, y luego las puso en la de él, y sonrió—. Lo siento…

Se abrazaron. Seguían abrazándose instantes después, cuando las pesadas puertas de roble de la cárcel se abrieron con ruido y cayó sobre ellos un haz de luz. Susan Merrill estaba en el umbral, cargada con el bebé, con uno de sus enormes sombreros. Littlemore la ayudó a bajar las escaleras. Betty se ofreció a coger al bebé en brazos, a lo que la mujer accedió de buen grado.

—Así que eres tú el que me ha echado una mano —dijo Susie—. Supongo que crees que ahora te debo algo, ¿no?

—No, señora.

Susie levantó la cabeza para mirar mejor al detective. Reclamó el bebé a Betty y, en un susurro tan tenue que Littlemore apenas alcanzó a oírla, dijo:

—Vas a hacer que te maten.

Ni Littlemore ni Betty dijeron nada.

—Sé a quién andas buscando —siguió Susie, aún en voz apenas audible—. El 18 de marzo de 1907.

—¿Qué?

—Sé quién, y sé qué. Tú no lo sabes, pero yo sí. Pero yo no hago nada gratis.

—¿Qué pasa con el 18 de marzo de 1907?

—Averígualo tú. Y échale el guante tú —dijo Susie entredientes, con un veneno tan virulento en el tono que cubrió con una mano la cara del bebé como si quisiera protegerlo de él.

—¿Qué pasó ese día? —insistió Littlemore.

—Pregúntalo en la puerta de al lado —susurró Susie Merríll, antes de desaparecer en la penumbra creciente.

Rose nos echó del apartamento; una verdadera delicadeza por su parte. No quería por nada del mundo que Freud se metiera en labores de limpieza. Y en cuanto a Brill, parecía tan nulo como un soldado con síndrome de DaCosta. [14] No iba a venir a la cena, anunció, y nos pidió que lo excusáramos de algún modo.

Jones tomó el metro hasta su hotel, que estaba un poco más al sur de la ciudad y era más barato que el nuestro, mientras que Freud, Ferenczi y yo decidimos caminar hasta el Hotel Manhattan atajando por el parque. Es asombroso lo desierto que puede estar al anochecer el mayor parque de Nueva York. Primero barajamos hipótesis acerca del extraordinario estado en que habíamos encontrado el apartamento de Brill; luego Freud nos preguntó a Ferenczi y a mí cómo debería responder a la carta del presidente Hall.

Ferenczi declaró que debíamos enviar un desmentido inmediato, explicando que la conducta impropia atribuida a Freud era en realidad imputable a Jones y a Jung. A ojos de Ferenczi, lo único que estaba por ver era si Hall nos creía o no.

— Ya conoce a Hall. Younger —dijo Freud—. ¿Qué opina al respecto?

—El presidente Hall aceptará vuestra palabra —respondí, queriendo decir que aceptaría la *mía*—. Pero me he estado preguntando, doctor Freud, si no será precisamente eso lo que ellos quieren que usted haga.

—¿Quiénes?

—Quienes estén detrás de todo esto —dije.

—No le sigo dijo Ferenczi.

—Entiendo lo que Younger quiere decir —dijo Freud—. Quienquiera que haya urdido esto sabe sin duda que esas conductas son atribuibles a Jones y a Jung, no a mí. Por lo tanto me empujan a incriminar a mis amigos, con lo que Hall ya no podrá afirmar que se enfrenta a un mero rumor. Por el contrario, yo habré corroborado la acusación, y Hall se verá obligado a tomar medidas. Que posiblemente incluirán el veto de las conferencias de Jones y Jung la semana próxima. Yo sigo pronunciando

las mías, a cambio de la caída en desgracia de dos de mis seguidores; de los dos mejor situados para expandir mis ideas por el mundo.

—Pero no puede usted no decir nada —protestó Ferenczi—. Como si fuera usted culpable de lo que le acusan.

Freud se quedó pensativo.

—Negaremos las acusaciones; pero no haremos más que eso. Le mandaré a Hall una breve carta haciendo constar los hechos: soy un hombre casado, jamás me han despedido de un hospital, jamás me han disparado, etcétera. Younger, ¿le colocará a usted esto en una situación incómoda?

Comprendí la pregunta. Quería saber si me sentiría obligado a informar a Hall de que, si bien Freud era inocente de los cargos que se le imputaban, Jones y Jung no lo eran. Naturalmente, yo no iba a hacer tal cosa.

—En absoluto, señor —le respondí.

—Perfecto —concluyó Freud—. A partir de ahí, lo dejaremos en manos de Hall. Si, a causa de la «jugosa donación» prometida, Hall está dispuesto a impedir que en las aulas de su universidad se enseñen las verdades del psicoanálisis, entonces… no es un aliado que merezca la pena, y los Estados Unidos pueden irse al diablo.

Ante la entrada de la cárcel de Jefferson Market, Betty Longobardi le dijo a Littlemore:

—Vámonos de aquí.

Littlemore no sentía los mismos deseos de irse. Hizo que Betty le siguiera hacia la Sexta Avenida, con su riada de hombres y mujeres rumbo al norte camino de casa. En la esquina, a unos pasos de la escalinata del juzgado, Littlemore se detuvo y se negó a moverse. Por encima del estruendo atronador del tren elevado, empezó a contarle a Betty, lleno de excitación, el ajetreado día que había tenido hasta entonces.

—Pero esa mujer ha dicho que van a matarte, Jimmy —fue la respuesta de Betty, y a Littlemore le pareció que ésta no denotaba por sus logros todo el aprecio que él hubiera deseado.

—También ha dicho que debía preguntar en la puerta de al lado —respondió—. Y seguro que se refería a este juzgado. Vamos; lo tenemos ahí delante.

—No quiero.

—Es un juzgado, Betty. No puede pasarnos nada malo en un juzgado.

Una vez dentro, Littlemore le mostró la placa al funcionario, que les dijo dónde estaban los archivos, pero advirtiéndoles de que nadie iba a estar allí a aquellas horas. Después de subir dos tramos de escaleras y de recorrer un intrincado y vacío laberinto de pasillos, Littlemore y Betty llegaron a una puerta en la que se leía ARCHIVOS. La puerta estaba cerrada con llave, y al otro lado, entrevieron, todo estaba a oscuras. Forzar cerraduras para entrar en los sitios no era el *modus operandi* habitual de

Littlemore, pero dadas las circunstancias lo juzgó justificado. Betty miró a derecha e izquierda, nerviosa.

Littlemore forzó la cerradura. Cerró la puerta a su espalda, encendió la luz eléctrica. Estaban en una pequeña oficina con un gran escritorio. Había una puerta al fondo, y no estaba cerrada con llave. La puerta daba a un espacioso cuarto que parecía un almacén, lleno de armarios dispuestos uno tras otro, con cajones rotulados.

—No pone fechas —dijo Betty—. Sólo letras.

—Habrá una agenda de casos —dijo Littlemore—. Siempre hay una agenda de casos. Espera a que la encuentre.

No le llevó mucho tiempo. Volvió hasta el escritorio, donde además de dos máquinas de escribir, secantes y tinteros había un montón de tomos encuadernados en cuero, cada uno de ellos de medio metro aproximadamente de ancho. Littlemore abrió el primero. Cada página representaba un día del Tribunal Supremo de Nueva York, Período de Sesiones, Partes I a III. Las páginas que hojeó eran todas de 1909. Luego abrió un segundo tomo, que resultó ser una agenda de casos de 1908, y luego un tercero. Pasando rápidamente las hojas, llegó al 18 de marzo de 1907. Vio docenas de líneas de nombres y números de casos, consignados por manos expertas en escritura a plumilla, con numerosas tachaduras y enmiendas. Leyó en voz alta:

—*Diez quince de la mañana, casos del día, Parte III Wells* versus *Interborough R. T. Co. Truax, J.* Muy bien, Wells. Tenemos que encontrar Wells.

Pasó junto a Betty deprisa y volvió a entrar en el cuarto de los archivos, donde en el cajón rotulado con una W encontró el caso de Wells *versus* IRT: un clip unía tres hojas. Las miró.

—No hay nada —dijo—. Quizá fue un accidente de metro. Ni siquiera llegaron ante un tribunal.

Volvió a los tomos de cuero.

—Bernstein *versus* el mismo —leyó—. Mensinub *versus* el mismo. Selxas *versus* el mismo. Dios, hay como mínimo unos veinte casos contra la IRT. Supongo que tendremos que mirarlos uno por uno.

—Puede que ésos no sean los que buscas, Jimmy. ¿No hay nada más?

—*Diez quince de la mañana, Período de Sesiones: Tarbles* versus *Tarbles.* ¿Un divorcio?

—¿Eso es todo? —preguntó Betty.

—*Diez treinta de la mañana, Período de Sesiones, Parte I, Período criminal (continuación del período de enero): el pueblo* versus *Harry K. Thaw*.

Se miraron el uno al otro. Betty y Littlemore reconocieron el nombre al instante, como lo hubiera reconocido cualquier vecino de Nueva York, y, en aquellos días, casi cualquier habitante de la nación.

—Éste es aquel… —dijo Betty.

—… que mató al arquitecto en el Madison Square Garden —terminó la frase Littlemore. Luego cayó en la cuenta de por qué había callado Betty: se oían unos pesados pasos acercándose por el pasillo.

—¿Quién será? —susurró Betty.

—Apaga la luz —le dijo Littlemore.

Betty estaba al lado de la lámpara. Palpó debajo de la pantalla y tanteó en busca de los interruptores, pero el resultado de sus esfuerzos fue que se encendió otra bombilla. Los pasos cesaron. Luego volvieron a oírse. Ahora se dirigían sin ningún género de duda hacia la oficina de los archivos.

—Oh, no —dijo Betty—. Escondámonos en el cuarto de los archivos.

—No es una buena idea —dijo Littlemore.

Los pasos se acercaban más y más, y se detuvieron ante la puerta. El pomo giró, y la puerta se abrió. Era un hombre de corta estatura, con un sombrero de fieltro de ala curva y un terno de aspecto barato. El bolsillo interior de la chaqueta le abultaba un poco, como si llevara una pistola. —¿No hay excusados aquí? —preguntó.

—En la segunda planta —dijo Littlemore.

—Gracias —dijo el hombre, y cerró la puerta a su espalda.

—Vamos —dijo Littlemore, volviendo apresuradamente al cuarto de los archivos.

El caso del Pueblo *versus* Thaw ocupaba unas dos docenas de cajones. Littlemore encontró la transcripción del juicio: miles de hojas divididas en legajos de diez centímetros de espesor, atados con gomas elásticas. La transcripción, en determinados pasajes, resultaba ilegible: letras desiguales, falta de puntuación, frases enteras de palabras incomprensibles. De la fecha del 18 de marzo de 1907 no había más que cincuenta o sesenta hojas. Littlemore fue hojeándolas hasta llegar a unas cuantas diferentes del resto, de mecanografía pulcra, separadas en párrafos, bien puntuadas.

—Un affidávit —dijo.

—Oh, Dios mío —dijo Betty—. ¡Mira!

Apuntaba hacia la frase *me agarró por el cuello* y hacia la palabra *látigo*.

Littlemore volvió rápidamente hasta la primera hoja del affidávit. Estaba fechada el 27 de octubre de 1903, y comenzaba así: *Evelyn Nesbit, después del preceptivo juramento, afirma…*

—Es la mujer de Thaw, la corista —dijo Betty.

Evelyn Nesbit había sido descrita por más de un autor encandilado de la época como la joven más hermosa que hubiera existido jamás. Se casó con Harry Thaw en 1905, un año antes de que Thaw diera muerte a Stanford White.

—Antes de convertirse en su esposa —dijo Littlemore.

Siguieron leyendo:

Vivo en el Savoy Hotel, Quinta Avenida con la calle Cincuenta y nueve, en la ciudad de Nueva York. Tengo dieciocho años, y nací el día de Navidad del año 1884.

Varios meses antes de junio de 1903 estuve en el Doctor Bell's Hospital de la calle Treinta y tres oeste, donde me operaron de apendicitis; y en el mes de junio, a petición de Henry Kendall Thaw, viajé a Europa. El señor Thaw y yo viajamos por Holanda y nos detuvimos en varios lugares para los enlaces de trenes, y luego fuimos a Múnich, en Alemania. Luego viajamos por las tierras altas de Bavaria, y finalmente fuimos al Tirol austriaco. Durante todo este tiempo el citado señor Thaw y yo viajábamos como marido y mujer, y nos representaba el citado señor Thaw, bajo el nombre de señor y señora Dellis.

—El muy víbora —dijo Betty.
—Bueno, al menos luego se casó con ella —dijo Littlemore.

Después de viajar juntos unas cinco o seis semanas, el citado señor Thaw alquiló un castillo en el Tirol austriaco, situado a media ladera de una montaña aislada. Este castillo debía de haber sido construido hacía varios siglos, pues las habitaciones y las ventanas eran de estilo muy antiguo. El señor Thaw me asignó un dormitorio para mi uso personal.

La primera noche estaba muy cansada, y me fui a la cama después de la cena. A la mañana siguiente desayuné con el citado señor Thaw. Después del desayuno, el señor Thaw dijo que quería contarme algo, y me pidió que entrara en mi dormitorio. Lo hice, y el señor Thaw, sin que yo lo provocara en absoluto, me agarró por el cuello y me arrancó el albornoz de mala manera. El citado Thaw estaba en un estado de excitación tremendo. Los ojos eran fieros, y tenía en la mano un látigo de cuero de vaca. Me agarró de nuevo y me tiró encima de la cama. Yo estaba indefensa, y quise gritar, pero el citado Thaw me puso los dedos en la boca y trató de ahogarme.

Entonces, sin provocación por mi parte, y sin el más mínimo motivo, empezó a darme fuertes y violentos latigazos. Tan brutalmente que me cortó y me magulló toda la piel. Yo le supliqué que no siguiera haciéndolo, pero no me hizo caso. De minuto en minuto paraba para descansar, pero enseguida volvía a azotarme.

Tenía un miedo horrible a que me matara; los criados no debían de oír mis lamentos, porque mi voz no llegaba muy lejos en el enorme castillo, y no podían venir a socorrerme. El citado Thaw me amenazaba con matarme, y su brutal agresión, como he dicho, me impedía moverme.

A la mañana siguiente Thaw vino a mi dormitorio y me sometió a un castigo parecido al del día anterior. Me fustigó con el látigo de cuero de vaca, y me desmayé. No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento.

— Qué horrible —dijo Betty—. Pero se casó con él… ¿Por qué?

—Por su dinero, supongo —dijo Littlemore. Volvió a pasar las hojas del affidávit, y dijo—: ¿Crees que es esto? ¿Lo que Susie me dijo que buscara?

—Debe de ser, Jimmy. Es lo mismo que le hicieron a la pobre señorita Riverford.

—Sí, lo sé —dijo Littlemore—. Pero esto es una declaración jurada, un affidávit. ¿Te parece Susie una persona que sepa mucho de affidávits?

—¿Qué quieres decir? No puede ser una coincidencia.

—¿Por qué iba a acordarse del día, del día exacto, en que este affidávit se leyó ante un tribunal? Algo no encaja. Creo que hay algo más. —Littlemore se sentó en el suelo, y siguió leyendo la transcripción. Betty suspiró con impaciencia. De pronto el detective dijo en voz alta—: Un momento. Aquí está. Mira esta P, Betty. El fiscal, el señor Jerome, está haciendo las preguntas. Mira quién es el testigo, el que está respondiendo a esas preguntas.

En el punto que Littlemore estaba señalando, la transcripción rezaba como sigue:

P. *¿Cuál es su nombre?*

R. *Susan Merrill.*

P. *Diga su profesión, por favor.*

R. *Tengo una casa de huéspedes para caballeros en la calle Cuarenta y tres.*

P. *¿Conoce a Harry K Thaw?*

R. *Sí, lo conozco.*

P. *¿Cuándo lo conoció?*

R. *En 1903. Vino a mi casa para alquilar unas habitaciones. Y se las alquilé.*

P. *¿Para qué dijo que las quería?*

R. *Dijo que estaba contratando a señoritas para el mundo del espectáculo.*

P. *¿Llevó visitas a las habitaciones a partir de entonces?*

R. *Sí. La mayoría mujeres jóvenes, de quince años en adelante. Decían que querían dedicarse a los escenarios.*

P. *¿Pasó en algún momento algo fuera de lo normal estando alguna de esas*

jóvenes en su casa?

R. *Sí. Una joven habla entrado en la habitación del señor Thaw. Al poco empecé a oír gritos, y entré corriendo en la habitación. La joven estaba atada a un poste de la cama. El tenia un látigo en la mano derecha, y estaba a punto de azotarla. La joven tenia el cuerpo lleno de verdugones.*

P. *¿Qué llevaba puesto?*

R. *Casi nada.*

P. *¿Qué sucedió después?*

R. *Él estaba como loco y salió corriendo. La joven me dijo que habla intentado mataría.*

P. *¿Puede usted describir el látigo?*

R. *Era un látigo de amaestrar perros. Aquella vez.*

P. *¿Hubo otras veces?*

R. *En otra ocasión fueron dos las chicas. Una de ellas estaba desnuda, y la otra casi. Las estaba azotando con una fusta de amazona.*

P. *¿Habló usted con él de ello alguna vez?*

R. *SI, lo hice. Le dije que no eran más que unas jovencitas y que no tenia derecho a azotarlas.*

P. *¿Qué explicación le dio él?*

R. *Ninguna en absoluto. Dijo que lo necesitaban.*

P. *¿Informó de ello a la policía?*

R. *No.*

P. *¿Por qué no?*

R. *Me dijo que si lo hacia me mataría.*

XV

— Vamos —dijo Freud, cambiando de tema; volvíamos de casa de Brill y paseábamos por el parque camino del hotel—. Cuéntenos cómo le va con la señorita Nora.

Vacilé. Pero Freud me aseguró que podía hablar con toda libertad delante de Ferenczi, así que le referí toda la historia con detalle. El ilícito comercio carnal entre el señor Acton y la señora Banwell, presenciado por una Nora de apenas catorce años, algo más o menos intuido ya por Freud; la rabieta de la señorita Acton en la habitación del hotel, dirigida directamente contra mi persona; su aparente recuperación de la memoria, y la consiguiente identificación de señor Banwell como su agresor; la súbita aparición del propio Banwell, en compañía de los padres de la joven y del alcalde, y la coartada proporcionada por éste al señor Banwell.

Ferenczi, después de proclamar su repulsión por la naturaleza del acto realizado por la señora Banwell a Harcoun Acton —algo que se me antojó difícil de entender, viniendo de un psicoanalista—, preguntó por qué Banwell no podía haber agredido a Nora Acton aun cuando no hubiera asesinado a Elizabeth Riverford. Le expliqué que yo le había formulado la misma pregunta al detective, y que al parecer existían pruebas físicas que llevaban a concluir que las dos agresiones habían sido perpetradas por el mismo hombre.

—Dejemos los temas forenses a la policía, ¿de acuerdo? —dijo Freud—. Si el psicoanálisis pudiera ayudar en sus pesquisas, mejor que mejor. Si no, al menos ayudaremos al paciente. Tengo dos preguntas para usted, Younger. La primera: ¿no encuentra usted nada extraño en la afirmación de Nora de que, cuando vio a la señora Banwell con su padre, no entendió qué estaba presenciando exactamente?

—La mayoría de las norteamericanas de catorce años suele estar muy mal informada sobre ese particular, doctor Freud.

—Me hago cargo de ello —replicó Freud—, pero no me estoy refiriendo a eso. Lo que ella estaba insinuando es que ahora *si* entendía lo que había presenciado, ¿me equivoco?

—No, así es.

—¿Considera usted que una chica de diecisiete años estaría mucho mejor informada al respecto que una de catorce?

Empecé a captar lo que quería decirme.

—¿Cómo sabe ahora —preguntó el doctor Freud— lo que no sabía entonces?

—Ayer me dio a entender —le respondí— que lee libros de contenido explícito a ese respecto.

—Ah, sí, exacto, muy bien. En fin, habremos de reflexionar más sobre el asunto. Pero, por ahora, he aquí mi segunda pregunta: dígame, Younger, ¿por qué se revolvió

contra usted?

—¿Se refiere a por qué me lanzó la taza y el platillo?

—Sí —dijo Freud.

—Y le dio con la tetera llena de té hirviendo —añadió Ferenczi.

No tenía ninguna respuesta.

—Ferenczi, ¿podría usted iluminar a nuestro amigo?

—Yo también estoy en la oscuridad —respondió Ferenczi—. La chica se ha enamorado de él. Eso es más que obvio.

Freud se dirigió a mí:

—Vuelva a pensar en ello. ¿Qué le dijo usted justo antes de que se pusiera violenta?

—Acababa de tocarle la frente —dije—, y no había dado resultado. Me senté. Le pedí que terminara una analogía que había empezado minutos antes. Estaba comparando con algo la blancura de la espalda de la señora Banwell, pero se interrumpió y no acabó de concretar ese algo. Le pedí que completara la comparación.

—¿Por qué? —preguntó Freud.

—Porque usted ha escrito que cuando un paciente empieza una frase y se interrumpe y no la acaba, es que se está manifestando una represión.

—Buen chico… —dijo Freud—. ¿Y cómo reaccionó Nora?

—Me dijo que me fuera. Sin previo aviso. Y entonces empezó a tirarme cosas.

—¿Así, sin más? —dijo Freud.

—Sí.

—¿Y?

De nuevo no supe qué responder.

—¿No se le ocurrió que Nora estaba celosa de cualquier interés que usted pudiera mostrar por Clara Banwell? ¿En especial de su espalda desnuda?

—¿Interés por la señora Banwell? —repetí, maquinalmente—. Jamás he visto a la señora Banwell.

—El inconsciente no se anda con demasiadas sutilezas en estos casos —dijo Freud—. Considere los hechos. Nora acababa de describir cómo Clara Banwell le hacía una felación a su padre, algo que ella presenció a la edad de catorce años. El acto es, por supuesto, repugnante para cualquier persona decente; nos causa el mayor de los ascos. Pero Nora no muestra ante usted ningún asco, pese a dejar entrever que entiende perfectamente la naturaleza de tal acto. Incluso dice que los movimientos de la señora Banwell lee parecieron seductores. Ahora bien, es absolutamente imposible que Nora contemplara aquella escena sin sentir unos terribles celos. Una chica ya lo pasa bastante mal soportando a su propia madre: jamás podrá ver que otra mujer despierta la pasión de su padre sin sentir un acerbo y hondo resentimiento contra la

intrusa. Nora, por tanto, envidiaba a Clara. Quería ser ella la que le hiciera una felación a su padre. Pero reprimió ese deseo; y lo ha estado alimentando desde entonces.

Hacía un momento había reprobado en mi interior a Ferenczi por haber mostrado repulsión ante un acto sexual «desviado», repulsión que yo, por una u otra razón, no compartía, pese al comentario de Freud en el sentido de que toda persona decente debería sentirla. Ahora, sin embargo, me encontré a mí mismo anegado por el mismo sentimiento. El deseo que le atribuía Freud a la señorita Acton me revolvía el estómago. Y ese asco resulta muy tranquilizador; hace las veces de prueba moral. Es difícil prescindir de un sentimiento moral anclado por el asco. No podríamos hacerlo sin que nuestro armazón del bien y del mal temblara de arriba abajo, como si hubiéramos perdido un tablón que sustentara todo el entramado.

—Al mismo tiempo —prosiguió Freud—, Nora planeó seducir al señor Banwell, para vengarse de su padre. Por eso, apenas unas semanas después, accedió a subir a la azotea a solas con Banwell para ver los fuegos artificiales. Por eso se avino también a pasear a solas con él por la orilla del romántico lago dos años después. Probablemente lo incitó con insinuaciones de sentirse interesada, como cualquier chiquilla bonita sabe hacer. La sorpresa que debió de sentir él cuando se vio rechazado enérgicamente, y no una, sino dos veces.

—Cosa que hizo porque el verdadero objeto de su deseo era su padre —añadió Ferenczi—. Pero, aun así, ¿por qué se pone como una fiera y ataca a Younger?

—Eso, ¿por qué, Younger? —preguntó Freud.

—Porque yo encarno la figura del padre.

—Exacto. Cuando usted la está psicoanalizando, asume el papel del padre. Es la predecible reacción de transferencia. En consecuencia, Nora desea ahora inconscientemente satisfacer a Younger con la boca y la garganta. Esa fantasía la estaba perturbando cuando Younger se acercó a ella para tocarle la frente. Según nos ha contado, en ese momento Nora empezó a soltarse el pañuelo del cuello. Ese gesto es una invitación a que Younger se aproveche de ella. Aquí, he de añadir, viene también la explicación de por qué tuvo éxito el hecho de tocarle la garganta, mientras que no lo tuvo el tacto de la frente. Pero Younger declinó la invitación y le dijo que no necesitaba quitarse el pañuelo. Y Nora se sintió rechazada.

—No parecía ofendida —dije yo—. Yo no entendía por qué.

—No olvide —prosiguió Freud— que ella se comporta como una joven presumida en relación con las magulladuras del cuello. De lo contrario, no se habría puesto el pañuelo. Así que se sentía muy sensible sobre cómo reaccionaría usted al verle el cuello y la espalda. Cuando usted le dijo que no se quitara el pañuelo, hirió sus sentimientos. Y cuando, poco después, sacó usted a relucir el asunto de la espalda de Clara Banwell, fue como si le hubiese dicho: «Es por Clara por quien me siento

interesado, no por usted. Es la espalda de Clara la que quiero ver, no la suya». Así, sin buscarlo, le hizo usted revivir el acto de la traición de su padre, provocando en ella esa furia súbita, de otro modo inexplicable. De ahí su violenta arremetida contra usted, seguido de un deseo de ofrecerle la garganta y la boca.

—Irrefutable —dijo Ferenczi, sacudiendo la cabeza con admiración.

Al entrar en el salón de su casa de Gramercy Park, Nora Acton informó a su madre de que no dormiría en su alcoba esa noche; lo haría en la salita de la planta baja. Desde allí podría ver a los policías apostados en el exterior. De otra manera, dijo, no se sentiría segura.

Éstas fueron las primeras palabras que Nora dirigía a sus padres desde su salida del hotel. Cuando llegaron a casa, se había ido directamente a su habitación. Habían llamado al doctor Higginson, pero Nora no había querido verle. También se negó a bajar a cenar, alegando que no tenía hambre. Lo cual era falso, pues no había comido nada desde la mañana, cuando la señora Biggs le había preparado el desayuno.

Mildred Acton, recostada en el sofá del salón, anunció que estaba exhausta y le dijo a su hija que no estaba siendo nada razonable. Con sendos policías haciendo guardia tanto en la puerta principal como en la trasera, ¿cómo podía existir algún peligro? Así que de ningún modo iba a permitir que Nora durmiera en la salita de la planta baja. Los vecinos podrían verla, y ¿qué iban a pensar? La familia debía esforzarse al máximo para comportarse como si no hubiera caído sobre ella la desgracia.

—Madre —dijo Nora— ¿cómo puedes decir que he sido deshonrada?

—Yo no he dicho tal cosa. Harcourt ¿he dicho yo tal cosa?

—No querida —dijo Harcourt Acton, de pie ante la mesa de centro. Estaba examinando detenidamente la correspondencia acumulada de las últimas semanas—. Por supuesto que no.

—Lo que he querido decir exactamente es que debemos comportarnos como si no hubieras sido deshonrada.

—Pero es que no he sido deshonrada —dijo la joven.

—No seas obtusa, Nora —le reconvino su madre.

Nora suspiró.

—¿Qué tienes en el ojo, padre?

—Oh, un accidente de polo —explicó Harcourt Acton—. Me di yo mismo con el astil, tonto de mí. ¿Te acuerdas del desprendimiento de retina que tuve? Pues es el mismo ojo. No veo nada de nada con él. ¿Cómo se llama esa mala suerte que siempre tiene uno?

Nadie contestó a su pregunta.

—Bueno —añadió enseguida—, no es nada comparado con lo tuyo, Nora, por

supuesto. No he querido decir que…

—¡No te sientes ahí! —le gritó la señora Acton a su marido, cuando éste se hallaba a punto de dejarse caer en un sillón—. No, tampoco ahí. Mandé tapizar esos sillones justo antes de marcharnos.

—Pero ¿dónde voy a sentarme, entonces, querida? —preguntó Acton.

Nora cerró los ojos. Se dio la vuelta para irse.

—Nora —dijo su madre—, ¿cuál es el nombre de esa facultad a la que vas a ir?

La joven se detuvo en medio del salón, con todos los músculos tensos.

—Barnard —dijo.

—Harcourt, tendremos que contactar con ellos mañana a primera hora.

—¿Para qué tenéis que contactar con ellos? —preguntó Nora.

—Para decirles que no vas a ir, naturalmente —dijo Mildred Acton—. No puedes hacerlo en las actuales circunstancias. El doctor Higginson dice que tienes que descansar. Yo nunca he aprobado que fueras, además. ¡Una facultad para señoritas! En mis tiempos jamás se oyó nada parecido.

Nora enrojeció.

—No puedes.

—¿Cómo dices? —dijo la señora Acton.

—Voy a recibir una educación.

—¿Has oído eso, Harcourt? Me ha llamado inculta —le dijo a su marido Mildred Acton—. Esas copas no, Harcourt; usa las que están encima.

—¿Padre? —dijo Nora.

—Bien, Nora —dijo su padre—, tenemos que pensar qué es lo mejor para ti.

Nora miró a sus padres con indisimulada furia. Salió corriendo del salón y subió las escaleras sin detenerse en la primera planta, donde estaba su dormitorio, ni en la segunda, y llegó a la tercera, de techos bajos y pequeños cuartos. Fue directamente a la alcoba de la señora Biggs, entró y se echó en la cama de la anciana criada, hundiendo la cara en la áspera almohada. Si su padre no le permitía ir a Barnard, le dijo a la señora Biggs, se escaparía de casa.

La señora Biggs hizo cuanto pudo por consolar a Nora. Unas buenas horas de sueño, le dijo, le harían mucho bien. Era ya medianoche cuando Nora accedió al fin a irse a la cama. Para cerciorarse de que se sentía segura, la señora Biggs hizo que el señor Biggs se sentara en el pasillo en una silla pegada a la puerta de la alcoba de su joven señora, y se quedara allí sentado toda la noche.

El viejo sirviente no se despegó ni un segundo de su puesto aquella noche, aunque se quedó dormido al cabo de un raro. Los agentes de policía hicieron asimismo su guardia en el exterior de la casa. Resultó, pues, enormemente sorprendente que, en mitad de la noche, Nora Acton sintiera de pronto que alguien le apretaba con fuerza un pañuelo contra la boca, mientras le ponía en el cuello la fría y

afilada hoja de una navaja.

Nunca había estado en casa de Jelliffe, y no me esperaba tal lujo ostentoso. El vocablo *apartamento*no era el apropiado en este caso, a menos que uno tuviera en mente los *apartamentos reales*, como los de Versalles, que era claramente la morada que Jelliffe pretendía evocar. Podía verse por doquier porcelana china azul, estatuas blancas de mármol, multitud de patas exquisitamente torneadas: patas de cómodas altas, patas de sofás Davenport, patas de aparadores Credenza… Si lo que quería Jelliffe era transmitir a sus invitados una impresión de riqueza personal, lo conseguía con creces.

Conocía a Freud lo bastante para saber que todo aquello le repelía, y el bostoniano que había en mí sentía lo mismo. Ferenczi, por el contrario, se mostraba cándidamente abrumado por todo aquel esplendor. Le entreoí intercambiando chanzas antes de la cena con dos damas de edad en el salón, donde los sirvientes nos ofrecieron entremeses en bandejas de oro, no de plata. Ferenczi, con traje blanco, era el único varón que no vestía de negro. Algo que no parecía incomodarle en absoluto.

—Tanto oro —les decía admirativamente a las damas; en el alto techo podían contemplarse escenas celestiales de yeso ribeteadas de pan de oro—. Me recuerda a nuestra Ópera de Budapest, obra de Ybl. ¿Han estado allí alguna vez?

Ninguna de las dos damas había estado nunca en la Ópera de Budapest. Y se mostraron confusas. ¿No les acababa de decir Ferenczi que venía de Hungría?

—Sí, sí —dijo Ferenczi—. Oh, miren ese pequeño querubín de la esquina, con las diminutas uvas colgándole de la boca. ¿No es adorable?

Freud estaba enfrascado en su conversación con James Hyslop, profesor retirado de lógica de la Universidad de Columbia, que llevaba una trompetilla del tamaño de la campana de un gramófono. Jelliffe se había adherido como un apéndice a Charles Loomis Dana, el eminente neurólogo que, a diferencia de él, era un asiduo de los mismos círculos sociales que la tía Mamie. En Boston, los Dana eran la realeza: Hijos de la Libertad, íntimos de los Adams, etcétera. Yo conocía a una de las primas lejanas de los Dana, una tal señorita Draper, de Newport, donde más de una vez había hecho que el teatro casi se viniera abajo con su interpretación de un viejo sastre judío. Jelliffe me recordaba a un senador *estrechador* de manos. Exhibía una expresión de una muy alta valía propia, y movía su impresionante circunferencia corporal como si ésta fuera sinónimo de masculinidad.

Jelliffe me atrajo hacia su grupo, al que regalaba con historias de su famoso cliente Harry Thaw, que al parecer vivía como un rey en el hospital donde estaba confinado. Jelliffe llegó hasta el punto de decir que se cambiaría por él sin pensarlo dos veces. Lo que saqué en claro de sus comentarios al respecto fue que Jelliffe disfrutaba enormemente del hecho de ser su psiquiatra.

—¿Se imaginan ustedes? —añadió—. Hace un año nos tenía a todos atestiguando sobre su insania, para librarlo de la acusación de asesinato. iHoy quiere que atestigüemos que está cuerdo, para librarlo del manicomio! ¡Y lo conseguiremos!

Jelliffe rió de forma atronadora, con el brazo sobre el hombro de Dana. Varios de sus oyentes se unieron a sus carcajadas. No Dana, ciertamente. Había como una docena de invitados diseminados por el salón, pero comprendí que se esperaba muy especialmente a uno más. Y, en efecto, poco después el mayordomo abrió las puertas y precedió a una dama hasta el interior de la sala.

—La señora Clara Banwell —anunció.

— ¿Puede usted psicoanalizar a cualquiera, doctor Freud? —preguntó la señora Banwell, al entrar en el comedor de Jelliffe con los demás comensales—. ¿Podría psicoanalizarme a mí?

En 1909, los invitados a una mesa norteamericana de moda, cuando se les convocaba finalmente a ésta, hacían su entrada en el comedor por parejas, cada una de las damas del brazo de uno de los caballeros. La señora Banwell no iba del brazo de Freud, sin embargo. En el último momento había dejado caer los dedos en la muñeca de Younger, pero aun así se las arregló para dirigirse a Freud, y al hacerlo atrajo la atención de todo el grupo.

Clara Banwell había vuelto del campo justo aquella mañana, en el mismo automóvil que el señor y la señora Acton. Jelliffe se había encontrado con ella por casualidad en el vestíbulo del edificio, y al saber que su marido, el señor George Banwell, tenía otro compromiso, le había rogado que asistiera a su cena aquella noche. Le había asegurado que compartiría la velada con invitados de lo más interesante. A Jelliffe Clara Banwell le parecía absolutamente irresistible, y su marido insoportable.

En determinadas ocasiones sociales, hombres por lo general dignos y graves se comportan como actores en escenario, y actúan mientras hablan, y mientras actúan gesticulan. Y el motivo siempre es una mujer. Clara Banwell producía ese efecto en los invitados varones de Jelliffe. Tenía veintiséis años, y una piel blanca de princesa japonesa empolvada. Todo en ella era perfecto. Su figura, exquisita. Su pelo, negro oscuro. Sus ojos, verde mar, y con el brillo de una inteligencia provocadora. De cada oreja pendía una iridiscente perla oriental, y del cuello, de una finísima cadena de plata, una única perla concha rosa, engastada en un cestillo de platino y brillantes. En cuanto esbozaba una sonrisa —y jamás hacía más que esbozarla—, los hombres caían a sus pies.

—Lo que las mujeres quieren —respondió Freud a su pregunta, mientras los invitados iban tomando asiento a la mesa, una mesa rutilante de cristal— es un misterio, tanto para el psicoanalista como para el poeta. Si al menos pudiera usted

decírnoslo, señora Banwell… Pero no puede. Ustedes son el problema, pero son tan incapaces de resolverlo como nosotros los pobres varones. Ahora bien, lo que los *hombres*quieren es casi siempre obvio. Nuestro anfitrión, por ejemplo, en lugar de la cuchara, acaba de coger el cuchillo.

Todas las miradas se volvieron hacia la voluminosa y sonriente figura de Jelliffe, que presidía la mesa, y era cierto: en la mano derecha tenía el cuchillo, pero no el cuchillo del pan, sino el del segundo plato.

—Y ello significa que la señora Banwell ha despertado los instintos agresivos de nuestro anfitrión —dijo Freud—. Esta agresividad, que surge en circunstancias de competencia sexual fácilmente comprensibles para todo el mundo, guía su mano hacia el cubierto equivocado, y revela así deseos inconscientes ocultos incluso para él mismo.

Se levantó un murmullo entre los comensales.

—Un poco, un poco, he de confesar —exclamó Jelliffe, con desenfadado buen humor, agitando el cuchillo en dirección a Clara Banwell—. Salvo, claro está, en lo referente a que los deseos en cuestión sean inconscientes.

Su civilizada y escandalosa respuesta hizo que estallara una carcajada general.

—Como contraste —prosiguió Freud—, mi buen amigo Ferenczi aquí presente se está prendiendo puntillosamente la servilleta al cuello de la camisa, de modo idéntico a como se le mete el babero a un infante. Está apelando a su instinto maternal, señora Banwell.

Ferenczi miró a un lado y otro de la mesa con perplejidad afable; sólo entonces repararon los demás comensales en que Ferenczi era el único que se había colocado de tal guisa la servilleta.

—Usted ha charlado largo y tendido con mi marido hace un rato, doctor Freud —dijo la señora Hyslop, una dama con aspecto de abuela que se sentaba junto a Jelliffe —. ¿Qué ha podido saber acerca de él?

—Profesor Hyslop —respondió Freud—, ¿me confirmará usted algo que voy a decirle? ¿Me ha mencionado en algún momento el nombre de pila de su madre?

—¿Cómo? —dijo Hyslop, alzando la trompetilla hacia Freud.

—No hemos hablado en absoluto de su madre, ¿verdad, profesor Hyslop? —preguntó Freud.

—¿De mi madre? —dijo Hyslop—. No, en absoluto.

—Su madre se llamaba Mary —dijo Freud.

—¿Cómo lo ha sabido? —exclamó Hyslop. Paseó una mirada acusadora en torno a la mesa—. ¿Cómo lo ha averiguado? No le he dicho en ningún momento el nombre de mi madre.

—Sí lo ha hecho —dijo Freud—, pero no se ha dado cuenta. Lo que me intriga de veras es el nombre de su esposa. Jelliffe me dice que es Alva. Confieso que yo había

dado por supuesto que era alguna variante de Mary. Estaba casi seguro. A este respecto, tengo una pregunta que hacerle, señora Hyslop, si no le importa. ¿Tiene su marido algún apodo cariñoso que emplea con usted?

—Vaya, mi segundo nombre de pila es Maria —dijo una sorprendida señora Hyslop—. Y él siempre me ha llamado Marie.

Ante tal reconocimiento, Jelliffe dejó escapar un pequeño grito de admiración, y Freud recibió una salva de aplausos.

—Esta mañana me he despertado con catarro —terció una matrona que se sentaba enfrente de Ferenczi—. Y es el final del verano. ¿Querrá eso decir algo, doctor Freud?

—¿Un catarro, señora? —Freud se paró a reflexionar—. Me temo que a veces un catarro sólo es un catarro.

—Pero ¿las mujeres son realmente tan misteriosas? —preguntó Clara Banwell, retomando lo anterior—. Yo creo que está usted siendo muy indulgente con las personas de mi sexo. Lo que las mujeres quieren es lo más sencillo del mundo. —Se volvió hacia el hombre de pelo oscuro, joven y extremadamente guapo, que tenía a su derecha; la pajarita blanca le quedaba algo torcida, y aún no había dicho esta boca es mía—. ¿Y usted qué piensa, doctor Younger? ¿Puede decimos qué es lo que quiere una mujer?

A Younger le estaba costando hacerse una idea de cómo era Clara Banwell. Para empezar, se le hacía difícil separar la idea de la señora Banwell y de George Banwell, a quien Younger seguía considerando el asesino pese a la exculpación del alcalde. Younger tampoco podía quitarse de la cabeza la descripción de Nora Acton de la adorable espalda de Clara Banwell, y el suave movimiento ondulante de su cabeza a la luz de la luna, mientras se echaba el pelo hacia atrás, sobre los hombros.

Younger creía que Nora era la joven más adorable que había visto en su vida. Pero Clara Banwell era casi tan adorable como ella, si no más. El deseo, en un hombre, dice Hegel, siempre empieza por un deseo del deseo del otro. Era imposible que un hombre mirara a Clara Banwell sin desear que ella lo distinguiera de los demás, que le otorgara su favor, que deseara algo de él. Jelliffe, por ejemplo, se habría hecho el haraquiri si Clara hubiera tenido a bien hacerle el honor de pedírselo. Camino del comedor, cuando la mano de Clara descansaba sobre su brazo, Younger había sentido el contacto en todo el cuerpo. Pero también había algo en ella que a él le incitaba a distanciarse. Quizá era que había conocido ya a Harcourt Acton. Younger no se consideraba un puritano, pero la idea de Clara Banwell satisfaciendo a un hombre que parecía tan débil no era lo que se dice edificante.

—Estoy seguro, señora Banwell —respondió él—, que si fuera usted quien nos instruyera sobre el tema de la mujer, sería mucho más interesante que si intentara hacerlo yo.

— *Podría* decirle, supongo, lo que sienten realmente las mujeres en relación con los hombres —dijo Clara, incitante—. Al menos con los hombres que les importan. ¿Le interesaría eso? —Una oleada de asentimiento se alzó entre los comensales, sobre todo entre los comensales varones—. Pero no lo haré, a menos que ustedes los hombres me prometan decir lo que sienten de verdad en relación con las mujeres. —El trato fue rápidamente cerrado por aclamación unánime, aunque Younger no abrió la boca, ni tampoco Charles Dana, que estaba sentado al otro extremo de la mesa.

—Bien, dado que me fuerzan a hacerlo, caballeros —dijo Clara—, les confesaré un secreto. Las mujeres son inferiores a los hombres. Sé que es retrógrado por mi parte afirmar esto, pero negarlo es absurdo. Todas las riquezas de la humanidad, materiales y espirituales, son creaciones de hombres. Nuestras altísimas ciudades, nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra música…, todo ha sido construido, descubierto, pintado y compuesto por ustedes los varones. Las mujeres lo sabemos. No podemos evitar que nos superen hombres más fuertes, y no podemos evitar sentir resentimiento hacia ellos. El amor de una mujer por un hombre es mitad pasión, mitad odio. Cuanto más ama a ese hombre, más le odia. Si un hombre merece la pena, habrá de ser superior a la mujer; y si es superior a ella, habrá una parte de ella que lo odiará. Sólo en belleza superamos a los varones, y por tanto no es extraño que las mujeres veneremos la belleza por encima de todas las cosas. Por eso —concluyó—, el mayor de los riesgos que puede correr una mujer es verse en presencia de un hombre bello.

Sus oyentes estaban como hipnotizados, reacción que a Clara Banwell no le resultaba en absoluto inusitada. Younger sintió que le había lanzado una mirada fugacísima al término de su parlamento —y él no fue el único hombre presente que tuvo esa impresión—, pero se dijo a sí mismo que no habían sido más que imaginaciones. También se le ocurrió a Younger que la señora Banwell tal vez acababa de explicar el conflicto de extremos emocionales que su propia madre había experimentado en relación con su padre. El padre de Younger se quitó la vida en 1904; su madre no volvió a casarse. Younger se preguntaba si su madre habría amado y odiado siempre a su padre como lo había descrito Clara Banwell.

—La envidia es ciertamente la fuerza predominante en la vida mental de las mujeres, señora Banwell —dijo Freud—, por eso tienen tan poco sentido de la justicia.

—¿Los hombres no son envidiosos? —preguntó Clara.

—Los hombres son ambiciosos —respondió Freud—. Su envidia procede principalmente de esa fuente. La envidia de una mujer, por el contrario, siempre es erótica. La diferencia puede verse en los sueños diurnos. Todos tenemos sueños de vigilia, por supuesto. Los hombres, sin embargo, los tienen de dos clases: eróticos y ambiciosos. Los sueños que las mujeres sueñan despiertas son exclusivamente eróticos.

—Estoy segura de que los míos no lo son —replicó la oronda mujer del catarro.

—Creo que el doctor Freud tiene razón —dijo Clara Banwell— en todo lo que dice, y sobre todo en lo de la ambición de los hombres. Mi marido George, por ejemplo. Es el hombre perfecto. No es en absoluto bello. Pero es apuesto, veinte años mayor que yo, triunfador, fuerte, resuelto, indomable. Lo amo por todas esas cosas. Él, además, no tiene la menor idea de que yo existo en cuanto me pierde de vista: así es de ambicioso. Y, por eso, lo odio. La naturaleza necesita que lo odie. La consecuencia feliz, sin embargo, es que soy libre para hacer lo que me viene en gana; por ejemplo, estar aquí esta noche en una de las deliciosas cenas de Smith Jelliffe, y George jamás sabrá que me he ausentado del apartamento.

—Clara —dijo Jelliffe—. Estoy dolido. Jamás me ha dicho que tuviera tanta libertad.

—He dicho que soy libre para hacer lo que *me* viene en gana, Smith —respondió Clara—, no lo que le viene en gana *a usted*. —De nuevo se oyó una carcajada general —. Bien yo ya he confesado. ¿Qué dicen los caballeros? ¿No desprecian secretamente las ataduras de la fidelidad marital? No, Smith, por favor. Ya sé lo que piensa. Querría una opinión más objetiva. Doctor Freud, ¿es el matrimonio algo bueno?

—¿Para el individuo o para la sociedad? —respondió Freud—. Para la sociedad, el matrimonio es sin duda beneficioso. Pero las cargas de la moral civilizada son demasiado pesadas para muchos. ¿Cuántos años lleva casada, señora Banwell?

—Me casé con George a los diecinueve años —respondió Clara, y el pensamiento de una Clara Banwell de diecinueve años la noche de bodas ocupó la mente de varios de los presentes, no sólo varones—. Por lo tanto llevo casada siete años.

—Es ese caso sabrá lo suficiente —prosiguió Freud— para no sorprenderse por lo que digo; y si no por experiencia propia, lo sabrá por sus amigas. El coito satisfactorio no dura mucho en la mayoría de los matrimonios. Al cabo de cuatro o cinco años, el matrimonio tiende a fallar completamente en este punto, y ello es el augurio también del fin de la comunión espiritual entre los cónyuges. El matrimonio, por tanto, en la mayoría de los casos, acaba con un gran desencanto, tanto espiritual como físico. El hombre y la mujer retroceden, psicológicamente hablando, a su estado premarital, aunque con una diferencia. Ahora son más pobres. Más pobres en lo humano, porque han perdido una ilusión.

Clara Banwell miraba intensamente a Freud. Se había quedado sin habla durante un instante.

—¿Qué está diciendo? —preguntó en voz muy alta el profesor Hyslop, tratando de acercar la trompetilla a Freud.

—¿Sabe, doctor Freud? Aparte de los trucos de salón, es la atención crucial que presta a las enfermedades de la frustración sexual lo que me sorprende. Nuestro

problema, seguramente, no estriba en que pongamos demasiado freno a la permisividad sexual, sino en que ponemos demasiado poco.

—Oh —dijo Freud.

—En el mundo hay hoy día mil millones de personas. Mil millones. Y el número crece en progresión geométrica. ¿Cómo van a vivir esos seres, doctor Freud? ¿Qué van a comer? Cada año llegan millones a nuestras costas: los más pobres, los menos inteligentes, los más proclives al crimen. Nuestra ciudad se halla cercana a la anarquía por culpa de ellos. Nuestras cárceles están atestadas. Se reproducen como moscas. Y nos roban. Y no los culpo: si un hombre no puede dar de comer a sus hijos, debe robar. Pero a usted, doctor Freud, si no le entiendo mal, sólo parecen preocuparle los males de la represión sexual. En mi opinión, a un hombre de ciencia deberían preocuparle más los peligros de la emancipación sexual.

—¿Qué propones tú, Charles? ¿El fin de la emigración? —preguntó Jelliffe.

—La esterilización —replicó Dana con optimismo, dándose unos golpecitos en los labios con la servilleta—. El más mísero granjero sabe que no debe dejar que su peor ganado críe. Los hombres ya no procrean como los animales. Si al ganado se le permitiera criar libremente, tendríamos una carne pésima. Todo aquel que emigre a este país sin medios, debería ser esterilizado.

—No contra su voluntad, Charles, me imagino… —apuntó la señora Hyslop.

—Nadie les obliga a venir, Alva —replicó él—. Nadie les obliga a quedarse. ¿Cómo podría considerarse contra su voluntad, entonces? Si se quieren reproducir, que se vayan. Lo que es contra nuestra voluntad es cargar con el coste de su prole inadaptada, que acaba robando o mendigando. Hago una excepción, por supuesto, con aquellos que pasen un test de inteligencia. Una sopa exquisita, Jelliffe, de genuina tortuga, ¿no es cierto? Oh, sí, lo sé, me dirán ustedes que soy cruel y despiadado. Pero sólo les estoy quitando la fertilidad. El doctor Freud les quitaría algo mucho más importante.

—¿Qué? —preguntó Clara.

—La moral —respondió Dana—. ¿Qué tipo de mundo sería, doctor Freud, si sus teorías se extendieran por todas partes? Casi puedo imaginarlo. Las clases bajas harán escarnio de la «moral civilizada». La gratificación se convertirá en su dios. Todos harán causa común para rechazar la disciplina y el sacrificio, sin los cuales la vida carece de dignidad. La chusma se amotinaría. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Y qué querrá esta chusma cuando las normas de la civilización sean abolidas? ¿Usted cree que sólo van a querer sexo? Querrán normas nuevas. Querrán obedecer a algún loco nuevo. Querrán sangre; la suya, probablemente, doctor Freud, si es que la historia nos sirve de alguna guía. Querrán probar que son superiores, como las clases bajas pretenden hacer siempre. Y para probarlo matarán. Veo orgías de sangre; orgías de sangre a una escala jamás vista antes. Barrerá usted la moral civilizada, que es lo

único que mantiene a raya la brutalidad humana. ¿Y qué ofrece usted a cambio, doctor Freud? ¿Qué pondrá usted en su lugar?

—Sólo la verdad —dijo Freud.

—¿La verdad de Edipo? —dijo Dana.

—Entre otras —dijo Freud.

—Sí, esa verdad que le hizo tanto bien —dijo Dana.

Una vela ardía vacilante junto a la cabecera de Nora Acton. La farola de Gramercy Park lucía pálidamente al otro lado de las cortinas. Su luz era insuficiente para iluminar la silueta del hombre cuya presencia en la habitación percibió, más que vio, Nora. Quiso gritar, pero su mente no controlaba ya su cuerpo. De alguna manera se había liberado y se despegaba de la cama. Parecía flotar y ascender hacia el techo, dejando su cuerpo menudo, envuelto en el camisón, abajo.

Ahora vio con nitidez a su agresor, pero desde arriba. Mirando hacia abajo, hacia sí misma, vio cómo el hombre le quitaba el pañuelo de la cara. Vio cómo le daba unos toques en la boca dormida, entreabierta, con un lápiz de labios rojo. ¿Por qué le pintaba los labios? Le gustó cómo le quedaban; siempre se lo había preguntado. ¿Qué haría el hombre a continuación? Desde lo alto, Nora observó cómo el hombre encendía un cigarrillo en la llama de la vela de la cabecera de su cama, y ponía una rodilla sobre su cuerpo supino, y apagaba el cigarrillo encendido directamente en su piel, allí abajo, a apenas dos centímetros de su parte más íntima.

Su cuerpo se resistió contra la rodilla que la mantenía sujeta contra el lecho. Lo veía todo desde arriba: se vio resistiéndose a la presión de la rodilla. Parecía que le dolía. Pero no le dolía, ¿no es cierto? Contemplándolo todo desde lo alto, no sentía nada: nada en absoluto. Y si, mientras se contemplaba, no sentía dolor, entonces es que no había dolor alguno, porque allí no había nadie más que ella que pudiera sentirlo, ¿no es cierto?

Cuarta parte

XVI

Tendré que actuar como si no la amara, como si no sintiera nada por ella. Eso me decía a mí mismo mientras me afeitaba el jueves por la mañana. A las diez y media debía llamar a la puerta de los Acton para seguir con el psicoanálisis de Nora. Sabía que podía poseerla. Pero sería una explotación, una manipulación; sería aprovecharme de su vulnerabilidad terapéutica, y una violación del juramento hipocrático que hice al convertirme en médico.

Es imposible describir las ideas que me vienen a la mente cuando imagino a esta mujer, y la imagino casi a cada instante de vigilia. Bien, no es imposible, pero tampoco aconsejable. Lo que literalmente no puedo describir es el vacío que siento en los pulmones cuando no estoy en su presencia. Es como si muriera de deseo de ella.

Ser o no ser, he ahí la cuestión:
¿qué es más noble para el espíritu,
padecer los sinsabores de la cruel fortuna
o alzarse en armas contra un mar de adversidades,
y, al combatirlas, darles término? Morir…

En otras palabras, *ser* no es sino *sufrir* el propio destino, no hacer nada y así vivir, mientras que *no ser* es actuar, *alzarse en armas* y *morir*… Porque actuar significa morir, Hamlet dice que sabe por qué no ha actuado: el miedo a la muerte, concluye el soliloquio, o *a algo de después de la muerte,* le ha hecho un cobarde y ha *confundido* su voluntad.

Así que para Hamlet, *ser* es la estasis, el padecimiento, la cobardía, la inacción, mientras que *no ser*es lo vinculado al valor, a la iniciativa, a la acción. O así es como siempre ha entendido todo el mundo este parlamento. Pero yo me sigo preguntando. Sí, al final, cuando por fin Hamlet actúe contra su tío, morirá. Quizá sabe que ése es su destino. Pero *ser* no puede equipararse a la inacción. La vida y la acción son demasiado la misma cosa. *Ser* no puede significar *no hacer nada*. Hamlet se queda paralizado porque, para él, *actuar* ha sido equiparado en cierto modo a *no ser*, y esta falsa identificación, esta equivalencia espuria, no ha sido nunca entendida cabalmente.

Pero, merced a Freud, no puedo ya pensar en Hamlet sin pensar en Edipo, y me temo que algo similar ha empezado a sucederme también con mis sentimientos por la señorita Acton. Si Freud tiene razón y la señorita Acton desea sodomizar a su propio padre, creo que no podría soportarlo. Lo sé: es totalmente irracional por mi parte. Si Freud tiene razón, todo el mundo tiene esos deseos. Nadie puede evitarlo, y nadie

debería ser denostado por ello. Sin embargo, en el momento en que contemplo esa posibilidad en la señorita Acton, pierdo mi capacidad para amarla. Pierdo por completo mi voluntad de amor: ¿cómo vamos a merecer ser amados los seres humanos llevando como llevamos dentro esos deseos repugnantes?

En casa de los Acton, la mañana del jueves comenzó con un auténtico alboroto. Nora despertó al alba, se levantó vacilante y se tambaleó hasta la puerta, la abrió y se desplomó sobre el señor Biggs, que dormía en su silla justo enfrente de la alcoba. La noticia corrió como la pólvora, y saltó la alarma: la señorita Acton había sido agredida durante la noche.

Los dos policías que custodiaban la casa en el exterior subieron atropelladamente las escaleras, y acto seguido las bajaron, y fueron de un lado para otro como posesos, con escasos o nulos resultados. Se llamó de nuevo con urgencia al doctor Higginson. El anciano y bienintencionado médico, visiblemente afectado por la nueva agresión padecida por Nora, y abochornado por el lugar de la quemadura—, le dio a la joven un ungüento que ella debía aplicarse a medida que fuera necesitándolo. Luego se marchó, sacudiendo la cabeza, y asegurando a la familia que Nora no había sufrido más daños. Se presentaron más policías en la casa. El detective Littlemore, que se había quedado dormido sobre su mesa la noche pasada, llegó a las ocho de la mañana.

Littlemore encontró a Nora y a sus consternados padres en el dormitorio de la joven. Agentes uniformados examinaban el suelo alfombrado y las ventanas. Littlemore le tendió su equipo de detección a uno de ellos y le dio instrucciones para que comprobase si había huellas dactilares en el pomo de la puerta, en los postes de la cama o en el alféizar de la ventana. Nora, inmóvil centro de atención en todo aquel maremágnum, estaba sentada en una esquina de la cama, aún en camisón, con el pelo alborotado y los ojos atónitos y estupefactos, y prestaba declaración una y otra vez.

Había sido George Banwell, afirmaba invariablemente. Había sido George Banwell, con un cigarrillo y una navaja, en mitad de la noche. ¿Es que nadie iba a detener a George Banwell? La pregunta dio lugar a abrumadas protestas por parte del señor y la señora Acton. No podía haber sido George, repetían. Era imposible. ¿Cómo podía Nora estar absolutamente segura de ello si la agresión había tenido lugar en plena noche?

Littlemore se enfrentaba a un problema. Deseaba tener algo más en contra de Banwell que el testimonio de la joven. Después de todo, la memoria de la señorita Acton no era lo que podía decirse muy fiable. Y, peor aún, hasta ella admitía que ni siquiera pudo ver al hombre que la había atacado aquella noche en su alcoba. Estaba demasiado oscura. Lo que dijo, y a Littlemore le habría gustado que no lo hubiera expresado de ese modo, fue que «estaba segura» de que había sido Banwell. Si Littlemore detenía a Banwell, al alcalde no le haría mucha gracia. Al señor McClellan tampoco le gustaría lo más mínimo que Banwell fuera siquiera interrogado.

Así pues, el detective pensó que lo mejor sería esperar a ver cuáles eran las órdenes del alcalde.

—Con su permiso, señorita Acton —dijo—, ¿podría hacerle una pregunta?

—Adelante —dijo ella.

—¿Conoce usted a William Leon?

—¿Cómo dice?

—William Leon —dijo Littlemore—. Es chino. Conocido también como Leon King.

—No conozco a ningún chino, detective.

—Quizá esto le refresque la memoria, señorita —dijo el detective.

Se metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una fotografía y se la tendió a la joven. Era la instantánea que había cogido del apartamento de Leon, en la que se veía a éste con dos jóvenes. Una de ellas era Nora Acton.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó la joven.

—Si pudiera usted decirme quién es, señorita —dijo Littlemore—. Es muy importante. Puede ser un hombre peligroso.

—No lo sé. Nunca lo he sabido. Insistió en sacarse esta foto con Clara y conmigo.

—¿Clara?

—Clara Banwell —dijo Nora—. Es la que está a su lado. Él era uno de los chinos de Elsie Sigel.

Ambos nombres le resultaron enormemente interesantes al detective Littlemore. A menos que William Leon tuviera debilidad por las Elsies y conociera a varias, acababa de identificar no sólo a la otra mujer de la fotografía, sino asimismo a la autora de las cartas que había encontrado en el baúl; y, muy posiblemente, la chica que estaba dentro del baúl, junto al manojo de cartas.

—Elsie Sigel —repitió Littlemore—. ¿Puede usted hablarme de ella, señorita? ¿Es una chica judía?

—No, santo Dios, no —dijo Nora—. Elsie hacía una labor misionera. Habrá oído hablar de los Sigel. Su abuelo era muy famoso. Hay una estatua de él en Riverside Park.

Littlemore silbó para sus adentros. El general Franz Sigel era famoso de verdad, un héroe de la guerra de Secesión que llegó a ser un político muy popular en la ciudad de Nueva York. A su funeral, en 1902, asistieron más de diez mil neoyorquinos que quisieron rendir un último homenaje a aquel anciano, de cuerpo presente en uniforme de gala. Se suponía que las nietas de los generales de la guerra de Secesión no escribían cartas de amor a directores de restaurantes chinos de Chinatown. Que no escribían cartas a hombres chinos de ninguna clase. Littlemore preguntó cómo había conocido la señorita Sigel a William Leon.

Nora le contó lo poco que sabía. La primavera anterior, Clara y ella se habían

ofrecido para colaborar en una de las asociaciones de caridad del señor Riis. Habían visitado casas de vecinos de todo el Lower East Side, prestándose a ayudar en lo que pudieran. Un domingo, en Chinatown, se habían encontrado con Elsie Sigel, que estaba dando una clase de Sagradas Escrituras. Uno de los alumnos tenía una cámara. Nora se acordaba bien, porque era muy diferente de los demás: mucho mejor vestido, de inglés mucho más cultivado. Nora nunca supo su nombre, pero Elsie parecía conocerlo bien. Fue su aparente amistad con Elsie lo que les llevó a Clara y a ella a acceder a sus persistentes ruegos para que se hicieran una fotografía juntos.

—¿Sabe dónde vive Elsie Sigel, señorita Acton? —preguntó Littlemore.

—No, pero dudo que vaya a encontrarla en casa, detective —dijo Nora—. Elsie se escapó con un joven en julio. A Washington. Lo sabe todo el mundo.

Littlemore asintió con la cabeza. Dio las gracias a Nora, y luego le preguntó al señor Acton si había algún teléfono que él pudiera utilizar. Cuando consiguió comunicar con la jefatura de policía, dejó instrucciones para que localizaran a los padres de una tal Elsie Sigel, nieta del general Franz Sigel. Si los Sigel confirmaban que no habían visto a su hija desde julio, debían llevarlos al depósito de cadáveres.

Cuando Littlemore volvió al dormitorio de Nora, ya no quedaban en él más que la joven y la señora Biggs, su anciana sirviente. Se iba en ese momento el último agente de policía, que informó a Littlemore de que no había encontrado ninguna huella ni en los postes de la cama ni en los alféizares. En cuanto a los pomos, había entrado y salido de la alcoba de la joven demasiada gente. La señora Biggs trataba de restaurar el orden en el caos dejado por los policías. Nora seguía tal como la había dejado Littlemore, que ahora examinaba el dormitorio.

—Señorita Acton —dijo al cabo—, ¿cómo cree que entró aquí ese hombre anoche?

—Bueno…, supongo que ha debido de… No lo sé.

Era, se dijo Littlemore, un verdadero enigma. En la casa de los Acton sólo había dos puertas: la principal y la trasera. Ambas habían sido custodiadas durante toda la noche por sendos y fornidos policías, que juraron que nadie había pasado por delante de ellos. El viejo señor Biggs se había dormido enseguida, es cierto, pero había pegado la silla a la puerta de su joven señora, por eso Nora se había desplomado sobre él al abrir la puerta por la mañana. Habría sido muy difícil que alguien hubiera logrado pasar la barrera del criado sin despertarlo.

¿Era posible que el intruso hubiera escalado el muro hasta su ventana? El dormitorio de Nora estaba en la primera planta. No parecía probable que el hombre hubiera podido hacerlo; y, dado que además la alcoba daba al parque, cualquiera que hubiera acometido tal arriesgada empresa se habría expuesto a la vista del policía apostado ante la puerta principal. ¿Podría haberse deslizado desde el tejado? Tal vez. Al tejado se podía acceder desde los tejados de los edificios colindantes. Pero los

vecinos juraron que ningún extraño había entrado en sus casas la noche anterior. Al detective Littlemore, además, se le antojaba bastante improbable que un hombre corpulento hubiera podido deslizarse a través de la ventana de la señorita Acton.

Fue mientras Littlemore inspeccionaba esas ventanas cuando en el relato de Nora Acton empezaron a aparecer algunos puntos flacos. El primero fue el descubrimiento por parte de la señora Biggs de un cigarrillo apagado en la papelera de la señorita Acton, una colilla con restos de lápiz de labios. La señora Biggs pareció muy sorprendida. Y Littlemore también.

—¿Es suyo esto, señorita? —le preguntó éste a la joven.

—Por supuesto que no —dijo Nora—. No fumo. Ni siquiera tengo barra de labios.

—¿Y qué es lo que hay en sus labios ahora? —preguntó Littlemore.

Nora se llevó las manos a la boca. Y entonces recordó que había visto cómo Banwell le pintaba los labios. Lo había olvidado por completo. El episodio entero era tan borroso, tan extrañamente nebuloso en su cabeza… Le contó al detective lo que le había hecho Banwell. Añadió que sin duda había puesto también lápiz de labios en la boquilla del cigarrillo, y lo había dejado en la papelera antes de marcharse. Pero no mencionó el rasgo más extraño de su recuerdo del incidente: que había visto a Banwell desde arriba, y no desde abajo. Y siguió insistiendo en que no tenía ningún producto de maquillaje.

—¿Le importa que eche un vistazo a su cuarto, señorita Acton? —preguntó Littlemore.

—Sus hombres lo han inspeccionado durante más de una hora, detective —le respondió la joven.

—¿Le importa si lo hago, señorita?

—Hágalo.

Ninguno de los agentes había examinado hasta entonces los efectos personales de la señorita Acton. Littlemore lo hizo ahora. En el cajón de abajo del tocador encontró varios cosméticos: una polvera, un frasco de perfume, un lápiz de labios. También encontró un paquete de cigarrillos.

—Nada de eso es mío —dijo Nora—. No sé de dónde ha salido.

Littlemore hizo venir de nuevo a los agentes para que llevaran a cabo una inspección más a fondo del dormitorio. Minutos después, en una balda alta del armario, escondido bajo un montón de jerséis de invierno, uno de los policías encontró algo totalmente inesperado. Un látigo corto, de mango doblado. Littlemore no estaba familiarizado en absoluto con las prácticas medievales de la flagelación. Pero hasta él podía ver que aquel tipo de látigo permitía azotar zonas de difícil acceso, como la espalda del flagelador.

Menos mal que no hemos detenido a Banwell, pensó Jimmy Littlemore.

El detective no supo qué pensar, sin embargo, cuando otro de los policías le obsequió con un descubrimiento que había realizado en el jardín. Se había subido a un árbol para ver si era posible pasar desde él al tejado. No era posible, pero al bajarse había visto algo que al principio tomó por una moneda: un pequeño y reluciente círculo de metal. Estaba en una hendidura del tronco del árbol, como a unos treinta centímetros del suelo. Le tendió el objeto a Littlemore: un alfiler de corbata de oro, redondo, con un monograma, y un hilo de seda blanca prendido de su broche. Las iniciales del monograma eran *GB*.

Brill llegó tarde a desayunar; nunca lo había hecho antes. Cuando apareció en la sala del desayuno, su aspecto era lamentable. Sin afeitar, con una de las puntas del cuello de la camisa disparado hacia arriba. Rose, nos contó a Freud, Ferenczi y a mí, había tenido insomnio durante toda la noche. Hacía una hora le había dado láudano. Él apenas había dormido. Dijo que necesitaba hablar con nosotros en privado, fuera de la vista pública. Fuimos, pues, nosotros cuatro, a la habitación de Freud, y dejamos un mensaje abajo para Jones y otro para Jung, que ni siquiera sabíamos si estaba en el hotel.

—No puedo hacerlo —estalló Brill, cuando llegamos a la habitación de Freud—. Lo siento, pero no puedo. Ya se lo he dicho a Jelliffe. —Se refería, al parecer, a su traducción del libro de Freud—. Si sólo me afectara a mí, les aseguro que… Pero no puedo poner en peligro a Rose. Ella es todo lo que tengo. Lo entienden, ¿verdad?

Hicimos que se sentara. Cuando se calmó lo suficiente para poder hablar con normalidad y coherencia, Brill trató de persuadimos de que las cenizas de su apartamento estaban relacionadas con los telegramas bíblicos que había estado recibiendo.

—Ya la han visto ustedes —dijo, refiriéndose a Rose—. La convirtieron en una estatua de sal. Lo ponía en el telegrama, y ha sucedido.

—¿Alguien puso deliberadamente cenizas en su casa? —preguntó Ferenczi—. ¿Por qué?

—Como advertencia —respondió Brill.

—¿Advertencia de quién? —pregunté yo.

—De la misma gente que detuvo a Prince en Boston. La misma gente que está tratando de boicotear las conferencias de Freud en Clark.

—¿Cómo saben dónde vive usted? —preguntó Ferenczi.

—¿Cómo saben que Jones se acuesta con su criada? —respondió Brill.

—No debemos sacar conclusiones —dijo Freud—. Pero es rigurosamente cierto que alguien ha conseguido gran cantidad de información sobre nosotros.

Brill se sacó un sobre del bolsillo del chaleco, y de él sacó un trocito cuadrado y con los bordes mellados de papel quemado, con algunos caracteres mecanografiados

legibles. Se veía con claridad una*ü* (así, con diéresis). Un espacio o dos a su derecha había una letra que era quizá una H mayúscula. Y no podía leerse nada más.

—He encontrado esto en la sala de mi casa —dijo Brill—. Me han quemado el original de la traducción. El original de Freud. Y han puesto las cenizas en mi apartamento. La próxima vez quemarán el edificio entero. Lo dicen en el telegrama: «hizo llover azufre y fuego»; «deténgase antes de que sea demasiado tarde». Si publico el libro de Freud van a matarnos a Rose y a mí.

Ferenczi trató de rebatirle, arguyendo que sus miedos eran desproporcionados, pero Freud le interrumpió:

—Sea cual sea la explicación, Abraham —dijo, poniendo una mano en el hombro de Brill—, dejemos el libro a un lado por ahora. El libro puede esperar. No es tan importante para mí como lo es usted.

Brill inclinó la cabeza y puso una mano sobre la de Freud. Me pareció que estaba a punto de echarse a llorar. Y en ese preciso momento llamó a la puerta un camarero, que entró con el café y la bandeja de pastelillos que había pedido Freud. Brill se enderezó. Aceptó una taza de café.

Parecía enormemente aliviado por el último comentario de Freud; como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Se sonó la nariz, y, ya en un tono completamente diferente —su tono habitual, medio jocoso—, dijo:

—No es por mí por quien debería preocuparse, de todas formas. ¿Se ha fijado en Jung? ¿Sabe usted, doctor Freud, que Ferenczi y yo pensamos que Jung está psicótico? Es nuestro meditado dictamen médico. Dígaselo, Sándar.

—Bueno, yo no diría psicótico —dijo Ferenczi—. Pero veo síntomas de que en cualquier momento puede venirse abajo.

—Tonterías —dijo Freud—. ¿Qué síntomas?

—Oye voces —respondió Ferenczi—. Se queja de que el suelo de Brill no es firme bajo sus pies. Se interrumpe en medio de una conversación. Y cuenta a todo el que acaba de conocer que a su abuelo lo acusaron falsamente de asesinato.

—Se me ocurren explicaciones diferentes a la psicosis —dijo Freud.

Vi que tenía algo en mente, pero no dio más detalles. Me estaba preguntando si sacar a colación la asombrosa interpretación del sueño de Freud sobre el conde Thun, pero no tenía la certeza de que Freud se lo hubiera contado a Brill y a Ferenczi. Pero enseguida supe que quien se lo había contado era el propio Jung.

—¡Y encima dice que usted soñó con él hace diez años! —exclamó Brill—. Ese hombre está loco.

Freud tomó aire y respondió:

—Caballeros, saben tan bien como yo que Jung alberga ciertas creencias sobre la clarividencia y el ocultismo. Me alegra comprobar que comparten ustedes mi escepticismo al respecto, pero Jung no es ni mucho menos el único que habla de una

«visión más amplia».

—Una visión más amplia —dijo Brill—. Si yo profesase esa visión más amplia, usted diría que veo visiones. Él también tiene una visión más amplia del complejo de Edipo. Ya no acepta la etiología sexual, ¿lo sabía?

—Usted querría que así fuese —replicó Freud con calma—. Así lo apartaría de mi lado. Jung acepta la teoría sexual sin reservas. De hecho va a presentar un caso de sexualidad infantil en Clark la semana próxima.

—¿De veras? ¿Le ha preguntado lo que tiene pensado decir en Fordham?

Freud no respondió, pero miró a Brill detenidamente. —Jelliffe me dijo que Jung y él han estado hablando del tema, y que Jung está muy preocupado por la tendencia a exagerar el papel del sexo en la psiconeurosis. Ésa fue su palabra: *exagerar*.

—Bueno, es cierto que no quiere exagerar esa importancia —cortó Freud—. Tampoco yo quiero hacerlo. Escúchenme, los dos. Sé que han tenido que sufrir el antisemitismo de Jung. Me dispensa a mí, y por tanto arremete con redoblado brío contra ustedes. Sé muy bien también, se lo aseguro, de las dificultades de Jung respecto de la teoría sexual. Pero han de recordar que para él fue más duro que para ustedes seguirme. Y será más duro también para Younger. Un gentil deberá superar una resistencia interior más fuerte. Y Jung no es sólo cristiano, sino hijo de pastor.

Nadie dijo nada, así que yo aventuré una objeción:

—Disculpe, doctor Freud, pero ¿qué diferencia hay en el hecho de que uno sea cristiano o judío?

—Mi querido muchacho —respondió Freud con brusquedad—, eso me trae a las mientes una de esas novelas del hermano de William James, ¿cómo se llama?

—¿Henry, señor?

—Sí, Henry. —Pero si me imaginaba que Freud iba a contestar a mi pregunta, estaba muy equivocado. Se volvió a Ferenczi y a Brill, y dijo—: ¿Preferirían ustedes que hiciéramos del psicoanálisis un asunto nacional judío? Por supuesto que es injusto que ascienda a Jung, cuando hay otros que llevan más tiempo conmigo. Pero nosotros los judíos tenemos que estar preparados para soportar cierto grado de injusticia si queremos seguir nuestro camino en el mundo. No nos queda más remedio. Si me hubiera apellidado Jones, no les quepa la menor duda de que mis ideas, a pesar de los pesares, habrían encontrado muchas menos resistencias. Fíjense en Darwin. Desaprueba el Génesis, y es aclamado como un héroe. Sólo un gentil puede llevar el psicoanálisis a la tierra prometida. Tenemos que lograr que Jung no ceje en su defensa de *die Sache*. Todas nuestras esperanzas dependen de él.

Lo que Freud dijo en alemán significa *la causa*. No sé por qué empleó esas palabras Freud, en lugar de las inglesas. Durante varios minutos nadie habló. Empezamos a desayunar. Brill, sin embargo, no comió nada. Se mordía las uñas. Di por supuesto que la conversación sobre Jung había terminado, pero volvía a

equivocarme.

—¿Y qué hay de sus desapariciones? —preguntó Brill—. Jelliffe me contó que Jung se había ido del Balmoral no más tarde de la medianoche del domingo, pero el empleado de recepción asegura que no volvió al hotel antes de las dos. Son dos horas de las que no sabemos nada. Jung dice que al día siguiente se pasó toda la tarde durmiendo en su habitación, pero el empleado afirma que estuvo fuera hasta el atardecer. Usted llamó a la puerta de la habitación de Jung el lunes por la tarde, Younger. Yo también lo hice, e insistí bastante. No creo que estuviese dentro. ¿Dónde estaba, entonces?

Le interrumpí:

—Disculpe. ¿Ha dicho que Jung estaba en el Balmoral el domingo por la noche?

—Eso es —respondió Brill—. En casa de Jelliffe. Usted estuvo allí anoche.

—Oh —dije—. No me había dado cuenta.

—¿Cuenta de qué? —preguntó Brill.

—De nada —dije—. Ha sido sólo una coincidencia extraña.

—¿Qué coincidencia?

—La otra chica… La que fue asesinada… La mataron en el Balmoral. —Me moví en la silla, incómodo—. El domingo por la noche. Entre la medianoche y las dos.

Brill y Ferenczi se miraron.

—Caballeros —dijo Freud—, no sean ridículos.

—Y Nora fue agredida el lunes por la tarde —señaló Brill—. ¿Dónde?

—Abraham —dijo Freud.

—Nadie está acusando a nadie —dijo Brill en tono inocente, pero con una gran excitación dibujada en el semblante—. Sólo le estoy preguntando a Younger dónde está la casa de Nora.

—En Gramercy Park —le respondí.

—Caballeros —dijo Freud—. No voy a seguir escuchando esto.

Tocaron a la puerta. Abrimos, y entró en la habitación el mismísimo Jung. Nos saludamos, con frialdad, como era de esperar. Jung, que no se daba cuenta de nuestra incomodidad, se echó azúcar en el café y preguntó si habíamos disfrutado en la cena de Jelliffe.

—Oh, por cierto, Jung —dijo Brill—, le vieron el lunes.

—¿Cómo dice? —dijo Jung.

—Usted nos dijo —continuó Brill en tono de reproche que se pasó la tarde del lunes durmiendo en su cuarto. Pero resulta que lo vieron en la ciudad.

Freud fue hacia la ventana sacudiendo la cabeza. La empujó hasta abrirla de par en par.

—Nunca he dicho que estuviera en mi habitación toda la tarde —replicó Jung sin

alterarse.

—Es extraño —dijo Brill—. Juraría que sí lo hizo. Y eso me recuerda, Jung, que estamos pensando en visitar Gramercy Park. Supongo que no nos acompañará, ¿me equivoco?

—Ya entiendo —dijo Jung.

—Entender ¿qué? —preguntó Brill.

—¿Por qué no lo dice sin rodeos? —le contestó Jung.

—No tengo la menor idea de lo que está hablando —respondió Brill.

Trataba deliberadamente de parecer un mal actor que finge ignorar algo sin demasiado éxito.

—Bien: me vieron en Gramercy Park —dijo Jung en tono frío—. ¿Qué va a hacer, denunciarme a la policía? —Se volvió hacia Freud—. Así que me ha hecho venir aquí para interrogarme… Bien, creo que me disculpará si no desayuno con ustedes. —Abrió la puerta para marcharse, pero se detuvo y se quedó mirando con fijeza a Brill—. No tengo nada de lo que avergonzarme.

Dada la celebridad del difunto general Sigel, la policía no tuvo ninguna dificultad en localizar la dirección de su nieta Elsie. Vivía con sus padres en Wadsworth Avenue, cerca de la calle Ciento ochenta. Un agente de la comisaría de Washington Heights, desplazado a esa dirección, acompañó al señor y la señora Sigel, y a la sobrina de ambos Mabel, al edificio Van den Heuvel. Allí, en una sala de espera del depósito de cadáveres, los recibió el detective Littlemore.

Éste supo por ellos que su hija Elsie, de diecinueve años, faltaba de casa desde hacía casi un mes; desde el día en que no volvió de una visita a su abuela Elie en Brooklyn. A los pocos días de su desaparición, los Sigel habían recibido un telegrama de Elsie, de Washington D. C., diciendo que estaba allí con un joven, con quien, evidentemente, se había casado. Rogaba a sus padres que no se preocuparan por ella, y les aseguraba que estaba bien, y les prometía volver a casa en otoño. Los padres habían conservado el telegrama, y se lo mostraron al detective. En efecto, había sido enviado desde un hotel de la capital de la nación, Y el nombre de Elsie figuraba al pie, pero no había forma de verificar que fuera ella quien realmente lo había enviado. El señor Sigel aún no había dado parte a la policía de la desaparición de su hija, y esperaba con ansiedad volver a tener noticias de ella y poder evitar el escándalo.

Littlemore les mostró a los Sigel las cartas que había encontrado en el baúl. Y éstos reconocieron la letra de su hija. El detective les enseñó luego el colgante de plata y el sombrero con el remate de un ave que llevaba puesto la joven muerta. Ni el señor ni la señora Sigel habían visto antes estos objetos, declararon por tanto que no pertenecían a Elsie. Pero su sobrina Mabel les contradijo. El colgante era de Elsie; se lo había regalado a su prima en junio.

Littlemore llevó a un lado al señor Sigel, y le dijo que sería mejor que echara una mirada al cadáver que había aparecido en el baúl del apartamento de Leon. Bajaron a la morgue, y al principio el señor Sigel no pudo identificar el cuerpo: estaba demasiado descompuesto. En tono sombrío, le dijo al detective que sabría si se trataba de ella si podía mirarle la dentadura. El colmillo izquierdo de Elsie estaba muy torcido hacia un lado. Y así estaba exactamente el colmillo izquierdo del cadáver que yacía sobre la losa de mármol.

—Es ella —dijo el señor Sigel con voz queda.

Cuando los dos hombres volvieron a la sala de espera, el señor Sigel lanzó una mirada glacial y acusadora a su esposa. La mujer pareció entender: tuvo un acceso de convulsiones. Nos llevó un buen rato tranquilizarla. Y luego el marido contó la historia.

La señora Sigel hacia apostolado en Chinatown. Llevaba años trabajando duro para convertir a los infieles chinos al cristianismo. El pasado diciembre había empezado a llevar a Elsie al centro misionero. Elsie se había tomado la labor con una pasión que hacía las delicias de su madre pero que al tiempo contrariaba a su padre. Pese a la rotunda desaprobación paterna, la joven empezó a ir sola a Chinatown varias veces a la semana, y empezó a dar unas clases dominicales de Sagradas Escrituras. Uno de sus más fervientes educandos, recordaba con amargura el señor Sigel, había osado llamar a la puerta de su casa en cierta ocasión, hacía unos meses. El señor Sigel no recordaba su nombre. Littlemore le mostró una fotografía de William Leon; el padre de Elsie cerró los ojos mientras asentía con la cabeza.

Cuando los Sigel se hubieron ido de la morgue, de regreso a una vida en la que habrían de soportar tanto su aflicción como su celebridad —los periódicos les esperaban ya a la salida—, el detective Littlemore se preguntaba dónde estaría el señor Hugel. Littlemore había supuesto que el *coroner* desearía realizar él mismo la autopsia y oír de primera mano lo que tenían que decir los Sigel. Pero el *coroner* no se había presentado en la morgue. Uno de sus ayudantes médicos, el doctor O'Hanlon, había examinado el cadáver, e informó a Littlemore de que la señorita Sigel había muerto por estrangulación, y de que llevaba muerta tres o cuatro semanas; añadió, al final, que el *coroner* Hugel estaba arriba, en su despacho, y que no mostraba el más mínimo interés por el caso.

XVII

La exquisita Clara Banwell, ataviada con un vestido verde a juego con sus ojos, estaba desvistiendo a la igualmente exquisita, aunque casi desesperada Nora Acton, tranquilizándola, confortándola, infundiéndole confianza. Al llegar a la casa poco después de que se hubiera ido el detective Littlemore, Clara había despedido airosamente a todo el mundo de la alcoba de Nora, tanto a familiares como a policías. Cuando Nora estuvo desnuda, Clara le preparó un baño de agua fría y la ayudó a meterse en la bañera. Nora, sollozando, le rogó a Clara que le dejara hablar: le habían sucedido tantas cosas horribles.

Clara puso dos dedos en los labios de Nora.

—Calla —dijo—. No hables, cariño. Cierra los ojos.

Nora obedeció. Clara bañó a la joven con cuidado, le lavó el pelo, le limpió con delicadeza las heridas, aún no curadas del todo, con un suave paño mojado.

—No me creen —dijo Nora, conteniendo las lágrimas.

—Lo sé. No te preocupes.

Clara trataba de consolar a la atribulada chiquilla. Pidió a la señora Biggs, que vagaba en vilo por el pasillo, que trajera la pomada que había dejado el doctor Higginson.

—¿Clara?

—Sí.

—¿Por qué no has venido antes?

—Chsss… —le respondió Clara, refrescándole la frente— Ya estoy aquí…

Luego, vacía ya la bañera, Nora siguió en ella un rato con el torso cubierto por una toalla blanca y los ojos cerrados.

—¿Qué me estás haciendo, Clara? —preguntó.

—Rasurándote. Tenemos que hacerlo, para poder limpiar esa horrible quemadura. Además estará mucho más bonito así. —Clara le cogió la mano y se la llevó sobre los centímetros más íntimos—. Aquí —dijo—. Apriétate aquí, cariño. —Clara colocó su mano fuerte encima de la de su joven amiga, y la mantuvo así, con firmeza, haciendo presión hacia abajo y cambiando de posición de cuando en cuando para permitirle seguir haciendo su trabajo—. Nora, George ha estado conmigo toda la noche. La policía me ha preguntado, y he tenido que decírselo. Ahora debes decírselo tú también. Porque si no van a encerrarte. Ya están haciendo gestiones para internarte en un sanatorio.

—No me importaría ir a un sanatorio —dijo Nora.

—No seas boba. ¿No te gustaría más venir conmigo al campo? Eso es lo que vamos a hacer, cariño. Tú y yo, las dos, solas, como nos gusta. Allí podremos hablar con libertad de todo eso.

Clara terminó de dar los últimos toques al rasurado. Y le aplicó a Nora en la quemadura la pomada que había dejado el doctor Higginson.

—Pero debes decirles eso.

—¿Qué debo decirles?

—Bueno, que te lo hiciste todo tú misma. Que estabas furiosa contra todos nosotros: George, tu madre y tu padre. Incluso contra mí. Intentabas desquitarte de todos nosotros.

—No, yo nunca podría estar furiosa contra ti.

—Oh, cariño, ni yo contra ti. —Clara fijó su atención en las dos heridas que tenía en los muslos. Les aplicó la pomada del doctor Higginson moviendo con suavidad los dedos en círculos—. Pero debes decírselo ahora mismo. Diles lo mucho que sientes todo este lío. Te sentirás mucho mejor. Y luego puedes venirte conmigo todo el tiempo que quieras.

Ni siquiera el *coroner*, hombre de temperamento voluble, pasaba casi nunca de la exaltación al abatimiento con tanta rapidez como cuando escuchó de labios del detective Littlemore el informe de los hechos de horas antes en el domicilio de los Acton.

Littlemore había tratado de que el *coroner* se interesase por Elsie Sigel, pero Hugel desechó el tema de forma concluyente. El *coroner* Hugel había oído lo del revuelo en casa de los Acton por casualidad, a través de los recaderos del alcalde que fueron a buscar a Littlemore. Y de ahí su ira: ¿por qué no se le había informado a él de todo aquello y sí a Littlemore? Luego, al oír el relato de Nora, Hugel dejó escapar varios «jajá!» y «¡ya lo tenemos!» y «ya se lo dije, ¿o no?». Finalmente, al enterarse del descubrimiento de la barra de labios, los cigarrillos y el látigo, volvió a dejarse caer en la silla.

—Se acabó —dijo, con voz queda. La cara se le empezaba a oscurecer—. Hay que internar a esa joven.

—No, espere un momento, señor Hugel. Escuche esto.

Littlemore le contó el descubrimiento del alfiler de corbata.

Hugel apenas acusó la nueva.

—Demasiado poco. Demasiado tarde —dijo con amargura. Soltó un gruñido de disgusto—. Había creído todo lo que había contado antes. Esa joven debe ser internada, ¿me ha oído?

—Cree que está loca…

El *coroner* aspiró profundamente.

—Le felicito, detective, por su lógica afilada como una hoja. El caso Riverford-Acton está cerrado. Informe al alcalde. Yo no voy a hablar con él.

El detective parpadeó, sin comprender.

—No puede cerrar el caso, señor Hugel.

—No existe tal caso —dijo el *coroner*—. No puedo llevar adelante una investigación de asesinato sin cuerpo del delito. ¿Comprende? No hay asesinato sin cadáver. Y no puedo llevar adelante una investigación por agresión sin agresión. ¿O tendremos que procesar a la señorita Acton por agresión contra su propia persona?

—Un momento, señor Hugel. No se lo he contado. ¿Se acuerda del hombre de pelo negro? Descubrí adónde fue. Primero fue al Hotel Manhattan, ¿qué le parece? Y luego a un burdel de la calle Cuarenta. Así que voy yo mismo a ese burdel, y la madama me da un soplo que me conduce a Harry Thaw, que…

—¿De qué diablos me está usted hablando, detective?

—De Harry Thaw, el tipo que mató a Stanford White.

—Sé quién es Harry Thaw —dijo el *coroner*, con considerable dominio de sí mismo.

—No va a creerme, señor Hugel, pero si el chino no es el asesino, creo que nuestro hombre puede ser Harry Thaw.

—Harry Thaw…

—¿Se libró, recuerda? Se fue de rositas —dijo Littlemore— Bien, pues en su juicio hubo un affidávit de su mujer, y…

—¿Va usted a meter a Harry Houdini también en esto?

—¿Houdini? Houdini es ese artista del escapismo, señor Hugel.

—Sé quién es Houdini —dijo el *coroner* Hugel en voz muy baja.

—¿Por qué dice que estoy metiendo a Houdini en esto? —preguntó Littlemore.

—Porque Harry Thaw está en una celda con mil candados, detective. No se fue de rositas. Está encerrado en el manicomio penitenciario Matteawan.

—¿De veras? Pensaba que estaba libre. Pero entonces… Entonces no puede ser él…

—No.

—No lo entiendo. Esa mujer del burdel adonde fue el hombre del pelo negro…

— *¡Olvídese del hombre del pelo negro!* —estalló el *coroner*—. Nadie escucha nada de lo que digo. Escribo un informe, y nadie lo lee. Decido una detención, y se hace caso omiso. Doy por cerrado el caso.

—Pero los hilos… —respondió Littlemore—. Los pelos. Las heridas. Usted lo dijo, señor Hugel. Lo dijo usted mismo.

—¿Qué es lo que dije?

—Dijo que el tipo que mató a la señorita Riverford agredió también a la señorita Acton. Dijo que había pruebas. Eso significa que la señorita Acton no se lo ha inventado todo. Que hubo una agresión, señor Hugel. Que tenemos un caso. *Alguien* agredió a esa chica el lunes.

—Lo que dije, detective, es que todos los indicios físicos apuntaban a que el

agresor era la misma persona en los dos casos, no que hubiera pruebas. Lea mi informe.

—¿No pensará que la señorita Acton…? ¿No creerá que se ha dado ella misma esos latigazos?

El *coroner* miraba hacia el frente con sus ojos taciturnos, faltos de sueño.

—Repugnante —dijo.

—¿Y qué me dice del alfiler de corbata? Dijo que el alfiler de corbata tenía las iniciales del señor Banwell. Es exactamente lo que usted andaba buscando, señor Hugel.

—Littlemore, ¿es usted sordo? Ya oyó a Riviere. La marca en el cuello de Elizabeth Riverford no era*GB*. Me equivoqué —rió entre dientes Hugel, furioso—. No he hecho más que equivocarme.

—¿Qué hacía eso allí, entonces? El alfiler de corbata en el árbol, quiero decir.

—¿Cómo voy a saberlo? —aulló Hugel—. ¿Por qué no se lo pregunta a ella? No tenemos nada. Nada. Sólo a esa chica del demonio. Ningún jurado del país la creería ahora. Seguramente puso ella misma ese alfiler en el árbol. Es…, es una psicópata. Hay que encerrarla.

Sándor Ferenczi retrocedió hacia la puerta de la habitación de Jung deshaciéndose en sonrisas y asentimientos de cabeza, como se retiraría de la presencia real un cortesano. Acababa de comunicarle, con cierto temor, que Freud quería verle a solas.

—Dígale que pasaré a verle dentro de diez minutos —le había respondido Jung —. Con sumo placer.

Ferenczi esperaba encontrarse al implacable suizo gravemente ofendido, y no al Jung en calma que le había recibido. Ferenczi tendría que informar a Freud de que el cambio de talante de Jung le había parecido inquietante. Más aún, tendría que contarle lo que Jung estaba haciendo.

En el suelo de la habitación de Jung había centenares de guijarros Y piedrecitas, así como gran cantidad de ramitas y hierbas. Ferenczi no tenía la menor idea de dónde procedía todo aquello; seguramente de algún solar en obras, algo que podía encontrarse por doquiera, en Nueva York. El propio Jung estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, jugando con guijarros y ramitas. Había empujado todos los muebles —sillones, lámparas, mesa, hacia un lado para despejar la habitación y habilitar un amplio espacio en el centro. En tal espacio había levantado un pueblo de piedras, con docenas de diminutas casas que rodeaban un castillo. Cada casa tenía su propio terreno de hierba detrás de ella: quizá una huerta o un jardín trasero. En el centro del castillo, Jung estaba tratando de plantar una ramita en horquilla con dos largos tallos de hierba atados a ambos extremos, pero no conseguía que las hierbas se mantuvieran derechas hacia lo alto. Por eso, adivinaba Ferenczi, necesitaba otros diez

minutos. Y suponiendo, añadió para sus adentros, que el retraso anunciado no tuviera nada que ver con el revólver que había visto en la mesilla de noche de Jung.

Sin duda es imposible que una casa exhiba una expresión en su fachada, pero al acercarme a la casa de piedra caliza de los Acton, en Gramercy Park, a última hora de la mañana del jueves, habría jurado que eso era exactamente lo que aquella casa estaba haciendo. Antes de que nadie me abriera la puerta yo ya sabía que algo había pasado en su interior.

La señora Biggs me hizo pasar. Su locuacidad habitual se había esfumado. La mujer, literalmente, se retorcía las manos. En un angustiado susurro, me dijo que todo era culpa suya. Estaba arreglando la casa, dijo. Y añadió que de haberlo sabido jamás se lo habría enseñado a nadie.

Poco a poco fue calmándose, y me enteré de los terribles sucesos de la noche pasada, incluido el descubrimiento del cigarrillo revelador. Menos mal, dijo luego la señora Biggs con alivio, que la señora Banwell estaba ahora arriba. Era obvio que la anciana sirviente consideraba a Clara Banwell más capaz de controlar las cosas que los propios padres de la joven. La señora Biggs me dejó en el salón. Un cuarto de hora después, entró en él Clara Banwell.

Estaba vestida para irse. La señora Banwell llevaba un sombrero sencillo con un velo transparente, y un parasol cerrado que a juzgar por su mango iridiscente debía de ser muy caro.

—Disculpe, doctor Younger —dijo—, no quiero retrasar su entrevista con Nora, pero ¿podría hablar un momento con usted antes de irme?

—Por supuesto, señora Banwell.

Mientras se quitaba el sombrero y el velo, no pude evitar advertir la largura y espesor de sus pestañas, tras las que centelleaban unos ojos llenos de inteligencia. No era una de esas dríadas que nos cuenta Edith Wharton, «sometidas a las convenciones de los salones». Antes bien, las convenciones la hacían brillar. Era como si todas nuestras modas las hubiéramos escogido para que pudiera lucirse aquel cuerpo, aquella piel de marfil, aquellos ojos verdes. No logré leer nada en su expresión; se las arreglaba para parecer a un tiempo orgullosa y vulnerable.

—Ahora sé lo que le ha contado Nora —continuó—. Sobre mí. Anoche no lo sabía.

—Lo siento —respondí—. Son los gajes nada envidiables de ser médico.

—¿Da por sentado que lo que sus pacientes le cuentan es verdad?

No dije nada.

—Bien, en este caso *es* verdad —dijo—. Nora me vio con su padre, como le ha contado. Pero, puesto que ya sabe todo eso, quiero que sepa el resto. No lo hice sin el conocimiento de mi marido.

—Le aseguro, señora Banwell…

—Por favor, no. Usted cree que estoy tratando de justificarme. —Cogió una fotografía de la repisa de la chimenea: era de Nora, con trece o catorce años—. Yo ya estoy más allá de justificaciones y demás, doctor. Lo que quiero contarle es por el bien de Nora, no por el mío. Recuerdo cuando se mudaron a esta casa. George la reconstruyó para ellos. Nora era increíblemente atractiva, ya entonces. Con sólo catorce años. Al verla sentías que por una vez las diosas habían dejado a un lado sus diferencias y la habían creado entre todas como un presente para Zeus. Yo no tengo hijos, doctor.

—Entiendo.

—¿De veras? No tengo hijos porque mi marido no me permitiría quedarme embarazada. Dice que estropearía mi figura. Nosotros nunca hemos tenido…, bueno, relaciones sexuales normales, mi marido y yo. Ni una sola vez. Él no se lo permitiría.

—Tal vez sea impotente.

—¿George? —El solo pensamiento pareció divertirla.

—Es difícil de creer que un hombre se reprima voluntariamente, dadas las circunstancias.

—Debo entender que es un cumplido, doctor. Bien, George no se reprime. Me hace gratificarle de…, de otro modo. Para el coito normal, recurre a otras mujeres. Mi marido desea a muchas de las mujeres jóvenes que conoce y las consigue. Deseaba a Nora. Y resultó que el padre de Nora me deseaba a mí. George vio la oportunidad, por tanto, de conseguir lo que deseaba. Me obligó a seducir a Harcourt Acton. Por supuesto no me estaba permitido hacer con Harcourt lo que tenía prohibido con mi propio marido. De ahí lo que vio Nora.

—Su marido creía que podía hacer que Acton prostituyera a su hija.

—A Harcourt no se le pedía que entregara él mismo a Nora. Lo único que necesitaba mi marido era que Harcourt sintiera que su felicidad dependía tanto de mí que sería reacio, profundamente reacio, a cualquier roce entre las dos familias. Así que, cuando llegó el momento, lo que hizo fue mirar para otro lado.

Entendí. En cuanto la señora Banwell inició su relación con el señor Acton, George Banwell hizo su primer acercamiento a Nora. Su estrategia, parece obvio, funcionó. Cuando Nora se quejó a su padre y le rogó que rompiera con Banwell, el señor Acton hizo que no la creía y la reprendió, como si su hija, según me contó Nora, hubiera hecho algo malo. Y lo había hecho, en efecto: había puesto en peligro su precioso arreglo con la señora Banwell.

—Hágase una idea de lo que tiene que ser —añadió Clara Banwell— para un hombre como Harcourt Acton que se le ofreciera aquello que tan sólo había acariciado en sueños…, o más bien lo que jamás se había atrevido ni a soñar. Tengo casi la certeza de que Acton habría hecho cualquier cosa que yo le hubiera pedido.

Sentí una presión peculiar justo debajo del esternón.

—¿Obtuvo su marido lo que perseguía?

—¿Lo pregunta por razones profesionales, doctor?

—Por supuesto.

—Por supuesto. La respuesta, creo, es no. Aún no, al menos. —Dejó la fotografía de Nora en la repisa de la chimenea, junto a una fotografía de sus padres—. En cualquier caso, doctor, Nora es consciente de que soy… infeliz en mi matrimonio. y creo que ahora está tratando de rescatarme.

—¿Cómo?

—Nora tiene mucha imaginación. No debe olvidarlo: aunque a sus ojos de hombre Nora parezca cabalmente una mujer, una presa lista para ser poseída, sigue siendo una niña. Una niña a quien sus padres jamás han entendido lo más mínimo. Como hija única, Nora ha vivido casi toda su vida en un universo propio.

—Ha dicho que estaba tratando de rescatarla a usted, ¿cómo?

—Tal vez crea que puede causarle la ruina a George diciéndole a la policía que la ha agredido. Tal vez crea que es cierto que lo ha hecho. Posiblemente hemos abrumado a la pobre criatura, y esté teniendo ese delirio.

—Tal vez su marido la haya agredido de verdad.

—No diré que George sea incapaz de hacer eso. Muy al contrario. Mi marido es capaz de casi todo. Pero en este caso, da la casualidad de que George vino a casa anoche justo después de que yo volviera de la cena. A las once y media. Nora dice que no se fue a su habitación hasta las doce menos cuarto.

—Su marido pudo haber salido de casa durante la noche, señora Banwell.

—Sí, lo sé. Podría haberlo hecho cualquier otra noche, pero no anoche. Estuvo demasiado ocupado, ya ve, haciendo sexo a su manera conmigo. Durante toda la noche. —Sonrió: una sonrisa pequeña, irónica, perfecta, y se frotó inconscientemente una de las muñecas. Sus largas mangas le tapaban las muñecas, pero vio que yo las estaba mirando. Aspiró hondo y dijo—: Será mejor que lo vea.

Se acercó a mí, tanto que vi de muy cerca los brillantes que centelleaban en los lóbulos de sus orejas, y me envolvió la fragancia de su pelo. Se remangó un poco y dejó al descubierto una excoriación reciente en cada muñeca. Yo había oído que había hombres que maniataban a mujeres por placer. No estaba seguro de que George Banwell le hubiera hecho precisamente eso a su mujer la noche pasada, pero sin duda fue ésa la imagen que me vino a la cabeza.

Clara rió sin ruido. Un tenue sonido irónico, no amargo.

—Soy una perdida, doctor, y al mismo tiempo una mujer virgen. ¿Ha oído semejante cosa alguna vez?

—Señora Banwell, no soy abogado, pero creo que tiene usted más que sobradas razones para pedir el divorcio de su marido. Incluso puede que no esté siquiera

casada con él, ya que el matrimonio no ha llegado a consumarse.

—¿Divorciarme? No conoce a George. Antes me mata que dejar que me vaya. —Volvió a sonreír. No pude evitar imaginar qué se sentiría al besarla—. ¿Y quién iba a quererme a mí, doctor, en caso de que lograra ser libre? ¿Qué hombre iba a tocarme, sabiendo lo que he hecho?

—Cualquier hombre —dije.

—Es muy amable al decir eso, pero está mintiendo. —Me miró a la cara—. Está mintiendo cruelmente. Si quisiera podría tocarme ahora mismo. Pero jamás lo haría.

Miré aquellas facciones sin tacha, fatalmente adorables.

—No, señora Banwell, jamás lo haría. Pero no por las razones que usted dice —dije.

Y en ese preciso instante apareció Nora en la puerta de la sala.

La zancada del detective Littlemore, al salir de su entrevista con el *coroner* Hugel, había perdido su vivacidad acostumbrada. La nueva de que Harry Thaw seguía internado en un hospital penitenciario para enfermos mentales había sido un verdadero jarro de agua fría. Desde que leyó la transcripción sobre Thaw, Littlemore había pensado que el caso podía alcanzar dimensiones mayores de lo que nadie imaginaba, Y que quizá él se encontrara en el umbral de su resolución. y ahora ni siquiera sabía si existía tal caso.

El detective se había formado una opinión muy alta del *coroner* Hugel, pese a sus estallidos y sus rarezas. Littlemore estaba seguro de que Hugel era capaz de resolver el caso. La policía, pensaba, no debía abandonar tan fácilmente. Y menos el *coroner* Hugel. Era demasiado inteligente.

Littlemore creía en la eficacia de la policía. Llevaba ocho años en el cuerpo, desde el día en que mintió para entrar como agente de ronda subalterno. Era el primer trabajo de verdad que había tenido en la vida, y se aferró a él con todas sus fuerzas. En los primeros tiempos, le encantaba vivir en las barracas policiales. Le encantaba comer con los otros policías, escuchar las historias que contaban. Sabía que había algunas manzanas podridas, pero pensaba que eran la excepción. Si alguien le dijera, por ejemplo, que su héroe el sargento Becker extorsionaba a los burdeles y casinos de Tenderloin a cambio de protección, pensaría que le estaba tomando el pelo. Si alguien le dijera que el nuevo jefe de policía estaba también en el ajo, le respondería que estaba loco. En suma, el detective Littlemore admiraba a sus superiores en el cuerpo, y Hugel le había dejado tirado.

Pero Littlemore nunca se revolvía contra quien le hubiera decepcionado. Su reacción era precisamente la contraria. Lo que quería era que el *coroner* volviera al redil. Necesitaba encontrar algo que lo convenciera de que el caso debía seguir abierto. Hugel había tenido desde el principio la convicción de que Banwell era el

culpable, y quizá tuviera razón.

Y sin duda Littlemore creía en el alcalde McClellan aún más que en el *coroner* Hugel, y el alcalde había proporcionado a Banwell una sólida coartada para la noche del asesinato de Elizabeth Riverford. Pero Banwell tal vez tenía un cómplice, tal vez un cómplice chino. ¿No había contratado el propio Banwell a Chong Sing para que trabajara en la lavandería del Balmoral? Y ahora resultaba que el asesino de la señorita Riverford podía no ser el agresor de la señorita Acton: eso es lo que el *coroner*Hugel acababa de decirle. Así que quizá el cómplice de Banwell había matado a Elizabeth Riverford y Banwell había agredido a la señorita Acton. Basándose en esta teoría, Littlemore pensó que Hugel seguía equivocándose. Pero el detective, por alta que fuera la estima que le merecieran las facultades del señor Hugel, no lo consideraba infalible. E imaginaba que, si tenía razón en lo fundamental, al *coroner* no le importaría equivocarse en el detalle.

Así pues, Littlemore recuperó el brío en la zancada, y se aprestó al trabajo que tenía que hacer. Primero fue calle arriba hacia la jefatura de policía, donde encontró a Louis Riviere en el cuarto oscuro del sótano. Littlemore le preguntó si le podía hacer un negativo de la fotografía de la marca en el cuello de Elizabeth Riverford. El francés le respondió que volviera a recogerla al final de la jornada.

—¿Y podría ampliármela también, Louie? —le preguntó Littlemore.

—¿Por qué no? —le respondió Riviere—. La luz es buena. Luego el detective se dirigió hacia el norte: tomó el metro hasta la calle Cuarenta y dos, y de allí caminó hasta la casa de Susie Merrill. Llamó, y nadie respondió, así que se apostó en una esquina de la manzana, en la otra acera. Una hora después vio salir de la casa a la robusta Susie, con otro de sus enormes sombreros, éste coronado por un abigarrado conjunto floral. Littlemore la siguió hasta un Child's Lunch Room de Broadway, donde la mujer tomó asiento sola en uno de los reservados. Littlemore esperó a que la sirvieran, para ver si alguien se reunía con ella. Cuando la señora Merrill atacaba su plato de carne con verduras, Littlemore se deslizó hasta el asiento de enfrente.

—Hola, Susie —dijo—. Lo encontré. Lo que quería que encontrara.

—¿Qué está haciendo aquí? Váyase. Le dije que me mantuviera fuera del asunto.

—No, no me lo dijo.

—Bien, se lo digo ahora —dijo Susie—. ¿Quiere que nos maten a los dos?

—¿Quién, Susie? Thaw está encerrado en un manicomio del norte del estado.

¿Ah, sí?

—Sí.

—Supongo que no podrá ser él quien le mate, entonces —dijo Susie.

—Supongo que no.

—Entonces no hay nada más que hablar, ¿no?

—No me oculte información, Susie.

—Si quiere que le maten, allá usted; pero a mí déjeme al margen. —La señora Merrill se levantó, dejó treinta centavos en la mesa: cinco centavos por el café, veinte por la carne con verduras y cinco de propina para la camarera— Tengo un bebé en casa —añadió para termina…

Littlemore le agarró un brazo.

—Piénselo bien, Susie. Quiero respuestas, y voy a volver por ellas.

XVIII

A diferencia de mí, Clara Banwell no parecía sentir ninguna incomodidad ante la mirada glacial de Nora Acton. Llenando el aire con un torrente fácil de palabras, le dijo adiós, comportándose ante el mundo como si Nora no nos acabara de sorprender a escasos centímetros el uno del otro. Me tendió la mano, besó a Nora en la mejilla, y añadió atentamente que no hacía falta que la acompañáramos a la puerta, porque no quería demorar ni un segundo la sesión de terapia de Nora. Instantes después, oí cómo la puerta principal se cerraba a su espalda.

Nora estaba en el mismo punto que había ocupado Clara Banwell minutos antes. No era lo más apropiado por mi parte quedarme admirando su belleza, dados los terribles acontecimientos de la noche pasada, pero no pude evitarlo. Era absurdo. Uno podía caminar kilómetros por la ciudad de Nueva York —como acababa de hacer yo aquella mañana—, o pasarse un mes en la estación Grand Central, sin toparse en ningún momento con una mujer de belleza física semejante. Y, sin embargo, en el espacio de cinco minutos yo había tenido ante mí a dos en el salón de la casa de los Acton. Pero qué contraste entre ambas…

Nora no llevaba adorno alguno en su persona: ni joyas, ni ropas bordadas. No llevaba parasol. No llevaba velo. Sólo una sencilla blusa blanca, con mangas hasta los codos, metida por el talle, un talle increíblemente fino, en una falda plisada azul celeste. La parte superior de la blusa, abierta, dejaba al descubierto la delicada estructura de sus clavículas y su largo, adorable cuello. Las magulladuras habían desaparecido de él, y ahora su piel era casi inmaculada. Llevaba el pelo rubio como de costumbre, hacia atrás y peinado en una larga trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Como había dicho la señora Banwell, no era más que una chiquilla. Su cuerpo gritaba su juventud desde cada plano y curva de su anatomía, y en especial en el subido color de sus mejillas y sus ojos, que irradiaban con esperanza de criatura nueva su frescura y, añadiría yo, su furia.

—Lo odio a usted más que a nadie que haya conocido nunca —me dijo.

Es decir: volvía a ocupar, más que nunca, el lugar de su padre. Como empujada por un sino inexorable, se había topado con Clara Banwell y conmigo encerrados en un salón del mismo modo en que había sorprendido a su padre y a Clara teniendo trato carnal en el salón de otra casa, tres años atrás. Pero la diferencia capital —que entre la señora Banwell y yo no había nada— parecía escapársele. Y no era extraño. No era a mí a quien estaba mirando airadamente ahora. Era a su padre, que vestía mis ropas. Si yo hubiera deseado consolidar la transferencia psicoanalítica, no podría haber urdido una estratagema mejor. De haber deseado llevar el psicoanálisis de Nora a su clímax, no podía haber esperado una confabulación de acontecimientos más afortunada. Ahora tenía la oportunidad, y el deber, de tratar de mostrarle a la señorita

Acton lo erróneo de la transposición que estaba teniendo lugar en su mente, para que acabara reconociendo que la rabia que imaginaba sentir por mí era en realidad la ira que sentía contra su padre.

En otras palabras, me sentía obligado a sepultar mi propia emoción. Tenía que ocultar hasta el más mínimo rastro de lo que sentía por ella. Por genuino que fuera. Por irresistible que fuera.

—Entonces estoy en desventaja, señorita Acton —repliqué—. Porque yo la amo más que a nadie que haya conocido nunca.

Un silencio perfecto nos envolvió durante varios latidos.

—¿De veras? —preguntó.

—Sí.

—Pero usted y Clara estaban…

—No, no estábamos. Lo juro.

—¿No estaban?

—No.

Nora empezó a respirar pesadamente. Demasiado pesadamente. La ropas que vestía no le quedaban prietas, pero debajo debía de llevar alguna otra prenda. Su respiración se circunscribía a la parte alta de su torso. Preocupado por si se desmayaba, la conduje hasta la puerta principal, y la abrí. Necesitaba aire. Al otro lado de la calle se extendía la arboleda variegada de Gramercy Park. Nora avanzó hacia el descansillo de la entrada. Le indiqué que si salía debía decírselo a sus padres.

—¿Por qué? —dijo—. Podemos ir sólo al parque.

Cruzamos la calle y, en una de las puertas de hierro forjado del parque, Nora sacó del bolso una llave dorada y negra. Se produjo un momento violento cuando la ayudé a franquear la puerta: debía decidir si le ofrecía o no el brazo para empezar a caminar. Me las arreglé para no hacerlo.

Desde el punto de vista terapéutico, me encontraba ante una situación harto delicada. No temía por mí a pesar de que a mis sentimientos por aquella joven parecía no afectarles el hecho de que pudiera ser emocionalmente inestable o incluso estar mentalmente enferma. Si Nora se había hecho ella misma aquella quemadura, cabían dos posibilidades. O bien había actuado con plena conciencia, y mentía a todo el mundo, o bien lo había hecho en un estado de disociación, en una suerte de hipnosis o sonambulismo, que había quedado aislado del resto de su conciencia. Creo que, considerada la situación en su conjunto, yo prefería la primera opción, aunque ninguna de las dos era demasiado halagüeña.

No lamentaba haberle confesado mis sentimientos. Me había visto forzado por las circunstancias. Pero si mi declaración de amor había sido tal vez honorable, el haber seguido actuando en consecuencia no lo habría sido en absoluto. Ni el bellaco de más baja estofa se habría aprovechado de una chiquilla en su estado. Tenía que encontrar

un modo de hacérselo saber. Tenía que despojarme del papel de amante que acababa de arrogarme y tratar de volver a ser su médico.

—Señorita Acton —dije.

—¿No va a llamarme Nora, doctor?

—No.

—¿Por qué?

—Porque sigo siendo su médico. Y para mí no puede ser Nora. Es mi paciente. —No estaba seguro de cómo iba a tomarse ella esto, pero proseguí—: Cuénteme lo que le pasó anoche. No, espere: ayer, en el hotel, me dijo que había recuperado la memoria de la agresión del lunes. Cuénteme primero todo lo que recuerde de ella.

—¿Debo hacerlo?

—Sí.

Me preguntó si podíamos sentarnos, y encontramos banco en un rincón apartado. Seguía sin saber, me explicó, cómo había empezado todo, o cómo había llegado allí. Aquella parte de su memoria seguía soterrada. Lo que recordaba era que la estaban atando en la oscuridad del dormitorio de sus padres. Estaba de pie, maniatada por las muñecas Y fuertemente sujeta a algún saliente del techo.

No llevaba puestas más que unas bragas. Las persianas estaban cerradas y las cortinas echadas.

El hombre estaba detrás de ella. Le había rodeado el cuello con una tira suave de tela —quizá seda—, y la estaba apretando tanto que apenas podía respirar, y mucho menos gritar. También la estaba azotando con algo, una correa o una especie de fusta. Dolía, pero era soportable, como una azotaina no muy severa. Lo que la aterrorizaba era la seda ceñida a su garganta: pensaba que quería mataría. Pero cada vez que estaba a punto de desvanecerse, el hombre aflojaba ligeramente la presión del estrangulamiento, lo justo para dejar que su víctima recuperara un poco el resuello.

El hombre empezó a azotarla con más fuerza. El dolor se hizo tan intenso que ella pensó que no podría soportarlo. Y de pronto el látigo cesó, y el hombre se le acercó por detrás, hasta tan cerca que ella pudo sentir su aliento áspero en la espalda. El hombre la tocó; la señorita Acton no dijo dónde; y yo no pregunté. Mientras lo hacía, ella sintió que una parte del cuerpo de él —«una parte dura», dijo— entraba en contacto con su cadera. El hombre emitió un feo sonido, y luego cometió un error: la corbata que apretaba el cuello de ella se aflojó de pronto, y ella aspiró con fuerza y lanzó un grito, un grito tan fuerte y prolongado como se lo permitieron los pulmones. Y entonces debió de desmayarse. Lo siguiente que recordaba era que la señora Biggs estaba a su lado.

Mientras me contaba todo esto Nora guardaba la compostura, con las manos enlazadas sobre el regazo. Sin cambiar de actitud, me preguntó:

—¿Está disgustado conmigo?

—No —dije—. En sus recuerdos de la agresión, ¿era Banwell el agresor?

—Creí que sí. Pero el alcalde dijo que…

—El alcalde dijo que Banwell estaba con él el domingo por la noche, cuando fue asesinada la *otra*mujer. Si usted recuerda a Banwell como su agresor, debe decirlo.

—No lo sé —dijo Nora en tono quejumbroso—. Creía que sí. No sé. Estuvo detrás de mí todo el tiempo.

—Cuénteme lo de anoche.

Me contó lo del intruso que había entrado en su dormitorio. Esta vez, dijo, estaba segura de que era Banwell. Hacia el final del relato, sin embargo, se apartó de mí una vez más. ¿Me estaba ocultando algo?

—Ni siquiera tengo lápiz de labios —concluyó, muy seria—. Y esa cosa horrible que encontraron en mi armario… ¿De dónde se supone que he sacado yo eso?

Señalé un hecho obvio:

—Ahora lleva usted maquillaje. El más leve brillo en los labios, el más tenue colorete en las mejillas.

—¡Pero esto es de Clara! —protestó—. Me lo ha dado ella. Ha dicho que me sentaría bien.

Seguimos sentados en silencio. Al final, habló ella:

—No cree una palabra de lo que le he contado.

—No creo que quisiera mentirme.

—Pero lo hago —respondió ella—. Lo he hecho.

—¿Cuándo?

—Cuando he dicho que le odio —dijo ella, al cabo de una larga pausa.

—Cuénteme lo que se ha callado.

—¿A qué se refiere?

—Algo de la noche pasada; algo que le hace dudar de sí misma.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó.

—Usted dígamelo.

A regañadientes, confesó que en el episodio de la noche anterior había un detalle inexplicable. Su posición de espectadora privilegiada, desde la que había presenciado todo lo que le estaba pasando, no era la del nivel de sus ojos sino la de un lugar en lo alto de la alcoba, muy por encima de ella misma y de su agresor. De hecho se había visto yaciendo en el lecho, como si fuera un mero testigo de la escena y no la víctima.

—¿Cómo es posible eso, doctor? —exclamó, con voz suave—. No es posible, ¿verdad?

Yo quería consolada, pero lo que tenía que decide no era muy consolador que dijéramos.

—Lo que me describe es la forma en que a veces vemos las cosas en sueños.

—Pero si lo soñé, ¿cómo me hice esa quemadura? —susurró—. Yo no me quemé

a mí misma, ¿o sí? ¿Lo hice?

No pude contestarle. Estaba considerando una posibilidad aún más lúgubre. ¿Podía haberse infligido ella misma las terribles heridas de la primera agresión? Intenté imaginarla hiriendo con un cuchillo o una navaja de afeitar su propia piel suave hasta sangrar… Me resultaba imposible creerlo.

De la zona sur de la ciudad nos llegó un fragor de voces humanas que acabó de pronto en una gran ovación lejana. Nora me preguntó qué podía ser aquello, y yo le dije que posiblemente los huelguistas. Los líderes sindicales habían convocado una marcha en respuesta a unos conflictos laborales que habían tenido lugar en la zona sur el día anterior. Un conocido agitador llamado Gompers había jurado convocar una huelga que paralizaría toda la industria de la ciudad de Nueva York.

—Tienen todo el derecho de ir a la huelga —dijo Nora, claramente deseosa de cambiar de tema—. Los capitalistas deberían avergonzarse de sí mismos, por emplear a todos esos obreros y no pagarles lo suficiente para que puedan mantener a sus familias. ¿Ha visto usted las casas donde viven?

Me contó que la pasada primavera Clara Banwell y ella habían visitado a familias que vivían en casas de vecindad del Lower East Side. Había sido idea de Clara. Así es como había conocido a Elsie Sigel y al chino por el que le había preguntado el detective Littlemore.

—¿Elsie Sigel? —repetí. La tía Mamie la había mencionado en su fiesta—. ¿La que se fugó a Washington?

—Sí —dijo Nora—. A mí me pareció absurdo que estuviera haciendo de misionera cuando hay gente que se está muriendo de hambre y que no tiene ni casa. Y Elsie trabajaba sólo con hombres, cuando quienes más sufren son las mujeres y los niños. —Clara, me explicó Nora, había hecho hincapié en visitar a aquellas familias abandonadas por el marido y padre, o en las que éste había muerto en accidente de trabajo. Clara y Nora habían conocido a muchas de estas familias, y habían pasado muchas horas en sus casas. Nora cuidaba de los más pequeños mientras Clara intimaba con las mujeres y los niños mayores. Empezaron a visitar a estas familias una vez a la semana, y les llevaban comida y cosas que necesitaban. En dos ocasiones había llevado a bebés al hospital, y les habían salvado de alguna grave enfermedad o de la muerte misma. Una vez, me contó Nora en tono sombrío, al saber que una chica faltaba de su casa, Clara y ella la habían buscado en todas las comisarías y hospitales de la zona, y al final la habían encontrado en el depósito de cadáveres. El forense les dijo que la chica había sido violada. Su madre no tenía a nadie que la consolara o ayudara. Clara hizo ambas cosas. Nora había visto una miseria indescriptible aquel verano, pero también —o eso creí entrever— el calor de un amor familiar desconocido para ella hasta entonces.

Cuando terminó su relato, seguimos allí sentados, mirándonos. Sin aviso previo,

Nora dijo:

—¿Me besaría si se lo pidiese?

—No me lo pida, señorita Acton —dije.

Me cogió la mano y se la llevó hacia sí, y con el dorso de mis dedos se tocó la mejilla.

— No —dije, cortante. Me soltó al instante. Todo había sido culpa mía. Le había dado motivos para creer que podía tomarse la libertad que acababa de tomarse, y de pronto le había quitado el suelo de debajo de los pies—. Tiene que creerme —le dije —. Nada en el mundo me gustaría más. Pero no puedo. Sería aprovecharme de usted.

—Quiero que se aproveche de mí —dijo ella.

—No.

—¿Porque tengo diecisiete años?

—Porque es mi paciente. Escúcheme. Lo que cree sentir por mí…, no debe creer en ello. No es real. Es una creación del psicoanálisis. Le sucede a toda persona psicoanalizada.

Me miró como si yo estuviera bromeando.

—¿Cree usted que sus preguntas estúpidas me han hecho mirarle con mejores ojos?

—Piense en ello. En un momento dado siente indiferencia hacia mí. Luego furia. Luego celos. Luego… otra cosa. Pero no soy yo. No es por nada que yo haya hecho. ¿Cómo iba a serlo? Usted no me conoce. No sabe nada de nada de mí. Todos esos sentimientos vienen de otro lugar de su vida. Y afloran por esas preguntas estúpidas que yo le hago. Pero pertenecen a otra parte. Son sentimientos que usted siente por otra persona, no por mí.

—¿Cree que estoy enamorada de otra persona? ¿De quién? ¿No se referirá a George Banwell?

—Puede que lo haya estado.

—Nunca. —Hizo un genuino gesto de asco—. Lo detesto.

Me lo jugué el todo por el todo. Odiaba hacerlo, porque a partir de entonces me miraría con repugnancia; no era el momento de decírselo, pero era mi obligación.

—El doctor Freud tiene una teoría. Una teoría que tal vez podría aplicarse a usted, señorita Acton.

—¿Qué teoría?

Su desconcierto crecía por momentos.

—Se lo advierto: es desagradable en extremo. Bien, Freud cree que todos nosotros, desde muy temprana edad, albergamos…, deseamos secretamente…, bueno, en su caso él cree que cuando vio a la señora Banwell con su padre, cuando la vio arrodillada ante su padre, haciéndole una…

—No tiene por qué decirlo —me interrumpió.

—Cree que usted sintió celos.

Me miró fijamente, sin expresión alguna en el semblante.

Estaba teniendo dificultades para explicarme con claridad.

—Celos directos, físicos. Lo que quiero decir es que el doctor Freud cree que cuando vio lo que Clara Banwell le estaba haciendo a su padre, usted deseó ser quien estaba…, que usted acarició la fantasía de ser la que le estaba…

—¡Cállese! —gritó. Se tapó los oídos con las manos.

—Lo siento.

—¿Cómo puede saber él eso?

Estaba aterrorizada. Ahora se llevó las manos a la boca. Registré mentalmente su reacción. Oí sus palabras. Pero traté de creer que no las había oído. Sentía ganas de decir: *Debo de estar oyendo mal; por un instante me ha parecido oír que ha preguntado usted cómo lo sabia Freud*.

—No se lo he dicho a nadie, nunca —susurró, enrojeciendo hasta las orejas—. A nadie. ¿Cómo es posible que lo sepa?

No podía sino mirarla fijamente, sin expresión, como instantes antes me había mirado ella.

—¡Oh, soy *sucia*! —clamó, y echó a correr por el parque hacia su casa.

Cuando salió del Child's Lunch Room, después de hablar con Susie, Littlemore se dirigió a pie hacia la comisaría de la calle Cuarenta y siete, para ver si habían echado el guante a Chong Sing o a William Leon. En efecto, ambos hombres habían sido detenidos… un centenar de veces, le dijo a Littlemore el capitán Post, irritado. En las horas siguientes a las órdenes de búsqueda y captura, con sus correspondientes descripciones, de estos sujetos, habían recibido docenas de llamadas desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad, e incluso de Nueva Jersey, llamadas de gente que creía haber visto a Chong. En el caso de Leon había sido aún peor: todo chino con traje y corbata era William Leon. Reardon era, pues, el único hombre del capitán Post que había visto realmente al escurridizo Chong Sing. El capitán lo iba enviando a aquellas comisarías que afirmaban haber detenido al señor Chong, y Reardon comprobaba que en todas ellas se había llevado a cabo una detención errónea.

—Esto no está bien. Hemos metido en el calabozo a media Chinatown y seguimos sin detenerlos a ellos. Tengo que decides a los chicos que dejen ya de detener gente. Mire. ¿Quiere probar con algunas de estas llamadas?

Post le lanzó a Littlemore el fajo del registro de llamadas en las que se afirmaba haber visto a los sospechosos que aún no habían sido comprobadas. El detective las examinó cuidadosamente, deslizando el dedo por las hojas manuscritas. Se detuvo hacia la mitad de una de las hojas, donde le llamó la atención una descripción de una línea: *Canal altura río. Chino visto trabajando muelles. Se ajusta descripción*

sospechoso Chong Sing.

—¿Tiene un coche? —preguntó Littlemore—. Quiero echar un vistazo a éste.

—¿Por qué?

—Porque hay arcilla roja en esos muelles —respondió el detective.

Littlemore se puso al volante del único coche de policía del capitán Post, acompañado de un agente uniformado. Tomaron Canal Street y enfilaron hacia el límite oriental de la ciudad, donde se ultimaba la construcción del inmenso Puente de Manhattan sobre el East River. Littlemore se detuvo a la entrada de las obras y se quedó mirando a los operarios.

—Ahí está —dijo, señalando a un hombre—. Es él.

No era difícil identificar a Chong Sing: un chino solo, bien visible, entre una multitud de obreros blancos y negros. Empujaba una carretilla llena de bloques de hormigón ligero.

—Vaya a por él —le dijo Littlemore al agente—. Si echa a correr, lo atrapo yo.

Chong Sing no corrió. Al ver al policía uniformado, agachó la cabeza y siguió empujando la carretilla. Cuando el policía le puso la mano en el hombro, Chong se entregó sin resistirse. Otros operarios se pararon a observar la detención sin incidentes, pero ninguno intervino. Cuando el agente volvió con Chong al coche de policía, donde les esperaba el detective Littlemore, los hombres habían vuelto al trabajo como si nada hubiera sucedido.

—¿Por qué huyó ayer, señor Chong?

—No huí —dijo Chong—. Tengo que trabajar, ¿lo ve? Tengo que trabajar.

—Voy a acusarle de complicidad en un asesinato. ¿Entiende lo que eso significa? Pueden colgarle.

Littlemore hizo un gesto para ilustrar esto último.

—Yo no sé nada —dijo el chino con voz lastimera—. Leon se fue. Luego salía olor de su apartamento. Eso es todo.

—Sí, claro —dijo el detective.

Littlemore ordenó al agente que llevara al detenido a la cárcel de las Tumbas. Y se quedó en los muelles. Quería echar un vistazo sin prisa. Las piezas del rompecabezas se estaban reajustando en la cabeza de detective, y empezaban a encajar poco a poco. Littlemore sabía que iba a encontrar arcilla al pie del Puente de Manhattan, y tenía el presentimiento de que George Banwell había pisado esa arcilla.

Todo el mundo sabía que Banwell estaba construyendo las torres del Puente de Manhattan. Cuando el alcalde McClellan adjudicó el contrato a la American Steel Company de Banwell, los periódicos de Hearst habían hablado de corrupción: condenaron al alcalde por favorecer a un viejo amigo y predijeron alegremente demoras, interrupciones y costes adicionales. Lo cierto es que Banwell levantó aquellas torres no sólo sin salirse del presupuesto sino en un tiempo récord. Había

supervisado personalmente las obras, lo cual le dio a Littlemore la idea.

Littlemore fue andando hacia el río, mezclándose con la masa humana de operarios. Si quería, podía mezclarse casi con cualquier tipo de individuos. Littlemore era muy bueno dando la impresión de estar a sus anchas, porque *estaba* a sus anchas; sobre todo porque las cosas encajaban en su sitio. Chong Sing tenía dos empleos, y los dos se los había proporcionado el señor George Banwell. ¿No era interesante?

El detective llegó al atestado muelle central justo a tiempo para el cambio de turno. Centenares de hombres sucios y con botas pululaban por el muelle, mientras otros, en una larga fila, esperaban para montar en el elevador que les bajaría al cajón. El fragor de las turbinas, un vibrante ruido mecánico, llenaba el aire con su furioso son monótono.

Si alguien le hubiera preguntado a Littlemore cómo detectaba un problema, una infelicidad en el ambiente, no habría sabido responder. Entabló conversación con un grupo de hombres y supo enseguida el mal final que había tenido Seamus Malley. El pobre Malley, le explicaron los obreros, era otra víctima del mal del cajón. Cuando abrieron la puerta del elevador, hacía un par de mañanas, lo encontraron tirado en el suelo, muerto, con hilos de sangre seca en las orejas y en la boca.

Los hombres se quejaban amargamente del cajón, al que llamaban «la caja» o «el ataúd». Algunos pensaban que estaba maldito. Casi todos tenían problemas de salud, le echaban la culpa al cajón. La mayoría decía que estaban contentos de que el trabajo estuviera casi acabado, pero los más viejos chascaban la lengua y replicaban que pronto echarían de menos aquel trabajo bajo el agua: en cuanto dejara de llegar regularmente el jornal a su bolsillo. ¿Podía llamarse «jornal» a tres dólares por doce horas de trabajo?

—Mira Malley —dijo uno—. Ni siquiera podía permitirse un techo sobre su cabeza con ese «jornal». Por eso está muerto. Lo han matado. Nos están matando a todos nosotros.

Pero otro replicó que Malley tenía un techo; tenía incluso una esposa…, y que era por *eso* por lo que se pasaba las noches en el cajón, allá abajo.

Littlemore vio huellas de arcilla roja por todo el muelle; se agachó para atarse los cordones de los zapatos, y cogió con disimulo algunas muestras. Preguntó si el señor Banwell iba mucho por aquel muelle. La respuesta fue afirmativa. De hecho, le dijeron, el señor Banwell bajaba al ataúd como mínimo una vez al día, a fin de ver cómo iba el trabajo. A veces le acompañaba el mismísimo McClellan, el alcalde.

El detective preguntó qué opinión les merecía trabajar para Banwell. Un infierno, le respondieron. Todos estuvieron de acuerdo en que a Banwell le tenía sin cuidado cuántos de ellos morían en el cajón, y en que lo único que le importaba era que el trabajo avanzara más rápido. Que ellos recordaran, el día anterior había sido la

primera vez que Banwell había mostrado alguna preocupación por sus vidas.

—¿A qué se refieren? —preguntó Littlemore.

—Nos dijo que no nos preocupáramos por la ventana cinco.

Las «ventanas», le explicaron los obreros, eran los compartimentos utilizados para deshacerse de los escombros. Cada una tenía un número, y la ventana cinco se había obstruido. Normalmente el patrón, Banwell, habría ordenado arreglarla de inmediato, algo que todo operario del cajón odiaba, porque requería una maniobra difícil y arriesgada en la que al menos un hombre debía permanecer dentro de ella mientras ésta estaba llena de agua. Pero el día anterior, por primera vez, Banwell les dijo que no se preocuparan. Un hombre sugirió que tal vez el patrón se estaba ablandando. Pero los otros discreparon: decían que Banwell no tenía ningún interés en correr riesgos estando el puente a punto de terminarse.

Littlemore asimiló esta información. Y luego fue hasta el elevador.

El hombre que lo manejaba —un viejo arrugado y sin un pelo en la cabeza— estaba en su interior, sentado en un taburete. El detective le preguntó quién había cerrado las puertas del elevador dos noches atrás: la noche en que murió Malley.

—Yo —dijo el viejo, con aires de propietario.

—¿Estaba el elevador aquí arriba cuando lo cerró con llave esa noche? ¿O estaba abajo?

—Aquí arriba, por supuesto. No es usted muy despierto, ¿eh, joven? ¿Cómo iba a estar mi montacargas allá abajo si yo estaba aquí arriba?

Una buena pregunta. El elevador se manejaba manualmente. Sólo un hombre en su interior podía hacer que ascendiera o descendiera. De ahí que, cuando el encargado del elevador terminaba su jornada nocturna, éste quedaba necesariamente arriba, en el muelle. Pero si el viejo a cargo del elevador le había formulado a Littlemore una buena pregunta, Littlemore le contestó con una pregunta mejor.

—¿Cómo llegó él hasta aquí arriba, entonces?

—¿Qué?

—El muerto —dijo Littlemore—. Malley. ¿Estuvo abajo el martes por la noche, cuando todo el mundo estaba arriba?

—Eso es —dijo el viejo, sacudiendo la cabeza—. Maldito idiota. No era la primera vez. Le dije que no debía hacerlo. Se lo dije.

—¿Y lo encontraron aquí arriba, en su montacargas, a la mañana siguiente?

—Eso es. Y bien muerto. Aún puede verse la sangre. Llevo ya dos días intentando limpiarla, y no se va. Con jabón, con sosa, y nada. ¿Lo ve?

—Bien, entonces ¿cómo subió hasta aquí arriba? —volvió a preguntar el detective.

XIX

Carl Jung estaba de pie, alto y derecho, en el umbral de la habitación de Freud. Iba formalmente vestido, con traje completo. Nada en su actitud sugería que instantes antes hubiera estado jugando con ramitas y guijarros en el suelo de su habitación.

Freud, en mangas de camisa y chaleco, rogó a su visitante que se pusiera cómodo. Su instinto le decía que aquella entrevista iba a ser decisiva. Jung, en efecto, no parecía estar bien. Freud no daba crédito a las acusaciones de Brill, pero empezaba a aceptar que Jung podía estar moviéndose fuera de la órbita de él, su maestro.

Freud sabía que Jung era más inteligente y creativo que cualquier otro de sus seguidores, y quien más potencial tenía para abrir nuevas fronteras. Pero Jung padecía, no había duda, de «complejo del padre». Cuando, en una de las cartas de los primeros tiempos, Jung rogaba a Freud que le enviara una fotografía suya, diciendo que la conservaría «como algo precioso», Freud se sintió halagado. Pero cuando le pidió explícitamente que lo mirara no como a un igual sino como a un hijo, Freud empezó a preocuparse, y se dijo a sí mismo que tendría que dedicar un cuidado especial a este asunto.

Razonó Freud que, por lo que él sabía, Jung no tenía ningún otro amigo varón. Jung siempre se rodeaba de mujeres, de muchas mujeres, de demasiadas mujeres. Ahí radicaba la otra dificultad. Dada su posición ante Hall, Freud no podía ya eludir durante más tiempo una conversación con Jung sobre la joven que había escrito afirmando ser su paciente y amante. Freud había leído la carta sin escrúpulos que Jung le envió a la madre de la joven. Y luego estaba lo que le acababa de contar Ferenczi del estado en que había visto su habitación del hotel.

El punto sobre el que Freud no albergaba ninguna duda era la adhesión de Jung a los principios fundamentales del psicoanálisis. En sus cartas privadas, en horas y horas de conversaciones, Freud había puesto a prueba, por activa y por pasiva, tal adhesión. No había duda alguna: Jung creía firme y totalmente en la etiología sexual de los trastornos psíquicos. Y había llegado a tal convicción por la mejor de las vías posibles: la superación de su propio escepticismo al ver que las hipótesis de Freud se confirmaban una y otra vez en la praxis clínica.

—Siempre hemos hablado con franqueza el uno con el otro —dijo Freud—. ¿Podemos seguir haciéndolo?

—Nada me gustaría más —dijo Jung—. Sobre todo ahora que me he liberado de su autoridad paternal.

Freud trató de no dejar traslucir su sorpresa.

—Estupendo, estupendo. ¿Café?

—No, gracias. Sí. Sucedió ayer, cuando usted decidió mantener oculta la verdad de su sueño del conde Thun a fin de preservar su autoridad. ¿Ve la paradoja? Tenía

miedo de perder su autoridad, y, como consecuencia, la ha perdido. Le importa más la autoridad que la verdad; para mí no puede existir más autoridad que la verdad. Pero es mejor así. Su causa sólo prosperará si yo conservo mi independencia. Ya está prosperando, de hecho. ¡He resuelto el problema del incesto!

De todo este torrente de palabras, Freud se ciñó a dos:

— *¿Mi* causa?

—¿Qué?

—Ha dicho «su causa» —repitió Freud.

—No lo he dicho.

—Sí lo ha hecho. Es la segunda *vez*.

—Bien, es suya, ¿no? Suya *y* mía. Será infinitamente más fuerte ahora. ¿No me ha oído? He resuelto el problema del incesto.

—¿A qué se refiere con «resolver»? —dijo Freud—. ¿Qué problema?

—Sabemos que el hijo ya mayor no codicia sexualmente a su madre, con sus venas varicosas y sus pechos caídos. Esto es una obviedad. Ni la codicia el hijo infante, que aún no tiene ni una intuición de la penetración. ¿Por qué, entonces, las neurosis adultas giran tan frecuentemente en torno al complejo de Edipo, como sus casos y los míos nos confirman? La respuesta me vino dada en un sueño de la noche pasada. El conflicto adulto *reactiva el material infantil*. La libido reprimida del neurótico se ve forzada a regresar a los canales infantiles —¡justo como usted siempre dijo!—, donde encuentra a la madre, que una vez fue algo tan valioso para él. La libido se apega a ella, sin que la madre haya sido deseada realmente nunca.

Estas consideraciones causaron una reacción física singular en Sigmund Freud. Se produjo un aflujo de sangre a las arterias que rodean el córtex cerebral, y él lo acusó como una pesadez en el cráneo. Tragó saliva y dijo:

—¿Está negando el complejo de Edipo?

—No, en absoluto. ¿Cómo iba a negarlo? El término lo inventé yo.

— El término *complejo* es suyo —dijo Freud—. Y lo retiene, pero niega lo *edípico*.

—¡No! —clamó Jung—. Preservo todos sus descubrimientos fundamentales. El neurótico tiene complejo de Edipo. Su neurosis le hace creer que codicia sexualmente a su madre.

—Está diciendo que no existen deseos incestuosos reales. No en las personas sanas, al menos.

—¡Ni siquiera en los neuróticos! Es maravilloso. En el neurótico se genera un complejo de la madre porque su libido le fuerza a volver a los canales infantiles. Así, el neurótico se da a sí mismo una razón ilusoria para castigarse. Se siente culpable de un deseo que jamás tuvo.

—Ya veo. ¿Qué es entonces lo que le ha causado la neurosis? —preguntó Freud.

—Su conflicto actual. Cualquier deseo que el neurótico no admite tener. Cualquier tarea vital a la que no logra enfrentarse.

—Ah, el conflicto actual —dijo Freud. La cabeza ya no le pesaba. Lo que ahora sentía en ella era una peculiar ligereza—. Así que no hay necesidad de rastrear en el pasado sexual del paciente. Ni, por supuesto, en su niñez.

—Exacto —dijo Jung—. Nunca pensé así. Desde una perspectiva puramente clínica, es el conflicto actual el que debe desvelarse y sobre el que se debe actuar. El material sexual de la niñez, reactivado, puede sondearse, pero no es más que un señuelo, una trampa. Es el esfuerzo del paciente por huir de sus neurosis. Estoy escribiendo todo esto. Verá cuántos partidarios gana el psicoanálisis si se reduce el papel de la sexualidad.

—Oh, elimínelo por completo; nos irá aún mejor —dijo Freud—. ¿Puedo hacerle una pregunta? Si el incesto no se desea realmente, ¿por qué es un tabú?

—¿Tabú?

—Sí —dijo Freud—. ¿Por qué habría de haber una prohibición del incesto en cada una de las sociedades humanas que han existido hasta hoy, si jamás se ha dado en nadie tal deseo?

—Porque…, porque… muchas cosas son tabú y en realidad no se desean.

—Dígame una.

—Bueno, hay muchas. Hay una larga lista —dijo Jung.

—Dígame una.

—Bueno…, por ejemplo…, los cultos prehistóricos a los animales, los tótems; son… —Jung no fue capaz de terminar la frase.

—¿Puedo hacerle otra pregunta? —dijo Freud—. Dice que la idea le ha venido de la interpretación de un sueño. Me pregunto qué sueño será. Y si no será posible interpretarlo de otra manera.

—No dije que fuera a través de la interpretación de un sueño —replicó Jung—. Dije *en* un sueño. De hecho no estaba dormido del todo.

—No comprendo —dijo Freud.

—Ya sabe esas voces que oímos de noche, justo antes de conciliar el sueño. He aprendido a atender a esas voces. Una de ellas me habla con una sabiduría antigua. Y he visto a quien me habla. Es un anciano, un gnóstico egipcio…, una quimera, en realidad, que se llama Filemón. Ha sido él quien me ha revelado el secreto.

Freud no respondió.

—No me arredran sus insinuaciones de incredulidad —dijo Jung—. Hay más cosas en el cielo y en la tierra, *Herr Professor*, de las que pueda soñar su psicología.

—Seguro que sí. Pero dejarse llevar por una voz, Jung…

—Quizá le estoy dando una impresión errónea —dijo Jung—. No acepto la palabra de Filemón sin razonamiento. Me expuso sus argumentos a través de una

exégesis de los cultos primitivos de la madre. Le aseguro que al principio no creí lo que me decía. Puse varias objeciones, y a todas ellas me dio una contestación satisfactoria.

—¿Habla con él?

—Es obvio que no le gusta nada mi innovación teórica.

—Me preocupa su fuente —dijo Freud.

—No, le preocupan sus teorías, sus teorías sexuales —dijo Jung, con indignación visible y creciente—. Y por tanto cambia de tema y trata de llevarme a una conversación acerca de lo sobrenatural. Pero no me dejaré engañar. Tengo razones objetivas.

—¿Que le ha proporcionado un espíritu?

—Porque usted no haya experimentado nunca un fenómeno de ese tipo no quiere decir que no existan.

—Le concedo eso —dijo Freud—. Pero hay que aportar pruebas, Jung.

—¡Lo he visto, se lo aseguro! —exclamó Jung—. ¿No es eso una prueba? Lloraba contándome cómo los faraones borraban los nombres de sus padres de las lápidas de los mausoleos, práctica que no conocía y que he verificado luego. ¿Quién es usted para decir lo que es una prueba y lo que no lo es? Usted da por supuesta su conclusión: ese espíritu no existe, luego lo que veo y lo que oigo no cuentan como prueba.

—Lo que *usted* oye. No, no es una prueba, Carl, si sólo una persona puede oírlo.

Un extraño sonido empezó a llegar desde detrás del sofá en el que estaba sentado Freud: un crujido, o un chirrido; como si hubiera algo dentro de la pared que pugnase por salir al exterior.

—¿Qué es eso? —dijo Jung.

El crujido se hizo más fuerte, y acabó por llenar la habitación. Cuando llegó a lo que parecía su cenit, se oyó un tremendo astillamiento, como el estruendo de un trueno.

—¿Qué diablos…? —dijo Freud.

—Conozco ese ruido —dijo Jung. Un brillo triunfal destelló en sus ojos—. He oído ese ruido antes. *¡Ahí*tiene su prueba! Ha sido una exteriorización catalizadora.

—¿Una qué?

—Un flujo interno de la psique que se manifiesta a través de un objeto externo —explicó Jung—. ¡Yo he producido ese ruido!

—Oh, vamos, Jung —dijo Freud—. Puede que haya sido un disparo.

—Está usted equivocado. Y para probarlo, haré que vuelva a producirse. ¡Ahora!

En el momento mismo en que Jung pronunció esa palabra, el ruido volvió a empezar. Y, de igual modo, fue ganando en intensidad hasta hacerse insoportable, y en el ápice de su ascenso se oyó un tremendo estallido.

—¿Qué me dice ahora? —dijo Jung.

Freud no dijo nada: se había desmayado y se deslizaba despacio del sofá al suelo.

El detective Littlemore, caminando desde los muelles de Canal Street hacia el centro, iba encajando las piezas del rompecabezas. Era el primer asesinato que había investigado en su vida. El señor Hugel se sentiría en la gloria cuando se lo contase.

No era en absoluto Harry Thaw: era George Banwell, de principio a fin. Era Banwell quien había asesinado a Elizabeth Riverford y quien había robado su cuerpo de la morgue. Littlemore imaginaba a Banwell conduciendo hasta la orilla del río, sacando el cuerpo y dejándolo sobre el muelle, y bajando en el elevador hasta el cajón neumático. Banwell tenía la llave que abría el elevador. El cajón era el lugar perfecto para deshacerse de un cadáver.

Pero Banwell suponía que iba a estar solo en el cajón. Debió de sorprenderse mucho cuando vio en él a Malley. ¿Cómo explicar el haber bajado allí en mitad de la noche con un cadáver a rastras? No había explicación posible, así que tuvo que matar a Malley.

El bloqueo de la ventana cinco y la reacción de Banwell eran el remate de la prueba. No quería por nada del mundo que nadie descubriera qué era lo que había obstruido la ventana cinco, ¿no es cierto?

El detective iba viendo todo esto mentalmente mientras se apresuraba casi sin resuello por Canal Street. Lo iba viendo todo salvo un gran coche negro y rojo, un Stanley Steamer, que lo seguía despacio a media manzana de distancia. En su imaginación, mientras cruzaba la calle, Littlemore vio su ascenso a teniente; vio al alcalde mismo condecorándole; vio a Betty admirando su nuevo uniforme. Pero no vio el Stanley Steamer que aceleraba de súbito. No vio cómo el vehículo hacía un ligero viraje para atropellarlo mortalmente, y por supuesto no se vio a sí mismo saltando por los aires al ser alcanzado en las piernas por el guardabarros del Stanley.

Su cuerpo quedó tirado en Canal Street mientras el coche se alejaba a toda velocidad por la Segunda Avenida. Algunos de los horrorizados viandantes lanzaron imprecaciones contra el conductor que huía después de atropellar a un hombre. Uno de ellos le llamó asesino. Un policía que estaba en la esquina corrió hacia el caído Littlemore, que aún pudo hacer acopio de la fuerza suficiente para susurrarle algo al oído. El agente frunció el ceño, y luego asintió con la cabeza. Al cabo de diez minutos llegó una ambulancia tirada por caballos. Los enfermeros que recogieron a Littlemore no se molestaron siquiera en llevarlo a un hospital: enfilaron directamente hacia el depósito de cadáveres.

Jung levantó a Freud por las axilas y lo depositó encima del sofá. De pronto

Freud le pareció a Jung viejo e inerme: su temible facultad de juicio era ahora tan inocua como sus brazos y piernas fláccidos y colgantes. Freud recobró el conocimiento en unos pocos segundos.

—Qué dulce tiene que ser… morir —dijo.

—¿Está enfermo?

—¿Cómo ha hecho eso? ¿Ese ruido?

Jung se encogió de hombros.

—Reconsideraré la parapsicología. Tiene usted mi palabra —dijo Freud—. El comportamiento de Brill… Lo lamento de verdad. No habla por mí.

—Lo sé.

—Llevo un año insistiendo demasiado en que me informe de sus actividades —dijo Freud—. Me doy cuenta. Eliminaré el exceso de libido, se lo prometo. Pero estoy preocupado, Carl. Ferenczi ha visto ese… pueblecito en su habitación.

—Sí. He encontrado una nueva manera de reavivar los recuerdos de la niñez. Jugar. Cuando era un chiquillo solía levantar pueblos enteros.

—Ya veo.

Freud se incorporó, con el pañuelo pegado a la frente. Aceptó un vaso de agua que le tendía Jung.

—Déjeme psicoanalizarle —dijo Jung—. Puedo ayudarle.

—¿Psicoanalizarme *a mí*? Ah, ya. Mi desmayo de hace unos segundos. ¿Cree que ha sido neurótico?

—Por supuesto.

—Estoy de acuerdo —dijo Freud—. Pero yo ya conozco su causa.

—Su ambición. Lo ha dejado ciego, terriblemente ciego. Como yo lo he estado.

Freud respiró profundamente.

—Ciego, se referirá, supongo, a mi miedo de ser destronado, a mi resentimiento por su éxito, a mis denodados esfuerzos para que no destaque.

Jung dio un respingo.

—¿Lo sabía?

—Sabía lo que diría —dijo Freud—. ¿Qué he hecho para merecer esa acusación? ¿No le he puesto al corriente de cada cosa que he ido haciendo, no le he mandado a mis propios pacientes, no le he citado, no le he concedido siempre crédito? ¿No he hecho todo lo que estaba en mi mano por usted, incluso a costa de herir a viejos amigos, confiándole tareas que bien podría haber seguido realizando yo mismo?

—Pero usted subestima lo más importante: mis descubrimientos. He resuelto el problema del incesto. Es una revolución. Pero usted no le concede la menor importancia.

Freud se frotó los párpados.

—Le aseguro que eso no es cierto. Aprecio en su justa medida su enorme

importancia. Usted nos contó un sueño que había tenido a bordo del *George Washington*. ¿Se acuerda? Está en una honda bodega o cueva, muy por debajo del nivel del suelo. Y ve un esqueleto. Dijo que los huesos pertenecían a su esposa, Emma, y a su hermana.

—Supongo que sí —dijo—. ¿Por qué?

—¿Lo supone?

—Es así, como usted dice. ¿Y qué?

—¿De quién eran en realidad los huesos?

—¿A qué se refiere? —preguntó Jung.

—Estaba mintiendo.

Jung no respondió.

—Vamos —dijo Freud—. Al cabo de treinta años de ver a pacientes que me mienten, ¿cree que no me doy cuenta cuando lo hacen?

Jung seguía sin responder.

—El esqueleto era el mío, ¿no es cierto? —dijo Freud.

—¿Y qué si lo era? —dijo Jung—. El sueño me decía que estaba superándole. Y no quería herirle.

—Quería verme muerto, Carl. Primero me convirtió en su padre, y ahora quiere que muera.

—Entiendo —dijo Jung—. Entiendo adónde quiere ir a parar. Mis innovaciones teóricas son una tentativa de derrocarle. Eso es lo que dice siempre, ¿no? Si alguien disiente de usted, sólo puede tratarse de un síntoma neurótico. Una resistencia, un deseo edípico, un parricidio del padre…, cualquier cosa menos la verdad objetiva. Perdóneme, pero debo de haberme contagiado del deseo de que se me entienda intelectualmente por lo menos una vez. No que se me diagnostique, sólo que se me entienda. Pero quizá no es posible con el psicoanálisis. Quizá la verdadera función del psicoanálisis sea insultar y lisiar a los demás susurrándoles al oído sus complejos, como si ello fuera una explicación de algo. ¡Qué teoría más desastrosa!

—Escuche lo que está diciendo, Jung. Escuche su voz. Le pido tan sólo que considere la posibilidad, la mera posibilidad, de que sea su «complejo del padre», son sus propias palabras, el que está hablando aquí. Sería una enorme lástima para usted hacer una declaración pública de unas teorías cuyas verdaderas motivaciones sólo verá usted más adelante.

—Me ha preguntado si podíamos hablar con toda sinceridad —dijo Jung—. Yo, por lo menos, lo estoy intentando. Veo a través de usted. Conozco su juego. Usted hurga en los síntomas de los demás, en cada*lapsus linguae*, buscando continuamente sus puntos débiles, convirtiendo en niño a todo el mundo, mientras usted sigue en lo alto, deleitándose en la autoridad del padre. Nadie se atreve a coger de las barbas al Maestro. Bien, no tengo ni una pizca de neurosis. No soy yo quien se ha desmayado.

No soy yo el incontinente. Hoy ha dicho usted algo que es verdad: que su desmayo es neurótico. Sí, yo he padecido una neurosis: la *suya*, no la mía. Creo que usted odia a los neuróticos; creo que el psicoanálisis es la válvula de escape de ese odio. Nos convierte a todos en sus hijos, y se queda yacente a la espera de alguna expresión agresiva por nuestra parte, que está seguro que en algún momento tendrá lugar, y entonces se pone en pie de un salto y grita ¡Edipo, o deseo de muerte! Bien, pues no doy un centavo por sus diagnósticos.

Se hizo un silencio perfecto en la habitación.

—Ya sé que se tomará todo esto como una crítica —dijo Jung, con un punto de falta de seguridad en sí mismo—, pero lo que le estoy diciendo lo dicta la amistad.

Freud sacó un cigarro.

—Es por su bien —dijo Jung—. No por el mío.

Freud apuró el vaso de agua. Sin encenderse el cigarro, se levantó y fue hasta la puerta de la habitación.

—Tenemos un pacto, nosotros los psicoanalistas; un pacto entre nosotros —dijo Freud—. Ninguno tiene que avergonzarse de su pequeña dosis de neurosis. Pero jurar que uno es la viva estampa de la salud mientras actúa anormalmente sugiere falta de visión de su propia enfermedad. Recupere su libertad. Ahórreme su amistad. Adiós.

Freud abrió la puerta para que saliera Jung. Mientras lo hacía, Jung dijo unas últimas palabras:

—Verá lo que esto significará para usted. El resto es silencio.

El frío y el silencio en Gramercy Park no eran los habituales. Cuando Nora se hubo marchado corriendo, seguí allí en el banco largo rato, mirando con fijeza su casa, y luego la vieja casa del tío Fish, que estaba a la vuelta de la esquina y que yo solía visitar de chico. El tío Fish nunca nos dejaba la llave del parque. Al principio me asaltó confusamente la idea de que, como Nora se había llevado la llave, no iba a poder salir de aquel parque. Luego caí en la cuenta de que la llave era para entrar, no para salir.

Aunque odiosa a mis ojos en todos los aspectos, me veía obligado a admitir lo acertado de la teoría de Edipo de Freud. Llevaba tanto tiempo oponiéndome… Claro que varios de mis pacientes me habían hecho confesiones a las que bien podía haber dado una interpretación edípica. Pero nunca había oído a ninguno confesar así, a quemarropa, sin barnices interpretativos, unos deseos incestuosos.

Nora había admitido los suyos. Espero haber sabido admirar como se merece esa conciencia de sí misma. Pero no dejaba de despertar en mí una repugnancia irremediable.

Vete a un convento. Estaba pensando en la reiterada admonición de Hamlet a Ofelia, poco después del *ser o no ser*: que entrara en un convento. ¿Va a ser una

madre de pecadores?, le pregunta. *Así seas tan casta como el hielo…, no te librarás de la calumnia*. ¿Se pintaría la cara? *Dios os da una cara, y vosotras os hacéis otra*.

Creo que los razonamientos de mi corazón eran como sigue: sabía que no podría soportar tocar ahora a Nora. Apenas podía soportar pensar en ella… de aquel modo. Pero hube de admitir, maldita sea, que tampoco podía soportar el pensamiento de que cualquier otro hombre la tocara.

Me levanté del banco, me pasé las manos por el pelo. Me obligué a centrarme en los aspectos médicos del caso. Seguía siendo su médico. Desde el punto de vista clínico, la aceptación de Nora de que la noche anterior había contemplado su propia agresión desde lo alto de la alcoba era mucho más importante que el reconocimiento de sus deseos edípicos. Le había dicho que tales experiencias eran habituales en los sueños, pero, en combinación con la realidad de la quemadura del cigarrillo en la piel, su relato sonaba muy cercano a la psicosis. Seguramente necesitaba algo más que el psicoanálisis. Con toda probabilidad, tendría que ser hospitalizada. Vete a un sanatorio psiquiátrico…

Sin embargo, no podía creer que se hubiera infligido las heridas de la primera agresión, los brutales latigazos del lunes. Ni estaba dispuesto a admitir como una certeza incuestionable que la agresión de la noche anterior hubiera sido una mera alucinación. Ciertos recuerdos asociados a la facultad de medicina iban y venían fugazmente de mi cabeza.

La Universidad de Nueva York estaba tan sólo a unas manzanas de distancia. Resultó finalmente que la puerta de Gramercy Park estaba cerrada con llave. Tuve que saltar la verja, y, quién sabe por qué, al hacerlo me sentí como un criminal.

Al cruzar Washington Square pasé por debajo del arco monumental de Stanford White y me maravillé ante el potencial asesino del amor. ¿Qué otras obras podría haber creado el gran arquitecto si no hubiera sido asesinado por un marido celoso y loco, el hombre al que Jelliffe trataba de dar el alta médica para que pudiera salir del manicomio? Un poco más adelante estaba la excelente biblioteca de Universidad de Nueva York.

Empecé por el trabajo del profesor James sobre el óxido nitroso, que yo ya conocía bien de mis tiempos de Harvard, pero no encontré nada que se ajustase a la descripción que buscaba. Los textos generales de anestesiología no me sirvieron de nada. Así que acudí a la literatura física. En las fichas del catálogo encontré una que rezaba PROYECCIONES ASTRALES, pero resultó ser un desvarío teosófico. Luego encontré una docena de entradas sobre DESDOBLAMIENTO. En éstas, tras un par de horas de indagación, di por fin con lo que estaba buscando.

Tuve mucha suerte: Durville me proporcionó varias referencias de libros recién publicados sobre apariciones. Bozzano había consignado un caso enormemente sugestivo, y Osty otro aún más claro*(Revue Métapsychique*, número de mayo-junio).

Pero fue el caso que encontré en Battersby el que despejó cualquier duda que aún pudiera quedarme:

> *Luchaba con tanta violencia que ni dos enfermeras y un especialista fueron capaces de sujetarme… Lo siguiente que recuerdo es un grito penetrante que se oía en el cuarto, y que yo estaba arriba en el aire, mirando hacia abajo, hacia la cama sobre la que se inclinaban las enfermeras y el médico. Yo era consciente de que trataban en vano de hacer que callara. De hecho les oí que decían: «Señorita B., señorita B., no grite de ese modo. Está asustando a los demás pacientes». Al mismo tiempo, yo sabía muy bien que estaba fuera de aquel cuerpo, el mío, que gritaba, Y que no podía hacer nada para que callara.*

No tenía el número de teléfono del detective Littlemore, pero sabía que trabajaba en la nueva jefatura de policía del centro. Si no lograba dar con él, le dejaría un recado.

XX

En el edificio Van den Heuvel, un recadero corrió escaleras arriba al despacho del *coroner* Hugel para anunciarle que una ambulancia acababa de dejar un cuerpo en el depósito de cadáveres. Impertérrito, el *coroner* despidió al chico, pero éste no se iba. No era cualquier cadáver, le explicó el chico. Era el cadáver del detective Littlemore. El *coroner* Hugel, rodeado de cajas y de papeles sueltos amontonados por todo el suelo, lanzó un juramento y corrió al sótano con mayor rapidez si cabe que el recadero.

El cuerpo de Littlemore no estaba en la morgue, sino en la antecámara del laboratorio, donde Hugel hacía las autopsias. Habían entrado al detective en una camilla rodante y lo habían depositado sobre una de las mesas de autopsias. Los hombres de la ambulancia ya se habían ido.

Hugel y el recadero entraron atropelladamente en la antecámara y se quedaron petrificados al ver el cuerpo retorcido del detective. Hugel cogió del hombro al chico con inusitada fuerza, y avanzó despacio hacia la mesa de las autopsias.

—Oh, no… —dijo—. Es culpa mía.

—No, no lo es, señor Hugel —dijo el cadáver, abriendo los ojos.

El recadero soltó un grito.

—¡Por Martín Lutero redivivo, joder! —aulló Hugel.

El detective se incorporó en la camilla y se sacudió las solapas de la chaqueta: En los ojos del*coroner* vio una mezcla, al cincuenta por ciento, más o menos, de alivio y de ira que se le iba acumulando por momentos.

—Lo siento, señor Hugel —dijo, como avergonzado—. Pensé que sería una buena baza si el tipo que ha intentado matarme creía que lo había conseguido.

El *coroner* se apartó un par de pasos. Littlemore saltó de la mesa, y, en cuanto tocó el suelo con los pies, lanzó un grito de dolor. Tenía la pierna izquierda peor de lo que pensaba. Siguió al *coroner* Hugel pisándole los talones, y explicándole su teoría de la muerte de Seamus Malley.

—Absurdo —fue la respuesta de Hugel, que siguió subiendo las escaleras sin siquiera volverse para mirar a Littlemore, que cojeaba a su espalda—. ¿Por qué iba Banwell a arrastrar el cuerpo de Malley hasta el montacargas después de matarlo? ¿Para que le hiciera compañía mientras subía hasta el muelle?

—Puede que Malley muriera mientras subían juntos.

—Oh, ya veo… —dijo el *coroner*—. Banwell lo mata en el montacargas, y luego lo deja allí para multiplicar por mil las posibilidades de que lo detengan por dos asesinatos. Banwell no es ningún estúpido, detective. Es un hombre muy calculador. Si hubiera hecho lo que usted dice, habría bajado en el montacargas hasta el cajón, habría matado al tal Malley y se habría deshecho de su cuerpo de la misma forma en

que usted dice que se deshizo del cuerpo de la señorita Riverford.

—Pero la arcilla, señor Hugel… Se me había olvidado contarle lo de la arcilla.

—No quiero oírlo —dijo el *coroner*. Habían llegado a su despacho—. No quiero oír ni una palabra más sobre el asunto. Vaya a ver al alcalde, ¿por qué no lo hace? No hay duda de que le escuchará de muy buen grado. Se lo dije: el caso está cerrado.

Littlemore pestañeó y sacudió la cabeza. Reparó en los montones de documentos y de cajas de embalar que había tiradas por todo el despacho.

—¿Va a alguna parte, señor Hugel?

—Pues la verdad es que sí —dijo el *coroner*—. Dejo el empleo.

—¿Se va?

—No puedo trabajar en estas condiciones. Mis conclusiones no se respetan.

—Pero ¿adónde piensa ir, señor Hugel?

—¿Cree que ésta es la única ciudad que necesita un médico forense?

El *coroner* examinó las cajas de informes diseminadas por el suelo de su despacho.

—De hecho tengo entendido que hay un puesto libre en Cleveland, Ohio. Allí seguro que valoran mis opiniones. Me pagarán menos, por supuesto, pero eso no importa. Tengo un dinero ahorrado. Nadie podrá quejarse de mis informes, detective. Mi sucesor encontrará un sistema perfectamente organizado. Que yo creé. ¿Tiene alguna idea del estado de la morgue antes de mi llegada?

—Pero señor Hugel… —dijo el detective Littlemore. En ese momento, Louis Riviere y Stramam Younger aparecieron en el pasillo.

— ¡*Monsieur* Littlemore! —exclamó Riviere—. ¡Está vivo!

—Por desgracia —concedió el *coroner*—. Caballeros, si me disculpan, tengo trabajo que hacer.

Clara Banwell estaba refrescándose en la bañera cuando oyó que la puerta principal de la casa se cerraba con ruido. Era un cuarto de baño tipo turco, con azulejos mudéjares azules, de Andalucía, instalado en el apartamento de los Banwell por deseo expreso de Clara. Como oyera a su marido gritando a voz en cuello su nombre desde el vestíbulo, se arropó apresuradamente con dos toallas de baño blancas, una para el torso y la otra, a modo de turbante, para el pelo.

Aún chorreando agua a su paso, encontró a su marido en el vastísimo salón, con un vaso en la mano, mirando el río Hudson. Se estaba sirviendo un bourbon con hielo.

—Ven aquí —dijo Banwell desde el otro extremo del salón, sin volverse—. ¿La has visto?

—Sí.

Clara siguió donde estaba.

—¿Y?

—La policía cree que se hizo la quemadura ella misma. Creen que o está loca o que quiere vengarse de ti.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Banwell.

—Que estuviste aquí en casa toda la noche.

Banwell soltó un gruñido.

—¿Qué dice ella?

—Nora es muy frágil, George. Creo que…

El vivo ruido de la botella de whisky golpeando contra la mesa de cristal cortó en seco sus palabras.

La mesa no se rajó, pero el alcohol salpicó al salir con fuerza del gollete de la botella. George Banwell se volvió para encararse con su esposa.

—Ven aquí —dijo.

—No quiero.

—Ven aquí.

Clara obedeció. Cuando estuvo cerca de él, él miró hacia abajo.

—No —dijo ella.

—Sí.

Clara empezó a soltarle el cinturón. Mientras lo sacaba de las trabillas del pantalón, él se sirvió otro whisky. Ella le tendió el cinturón de piel negra. Y levantó las manos con las palmas juntas. Banwell le ató las muñecas con el cinturón, pasó el extremo por la hebilla, estiró con fuerza. Ella hizo una mueca de dolor.

Él la atrajo bruscamente hacia sí y trató de besarla en los labios. Ella sólo le permitió besarla en las comisuras, volviendo la mejilla ora a un lado, ora a otro. Él hundió la cabeza en el cuello desnudo de ella; ella aspiró profundamente el aire.

—No —dijo Clara.

Banwell la obligó a arrodillarse. Aunque atada por las muñecas, Clara podía mover las manos con la suficiente libertad para desabrocharle el pantalón. Banwell le arrancó la toalla blanca que la envolvía.

Minutos después, George Banwell estaba sentado en el gran sofá, completamente vestido, bebiendo bourbon, mientras Clara, desnuda, seguía arrodillada en el suelo, de espaldas a su esposo.

—Dime lo que te ha dicho Nora —le ordenó Banwell, aflojándose la corbata.

—George… —Clara levantó la mirada hacia él—. ¿No podrías dejado ya? No es más que una chiquilla. ¿Cómo va a hacerte daño?

Se dio cuenta enseguida de que *sus* palabras habían atizado, más que aquietado, la ira latente de su esposo. Éste se levantó del sofá, abotonándose.

—Una chiquilla… —repitió.

El francés debía de tener debilidad por el detective Littlemore, porque le plantó

sendos besos en las mejillas.

—Tendré que hacerme el muerto más a menudo —dijo Littlemore—. Jamás había sido usted tan amable conmigo, Louie.

Riviere le puso una gran carpeta en los brazos.

—Ha salido perfecta —dijo—. Me he sorprendido hasta yo, la verdad. No esperaba tanto detalle en una ampliación. No es habitual.

Dicho lo cual, el francés se alejó por el pasillo, aclarando mientras lo hacía que no se trataba de un*adieu* sino de un *au revoir*.

Me quedé solo, pues, con el detective Littlemore.

—¿Se ha estado… haciendo el muerto? —le pregunté.

—Era una broma. Cuando recobré el conocimiento, estaba en la ambulancia, y se me ocurrió que podía ser divertido.

Reflexioné un poco.

—¿Y lo ha sido?

Littlemore miró a su alrededor.

—Muy divertido —dijo—. Oiga, ¿qué está haciendo *usted* aquí?

Le conté al detective que había hecho un descubrimiento relativo al caso Acton potencialmente importante. De pronto, sin embargo, caí en la cuenta de que no estaba muy seguro de cómo iba a exponérselo. Nora había experimentado una forma de desdoblamiento astral, fenómeno por el que uno parece estar en dos sitios al mismo tiempo. Recordaba vagamente que, en mis tiempos de Harvard, había leído cosas sobre el desdoblamiento en relación con algunos de los experimentos primeros con las nuevas anestesias que tanto habían cambiado la medicina quirúrgica. Mi investigación de este caso lo confirmaba: estaba convencido de que a Nora le habían administrado cloroformo. A la mañana siguiente el olor habría desaparecido, y no quedaría ni rastro de cualquier posible efecto.

Mi problema estribaba en que Nora me había confesado que no le había contado nada al detective Littlemore sobre el extraño modo en que ella había vivido el incidente. Había tenido miedo de que no la creyera. Decidí ser directo:

—Hay algo que la señorita Acton no le ha contado de la agresión que padeció la noche pasada. Ella la vio; es decir, experimentó su propia participación en ella y su contemplación de ella, como si hubiera estado fuera de su cuerpo. —Al oír mis propias y lúcidas palabras, caí en la cuenta de que había elegido la menos comprensible y menos convincente de las explicaciones posibles. La expresión en el semblante del detective no contribuyó gran cosa a que cambiara mi impresión. Añadí —: Como si estuviera flotando por encima de su cama.

—¿Flotando por encima de su cama? —repitió Littlemore.

—Eso es.

—¡Cloroformo! —dijo Littlemore.

Me quedé estupefacto.

—¿Cómo diablos puede usted saber eso?

—H. G. Wells. Es mi autor preferido. Tiene un relato en el que un tipo pasa por esa misma experiencia cuando le están sometiendo a una operación después de aplicarle cloroformo.

—Me parece que he perdido la tarde en la biblioteca.

—No, nada de eso —dijo el detective—. Así puede usted encontrar un apoyo científico a…, ya sabe, a lo de flotar y el cloroformo y demás.

—Sí. ¿Por qué lo dice?

—Escuche: dejemos eso unos segundos, ¿de acuerdo? Tengo que comprobar una cosa mientras estamos aquí. ¿Viene conmigo? —Littlemore echó a andar por el pasillo y bajó las escaleras, cojeando ostensiblemente. Y me explicó, por encima del hombro—: Hugel tiene un microscopio muy bueno ahí abajo.

En el sótano, fuimos hasta un pequeño laboratorio forense, con cuatro losas de mármol y equipo médico de calidad excelente. Littlemore sacó de los bolsillos tres sobres pequeños, con sendas muestras de tierra o arcilla rojiza en su interior. Una de ellas, me explicó, procedía del apartamento de Elizabeth Riverford, otra del sótano del Balmoral, y la tercera del Puente de Manhattan, de un muelle propiedad de Banwell. Colocó las tres muestras sobre los portaobjetos de tres microscopios. Se movió de uno a otro con rapidez.

—Casan —dijo—. Las tres. Lo sabía.

Abrió la carpeta de Riviere. La fotografía, pude ver por fin, mostraba el cuello de una joven marcado con un pequeño círculo oscuro, granulado. Era, si había entendido bien al detective, cosa de la que no estaba muy seguro, la imagen «en negativo» de la fotografía de una marca que habían encontrado en el cuello de la difunta señorita Riverford. Littlemore examinó con detenimiento esta fotografía, comparándola con un alfiler de corbata dorado que se había sacado de otro bolsillo. Me enseñó el alfiler —que llevaba el monograma G B— y me invitó a compararlo con la fotografía.

Lo hice. Con el alfiler en la mano, vi que el círculo oscuro del cuello de la joven asesinada, con su enlace de iniciales, era a todas luces similar al sello del alfiler de corbata.

—Son muy parecidos —dije.

—Sí —dijo Littlemore—. Casi idénticos. El único problema es que, según Riviere, no deberían ser parecidos. Deberían ser contrarios. No lo entiendo. ¿Sabe dónde encontramos ese alfiler? En el jardín trasero de los Acton. Para mí, este alfiler prueba que Banwell estuvo en casa de los Acton; y que trepó a un árbol. seguramente para meterse por la ventana del cuarto de la chica. —Se sentó en una silla; sin duda le dolía demasiado la pierna para seguir de pie—. Usted sigue pensando que fue Banwell. ¿no. doctor?

—Así es.

—Tiene que venir conmigo a ver al alcalde —dijo el detective.

Smith Ely Jelliffe, sentado cómodamente en un asiento de primera fila del Hippodrome, el teatro cubierto más grande del mundo, lloraba mansamente. Y lo mismo hacían la mayoría de los que asistían con él al espectáculo. Se sentían conmovidos por aquella solemne marcha de jóvenes buceadoras, sesenta y cuatro en total. que se sumergían en el lago de cinco metros de profundidad que se abría en el gigantesco escenario del Hippodrome. (El agua era real; receptáculos de aire y pasillos submarinos hacían posible una vía de escape hacia la trasera del escenario.) ¿Quién podía contener las lágrimas ante el espectáculo de aquellas adorables y decorosas jóvenes en traje de baño que desaparecían en las aguas rizadas del lago para no volver a ver la tierra nunca más. condenadas a actuar en el circo del rey marciano para siempre y tan lejos de casa?

El dolor de Jelliffe ante aquello se veía aliviado por el conocimiento de que volvería a ver a dos de las chicas y pronto. Media hora más tarde. con sendas buceadoras a cada lado, del brazo. Jelliffe entró con visible satisfacción en el comedor con columnas del Roman Gardens de Murray, en la calle Cuarenta y dos. Tras Jelliffe iban dejando su estela dos largas boas rosas que llevaban al cuello sus acompañantes femeninas. Ante él las enormes columnas de escayola del Roman Gardens, ornadas de hojas, se alzaban hasta los techos de treinta metros de altura, donde las estrellas eléctricas centelleaban y una luna gibosa cruzaba el firmamento a una velocidad antinatural. Una fuente pompeyana de tres niveles susurraba en el centro del restaurante, mientras doncellas desnudas jugueteaban en la distancia del trampantojo de las paredes.

Jelliffe pesaba tanto como sus dos buceadoras juntas. Creía que su circunferencia de abdomen lo hacía sumamente impresionante… para el sexo femenino. Disfrutaba de un modo muy especial de sus buceadoras porque aquella noche deseaba dejar una viva impronta en la velada. Cenaba con el Triunvirato. Jamás lo habían invitado. Jamás había llegado a estar más cerca de su núcleo cerrado que en los almuerzos ocasionales en el club. Pero su caché había subido muchos puntos gracias a su relación y contactos con los nuevos psicoterapeutas.

Jelliffe no necesitaba dinero. Lo que necesitaba era renombre, estima general, prestigio, estatus…, y todo ello se lo podía dar el Triunvirato. Eran ellos. por ejemplo, quienes le recomendaron a los abogados de Harry Thaw, lo que le permitió gustar por vez primera el sabor de la fama. El día más grande de su vida había sido aquel en que apareció su fotografía en los periódicos dominicales, que se habían referido a él como «uno de los más distinguidos alienistas del estado».

El Triunvirato también había mostrado un sorprendente interés por su editorial.

Eran hombres a todas luces progresistas. Al principio le habían prohibido aceptar ningún artículo en el que se mencionara el psicoanálisis, pero su actitud había cambiado. Hacía un año aproximadamente le dieron instrucciones para que les enviara los resúmenes de todos los trabajos en los que se mencionara a Freud para que ellos le notificaran después cuáles de ellos recibían su aprobación. Fue el Triunvirato quien le recomendó que publicara a Jung. Fue el Triunvirato quien le animó a hacerse con la traducción de Brill del libro de Freud, cuando parecía que Morton Prince se disponía a publicarla en Boston. Y habían contratado a un corrector para que le ayudara en la puesta a punto de dicha traducción.

Jelliffe había calculado taimadamente el número de jovencitas que llevaría a la cena. Las jovencitas eran su especialidad. Tenía variados contactos sociales y profesionales con tal estamento humano. Conocía los mejores «establecimientos» para caballeros de la ciudad. Cuando se le preguntaba, él siempre recomendaba el Players Club de Gramercy Park. El Triunvirato, sin embargo, nunca le había pedido nada al respecto. Así que, cuando lo invitaron a unirse a ellos en el Roman Gardens, pensó que era el momento propicio. Como todo hombre de mundo sabía, en la planta de arriba del Roman Gardens había veinticuatro suites de soltero de lujo, cada una con cama de matrimonio y baño y una botella de champán en su cubitera con hielo. Al principio Jelliffe había pensado en cuatro chicas y cuatro habitaciones, pero tras reflexionar sobre el asunto decidió que era insuficiente desde el punto de vista de la camaradería entre varones. Así que no serían más que dos: el turnarse con ellas añadiría picante al asunto.

Jelliffe causó impresión, sí, pero no la que él había imaginado. Cuando le hicieron pasar al reservado donde el Triunvirato tenía la mesa preparada, el *bon vivant* y sus damas se encontraron con una inequívoca *froideur* por parte de los tres caballeros allí sentados. Ni siquiera se levantaron, ninguno de ellos. Jelliffe, incapaz de percibir la causa de su actitud, les saludó sin amilanarse, llamó al maitre para pedirle una sillas, y acto seguido anunció a los presentes que al terminar la cena les esperaban arriba dos suites de soltero. Con un gesto elegante de la mano, el doctor Charles Dana revocó la orden de las sillas. Jelliffe entendió al fin que no debía insistir y les susurró a las chicas que sería mejor que les esperaran arriba.

Poco después, el Triunvirato fue informado por Jelliffe de que Abraham Brill, sin previo aviso, había pospuesto indefinidamente la publicación del libro de Freud. Lástima, dijo Dana. Y ¿qué se sabía de las conferencias del doctor Jung en Fordham? Jelliffe les dijo que sus planes para las conferencias de Fordham seguían al ritmo previsto, y que el *New York Times* se había puesto en contacto con él para que le concertara una entrevista con Jung.

Dana se volvió hacia el caballero corpulento de las patillas de boca de hacha.

—Starr, ¿no le ha entrevistado también a usted el *New York Time*?

Starr, metiéndose una ostra en la boca, dijo que por supuesto que le habían entrevistado, y que él les había respondido sin pelos en la lengua. La conversación derivó entonces hacia la persona de Harry Thaw, y a este respecto se advirtió a Jelliffe en términos nada equívocos que el tal Thaw no debía ser objeto de más experimentos.

Cuando terminó la cena Jelliffe temió que su valoración ante el Triunvirato no había mejorado en absoluto. Dana y Sachs ni siquiera le estrecharon la mano al marcharse. Pero su ánimo en declive experimentó una inyección de aliento cuando Starr, que se había rezagado un poco del grupo que partía, preguntó si le había oído bien al decir que les esperaban dos suites arriba. Jelliffe le respondió que sí. Los corpulentos caballeros se miraron el uno al otro, ambos visualizando a una corista con una boa al cuello reclinada junto a una botella de champán helada sin abrir. Starr expresó entonces su opinión de que las cosas ya pagadas no debían desperdiciarse.

— ¿Ha perdido el juicio, detective? —preguntó el alcalde McClellan. Era el jueves por la noche, y estábamos los tres en su despacho con las puertas cerradas.

Littlemore le había pedido una cuadrilla de operarios para que bajaran al cajón neumático del Puente de Manhattan a investigar la ventana estropeada. Estábamos sentados frente al alcalde, al otro lado de su escritorio. McClellan se había levantado.

—Señor Littlemore —dijo; sin duda había heredado el porte militar de su padre —. Prometí a esta ciudad un metro, y se lo he dado. Prometí a esta ciudad Times Square, y se lo he dado. Prometí a esta ciudad el Puente de Manhattan, y por Dios que voy a dárselo aunque sea la última maldita cosa que haga en mi puesto de alcalde. Bajo ninguna circunstancia voy a permitir que el trabajo de ese puente se obstaculice lo más mínimo… Ni un solo segundo. Y bajo ninguna circunstancia voy a permitir que se incomode en modo alguno a George Banwell. ¿Me oye?

—Sí, señor —dijo Littlemore.

—Elizabeth Riverford fue asesinada hace cuatro días, y, que yo sepa, hasta el momento no han hecho ustedes nada más que perder su maldito cuerpo.

—Bueno, yo he encontrado un cuerpo, señor alcalde —dijo en tono manso Littlemore.

—Oh, sí… La señorita Sigel —dijo McClellan—. Que me está causando incluso más problemas que la señorita Riverford. ¿Ha visto los periódicos de la tarde? Está en todos ellos. ¿Cómo puede el alcalde de esta ciudad permitir que una chica de buena familia aparezca en el baúl de un chino? ¡Como si yo fuese personalmente responsable de algo semejante! Olvídese del señor Banwell, detective. Encuéntreme a ese William Leon.

—Señor alcalde, con el debido respeto —dijo Littlemore—, creo que los casos Riverford y Sigel están relacionados. Y creo que el señor Banwell está implicado en ambos.

McClellan cruzó los brazos.

—¿No cree que el asesino de la señorita Sigel sea el tal Leon?

—Puede que así sea, señor.

El alcalde aspiró profundamente.

—Señor Littlemore, su señor Chong…, el hombre que usted detuvo, ha confesado hace una hora. Su primo Leon mató a la señorita Sigel el mes pasado en un ataque de celos, después de haberla visto con otro chino. La policía ha estado en la casa de este otro hombre, y ha encontrado más cartas de la señorita Sigel. Leon la estranguló, y Chong lo vio todo. Incluso le ayudó a meter el cadáver en el baúl de Lean. ¿De acuerdo? ¿Está usted satisfecho?

—No estoy seguro, señor —dijo Littlemore.

—Bien, pues será mejor que lo esté. Quiero respuestas. ¿Dónde está Leon? ¿Fue agredida o no por segunda vez la señorita Acton? ¿Ha sido agredida realmente alguna vez? ¿Tengo que hacer yo el trabajo de todo el mundo? Y deje que le diga una cosa más, detective —concluyó McClellan—. Si usted o cualquiera entra en mi despacho diciendo que Elizabeth Riverford fue asesinada por un hombre que yo sé que no pudo hacerlo, voy a despedirles a todos ustedes. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, señor alcalde. Sí, señor —respondió Littlemore. Al fin nos dio la venia para que abandonáramos su despacho. En el pasillo, dije:

—Al menos sabemos que tenemos al alcalde en contra.

—Yo no he perdido el cuerpo de la Riverford —objetó Littlemore, con inusitada ira contenida—. ¿Qué diablos le sucede a todo el mundo? Tengo el alfiler de corbata, la arcilla, la muerte sin resolver del edificio de Banwell, el cual se ajusta a la descripción del *coroner* y se asusta cuando ve a la señorita Acton, que nos dice que quien la ha agredido es él, y no podemos ni siquiera bajar al cajón para ver lo que está atascando bajo el agua la ventana de los desechos de Banwell.

Yo le recordé que si Banwell estaba fuera de la ciudad la noche en que mataron a Elizabeth Riverford, él no podía ser el asesino.

—Sí, pero puede que tenga un cómplice que lo hizo —replicó Littlemore—. ¿Sabe algo del mal del buzo, doc?

—Sí, ¿por qué?

—Porque sé lo que tengo que hacer —dijo Littlemore, cuya cojera había empeorado—. Pero no puedo hacerlo yo solo. ¿Querría ayudarme?

Cuando Littlemore me explicó su plan, pensé que lo que me estaba proponiendo era lo más descabellado que había oído en mi vida. Pero luego, cuando reflexioné sobre ello, empecé a verlo de modo diferente.

Nora Acton estaba de pie sobre el tejado de su casa. La brisa agitaba los finos mechones de pelo que le bailaban en la frente. Alcanzaba a ver todo Gramercy Park, incluido el banco donde, varias horas antes, había estado sentada con el doctor

Younger, y en el que dudaba que volvieran a sentarse juntos nunca más. No podía soportar seguir en su casa. Su padre estaba encerrado en su estudio, y ella se hacía una idea de lo que hacía allí. Trabajar no, ciertamente: su padre no trabajaba. Años atrás, Nora había descubierto la biblioteca secreta de su padre. Eran libros repugnantes. Fuera, había de nuevo dos policías de guardia en las puertas trasera y principal. Se habían ido por la mañana, pero habían vuelto al atardecer.

Se preguntó si se mataría si se tiraba desde aquel tejado. y pensó que no. La joven volvió al interior de la casa, y bajó a la cocina. Buscó en el fondo de un armario y sacó uno de los cuchillos de trinchar de la señora Biggs. Se lo llevó arriba y lo colocó debajo de la almohada.

¿Qué podía hacer? No podía decirle la verdad a nadie, y no podía seguir mintiendo. Nadie la creería. Nadie la había creído.

Nora no tenía pensado utilizar el cuchillo de trinchar contra sí misma, por supuesto. No tenía ningún deseo de morir. Pero quizá tuviera que tratar de defenderse si él volvía.

Quinta parte

XXI

Littlemore hurgó en la cerradura mientras yo aguardaba a su espalda. Debían de ser las dos de la mañana. Mi cometido era vigilar mientras él manipulaba en el orificio, pero no conseguía ver nada en la oscuridad. Ni podía oír nada por culpa del fragor mecánico que ahogaba todos los demás sonidos de alrededor. Y, en lugar de vigilar, me sorprendí contemplando las estrellas de la bóveda celeste.

Abrió la cerradura en menos de un minuto. El elevador era inusitadamente grande. Littlemore abrió la puerta, e instantes después nos vimos enclaustrados en la cabina débilmente iluminada. Dos llamas de gas arrojaban la luz suficiente para que Littlemore pudiera manejar la palanca. Con una fuerte sacudida, Littlemore y yo iniciamos el descenso hacia el cajón neumático.

—¿Seguro que está bien? —me preguntó el detective.

Una de las dos llamas azules se reflejaba en sus ojos, y la otra en los míos, supongo. No se veía nada más. Los motores de encima de nuestras cabezas seguían emitiendo un fragor uniforme y grave, como si estuviéramos descendiendo por la aorta de un gigantesco torrente sanguíneo—. Aún estamos a tiempo. Podemos volvemos atrás.

—Tiene razón —dije—. Demos marcha atrás.

El elevador se detuvo con brusquedad.

—¿De verdad quiere dejarlo? —me preguntó Littlemore.

—No. Estaba bromeando. Adelante, bajemos de una vez.

—Gracias —dijo Littlemore.

Me recordaba a alguien, pero no lograba identificar a quién. Y de pronto me acordé: cuando era niño mis padres nos llevaban al campo a pasar el verano; no a la «casita» de la tía Mamie en Newport, sino a una genuina casita de campo sin agua corriente, de nuestra propiedad, situada cerca de Springfield. Yo adoraba esa casita. Allí tenía a mi mejor amigo: Tommy Nolan, que vivía durante todo el año en una granja de los alrededores. Tommy y yo solíamos caminar kilómetros y kilómetros a lo largo de las cercas de madera que separaban las granjas. Llevaba mucho tiempo sin acordarme de Tommy.

—¿Qué cree que va a hacerle el alcalde cuando se entere? —le pregunté a Littlemore.

—Despedirme —dijo él—. ¿Nota esa sensación en los oídos? Apriétese la nariz con los dedos y sople. Así despejará los conductos. Me lo enseñó mi padre.

Yo tenía otro método. Entre mis muchas habilidades inútiles estaba la de controlar a voluntad los músculos internos que abren las trompas de Eustaquio. El ritmo de descenso del elevador era desesperadamente lento. Apenas nos movíamos.

—¿Cuánto tarda en bajar? —le pregunté.

—Cinco minutos, me dijo el tipo —dijo el detective—. Mi padre aguantaba más de dos minutos bajo el agua.

—Parece que se llevaba bien con su padre.

—¿Con mi padre? Sigo llevándome. Es el mejor hombre que conozco.

—¿Y qué me dice de su madre?

—La mejor mujer —dijo Littlemore—. Haría cualquier cosa por ella. Verá, siempre me he dicho a mí mismo que si lograra encontrar a una chica como mi madre me casaba con ella al instante.

—Curioso que se dijera eso.

—Hasta que conocí a Betty —dijo Littlemore—. Era la doncella de la señorita Riverford. La primera vez que la vi fue…, bueno, hace unos tres días, y estoy loco por ella. Loco, loco. No se parece en nada a mi madre. Es italiana. Tiene mucho temperamento, creo. Me dio una bofetada la otra noche que todavía me duele.

—¿Le pegó?

—Sí. Pensó que estaba tonteando con mujeres —dijo el detective—. Tres días y ya no puedo tontear con mujeres. ¿Qué le parece?

—Pues que no le voy a la zaga. La señorita Acton me pegó ayer con una tetera humeante.

—Diantre —dijo Littlemore—. Vi el platillo roto en el suelo.

Empezó a oírse un ruido silbante en la cabina: el aire que el elevador desplazaba en el hueco a su descenso. El fragor de los motores de la superficie era ahora más lejano, un martilleo monótono, más perceptible que estrictamente audible.

—Tuve hace mucho tiempo una paciente, una joven… —dije— que me dijo que…, que quería tener relaciones sexuales con su padre.

—¿Qué?

—Ya me ha oído —dije.

—Eso es repugnante.

—¿Verdad?

—Creo que es una de las cosas más repugnantes que he oído en la vida —dijo Littlemore.

—Bien, y yo…

—Ni una palabra más.

— *¡De acuerdo!* —El tono cortante me salió con mucha más potencia de lo que deseaba; el eco reverberó interminablemente en toda la cabina—. Lo siento —dije.

—Nada, nada. La culpa es mía —replicó Littlemore, aunque no lo era.

A mi padre le habría parecido inconcebible reaccionar de un modo semejante. Él jamás dejaba entrever lo que sentía. Mi padre vivía según un principio muy simple: no mostrar nunca dolor de forma voluntaria. Durante mucho tiempo pensé que lo único que sentía era dolor, pues si hubiera sentido algo más, razonaba, podría haberlo

expresado sin quebrantar su principio. Sólo lo comprendí mucho después. Todo sentimiento es doloroso, de un modo u otro. El gozo más exquisito es una punzada en el corazón, y el amor…, el amor es una crisis del alma. Por lo tanto, dados sus principios, mi padre no podía mostrar ninguno de sus sentimientos. Y no sólo no podía mostrar *lo que* sentía, sino que ni siquiera podía mostrar*que* sentía.

Mi madre odiaba la naturaleza hermética de su esposo, incluso sostiene que fue lo que acabó matándolo, pero, curiosamente, era el rasgo que yo más admiraba en mi padre. La noche en que se quitó la vida, su comportamiento durante la cena no fue en absoluto diferente del habitual en él. También yo oculto mis emociones todos los días de mi vida, y profeso a medias el principio de mi padre, aunque no oficio ni la mitad de bien que él esa mitad suya. Hace mucho tiempo que tomé la decisión siguiente: expresaría lo que siento, pero jamás mostraría de ningún otro modo la emoción. A eso me refiero cuando hablo de *la mitad*. Lo cierto es que sólo creo en el lenguaje como vía de expresión de sentimientos. Todas las demás vías de expresión no son sino actuación. Espectáculo. Apariencia.

Hamlet dice algo similar. Es prácticamente lo primero que dice en la obra. Su madre le ha preguntado por qué parece seguir tan abatido por la muerte de su padre. *¿Parece, señora?*, replica él. *Yo no sé «parecer»*. Y a continuación arremete contra las expresiones externas de la aflicción: la *capa negra* y el *tradicional luto riguroso*, el *no que mana de los ojos*. Tales manifestaciones, dice, *ciertamente «parecen», porque son actuaciones que un hombre puede simular*…

—¡Dios mío! —dije en la oscuridad—. Dios mío. Lo tengo.

—¡Yo también! —exclamó Littlemore, con igual vehemencia—. Sé cómo mató a Elizabeth Riverford, a pesar de estar fuera de la ciudad. Banwell, me refiero. La chica estaba *con* él. Nadie lo sabía. Ni siquiera el alcalde. Banwell la mató dondequiera que estuvieran. Luego llevó el cuerpo a su apartamento, la ató, e hizo que pareciera que la habían matado allí dentro. Es increíble que no lo haya visto antes. ¿Es eso lo que usted ha pensado?

—No.

—¿No? ¿Y qué es lo que usted ha pensado, doc?

—No importa —dije—. Es algo en lo que llevo pensando mucho tiempo…

—¿Y qué es?

Inexplicablemente, decidí tratar de explicárselo.

—¿Ha oído hablar de *ser o no ser*?

—¿Lo de *he ahí la cuestión*?

—Sí.

—Shakespeare. Todo el mundo lo ha oído —dijo Littlemore—. ¿Qué quiere decir? Siempre he querido saberlo.

—Acabo de averiguarlo ahora mismo.

—Vida o muerte, ¿no? Va a matarse él mismo o algo parecido.

—Eso es lo que todo el mundo ha pensado siempre —dije—. Pero no es eso…, en absoluto.

Me había venido a la cabeza de repente: una visión integral, por entero esclarecedora, como el sol que luce con renovada fuerza después de la tormenta. Pero en aquel mismo instante el elevador llegó al final de su descenso, y se detuvo con una sacudida. Teníamos que salvar una cámara estanca. Littlemore se arrodilló para abrir las llaves de paso de la presión, que estaban a escasa distancia del suelo. Fuertes chorros de aire entraron a través de ellas. El olor era peculiar: seco y al mismo tiempo húmedo y mohoso. El aire a presión se hizo insoportable. La cabeza me empezó a latir con fuerza. Y era como si los ojos me presionaran el cerebro. El detective parecía padecer los mismos síntomas; impulsaba con furia el aire por los conductos nasales, mientras se tapaba la nariz con los dedos. Temí que fuera a reventarse un tímpano. Pero al final los dos nos las arreglamos para aclimatarnos a la presión. Y abrimos la puerta para pasar al cajón.

Nora Acton se levantó de la cama a las dos y media de la madrugada, sin que nadie la hubiera perturbado pero incapaz de conciliar el sueño. A través de la ventana veía al policía que patrullaba por la acera. Aquella noche había tres vigilando la casa: uno delante, otro detrás y un tercero en el tejado, éste desde el anochecer.

A la luz de una vela, Nora escribió una breve misiva con su pulcra letra, en una hoja blanca de papel de carta. Cuando terminó la metió en un pequeño sobre, en el que escribió una dirección y puso un sello. Bajó a hurtadillas las escaleras y metió por la ranura del correo de la puerta principal el sobre, que cayó en el buzón de fuera. El correo llegaba dos veces al día. El cartero recogería la carta antes de las siete de la mañana, y ésta llegaría a su destino antes del mediodía.

No me había imaginado lo enorme que era. Llamas azules de gas salpicaban las paredes del cajón, arrojando telas de araña de fluctuante luz y sombra sobre las vigas del techo y el piso con charcos que veíamos abajo. Salimos del elevador y bajamos por una empinada rampa. A Littlemore se le hizo muy penoso el descenso, y hacía muecas de dolor cada vez que cargaba el peso sobre la pierna derecha. Estábamos en el centro de un entramado de media docena de pasarelas de madera que partían en todas direcciones, desde donde alcanzábamos a divisar recinto tras recinto.

—¿De cuánto tiempo disponemos, doc? —me preguntó Littlemore.

—De veinte minutos —dije—. Después tendremos que «descomprimirnos» mientras subimos.

—De acuerdo. La que buscamos es la ventana cinco. Tiene que poner los

números en ellas. Separémonos.

Littlemore se alejó en una dirección, cojeando de mala manera. Yo me alejé en otra. Al principio todo era silencio, un inquietante y cavernoso silencio marcado por un eco de goteras de agua, y por las pisadas inestables del detective. Luego caí en la cuenta de un rumor hondo y grave, como el sordo bramido de una bestia enorme. Venía, creí percibir, del propio río: el sonido de las profundidades.

El cajón estaba extrañamente vacío. Yo había esperado ver máquinas, perforadoras, signos de trabajo, de excavación. Pero lo único que veía era alguna que otra palanca o pala rota, tirada en el suelo entre rocas lisas diseminadas aquí y allá y charcos de agua oscura. Entré en una gran cámara, pero debía de ser interior porque no vi ninguno de los compartimentos para escombros que Littlemore llamaba ventanas. Un tablón se rompió bajo mis pies al empezar a avanzar sobre él. Al crujido le siguió de inmediato una especie de correteo, de algo que se escabullía con celeridad. ¿Era posible que hubiera ratones allí abajo, a más de treinta metros de profundidad?

El correteo cesó tan bruscamente que incluso dudé si había tenido lugar en realidad o si lo había imaginado. Pasé a otra cámara, tan vacía como la que acababa de dejar atrás. Mi pasarela llegó a su fin. Ahora tendría que avanzar a través de charcos, sobre un suelo embarrado, y cada una de mis pisadas era amplificada por el eco. En la cámara siguiente vi tres grandes planchas cuadrangulares de acero sobre la pared del fondo, como a medio metro del suelo. Había encontrado las ventanas. A ambos lados de cada una de ellas colgaba una serie de cadenas y cuerdas. En el primero vi el número siete grabado en la parte inferior. En el siguiente, el seis. Y, cuando me inclinaba para ver el número del tercero, una mano me agarró por el hombro.

—La hemos encontrado, doc —dijo el detective.

—¡Dios, Littlemore! —dije.

Descorrió el pestillo de la ventana número cinco y tiró de la palanca hacia arriba. La plancha se alzó como una cortina, que desapareció arriba, embutida en la pared de madera. El interior de la ventana era del tamaño de un ataúd: unos sesenta centímetros de alto por dos metros de ancho, revestido de hierro en sus cinco lados, lleno de piedras, trapos y escombros. La pared del fondo era a todas luces una compuerta hacia el exterior: las aguas del río. Y una de aquellas cadenas colgantes servía sin duda para abrirla.

—Aquí dentro no hay nada —dije.

—No tenía por qué haberlo —respondió Littlemore. Se sentó en el suelo con suma dificultad, y empezó a quitarse los zapatos.

—Bien, en cuanto esté ahí dentro usted cierra la ventana y me inunda todo esto. Deme un minuto, doc; un minuto exactamente, y…

—Un momento… ¿No irá a salir al río?

—Por supuesto que sí —dijo él, remangándose las perneras del pantalón—. El cuerpo de la chica está justo fuera de la compuerta exterior. Tiene que estar. Y la voy a meter aquí. Luego me saca usted de aquí y nos vamos a casa como si nada.

—¿Con esa pierna?

—Estoy bien.

—Apenas puede andar —dije. Nadar con ella le resultaría doloroso, dado su estado (corría el riesgo de fracturársela), pero bregar con desechos o con un cadáver bajo el agua, a más de treinta metros de profundidad, era una temeridad. Cualquier corriente fuerte podría arrastrarlo sin remedio.

—Es la única manera —dijo Littlemore.

—No, no lo es —dije yo—. Voy yo.

—Ni se le ocurra —dijo el detective. Se agachó para meterse en el cubículo, pero no pudo doblar la pierna derecha. Se volvió y trató, en vano, de deslizarse hasta dentro de espaldas. Me miró con impotencia.

—Venga, salga de ahí —dije—. Además, usted es el que sabe cómo funciona este artilugio.

Así, sorprendentemente, un minuto después, quien se metía dentro de la ventana era yo mismo, desnudo de cintura para arriba, sin zapatos ni calcetines. Examiné el cubículo con todo el detenimiento que pude, sabiendo que segundos después iba a estar inmerso en el agua fría. Del techo sobresalía una especie de asidero de hierro. Me aferré a él con fuerza. De las paredes sobresalían unos tubos de goma. Me dije que me aventuraría a salir al agua del río el menos tiempo posible. Al cabo de sesenta segundos, Littlemore volvería a abrir desde dentro la compuerta. Yo casi estaba convencido de que no iba a haber cuerpo alguno allí fuera. La teoría de Littlemore se me antojaba absolutamente improbable. Las planchas de la ventana eran demasiado fuertes y pesadas. Parecía imposible que el cuerpo de una joven pudiera llegar a obstruir su buen funcionamiento.

Littlemore quiso hacer una última comprobación. A mi espalda, cayó con ruido metálico la compuerta interna. La negrura absoluta me desorientó por completo. No sé por qué, pero no me había imaginado que habría de enfrentarme a ella. El rumor sordo del río, fuera, era ahora más fuerte, y su eco llenaba el cubículo. Oí un violento golpe en la pared: la señal de Littlemore de que se disponía a abrir, o tratar de abrir, la compuerta exterior.

Entonces, en ese mismo momento, me asaltó una duda pavorosa: tendríamos que haber comprobado antes la ventana. Sabíamos que había algo que no funcionaba bien en ella. ¿Y si Littlemore no podía abrir de nuevo la ventana después de haber caído yo ya al exterior, al agua del río? Golpeé con el puño contra la pared para detener a Littlemore. Pero o no me oyó o interpretó el golpe como una respuesta afirmativa a

su señal de instantes antes. Porque me llegó el chirrido de las cadenas y la súbita embestida de un agua increíblemente fría. El cubículo todo se invirtió, y fui arrojado, con fuerza irresistible, a las profundidades del río.

Fuera de la verja de hierro forjado que rodeaba Gramercy Park, había un hombre alto, de pelo oscuro, en pie en medio de las sombras. Eran las tres de la madrugada. El parque estaba vacío, e iluminado esporádicamente por lámparas de gas diseminadas por sus rincones. La mayoría de las casas circundantes estaban a oscuras, aunque en una de ellas —la sede del Players Club— había luces y se oía música. La iglesia de Calvary estaba silenciosa y sumida en la negrura, y su campanario se alzaba hacia el cielo como una masa de oscuridad.

El hombre del pelo oscuro observaba al policía que patrullaba por la acera, delante de la casa de los Acton. En el pequeño círculo de luz de una farola, Carl Jung vio a este agente conversando con otro policía, quien, al cabo de varios minutos continuó su ronda, doblando la esquina de una calleja en dirección, al parecer, a la parte trasera de la casa. Jung sopesó sus opciones. Tras varios minutos de reflexión, se dio la vuelta y, frustrado, emprendió el regreso al Hotel Manhattan.

Littlemore tuvo un súbito y horrible pensamiento. Le habían dicho que la ventana cinco no funcionaba bien. Visualizó a Younger sumergido en el río, golpeando desesperadamente contra el casco del cajón, con los ojos desorbitados, mientras que él, el detective Littlemore, estaba dentro, de pie, tirando de las cadenas con impotencia. ¿Se arrepentía de no haber sido él quien estuviera en el agua helada del río?

Al cabo de un minuto exacto, Littlemore manipuló las poleas una tras otra, con rapidez, haciendo volver la ventana a su posición original y cerrando la compuerta exterior. El mecanismo funcionó a la perfección. Littlemore abrió luego la compuerta interior. Cayeron fuera litros y litros del interior, algo que el detective ya esperaba. Aunque lo que no se imaginaba era lo que encontró dentro del cubículo de la ventana: nada.

—Oh, no —dijo Littlemore—. Oh, no…

Cerró la ventana de un portazo, abrió la compuerta exterior, contó de uno a diez segundos, y volvió a repetir la operación anterior. Abrió la compuerta interior. Más agua: ni rastro de Younger. En un enloquecido frenesí, Littlemore repitió el proceso, aunque ahora con una diferencia. Rezó. Con todo su corazón y todas sus fuerzas, rezó para encontrar al doctor en el interior de la ventana.

—Por favor, Dios —imploró—. Que esté ahí dentro. Olvídate de todo lo demás. Pero que esté él ahí dentro.

Por tercera vez, Littlemore abrió la compuerta de acero de la ventana cinco, empapándose los zapatos y los bajos de los pantalones al hacerlo. El cubículo aparecía ahora totalmente limpio. Sus cuatro paredes metálicas estaban relucientes. Pero el interior seguía vacío.

El detective miró el reloj: habían transcurrido dos minutos y quince segundos. El récord de su padre había sido exactamente ese tiempo: dos minutos y quince segundos; pero su padre lo había logrado flotando, sin hacer el mínimo esfuerzo, en un estanque apacible y cálido. El doctor Younger jamás podría sobrevivir tanto tiempo. Littlemore lo sabía, pero no quería aceptarlo. Aturdido, mecánicamente, repitió los movimientos por cuarta y quinta vez, con el mismo resultado. Se dejó caer de rodillas, mirando con fijeza el compartimento metálico vacío. No sintió el dolor de la pierna. Sintió, aunque siguió sin mover un músculo, que el cajón de un millón de toneladas experimentaba una colosal sacudida en lo alto, por encima de su cabeza. Tras la sacudida oyó un chirrido metálico prolongado, también muy por encima de su cabeza. Era como si el techo del cajón hubiera sido rozado por el vientre de un submarino.

Cuando el ruido cesó, sin embargo, Littlemore percibió otro sonido. Un sonido débil. Un golpeteo. Miró a su alrededor; no alcanzaba a identificar el origen. Giró hacia la izquierda sobre manos y rodillas, conteniendo la respiración, sin osar entregarse a la esperanza. Los golpecitos venían de detrás de la plancha de acero de la ventana seis. De rodillas, Littlemore tiró de las poleas, descorrió el cerrojo de la plancha y la abrió. Otra oleada de agua cayó directamente sobre la cara del detective arrodillado, y del cubículo salió despedido un enorme baúl negro, que lo derribó de espaldas. A lo que siguió la cabeza de Stratham Younger, con un tubo de goma en la boca.

El agua no dejó de fluir por completo hacia fuera; siguió cayendo despacio, como de una bañera que desborda. Littlemore, con el baúl encima de la panza, miró sin habla al doctor. Younger escupió el tubo.

—Res… respiradores… —dijo el doctor, tan aterido de frío que no podía dejar de tiritar—. Den… tro de las ven… ta nas…

—Pero ¿por qué no ha vuelto usted por la ventana cinco?

—No he po… dido —respondió Younger, con un castañeteo de dientes—. La com… puerta exterior no se a… bría lo suficiente… Y la seis es… taba abierta.

Librándose del peso del baúl, Littlemore dijo:

—¡Lo ha encontrado, doc! ¡Lo ha encontrado! ¡Mire esto! —El detective quitaba con la mano el barro del baúl—. ¡Idéntico al que encontramos en el cuarto de Leon!

—Ábralo —dijo Younger, asomando aún la cabeza por la ventana seis.

Littlemore estaba a punto de responder que el baúl tenía echados los candados cuando otra tremenda sacudida estremeció todo el cajón, y acto seguido, de nuevo, se

oyó un fuerte chirrido metálico sobre sus cabezas.

—¿Qué es eso? —preguntó Younger.

—No lo sé —respondió Littlemore—, pero es la segunda vez que pasa. Venga, tenemos que irnos.

—Hay un pequeño problema —dijo Younger, que no se había movido de la ventana, de la que seguía saliendo agua—. Tengo un pie enganchado.

La compuerta exterior de la ventana seis se había cerrado como un cepo sobre el tobillo de Younger. Por eso seguía entrando agua en el cubículo: la compuerta exterior aprisionaba el pie de Younger, de hecho éste sobresalía hacia el río, y había quedado ligeramente entreabierta. Con la pierna libre, Younger empujaba con todas sus fuerzas la compuerta exterior sin lograr moverla un ápice.

—No se esfuerce —dijo Littlemore, cojeando hacia las poleas de la pared—. La abriré yo. Deme un segundo.

—Mucho cuidado —replicó Younger—. Entrará una tonelada de agua.

—La cerraré en cuanto consiga usted sacar el pie de la compuerta. ¿Preparado? Pues bien. Allá voy. —Littlemore tiraba de la polea en vano. La cadena no se movía —. Puede que no pueda abrir la compuerta exterior si no cierra antes la compuerta interior. Vuelva a meter la cabeza.

Younger se avino de mala gana. Volvió a meter la cabeza en el interior de la ventana seis y a meterse el tubo del respirador en la boca, y se preparó para recibir otro aluvión. Pero ahora Littlemore no podía cerrar la compuerta interior. Tiró de la palanca con todas sus fuerzas, pero la plancha no bajaba. Quizá, sugirió Younger, la compuerta interior no funcionaba cuando la compuerta exterior seguía abierta.

—Pero es que las dos están abiertas —dijo Littlemore.

—Y por eso no funciona ninguna.

—Estupendo —dijo el detective, que se aprestó a tratar de soltar el tobillo de Younger del cepo de la compuerta. Lo intentó directamente, tirando del pie de Younger. Y luego torciéndolo un poco. Sin ningún éxito, y causándole a Younger unas cuantas punzadas de dolor intenso.

—Littlemore…

—¿Qué?

—¿Por qué se están apagando las luces?

Las llamas azules de gas dispuestas en hilera en el lado opuesto de la cámara habían mermado en intensidad: de alumbrar como antorchas habían pasado a hacerlo como vacilantes cerillas. Y, poco a poco, se fueron apagando.

—Alguien está cortando el gas —dijo Littlemore, que había salido del interior de la ventana.

Una vez más, les llegó de lo alto un ruido desagradable, ominoso: el rozar de un metal contra la madera. Esta vez la fricción terminó con un sonido agudo, metálico,

distante, seguido de un sonido nuevo. Littlemore y Younger miraron hacia arriba, hacia las vigas pobremente iluminadas. Les llegó como el ruido atronador de un tren subterráneo que se acercara hacia ellos. Y luego lo vieron: una columna de agua, de unos treinta centímetros de diámetro, caía airosamente desde el techo. Al golpear contra el suelo produjo un tremendo estruendo, y estalló en todas direcciones. El East River se precipitaba sobre el cajón.

—¡Madre mía! —exclamó Littlemore.

—Santo Dios —añadió Younger.

El East River no se precipitaba sólo sobre aquella cámara. Similares cataratas caían con estrépito a través de media docena de agujeros diseminados por el cajón. El ruido era ensordecedor.

Lo que había sucedido era lo siguiente: los trabajos en el cajón del Puente de Manhattan habían terminado. Por eso Younger no había visto ni herramientas ni maquinaria alguna. El plan, desde el principio, era inundar el cajón cuando finalizara el trabajo en su interior. Poco tiempo antes, sin embargo, el señor Banwell había decidido de pronto adelantar el anegamiento. Sacó de la cama a dos de sus ingenieros para impartirles órdenes de última hora. Éstos, en cumplimiento de ellas, se desplazaron hasta las obras de Canal Street y pusieron en funcionamiento motores largamente ociosos.

Estos motores, a su vez, ponían en funcionamiento un sistema muy parecido a una red de «riego» embutido en el techo, de un grosor de siete metros, del cajón. Dado que en el cajón habrían de llevarse a cabo voladuras con dinamita, a los autores del proyecto les había preocupado mucho el riesgo de incendio. Y sus precauciones resultaron muy acertadas: el cajón, en efecto, se había incendiado una vez, y sólo se logró salvarlo mediante el anegamiento de sus cámaras. Para que el agua penetrara en su interior había sido necesario abrir tres niveles de planchas de hierro forjado: de ahí los tres ruidos sucesivos de roce de metal sobre madera.

El agua le llegaba ya a Littlemore hasta las pantorrillas, y ascendía de forma continua. Younger luchó con más denuedo por liberar el pie aprisionado, pero sin éxito.

—Esto es bastante desagradable —dijo—. ¿Tiene usted un cuchillo?

Littlemore se buscó la navaja en el bolsillo, y se la tendió con presteza a su compañero. Younger echó una mirada desaprobadora a la hoja de poco más de cinco centímetros.

—No servirá.

—¿No servirá para qué? —gritó el detective. Con el estruendo del agua apenas podían oírse.

—Pensaba cortármelo —gritó Younger.

—¿Cortarse qué?

El agua le llegaba ya hasta las rodillas, y su ascenso era ahora más rápido.

—El pie —dijo el doctor. Sin dejar de mirar la navaja de Littlemore, añadió—: Supongo que podría matarme. En lugar de ahogarme.

—Deme eso —dijo el detective, arrebatándole la navaja de la mano. El agua se hallaba ahora a unos cuantos centímetros del nivel de la ventana.

—El tubo del respirador. Utilícelo.

—Oh, está bien. Buena idea —dijo Younger, metiéndose el tubo de goma en la boca. Pero volvió a sacárselo de inmediato—. Quién lo iba a decir… Han cortado el aire.

Littlemore cogió uno de los tubos y trató de respirar a través de él. Y el resultado de su prueba fue el mismo.

—Bien, detective —dijo Younger, incorporándose cuanto podía—. Creo que es un buen momento para que empiece a…

—Cállese —replicó Littlemore—. Ni lo mencione siquiera. Yo no me voy a ninguna parte.

—No sea estúpido. Coja el baúl y métase en el elevador.

—No me voy a ninguna parte —repitió Littlemore. Younger alargó la mano, agarró a Littlemore por la camisa y lo atrajo hacia él, para susurrarle con fiereza al oído:

—Nora. La he abandonado. No la creí, y la he dejado en la estacada. Ahora van a internarla. ¿Me oye? La van a encerrar… O la encierran o Banwell acaba con su vida.

—Doc…

—No me llame doc —dijo Younger—. Tiene que salvarla. Escúcheme. Puedo morir. Usted no me obligó a venir; yo quería ver la prueba. Ahora es usted la única persona que cree a Nora. Tiene que lograrlo.*Tiene que* hacerlo. Salvarla. Y decirle que… Oh, déjelo ¡Váyase ahora mismo!

Younger empujó a Littlemore con tanta fuerza que el detective se tambaleó hacia atrás y cayó dentro del agua. Se puso en pie. El agua superaba ya el piso del cubículo de la ventana. Littlemore dirigió al médico una larga mirada, y se dio la vuelta, y se alejó caminando a duras penas, y dejó atrás la catarata y siguió avanzando por el agua, que le llegaba ya a los muslos. Y desapareció.

—¡Ha olvidado el baúl! —le gritó Younger, pero el detective no pareció oírle. La inundación llegaba ya a media altura del cubículo. Younger, con gran esfuerzo, conseguía mantener la cabeza varios centímetros por encima del nivel del agua. Pero de pronto reapareció Littlemore, con un trozo de sólida tubería de plomo de casi dos metros y una roca lisa en las manos.

—¡Littlemore! —gritó Younger—. ¡Váyase!

—¿Ha oído hablar de Arquímedes? —dijo el detective—. La palanca.

Se abrió paso chapoteando en el agua hacia Younger y puso la roca sobre el suelo

del cubículo, ahora lleno casi hasta el borde superior. Sumergió la cabeza y colocó un extremo del tubo de plomo debajo de la compuerta exterior, justo al lado del pie aprisionado de Younger; y el resto del tubo rígido sobre la roca, a fin de posibilitar una acción de palanca. Con las dos manos, apretó hacia abajo el extremo libre del tubo. Pero lo único que logró fue que la roca se deslizara de debajo del tubo, hacia un lado.

—¡Maldita sea! —dijo Littlemore, emergiendo del fondo. Los ojos de Younger seguían fuera del agua, pero no la boca. Ni la nariz. Alzó una ceja en dirección a Littlemore.

—Oh, amigo —dijo el detective. Aspiró aire y volvió a sumergirse. Volvió a colocar el tubo encima de la roca, y presionó con fuerza hacia abajo sobre el extremo libre del tubo. Esta vez la roca siguió en su sitio, pero la compuerta no se movió. Littlemore sacó la cabeza para coger aire, y al sumergirse de nuevo cayó con todo su peso sobre el extremo del tubo. Pero éste estaba muy deteriorado por la corrosión, y el peso de Littlemore hizo que se partiera limpiamente en dos. Pero justo en el segundo anterior a que se quebrara, la compuerta cedió hacia arriba unos milímetros, los suficientes para que Younger pudiera liberar el pie.

Los dos hombres salieron del agua al mismo tiempo: Littlemore cogiendo aire ruidosamente y chapoteando como un poseso, y Younger agitando apenas el agua. Éste aspiró con fuerza una sola vez, y dijo:

—Ha sido bastante melodramático, ¿no le parece?

—De nada —le replicó Littlemore, enderezándose.

—¿Qué tal la pierna? —le preguntó Younger.

—Bien. ¿Y qué tal el pie?

—Bien —dijo Younger—. ¿Qué le parece si volamos este antro infernal?

Con el baúl a rastras, abriéndose paso entre las fuertes cascadas cilíndricas de agua, los dos hombres desanduvieron el camino hacia la cámara central. La empinada rampa que conducía al elevador se hallaba ya medio sumergida por la riada. El agua caía también de lo alto del elevador, formando una cortina alrededor de la caja y deslizándose con ímpetu rampa abajo. El interior del elevador, sin embargo, al otro lado de la cortina de agua, parecía seco.

Entre los dos lograron empujar y arrastrar el baúl rampa arriba, meterlo en el elevador y entrar en él a continuación. Respirando pesadamente, Younger cerró la puerta de hierro. De pronto todo amainó. El violento anegamiento del cajón no era ya más que un grave rumor amortiguado. En la cabina, las azules llamas de gas seguían alumbrando. y Littlemore dijo:

—Vamos arriba.

Movió la palanca hasta la posición de ascenso, pero el elevador siguió inmóvil. Volvió a intentarlo. Nada.

—Vaya sorpresa —dijo Littlemore.

Younger se subió al baúl y dio unos golpes en el techo del elevador.

—El hueco entero está inundado —dijo.

—Mire —dijo el detective, señalando hacia lo alto—. Hay una trampilla en el techo.

Era cierto: en el centro del techo del elevador había un par de grandes hojas con bisagras.

—Y ahí está lo que las abre —dijo Younger, apuntando hacia una gruesa cadena que había en la pared, de cuyo extremo colgaba un tirador rojo de madera. Saltó del baúl y agarró el tirador.

—Nos vamos arriba, detective… Y un poco más rápido que cuando bajamos.

—¡No! —gritó Littlemore—. ¿Está loco? ¿Sabe lo que tiene que pesar toda esa agua que hay ahí encima de nosotros? La única forma de no morir ahogados es morir antes aplastados.

—No. Ésta es una cabina presurizada —dijo Younger—. Superpresurizada. En el momento en que abra esa trampilla, usted y yo saldremos despedidos hacia arriba como expulsados por un géiser.

—Me está tomando el pelo —dijo Littlemore.

—Y escúcheme. Tendrá que ir exhalando el aire durante todo el ascenso. Le sugiero que grite. Lo digo en serio. Si mantiene la respiración, aunque sólo sea durante unos segundos, los pulmones reventarán como globos.

—¿Y si nos quedamos atrapados entre los cables?

— *Entonces* nos ahogaremos —dijo Younger.

—Bonito plan.

—Estoy abierto a otras opciones.

A través del ventanuco de cristal de la puerta del elevador Littlemore pudo mirar hacia el interior del cajón. Ahora estaba casi oscuro por completo. El agua caía de todas partes. El detective tragó saliva.

—¿Y qué hacemos con el baúl?

—Nos lo llevamos con nosotros. —El baúl tenía dos asas de cuero. Cada uno de ellos asió una de ellas—. No se olvide de gritar, Littlemore. ¿Preparado?

—Eso creo.

—¡Una, dos… *tres*!

Younger accionó el tirador rojo. Las hojas de la trampilla del techo se abrieron al instante, y los dos hombres, cargados con un gran baúl negro y gritando como energúmenos, salieron hacia lo alto del hueco del elevador como disparados por un cañón.

XXII

El amplísimo vestíbulo del ático de los Banwell en el Balmoral tenía el suelo de baldosas de mármol, de un blanco lechoso veteado de plata, en el centro del cual podían leerse, embutidas en el mármol, dos iniciales entrelazadas de color verde oscuro: *G. B.* Tales iniciales proporcionaban al señor Banwell una satisfacción extraordinaria cada vez que las veía; le encantaba ver sus iniciales en todo aquello que poseía. Clara Banwell las detestaba. Una vez se atrevió a poner una costosa alfombra oriental en el vestíbulo, y le explicó a su marido que el mármol estaba tan pulido que sus invitados corrían el riesgo de resbalar y caerse. Al día siguiente, el vestíbulo estaba vacío. Clara jamás volvió a ver la alfombra, y nadie en aquella casa volvió a mencionarla, ni ella ni Banwell.

A las diez de aquel viernes por la mañana, un mayordomo recibió el correo de Banwell en el vestíbulo. En un sobre se veía la bonita y curvilínea letra de Nora Acton. Estaba dirigida a la señora Clara Banwell. Por desgracia para Nora, George Banwell estaba aún en casa. Por fortuna, el mayordomo tenía por costumbre llevarle el correo a la señora Banwell en primer lugar, y es lo que hizo aquella mañana. Por desgracia, Clara aún tenía en la mano la carta de Nora cuando entró en el dormitorio su marido.

Clara, de espaldas a la puerta, sintió que su marido estaba detrás de ella. Se volvió para saludarle, mientras mantenía la carta de Nora oculta a su espalda.

—George —dijo—. Aún no te has ido…

Banwell miró de hito en hito a su mujer.

—A otro perro con ese hueso —le replicó.

—¿Con qué hueso?

—Con esa expresión inocente. La recuerdo de cuando actuabas sobre un escenario.

—Pensaba que te gustaba vérmela en los escenarios —dijo Clara.

—Me gustaba, sí. Pero sé lo que significa.

George Banwell se acercó a su mujer, la rodeó con los brazos y le arrancó la carta de las manos.

—No lo hagas —dijo Clara—. Vas a enfurecerte.

La lectura de la carta de otra persona puede proporcionar el gusto de violar a dos personas a un tiempo: el remitente y el destinatario. Cuando Banwell vio que la carta que escondía su mujer era de Nora, tal gusto se hizo más dulce. Pero en cuanto fue cayendo en la cuenta de su contenido la cosa se le empezó a antojar menos dulce.

—No sabe nada —dijo Clara.

Banwell siguió leyendo, y sus facciones fueron endureciéndose.

—Nadie la creerá, además, George.

George Banwell le tendió la carta a su mujer.

—¿Por qué? —le preguntó Clara en voz baja, cogiéndola.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te odia tanto?

Despuntaba el alba cuando Littlemore y yo finalmente llegamos al coche de policía que el detective había hecho apostar a unas manzanas al sur del Puente de Manhattan. Los dos habíamos salido despedidos por el hueco del elevador, y, después de seguir subiendo unos tres metros en el aire, caímos en picado y nos zambullimos en el agua. Aún no habíamos llegado a tierra firme, pues. Tuvimos que quedarnos allí agarrados a los cables del elevador, ateridos y exhaustos, hasta que el agua subió lo bastante para que pudiéramos subirnos al muelle. Allí cargamos el baúl en un bote de remos, el mismo que habíamos utilizado para desplazarnos hasta el muelle la noche anterior. Por fortuna, el coche de Littlemore nos esperaba en un muelle situado a unas manzanas al sur; no creo que ninguno de nosotros hubiera podido remar mucho más. Me daba la impresión de que Littlemore se había saltado ciertas normas para conseguir el coche policial, pero eso era asunto suyo.

Le dije al detective que teníamos que telefonear a los Acton; no podíamos perder ni un segundo. Tenía el terrible presentimiento de que algo había sucedido durante la noche. Fuimos, empapados, hasta la comisaría. Esperé en el coche mientras Littlemore entraba cojeando. Volvió al cabo de unos minutos: todo estaba en orden en casa de los Acton. Nora estaba bien.

Desde la comisaría fuimos al apartamento de Littlemore, en Mulberry Street. Nos cambiamos de ropa —el detective me dejó un traje que me quedaba bastante mal—, y nos tomamos varios litros de café caliente cada uno. Sugerí que rompiéramos la tapa del baúl con una piqueta, pero Littlemore estaba decidido a cumplir con las normas a partir de aquel momento. Mandó a un chico en busca de los cerrajeros, y nos quedamos allí esperando, con el pelo aún mojado, paseándonos con impaciencia. O, más bien, paseándome yo solo. Porque Littlemore se había sentado en una mesa de operaciones, para descansar la pierna. A sus pies estaba el baúl. Estábamos solos. Cuando llegamos a la comisaría, Littlemore confiaba en encontrar al *coroner*, a quien yo había visto el día anterior, pero no había ni rastro de él por ninguna parte.

Tendría que haberme marchado y dejado solo a Littlemore. Tendría que haber vuelto a reunirme con el doctor Freud y mis otros invitados en el hotel. Aquel viernes era el último día que habríamos de pasar en Nueva York. Saldríamos para Worcester al día siguiente al atardecer. Pero yo quería ver lo que había en el baúl. Si la joven Riverford estaba dentro, sin duda se probaría que Banwell era el asesino, y Littlemore podría detenerle al fin.

—Dígame, doc —me dijo Littlemore—. ¿Sabría decir si alguien ha sido estrangulado con sólo ver su cadáver? —El detective me llevó a la fría cámara de la

morgue. Buscó entre los cuerpos, y se detuvo ante uno, y lo descubrió. Era el cadáver parcialmente embalsamado de Elsie Sigel. Littlemore me había contado ya lo que sabía de ella.

—Esta chica no fue estrangulada —dije.

—Lo que significa que Chong Sing está mintiendo. ¿Cómo sabe que no fue estrangulada?

—No veo ningún edema en el cuello —respondí—. Y mire este pequeño hueso aquí… Está intacto. Normalmente se rompe cuando la víctima muere estrangulada. No hay ni rastro de traumatismo traqueal o esofágico. No tiene ningún aspecto de estrangulamiento. Aunque sí de muerte por asfixia.

—¿Cuál es la diferencia?

—Murió por falta de oxígeno. Pero no por estrangulamiento.

Littlemore hizo una mueca.

—¿Quiere decir que alguien la encerró en el baúl cuando aún estaba viva? ¿Y que murió asfixiada?

—Eso parece —dije—. Extraño. ¿Se ha fijado en las uñas?

—A mí me parecen normales, doc.

—Eso es lo extraño. Tienen las puntas intactas. Littlemore lo comprendió al instante.

—No luchó en absoluto —dijo—. No trató de salir del baúl arañando la tapa.

Nos miramos.

—Cloroformo —dijo el detective.

En ese momento tocaron a la puerta principal del laboratorio. Eran Samuel e Isaac Friedlander, los cerrajeros. Con unas tijeras enormes parecidas a las de podar, cortaron los dos candados del baúl. Littlemore les hizo firmar un papel que daba fe de lo que habían hecho, y les pidió que se quedaran para que fueran testigos de la apertura del baúl. Aspiró profundamente, y levantó la tapa.

No percibí ningún olor. Lo primero que vi fue una embrollada mezcla de ropas apretadas y empapadas, tachonadas de joyas. Luego Littlemore señaló una mata de pelo negro apelmazado.

—Ahí está —dijo—. Esto no va a ser agradable.

Se puso un par de guantes, cogió el pelo y lo levantó. y se le quedó en la mano un puñado de pelo enmarañado y chorreante.

—La han descuartizado —dijo uno de los Friedlander.

—La han hecho pedacitos —dijo el otro.

—Vaya —dijo Littlemore, apretando los dientes y echando sobre la mesa la mata de pelo. Pero acto seguido volvió a levantarla—. Un momento —dijo—. Es una peluca.

El detective empezó a vaciar el contenido del baúl, un objeto tras otro, registrando

cada uno de ellos en un cuaderno de inventarios y metiéndolos en bolsas u otros recipientes. Además de la peluca, había varios pares de zapatos de tacón alto, numerosas prendas de lencería, media docena de vestidos de fiesta, un buen puñado de joyas y artículos de tocador, una estola de visón, un abrigo ligero de mujer… Pero ninguna mujer.

—Pero ¿qué diablos…? —exclamó Littlemore, rascándose la cabeza—. ¿Dónde está la chica? Seguro que había otro baúl. Doc, seguro que había otro y que ni llegó a verlo.

Le expresé al detective lo que pensaba sobre tal hipótesis.

Littlemore me acompañó hasta la calle ferozmente luminosa. Le pregunté qué pensaba hacer a continuación. Su plan, me explicó, era examinar a conciencia el baúl y su contenido en busca de algo que pudiera relacionarlo con Banwell o con la chica asesinada. Quizá la familia de la señorita Riverford, que vivía en Chicago, pudiera reconocer alguna de sus pertenencias.

—Si consigo poner el nombre de Elizabeth Riverford en uno solo de esos collares, tengo pillado a Banwell —dijo Littlemore—. ¿Quién sino Banwell habría metido sus cosas en un baúl, bajo el Puente de Manhattan, al día siguiente de que fuera asesinada? ¿Por qué iba a hacerlo si no fuera el asesino?

—¿Y por qué iba a hacerlo si fuera el asesino? —dije yo.

—¿Y por qué iba a hacerlo si no lo fuera?

—Un conversación muy fructífera —hice notar.

—Muy bien, no sé por qué. —Littlemore encendió un cigarrillo—. ¿Sabe?, hay montones de cosas en este caso que se me escapan. Durante un tiempo creí que el asesino era Harry Thaw.

— *¿Ese* Harry Thaw?

—Sí. Iba a anotarme el mayor tanto de la historia de la investigación policial. Pero luego resultó que Thaw está encerrado en un manicomio del norte del estado.

—Yo no lo llamaría exactamente «encerrado».

Le expliqué lo que sabía por Jelliffe: que las condiciones de confinamiento de Thaw eran de lo más laxas. Littlemore quería saber la fuente de esta información. Le dije que Jelliffe era uno de los principales psiquiatras de Thaw, y que por lo que yo sabía la familia de Thaw parecía estar pagando a todo el personal del hospital psiquiátrico.

Littlemore se quedó con la mirada fija.

—Ese nombre… Jelliffe. Lo conozco de algo. ¿No vivirá en el Balmoral, por un casual?

—Sí. Cené en su casa hace dos noches.

—Hijo de perra —dijo Littlemore.

—Creo que es la primera vez que le oigo decir palabrotas, detective Littlemore.

—Creo que es la primera vez que lo hago. Hasta luego, doc.

Moviéndose con toda la rapidez que le permitía la pierna, entró cojeando en el edificio, no sin darme de nuevo las gracias por encima del hombro antes de desaparecer.

Caí en la cuenta de que no llevaba dinero. Mi cartera había quedado en los pantalones que colgaban del tendedero exterior de la ventana de la cocina de Littlemore. Por fortuna, encontré una moneda de cinco centavos en el bolsillo del pantalón de Littlemore. Y también tuve suerte al despertar cuando mi tren entró en la estación subterránea de Grand Central, no sé dónde habría acabado si no llego a despertarme.

En una casa de dos pisos de la calle Cuarenta, justo a unas calles de Broadway, el detective Littlemore tocó con furia la chabacana aldaba. Transcurridos unos instantes, abrió la puerta una chica que el detective no había visto nunca.

—¿Dónde está Susie? —preguntó.

La chica, a través de un cigarrillo que no se molestó en quitarse de los labios, le dijo escuetamente que la señora Merrill no estaba en casa. Al oír voces femeninas al fondo del pasillo, Littlemore se abrió paso hasta el salón, una amplia estancia con profusión de espejos. Había una docena de chicas en diversos grados de desnudez, y con ropa interior predominantemente negra y escarlata. En el centro descubrió a la chica que buscaba.

—Hola, Greta —dijo.

Greta pestañeó, pero no abrió la boca. Parecía mucho menos somnolienta que la vez anterior.

—Ha venido este fin de semana, ¿verdad? —le preguntó Littlemore.

Greta seguía sin abrir la boca.

—Sabes de quién te estoy hablando —dijo Littlemore—. De Harry.

—Conocemos a montones de Harrys —dijo una de las chicas.

—Harry Thaw —dijo el detective.

Greta se sorbió la nariz. Sólo entonces se dio cuenta Littlemore de que la chica había estado llorando. Trataba de ocultarlo, pero de pronto se derrumbó y hundió la cara en un pañuelo. Las otras chicas se agruparon a su alrededor enseguida, y le susurraron palabras de solidaridad y consuelo.

—Fue a ti, ¿no, Greta? —dijo Littlemore—. Era a ti a quien azotaba, ¿verdad? ¿Lo hizo también el domingo pasado? —Repitió la pregunta, esta vez dirigida a las demás chicas—. ¿Le hizo daño Thaw? ¿Fue eso lo que pasó?

—Déjela en paz —dijo la chica del cigarrillo en la boca.

Además del pañuelo, Greta asía una pequeña tela rosa con unas cintas rosas

colgando de ella: un babero. El detective cayó en la cuenta de que no se oía en absoluto el llanto de bebé que tan patente había sido en su visita anterior.

—¿Qué le ha pasado al bebé? —preguntó.

Greta se quedó inmóvil.

Littlemore aventuró:

—¿Qué le ha pasado a tu bebé, Greta?

—¿Por qué no he podido quedármela? —estalló Greta, sin dirigirse a nadie en concreto. Volvió a echarse a llorar. Sus compañeras hicieron lo que pudieron por consolarla, pero no lo lograron—. No hacía daño a nadie.

—¿Alguien le ha quitado el bebé? —preguntó Littlemore.

Greta volvió a ocultarse la cara. Una de las chicas dijo:

—Se la ha quitado Susie. Una crueldad, eso es lo que es. Se la ha dado a una familia de la Cocina del Infierno.[15] Y a Greta ni siquiera le ha dicho quiénes son.

—Y encima le está descontando a Greta tres dólares a la semana para pagar a quienes la cuidan —añadió otra—. No es justo.

—Y apuesto a que Susie no les está dando más que un dólar y medio a la semana —apostilló la fumadora con perspicacia.

—No me importa el dinero —dijo Greta—. A la que quiero es a Fannie. Quiero que me la devuelva.

—Quizá yo pueda conseguir que te la devuelva —dijo Littlemore.

—¿De verdad? —dijo Greta, esperanzada.

—Podría intentarlo.

—Haré todo lo que quiera —dijo Greta con voz gimiente—. Lo que sea.

Littlemore consideró la posibilidad de obtener información de aquella mujer a quien acababan de quitarle su bebé.

—Es gratis —dijo, poniéndose el sombrero—. Decidle a Susie que volveré.

Había llegado hasta la puerta principal cuando oyó la voz de Greta a su espalda:

—Estuvo aquí. Vino a eso de la una de la madrugada.

—¿Thaw? —dijo Littlemore—. ¿Este domingo pasado? Greta asintió con la cabeza.

—Puede preguntarles a las chicas. Estaba como loco. Quiso estar conmigo. Siempre he sido su preferida. Le dije a Susie que no quería, pero no me hizo ningún caso. Y como siempre le empezó a pedir el dinero que le debe por que tengamos la boca cerrada, pero él se echó a reír a carcajadas y…

—¿Dinero para que tengáis la boca cerrada?

—El dinero para que nosotras tampoco testificáramos en el juicio, para que no contáramos todo lo que nos había hecho. Susie sacó cientos de dólares. Susie le dijo que eran para todas, pero se lo quedó todo ella. No vimos ni un centavo. Pero la madre de Thaw dejó de pagar cuando lo mandaron al manicomio. Por eso estaba tan

furiosa Susie. Le dijo que tendría que pagar el doble y por adelantado si quería estar conmigo. Y le hizo prometer que iba a ser bueno. Pero no lo fue. —La expresión ausente volvió al semblante de Greta, que siguió hablando como si contara cosas que le habían sucedido a otra persona—. Después de desnudarme, arranca las sábanas de la cama y me dice que va a atarme, como solía hacer siempre. Le digo que se aparte o… Y me dice: «¿O qué?», y se echa a reír como un loco. y luego dice: «¿No sabes que soy un demente? Puedo hacer lo que me dé la gana. ¿Qué van a hacer? ¿Encerrarme?» y es entonces cuando aparece Susie; supongo que había estado escuchando todo el tiempo.

—No, ella no —terció una de las chicas del grupo, que se había congregado en el pasillo—. La que estaba escuchando era yo. Y fui y le conté a Susie lo que estaba pasando. Y Susie entró en tromba en el cuarto. Él le tiene un miedo del demonio a Susie. Claro que Susie no habría hecho nada si le hubiera pagado por adelantado, como le había pedido. Pero tendría que haber visto al tipo corriendo por la casa como una rata.

—Vino a mi cuarto —dijo otra chica—. Lloriqueando y moviendo los brazos como un chiquillo. Luego entró Susie y lo echó fuera con cajas destempladas.

La chica del cigarrillo fue la que puso el broche a la historia:

—Lo persiguió por toda la casa. ¿Y sabe dónde acabó pillándolo? Detrás de la nevera. Mordiéndose las uñas. Susie lo sacó de las orejas, lo llevó a rastras por el pasillo y lo echó a la calle. Como el saco de basura que es. Por eso la metieron en el calabozo, ya sabe. Becker vino un par de días después…

—¿El sargento Becker? —preguntó Littlemore.

—Sí, Becker —le respondió la chica—. Jamás sucede nada sin que Becker meta las narices.

—¿Testificaría que Thaw estuvo aquí el domingo pasado? —preguntó Littlemore.

Ninguna de las chicas respondió. Hasta que Greta dijo:

— Yo lo haré. Si encuentra a mi Fannie.

Littlemore estaba de nuevo a punto de marcharse cuando la fumadora le preguntó:

—¿Quiere saber adónde fue después?

—¿Cómo lo sabes? —le respondió el detective.

—Se lo oí a su amigo; se lo dijo al conductor. Yo estaba aquí arriba, en la ventana.

—¿Qué amigo?

—El que vino con él.

—Pensaba que había venido solo —dijo Littlemore.

—Nanay —dijo la chica—. Un hombre gordo. Me vino como caído del cielo. Desprendido con el dinero, eso tengo que concedérselo. Doctor Smith: así se llamaba a sí mismo.

—Doctor Smith —repitió el detective, con la sensación de haber oído aquel nombre recientemente—. ¿Adónde fueron?

—Gramercy Park. Oí que se lo decía al conductor bien alto y claro.

—Hijo de perra —dijo Littlemore.

Cuando llegué al hotel eran más de las diez. El empleado de recepción me tendió la llave mientras miraba con aire altivo la chaqueta gastada de Littlemore, que dejaba un llamativo vacío entre los extremos de las mangas y el comienzo de mis manos. Se me informó de que había llegado una carta para mí y que el doctor Brill la había recogido en mi nombre. El empleado de recepción me indicó con un gesto un rincón del vestíbulo, y vi a Brill sentado con Rose y Ferenczi.

—Santo Dios, Younger —dijo Brill cuando me acerqué a saludarlos—. Tiene un aspecto horrible. ¿Qué ha estado haciendo toda la noche?

—Tratar de mantener la cabeza fuera del agua, más que nada —dije.

—Abraham… —le dijo Rose a su marido en tono de reproche—. Lleva una chaqueta que no es suya, eso es todo.

—Rose ha venido —me dijo Brill— para decide a todo el mundo lo cobarde que soy.

—No —replicó Rose con firmeza—. Estoy aquí para decirle al doctor Freud que él y Abraham deben seguir con la publicación del libro del doctor Freud. Los cobardes son los que han escrito esos terribles mensajes. Abraham me lo ha contado todo, doctor Younger, y no nos vamos a dejar intimidar. ¿Se imagina la quema de un libro en este país? ¿Es que no saben que tenemos libertad de prensa?

—Entraron en nuestro apartamento, Rosie —dijo Brill—. Y lo dejaron todo lleno de ceniza.

—¿Y tú quieres correr a esconderte en tu madriguera? —le respondió Rose.

—¿Lo ve? —me dijo Brill, alzando las cejas en un gesto de impotencia.

—Bien, pues yo no. Y tampoco voy a permitirte que utilices la excusa de mis faldas, como si fuera a mí a quien estuvieras protegiendo. Doctor Younger, tiene que ayudarme. Dígale al doctor Freud que para mí sería un insulto si la preocupación por mi seguridad demorara lo más mínimo la publicación de su libro. Esto es Norteamérica. ¿Para qué murieron todos aquellos jóvenes en Gettysburg?

—¿Para asegurarse de que toda esclavitud fuera una esclavitud asalariada? —preguntó Brill.

—Cállate —le dijo Rose—. Abraham ha puesto todo su corazón en ese libro. Ese libro ha dado un sentido a su vida. No somos ricos, pero en este país tenemos dos cosas que valen más que cualquier otra: dignidad y libertad. ¿Qué nos queda si cedemos en eso ante esa gente?

—Ahora está haciendo campaña —dijo Brill, lo que provocó que Rose

arremetiera con el bolso contra el hombro de su marido—. Pero ya ve por qué me casé con ella.

—Hablo en serio —continuó Rose, arreglándose el sombrero—. El libro de Freud tiene que salir. No me voy de este hotel hasta que pueda decírselo al doctor Freud en persona.

Elogié la valentía de Rose, y Brill me reprendió por ello, afirmando que el mayor peligro que yo había arrostrado en la vida era el de bailar toda la noche con debutantes sobremanera ansiosas. Le respondí que probablemente tenía razón, y pregunté por Freud. Al parecer no había bajado aquella mañana. Según Ferenczi, que había llamado a su puerta, se encontraba «indigesto». Además, añadió en un susurro, Freud y Jung habían tenido una formidable bronca la noche anterior.

—Y va a montarse una mayor cuando Freud lea lo que Hall le ha mandado esta mañana a Younger —dijo Brill, tendiéndome la carta que le había entregado el recepcionista.

—¿No habrá abierto mi correspondencia, Brill? —le pregunté.

—¿No es horrible? —dijo Rose, refiriéndose a su marido—. Lo ha hecho sin decírnoslo. Yo nunca se lo habría permitido.

—Era de Hall, por el amor de Dios —protestó Brill—. Younger no aparecía por ninguna parte. Si Hall quiere suspender las conferencias de Freud, ¿no creen que todos deberíamos saberlo?

—Imposible —dije yo.

—Puede darlo casi por hecho —replicó Brill—. Véalo usted mismo.

Era un sobre abultado. Dentro había unos folios doblados de papel vitela. Cuando los desdoblé me vi ante un artículo a siete columnas, como la plana de un periódico, con el siguiente gran titular: «NORTEAMÉRICA SE ENFRENTA A SU MOMENTO MÁS TRÁGICO», DR. CARL JUNG. Debajo podía verse una fotografía de cuerpo entero de un digno Jung con gafas, al que se aludía como «el famoso psiquiatra suizo». Lo extraño era que el papel era demasiado grueso y de buena calidad para que pudiera ser papel de prensa. Y, más extraño aún, la fecha que aparecía en la parte superior era el domingo, 5 de septiembre, dos días después.

—Son las galeradas de un artículo que aparecerá en el *Times* del próximo domingo —dijo Brill—. Lean la nota de Hall.

Reprimiendo mi irritación, hice lo que me sugería. La carta de Hall decía lo siguiente:

Mi querido Younger:

Esto que le adjunto lo he recibido de la familia que ha hecho a la universidad la generosísima donación que usted ya conoce. Me informa de que es una página del New York Times que verá la luz el domingo. Vea lo que dice. La familia ha sido tan

amable de enviármela de antemano para que pueda tomar medidas ahora en lugar de esperar a que estalle el inevitable escándalo. Por favor, haga saber al doctor Freud que no tengo deseos de cancelar sus conferencias, que con tan sumo interés he esperado, pero es muy probable que, dadas las circunstancias, al doctor Freud, o incluso a nosotros, no le interese llamar excesivamente la atención viniendo aquí a pronunciarlas. Obviamente yo no doy crédito a semejantes insinuaciones, pero estoy obligado a tener en cuenta lo que puedan pensar los demás. Tengo la ferviente esperanza de que este artículo periodístico no sea en realidad más que un montaje y de que nuestro vigésimo aniversario pueda celebrarse sin contratiempos, con toda normalidad.

Suyo afectísimo, etcétera etcétera.

La carta, para mi consternación, confirmaba la opinión de Brill: Hall estaba a punto de cancelar las conferencias de Freud en la Universidad de Clark. ¿Quién estaba orquestando aquella campaña en su contra? ¿Y qué tenía que ver Jung con todo aquello?

—Francamente —dijo Brill, quitándome el artículo de las manos—, no sé quién sale peor parado en este texto estúpido: Freud o Jung. Atiendan. ¿Dónde está…? Ah, sí, aquí: «A las chicas norteamericanas les gusta la forma de hacer el amor de los varones europeos». Es lo que dice nuestro amigo Jung. ¿Pueden creerlo? «Nos prefieren a nosotros porque ellas *sienten* que somos un poco… peligrosos». De lo único que sabe hablar es de lo mucho que lo desean las chicas norteamericanas. «Es natural en la mujer sentir temor cuando aman. La mujer norteamericana quiere que la dominen y la posean al modo arcaico europeo. El varón norteamericano no quiere más que ser el hijo obediente de su madre-esposa». Y ésta es la «tragedia norteamericana». Jung ha perdido por completo el juicio.

—Pero no es un ataque a Freud —dije.

—Tienen a otro individuo ocupándose de Freud.

—¿A quién? —pregunté.

—Una fuente anónima —dijo Brill— que se identifica como «doctor» y que habla en nombre de una «reputada» comunidad médica norteamericana. Escuchen lo que dice:

> *Conocí muy bien al doctor Freud de Viena hace unos cuantos años. Viena no es una ciudad moral. Antes bien lo contrario. La homosexualidad, por ejemplo, se considera allí un signo de temperamento ingenioso. Trabajando codo con codo con Freud en el laboratorio durante todo un invierno, supe que disfrutaba de la vida vienesa, disfrutaba de ella a conciencia. No ponía reparo alguno a la cohabitación, ni siquiera al engendramiento de hijos fuera*

del matrimonio. No era un hombre que viviera en un plano humanamente elevado. Su teoría científica, si es así como ha de llamarse, es el resultado de su entorno saturnal y la vida peculiar que llevaba en Viena.

— Dios santo —dije.

—Es un ataque claramente personal —apuntó Ferenczi—. ¿Habrá algún periódico norteamericano que lo publique?

—Aquí tienes tu libertad de prensa —dijo Brill, que recibió una fulminante mirada de su esposa—. Han ganado. Hall suspenderá las conferencias. ¿Qué podemos hacer?

—¿Lo sabe Freud? —pregunté.

—Sí. Se lo ha dicho Ferenczi —dijo Brill.

—Le leí fragmentos del artículo —explicó Ferenczi— a través de la puerta. No parecía muy molesto. Me ha dicho que ha oído cosas peores.

—Pero Hall no —dije yo. Freud viene soportando calumnias desde hace mucho tiempo. Nunca le han extrañado; hasta cierto punto, incluso se ha hecho inmune a ellas. Pero Hall no; tiene tanto terror a los escándalos como cualquier ciudadano de Nueva Inglaterra de vieja estirpe puritana. Que el *New York Times* lo proclame libertino el día antes de la inauguración de las celebraciones de la Universidad de Clark sería demasiado para él. Dije en voz alta—:

—¿Tiene Freud alguna idea de qué norteamericano de Nueva York lo conoció en Viena?

—Ninguno —exclamó Brill—. Dice que jamás ha trabajado con ningún norteamericano.

—¿Qué? —dije—. Pues ahí lo tenemos… Puede que todo el artículo sea falso. Brill, llama a tu amigo del*Times*. Pregúntale si van a publicar esto, y dile que es un libelo. No pueden publicar algo que es a todas luces mentira.

—¿Y por qué van a creerme a mí? —arguyó Brill. Antes de que pudiera responderle, reparé en que Ferenczi y Rose habían fijado la mirada en algún punto situado a mi espalda. Me di la vuelta y me encontré con un par de ojos azules que me miraban. Era Nora Acton.

XXIII

Creo que mi corazón llegó literalmente a pararse durante unos segundos. Todos los rasgos de la persona de Nora Acton —los cabellos sueltos que le brincaban sobre las mejillas, los implorantes ojos azules, los brazos delgados, las manos de guantes blancos, el torso que menguaba gradualmente del pecho a la cintura—… todo en ella se confabulaba contra mí.

Al ver a Nora en el vestíbulo del hotel, pensé que era yo quien necesitaba tratamiento, más que ella, en cualquier caso. Por una parte, dudaba que alguna vez pudiera volver a sentir por alguien lo que sentía por ella; por otra, me sentía asqueado. En el cajón, cuando la muerte me rondaba de cerca, sólo podía pensar en Nora. Pero, al verla ahora en persona, una vez más me resultó imposible quitarme de la cabeza el secreto de sus repugnantes anhelos sexuales.

Debí de quedarme mirándola fijamente durante bastante más tiempo del que la cortesía autoriza. Rose Brill acudió a rescatarme diciendo:

—Usted debe de ser la señorita Acton. Nosotros somos amigos del doctor Freud y del doctor Younger. ¿Podemos ayudarla en algo, querida?

Con admirable gracia, Nora estrechó manos, cumplió con las cortesías de rigor y dejó bien claro, sin llegar a decirio, que quería hablar conmigo. Yo tenía la certeza de que la joven estaba pasando por una gran conmoción interior.

Su compostura era admirable, y no sólo para una chica de diecisiete años.

Una vez alejada de los demás, me dijo:

—Me he escapado. Y no se me ocurre nadie más a quien acudir. Lo siento. Sé que le produzco repugnancia.

Sus últimas palabras fueron un cuchillada en mi corazón.

—¿Cómo podría usted causar esa impresión en alguien, señorita Acton?

—Lo he visto en su cara. Odio al doctor Freud. ¿Cómo podía saber eso de mí?

—¿Por qué se ha escapado de casa?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Están planeando encerrarme. Dicen que en un sanatorio; para un tratamiento de reposo. Pero en realidad es un manicomio, al norte de la ciudad. Mi madre ha estado hablando por teléfono con ellos desde el amanecer. Les ha dicho que tengo la fantasía de que me atacan en la noche, y ha alzado mucho la voz para asegurarse de que yo la oía, y de que también la oían el señor y la señora Biggs. ¿Por qué no puedo recordarlo más…, más nítidamente?

—Porque él le dio cloroformo.

—¿Cloroformo?

—Un anestésico quirúrgico —proseguí—. Produce los efectos que usted ha experimentado.

—Entonces *él* estuvo en casa. Lo sabía. ¿Por qué lo haría?

—Para que pareciera que se lo había hecho usted misma. Así nadie creería que había sido agredida en dos ocasiones —le respondí.

Me miró, y luego apartó la mirada.

—Se lo he contado al detective Littlemore —dije.

—¿Volverá por mí el señor Banwell?

—No lo sé.

—Al menos ahora mis padres ya no pueden mandarme a ese sitio.

—Sí pueden —dije yo—. Aún es su hija pequeña.

—¿Qué?

—La decisión es de ellos, mientras siga usted siendo menor de edad —le expliqué —. Puede que sus padres no me crean. No podemos probarlo. El cloroformo no deja huellas.

—¿Cuántos años tiene que tener una para dejar de ser menor de edad? —me preguntó con súbita urgencia.

—Dieciocho.

—Pues voy a cumplirlos el próximo domingo.

—¿De veras?

Iba a decir que entonces no tenía que tener ningún miedo de que la internaran contra su voluntad, pero me embargó un presentimiento.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Tenemos que impedir que lo hagan antes del domingo. Si logran hacerlo hoy o mañana, no podrá recuperar la libertad hasta que sus padres lo digan.

—¿Aunque cumpla los dieciocho?

—Sí.

—Me escaparé de casa —dijo Nora—. Conozco una…, nuestra casita de verano. Ahora que han vuelto está vacía. Sería el último sitio donde se les ocurriría buscarme. El último sitio donde me buscaría nadie. ¿Podría venir conmigo? Está a sólo una hora en el ferry. El Day Line para en Tarry Town si se lo pides. Por favor, doctor. No tengo a nadie más.

Consideré lo que me pedía. Llevar a Nora fuera de la ciudad era sin duda algo muy sensato. George Banwell se las había arreglado para entrar en su dormitorio sin que nadie lo advirtiera. Podía volver a hacerlo. Y no convenía que Nora cogiera el ferry sola: no era prudente que una joven sin acompañantes, y menos aún una joven tan atractiva como la señorita Acton, se desplazara río arriba. Todo podía esperar hasta la noche. Freud estaba en la cama. Si los esfuerzos de Brill por contactar con su amigo del *NewYork Times* resultaban infructuosos, lo que yo debía hacer era ir a Worcester a hablar con Hall personalmente, pero eso bien podía esperar al día siguiente.

—La llevaré —dije.

—¿Va a ir vestido con ese traje? —me preguntó.

Media hora después de que trajeran el correo de la mañana, la doncella de los Banwell informó a Clara de que un visitante —«un policía, señora»— esperaba en el vestíbulo. Clara siguió a la doncella hasta el recibidor de mármol, donde el mayordomo sostenía el sombrero de un hombre pequeño y pálido con traje marrón, ojos como cuentas, casi desesperados, y cejas y bigote poblados.

Clara, al verlo, dio un respingo.

—¿Quién es usted? —preguntó con frialdad.

—Charles Hugel, *coroner* —replicó Hugel, con no menos frialdad—. Estoy al frente de la investigación del asesinato de Elizabeth Riverford. Querría hablar un momento con usted.

—Ya —replicó Clara. Se volvió hacia el mayordomo—. Con quien este señor quiere hablar entonces, Parker, es con el señor Banwell, no conmigo.

—Con su permiso, señora —respondió Parker—. El caballero ha preguntado por usted.

Clara se volvió hacia el *coroner*.

—¿Ha preguntado usted por mí, señor…, señor…?

—Hugel —dijo Hugel—. Yo no… Es que he pensado, señora Banwell, que con su esposo fuera, usted…

—Mi marido no está fuera —dijo Clara—. Parker, informe al señor Banwell de que tiene una visita. Señor Hugel, creo que sabrá disculparme…

Minutos después, desde su vestidor, Clara oyó un torrente de juramentos lanzados por la voz grave de George Banwell, seguida de un portazo de la puerta principal. Luego Clara oyó cómo se acercaban hacia el vestidor los pesados pasos de su marido. Durante un instante, las manos de Clara —se estaba dando polvos en la cara— se pusieron a temblar, pero logró dominarlas y dejaron de hacerlo.

Una hora y cuarto después, Nora Acton y yo viajábamos en el ferry de vapor Hudson arriba, y dejábamos atrás los espectaculares acantilados naranja fuego de Nueva Jersey. Habíamos abandonado el Hotel Manhattan por la puerta del sótano, por si acaso; antes yo me había cambiado de atuendo. En el lado neoyorquino del río, una flota de tres barcos de madera de tres mástiles estaba fondeada bajo la tumba de Grant, con las velas blancas ondeando con indolencia al vivo sol, como parte de los profusos preparativos de la Hudson-Fulton Celebration [16] del próximo otoño. Apenas unas cuantas nubes algodonosas flotaban en un cielo sin mácula. La señorita Acton estaba sentada en un banco, cerca de la proa, con el pelo al aire y alborotado

por la brisa.

— Es precioso, ¿verdad? —dijo.

—Para quien le gusten los barcos… —le respondí yo.

—¿A usted no le gustan?

—Estoy en contra de los barcos —dije—. Primero está el viento. Si la gente disfruta cuando le da el viento en la cara, tendría que ponerse delante de un ventilador. Luego están los humos de las chimeneas. Y luego esa sirena infernal…; la visibilidad es perfecta, no hay nadie en millas a la redonda, y tocan esa condenada sirena a un volumen tal que lo que hacen es matar a bancos enteros de peces.

—Mi padre me ha borrado de Barnard esta mañana. Llamó a la secretaría. Obligado por mi madre.

—Eso es reversible —dije, un tanto avergonzado por haber estado parloteando de forma tan ridícula.

—¿Le enseñó su padre a disparar, doctor Younger? —me preguntó Nora.

La pregunta me cogió de sorpresa. No tenía la menor idea de qué querría saber a través de ella, o si siquiera sabía a qué se refería.

—¿Qué le hace pensar que sé disparar? —dije yo.

—¿No saben hacerlo todos los hombres de nuestra clase social? —pronunció *clase social* casi con desprecio.

—No —contesté yo—. A menos que incluya usted el fanfarroneo o el hablar más de la cuenta.[17]

—Bueno, pero usted sabe —dijo ella—. Le vi hacerlo.

—¿Dónde?

—Ya se lo dije. En el concurso hípico del año pasado. Se estaba divirtiendo en la barraca de tiro.

—¿De veras?

—Sí —dijo ella—. Parecía divertirse de lo lindo.

La miré un largo rato, tratando de averiguar cuánto sabía. Mi padre, al suicidarse, había utilizado una pistola. Para decido sin ambages, se había volado la cabeza.

—Me enseñó mi tío —dije—. No mi padre.

—¿Su tío Schermerhorn o su tío Fish?

—Sabe de mí más de lo que imaginaba, señorita Acton.

—Un hombre que figura en el Registro Social no puede quejarse mucho de que se sepa públicamente quiénes son sus parientes.

—Yo no me inscribí en esa lista. Me inscribieron, lo mismo que a usted.

—¿Lloró mucho su muerte?

—¿La muerte de quién?

—De su padre.

—¿Qué es lo que quiere saber, señorita Acton?

—¿Lo hizo?

—Nadie llora mucho los suicidios —dije.

—¿No? Sí, supongo que la muerte de los padres es algo normal. Su padre perdió al suyo, y el padre de su padre al suyo…

—Pensé que no le gustaba Shakespeare.

—¿Cómo se siente alguien, doctor, criado por alguien a quien desprecia?

—¿No lo sabría mejor usted, señorita Acton?

—¿Yo? —dijo Nora—. A mí me crió alguien a quien amo.

—No da usted esa impresión cuando habla de sus padres.

—No estoy hablando de mis padres —replicó Nora—. Estoy hablando de la señora Biggs.

—Yo no odiaba a mi padre —dije.

—Yo odio al mío. A mí al menos no me asusta decirlo.

El viento se hizo más fuerte. Quizá el tiempo estaba cambiando. Nora Acton miraba con fijeza la orilla. ¿Qué es lo que quería hacerme sentir exactamente? No tenía la menor idea.

—Tenemos eso en común, señorita Acton —dije—. Los dos crecimos queriendo no ser como nuestros padres. Como ninguno de ellos. Pero el desafío, dice el doctor Freud, denota tanto apego como la obediencia.

—Ya veo: usted ha conseguido llegar al desapego.

Unos minutos después Nora me pidió que le dijera más cosas sobre las teorías de Freud. Lo hice, evitando toda mención a Edipo y afines. Contraviniendo todo protocolo médico al uso, le describí algunos casos de mis anteriores pacientes —de forma anónima, por supuesto—, con intención de ilustrar cómo funciona la transferencia y cuáles son sus efectos extremos en los pacientes psicoanalíticos. A tal fin le hablé de Rachel, la jovencita que trataba de desnudarse ante mí en casi todas las sesiones.

—¿Era guapa? —preguntó Nora.

—No —mentí.

—Está mintiendo —dijo ella—. A los hombres siempre les gusta ese tipo de chica. Supongo que tuvo relaciones sexuales con ella.

—Por supuesto que no —le respondí, sorprendido por su explicitud.

—No estoy enamorada de usted, doctor Younger —dijo, Como si se tratara de la respuesta más lógica que darme en aquel momento—. Sé que es eso lo que piensa. Ayer me equivoqué y pensé que sentía algo por usted, pero todo se debió a unas circunstancias realmente duras, y a su propia declaración de afecto por mí.

—Señorita Acton…

—No se alarme. No pretendo que se ratifique en lo que me dijo. Entiendo que lo que me dijo ayer no refleja ya sus verdaderos sentimientos, lo mismo que lo que yo

dije ayer ya no refleja los míos. No siento nada por usted. Esa transferencia de la que habla, que dice que hace que los pacientes amen u odien a sus terapeutas, no tiene nada que ver conmigo. Yo soy su paciente, como usted dijo. Eso es todo.

Dejé que sus palabras quedaran sin respuesta mientras el ferry seguía su rumbo río arriba.

Poco después de mediodía, el detective Littlemore estaba frente a una pequeña y sórdida celda del vasto y gris castillo de reclusión conocido como las Tumbas. No había luz natural, ni ventanas en parte alguna. Junto a Littlemore había un guardia de prisiones. Ambos miraban fijamente, a través de un enrejado de barrotes de acero, el cuerpo tendido de Chong Sing. Yacía inconsciente sobre un mugriento catre. Tenía la ropa interior llena de manchas. Y los pies desnudos y sucios.

—¿Está dormido? —preguntó Littlemore.

Riendo entre dientes, el guardia le explicó que el sargento Becker había obligado a Chong a mantenerse despierto toda la noche. Littlemore, al principio, se sorprendió al oír el nombre de Becker. Luego cayó en la cuenta: habían encontrado el cuerpo de la señorita Sigel en Tenderloin, por lo que el interrogatorio le había correspondido a Becker. Sin embargo, el detective seguía intrigado. Chong había declarado el día anterior, y había admitido haber visto a su primo Leon matar a la joven. Eso había dicho el alcalde. ¿Qué quería Becker de Chong para mantenerlo en vela toda la noche?

El guardia pudo responder a esa pregunta: en primer lugar, fue Becker quien había hecho hablar a Chong; pero Chong se había negado a admitir que hubiera ayudado a su primo a matar a la joven Sigel. Insistió en que había entrado en el cuarto de Leon cuando la chica ya estaba muerta.

—¿Y Becker no se lo ha tragado? —preguntó Littlemore. El guardia tarareó una tonada y sacudió la cabeza.— Le ha estado sacudiendo toda la noche, como le he dicho. Tendría que haberle visto.

El somnoliento Chong Sing se dio la vuelta en el catre, dejando al descubierto el ojo derecho, amoratado e hinchado como una ciruela. Tenía sangre seca debajo de la nariz, y más abajo de la oreja. Era muy posible que tuviera la nariz rota, pero Littlemore no podía estar seguro.

—Oh, Dios… —dijo el detective—. ¿Se ha venido abajo?

—Ajá.

Littlemore le dijo al guardia que le abriera la celda. Despertó al adormilado preso. Se acercó una silla, se encendió un cigarrillo, le ofreció otro a Chong. El chino miró con disgusto a su nuevo interrogador. Cogió el cigarrillo.

—Sé que entiende el inglés, señor Chong —dijo Littlemore—. Quizá pueda ayudarle. No tiene más que responder a un par de preguntas. ¿Cuándo empezó a

trabajar en el Balmoral, a finales de julio?

Chong Sing asintió con la cabeza.

—¿Y en el puente? —preguntó el detective.

—Puede que al mismo tiempo —dijo Chong con voz ronca—. Puede que unos días más tarde.

—Si no estuvo allí, Chong, ¿cómo pudo verlo? —le preguntó Littlemore.— Si entró en el cuarto de Leon*después* de que éste hubiera matado a la chica, ¿cómo sabe que la mató?

—Ya lo he contado —replicó Chong—. Oí una pelea. Miré por el ojo de la cerradura.

Littlemore echó una mirada al carcelero, que confirmó que Chong había contado la misma historia el día anterior.

El detective volvió a mirar a Chong Sing.

—¿Fue así, entonces?

—Sí, fue así.

—No, no fue así. Yo estaba allí, señor Chong, ¿se acuerda? Fui al cuarto de Leon. Quité la llave. Y miré por el ojo de la cerradura. Y no se veía nada de nada.

Chong guardó silencio.

—¿Cómo consigue esos trabajos, señor Chong? ¿Cómo consiguió dos trabajos para el mismo patrón, el señor Banwell?

El chino se encogió de hombros.

—Estoy tratando de ayudarle —dijo Littlemore.

—Leon —dijo Chong en voz baja—. Él me consiguió los trabajos.

—¿Cómo conoció Leon a Banwell?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No lo sé —repitió Chong—. Yo no he matado a nadie.

Littlemore se levantó de la silla e hizo un gesto al guardia para que le abriera la puerta de la celda.

—Sé que no lo ha hecho —dijo.

La casa de verano de los Acton era un *cottage* típico de Newport: una pequeña propiedad con ínfulas de asemejarse —o incluso de superar— a los patrones de la alta nobleza europea. Yo tenía intención de volver a la ciudad después de dejar a Nora en la puerta, pero no fui capaz de hacerlo. No quería dejar sola a Nora, ni siquiera en aquel sitio seguro.

Los criados recibieron a Nora con calor, y abrieron puertas y ventanas en un frenesí de actividad. No parecían conocer ninguna de sus tribulaciones. Aunque sin hablarme apenas, Nora quería que yo lo viese todo. Me condujo por la planta baja de

la casa principal. Una escalera doble de mármol ascendía desde la galería del vestíbulo de dos niveles. A la derecha había una cúpula de vidrio de colores; a la izquierda, una biblioteca octogonal con vigas de madera. Y por todas partes columnas de mármol y adornos dorados de escayola.

En la trasera había una veranda con techo de azulejo. Una ondulante ladera de césped y altos robles descendía con nitidez hacia el río que discurría abajo, a lo lejos. Nora entró en la espesura. Yo la seguí, y pronto llegamos a las caballerizas, donde en el aire había un sano olor a caballo y heno fresco. Resultó que el cocinero se había tomado la libertad de enviar una cesta de picnic a las caballerizas por si a la señorita Acton se le ocurría salir a cabalgar.

Demostró ser tan buena amazona como yo jinete. Al cabo de un rápido trecho a medio galope, extendimos una manta sobre un retazo de sombra con una magnífica vista del Hudson. Dentro de la cesta de picnic había una docena de almejas en hielo, pollo frío, croquetas de patata, una lata llena de galletitas saladas y una ensalada de cerezas y sandía. Además de una cantimplora de té helado, el cocinero había metido media botella de vino de Burdeos, para el caballero, cómo no. Yo no había comido nada desde la noche anterior.

Cuando acabamos de comer, Nora me preguntó:

—¿Es usted honrado?

—En exceso —dije—. Pero sólo porque soy un pésimo actor. ¿Llamarán los criados a sus padres para decirles que está usted aquí?

—No hay teléfono. —Se quitó el panamá y dejó que el sol enredara los rayos en su pelo—. Lamento mi comportamiento en el ferry, doctor. No sé por qué saqué a relucir a su padre. Perdóneme, por favor. Me siento como atrapada en una casa en llamas en la que no hay salida. Clara es la única persona a la que he sido capaz de acudir en busca de socorro, y ahora ni ella puede ayudarme.

—Hay *una* salida —dije—. Se quedará aquí hasta el domingo. Entonces tendrá ya dieciocho años y dejará de estar bajo el control de sus padres. Al mismo tiempo, con algo de suerte, el detective Littlemore habrá comprobado la prueba que tenemos contra Banwell y ya lo habrá detenido.

—¿Qué prueba?

Le conté nuestra bajada al cajón. Era posible que a esas alturas, le expliqué, el detective Littlemore hubiera confirmado que el contenido del baúl pertenecía a la señorita Riverford, que era todo lo que necesitaba para detener al señor Banwell. Quizá estuviera ya detenido en aquel momento.

—Lo dudo mucho —dijo Nora cerrando los ojos—. Cuénteme algo más.

—¿Qué?

—Cuénteme cualquier cosa que no tenga nada que ver con Banwell.

En la residencia de Gramercy Park de los Acton, la madre de Nora estaba registrando de arriba abajo el cuarto de su hija. Nora había desaparecido. Mildred Acton envió a la señora Biggs al parque para ver si la encontraba, pero la joven no estaba allí. El pensamiento de haber sido engañada por su hija llenaba de indignación a la señora Acton. Al parecer su hija estaba trastornada: era una mala hija y estaba trastornada. No podía confiar en ella. La señora Acton había presenciado el descubrimiento de cigarrillos y cosméticos en el dormitorio de su hija: ¿qué más podría ocultar?

La señora Acton no había encontrado nada que mereciera la pena confiscarse, pero al meter la mano debajo de la almohada se quedó atónita al descubrir un cuchillo de cocina.

El hallazgo tuvo un efecto extraño en Mildred Acton. Durante una fracción de segundo cruzó por su cabeza una serie de imágenes sangrientas; las del nacimiento de su única hija, entre ellas, con el consiguiente recordatorio de que, a partir de ese acontecimiento, su marido y ella dormían en camas separadas. Instantes después, las sangrientas imágenes y sus asociaciones cesaron. La señora Acton las olvidó por completo, pero la dejaron en un estado de ansiedad. Con el sentimiento de estar haciendo lo que debía al proteger a su hija de sí misma, devolvió el cuchillo a la cocina.

La señora Acton quería que su marido hiciese algo. Deseaba que no fuera tan negado para todo, siempre encerrado en su estudio de la ciudad o jugando al polo en el campo. Harcourt mimaba terriblemente a Nora. Pero era un desastre en todo. Si no hubiera heredado la pequeña fortuna de su padre, habría acabado en una institución de beneficencia. Mildred se lo había dicho centenares de veces.

La señora Acton decidió que debía llamar inmediatamente al doctor Sachs para que le administrara otro masaje eléctrico. Cierto que le había dado uno el día anterior, y que el precio era escandaloso. Pero tenía la sensación de que no podría vivir sin recibir otro. El doctor Sachs era tan bueno en eso. Aunque habría sido mucho mejor, reflexionó, si hubiera podido encontrar a un médico cristiano que fuera igual de experto. Pero ¿no decía todo el mundo que los mejores médicos eran judíos?

Por supuesto, mi mente se quedó en blanco en el momento mismo en que Nora me pidió que dijera algo para distraerla. Y entonces se me ocurrió:

—Anoche —dije— resolví lo de *ser o no ser*.

—No sabía que se necesitara una solución —dijo Nora.

—Oh, la gente lleva siglos tratando de solucionar esto. Pero nadie lo ha logrado, porque todos han pensado siempre que *no ser* significaba *morir*.

—¿Y no significa eso?

—Bueno, si se lee así surge un problema. Todo el parlamento equipara *no ser* con

acción: tomar las armas, tomar venganza y así sucesivamente. Entonces, si *no ser* significa morir, la muerte tendrá de su lado a la acción, cuando no hay duda de que tal título le pertenece a la vida. ¿Cómo ha pasado, pues, la acción al lado del *no ser*? Si pudiéramos responder a esta pregunta, sabríamos por qué, para Hamlet, *ser*significa no actuar, y habríamos resuelto la verdadera adivinanza: por qué no actúa, por qué se queda paralizado durante tanto tiempo. La estoy aburriendo, ¿verdad?

—No, no me aburre en absoluto. Pero *no ser* sólo puede significar muerte —dijo Nora—. *No ser*significa… —se encogió de hombros— *no ser*.

Yo había estado recostado sobre un lado. Me incorporé.

—No. Es decir, sí. Es decir, *no ser* tiene un segundo significado. Lo opuesto a *ser* no es sólo *muerte*.No ser es también parecer.

—¿Parecer qué?

—Sólo parecer. —Me puse en pie. Me puse a pasear y, *me* avergüenza decir, empecé a hacer que me crujieran los nudillos sin el menor disimulo—. La clave ha estado ahí durante todo este tiempo, en el principio mismo de la obra, cuando Hamlet dice: *¿Parece, señora? No, es. Yo no sé «parecer»*. Piense en ello. Dinamarca está podrida. Todo el mundo debería estar de duelo por la muerte del padre de Hamlet. Su madre, sobre todo. Él, Hamlet, debería ser el rey. Pero, en lugar de ello, Dinamarca celebra el matrimonio de su madre… ¿con quién, precisamente? Con su odiado tío, que ha subido al trono.

»Y lo que más le irrita es el fingimiento de la pena, el *parecer*, el vestir de negro de la gente que no puede esperar a festejar los banquetes por el matrimonio y a retozar en las camas como animales. Hamlet no quiere ser parte de ese mundo. Él no fingirá. Se niega a *parecer*. Él *es*.

»Se entera entonces de la muerte de su padre. Jura venganza. Pero a partir de ese momento entra en el mundo del parecer. Su primer paso es *adoptar un talante bufonesco*, para que *parezca* que se ha vuelto loco. Luego escucha sobrecogido cómo un actor llora por Hécuba. Luego alecciona a los actores sobre cómo fingir de forma convincente. Incluso escribe un guión para ellos, para que lo representen esa noche, una escena que él hace pasar por anodina pero que revive la muerte de su padre, a fin de sorprender a su tío y hacerle confesar su culpa.

»Está cayendo en el dominio de la representación, del parecer. Para Hamlet, *ser o no ser* no es *ser o no existir*. Es *ser o parecer*. Ésa es la decisión que ha de tomar. Parecer es actuar: fingir, representar un papel. He ahí la solución a todo *Hamlet*; ahí mismo, delante de las narices de todo el mundo. No ser es parecer, y parecer es actuar. *Ser*, por lo tanto, es «no actuar». ¡De ahí su parálisis! Hamlet está decidido a no parecer, y eso significa no actuar en absoluto. Si sigue fiel a su decisión, si *es*, no puede actuar. Pero si decide vengar a su padre, *debe* actuar: debe decidir parecer en lugar de ser.

Miré a mi audiencia de una persona.

—Ya veo —dijo Nora—. Porque debe engañar para poder vengarse de su tío.

—Sí, sí, pero es algo universal. Toda acción es actuación. Toda realización es representación. No por nada estas palabras tienen una doble acepción. Concebir significa planear, pero también engañar. Fabricar es elaborar algo con pericia, pero también engañar. El arte es engaño. Artesanía: engaño. No hay forma de eludido. Si queremos desempeñar un papel en el mundo, debemos actuar, interpretar. Pongamos que un hombre psicoanaliza a una mujer. Se convierte en su médico, y asume su papel. No está mintiendo, pero está actuando. Si abandona ese papel con ella, asume otro: amigo, amante, marido, lo que sea. Podemos elegir qué papel interpretamos, pero sólo eso.

Nora tenía las cejas fruncidas.

—Yo he actuado —dijo—. Con usted.

A veces sucede: tiene lugar ese instante en el que la verdad surge de pronto en medio de otra escena, cuando la acción está en otra parte y la atención entretenida. Sabía de qué me estaba hablando: de su fantasía secreta en relación con su padre, que había confesado el día anterior, pero que obviamente había intentado mantener en secreto.

—Es culpa mía —respondí—. No quise escuchar la verdad. Tuve el mismo sentimiento que Hamlet todo el tiempo que me fue posible. No quería creer que la teoría de Freud sobre la obra fuera acertada.

—El doctor Freud tiene una teoría sobre *Hamlet*? —preguntó.

—Sí. Es…, es lo que le dije. Que Hamlet tiene el deseo secreto de…, de tener relaciones sexuales con su madre.

—¿El doctor Freud dice eso? —exclamó Nora—. ¿Y usted cree que es cierto? Qué repulsivo.

—Bueno, sí, pero me sorprende un poco oírselo decir a usted.

—¿Por qué? —dijo ella.

—Por lo que dijo usted ayer.

—¿Qué dije ayer?

—Confesó —dije— que sentía el mismo tipo de deseo incestuoso.

—Usted está loco.

Bajé la voz, pero hablé con severidad.

—Señorita Acton: usted admitió ayer en el parque, con toda claridad, que sintió celos cuando vio a Clara Banwell con su padre. Dijo que había deseado ser usted quien…

Nora enrojeció vivamente.

—¡Cállese! Sí, dije que estaba celosa, ¡pero no de Clara! ¡Qué repugnante! ¡Sentía celos de mi padre!

Nos miramos en silencio, ahora de pie, a ambos lados de la pequeña manta de lana. Un par de ardillas, que habían estado jugueteando alrededor del tronco de un árbol, se quedaron quietas de pronto, mirándonos con recelo.

—¿Por eso se consideraba *sucia*? —le pregunté.

—Sí —susurró ella.

—Eso no es sucio —dije—. Si lo comparamos con otras cosas, al menos.

Mi comentario último no le hizo gracia. Le toqué la mejilla. Bajó la mirada. Tomé su barbilla en mi mano, le levanté la cara hasta la altura de la mía y me incliné hacia ella. Me apartó.

—No —dijo.

No quería mirarme a los ojos. Retrocedió un paso y se puso a recoger las cosas del picnic: metió los restos en la cesta, sacudió las migas de la manta. En silencio, cabalgamos de regreso hasta las cuadras, y volvimos a la casa.

En definitiva: todos mis exquisitos escrúpulos éticos de no aprovecharme del interés transferencial que Nora sentía por mí, suponiendo que sintiera alguno, se habían ido al traste en cuanto me había confesado un deseo sáfico, no incestuoso. Sentí un gran embarazo al descubrir aquello de mí mismo, aunque hubiera cierta lógica en ello. En el momento en que supe la verdad, ya no sentí que si Nora me besaba estaría besando a su padre. Quizá debí concluir que estaría besando a Clara, pero el caso es que yo no lo sentí así.

La casa principal estaba en silencio; el aire de la tarde de verano en perfecta quietud, con sus grandes estancias interiores vacías y umbrosas. Todas las ventanas tenían las persianas echadas, para proteger del sol mobiliario y cortinajes, supuse. Nora, pensativa y silenciosa, me condujo hasta la biblioteca octogonal de espléndida madera labrada. Cerró las puertas a nuestra espalda y me señaló un sillón. Me estaba indicando que me sentara en él, y lo hice. Ella se arrodilló en el suelo, frente a mí.

Por primera vez desde que me había rechazado, despegó los labios para decir:

—¿Se acuerda de la primera vez que me vio? ¿Cuándo no podía hablar?

No lograba descifrar su expresión. Parecía arrepentida y virginal a un tiempo.

—No perdí la voz.

—¿Cómo dice?

—Lo fingí —dijo Nora.

—Intenté no dejar traslucir lo seca que se me había quedado la boca de pronto.

—Por eso pudo hablar a la mañana siguiente…

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué? —pregunté.

—Y mi amnesia.

—¿Qué ocurre con la amnesia?

—Tampoco era real —dijo ella.

—¿No tuvo amnesia, entonces?

—No. También la simulé.

La joven me miró. Tuve la sensación extraña de que me encontraba ante alguien a quien no conocía de nada. Traté de reorientar lo que sabía o pensaba sobre los nuevos hechos. Traté de reestructurar las diversas escenas de la semana anterior, a fin de hacerlas casar de forma coherente. Pero no pude. ¿Por qué?

Nora sacudió la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

—Quería hundir a Banwell, ¿no es cierto? —le pregunté—. ¿Iba a decir que quien se lo hizo fue él?

—Sí.

—Pero estaba mintiendo.

—Sí. Pero lo demás…, casi todo lo demás era verdad.

Parecía implorar comprensión solidaria. Yo no sentía ninguna. No era extraño que dijera que la transferencia no tenía nada que ver con ella. No la había psicoanalizado en absoluto.

—Me ha dejado en ridículo —dije.

—No era mi intención… No pude… Es tan…

—Todo lo que me ha contado es mentira.

—No. Banwell trató de poseerme cuando yo tenía catorce años. Y volvió a intentarlo cuando tenía dieciséis. Y vi a mi padre con Clara. Aquí mismo, en esta sala.

—Me dijo que había visto a su padre y a Clara en la casa de verano de Banwell.

—Sí.

—¿Por qué me mintió en eso?

—No lo hice.

La mente me dio vueltas; daba palos de ciego. Y entonces recordé: la casa de verano de sus padres estaba en los Berkshires, Massachusetts. No estábamos en absoluto en la casa de verano de sus padres. Estábamos en la casa de verano de George Banwell. Los criados la conocían tan bien no porque fueran sus criados, sino porque había frecuentado aquella casa a menudo. La situación se volvió súbitamente frágil, como si pudiera quebrarse en cualquier momento. Me puse en pie. Ella me cogió de la mano y alzó los ojos hacia mí.

—Se hizo todas esas cosas usted misma… —dije—. Se azotó usted misma. Se hizo esas marcas usted misma. Se quemó usted misma.

Sacudió la cabeza.

Me vinieron a la mente toda una serie de recuerdos.

El primero: yo ayudando a Nora a montar en un coche a la puerta del hotel; mis manos le habían ceñido por entero la cintura, incluida la parte baja de la columna, Y ella ni se había inmutado. Cuando le toqué el cuello para despertarle la memoria que

había perdido —lo cual era mentira—, la sujeté otra vez por la parte baja de la columna. Y tampoco esta vez dio la menor muestra de acusar mi tacto.

—No tiene heridas —dije—. Las simuló. Se las pintó en la piel, Y no permitió que nadie la tocara. Nunca la agredió nadie.

—No —dijo ella.

—¿No la agredió nadie o no porque niega lo que digo?

—No —repitió ella.

La cogí por las muñecas. Soltó un gritito ahogado.

—Le estoy haciendo un pregunta muy sencilla. ¿La azotó alguien? Ahora no me importa quién lo hiciera. ¿Algún hombre…, Banwell u otro cualquiera, la ha azotado alguna vez? Sí o no. Dígamelo.

Sacudió la cabeza.

—No —susurró—. Sí. No. Sí… Pensé tanto, de tal forma que iba a morir…

Si no hubiera sido tan horrible, el hecho de que cambiara de historia cuatro veces habría resultado hasta divertido.

—Enséñeme la espalda —dije.

Sacudió la cabeza.

—Sabe que es verdad. El doctor Higgings se lo dijo.

—Lo engañó a él también.

Le agarré la parte de arriba del vestido, lo desgarré, lo dejé caer hasta debajo de los hombros. Dejó escapar un grito ahogado, pero no se movió ni trató de impedírmelo. Ni una sola marca en los hombros. Le miré la parte alta del pecho: desnuda, intocada. Le di la vuelta. No parecía tener heridas en la espalda, pero no podía verle muy abajo por que un corsé blanco, de encaje, la cubría desde los omóplatos hacia abajo.

—¿Va a desgarrarme también el corpiño?

—No. Ya he visto suficiente. Vuelvo a la ciudad, y usted se viene conmigo. —Sí, tal vez tenía que estar recluida en una institución mental, después de todo. Y, si no en una institución mental, al menos sí a cargo de alguien, no a mi cargo, desde luego. Ni siquiera estaba dispuesto a cargar con la responsabilidad de haberla acompañado a la casa de campo de los Banwell—. La llevo a casa.

—Muy bien —dijo ella.

—Oh, ¿ya no le preocupa que puedan encerrarla en un manicomio? ¿Otra mentira de las suyas?

—No. Es cierto. Pero tengo que irme de aquí.

—¿Me toma por tonto? —le pregunté, sabiendo de antemano que la respuesta era sí—. Si corriera el riesgo de que la encerraran no querría irse de aquí por nada del mundo.

—No puedo pasar la noche en esta casa. El señor Banwell acabaría enterándose.

Los criados podrían mandarle un telegrama desde el pueblo esta noche.

—¿Y? —le pregunté.

—Vendría a matarme —dijo Nora.

Reí con desdén, pero ella se limitó a mirarme. Estudié sus mendaces ojos azules con tanta hondura como me fue posible. O bien se creía lo que estaba diciendo, o bien era la mayor mentirosa con que me había topado en la vida, que lo era.

—Otra vez me está tomando por tonto —dije—. Pero voy a creer que quiere decir exactamente lo que dice. Banwell sabe que lo ha acusado de ser su agresor; puede que tenga razones para tenerle miedo, pese a haberse inventado la agresión. En cualquier caso, con mayor razón he de llevarla a casa.

—No puedo ir así —dijo ella, mirándose el vestido desgarrado—. Me pondré algo de Clara. ¿Me espera?

Llegaba ya a la puerta cuando la llamé en voz alta, y le pregunté:

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Para decirle la verdad.

Abrió la puerta doble y se apresuró escaleras arriba, pegándose el vestido contra el pecho con ambas manos. Por fortuna, no había ningún miembro de la servidumbre y nadie pudo verla. Porque de otro modo habrían llamado a la policía para denunciar una violación.

XXIV

— Yo no digo que él la matara, señor. Lo que digo es que está escondido en alguna parte.

El detective Littlemore estaba hablando con el alcalde McClellan en el despacho de éste, avanzada la tarde del viernes. Se estaba refiriendo a George Banwell.

—¿Qué pruebas tiene? —preguntó un exasperado McClellan—. Rápido, detective. No puedo concederle más de cinco minutos.

Littlemore pensó en contarle lo del baúl que él y Younger habían encontrado en el cajón, pero decidió no hacerlo porque el examen del baúl no había revelado nada concluyente hasta el momento, y, en primer lugar, porque no tenía que haber bajado al cajón.

—He tenido noticias de Gitlow, señor. Desde Chicago. Ha hecho comprobaciones en la policía. Ha revisado todo el callejero. Ha examinado el libro azul.[18] No vino de Chicago, señor. En Chicago nadie ha oído hablar de Elizabeth Riverford.

McClellan se quedó mirando dura y largamente al detective.

—Estuve con George Banwell el domingo por la noche —dijo—. Se lo he dicho ya tres veces.

—Lo sé, señor. Y estoy seguro de que la señorita Riverford no pudo estar con ustedes, allí donde estuvieran, sin que usted se diera cuenta, ¿me equivoco, señor?

—¿Qué?

—Estoy seguro de que el señor Banwell no se llevó en secreto a la señorita Riverford allí donde ustedes fueron, y la mató alrededor de medianoche, y luego la llevó de vuelta a la ciudad y la dejó en el apartamento para que pareciera que fue asesinada allí. No sé si me sigue, señor alcalde.

—Santo cielo, detective.

—Sólo que no sé dónde estuvieron, señor, o cómo llegó allí el señor Banwell, o si estuvieron juntos todo el tiempo.

McClellan respiró hondo, y dijo:

—Muy bien. El domingo por la noche, señor Littlemore, cené con Charles Murphy en el Grand View Hotel, cerca del Saranac Inn. La cena la organizó ese mismo día George Banwell. El señor Haffen era otro de los invitados.

Littlemore se sobresaltó. Murphy era el jefe de Tammany Hall. Louis Haffen, uno de los hombres de Hall, había sido presidente del distrito del Bronx, hasta el domingo anterior.

—Pero si Haffen acaba de ser destituido, señor. Por el gobernador Hughes.

—Hughes estaba a unas manzanas de allí, en la casa del señor Colgate, con el gobernador Fort.

—No comprendo, señor.

—Estaba allí, detective, para escuchar las condiciones que Murphy pondría a cambio de nombrarme candidato de Tammany a la alcaldía.

Littlemore no dijo nada. La noticia lo dejó asombrado. Todo el mundo sabía que el alcalde era enemigo declarado de Tammany Hall. Y había jurado no tener tratos con individuos como Murphy.

McClellan prosiguió:

—George me convenció para que asistiera. Adujo que, con la destitución de Haffen, Murphy podía estar dispuesto a negociar. Y lo estaba. Quería que le diese a Haffen el cargo de interventor. No enseguida, sino dentro de un mes o dos. Si yo accedía, el juez Gaynor dimitiría. Y me proclamarían candidato. y las elecciones serían mías. Si les daba mi palabra, se comprometían ante el gobernador aquella misma noche.

—¿Y qué dijo usted, señor?

—Les dije que el señor Haffen no necesitaba cargo alguno, pues había malversado un cuarto de millón de dólares de la ciudad mientras desempeñaba el último. George estaba muy decepcionado. Quería que aceptara. Sin duda se ha aprovechado de nuestra amistad, Littlemore, pero se ha ganado cada dólar que la ciudad le ha pagado. En realidad, le he hecho el último pago esta semana: ni un centavo más de lo presupuestado en un principio. Y no, no veo cómo pudo haber matado a la señorita Riverford en Saranac Inn. Dejamos el Grand View a las nueve y media o diez; pasamos por la casa de Colgate y volvimos a la ciudad todos juntos. Vinimos en mi coche, y llegamos a Manhattan a las siete de la mañana. No creo que perdiera de vista a Banwell más de cinco o diez minutos en toda la noche. Por qué nos ha mentido sobre la ciudad de residencia de la familia de la señorita Riverford es un misterio para mí… Si es que lo ha hecho. Puede que haya querido decir que viven no en Chicago exactamente, sino en alguna de las poblaciones de los alrededores.

—Estamos comprobándolo en este momento, señor.

—De todas formas, él no pudo mataría.

—No creo que lo hiciera, señor. Y quería descartarlo. Pero estoy cerca, señor. Muy cerca. Tengo una buena pista para dar con el asesino.

—Cielo bendito, Littlemore. ¿Por qué no me lo ha dicho antes? ¿Quién es?

—Si no le importa, señor, no sabré hasta la noche si la pista es buena. Si me permite esperar hasta entonces…

El alcalde accedió a lo que le solicitaba el detective. Pero antes de despedir a su subordinado le entregó una tarjeta con un número de teléfono.

—Es el teléfono de mi casa —dijo—. Llámeme al instante. A cualquier hora. En cuanto descubra algo.

A las ocho y media de la tarde del viernes, Sigmund Freud oyó que llamaban a la puerta de su habitación del hotel. Estaba en albornoz, y debajo de él llevaba

pantalones de etiqueta, camisa blanca y pajarita negra. Al abrir se encontró ante un hombre alto y joven, con aire de encontrarse física y moralmente exhausto.

—Younger —exclamó Freud—. Santo Dios, tiene un aspecto horrible…

Stratham Younger no respondió. Freud pudo ver de inmediato que le había sucedido algo. Pero ya no le quedaban demasiadas reservas de comprensión solidaria. Para él el desaliño de su amigo representaba el desarreglo general en el que habían caído las cosas desde su llegada a Nueva York. ¿Todo norteamericano había de verse por fuerza envuelto en algún tipo de desastre? ¿No podía al menos uno llevar la camisa metida como es debido en los pantalones?

—He venido a ver cómo se encuentra, señor —dijo Younger.

—Aparte de no haber cenado y haber perdido a mi seguidor más importante, bastante bien, gracias —respondió Freud—. La anulación de mis conferencias en su universidad constituirá, cómo no, otra fuente de satisfacción añadida. Mi visita a su país está resultando un rotundo éxito.

—¿Ha ido Brill al *Times*, señor? —preguntó Younger—. ¿Ha averiguado si el artículo es genuino?

—Sí. Es genuino —dijo Freud—. La entrevista la concedió Jung.

—Mañana iré a ver al presidente Hall, doctor Freud. Leí el artículo. Son habladurías; habladurías anónimas. Estoy seguro de que puedo persuadir a Hall de que no cancele las conferencias. Jung no dice nada en contra de usted.

—¿Nada en contra de mí? —Freud rió burlonamente, recordando su última conversación con Jung—. Ha repudiado a Edipo. Ha rechazado la etiología sexual. Niega incluso que las experiencias de la niñez de un hombre sean el origen de sus neurosis. Y el resultado es que el *establishment* médico se ha apresurado a brindarle su apoyo, en lugar de brindármelo a mí.

Los dos hombres siguieron en el umbral de la habitación de Freud, uno a cada lado. Freud no invitó a Younger a entrar. Ninguno de los dos hablaba.

Quien rompió el silencio fue Younger:

—Tenía veintidós años cuando leí por primera vez sus escritos, señor. En cuanto los leí, supe que el mundo ya no seguiría siendo el mismo. Las suyas son las ideas más importantes del siglo. Norteamérica está hambrienta de ellas: tengo esa certeza.

Freud abrió la boca para responder, pero la respuesta murió en sus labios. Se suavizó.

—Es usted un buen muchacho, Younger —dijo, suspirando—. Lo siento. En cuanto a lo del hambre, yo no apostaría mucho a ese respecto: un hombre hambriento es capaz de comer cualquier cosa. Y, hablando de comer, Brill ha vuelto a invitamos a cenar. Ferenczi está de camino hacia allí. ¿Viene usted también?

—No puedo —dijo Younger—. No conseguiría mantener los ojos abiertos.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo? —le preguntó

Freud.

—Me resultaría un poco difícil describir mis últimas veinticuatro horas, señor. Y al final he estado con la señorita Acton.

—Ya veo. —Freud observó que Younger esperaba que le invitase a entrar, pero no le apetecía hacerlo. De hecho, Freud se sentía tan exhausto como todo parecía indicar que tenía que estarlo Younger—. Bien, ya me lo contará todo mañana.

—Mañana…, muy bien —respondió Younger, e hizo ademán de irse.

Al percatarse de la decepción de Younger, Freud añadió:

—Ah, quería decirle algo. Que debemos pensar en Clara Banwell.

—¿Señor?

—Toda vida familiar se organiza alrededor de la persona más dañada que hay en ella. Sabemos que Nora prácticamente ha sustituido a sus padres por los Banwell. La cuestión es determinar qué persona de ese grupo humano ha sufrido las mayores heridas psicológicas.

—¿Cree usted que puede ser la señora Banwell?

—No debemos presuponer que tenga que ser Nora. La señora Banwell es una persona de carácter fuerte, como a menudo lo son los narcisistas, pero los hombres de su vida sin duda la han maltratado de un modo profundo. Banwell, su marido, sin ninguna duda. Ya oyó lo que Clara Banwell dijo.

—Sí —dijo Younger—. Luego me habló más del asunto.

—¿En casa de Jelliffe?

—No, señor. Volví a hablar con ella en casa de Nora Acton.

—Entiendo —dijo Freud, alzando una ceja—. Espero no equivocarme en el hecho de que fue ella misma quien le hizo saber a Nora que le había hecho una felación a su padre.

—¿Cómo dice?

—¿Se acuerda? —dijo Freud. Cerró los ojos y, sin abrirlos, reprodujo el diálogo que él y Younger habían mantenido sobre este asunto hacía dos días, y empezó por sus propias palabras: «¿No encuentra usted nada extraño en la afirmación de Nora de que, cuando vio a la señora Banwell con su padre, no entendió qué estaba presenciando exactamente?». «La mayoría de las norteamericanas de catorce años suele estar muy mal informada sobre ese particular, doctor Freud». «Me hago cargo de ello, pero no me estoy refiriendo a eso. Lo que ella estaba insinuando es que ahora *sí* entendía lo que había presenciado, ¿me equivoco?».

Younger se quedó mirándole con fijeza:

—¿Tiene usted memoria «fonográfica», señor?

—Sí. Una herramienta muy útil en el psicoanálisis. Debería cultivarla. Hubo un tiempo en el que recordaba conversaciones durante meses, pero ahora sólo durante días. En cualquier caso, creo que acabará usted averiguando que fue la propia señora

Banwell quien instruyó a Nora acerca de la naturaleza del acto que comentamos. Sospecho que ha hecho de la joven su confidente, y la ha ganado para su causa. De otro modo no se entienden los sentimientos de Nora por Clara Banwell.

—Los sentimientos de Nora por Clara Banwell —repitió Younger.

—Ánimo, muchacho. Piense en ello. En lugar de odiar a la señora Banwell, como sería lo normal, Nora la ha aceptado como sustituta de su madre. Ello significa que la señora Banwell se las arregló para crear un lazo muy especial con la joven, logro más que asombroso dadas las circunstancias. Casi con toda certeza, le confió a Nora sus deseos eróticos secretos, vía preferida de las mujeres para ganarse la intimidad mutua.

—Entiendo —dijo Younger en tono apagado.

—¿Lo entiende? Y a Nora eso sin duda le ha hecho las cosas más difíciles. Y también indica una falta de escrúpulos por parte de la señora Banwell. Una mujer no confía tales cosas a una joven cuya inocencia quiere preservar. Bien, veo que hay algo que usted quiere contarme, pero está demasiado exhausto. No ganaríamos nada hablando del asunto ahora. Lo haremos mañana. Váyase a dormir.

Smith Ely Jelliffe cantaba un aria mientras entraba tranquilamente en el Balmoral apenas pasadas las once de la noche del viernes. Dio una propina generosa a los porteros, y, sin que ninguno de ellos se lo preguntara en absoluto, les informó de que había pasado la tarde en el Metropolitan, escuchando ópera en compañía de una criatura femenina de la mejor especie: las de las que saben muy bien qué hacer durante la representación. Con la cara reluciente, Jelliffe tenía todo el aspecto de ser un hombre convencido de la grandeza de su alma.

Su fulgor se vio ensombrecido un tanto por la aparición de un joven con un traje gastado que le cerraba el paso al ascensor. Y ensombrecido del todo cuando tal joven se identificó como un detective de la policía.

—Usted es el médico de Harry Thaw, ¿no es cierto, doctor Jelliffe? —le preguntó Littlemore.

—¿Se da usted cuenta de la hora que es, buen hombre? —replicó Jelliffe.

—Responda a mi pregunta.

—El señor Thaw está a mi cuidado —reconoció Jelliffe—. Todo el mundo lo sabe. Se ha informado de ello en todas partes.

—¿Estaba a su cuidado aquí en la ciudad el pasado fin de semana? —prosiguió Littlemore.

—No sé de qué me está hablando —dijo Jelliffe.

—Seguro que no —le respondió el detective, haciendo una seña a una chica que, vestida de un modo ostentoso, esperaba en un sofá de cuero del otro extremo del vestíbulo de mármol. Greta se acercó a los dos hombres. Littlemore le preguntó si

reconocía a Jelliffe.

—Sí, es él —dijo Greta—. El doctor Smith. Vino con Harry y se fue con él.

Aquella tarde, antes de ir a ver al alcalde, Littlemore había vuelto a la comisaría y releído las transcripciones del juicio, y encontró el testimonio de Jelliffe en el que éste afirmaba que Thaw estaba loco. Cuando vio que el nombre de pila de Jelliffe era Smith, comprendió que todo encajaba.

—Doctor Jelliffe —dijo Littlemore—. ¿Quiere contármelo aquí…, o prefiere hacerlo en comisaría?

El detective no tuvo que esperar mucho para que Jelliffe confesara:

—No fue en absoluto decisión mía —soltó Jelliffe atropelladamente—. Sino de Dana. Dana estaba al mando.

Littlemore le dijo a Jelliffe que le llevara a su apartamento. Cuando entraron en el lujoso recibidor de la casa de Jelliffe, el detective asintió con la cabeza admirativamente.

—Vaya, tiene usted mucho que perder, doctor Jelliffe —dijo—. ¿Así que trajo a Thaw a la ciudad el fin de semana pasado? ¿Cómo lo hizo, sobornando a los guardianes?

—Sí, pero la decisión fue de Dana, no mía —insistió Jelliffe. Se dejó caer con todo su peso en una silla de la mesa del comedor—. Yo me limité a hacer lo que él dijo que teníamos que hacer.

Littlemore se quedó mirándole con fijeza:

—¿Lo de llevarle al burdel de Susie fue idea de usted?

—Quien eligió esa casa fue Thaw, no yo. Por favor, detective…, era una necesidad médica. Un hombre sano puede volverse loco en un lugar como Matteawan. Rodeado de lunáticos. Despojado de los desahogos físicos normales.

—Pero Thaw está *loco* —dijo Littlemore—. Por eso está encerrado en ese manicomio.

—Thaw no está loco. Es un hombre que soporta una gran tensión —dijo Jelliffe —. Tiene un temperamento sumamente nervioso. Y a un hombre así no se le hace ningún bien internándolo.

—Lástima que usted dijera justo lo contrario ante el tribunal —le recordó Littlemore—. Y ésta no fue la primera vez que trajo a Thaw a la ciudad, ¿me equivoco? Lo trajo también hace cosa de un mes, ¿no es cierto?

—No, se lo juro —dijo Jelliffe—. Ésta ha sido la primera Vez.

—Sí, seguro —le respondió Littlemore—. ¿Y cómo conoció Thaw a Elsie Sigel?

Jelliffe negó haber oído el nombre de Elsie Sigel hasta leerlo en los periódicos de la tarde del día anterior.

—Cuando llevó usted a Thaw a casa de Susie —prosiguió Littlemore—, ¿sabía lo que le gusta hacerles a las chicas? ¿También considera usted eso una necesidad

médica?

Jelliffe agachó la cabeza.

—Había oído hablar de sus tendencias —masculló—. Pero pensé que se las habíamos curado.

—Ajá —dijo Littlemore. Miró con repugnancia cómo las cuidadas uñas de Jelliffe ceñían su inmensa cintura—. Antes de llevar a Thaw a casa de Susie aquella noche, ¿cuándo lo trajo aquí a su apartamento, y cuánto tiempo lo perdió de vista en esa ocasión? ¿Lo dejó solo en algún momento? ¿Salió de aquí? ¿Qué sucedió?

—¿Aquí? —dijo Jelliffe, inquieto y confundido—. Jamás traería a ese hombre a mi apartamento.

—No juegue conmigo, Smith Jelliffe. Tengo pruebas más que suficientes para acusarle de complicidad en un asesinato… Complicidad antes y después del acto mismo.

—¿Asesinato? —preguntó Jelliffe—. Dios santo. No puede ser. No hubo ningún asesinato.

—Una joven fue asesinada en este edificio el domingo por la noche, la noche en que Thaw estuvo en este apartamento.

Jelliffe tenía la cara pálida.

—No —dijo—. Thaw vino a la ciudad el sábado por la noche. Y yo mismo cogí el tren para Matteawan con él el domingo por la mañana. Y pasó allí el domingo y el lunes. Puede preguntarle a Dana. Puede consultar el registro de Matteawan. Allí podrá verlo.

La desesperada alegación de Jelliffe parecía sincera, pero Littlemore disponía de pruebas que la contradecían.

—Buen intento, Jelliffe —dijo—, pero tengo media docena de chicas que lo sitúan a usted y a Thaw en casa de Susie el domingo pasado, ¿no es así, Greta?

—Sí —dijo Greta—. A eso de las dos o tres de la mañana del domingo. Como le he contado.

Littlemore se quedó petrificado.

—Un momento, un momento. ¿Te refieres al sábado por la noche o a la noche del domingo?

—Al sábado por la noche, domingo por la mañana, ¿qué más da? —respondió Greta.

—Greta —dijo el detective—. Necesito estar seguro. ¿Cuándo fue Thaw a casa de Susie?, ¿el sábado por la noche o el domingo por la noche?

—El sábado por la noche —dijo Greta—. No trabajo los domingos por la noche.

Littlemore se sintió perdido una vez más. Había dado a la hipótesis de Thaw un valor de casi certeza. Todo apuntaba hacia ella. Pero ahora resultaba que Thaw había estado en casa de Susie la noche que*no era*: la noche anterior.

—Voy a mirar bien ese registro del hospital —le dijo Littlemore a Jelliffe—, y más le valdrá tener razón. Venga, Greta. Nos vamos.

Jelliffe tragó saliva, y se enderezó en la silla.

—Creo que me debe una disculpa, detective —dijo.

—Quizá —dijo Littlemore—. Pero si vuelve a pedírmela, van a caerle de uno a cinco años en Sing Sing por conspiración para la huida de un preso del estado. Y no volverá a ejercer la medicina en su vida.

Por segunda noche consecutiva, Carl Jung caminaba por la acera de la iglesia de Calvary, frente a Gramercy Park. Esta vez llevaba el revólver en el bolsillo. Tal vez le infundía valor. Sin flaquear ni un instante, avanzó con paso firme, en paralelo a la verja de hierro forjado, en dirección a Gramercy Park South, cruzó la calle y se dirigió al policía que había ante la casa de los Acton. El policía le preguntó adónde iba. Jung le respondió que al club nocturno, y que por favor le indicara dónde era.

—Ah, el Players —dijo el policía—. El número dieciséis, cuatro puertas más abajo.

Jung llamó a la puerta en el número dieciséis, y, cuando mencionó el nombre de Smith Jelliffe, le permitieron la entrada. El aire estaba lleno de música y de risas femeninas. Una vez dentro, Jung no podía dar crédito a lo necio que había sido al haber llegado casi ante aquella puerta dos veces y las dos veces haberse vuelto atrás. Qué ridículo: un hombre de su talla con miedo a entrar en un lugar donde podían conseguirse mujeres a cambio de dinero.

La chica del guardarropa saludó a Jung en el vestíbulo, y se quedó momentáneamente desconcertada cuando Jung sacó el revólver. Pero se lo tendió con cortesía europea, y le explicó que, al ver a un policía unas puertas más arriba, había pensado que tal vez había un asesino suelto por los alrededores.

—Está bien —dijo la chica, sonriéndole con gracia—. Por un instante he pensado que usted era ese asesino.

Mientras ambos reían y la puerta principal seguía cerrada, otro hombre se apeaba de un carruaje en medio de las sombras de Calvary Street. El carruaje de alquiler se alejó, y dejó al hombre inmóvil casi en el mismo punto en que Jung había estado la noche anterior. Vestía de etiqueta. Pese al calor de la noche estival, llevaba otra prenda encima, un sobretodo, y guantes blancos de piel de ciervo. El sombrero lo llevaba muy ceñido, para que le ocultara la cara todo lo posible. El hombre seguía sin moverse. Observaba desde la oscuridad, desde un punto en que el policía que vigilaba la casa de los Acton no podía verle.

En cuanto oyó que la puerta se cerraba, Smith Jelliffe fue hasta el teléfono,

descolgó el auricular y le pidió a la telefonista que le pusiera con el Matteawan State Hospital. Tuvo que esperar un cuarto de hora, pero al final consiguió hablar con un celador con el que mantenía una relación excelente. Jelliffe empezó a espetarle una serie de órdenes frenéticas, pero el celador lo interrumpió enseguida.

—Llega tarde —le dijo—. Se ha ido.

—¿Que se ha ido?

—Se ha ido hace tres horas.

Jelliffe colgó el teléfono. Con dedos nerviosos, marcó el número de la residencia de la Quinta Avenida de Charles Dana. No obtuvo respuesta. Era casi medianoche. Al cabo de seis timbrazos, Jelliffe colgó el auricular.

—Dios mío —dijo.

En la acera de enfrente del Balmoral, bajo una farola, Littlemore dijo adiós a Greta. La noche era bochornosa en extremo.

—Puedo decir que vino el domingo por la noche, si quiere —se prestó Greta.

Littlemore no pudo evitar echarse a reír. Negó con la cabeza, e hizo una seña a un taxi que pasaba.

—Ahora ya no va a buscarme a mi Fannie, ¿verdad? —preguntó, sin esperanza.

—No, no voy a buscar a su Fannie —dijo Littlemore—. Voy a encontrarla.

Le dijo al cochero que la llevara a la calle Cuarenta y le dio un dólar en pago del trayecto. Greta se quedó mirándole.

—Es usted un tipo genial, ¿lo sabía? —dijo—. ¿No querrá casarse conmigo por un casual? Los dos somos pelirrojos.

Littlemore volvió a reír.

—Lo siento, querida. Estoy comprometido.

Greta lo besó en la mejilla. Mientras el coche se alejaba Littlemore se dio la vuelta y fue a darse casi de bruces con Betty Longobardi, que estaba justo a su espalda. Camino del centro de la ciudad, el detective se había parado un momento en casa de los Longobardi y había dejado un recado a Betty para que se reuniese con él en el Balmoral lo antes posible.

—Empieza a explicarte —dijo Betty—. Y será mejor que sea algo con pies y cabeza.

Littlemore no explicó nada. Lo que hizo fue conducir a Betty hasta su coche aparcado. Del maletero sacó un saco lleno de bultos.

—Necesito enseñarte algo —dijo—. Unas cosas que quizá pertenecieron a la señorita Riverford. Eres la única que puede identificadas.

Littlemore vació el saco en el maletero. Las ropas estaban demasiado empapadas para ser reconocibles. Las joyas y los zapatos, dijo Betty, le resultaban familiares, pero no podía asegurarlo. Entonces vio una manga de lentejuelas colgando de una

densa maraña de tela. Tiró de ella y sacó el vestido, y lo sostuvo a la luz de la farola.

—¡Éste era suyo! La vi con él puesto.

—Eres una joya —dijo Littlemore—. Eres la…, un momento. Espera un momento. ¿Ves aquí algún vestido que se pueda llevar durante el día?

—No, ninguno —dijo Betty, alzando las cejas mientras revolvía entre la lencería —. Y tampoco esto. No, Jimmy, nada. Todo es ropa de noche.

—Ropa de noche —repitió el detective.

—¿Qué pasa? —preguntó Betty.

Littlemore, sumido en sus pensamientos, no dijo nada.

—¿Qué, Jimmy?

—Pero entonces el señor Hugel… —Littlemore se palpó apresuradamente los bolsillos hasta que al final encontró un sobre que contenía varias fotografías. Le mostró una de ellas a Betty—. ¿Reconoces esta cara?

—Claro —dijo Betty—. Pero ¿por qué…?

—Volvemos a subir —la interrumpió Littlemore. Cogió del maletero un pesado objeto de latón que parecía un faro de automóvil, acoplado a una especie de candelabro: un farol eléctrico. Entró en el Balmoral seguido de Betty. Y ambos subieron en el ascensor hasta el Ala de Alabastro.

—¿Cómo era de alta la señorita Riverford? —le preguntó Littlemore a Betty mientras subían.

—Un poco más alta que yo. —Betty medía un metro cincuenta y ocho—. Parecía más alta, al menos.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre llevaba tacones —explicó Betty—. Tacones muy altos. Pero no creo que estuviera muy acostumbrada a llevarlos.

—¿Cuánto pesaría?

—No lo sé, Jimmy. ¿Por qué?

El pasillo de la planta dieciocho estaba vacío. Haciendo caso omiso de las objeciones de Betty, Littlemore manipuló con la ganzúa en la cerradura del apartamento de Elizabeth Riverford y abrió la puerta. Dentro estaba todo oscuro y silencioso. No había luces en el techo, y se habían llevado todas las lámparas.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Betty.

—Averiguando algo —dijo Littlemore, recorriendo el pasillo en dirección al dormitorio de la señorita Riverford, alumbrando con su haz de luz fluctuante la negrura del apartamento.

—No quiero entrar ahí —dijo Betty, siguiendo a regañadientes a Littlemore.

Llegaron a la puerta. Cuando Littlemore alargaba la mano hacia el pomo, ésta quedó a medio camino, inmóvil. Una nota aguda había rasgado el aire. Venía del interior del dormitorio. El sonido ganó en intensidad, y se convirtió en un lamento

lejano.

Betty le agarró el brazo a Littlemore.

—Ése es el sonido que te conté, Jimmy. El sonido que oímos la mañana en que murió la señorita Elizabeth.

El detective abrió la puerta. El lamento se hizo aún más fuerte.

—No entres —le susurró Betty.

El sonido cesó de pronto. Y volvió el silencio. Littlemore entró en el cuarto. Demasiado asustada para quedarse en el umbral, Betty entró también, agarrada a una manga del detective. El mobiliario seguía en su sitio: cama, espejo, mesas, mesillas, cómodas, que creaban sombras de aire inquietante al foco del farol. Littlemore pegó la oreja a una pared, dio unos golpecitos y se puso a escuchar con atención suma. Luego se desplazó un metro hacia un lado y volvió a hacer lo mismo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Betty en un susu rro.

Littlemore hizo chasquear los dedos.

—La chimenea —dijo—. Vi la arcilla cerca de la chimenea.

Fue hasta la chimenea, apartó la pantalla de rejilla y se tendió en el suelo cuan largo era. Alumbró el hueco con el farol, y en el muro del fondo vio ladrillo y argamasa, y tres aberturas dispuestas en triángulo, la de la parte superior de forma circular.

—Eso es —dijo el detective—. Tiene que ser eso. Pero ¿cómo se las habrá arreglado para…?

Littlemore enfocó los morillos y útiles de chimenea colgados en la pared, a uno de los lados. Uno de éstos era un atizador de tres dientes. Dos de ellos muy afilados, y el tercero circular. Los tres dientes, juntos, formaban un triángulo. Littlemore se puso en pie de un brinco, cogió el atizador tridente, lo enfiló hacia el fondo de la chimenea y tanteó en él unos segundos, hasta que los tres dientes encontraron las aberturas y se insertaron en ellas como si hubieran sido hechas ex profeso, como de hecho era el caso. Un momento después, la chimenea entera se abrió girando sobre unos goznes internos, y un fuerte soplo de aire golpeó al detective en plena cara.

—Mira esto —dijo Littlemore. Dentro, pequeños chorros de gas azul brotaban aquí y allá de las paredes—. ¿Dónde he visto yo esto antes? Ven, Betty.

Entraron por el hueco, Betty de la mano de Littlemore, y se internaron en un pasadizo. Tras pasar junto a una gran reja cuadrada de hierro que había en uno de los muros, Littlemore pegó el oído contra éste y le dijo a Betty que hiciera lo mismo. Y ambos oyeron, muy lejano, el mismo sonido lastimero que tanto había asustado a Betty.

—Una galería de ventilación —dijo Littlemore—. Un sistema de aire a presión. Tiene que haber una bomba. Cuando la bomba se pone en marcha, se oye ese ruido. Cuando la bomba se para, se deja de oír.

Siguieron por el pasadizo como un centenar de metros, y pasaron frente a media docena de rejas de hierro similares y doblaron tres o cuatro cerradas esquinas. Las uñas de Betty se clavaban en el brazo de Littlemore. Y al cabo llegaron al final. Un muro les cerraba el paso, pero en él había una pequeña placa de metal que brillaba bajo el último chorro de gas azul. Littlemore apretó la placa, y el muro giró sobre sí mismo y se abrió.

A la luz del faro eléctrico se vieron ante un estudio masculino lujosamente amueblado. Las paredes estaban llenas de estanterías, aunque en ellas, en lugar de libros, había colecciones de maquetas de puentes y edificios. En mitad del estudio se alzaba un enorme escritorio con lámparas de latón encima. Littlemore encendió una de ellas. En silencio, el detective y Betty abandonaron el estudio y echaron a andar por un pasillo. Cruzaron un vestíbulo de mármol blanco, y entonces oyeron un ruido ahogado. En el mismo pasillo, más adelante, después de pasar por el salón más grande que tanto Betty como Littlemore habían visto en su vida, se encontraron ante una puerta que vibraba con ruido: el pomo giraba de izquierda a derecha. Era evidente que alguien trataba en vano de abrir la puerta desde el otro lado. Littlemore le interpeló en voz alta, identificándose como policía.

Respondió una voz de mujer:

—Abra la puerta. Déjeme salir.

A Littlemore no le llevó mucho tiempo abrir la puerta. Al hacerlo él y Betty vieron el interior de un armario de la ropa blanca, y la espalda de una mujer en tal espacio exiguo. Una mujer con las manos atadas a la espalda. Clara Banwell se dio la vuelta, dio las gracias al detective y le rogó que la desatara.

El sudor perlaba de brillo la frente de Henry Kendall Thaw al ver al policía al otro lado de Gramercy Park, en su ronda de vigilancia bajo la farola de gas, enfrente de la casa de los Acton. Le empapaba la parte posterior de la camisa, bajo la chaqueta del esmoquin. Y se le deslizaba por mangas y pantalones abajo.

Desde su posición estratégica de la calle Veintiuna este, entre las avenidas Cuarta y Lexingron, Thaw podía abarcar toda la hilera de soberbias casas de la calle Gramercy Park South. Alcanzaba a ver también el Players Club, vivamente iluminado para la velada del viernes. Y, ciertamente, veía también lo que había tras los visillos translúcidos de las ventanas de la primera planta del club, donde acaudalados caballeros maduros y jóvenes mujeres de hombros desnudos iban de un lado a otro con cócteles Dúplex y Bronx.

Los ojos de Thaw veían más que los de Jung. Detectó, tres pisos más arriba de la acera donde se paseaba el policía, un movimiento en el tejado de la casa de los Acton. En él, recortada contra el cielo de la noche, distinguió la silueta de otro policía con un rifle en las manos. Thaw era un hombre nervudo, enjuto hasta el punto de conferirle

un aspecto frágil, y de brazos algo más largos de lo normal. Tenía una cara asombrosamente juvenil para un hombre que frisaba la cuarentena. Habría sido incluso guapo de no ser por sus ojos pequeños y demasiado hundidos y sus labios demasiado gruesos. En movimiento o inmóvil, parecía incapaz de contener el resuello.

Thaw estaba ahora en movimiento. Caminó hacia el este, sin salir en ningún momento, de las sombras. Al cruzar Lexingron Avenue se bajó aún más sobre los ojos el ala del sombrero: conocía muy bien la casa de la esquina. La había vigilado durante horas en los viejos tiempos, a fin de ver si salía de ella cierta joven, una preciosa joven a la que quería hacer daño con una intensidad tal que con sólo pensar en ello sentía un hormigueo en la piel. Bordeó la verja de hierro del parque hasta llegar a su esquina sureste, donde sólo Irving Street lo separaba de los policías que vigilaban la casa. Ninguno de ellos lo vio entrar en el callejón trasero de las casas de Gramercy Park South.

A unos cinco kilómetros de allí, en su apartamento del segundo piso de la pequeña casa de Warren Street, el *coroner* Charles Hugel había preparado sus bolsas de viaje. Estaba en medio del salón, mordiéndose los nudillos. Acababa de entregar la carta de dimisión al alcalde. Había dado el aviso a su casero. Había ido al banco a cerrar su cuenta corriente. Todo el dinero que poseía estaba delante de él, en el suelo, apilado en pulcros montones. Tenía que decidir cómo llevado. Se agachó y se puso, por tercera vez, a contar los billetes, mientras se preguntaba si sería suficiente para empezar una nueva vida en alguna ciudad más pequeña. Sus manos se estremecieron y abrieron y un billete de cincuenta dólares brincó al aire cuando oyó que llamaban a su puerta.

Si el policía que vigilaba frente a la casa de los Acton hubiera mirado hacia arriba habría visto un oscurecimiento más intenso en la ventana del dormitorio de Nora. Y posiblemente habría reparado en que la sombra de un hombre acababa de pasar por delante de la ventana. Pero no alzó la mirada.

El intruso se aflojó la corbata blanca de seda. En silencio, se la quitó del cuello y se enrolló los extremos en las manos. Se acercó a la cama de Nora. Pese a la oscuridad, pudo distinguir la forma durmiente de la joven en el lecho. Vio la línea con la que la bonita barbilla descendía hasta la suave e indefensa garganta. Deslizando la corbata entre el cabecero de la cama y la almohada, la hizo bajar despacio, muy despacio, y luego la fue pasando por debajo de la almohada, hacia el cuello de la joven, infinitamente despacio, hasta que los dos extremos emergieron de debajo de la almohada. Escuchó durante todo el tiempo la respiración de la joven, que era suave y

pausada.

Resulta de interés preguntarse si el cuchillo de cocina, de no haberlo retirado Mildred Acton de debajo de la almohada de su hija, le habría sido a ésta de alguna ayuda. Nora Acton, despertada con sobresalto por un hombre en la oscuridad, ¿habría podido defenderse con aquel cuchillo? Nora siempre dormía boca abajo. En caso de haber podido hacerse con él, ¿habría sido capaz —con la respiración ahogada— de utilizarlo para salvar su vida?

Buenas preguntas, pero absolutamente retóricas, ya que no sólo el cuchillo no estaba allí, tampoco estaba Nora.

—Manos arriba, señor Banwell —dijo una voz a espaldas del intruso, que sintió el cañón de un arma de fuego pegado a sus costillas. Un faro eléctrico, empuñado por un agente de policía uniformado que estaba de pie en el umbral, iluminó de pronto todo el dormitorio. George Banwell alzó las manos y las dejó en el aire, delante de la cara.

—Apártese de la cama, señor Banwell —dijo el detective Littlemore, que seguía clavándole el cañón de la pistola en la espalda—. Muy bien, Betty, ya puedes levantarte.

Betty Longobardi se bajó de la cama, temerosa pero desafiante. Mientras cacheaba a Banwell palpándole los bolsillos, Littlemore miró hacia la chimenea del dormitorio de Nora. En ella, como esperaba, se veía un trozo de pared girado y abierto, y detrás del hueco se adivinaba un pasadizo.

— Bien. Puede bajar las manos. Póngalas a la espalda. Despacio y con mucho cuidado.

Banwell no se movió.

—¿Cuál es su precio? —preguntó.

—Más de lo que puede usted pagar —le respondió Littlemore.

—Veinte mil —dijo Banwell, aún con las manos a la altura de la cabeza—. Les daré a cada uno de ustedes veinte mil dólares.

—Las manos a la espalda —repitió Littlemore.

—Cincuenta mil —dijo Banwell. Entornando los ojos en dirección al haz de luz entrevió a dos hombres en el umbral del dormitorio, uno sosteniendo el farol y el otro detrás de él, además de quienquiera que le estuviera clavando en la espalda el cañón de la pistola. Al oír «cincuenta mil», los hombres del umbral se movieron en su sitio, incómodos. Banwell se dirigió a ellos.

—Piénsenlo, muchachos. Son inteligentes. Lo veo en su cara. ¿Dónde creen que el jefe Byrnes ha conseguido su fortuna? ¿Se hacen alguna idea de cuánto tiene en el banco? Trescientos cincuenta mil dólares. Ésa es la cifra. Yo lo he hecho rico, y les haré ricos a ustedes.

—Al alcalde no le gustará su intento de sobornarnos —dijo Littlemore, bajando

uno de los brazos de Banwell y colocándole una esposa en la muñeca.

—¿Van a hacerle caso a este idiota que tengo a mi espalda? —bramó Banwell, aún dirigiéndose a los hombres del umbral del dormitorio, con voz fuerte y confiada pese a su penosa situación—. Lo destrozaré en el juicio. Lo destrozaré, ¿me oyen? Sean listos. ¿Quieren ser pobres toda la vida? Piensen en sus mujeres, en sus hijos. ¿Quieren que sean pobres toda su vida? No se preocupen por el alcalde. El alcalde es mío, soy su propietario.

—¿Eso crees, George? —dijo el hombre que estaba detrás del policía uniformado que llevaba el farol. Luego dio un paso hacia delante: era el alcalde McClellan—. ¿De veras, George?

Littlemore cerró la esposa restante sobre la otra muñeca, y el mecanismo emitió un placentero clic. Con una rapidez asombrosa en un hombre de su edad, Banwell se escabulló de entre las manos del detective y, con los brazos sujetos a la espalda, echó a correr hacia el pasadizo. Pero tuvo que detenerse y agacharse para meterse en él, lo cual fue su perdición. Littlemore tenía la pistola en la mano, y el tiro habría dado en el blanco, pero no disparó. En lugar de ello, se precipitó hacia delante a grandes zancadas y golpeó a Banwell en el cabeza con la culata de la pistola. Banwell soltó un grito y cayó al suelo fulminado.

Minutos después, el detective Littlemore sentó a un semi inconsciente Banwell al pie de las escaleras de los Acton, y lo ató al pasamanos con otro par de esposas que le proporcionó uno de los policías de uniforme. Al señor Banwell le caía sangre por las mejillas. Otro policía dejaba salir de su dormitorio a unos azorados Harcourt y Mildred Acton.

En el Players Club, la chica del guardarropa dio la bienvenida a un nuevo cliente, que también le causó sorpresa, no sólo porque hubiera entrado por la puerta trasera sino porque llevaba un sobretodo en pleno verano. A Harry Thaw le proporcionaba un placer especial disfrutar de su libertad en unas estancias diseñadas por el hombre al que había dado muerte tres años atrás: el señor Stanford White. Dio el nombre de Monroe Reid, de Filadelfia. Y fue con este mismo nombre con el que se presentó a otro cliente, un caballero extranjero al que conoció en la pequeña sala de baile, donde unas bailarinas actuaban sobre un escenario elevado. Harry Thaw y Carl Jung hicieron buenas migas aquella noche. Cuando Jung mencionó que el socio del club al que conocía era Smith Jelliffe, Thaw exclamó que también él lo conocía, aunque luego no le ofreció detalles demasiado veraces sobre tal conocimiento.

— Buen trabajo, detective —le dijo el alcalde McClellan a Littlemore en el salón de los Acton—. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos jamás lo habría creído.

La señora Biggs estaba vendando la herida del cráneo del señor Banwell; al detenido lo retenían dos pares de esposas: unas le sujetaban las muñecas a la espalda, las otras lo ataban al pasamanos. El señor Acton se había servido una bebida larga.

—¿Podría decimos qué está pasando, señor McClellan? —preguntó.

—Me temo que tampoco yo lo sé a ciencia cierta —respondió el alcalde—. Sigo sin entender cómo se las pudo arreglar George para asesinar a la señorita Riverford…

Llamaron a la puerta. La señora Biggs miró a sus señores, que a su vez miraron al alcalde. Littlemore dijo que abriría él la puerta. Instantes después, todos vieron entrar en la sala al *coroner* Charles Hugel, férreamente sujeto por el agente John Reardon.

—Lo pillé, detective —dijo Reardon—. Tenía las maletas hechas, como usted dijo.

XXV

El teléfono sonó en mi habitación del hotel, y me despertó. No recordaba haberme dormido; apenas recordaba haber vuelto a mi habitación. Me llamaban de Recepción.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Casi medianoche, señor.

—¿De qué día?

La neblina de mi mente no se disipaba.

—Aún es viernes, señor. Disculpe, doctor Younger, pero nos pidió que le informáramos si la señorita Acton tenía alguna visita.

—¿Y?

—Una tal señora Banwell sube ahora mismo hacia su cuarto.

—¿La señora Banwell? —dije—. Muy bien. No permita que suba a verla nadie más sin avisarme antes.

Nora y yo habíamos vuelto en tren desde Tarry Town. En el viaje apenas hablamos. Cuando llegamos a la estación Grand Central, Nora me rogó que la llevara al Hotel Manhattan, porque quería comprobar si la habitación seguía registrada a su nombre. En tal caso, ¿no podría seguir en el hotel hasta el domingo, en que ya no habría de temer que sus padres la internasen en algún centro psiquiátrico en contra de su voluntad?

En contra de mi buen juicio, acepté llevarla al hotel. Le advertí, sin embargo, de que a la mañana siguiente, pasara lo que pasara, daría cuenta a su padre de su paradero. Estaba seguro, y así se lo hice saber, de que ya se le ocurriría alguna historia que contar a sus padres capaz de mantenerlos a raya otras veinticuatro horas. Resultó que tenía razón en lo de su habitación: se suponía que seguía en ella. El empleado de recepción le entregó la llave, y Nora desapareció en el ascensor.

No me pareció sensata aquella visita de medianoche de la señora Banwell a Nora: podía haberla seguido su marido. Debía de haberle telefoneado la propia Nora. Pero si Nora podía engañarme a mí tan a conciencia como lo había hecho, Clara podría seguramente engañar a su marido acerca de su salida nocturna.

Los comentarios de Freud sobre lo que sentía Nora por Clara volvieron a mi cabeza. Freud seguía pensando, claro está, que Nora albergaba deseos incestuosos. Yo ya no lo pensaba. De hecho, y dada mi interpretación de *Ser o no ser*, osaba pensar que había puesto el complejo de Edipo donde le correspondía. Freud tenía razón en todo lo que había descubierto: sí, había puesto el espejo frente a la naturaleza, pero lo que había visto en él era una imagen especular de la realidad.

Era el padre, no el hijo. Sí, cuando un niño pequeño entra en escena con su madre y su padre, uno de los actores de ese trío tiende a sentir unos celos profundos…, el padre. Puede llegar a sentir que el pequeño se inmiscuye en la relación especial y

exclusiva que él, el padre, tiene con la madre. Incluso puede casi desear librarse de ese intruso que mama y lloriquea, de quien la madre proclama las excelencias. Incluso puede llegar a desear que se muera.

El complejo de Edipo es real, pero el sujeto de todos sus predicados es el padre o la madre, no el niño. Y no hace más que empeorar a medida que el niño crece. Una chiquilla pronto hará que su madre tenga que enfrentarse a un ser cuya juventud y belleza la madre no puede evitar mirar con malos ojos. Un chiquillo ha de llegar a superar a su padre, quien a medida que el hijo crece no puede sino sentir que la rueda de las generaciones acabará por desplazarlo.

Pero ¿qué madre o qué padre reconocerá tal deseo de matar a su propia progenie? ¿Qué padre admitiría sentir celos de su hijo? Por consiguiente, el complejo de Edipo *ha de proyectarse sobre el hijo*.Una voz le dice al oído al padre de Edipo que no es él, el padre, quien siente deseos secretos de muerte en contra del hijo, sino éste, Edipo, quien codicia carnalmente a la madre y planea matar al padre. Cuanto más intensos sean los celos en los padres, más destructivos serán éstos con sus hijos, y en caso de acontecer tal cosa bien podrían conseguir que sus hijos se volvieran contra ellos, dando lugar a la situación con la que tanto temían enfrentarse. Ésa es la enseñanza que extraemos de *Edipo*. Freud malinterpretó *Edipo*: el secreto de los deseos edípicos reside en el corazón del progenitor, no en el del niño.

Lo malo de ello era que tal descubrimiento, si así podía llamársele, ahora me parecía muy trasnochado, muy carente de provecho. ¿Qué había de bueno en él? ¿Qué nos reportaba de bueno el hecho de pensar?

— Esto es un ultraje —dijo el *coroner* Hugel, con lo que parecía una indignación a duras penas controlable—. Exijo una explicación.

George Banwell gruñía de dolor mientras la señora Biggs le ponía un esparadrapo en la cabeza. La sangre se le había secado en el pelo, ya no le caía por las mejillas. —¿Qué significa esto, Littlemore? —preguntó el alcalde.

—¿Quiere decírselo usted, señor Hugel? —fue la respuesta del detective.

—¿Decirme qué? —dijo McClellan.

—Suélteme —le dijo el *coroner* a Reardon.

—Suéltele, agente —le ordenó el alcalde.

Reardon obedeció al instante.

—¿Es otra de sus bromas, Littlemore? —preguntó Hugel, enderezándose el traje —. No haga caso a nada de lo que diga, señor McClellan. Es un hombre que ayer fingió estar muerto sobre mi mesa de las autopsias.

—¿Es cierto eso, Littlemore? —le preguntó el alcalde al interesado.

—Sí, señor.

—¿Lo ve? —le dijo Hugel a McClellan, alzando el tono de voz—. Ya no

pertenezco al Funcionariado municipal. Mi dimisión se ha hecho efectiva a las cinco de la tarde de hoy; está encima de su escritorio, señor McClellan, aunque no hay duda de que no la ha leído. Me voy a casa. Buenas noches.

—No deje que se vaya, señor alcalde —dijo Littlemore.

El *coroner* no le hizo el menor caso. Se puso el sombrero y echó a andar a grandes pasos hacia la puerta.

—No deje que se vaya, señor —repitió Littlemore.

—Señor Hugel, quédese donde está, por favor —le ordenó el alcalde McClellan —. El detective Littlemore acaba de mostrarme esta noche algo que nunca hubiera creído posible. Así que quiero oír lo que tiene que decirme.

—Gracias, señor —dijo Littlemore—. Será mejor que empiece por la fotografía. La sacó el *coroner* Hugel, señor. Es una fotografía de la señorita Riverford con las iniciales del señor Banwell marcadas en el cuello.

Banwell se movió en su sitio; seguía al pie de las escaleras.

—¿De qué está hablando? —preguntó.

—¿Sus iniciales? ¿A qué se refiere? —preguntó McClellan.

—Tengo una copia aquí, señor —dijo Littlemore. Le tendió la fotografía al alcalde—. Es un poco complicado, señor. Verá, el señor Hugel dijo que el cuerpo de la señorita Riverford lo habían robado de la morgue porque en él había una pista.

—Sí, recuerdo que me lo comentó usted, Hugel —dijo el alcalde.

El *coroner* siguió callado, mirando con recelo a Littlemore.

—Luego Riviere reveló las placas del señor Hugel —prosiguió el detective—, y, en efecto, comprobamos que en esa foto del cuello de la señorita Riverford hay unas marcas. Riviere y yo no caímos en ello, pero el señor Hugel sí, y nos lo explicó. El asesino estranguló a la señorita Riverford con una de sus corbatas, y ésta llevaba prendido un alfiler, y en el alfiler había un monograma. Así que mire usted la fotografía, señor: muestra las iniciales del asesino en el cuello de la víctima. Eso es lo que nos explicó el señor Hugel, ¿no es cierto?

—Asombroso —dijo el alcalde, que miró con detenimiento la fotografía, sosteniéndola en el aire, muy cerca de los ojos—. Dios, sí, lo veo: *GB*.

—Sí, señor. Y también tengo uno de los alfileres de corbata del señor Banwell, y, como comprobará usted, los monogramas son muy parecidos. —Littlemore se sacó del bolsillo del pantalón el alfiler de corbata de Banwell y se lo tendió a McClellan.

—Es verdad —dijo el alcalde—. Son idénticos.

—Tonterías —dijo Banwell—. Me están tendiendo una trampa.

—Santo Dios, Hugel —dijo el alcalde, haciendo caso omiso de Banwell—, ¿por qué no me dijo esto? Tenía usted una prueba contundente contra él.

—Pero yo no…, no puedo… Déjeme ver esa fotografía —dijo Hugel.

El alcalde le tendió la fotografía al *coroner*.

Hugel se puso a examinarla, y mientras lo hacía sacudía la cabeza.

—Pero mi fotografía…

—El señor Hugel no ha visto nunca esa fotografía, señor —dijo Littlemore.

—No comprendo —dijo el alcalde.

—En la fotografía del señor Hugel, en la fotografía original, señor…, las iniciales marcadas en el cuello de la joven no eran *GB*. Eran *GB* al revés, su imagen en un espejo.

—Bueno, sí, claro —convino el alcalde—. Las iniciales deberían haber quedado al revés, ¿no es eso? El monograma tendría que haber dejado una marca inversa, como el sello que se estampa en un sobre.

—Ahí está el quid de la cuestión —dijo Littlemore—. Lo ha entendido a la perfección, señor: el alfiler habría dejado una imagen al revés, de forma que las iniciales *GB* al revés de la fotografía del señor Hugel hacían pensar que el señor Banwell era el asesino. Y eso es exactamente lo que nos dijo el señor Hugel. El único problema es que la fotografía del señor Hugel era ya una imagen al revés. Riviere me lo aclaró. y de eso es de lo que no se dio cuenta el señor Hugel. Su fotografía mostraba una *GB* ya del revés…, ¿me sigue?, pero esa fotografía era ya una imagen al revés del cuello de la joven. Lo cual significa que la marca dejada en su cuello era una *GB* de verdad, y eso nos dice que el monograma del asesino *no era*una *GB* real sino una *GB* al revés.

—Repítamelo —dijo McClellan.

Littlemore repitió la explicación. De hecho, la repitió varias veces, hasta que el alcalde acabó por entenderla. También explicó que le había pedido a Riviere que le hiciera una imagen inversa de la fotografía de Hugel, invirtiendo de nuevo la *GB* para que se nos mostrara «de cara» y pudiéramos comparar ambas iniciales con el monograma real de George Banwell. Y ésa era la fotografía que acababa de enseñarle al alcalde.

—Pero sigue sin tener sentido —dijo el alcalde, irritado—. No tiene ningún sentido. ¿Cómo es posible que el monograma de la fotografía original de Hugel sea el revés exacto del monograma de George Banwell?

—Sólo de una forma, señor —dijo Littlemore—. Alguien hizo el dibujo.

—¿Qué?

—Alguien lo dibujó. Alguien lo grabó directamente en la placa seca antes de que Riviere la revelara. Alguien que tenía acceso tanto al alfiler del señor Banwell como a las placas secas del señor Hugel. Alguien que quería hacer que pensáramos que el señor Banwell asesinó a Elizabeth Riverford. Y quienquiera que sea ese alguien debió de trabajar a conciencia. Lo hizo casi todo bien, pero cometió un error: hizo que la fotografía mostrara una imagen de espejo cuando no debería haberlo hecho. Sabía que la marca en el cuello de la señorita Riverford tenía que ser la imagen especular

del monograma, y pensó que la fotografía tenía que mostrar esa misma imagen, pero lo que pasó por alto es que un ferrotipo, una placa, ya es una imagen de espejo. Y ése fue su gran error. Cuando nos mostró una *GB* invertida en la fotografía, nos descubrió su juego.

Hugel saltó:

—Ni yo mismo puedo seguir lo que este chiflado está diciendo. Tenemos una fotografía nítida del cuello de la joven. Y en ella vemos *GB*… No un negativo, ni un doble negativo, ni un triple negativo, ni ninguna de las tonterías que Littlemore nos está diciendo. Sólo una simple *GB*. Que prueba que Banwell es el asesino.

Se hizo un breve silencio. Y al cabo habló el alcalde:

—Detective —dijo—, creo que he seguido su razonamiento. Pero debo decir que las cosas han dado tantas vueltas tantas veces que me pierdo y no logro saber quién tiene razón en este asunto. ¿Lo que nos acaba de exponer es lo único que tiene para argüir que el señor Hugel ha alterado las pruebas? ¿Cabe en lo posible que el señor Hugel tenga razón? ¿Que la fotografía que usted nos muestra pruebe que George Banwell asesinó a la joven?

Littlemore frunció el ceño.

—Veamos —dijo—. Creo que hay un montón de pruebas en contra del señor Banwell, ¿no le parece? Señor alcalde, ¿me permite hacerle un par de preguntas al señor Banwell?

—Adelante —le respondió McClellan.

—Señor Banwell, ¿me oye bien, señor?

—¿Qué quiere? —gruñó Banwell a modo de respuesta.

—¿Sabe?, señor Banwell, ahora que lo pienso estoy bastante seguro de que podemos juzgarle y condenarle por el asesinato de Elizabeth Riverford. He encontrado un pasadizo secreto que une su apartamento con el de ella.

—Mejor para usted —le replicó Banwell.

—En el apartamento de la señorita Riverford hay rastros de una arcilla que coincide con la que hay en su obra del muelle.

—¿Yeso qué prueba?

—Y hemos encontrado el baúl con las cosas de la señorita Riverford… El baúl que usted hundió en el East River, debajo del Puente de Manhattan.

—¡Imposible! —gritó Banwell.

—Lo recuperamos anoche, señor Banwell. Justo antes de que usted anegara el cajón.

—¿Estuvo usted en el cajón del Puente de Manhattan anoche, Littlemore? —preguntó el alcalde.

—Sí, señor —dijo Littlemore, en tono sumiso—. Lo siento, señor McClellan.

—No importa —dijo el alcalde—. Continúe.

—Me están tendiendo una trampa —terció Banwell—. McClellan, estuve con usted todo el domingo por la noche. En el Saranac Inn. Sabe que no pude matarla.

—No es así como lo verá el fiscal —le replicó Littlemore—. El fiscal dirá que usted hizo que alguien llevara en coche a la señorita Riverford al Saranac, y que se escabulló de la cena con el alcalde, y que se reunió con ella en algún sitio, y que durante ese encuentro la asesinó. Luego hizo que la llevaran de vuelta al Balmoral, donde parecería que había muerto. Y se imaginó que el alcalde le serviría de coartada. Lástima que dejara sus iniciales en el cuello de la víctima. Eso es lo que dirá el fiscal, señor Banwell.

—Yo no la maté, se lo aseguro —dijo Banwell—. Y puedo probarlo.

—¿Cómo puedes probarlo, George? —le preguntó McClellan.

— *Nadie* ha matado a Elizabeth Riverford —dijo Banwell.

—¿Qué? —dijo el alcalde—. ¿Está viva? ¿Dónde?

Banwell negó con la cabeza.

—Por el amor de Dios —exclamó McClellan—. Explícate.

—No existe tal Elizabeth Riverford —dijo Banwell.

—Nunca ha existido —añadió Littlemore.

Banwell expelió el aire de los pulmones. Hugel inspiró profundamente. El alcalde protestó:

—¿Quiere alguien explicarme qué está pasando aquí?

—Fue el peso de la chica lo que primero me hizo sospechar —dijo Littlemore—. El informe del señor Hugel decía que la señorita Riverford medía un metro sesenta y cinco, y pesaba cincuenta y dos kilos. Pero el gancho del techo del que estaba colgada no podía soportar todo ese peso. Se habría roto al instante. Lo probé yo mismo.

—Pude equivocarme en estatura y peso —adujo Hugel—. Estaba sometido a una presión enorme.

—No, no se equivocó, señor Hugel —dijo Littlemore—. Lo hizo a propósito. Y tampoco mencionó que el pelo de la señorita Riverford no era realmente negro.

—Por supuesto que era negro —dijo Hugel—. Todos los que estuvimos en el Balmoral testificaremos que era negro.

—Era una peluca —dijo Littlemore—. La encontramos en el baúl de Banwell.

Hugel recurrió al alcalde:

—Ha perdido el juicio. Alguien le está pagando para que diga esas cosas. ¿Por qué iba yo a falsear deliberadamente la apariencia física de la señorita Riverford?

—¿Por qué, detective? —preguntó McClellan.

—Porque si hubiera dicho a todo el mundo que Elizabeth Riverford medía un metro cincuenta y ocho y pesaba cuarenta y siete kilos, y tenía el pelo rubio y largo, las cosas se habrían puesto realmente difíciles cuando la señorita Nora Acton apareciese con idénticas heridas al día siguiente, el mismo día de la desaparición del

cuerpo de la señorita Riverford… ¿No es así, señor Hugel?

En el momento mismo en que Clara entró por la puerta de su habitación, Nora se echó en sus brazos.

—Querida mía —dijo Clara—. Gracias al cielo que estás bien. ¡Estoy tan contenta de que me hayas llamado!

—Se lo voy a contar todo —exclamó Nora—. He intentado mantenerlo en secreto, pero no puedo.

—Lo sé —dijo Clara—. Me lo has dicho en tu misiva. Está bien. Cuéntalo todo.

—No lo entiendes —replicó Nora, al borde de las lágrimas—. Me refiero a *todo*.

—Lo entiendo. Está bien.

—No se ha creído que me hayan hecho el menor daño —dijo Nora—. El doctor Younger. Piensa que me he pintado las heridas.

—Qué horror.

—Me lo merezco, Clara. Todo ha salido mal. Me siento tan mal. Todo para nada. Sería mejor estar muerta.

—Calla. Necesitamos algo que nos calme los nervios. A las dos. —Fue hasta el aparador, en el que había una licorera medio llena y varias copas—. Ven. Oh, qué brandy más horrible. Pero voy a servimos un poco. Lo compartiremos.

Le tendió a Nora una copa con unos dedos de un licor dorado que se agitaba en su interior. Nora nunca había bebido brandy, pero Clara la ayudó a probarlo y, en cuanto hubo superado la primera sensación de quemazón interna, a que apurase lo que quedaba; la inclinación excesiva de la copa hizo que se le derramara un poco en la delantera del vestido.

—Vaya —dijo Clara—. ¿Es mío este vestido que llevas puesto?

—Sí —dijo Nora—. Lo siento. Hoy he ido a Tarry Town. ¿Te importa?

—Por supuesto que no. Te sienta tan bien. Mis cosas siempre te vienen a la perfección. —Clara sirvió otro dedo de brandy en la copa, y bebió un poco, cerrando los ojos al hacerlo. Luego acercó la copa a los labios de Nora—. ¿Sabes? —dijo—. Compré este vestido pensando en ti. Y estos zapatos iban a ir a juego con él. Éstos, los que llevo puestos. Toma, pruébatelos. Tienes unos tobillos tan finos. ¿Por qué no dejamos de pensar y nos dedicamos a vestirte de punta en blanco, como solíamos hacer?

—¿Te parece? —dijo Nora, tratando de sonreír.

— ¿Quiere decir que Elizabeth Riverford era Nora Acton? —le preguntó un perplejo alcalde McClellan al detective Littlemore.

—Puedo probarlo, señor —dijo Littlemore. Hizo un gesto en dirección a Betty

mientras se sacaba del bolsillo otra fotografía—. Señor alcalde, Betty, aquí presente, fue la doncella de la señorita Riverford en el Balmoral. Y ésta es una fotografía que encontré en el apartamento de Leon Ling. Betty, diles a estos señores quién es esta mujer.

—La de la izquierda es la señorita Riverford —dijo Betty—. El pelo lo lleva diferente, pero es ella.

—Señor Acton, ¿podría mirarla usted ahora, por favor? —Littlemore le tendió a Harcourt Acton la fotografía de Nora Acton, William Leon y Clara Banwell.

—Es Nora —dijo Acton.

McClellan sacudió la cabeza.

—¿Nora Acton estaba viviendo en el Balmoral con el nombre de Elizabeth Riverford? ¿Por qué?

—No estaba viviendo en el Balmoral —gruñó Banwell—. Iba allí unas cuantas noches a la semana, eso es todo. ¿Qué está mirando? Mire a Acton, ¿por qué no le mira a él?

—¿Lo sabía? —le preguntó con incredulidad McClellan a Harcourt Acton.

—Por supuesto que no —respondió por su marido la señora Acton—. Nora debe de haber actuado por su cuenta.

Harcourt Acton guardó silencio.

—Si él no lo sabía, es un maldito necio —declaró Banwell—. Pero yo nunca la he tocado. La idea fue de Clara, de todas formas.

—¿Clara también lo sabía? —dijo McClellan, cada vez más incrédulo.

—¿Saberlo? Lo organizó ella. —La voz de Banwell se quebró. Luego prosiguió —: Ahora suélteme. No he cometido ningún crimen.

—Salvo atropellarme ayer con el coche —dijo el detective Littlemore—. Además del intento de soborno de un agente de la policía, del intento de asesinato de la señorita Acton y del asesinato de Seamus Malley. Yo diría que ha tenido una semana muy ocupada, señor Banwell.

Al oír el nombre de Malley, Banwell trató de levantarse del suelo, pese a las esposas que lo sujetaban al pasamanos. En la conmoción, Hugel se precipitó hacia la puerta. Ambos hombres fracasaron en su respectivos intentos, Banwell se lastimó las muñecas, y al *coroner* lo atrapó el agente Reardon.

—Pero ¿por qué, Hugel? —preguntó el alcalde.

El *coroner* no respondió.

—Santo Dios —prosiguió el alcalde, aún dirigiéndose al *coroner*—. Usted sabía que Elizabeth Riverford era Nora. ¿Fue usted el que la azotó? Dios santo…

—No, no fui yo —exclamó el *coroner*, en tono lastimero, aún sujetado por Reardon—. Yo no azoté a nadie. Yo lo único que quería era ayudar. Tenía que conseguir que lo condenaran. Ella me prometió… Yo no sería capaz de… Ella lo

planeó todo… Me dijo lo que tenía que hacer… Me prometió…

—¿Nora? —preguntó el alcalde—. ¿Qué diablos le prometió Nora?

—Nora no —dijo Hugel. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Banwell—. Su mujer.

Nora Acton se quitó los zapatos y se probó los de Clara. Los tacones eran altos y puntiagudos, pero el cuerpo del zapato era de una piel negra preciosa y suave. Cuando la joven levantó la mirada, vio en la mano de Clara un objeto inesperado: un pequeño revólver de culata de nácar.

—Hace tanto calor aquí dentro, querida —dijo Clara—. Salgamos al balcón.

—¿Por qué me estás apuntando con una pistola, Clara?

—Porque te odio, querida. Has hecho el amor con mi marido.

—No es cierto —protestó Nora.

—Pero él quería que hicieras el amor con él. Con todas sus fuerzas. Es lo mismo. No, es peor.

—Pero tú odias a George…

—¿Sí? Supongo que sí —dijo Clara—. Os odio a los dos por igual.

—Oh, no. No digas eso. Prefiero morir…

—Perfecto, entonces.

—Pero Clara, tú me hiciste…

—Sí, te hice —dijo Clara—. y ahora te desharé. Ponte en mi lugar, querida. ¿Cómo voy a dejar que le cuentes a la policía todo lo que sabes? Estoy tan cerca del éxito. Lo único que se interpone en mi camino… eres tú. Levántate, querida mía. Al balcón. Vamos. No me obligues a disparar. Nora se levantó. Se tambaleó. Los tacones de aguja de Clara eran demasiado altos para ella. Apenas podía andar. Apoyándose en el respaldo del sofá, primero, y luego en un sillón y en una mesa, consiguió llegar a las puertaventanas abiertas que daban al balcón.

—Así —dijo Clara—. Un poco más adelante.

Nora avanzó un paso hacia el balcón, y dio un traspié. Se agarró a la barandilla, y, recuperado el equilibrio, se irguió. Estaba de cara a la ciudad. Era el piso once, y soplaba una fuerte brisa. Nora sintió la frescura de la brisa en la frente y las mejillas.

—Me has hecho ponerme estos zapatos para que te resulte fácil tirarme por el balcón, ¿no es eso? —dijo.

—No —respondió Clara—. Para que parezca un accidente. No estabas acostumbrada a esos tacones. No estabas acostumbrada al brandy, que es a lo que olerá el vestido. Un terrible accidente. No quiero empujarte yo, querida mía. ¿Por qué no te tiras tú? No tienes más que dejarte ir. Seguro que lo prefieres.

Nora vio el reloj de la torre del Metropolitan Life, a menos de dos kilómetros al sur. Era medianoche. Vio, al oeste, el vivo fulgor de Broadway.

—«Ser o no ser» —dijo en un susurro.

—No ser, me temo —dijo Clara.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—No sé, querida. ¿Cuál?

—¿Me das un beso? Sólo uno, antes de morir.

Clara Banwell consideró la petición.

—De acuerdo —dijo—.

Nora se volvió, despacio, con los brazos a la espalda, agarrada al antepecho, parpadeando para apartar las lágrimas que se le agolpaban en los ojos azules. Alzó la barbilla, muy ligeramente. Clara, con el revólver apuntado a la cintura de Nora, le apartó un pelo de los labios. Y Nora cerró los ojos.

De pie frente al lavamanos de mi habitación del hotel, me eché agua fría en la cara. Ahora veía claramente que Nora, en su familia, había sido el blanco de un complejo de Edipo idéntico al tipo de imagen especular que yo acababa de concebir. Sin duda su madre se sentía mortalmente celosa de ella. Pero el caso de Nora era más complejo a causa de los Banwell. Freud estaba en lo cierto: en cierto modo, los Banwell se habían convertido para Nora en el padre y la madre sustitutos. Banwell había deseado a Nora —de nuevo el complejo de Edipo al revés—, pero Nora, al parecer, deseaba a Clara. Esto no encajaba. Lo cierto es que tampoco encajaba Clara. Su posición era la más compleja de todas. Ella se había hecho amiga de Nora, como había señalado Freud, y le había hecho partícipe de sus confidencias, y le había contado sus experiencias sexuales. Freud creía que Nora sentía celos de Clara. Pero a mi entender, era Clara quien debía sentir celos de Nora; era Clara quien debía odiarla; Clara quien debía desear…

Me levanté de un brinco de la cama y salí corriendo de la habitación.

En el instante mismo en que sus labios se unieron, Nora agarró la mano de Clara que empuñaba el arma. Y el revólver hizo fuego. Nora no logró desalojar el arma de la mano de Clara, pero sí desviar el cañón de su cuerpo. Y la bala se perdió en el cielo de la ciudad.

Nora arañó a Clara en la cara, y le hizo sangre en la piel de encima y debajo de un ojo. Cuando Clara gritó de dolor, Nora le mordió una mano —la que sostenía el arma con todas sus fuerzas. El revólver cayó al suelo de hormigón del balcón y resbaló hacia el interior de la habitación.

Clara golpeó a Nora en la cara. Y volvió a golpearla, Y luego la agarró por el pelo y tiró de ella hacia el antepecho, donde Nora se dobló de espaldas sobre el borde. Los largos mechones de Nora colgaron sueltos en el vacío, sobre el asfalto de la calle, tan

distante…

Nora cogió del suelo uno de los zapatos de tacón, lo levantó y lo dejó caer con fuerza sobre el pie de Clara. El tacón de aguja se clavó en el empeine desnudo de Clara. Clara soltó un grito desgarrador y soltó a Nora, que se zafó de ella y retrocedió y pasó a través de las puertaventanas, pero cayó enseguida al suelo, incapaz de correr con los tacones de aguja de Clara. Siguió a gatas sobre el piso de la habitación, en busca del revólver. Sus yemas acababan de tocar el nácar de la culata cuando Clara le agarró el vestido y tiró de él hacia ella. Clara apartó a Nora, pasó por encima de ella, se abalanzó hacia el interior de la habitación y cogió la pistola.

—Muy bien, querida —dijo Clara, respirando con dificultad—. No tenía ni idea de que tuvieras agallas.

Se oyó un ruido estruendoso: la puerta cerrada con llave se abrió en medio de una nube de astillas, y Stratham Younger entró en tromba en la habitación.

— Doctor Younger —dijo Clara Banwell, de pie en medio del saloncito de Nora y apuntando con el pequeño revólver hacia la zona central de mi anatomía—. Qué alegría volver a verle. Cierre la puerta, por favor.

Nora estaba en el suelo, a unos cuatro metros. Vi una contusión en su mejilla, pero, gracias a Dios, ni rastro de sangre en ninguna parte de su persona.

—¿Estás herida? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

Dejando escapar el aire que retenía en los pulmones sin darme cuenta, cerré la puerta.

—¿Y usted, señora Banwell —dije—, cómo está esta noche?

Las comisuras de los labios de Clara se alzaron casi imperceptiblemente. Tenía unos aparatosos arañazos encima y debajo del ojo izquierdo.

—Estaré mucho mejor dentro de poco —dijo—. Salga al balcón, doctor.

No me moví.

—Al balcón, doctor —repitió Clara.

—No, señora Banwell.

—¿De veras? —dijo Clara—. ¿Le disparo ahí mismo, entonces?

—No puede —dije—. Ha dado su nombre abajo, en recepción. Si me mata, la colgarán por asesinato.

—Está muy equivocado —replicó Clara—. Colgarán a Nora, no a mí. Les diré que le ha matado Nora, y me creerán. ¿Lo ha olvidado? La psicópata es ella. Y ella es la que se hizo las quemaduras con un cigarrillo. Hasta sus padres piensan eso.

—Señora Banwell, usted no odia a Nora. Usted odia a su marido. Usted ha sido su víctima durante siete años. Nora también lo ha sido. No sea ahora su instrumento.

Clara se quedó mirándome. Di un paso hacia ella.

—Quédese donde está —dijo Clara, cortante—. Me asombra que siendo psicólogo juzgue tan mal el carácter humano. Que sea tan crédulo. Se creyó todo lo que le dije. ¿Se cree siempre lo que le dicen las mujeres? ¿O sólo las cree cuando quiere acostarse con ellas?

—No quiero acostarme con usted, señora Banwell.

—Todos los hombres quieren acostarse conmigo.

—Por favor, baje el revólver —dije—. Está muy alterada. Tiene mil razones para estarlo, pero dirige su rabia en una dirección equivocada. Su marido la pega, señora Banwell. y nunca ha consumado su matrimonio. Y la ha obligado a…, a realizar actos que…

Clara se echó a reír.

—Oh, cállese. Es usted muy gracioso. Va a conseguir que me entren náuseas.

No fue la risa en sí misma, sino el timbre de condescendencia en ella, lo que me dejó sin habla.

—Mi marido nunca me ha hecho nada de eso —dijo Clara—. Yo no soy víctima de nadie. En nuestra noche de bodas le dije que jamás me poseería. Yo se lo dije, no él. Fue sumamente fácil. Le dije que era el hombre más fuerte que había conocido en mi vida. Le dije que haría cosas que le gustarían quizá más que poseerme. Y es lo que hice. Le dije que le traería a otras mujeres, a chicas jóvenes, con quienes podría hacer lo que le viniera en gana. Y es lo que hice. Le dije que me podía hacer daño, y que yo le haría feliz mientras él me estaba hiriendo. Y es lo que hice.

Nora y yo mirábamos a Clara en silencio.

—Y a él le gustaba —añadió Clara, sonriendo.

Volvió a hacerse un silencio. Que al final rompí yo preguntando:

—¿Por qué?

—Porque *conocía* a mi marido —dijo Clara—. Sus apetitos son insaciables. Me deseaba a mí, por supuesto, pero no sólo a mí. Habría otras. Muchas, muchas otras. ¿Y usted cree, doctor, que yo iba a resignarme a ser una de tantas? Lo odié desde el momento en que puse los ojos en su persona.

—No es Nora —dije— la culpable de todo esto.

—Sí lo es —me cortó Clara—. Lo destruyó todo.

—¿Cómo? —le preguntó Nora.

— *Existiendo* —respondió Clara, con indisimulada malevolencia, sin dignarse siquiera mirar hacia donde Nora estaba—. Se enamoró de ella. Se enamoró. Como un perro. No un perro inteligente. Un perro estúpido. Y ella era un ser tan mimado y sin embargo tan poco echada a perder… Una adorable contradicción. Se convirtió en una obsesión. Así que tuve que conseguirle el hueso al perro, ¿no? Una no puede vivir con un hombre que se pasa el día babeando de ese modo.

—¿Por eso accediste a tener un lío con mi padre? —le preguntó Nora.

—No *accedí* —dijo Clara con desprecio, dirigiéndose a mí, no a Nora—. Fue idea mía. Es el hombre más débil, más aburrido que he conocido en toda mi vida. Si hay un cielo para las mujeres desinteresadas, yo… Pero hasta esto tuvo ella que estropearlo. Rechazó a George. Lo rechazó, sin más. —Clara respiró hondo; y al fin su semblante volvió a iluminarse—. Probé muchas cosas para curarle de su obsesión. Cosas muy diferentes. Lo intenté de verdad.

—Elsie Sigel —dije.

El fugaz estremecimiento de la comisura de uno de sus labios reveló la sorpresa de Clara, pero no flaqueó.

—Usted tiene talento de detective, doctor. ¿No ha pensado nunca en cambiar de carrera?

—Le consiguió a su marido una joven de buena familia —continué—. Pensó que así conseguiría olvidar a Nora.

— *Muy* agudo. No creo que ninguna mujer en el mundo se hubiera prestado a ello; ninguna más que yo. Pero cuando descubrí lo de su chino, la tuve en mis manos. Le había escrito cartas de amor ¡a un chino! El chino me las vendió, y le dije a la pobre chica que era mi deber entregárselas a su padre, a menos que me ayudara. Pero al perro de mi marido la chica no le interesó en absoluto. Tendría que haberle visto, viviendo por mera inercia… Tenía la mente… —Clara echó una ojeada a Nora, que seguía postrada— en la verga.

—La mató —dije—. Con cloroformo. El mismo cloroformo que le dio a su marido para que lo usara con Nora.

Clara sonrió.

—Ya he dicho que debería ser detective. Elsie no podía mantener la boca cerrada. Y qué voz más desagradable tenía la criatura… No me dejó elección. Lo habría contado todo. Lo veía en sus ojos.

—¿Por qué no te limitaste a matarme a mí? —le espetó Nora.

—Oh, se me ocurrió la idea, querida, pero no habría servido de nada. No tienes ni idea de lo que era para mí ver la cara de mi marido cuando comprendió que tú, el amor de su vida, harías cualquier cosa que estuviera en tu poco poderosa mano para hundirle, para destruirle. Era mejor que todo su dinero. Bueno, casi mejor, y en cualquier caso voy a tener todo su dinero. Doctor Younger, creo que ya he hablado suficiente…

—No puede matarnos, señora Banwell —dije—. Si nos encuentran a los dos muertos, por disparos de su revólver, jamás creerán que es inocente. La colgarán. Baje ese revólver.

Adelanté un paso más.

—¡Quieto! —gritó Clara, volviendo el revólver hacia Nora—. Usted es audaz con su propia vida. Pero no lo será tanto con la de Nora. Ahora salga al balcón.

Volví a avanzar un paso, no hacia el balcón sino hacia Clara.

—¡Quieto! —repitió Clara—. ¿Está loco? Voy a disparar a Nora.

—Disparará contra ella, señora Banwell —respondí yo—. Y fallará. ¿Qué revólver es? ¿Un veintidós corto, que se ha de montar para cada disparo? No podría dar a ningún blanco a menos que estuviera a medio metro de él. Yo estoy a medio metro de usted, señora Banwell. Dispáreme.

—Muy bien —dijo Clara, y me disparó.

Tuve la nítida aunque indescriptible impresión de ver la bala saliendo del tambor del revólver de Clara, surcar el aire hacia mí y atravesar mi camisa blanca. Sentí una punzada debajo de la costilla izquierda más baja. Y fue entonces cuando oí la detonación.

El revólver reculó ligeramente. Agarré las muñecas de Clara. Ella se debatió para liberarse, pero no pudo. La obligué a dirigirse hacia el balcón; yo iba delante, el revólver por encima de nuestras cabezas, apuntando al techo. Nora se levantó, pero yo le hice un gesto indicándole que no lo hiciera. Clara volcó de una patada una enorme lámpara de mesa, en dirección a Nora: la lámpara se rompió a sus pies, y le lanzó una lluvia de cristales contra las piernas. Seguí arrastrándola hacia el balcón. Cruzamos el umbral. La empujé con brusquedad contra el antepecho, mientras el revólver seguía en lo alto, sobre nuestras cabezas.

—Hay un largo camino hasta la calle, señora Banwell. —le susurré en la oscuridad, haciendo un gesto de dolor al sentir cómo la bala se abría paso en mis entrañas—. Suelte el revólver.

—No puede hacerlo —dijo ella—. No puede matarme.

—¿No?

—No. Ésa es la diferencia entre nosotros.

De pronto sentí como si me hubieran metido un hierro al rojo en el estómago. Hasta ese instante había estado convencido de que lograría impedir que Clara se hiciera con el dominio del revólver que seguía encima de nuestras cabezas. Pero ahora ya no podía estar seguro. Me daba cuenta de que la fuerza podía abandonarme en cualquier momento. La quemazón en el interior de mis costillas volvió a herirme intensamente. Levanté a Clara en vilo —a unos treinta centímetros del suelo—, sin soltarle las muñecas, y la lancé con fuerza contra un muro lateral del balcón. Nos quedamos paralizados, frente a frente, pecho a pecho, con los brazos y manos enredados entre ambos torsos. Clara tenía la espalda pegada contra el muro, y entre sus ojos y su boca y los míos apenas había una separación vertical de una decena de centímetros. La miré, desde arriba, y ella me devolvió la mirada, desde abajo. La rabia afea a algunas mujeres; a otras las hace más hermosas. Y Clara era de estas últimas.

Aún tenía el revólver en la mano, y el dedo en el gatillo, en algún punto

intermedio entre nuestros cuerpos.

—No sabe a quién de los dos está apuntando el revólver, ¿no es cierto? —dije, apretándola aún más contra el muro, lo que le hizo expulsar con violencia el aire de los pulmones—. ¿Quiere saberlo? Le está apuntando a usted. Al corazón.

La sangre se me deslizaba copiosamente por la camisa. Clara no dijo nada. Sus *ojos* me sostenían la mirada. Vacilaba.

Haciendo acopio de las fuerzas que me quedaban, añadí:

—Tiene razón. Puede que vaya de farol. ¿Por qué no aprieta el gatillo y lo averigua? No tiene más que esa posibilidad. Dentro de unos segundos voy a poder con usted. Venga, adelante. Apriete el gatillo. Apriételo, Clara.

Apretó el gatillo. Se oyó un estampido ahogado. Sus ojos se abrieron como platos.

—No —dijo. Su cuerpo se puso rígido. Me miró, sin parpadear—. No —repitió. Y luego susurró—: No es posible…

No cerró los *ojos* en ningún momento. Su cuerpo se aflojó. Y cayó muerta.

Ahora era yo quien tenía el revólver en la mano. Volví al interior de la habitación. Traté de llegar hasta Nora, pero no lo conseguí. Me desplomé sobre el sofá. Me doblé sobre mí mismo, asiéndome el abdomen, mientras la sangre me corría entre los dedos, y una gran mancha se iba extendiendo por mi camisa. Nora corrió hacia mí.

—Los tacones —dije—. Me gustan esos tacones.

—No se muera —me susurró.

No dije nada.

—Por favor, no se muera —me suplicó—. ¿Se va a morir?

—Me temo que sí, señorita Acton. —Volví la mirada hacia el cadáver de Clara, y luego hacia el antepecho del balcón, y, más allá, hacia el puñado de estrellas en la noche lejana. Desde que la luz eléctrica iluminó Broadway, el titilar de las estrellas se había convertido en algo del pasado en el centro de la ciudad. Al cabo miré una vez más los ojos azules de Nora—. Enséñemelo —dije.

—¿Enseñarle qué?

—No quiero morirme sin saberlo.

Nora entendió. Volvió el torso hacia mí y me ofreció la espalda, como había hecho el día de nuestra primera sesión, que había tenido lugar en aquella misma habitación. Echado en el sofá, alargué la mano —la mano limpia, porque con la otra, llena de sangre, me asía el vientre— y le solté los botones del vestido. Cuando éste se abrió ante mí, le aflojé las cintas del corsé y separé los ojetes hacia ambos lados. Tras las cintas entrelazadas, entre sus gráciles omóplatos y debajo de ellos, vi varias laceraciones en proceso de cicatrización. Toqué una. Nora soltó un grito, que sofocó enseguida.

—Bien —dije, incorporándome en el sofá—. Todo aclarado, pues. Ahora

llamemos a la policía y pidamos asistencia médica, ¿le parece?

—Pero —respondió Nora, alzando la mirada hacia mí, estupefacta—. Me ha dicho que iba a morir.

—Y voy a morir —respondí yo—. Algún día. Pero no de esta picadura de pulga.

XXVI

Cuando desperté el sábado por la mañana, muy tarde, una enfermera hizo pasar a dos visitantes: Abraham Brill y Sándor Ferenczi.

Brill y Ferenczi esbozaban ambos unas desvaídas sonrisas. Trataban de afrontar la situación lo mejor que podían, preguntando en voz alta cómo iba «nuestro héroe», y porfiando para que les contara toda la historia, pero al final no pudieron ocultar por más tiempo su tristeza. Les pregunté qué pasaba.

—Se acabó todo —dijo Brill—. Otra carta de Hall.

—Para usted, de hecho —añadió Ferenczi.

—Que Brill ha leído, naturalmente —concluí.

—Por el amor de Dios, Younger —exclamó Brill—. Que nosotros supiéramos, podía estar usted muerto.

—Lo que abriría la veda para leer mi correspondencia. La carta de Hall contenía tanto buenas como malas noticias. Había rechazado la donación a la Universidad de Clark. No podía aceptar fondos, explicaba, condicionados a que la Universidad de Clark renunciase a su libertad académica. Pero había tomado una decisión sobre las conferencias de Freud. A menos que le garantizáramos antes de las cuatro de la tarde de aquel mismo día que el *Times* no publicaría el artículo que había leído, suspendería las conferencias de Freud. Lo lamentaba de veras. Freud, por supuesto, recibiría sus honorarios íntegros pactados para las conferencias. Hall ofrecería un comunicado anunciando que la salud de Freud le había impedido hacer frente a su compromiso. Además, como sustituto, Hall designaría a la persona que a su juicio Freud desearía que pronunciase en su lugar las más importantes conferencias: Carl Jung.

Era la última frase, creo, la que más irritaba a Brill:

—Si al menos supiéramos quién está detrás de todo esto —dijo.

Casi podía oír cómo le rechinaban los dientes.

Llamaron a la puerta. Littlemore asomó la cabeza.

Después de hacer las presentaciones, urgí a Brill a que le explicara nuestra situación al detective. Lo cual Brill hizo con minucioso detalle. Lo peor de todo, concluyó Brill, era que no sabíamos contra quién nos enfrentábamos. ¿Quién podía albergar tal determinación de suprimir el libro de Freud y de impedir sus conferencias en Worcester?

—Si quieren mi consejo —dijo Littlemore—, deberíamos tener una pequeña charla con su amigo el doctor Smith Jelliffe.

—¿Jelliffe? —dijo Brill—. Eso es ridículo. Es mi editor. Él no puede sino ganar si las conferencias de Freud salen bien. Lleva meses metiéndome prisa para que termine la traducción.

—Un enfoque erróneo del asunto —le respondió Littlemore—. No trate de

entenderlo todo al instante. El tal Jelliffe le pide su original, y cuando se lo devuelve está lleno de cosas extrañas. Y él dice que lo habrá puesto un pastor que le ha tomado prestada la prensa. Es la mayor patraña que he oído en la vida. Jelliffe es el tipo con quien tienen que hablar en primer lugar.

Trataron de impedírmelo, pero me vestí para irme con ellos. Si no fuera tan necio, habría pedido ayuda para atarme los cordones de los zapatos. Casi me desgarro los puntos. Antes de ir a visitar a Jelliffe hicimos una parada en el apartamento de Brill, para recoger una prueba que Littlemore quería llevar a nuestra entrevista con Jelliffe.

Littlemore le hizo una seña al agente de guardia en el vestíbulo del Balmoral. La policía había estado peinando el apartamento ahora vacío de Banwell durante toda la mañana. Siempre había sido muy popular entre los policías de uniforme, pero de pronto su prestigio había crecido hasta extremos insospechados. La nueva de que había detenido a Banwell y a Hugel se había propalado ya por todo el cuerpo.

Smith Jelliffe abrió la puerta en pijama, con una toalla en la cabeza. La visión del doctor Younger, Brill y Ferenczi lo sobresaltó, pero su sorpresa se hizo mayúscula cuando vio que su Némesis, el detective de la noche anterior, entraba detrás de ellos con paso airoso.

—No lo sabía —le dijo atropelladamente Jelliffe a Littlemore—. No supe nada de eso hasta después de que usted se fuera. Sólo estuvo en la ciudad unas cuantas horas. No hubo incidente de ningún tipo, lo juro. Ya está de vuelta en el hospital. Puede llamar si quiere. No volverá a suceder.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó Brill.

Littlemore interrogó a Jelliffe acerca de Harry Thaw durante varios minutos, —para general asombro del resto de los presentes. Cuando el detective hubo quedado satisfecho, preguntó a Jelliffe por qué había enviado a Brill amenazas anónimas, quemado su original, puesto perdido de cenizas su apartamento y difamado al doctor Freud en el periódico.

Jelliffe juró que era inocente. Que no sabía nada de ninguna quema de libros ni envío de amenazas.

—Oh, ¿de veras? —dijo Littlemore—. Entonces, ¿quién puso esas hojas en el original, esas citas de la Biblia y demás?

—No lo sé —dijo Jelliffe—. Deben de haber sido esos tipos de la iglesia…

—Sí, seguro —dijo Littlemore. Le mostró a Jelliffe la prueba que habíamos recogido en el apartamento de Brill camino de la cita con Jelliffe, una hoja de papel del original de Brill en la que se veía no sólo una estrofa de Jeremías sino también la pequeña imagen de un hombre ceñudo con barba y turbante, y prosiguió—: ¿Cómo llegó esto a ese original, entonces? A mí no me da la impresión de que la haya puesto ninguna gente de iglesia, como usted dice…

La boca de Jelliffe se abrió de par en par.

—Pero… —dijo Brill—, ¿sabe lo que es?

—Charaka —dijo Jelliffe.

—¿Qué? —dijo Littlemore.

—Charaka era un antiguo médico hindú —dijo Ferenczi—. Fui yo quien dije hindú. ¿Recuerdan que dije hindú?

Habló Younger:

—El Triunvirato.

—No —dijo Brill.

—Sí —reconoció Jelliffe.

—¿Qué? —preguntó Ferenczi.

Younger se dirigió a Brill:

—Tendríamos que haberlo imaginado desde el principio. ¿Quién en Nueva York está no sólo en el consejo de administración del periódico de Morton Prince, sino al tanto de todo lo que va a publicarse en él, y tiene además el poder suficiente para hacer que detengan a un hombre en Boston con un simple gesto de la mano?

—Dana —dijo Brill.

—¿Y una familia capaz de ofrecer tal donación a la Universidad de Clark? Hall nos dijo que uno de ellos era un médico entendido en psicoanálisis. Sólo hay una familia en el país con el dinero suficiente para financiar un hospital entero y que al mismo tiempo pueda vanagloriarse de contar con un neurólogo de fama mundial entre sus miembros.

—¡Bernard Sachs! —exclamó Brill—. Y el «doctor» anónimo del *Times* es Starr. Debería haber reconocido a ese fanfarrón pomposo nada más leer la primera línea. Starr siempre está alardeando de haber estudiado en el laboratorio de Charcot hace unas décadas. Incluso podría haber conocido allí a Freud.

—¿Quién? —preguntó Ferenczi—. ¿Qué es el Triunvirato?

Younger y Brill se lo explicaron por turnos. Los hombres que acababan de mencionar —Charles Loomis Dana, Bernard Sachs y el señor Allen Starr— eran los tres neurólogos más poderosos del país. Los tres juntos eran conocidos como el Triunvirato de Nueva York. Debían su extraordinario prestigio y poder a una impresionante combinación de logros profesionales, árbol genealógico y dinero. Dana era autor del texto canónico en el país sobre las enfermedades nerviosas de los adultos. Sachs tenía fama mundial —sobre todo por sus trabajos acerca de una dolencia que describió por primera vez el inglés Warren Tay—, y escribió el primer libro de texto sobre las enfermedades nerviosas de los niños. Como es natural, los Sachs no eran ni por asomo del mismo abolengo social que las mejores ramas de los Dana. Ni siquiera podían participar en sociedad en modo alguno, dada su religión. Pero eran más ricos. El hermano de Bernard Sachs estaba casado con una Goldman;

el banco privado fundado a raíz de esta alianza estaba a punto convertirse en uno de los bastiones de Wall Street. Starr, catedrático en Columbia, era el menos laureado de los tres.

—No es más que una cotorra —dijo Brill, refiriéndose a Starr—. Una marioneta de Dana.

—Pero ¿por qué quieren arruinar la reputación de Freud? —preguntó Ferenczi.

—Porque son neurólogos —respondió Brill—. Freud les da terror.

—No le sigo.

—Pertenecen a la escuela somática —dijo Younger—. Creen que toda enfermedad nerviosa se debe a una anomalía neurológica, no a causas psicológicas. No creen en los traumas de infancia; no creen que la represión sexual pueda ser la causa de las dolencias mentales. El psicoanálisis es tabú para ellos. Lo llaman secta.

—¿Y sólo por desacuerdos científicos —preguntó Ferenczi son capaces de hacer todo eso: quemar originales, amenazar, lanzar falsas acusaciones?

—La ciencia no tiene nada que ver en esto —replicó Brill—. Los neurólogos lo controlan todo. Son los «especialistas en el terreno de los nervios», lo que los convierte en los expertos en las «dolencias nerviosas». Todas las mujeres acuden a ellos en busca de alivio para la histeria, las palpitaciones, las angustias, las frustraciones. Y ello les reporta millones de dólares. Así que a nosotros nos ven como al mismísimo diablo. Los vamos a echar del negocio. Nadie consultará a un neurólogo cuando caiga en la cuenta de que las enfermedades psicológicas las causa la psicología, no la fisiología.

—Dana estuvo en su fiesta, Jelliffe —prosiguió Younger—. Y mostró una hostilidad contra Freud como no había visto en la vida. ¿Sabía lo del libro de Brill?

—Sí —le respondió Jelliffe—. Pero él jamás lo habría quemado. Me animó a publicarlo. Incluso me encontró un corrector para que ayudara a preparar el manuscrito.

—¿Un corrector? —preguntó Younger—. ¿Y ese corrector sacó alguna vez el manuscrito de la editorial?

—Por supuesto —dijo Jelliffe—. Suele llevarse los manuscritos para seguir trabajando en casa.

—Bien, ahora ya lo sabemos —dijo Brill—. El muy bastardo.

—¿Qué es eso de Charaka? —preguntó Littlemore.

—Es su club —dijo Jelliffe—. Uno de los clubs más exclusivos de la ciudad. No admiten en él a casi nadie. Los socios llevan un anillo de sello con la imagen de una cara. Y es la cara que… la que ha aparecido en la hoja del original.

—Es un conciliábulo —dijo Brill—. Una sociedad secreta.

—Pero son científicos —protestó Ferenczi—. ¿Serían capaces de quemar el original y echar cenizas en el apartamento de Brill?

—Seguro que también queman incienso y sacrifican vírgenes —respondió Brill.

—La cuestión es si son o no responsables de lo de Jung que va a salir en el *Times* —dijo Younger— Eso es lo que necesitamos saber.

—¿Lo son? —le preguntó Littlemore a Jelliffe.

—Bueno, yo puede que les haya oído hablar de ello una vez… —dijo Jelliffe—. E hicieron los arreglos pertinentes para que Jung hablara en Fordham.

—Por supuesto —dijo Brill—. Están promocionando a Jung para echar por tierra a Freud. Y Hall se lo está tragando todo. ¿Qué vamos a hacer? No podemos luchar contra Charles Dana.

—Yo no sé nada de todo eso —dijo Littlemore. Y volvió a dirigirse a Jelliffe—: Usted mencionó a Dana anoche, ¿no es cierto? ¿Es la misma persona?

Jelliffe asintió con la cabeza.

El criado que nos atendió a la puerta de la pequeña y elegante mansión de la calle Cincuenta y tres con la Quinta Avenida nos informó que el señor Dana no estaba en casa.

—Dígale que un detective quiere hacerle unas preguntas sobre Harry Thaw —le respondió Littlemore—. Y dígale también que vengo de ver al doctor Smith Jelliffe. Quizá esté en casa después de oír esto.

Siguiendo el consejo del detective Littlemore, sólo él y yo habíamos ido a ver a Charles Dana a su casa; Brill y Ferenczi habían vuelto al hotel. Un minuto después, se nos invitó a pasar.

En la casa de Dana no había ni rastro de la ostentosidad chabacana que habíamos visto en el apartamento de Jelliffe y en otras casas construidas recientemente en la Quinta Avenida. Era un sobrio edificio de ladrillo rojo. El mobiliario era de bella factura y en absoluto recargado. Cuando Littlemore y yo entramos en el vestíbulo, Dana surgió de una biblioteca oscura y bien provista. Cerró las puertas a su espalda y nos saludó. Le sorprendió verme, creo, pero reaccionó con cabal aplomo. Me preguntó por la tía Mamie, y yo por algunos de sus primos. No preguntó la razón por la que acompañaba al detective Littlemore. Era imposible no quedar impresionado por la gracia natural de aquel hombre. Aparentaba su edad —unos sesenta años, diría —, pero era una edad que le sentaba como un guante. Nos hizo pasar a otra estancia, donde, imagino, se ocupaba de sus asuntos y veía a sus pacientes.

Nuestra conversación con Dana fue breve. El tono de Littlemore cambió. Con Jelliffe había sido intimidatorio. Le había espetado acusaciones y retado a que las refutara. Con Dana se mostró más cauteloso, sin dejar de transmitirle, sin embargo, que sabíamos algo que él no quería que supiéramos.

Dana no mostró ninguno de los acobardamientos de Jelliffe. Reconoció que Thaw había contratado sus servicios en relación con el juicio, pero hizo constar que, al

contrario que Jelliffe, en calidad de mero asesor. No había aportado opinión diagnóstica alguna sobre el estado mental de Thaw en ningún momento, pasado o presente.

—¿Aportó alguna opinión sobre la visita de Thaw a Nueva York el fin de semana pasado? —le preguntó Littlemore.

—¿Estuvo el señor Thaw en Nueva York el fin de semana pasado? —replicó Dana.

—Jelliffe dice que fue decisión de usted.

—Yo no soy el médico del señor Thaw, detective. Su médico es Jelliffe. Corté mi relación profesional con el señor Thaw el año pasado, como los archivos públicos pueden demostrar. El doctor Jelliffe ha solicitado de cuando en cuando mi consejo, y yo se lo he brindado. No sé nada de las decisiones últimas de Jelliffe respecto al tratamiento, y ciertamente no puede decirse que las haya tomado yo.

—Muy bien —dijo Littlemore—. Creo que podría detenerle por conspiración en la fuga de un preso del estado, pero todo parece indicar que no lograría que lo condenaran.

—Dudo que lo lograra, en efecto —dijo Dana—. Pero es muy probable que hiciera que lo despidieran si lo intentara.

—E imagino —añadió Littlemore— que tampoco tomaría ninguna decisión en relación con el robo, la quema y la siembra de cenizas en la casa del doctor Abraham Brill.

Por primera vez, Dana pareció desconcertado.

—Bonito anillo, doctor Dana —dijo a continuación Littlemore.

Yo no había reparado en él. Dana llevaba en la mano derecha un anillo con un sello. Nadie dijo nada. Dana enlazó los largos dedos ante sí —sin llegar a ocultar el sello, sin embargo—, y se reclinó en su butaca.

—¿Qué es lo que quiere, señor Littlemore? —preguntó. Se volvió hacia mí—. ¿O debería preguntárselo a usted, doctor Younger?

Me aclaré la garganta.

—Es una trama de mentiras —dije—. Las acusaciones que han hecho ustedes contra el doctor Freud. Todas y cada una de ellas son falsas.

—Supongamos que sé de qué me está hablando —respondió Dana—. Vuelvo a preguntar: ¿qué quieren?

—Son las tres y media —dije yo—. Dentro de media hora voy a enviar un telegrama a Worcester, a G. Stanley Hall. Le voy a decir que en el *New York Times* de mañana no va a publicarse cierta historia. Y quiero que mi telegrama no falte a la verdad.

Dana siguió sentado en silencio, sosteniendo mi mirada.

—Déjeme que le diga algo —dijo al fin—. El problema es éste: nuestro

conocimiento del cerebro humano es incompleto. No tenemos medicamentos capaces de hacer que cambie el modo de pensar de las gentes. De curar sus delirios. De liberar sus deseos sexuales al tiempo que se les impide superpoblar la tierra. De hacer que sean felices. Todo es neurología, ¿saben? Tiene que serlo. El psicoanálisis va a hacemos retroceder cien años. Su licenciosidad servirá de señuelo para las masas. Su lascivia atraerá a las mentes científicas jóvenes, y también a algunas de edad avanzada. Convertirá a las masas en exhibicionistas y a los médicos en místicos. Pero un día la gente despertará al hecho de que ése es todo el traje nuevo del emperador. Tarde o temprano, descubriremos fármacos capaces de cambiar cómo piensan las gentes. Que controlarán cómo sienten. La cuestión es sólo si, llegado el momento, seguiremos teniendo el sentido de la vergüenza suficiente para sentir embarazo ante el hecho de que todo el mundo ande desnudo. Envíe ese telegrama, doctor Younger. No faltará a la verdad…, de momento.

Después de dejar la casa de Dana, Littlemore me llevó en el coche a través de la ciudad.

—Bien, doctor —dijo—. Sé lo que siente por Nora y demás, pero ¿no está usted…? Quiero decir que me pregunto por qué hizo Nora todo eso…

—Por Clara —respondí.

—Pero ¿por qué?

—No voy a contestarle.

Littlemore sacudió la cabeza.

—Todo el mundo ha hecho todo lo que ha hecho por Clara.

—Le conseguía chicas a Banwell —dije.

—Lo sé —replicó Littlemore.

—¿Lo sabe?

—Anoche —dijo— Nora nos estuvo contando a Betty y a mí la labor que hacían Clara y ella con las familias de los inmigrantes, y me pareció que la cosa no encajaba del todo, si sabe a lo que me refiero, después de todo lo que llevo oído del asunto. Así que le pedí unos cuantos nombres y direcciones a Nora, y he ido a comprobarlo esta mañana. He encontrado a varias de las familias a las que Clara había «ayudado». La mayoría no ha querido hablar, pero al final me he enterado de la historia. Y es fea de verdad, puede creerme. Clara encontraba chicas sin padre, algunas sin padre ni madre. Chicas jovencísimas de trece, catorce, quince años. Untaba bien a las personas que las tenían a su cargo y se las llevaba a Banwell.

Littlemore siguió conduciendo sin hablar.

—¿Ha averiguado —le pregunté— cómo es que hay un pasadizo que lleva a la habitación de Nora?

—Sí. Nos lo ha contado Banwell esta mañana —dijo el detective—. Le echa toda

la culpa a Nora. Jamás había sospechado que Clara estuviera en su contra; hasta ayer. Tres o cuatro años atrás, los Acton lo contrataron para que les reformara la casa de Gramercy Park. Así se conocieron.

—Y Banwell se obsesionó con Nora —dije yo.

—Eso parece. Ella tenía entonces… unos catorce años, pero a él le entra la obsesión de que tiene que poseerla. Y entonces sucede: sus obreros están trabajando en la casa y de pronto encuentran un antiguo pasadizo subterráneo que va desde una de las habitaciones de la segunda planta hasta el cobertizo del jardín trasero. Al parecer los Acton ignoran su existencia. Pero están fuera de la ciudad, y Banwell no les dice nada. El pasadizo se arregla y él tiene acceso a él desde el callejón trasero de la casa. Y ni siquiera tiene que entrar en el terreno de los Acton. En el diseño de la casa asigna a Nora la habitación del pasadizo, que pasará a ser su dormitorio. Le he preguntado si su plan era entrar una noche en el dormitorio de Nora y violarla. Y ¿sabe lo que ha hecho? Reírseme en la cara. Según él, jamás ha violado a nadie. Todas lo deseaban. En el caso de Nora, piensa que va a seducirla, y necesita un modo de entrar y salir de la casa sin que los Acton se enteren. Pero creo que Nora no estaba por la labor.

—Y le rechazó —dije.

—Eso es lo que nos ha dicho Banwell. Jura que jamás la ha tocado. Que jamás ha utilizado el pasadizo hasta esta semana. Creo que le disgustó muchísimo ese rechazo. Quizá ninguna chica lo había rechazado antes.

—Quizá —dije—. Puede que estuviera enamorado de ella.

—¿Eso cree?

—Sí. lo creo. Y Clara decidió conseguírsela.

—¿Cómo pensaba hacerlo? —preguntó Littlemore.

—Creo que lo que de veras intentó fue que Nora se enamorara *de ella*.

—¿Qué? —dijo Littlemore.

No respondí.

—Yo no entiendo de *eso* —continuó Littlemore—, pero le contaré lo siguiente: Banwell dice que lo de que Nora hiciera el papel de Elizabeth Riverford fue idea de Clara. Cuando levanta el Balmoral. construye otro pasadizo, pero éste conectado a su propio estudio. El apartamento al que conduce al otro extremo será su nido de amor. Lo decora como a él le gusta: una gran cama de latón, sábanas de seda, todo tipo de lujos. Llena el armario con lencería y pieles. Pone un par de trajes suyos, también, pero en un armario diferente que cierra con llave. Sólo hace muy poco tiempo, si hemos de creer a Banwell, Clara le dice que Nora ha aceptado por fin. La idea es que Nora alquile el apartamento con nombre falso y acuda a reunirse con él siempre que pueda. No sé qué puede haber de cierto en todo esto. No he querido preguntárselo a Nora.

Yo ya lo sabía. Nora me lo había contado todo la noche anterior. mientras esperábamos a la policía.

Un día de julio, Clara, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo a Nora que ya no podía soportar más su matrimonio. George la azotaba y violaba casi noche tras noche. Temía por su vida, pero no podía dejarle porque si lo hacía la mataría.

Nora estaba aterrorizada, pero Clara le dijo que nadie podía hacer nada para ayudarla. Sólo una cosa podría salvarla, pero era algo imposible. Clara conocía a un hombre que ocupaba un alto puesto en la policía, se refería a Hugel, por supuesto. Clara lo había conocido cuando ella y Nora «ayudaban» a una familia emigrante cuya hija había muerto. Según Clara, le reveló su angustiosa situación a Hugel. Éste se apiadó de ella, pero le dijo que la ley se encontraba inerme ante estas cosas, porque el esposo tiene el derecho legal de violar a la esposa. Cuando, sin embargo, Clara añadió que George violaba también a otras chicas, a cuyas familias pagaba para comprar su silencio, y una de las cuales, como mínimo, había sido asesinada, el *coroner* había montado en cólera. Al parecer explicó que lo único que podían hacer era una cosa: escenificar un asesinato.

Debía encontrarse a una joven muerta en el apartamento que George tenía para sus amantes. Debía parecer que había muerto a manos suyas. Era factible, porque él, el *coroner*, le administraría un fármaco que la haría pasar por muerta, y él mismo certificaría tal muerte en calidad de médico forense. Una «prueba» que dejarían en el lugar del crimen identificaría como asesino a Banwell. Clara le comunicó a Nora el plan urdido con el *coroner*.

Nora recuerda haber quedado anonadada ante la audacia del plan. Y le preguntó a Clara si era realmente posible llevarlo a cabo.

Clara le respondió que no. Jamás podría pedirle a nadie que desempeñara el papel de amante y víctima ficticia. No le quedaba otro remedio, por tanto, que afrontar su destino de violación y maltrato.

Fue entonces cuando Nora se prestó a hacerlo ella.

Clara simuló quedarse de piedra ante el ofrecimiento. Rotundamente no, respondió. La joven que haría de víctima tendría que aceptar los daños que ello implicaría. Nora le preguntó a Clara si por daños se refería a violación. Por supuesto que no, le respondió Clara; pero la víctima tendría que dejar que se le atara una cuerda o cordón al cuello, y que incluso se le dejara en él una o dos marcas. Nora insistió en que lo haría. Al final Clara fingió acceder, y siguieron adelante con el plan. Nora no sabía muy bien lo que había sucedido en el Balmoral el domingo por la noche, pues el *coroner* le había inducido una catalepsia mediante una fuerte droga. Recordaba, sin embargo, que Clara le había dicho que no gritara, y también que a partir de entonces olvidara su nombre falso. El resto era confuso.

Le expliqué todo esto a Littlemore.

—Sé lo que sucedió después —dijo Littlemore—. Cuando Nora despierta el lunes por la mañana, está en el depósito de cadáveres con Hugel. Éste le comunica la mala noticia: la corbata que él debía haber encontrado en la escena del crimen, la corbata de seda y el alfiler con el monograma de Banwell que debían probar que él era el culpable, habían desaparecido. Era obvio que Banwell había entrado en el apartamento por el pasadizo en cuanto se enteró del «asesinato». Tenía que sacar de él rápidamente su ropa, para que no lo relacionaran con la señorita Riverford.

—Pero Banwell estaba fuera de la ciudad el domingo por la noche. Y en compañía del alcalde —dije—. ¿No lo sabía Hugel?

—Nadie lo sabía. Se suponía que Banwell iba a cenar en la ciudad. El plan de ir con el alcalde a Saranac le había surgido a última hora. Todo muy en secreto. No hubo forma de que Clara lo supiera de antemano, porque en la residencia campestre de los Banwell no hay teléfono. Así que Clara se escabulle de Tarry Town aquella noche, lo prepara todo con Nora a eso de las nueve, y vuelve al campo en su coche. Le dijo a Hugel que fijara la hora de la muerte entre medianoche y las dos, porque se suponía que Banwell tenía que estar en casa a esa hora.

»Pero Banwell vio su corbata a la mañana siguiente en el lugar del «crimen», y se la llevó antes de la llegada de Hugel.

»Muy bien. Sin la corbata, Hugel está en un atolladero. y no puede ponerse en comunicación con Clara. Así que decide que tiene que montar otra falsa agresión, en cuyo escenario dejará otra prueba de cargo. Hay que condenar a Banwell, ¿no es cierto? Es el trato que ha hecho con Clara. Ella le ha pagado diez mil dólares por adelantado, y le pagará otros treinta mil si Banwell es condenado por asesinato. Pero algo sale mal también esta vez. No sé qué. Y Hugel cierra el pico.

Ahora era yo quien de nuevo podía llenar los huecos en blanco. Nora había seguido adelante con la segunda «agresión» porque aún quería salvar a Clara y porque no sabía de qué otra forma podía explicar las heridas con las que había despertado. En esta segunda «agresión», el *coroner* no haría más qué atarla y dejarla en el lecho. No iba a herirla más. Y no lo hizo. (Por eso Nora no fue capaz de responder a mis preguntas de ayer. Le pregunté si algún *hombre* la había azotado. Tenía miedo de contarme la verdad, porque Clara le había jurado que Banwell la mataría si llegaba a saber la verdad.) Pero cuando el*coroner* la ató, se puso muy alterado. Se quedó mirándola fijamente. Sudaba, y parecía tener problemas para tragar saliva. Pero siguió ajustándole la cuerda alrededor de las muñecas. Y no se marchaba. Y luego se frotó contra ella.

—Al parecer su *coroner* perdió el control de sí mismo —dije, sin entrar en más detalles—. Nora gritó.

—Y a Hugel le entró el pánico, ¿no es eso? —dijo Littlemore—. Escapa por la trasera de la casa. Tiene el alfiler de corbata de Banwell: pretendía dejarlo en el

dormitorio. Pero estaba tan asustado que olvidó hacerlo. Así que lo tiró en el jardín, pensando que lo encontraríamos cuando rastreáramos el lugar centímetro a centímetro.

Tras la huida del *coroner*, Nora no supo qué hacer. El *coroner*, se suponía, tenía que haberla dejado inconsciente, pero había salido precipitadamente y no le había administrado el narcótico. Sin saber qué hacer, Nora fingió no poder hablar ni recordar nada de lo sucedido. Su pérdida de voz de hacía tres años y su amnesia —real, si bien parcial de la noche anterior le dieron la idea.

—¿Por qué arrojó Banwell el baúl al río? —pregunté.

—Estaba en un aprieto —dijo Littlemore—. Piénselo. Si nos permitía rastrear todo lo que había en el apartamento, sabía que lo encontraríamos y acabaría entre rejas por asesinato. Pero no podía decirnos que Elizabeth era Nora. Aun en el caso de que lo creyéramos, se armaría un escándalo enorme y también daría con sus huesos en la cárcel por corrupción de menores. Así que le dijo al alcalde que mandaría las cosas de la señorita Riverford a Chicago, a su familia. Las metió en un baúl y bajó con él al cajón. Pensó que era el sitio perfecto, pero se topó con Malley.

—Casi nos engaña —dije.

—¿Con lo de Malley?

—No. Cuando…, cuando le hizo las quemaduras a Nora. El solo pensamiento me hizo sentir que había matado al cónyuge equivocado de los Banwell.

—Sí —dijo Littlemore—. Quería hacemos creer que Nora estaba loca y se había hecho las heridas ella misma. Creía que si lograba que nos tragáramos esto, se libraría de la cárcel. Poco importaba lo que Nora dijera: nadie la creería.

—¿Qué le hizo volver para mataría anoche? —pregunté.

—Nora le mandó a Clara una carta —respondió Littlemore—. Le decía que iba a contarle a la policía todo lo que Banwell le había hecho a Clara, y a las demás chicas, las emigrantes. Al parecer Banwell se las arregló para leerla.

—Me pregunto si se la enseñó la propia Clara —dije.

—Puede ser. Pero entonces Hugel llama a la puerta. Banwell, que está en el apartamento, empieza a atar cabos. Aquella noche, pues, ata a Clara para dejada fuera de la circulación el tiempo necesario y se dirige a casa de los Acton. Es entonces cuando doy con el pasadizo secreto del Balmoral. Dios, Clara era buena, muy buena… Me dice que su marido se ha ido a matar a Nora, pero hace como que soy yo quien se lo sonsaca. No creo que en aquel momento fuera consciente de que Nora no estaba en su casa. Y ¿cómo averiguó Clara que Nora estaba en el hotel?

—Porque Nora la llamó —dije—. ¿Qué me dice del chino?

—¿Leon? Jamás lo encontrarán —respondió Littlemore—. Hoy he tenido una larga conversación con el señor Chong. Me ha contado que el primo Leon fue a verle hace un mes, y le dijo que había un tipo muy rico que les pagaría un buen dinero por

recoger un baúl y hacerlo desaparecer para siempre. Aquella noche, los dos hombres van al Balmoral, y luego suben a un coche de alquiler y llevan el baúl al cuarto de Leon. Al día siguiente, Leon hace las maletas. «¿Adónde vas?», le pregunta Chong. «A Washington», le responde Leon. «y luego vuelvo a China». Chong se pone nervioso. «¿Qué hay en ese baúl?», pregunta. «Mira dentro», le responde Leon. Así que Chong lo abre, y ve el cadáver de una de las novias de Leon. Chong se altera; le dice a su primo que la policía va a creer que el que la ha matado es él, Leon. Éste se echa a reír y dice que eso es exactamente lo que la policía tiene que pensar. Le dice también a Chong que se presente en el Balmoral al día siguiente, porque van a ofrecerle un puesto de trabajo estupendo. Chong se entusiasma al respecto. Imagina que a Leon le han pagado una fortuna por lo que está haciendo; de otra manera no podría volver a China. Así que, como buen chino, Chong pide dos trabajos en lugar de uno, y Leon lo arregla con Banwell para que así sea.

Llegamos al hotel, ambos sumidos en nuestros propios pensamientos.

Littlemore dijo:

—Una cosa. ¿Por qué Clara se tomó tanto trabajo en conseguir a Nora para Banwell si tenía tantos celos de ella? Eso no encaja.

—Bueno, no sé… —dije yo, apeándome del coche—. Hay gente que necesita hacer realidad aquello que más le atormenta.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Littlemore.

—No tengo ni idea, detective. Es un misterio no resuelto.

—Eso me recuerda algo: ya no soy un simple detective —dijo Littlemore—. El alcalde me ha nombrado teniente.

Sábado por la noche. Una lluvia torrencial caía sobre todo el grupo —Freud, un Jung visiblemente incómodo, Brill, Ferenczi, Jones y yo— en el puerto de South Street. Mientras cargaban nuestro equipaje en el barco que nos llevaría de Nueva York a Fall River, adonde llegaríamos al día siguiente, Freud me llevó a un lado.

—¿No viene con nosotros? —dijo desde la cúpula de su paraguas hacia la cúpula del mío.

—No, señor. El cirujano dice que no debo viajar en unos días.

—Ya, entiendo —respondió Freud con escepticismo—. Y Nora se queda aquí en Nueva York, claro.

—Sí, señor —dije.

—Pero también se trata de algo más, ¿no? —dijo Freud, acariciándose la barba.

Preferí cambiar de tema.

—¿Cómo le va con el doctor Jung, señor, si me permite la pregunta? —Tenía noticia, y Freud sabía que la tenía, de la conversación insólita que ambos habían

mantenido la noche anterior.

—Mejor —respondió Freud—. ¿Sabe?, creo que Jung tenía celos de usted.

—¿De mí?

—Sí —dijo Freud—. Al final he caído en la cuenta de que se tomó como una traición que lo eligiera a usted en lugar de a él para que se hiciera cargo del psicoanálisis de Nora. Cuando le expliqué que lo designé a usted sólo porque vive aquí, las cosas entre nosotros mejoraron de inmediato. —Miró hacia la lluvia—. Pero la cosa no va a durar. No mucho.

—No entiendo a la señora Banwell, doctor Freud —dije—. No entiendo lo que sentía por la señorita Acton.

Freud se quedó pensativo.

—Bien, Younger, usted resolvió el misterio. Algo muy meritorio.

—Usted lo ha resuelto, señor. Anoche me advirtió de que la amistad de Clara con Nora no era enteramente inocente. Pero lo cierto es que no entiendo a Clara Banwell. No entiendo su motivación.

—Si tuviera que adivinarlo —dijo Freud— diría que Nora era para la señora Banwell un espejo en el cual se veía como era ella hace diez años, y en el que veía también, como contrapunto, en qué se había convertido. Ello explicaría sin duda su deseo de corromper a Nora, y de hacerle daño. No debe olvidar los años de castigo que había tenido que soportar como objeto de deseo de un sádico.

—Pero seguía con él. —No podía ser sólo el dinero lo que hizo que Clara siguiera con Banwell—. ¿Era masoquista?

—No existe tal cosa, Younger, en forma pura. Todo masoquista es también un sádico. En cualquier caso, el masoquismo en los hombres nunca es lo primordial: es sadismo vuelto contra uno mismo. Y la señora Banwell tenía sin duda un marcado lado masculino. Seguramente llevaba ya un tiempo planeando la destrucción de su marido.

Aún tenía otra pregunta que hacerle. Dudaba si hacérsela o no, sin embargo. Parecía tan básica, tan propia de un ignaro. Pero decidí hacérsela de todas formas.

—¿La homosexualidad es una enfermedad, doctor Freud?

—Se está preguntando si Nora es homosexual —me respondió.

—¿Tan transparente soy?

—No hay nadie capaz de mantener un secreto —dijo Freud—. Si sus labios se mantienen cerrados, hablará con las puntas de los dedos.

Reprimí el impulso de mirarme las puntas de los dedos.

—No tiene por qué mirarse las puntas de los dedos —prosiguió Freud—. No es transparente. Con usted, muchacho, lo único que hago es preguntarme lo que sentiría yo en su lugar. Pero responderé a su pregunta. La homosexualidad no es ciertamente una ventaja, pero no puede considerarse una enfermedad. No es en absoluto una

vergüenza, ni un vicio, ni una degradación. En las mujeres, especialmente, puede haber detrás un narcisismo primario, un amor a sí mismas que dirige su deseo hacia otros seres de su mismo sexo. Pero yo no consideraría a Nora homosexual. Yo diría más bien que fue seducida. Pero debería haber visto al instante su amor por la señora Banwell. Era claramente la corriente inconsciente más fuerte de su vida mental. Usted me dijo el primer día el cariño con el que le había hablado de Clara Banwell, cuando lo lógico habría sido que hubiera mostrado el más feroz de los celos de una mujer a quien había sorprendido con su padre en mitad de un acto sexual, un acto sexual que ella misma quería realizar con su progenitor. Sólo el más intenso de los deseos por la señora Banwell le habría permitido no sentir celos de ella.

Como es natural, no estaba del todo de acuerdo con tal observación. Y me limité a asentir en silencio.

—¿No está de acuerdo? —me preguntó.

—No creo que Nora estuviera celosa de Clara —dije—. De esa forma.

Freud levantó las cejas.

—No puede no estar de acuerdo con ello a menos que rechace la teoría del Edipo.

Seguí sin decir nada.

—Ah, ya —dijo Freud al fin. Y lo repitió—: Ah, ya. —As piró el aire profundamente, suspiró y me observó con detenimiento—. Por eso no viene a Clark con nosotros.

Pensé en mencionarle a Freud mi reinterpretación del complejo de Edipo. Me habría gustado hacerlo. Me habría gustado aún más discutir con él *Hamlet*. Pero vi que no podía. Sabía lo que había sufrido por la defección —al parecer— de Jung. Habría otras ocasiones. Llegaría a Worcester el martes por la mañana. A tiempo para su primera conferencia.

—En tal caso —prosiguió Freud—, déjeme plantearle una posibilidad antes de irme. Usted no es el primero en rechazar el complejo de Edipo. Y tampoco será el último. Pero usted quizá tenga un motivo especial para hacerlo, un motivo relacionado con mi persona. Usted me admiraba de lejos, mi querido amigo. Siempre hay una especie de amor por el padre en tales relaciones. Ahora, después de haberme conocido en carne y hueso, y después de haber tenido la oportunidad de completar esta catexis, tiene miedo de que sea así. Teme que me aparte de usted, como hizo su padre real. Así que se protege de ese apartamiento que presiente negando el complejo de Edipo.

Seguía lloviendo a mares. Freud me miró con ojos bondadosos.

—Alguien le ha contado —dije— que mi padre se suicidó.

—Sí.

—Pero no lo hizo.

—¿No?

—Lo maté yo.

—¿Qué?

—Fue la única forma —dije— de superar mi complejo de Edipo.

Freud me miró. Por un instante temí que pudiera haber tomado en serio mis palabras. Luego se echó a reír a carcajadas y me estrechó la mano. Me dio las gracias por ayudarle en su semana en Nueva York, y en especial por haber salvado sus conferencias en la Universidad de Clark. Lo acompañé hasta cubierta. Su cara me pareció mucho más llena de arrugas de lo que me había parecido una semana atrás. Y su espalda ligeramente encorvada, y sus ojos una década más viejos. Cuando empecé a bajar del barco oí que me llamaba por mi nombre. Estaba apoyado sobre la borda; yo ya había descendido varios metros por la escalerilla.

—Seré honrado con usted, muchacho —dijo, desde debajo del paraguas batido por la lluvia—. Respecto de este país suyo: recelo de él. Tenga cuidado. Saca lo peor de la gente: tosquedad, ambición, fiereza. Hay demasiado dinero. Veo la célebre mojigatería de su país, pero es muy frágil. Saltará en mil pedazos en el torbellino de gratificación de los sentidos que está generándose en su seno. Norteamérica, me temo, es un error. Un error de dimensiones gigantescas, sin duda. Pero un error al fin y al cabo.

Fue la última vez que vi a Freud en los Estados Unidos. Aquella misma noche llevé a Nora a la última planta del edificio Gillender, en la esquina de Nassau, Broad y Wall Street, un lugar donde todos los días se ganaban y se perdían grandes fortunas. Los sábados por la mañana en Wall Street no había ni un alma.

Había ido a casa de los Acton en cuanto me despedí de Freud en el muelle. La señora Biggs me acogió como a un viejo amigo. Harcourt y Mildred Acton no estaban a la vista por ninguna parte; no recibían, era evidente. Pregunté cómo se encontraba Nora. La señora Biggs se retiró sin dejar de hablar, y al cabo de unos minutos bajó Nora.

Ninguno de los dos sabía qué decir. Al final le pregunté si le gustaría dar un paseo. Le dije que, desde el punto de vista médico, sería harto aconsejable. De pronto estuve seguro de que Nora iba a declinar mi invitación y de que no la volvería a ver jamás.

—De acuerdo —dijo.

La lluvia había cesado. El olor del pavimento mojado, que en la ciudad significa frescura, se alzaba gratamente al aire. En la zona centro el pavimento se convirtió en adoquinado, y el ruido distante de los cascos de los caballos, sin el menor rastro de automóviles o de autobuses, me recordó el Nueva York que conocí de chico. Hablamos poco.

El portero del Gillender, al oír que queríamos contemplar la famosa vista, nos

dejó pasar. En la estancia de la cúpula, de la planta diecinueve, cuatro ventanas ojivales se abrían a la ciudad, cada una hacia un punto cardinal. Ciudad arriba, veíamos kilómetro tras kilómetro de la propagación hacia el norte de las luces de Manhattan; y hacia el sur la punta de la isla, el agua, y la antorcha encendida de la Estatua de la Libertad.

—Van a demolerlo en cualquier momento —dije.

El edificio Gillender, cuando se construyó en 1897, era uno de los rascacielos más altos de Manhattan. De silueta fina y esbelta y proporciones clásicas, era asimismo uno de los más admirados.

—Será el edificio más alto que se derribe en la historia del mundo —dije.

—¿Ha sido feliz alguna vez? —me preguntó Nora de pronto.

Me quedé pensativo.

—El doctor Freud dice que la infelicidad nos la causa el no poder liberarnos de nuestros recuerdos.

—¿Y dice cómo se supone que tenemos que liberarnos de nuestros recuerdos?

—Recordándolos.

Ninguno de los dos habló.

—Eso no suena del todo lógico, doctor —dijo Nora.

—No.

Nora señaló hacia un tejado situado a una manzana al norte.

—Mire. Ése es el edificio Hanover, donde el señor Banwell se propasó conmigo hace tres años.

Callé.

—¿Lo sabía? —me preguntó—. ¿Sabía que desde aquí lo veríamos?

Tampoco dije nada.

—Sigue tratándome, ¿verdad? —dijo ella.

—Nunca la he tratado.

Miró hacia otra parte.

—Fui tan estúpida.

—Ni de lejos tan estúpido como yo.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Nora.

—Volver a Worcester —dije—. Ejercer la medicina. Los estudiantes estarán de vuelta dentro de unas semanas.

—Mis clases empiezan el veinticuatro —dijo ella.

—¿Va a ir a Barnard, entonces?

—Sí. Ya he comprado los libros. Me voy de casa de mis padres. Viviré en una residencia de la zona norte que se llama Brooks Hall.

—¿Y qué va a estudiar en Barnard, señorita Acton? —le pregunté—, ¿las mujeres de Shakespeare?

—En realidad —me respondió, como sin darle importancia—, estoy pensando en especializarme en drama isabelino y psicología. Ah, y en investigación criminal…

—Absurda combinación de intereses —dije—. Nadie va a tomarla en serio.

Hubo otro silencio.

—Supongo —dije— que tendremos que decimos adiós.

—Yo he sido feliz una vez —respondió ella.

—¿Una vez?

—Anoche —dijo ella—. Adiós, doctor. Gracias.

No respondí. E hice bien. Si no le hubiera dado unos instantes de más, tal vez no habría pronunciado las palabras que yo más anhelaba escuchar.

—¿Va a darme un beso de despedida, al menos? —dijo.

—¿Besarla? —repliqué yo—. Aún es menor de edad, señorita Acton. No osaría ni en sueños.

—Soy como Cenicienta —dijo Nora—. Sólo que al revés. A medianoche cumpliré dieciocho años.

Llegó la medianoche. Y resultó que no me decidí a abandonar la ciudad de Nueva York ni una sola vez durante el resto de aquel mes tan joven.

Epílogo

En julio de 1910, George Banwell fue declarado no culpable del asesinato de Seamus Malley. El juez desestimó la acusación por falta de pruebas. Banwell fue condenado, sin embargo, por tentativa de asesinato en la persona de Nora Acton. Y pasó en prisión el resto de su vida.

Charles Hugel cumplió dieciocho meses de prisión por aceptar un soborno y falsificar pruebas. Durmió muy mal en la cárcel; a veces no pegó ojo en toda la noche, y contrajo una enfermedad nerviosa de la que no se recuperó jamás.

Una hermosa mañana de verano de 1913, Harry Thaw salió por la puerta principal del Matteawan State Hospital, montó en un coche que le esperaba y huyó a Canadá, donde más tarde fue detenido y extraditado a Nueva York y juzgado por fugarse de una institución penitenciaria para enfermos mentales. La acusación no hizo bien su trabajo. Para lograr la condena de Thaw, el fiscal tenía que convencer al jurado de que el acusado era un hombre cuerdo en el momento de la fuga, pero si el jurado lo declaraba cuerdo, a éste le asistía el derecho legal de fugarse, ya que un hombre cuerdo no puede estar legalmente confinado en un manicomio. Al final del proceso, Thaw ya había conseguido que lo dejaran libre sin cargos. Nueve años después, dio de latigazos a un joven varón y fue encarcelado de nuevo.

A Chong Sing lo soltaron el 9 de septiembre de 1909, una vez se hubo dictaminado que su anterior confesión se había obtenido mediante coacción. No se formularon cargos en su contra. Pese a la orden de búsqueda internacional que se lanzó contra él, jamás dieron con William Leon.

George McClellan no se presentó a alcalde en las elecciones municipales de 1909, y nunca más volvió a presentarse a cargo político alguno. Pero cumplió su promesa de terminar la construcción del Puente de Manhattan aunque fuera la última cosa que hiciera en la alcaldía. En aquellos días, el mandato del alcalde finalizaba el último día del año del calendario. El 31 de diciembre de 1909, McClellan cortó la cinta que inauguraba el Puente de Manhattan, y lo abrió con este acto al tráfico rodado.

Jimmy Littlemore fue oficialmente ascendido a teniente de la policía el 15 de septiembre de 1909. Él y Betty se casaron justo antes de navidades. Greta, acompañada de su bebé, fue una de las invitadas.

Ernest Jones nunca supo nada de la intervención de Freud en la investigación de los crímenes de George y Clara Banwell. Freud no quiso que su papel en ella fuera revelado a la opinión pública, y no confiaba en la discreción de Jones. Éste, sin embargo, lo supo todo de la sociedad secreta Charaka. Sintió un entusiasmo muy

especial por el anillo de sello utilizado en ella. Y mandó hacer uno idéntico para cada uno de los seguidores genuinos de Freud, a fin de que pudieran identificarse entre ellos dondequiera que se hallaran. Jung, huelga decido, no recibió ninguno.

En las décadas que siguieron a las conferencias de Freud en Clark hubo un consenso general sobre el hecho de que 1909 supuso un hito en la psiquiatría y la cultura norteamericanas. La presencia de Freud en esa universidad constituyó un rotundo éxito. La traducción de Brill de los trabajos de Freud sobre la histeria se publicó, con cierto retraso, después de finalizado el proceso del que se acaba de dar cuenta. El psicoanálisis arraigó en suelo norteamericano, y pronto alcanzó una formidable relevancia. Las teorías sexuales de Freud triunfaron, y la cultura del psicoanálisis fue expandiendo sus raíces.

Las conferencias de Jung en Fordham, en las que rompió abiertamente con Freud, tuvieron lugar al fin en 1912. Ese mismo año, el *Times* publicó a toda página su admirativo artículo sobre Jung y las acusaciones de Moses Allen Starr sobre la «peculiar» vida de Freud en Viena. Pero ya era demasiado tarde. La estrella de Jung jamás alcanzó ni remotamente la altura de la de su ex maestro. Su ruptura con Freud lo sumió en una depresión profunda, marcada por varios episodios psicóticos o cuasipsicóticos. Más tarde dio en mofarse de las ideas de Freud, tachándolas de «psicología judía».

El psicoanálisis dio al traste con el nexo forzoso entre neurología y enfermedad nerviosa. De hecho, hizo obsoleto el término mismo de *enfermedad nerviosa*, y lo sustituyó por todo un nuevo vocabulario en el que figuraban deseo reprimido, fantasía subconsciente, ello, ego, superego y, por supuesto, sexualidad. Reverdeció la psicología, y el tratamiento somático neurológico de la enfermedad mental empezó a considerarse anticuado y retrógrado, y cayó en la más absoluta obsolescencia por espacio de casi un siglo.

Freud, no obstante, no llegó a experimentar el disfrute que habría cabido esperar del éxito del psicoanálisis en los Estados Unidos. Sumió en la perplejidad a sus colegas al llamar criminal a Smith Ely Jelliffe. Sus ideas podían ser célebres en Norteamérica, decía, pero jamás llegaron a entenderse.

—El recelo que me inspiran los Estados Unidos —le confió a un amigo hacia el final de su vida— es insuperable.

NOTA DEL AUTOR

La interpretación del asesinato es una obra de ficción de principio a final, pero en ella hay muchas cosas basadas en hechos reales.

Sigmund Freud visitó ciertamente los Estados Unidos en 1909. Llegó a bordo del buque de vapor *George Washington* en compañía de Carl Jung y Sándor Ferenczi en la tarde del 29 de agosto (no obstante el hecho de que la biografía clásica de Ernest Jones dé como fecha el 27 de septiembre, «corregida» en ediciones posteriores por la también errónea 27 de agosto). Freud se hospedó en el Hotel Manhattan de Nueva York durante una semana antes de viajar a la Universidad de Clark para impartir sus famosas conferencias y desarrolló una suerte de horror hacia los Estados Unidos de Norteamérica. En el curso de su estancia en este país, a Freud se le pidió que oficiara alguna que otra improvisada sesión de psicoanálisis, aunque, que nosotros sepamos, el alcalde de Nueva York jamás le pidió nada parecido.

El Manhattan de 1909 descrito en esta novela es fruto de una investigación minuciosa. La arquitectura, las calles, la alta sociedad…, casi cada detalle, hasta el color de los taxis, se han basado en datos reales. Sin duda quedan errores; agradeceré a los lectores que los encuentren me lo comuniquen a www.interpretationofmurder.com. Los errores que aún puedan detectarse, por tanto, tan sólo a mí son achacables.

No pude, sin embargo, ceñirme a los hechos en cada detalle del Nueva York de la época. Para empezar, hube de cambiar algunas ubicaciones. El depósito de cadáveres más importante, por ejemplo, estaba a la sazón en el Bellevue Hospital, en la calle Veintiséis, y yo he situado al *coroner* Hugel —personaje ficticio— y su morgue en un edificio inventado del centro urbano. Asimismo, tuve que inventar el Balmoral, donde se encontró el cuerpo de Elizabeth Riverford, pero los lectores bien informados reconocerán el edificio real —el Ansonia— en que se basa el Balmoral, con fuente y focas retozonas incluidas. Otro ejemplo: si bien el cajón del Puente de Manhattan de este libro es fiel al real en la mayoría de los aspectos, se había ya llenado de hormigón en septiembre de 1909, Y no tenía las cámaras presurizadas de eliminación de escombros que daban al río que he descrito como «ventanas». En realidad había una compuerta presurizada de descarga mucho más larga, pero yo necesitaba las «ventanas» por razones que huelga explicar a quienes hayan leído ya este libro.

También he desplazado en el tiempo, hacia delante o hacia atrás, varios acontecimientos históricos. Como botón de muestra mencionaré la referencia que hace Abraham Brill a los «norteamericanos con guión» de Theodore Roosevelt. Los fans de los datos históricos señalarán que Roosevelt no pronunció su célebre discurso

sobre los «norteamericanos con guión» hasta 1915. (Tal término despectivo era ya de uso extendido en 1909, y la prensa sin duda ya había aireado las opiniones de Roosevelt antes de 1915. Los lectores curiosos pueden consultar, por ejemplo, el *New York Times* del 17 de febrero de 1912, que en la página 3 nos dice que Roosevelt vilipendiaba a los «norteamericanos con guión» en un artículo que acababa de publicar en Alemania. Brill, que fue consciente de su acento alemán durante toda su vida, tuvo que ser particularmente sensible a este respecto.) Los textos que consulta el doctor Younger para averiguar la causa de la visión de Nora Acton de sí misma tendida en el lecho, sin embargo, son todos reales, aunque varios de ellos se escribieron después de 1909. Por otra parte, el detective Littlemore pudo sin duda haber leído el relato de H. G. Wells en el que se cuenta una experiencia similar. El relato, *Bajo el cuchillo*, se publicó por vez primera hacia 1890.

Otro desplazamiento temporal afecta a la huelga en la Triangle Shirtwaist Company, donde Betty había encontrado trabajo. La huelga no tuvo lugar hasta noviembre de 1909 (los despidos masivos acontecieron en 1911). Y otro al baile ficticio de la señora Fish en el Waldorf-Astoria. En realidad, la temporada social en Manhattan empezaba más tarde; y, por cierto, el Waldorf-Astoria que describo no es el hotel que conocemos hoy por ese nombre, ubicado en Park Avenue, más arriba de la estación Grand Central. El primer Waldorf-Astoria estaba en la Quinta Avenida con la calle Treinta y cuatro, y fue demolido en 1930 para dejar espacio libre al Empire State.

Un caso más significativo de desplazamiento temporal es mi tratamiento de la ruptura de Jung con Freud, que en realidad tuvo lugar a lo largo de un período de tres años que culminó alrededor de 1912. He agrupado en el tiempo los sucesos importantes y he trasladado algunos de ellos a Norteamérica pese a haber sucedido en otros lugares. Sin embargo, las escenas entre Freud y Jung descritas aquí, por asombrosas que parezcan, al parecer tuvieron lugar realmente. Por ejemplo, el sonoro y misterioso estallido que les interrumpió en el curso de una fuerte discusión sobre lo oculto (en la que Freud mantenía una posición escéptica), y Jung reivindicó realmente haberlo causado mediante telequinesia, a través de lo que él denominó «exteriorización catalizadora». Cuando Freud se mofó de él, Jung predijo otro estallido inmediato que probaría la verdad de lo que estaba afirmando. Inexplicablemente, sus palabras se hicieron realidad. El episodio tuvo lugar, sin embargo, no en una habitación del Hotel Manhattan en 1909, sino en la casa de Freud en Viena en marzo de ese año. Además, Freud se desmayó dos veces en presencia de Jung, y una de ellas fue el 20 de agosto de 1909, el día anterior al de la partida del grupo para los Estados Unidos. El «percance» enurético de Freud en Nueva York lo reveló el propio Jung en 1951, aunque Jung bien pudo inventarlo para desprestigiar a su antiguo maestro.

Los biógrafos de Jung discrepan acerca de su supuesto carácter mujeriego, sus delirios y su antisemitismo. El retrato de Jung en este libro es simplemente esto, un retrato, basado en sus escritos, sus cartas y en las conclusiones a las que llegaron algunos, pero no todos, de los que han escrito sobre él.

Los lectores podrán preguntarse si Freud y Jung habrían expresado realmente las opiniones que yo pongo en sus labios en *La interpretación del asesinato*. La respuesta, en casi todos los casos, es que ellos mismos las expresaron de ese modo. Muchos de los diálogos mantenidos por Freud y Jung están sacados directamente de sus cartas, ensayos u otras fuentes escritas. Por ejemplo, en esta novela Freud dice: «Satisfacer un instinto salvaje es incomparablemente más placentero que satisfacer uno civilizado». Los lectores interesados podrán encontrar la afirmación correspondiente en su *Civilization and lts Discontents* de 1930, vol. 21, p. 79, de la Standard Edition de las obras completas de Freud.

Como los entusiastas de Freud reconocerán al instante, Nora está basada en Dora, la joven descrita en la historia clínica más controvertida de Freud. El nombre real de Dora era Ida Bauer; no era norteamericana ni Freud la trató en los Estados Unidos, aunque murió en Nueva York en 1945. Nora no es en absoluto una copia exacta de Dora, pero los hechos básicos del problema de Dora —las proposiciones del mejor amigo de su padre, la negativa de éste a ponerse de su lado y su aventura con la mujer de este amigo, junto con la atracción que Dora siente por esta misma mujer— están en su historia clínica. La interpretación edípica de la histeria de Dora que Freud expone a Younger en mi novela, incluido el componente oral, es la interpretación que Freud expuso en su día a la propia Dora. Las agresiones físicas, sin embargo, y el misterio del asesinato son, por supuesto, totalmente ficticios.

El intento del alcalde George B. McClellan de arrebatarle a Tammany Hall el control del gobierno de la ciudad de Nueva York es de todos conocido. Incluso no es descabellado que McClellan hubiera supervisado personalmente la investigación de un importante caso de homicidio en septiembre de 1909, porque en aquel momento había puesto prácticamente a toda la policía bajo su mando directo. Por otra parte, el interés de McClellan por asegurarse la nominación para un segundo mandato no deja de ser pura especulación. En público, insistía en que no iba a presentarse.

Charles Loomis Dana, Bernard Sachs y M. Allen Starr son figuras históricas. De hecho se los conocía como el Triunvirato. Los tres eran enemigos acérrimos de Freud y el psicoanálisis. Quiero hacer hincapié, sin embargo, en el hecho de que los actos infames que en la novela se les imputan de forma implícita son totalmente ficticios. También he exagerado, con un propósito expresivo, la riqueza de Dana y su relación de sangre con la familia del mismo apellido y de más noble prosapia. Si bien Charles L. Dana descendía al parecer del mismo ilustre antecesor, al igual que los más prominentes Dana, él había nacido en Vermont y puede que no llegara a saber nunca

su exacto parentesco con Charles A. Dana, los otros Dana de Nueva York o los Dana de Boston. Smith Ely Jelliffe es otra figura histórica a la que he embellecido. Jelliffe, por ejemplo, no era rico. Ni existe ninguna razón que nos autorice a pensar que era un mujeriego. (Por cierto, si bien el Players Club existe realmente, la sugerencia de que en él se practicaba la prostitución es meramente especulativa.) Sin embargo, conviene hacer constar la casualidad de que Jelliffe fue a un tiempo psiquiatra asesor y experto en el caso del asesino Harry Thaw y el editor del primer libro de Freud aparecido en inglés: *Papeles selectos sobre la histeria*, en traducción de Abraham Brill. También conviene reseñar que Jelliffe asistía a las reuniones del club Charaka, la exclusiva (aunque no secreta) sociedad que Dana y Sachs habían fundado.

Los relatos de las agresiones sádicas de Thaw a su mujer y otras jóvenes se han tomado casi literalmente de las fuentes documentales de la época. Quiero señalar también que el asombroso testimonio de la señora Merrill no lo prestó en el juicio de Thaw por asesinato de 1907, sino en una de las ulteriores vistas en las que se juzgaba su cordura. Además, se trata de una leyenda urbana (aunque referida como real innúmeras veces) el que Thaw fuera juzgado en el tribunal de Jefferson Market; la acusación se formuló allí, es cierto, pero los dos juicios por asesinato posteriores se celebraron en el edificio de los juzgados de lo criminal de Centre Street, contiguo a las Tumbas. No hay ninguna prueba de que Thaw visitara alguna vez el negocio de la señora Merrill durante el período de su confinamiento en el hospital psiquiátrico penitenciario de Maneawan. Dada la facilidad con la que se fugó de esta institución, sin embargo, tales ausencias sin autorización no debían de resultar tan descabelladas.

El cuerpo de la señorita Elsie Sigel, nieta del general Franz Sigel, se descubrió ciertamente en el verano de 1909 en un baúl de un apartamento de la Octava Avenida propiedad de un tal Leon Ling. El personaje de Chong Sing es una combinación del Chong Sing real y de otro individuo también implicado en el caso. El cuerpo de la señorita Sigel, no obstante, se encontró dos meses y medio antes de la llegada de Freud a Nueva York, y, huelga decir, el descubrimiento no lo hizo el detective Jimmy Littlemore, personaje por entero ficticio.

Igualmente imaginario es el doctor Stratham Younger y su historia de amor con Nora.

AGRADECIMIENTOS

Mi más profunda gratitud a mi brillante esposa, Amy Chua, a quien debo la idea de este libro, y a mis amadas hijas, Sophia y Louisa, que vieron errores que nadie más supo ver (ya desde la primera página). Tengo una gran deuda con Suzanne Gluck y John Sterling por creer en esta novela, y con Jennifer Barm y George Hodgman por haberla hecho mejor. Quiero dar las gracias a mis padres, a mi hermano y a mi hermana por su comprensión y afecto. Debby Rubenfeld, Jordan Smoller, Alexis Contant, Anne Dailey, Marina Santilli, Susan Birke Fiedler, Lisa Gray, Anne Toffiemire y James Bundy tuvieron la amabilidad de brindarme las primeras e inestimables lecturas críticas. Heamer Halberstadt resultó de una eficiencia increíble en la verificación de hechos y datos, y agradezco a Kenn Russell su meticulosa mirada.

[1] Hyphenated Americans («norteamericanos con guión»): ciudadanos no nacidos en los Estados Unidos, de procedencias diversas; para designados se acude al uso del guión: German-Americans, Irish Americans, etc. *(N. del T.)*

[2] Funcionario anglosajón encargado de investigar las causas de las muertes violentas, repentinas o sospechosas. *(N. del T.)*

[3] Zona de césped y árboles, de unas diez hectáreas, del centro del campus de la Universidad de Harvard. *(N. del T.)*

[4] *Dexterity*, en inglés, a diferencia de la «destreza» y la «desteridad» castellanas, no sólo designa la «destreza» sino también el hecho de que una persona se sirva especialmente de la mano derecha. De ahí el equívoco y la precisión de Hugel. *(N. del T.)*

[5] *Flectere si nequeo superos, acheronta movebo:* «Si no recibo la luz de las instancias celestiales, recurriré a las tinieblas». *(N. del T.)*

[6] Descendientes de los primeros pobladores holandeses de Nueva York. Y por ende, de la flor y nata de su sociedad. *(N. del T.)*

[7] «¿Por la boca?». *(N. del T.)*

[8] La señorita Acton dice *proposed to me;* el verbo *to propose*, además de «proponer», significa «proponerle matrimonio a alguien»; *proposition*, sin embargo, además de «propuesta» y «proposición», significa «proposición deshonesta» —«hacer una…»— o, en el habla cotidiana del español, «proposiciones» —«hacer…»—. De ahí el equívoco. *(N. del T.)*

[9] *Un* es un prefijo que tanto en inglés como en alemán significa «no…», «sin…», «in…». *(N del T.)*

[10] Célebre nacionalista irlandés de la segunda mitad del siglo XIX. *(N. del T.)*

[11] *Dress* es «vestir, vestirse» y «aderezar, sazonar». Tal ambivalencia posibilita el juego de palabras que ironiza sobre la pudibundez de las normas bostonianas. *(N. del T.)*

[12] The Tombs, en el original. *(N. del T.)*

[13] Le llama Littlemouse, «ratoncito», en lugar de Littlemore, literalmente, «pocomás». *(N. del T.)*

[14] Dolor de tórax, palpitaciones y mareos causados por la somatización de una ansiedad patológica.*(N. del T.)*

[15] Hell's Kitchen: barrio de Manhattan ubicado entre las calles Treinta y cuatro y Cincuenta y nueve y la Octava Avenida y el río Hudson. *(N. del T.)*

[16] La Hudson-Fulton Celebration de 1909 festejaba el descubrimiento del río Hudson y la aplicación del vapor a la navegación en dicho río. *(N. del T.)*

[17] *Shooting* es «disparar», y *shooting one's mouth off* es «fanfarronear, hablar más de la cuenta, darse pisto». *(N. del T.)*

[18] *Shooting* es «disparar», y *shooting one's mouth off* es «fanfarronear, hablar

más de la cuenta, darse pisto». *(N. del T.)*